L. J. SMITH

DAMON

ALMAS OSCURAS

Crónicas Vampíricas VI



ePUB

Stephan Salvatore está prisionero en la Dimensión Oscura, un lugar en el que vampiros y demonios utilizan a los humanos como esclavos. Pero Elena no se detendrá ante nada para salvar a su amado. Sin embargo, con el paso de los días la tensión entre Elena y Damon, que la ayuda en el rescate, aumenta, y ella debe enfrentarse a una terrible decisión: ¿A qué hermano quiere en realidad?

Crónicas Vampíricas es la historia de dos hermanos vampiros y de la hermosa muchacha que debe elegir entre ellos.



eBooks con estilo

L.J. Smith

Damon. Almas oscuras

Crónicas Vampíricas 6

ePUB v1.0
25.4.13

más libros en epubgratis.me

Título original: *The Vampire Diaries. The Return: Shadow Souls*
L.J. Smith, 2010
Traducción: Gemma Gallart

ePub base v2.1

Para mi maravillosa agente, Elizabeth Harding

1

—Querido Diario —susurró Elena—, ¡qué frustrante es esto! Te he dejado en el maletero del Jaguar y son las dos de la madrugada. —Clavó el dedo en su pierna bajo el camisón como si fuese un bolígrafo y estuviese colocando un punto, y luego susurró aún más quedo, apoyando la frente en la ventanilla—: Y tengo miedo de salir fuera… en medio de la oscuridad… para recuperarte. ¡Tengo miedo!

Volvió a clavar el dedo y luego, sintiendo correr las lágrimas por las mejillas, activó de mala gana en su móvil el modo grabación. Eso malgastaría estúpidamente la batería, pero no tenía otra opción: necesitaba hacerlo.

—Así que sigo aquí —dijo en voz baja—, sentada, bien tiesa, en el asiento trasero del coche. Esa sería mi anotación de hoy en el diario. A propósito, creamos una regla para este viaje en coche: yo duermo en el asiento trasero del Jag y el campo es para Matt y Damon. Ahora mismo está tan oscuro ahí fuera que no consigo ver a Matt por ninguna parte… Casi me vuelvo loca; no podía dejar de llorar, me siento perdida y tan sola al no tener a Stefan…

«Tenemos que deshacernos del Jaguar; es demasiado grande, demasiado rojo, demasiado llamativo y demasiado fácil de recordar cuando lo que intentamos es precisamente pasar desapercibidos mientras viajamos al lugar donde podremos liberar a Stefan. Una vez que vendamos el coche, el colgante de lapislázuli y diamantes que Stefan me dio el día antes de desaparecer será el objeto más preciado que me quede. El día antes… de que a Stefan le engañasen para que se fuese, convencido de que podía convertirse en un ser humano normal. Y ahora…

»¿Cómo puedo dejar de pensar en lo que «ellos» podrían estarle haciendo en

este mismo instante…, quienesquiera que sean «ellos»? Probablemente los kitsune, los malvados espíritus zorro de la prisión llamada el *Shi no Shi*.

Elena hizo una pausa para limpiarse la nariz con la manga del camisón.

—¿Cómo diablos me metí en esta situación? —Sacudió la cabeza y golpeó el respaldo del asiento con el puño apretado—. A lo mejor si pudiese entender eso, se me podría ocurrir un plan A. Siempre lo tengo. Y mis amigas siempre tienen planes B y C para ayudarme. —Elena pestañeó con energía, pensando en Bonnie y Meredith—. Pero ahora temo que nunca volveré a verlas. Y siento inquietud por toda la ciudad de Fell's Church.

Por un momento permaneció sentada con el puño apretado sobre la rodilla, mientras una vocecita decía en su interior: «Pues deja de gimotear, Elena, y piensa. Haz el favor de pensar. Empieza por el principio».

¿El principio? ¿Cuál fue el principio? ¿Stefan?

No, ella había vivido en Fell's Church mucho antes de que llegara Stefan.

Poco a poco, casi como en sueños, dijo al móvil:

—En primer lugar: ¿quién soy? Soy Elena Gilbert, de dieciocho años. —Aún más despacio, siguió—: No, no creo que sea vanidoso decir que soy guapa. Para no saber que lo soy, no tendría que haberme mirado nunca a un espejo ni oído un halago. No es algo de lo que debiera sentirme orgullosa…, no es más que algo que me transmitieron mis padres.

»Tengo el pelo rubio que me cae en una especie de ondulaciones cortas por debajo de los hombros y ojos azules que algunas personas han dicho que son como el lapislázuli: azul oscuro con salpicaduras doradas. —Profirió una carcajada medio sofocada—. A lo mejor es por eso que les gusto a los vampiros.

A continuación apretó los labios y clavando la mirada en la oscuridad total que la rodeaba, dijo con seriedad:

—Muchos chicos me han dicho que soy la chica más angelical del mundo. Y yo jugueteé con ellos; me limité a utilizarles… para obtener popularidad, por diversión, por lo que fuese. Seré honesta, ¿de acuerdo? Los consideraba juguetes o trofeos. —Hizo una pausa—. Pero había algo más. Algo que toda mi vida supe que llegaría… aunque no sabía de qué se trataba. Sentía como si buscase algo que jamás podía encontrar en los chicos. Ninguna de mis maquinaciones o jueguecitos con ellos me llegó jamás a… lo más profundo del corazón… hasta que apareció un chico muy especial. —Se detuvo, tragó saliva y volvió a decirlo

—: Un chico realmente muy especial.

»Su nombre es Stefan.

»Y resultó no ser lo que parecía, un chico corriente de último curso de instituto, aunque guapísimo, de cabellos oscuros y desgreñados y ojos tan verdes como las esmeraldas.

»Stefan Salvatore resultó ser un vampiro.

»Un vampiro auténtico.

Elena tuvo que interrumpirse para inhalar entrecortadamente unas cuantas veces antes de poder pronunciar las siguientes palabras.

—Y también lo era su guapísimo hermano mayor, Damon.

Se mordió los labios y pareció transcurrir mucho tiempo antes de que añadiera:

—¿Habría amado a Stefan de haber sabido desde el principió que era un vampiro? ¡Sí! ¡Sí! ¡Claro que sí! ¡Me habría enamorado de él de todos modos! Pero eso cambió las cosas… y me cambió a mí. —Trazó un dibujo sobre el camisón con la punta del dedo—. Verás, los vampiros demuestran su amor intercambiando sangre. El problema era… que yo también compartía sangre con Damon. Aunque no por voluntad propia, sino porque él andaba constantemente tras de mí, día y noche. Suspiró.

—Damon dice que quiere convertirme en vampira, en su Princesa de la Noche. Lo que significa que me quiere toda para él. Pero yo no confiaría en Damon jamás, salvo si me diese su palabra. Eso sí lo tiene: jamás falta a su palabra.

Elena notó cómo una extraña sonrisa se dibujaba en sus labios. Hablaba ya sosegadamente, con soltura, como si se hubiera olvidado del móvil.

—Una chica mezclada con dos vampiros… Bueno, eso no puede traer más que problemas, ¿verdad? Así que quizá me merecía lo que me pasó.

»Morí.

»Pero no fue un «morí» como cuando se te para el corazón y te resucitan y regresas contando que casi penetraste en la Luz. Yo realmente penetré en la Luz.

»Morí de verdad.

»Y cuando regresé…, ¡vaya sorpresa! Era una vampira.

»Damon fue… amable conmigo, supongo, cuando desperté por primera vez como vampira. Quizá sea el motivo de que todavía… sienta algo por él. No se

aprovechó de mí cuando podría haberlo hecho fácilmente.

»Pero sólo tuve tiempo de hacer unas pocas cosas en mi vida como vampira. Tuve tiempo de recordar a Stefan y amarle más que nunca, pues entonces supe lo difícil que era todo para él. Pude escuchar mis propias honras fúnebres. ¡Ja! Todo el mundo debería tener la oportunidad de hacerlo. Aprendí a llevar encima siempre, siempre, lapislázuli para no convertirme en un vampiro doradito y crujiente. Pude despedirme de mi hermanita de cuatro años, Margaret, y visitar a Bonnie y a Meredith…

Las lágrimas seguían resbalando por el rostro de Elena sin que ella lo advirtiese, pero continuó hablando con voz sosegada:

—Y luego… morí otra vez.

»Morí como muere un vampiro cuando no lleva lapislázuli a la luz del sol. No me desintegré convertida en polvo; sólo tenía diecisiete años. Pero el sol me dañó de todos modos. La partida fue casi… tranquila. Fue entonces cuando hice prometer a Stefan que cuidaría de Damon, siempre; y creo que Damon juró ocuparse de Stefan, mentalmente. Y así fue como morí, en brazos de Stefan y con Damon a mi lado mientras yo sencillamente me iba apagando, como si me durmiera.

«Después de eso, tuve sueños que no recuerdo, y luego de improviso, un día, todos se sorprendieron porque les hablaba a través de Bonnie, que tiene grandes poderes como médium, la pobre. Imagino que me habían adjudicado la tarea de ser el espíritu guardián de Fell's Church. Sobre la ciudad se cernía un grave peligro, y para combatirlo, de algún modo que desconozco, cuando estaban seguros de que habían perdido, me arrojaron de vuelta al mundo de los vivos para que echase una mano. Y… bueno, una vez ganada la guerra, yo me quedé con estos poderes increíbles que no comprendo. ¡Pero también estaba Stefan! ¡Volvíamos a estar juntos!

Elena se abrazó a sí misma con fuerza y se mantuvo así como si apretara a Stefan contra ella, imaginando los cálidos brazos del joven a su alrededor. Cerró los ojos hasta que su respiración se apaciguó.

—En cuanto a mis poderes, veamos. Está la telepatía, que puedo emplear si la otra persona es telépata, como lo son todos los vampiros, pero en diferentes grados a menos que estén intercambiando sangre contigo en ese momento. Y luego están mis alas.

»¡Es cierto… tengo alas! Y las alas poseen poderes que no te creerías; el único problema es que no tengo ni la más remota idea de cómo usarlas. Hay unas que puedo percibir a veces, como en este instante, intentando brotar de mí, intentando dar forma a mis labios para pronunciar su nombre, intentando mover mi cuerpo para que adopte la postura correcta. Son alas de protección, y diría que realmente nos podrían venir muy bien en este viaje. Pero ni siquiera puedo recordar cómo hacía funcionar las viejas alas… y mucho menos averiguar cómo usar estas nuevas. Pronuncio las palabras hasta sentirme como una idiota, pero no sucede nada.

»Así que vuelvo a ser humana… tan humana como Bonnie. ¡Dios mío, si al menos pudiese verlas a ella y a Meredith justo ahora! Pero no hago más que decirme que estoy más cerca de Stefan con cada minuto que pasa. Y eso que Damon nos hace correr arriba y abajo, en todas direcciones, para despistar a cualquiera que intente localizarnos.

»¿Por qué querría nadie localizarnos? Bueno, ¿sabes?, cuando regresé de la otra vida hubo una explosión enorme de Poder que vieron todos aquellos que pueden percibirlo.

»A ver, ¿cómo explico yo eso del Poder? Es algo que todo el mundo posee, pero que los humanos…, salvo los que tienen poderes psíquicos genuinos como Bonnie…, ni siquiera reconocen. Los vampiros poseen Poder sin lugar a dudas, y lo usan para influenciar a los humanos y conseguir caerles bien, o para que piensen que las cosas son distintas de como son en realidad; como el modo en que Stefan influenció al personal del instituto para que pensaran que su expediente estaba en regla cuando se «transfirió» al instituto Robert E. Lee. O usan el Poder para hacer volar por los aires a otros vampiros o a criaturas de la oscuridad… o incluso a humanos.

»Pero hablaba sobre el estallido de Poder que se produjo cuando yo caí del cielo. Fue tan grande que atrajo la atención de dos criaturas horribles que, aunque estaban en el otro extremo del mundo, decidieron venir a ver qué había provocado el estallido y comprobar si existía algún modo de poder usarlo en su propio beneficio.

»Tampoco bromeo al decir que procedían del otro extremo del mundo. Eran kitsune, diabólicos espíritus zorro de Japón. Son algo parecido a nuestros hombres lobo occidentales, pero mucho más poderosos. Tan poderosos que

emplean *malachs,* que en realidad son plantas que tienen aspecto de insectos, con un tamaño no mayor al de una cabeza de alfiler o lo bastante grandes como para engullirte el brazo. Los *malachs* se adhieren a tus nervios y se ramifican a lo largo de todo el sistema nervioso hasta que finalmente se apoderan de ti desde dentro.

Elena se estremecía ahora, y su voz era muy queda.

—Eso es lo que le sucedió a Damon. Un diminuto *malach* se introdujo en él y le dominó desde dentro, de modo que se convirtió en un títere de Shinichi. Casi olvido decir que los kitsune se llaman Shinichi y Misao. Misao es la chica. Los dos tienen el pelo negro con las puntas rojas, pero el de Misao es largo. Se supone que son hermanos, pero lo cierto es que no actúan como tales.

»Una vez que Damon estuvo totalmente poseído, fue cuando Shinichi hizo que su cuerpo… hiciese cosas terribles. Como torturarnos a Matt y a mí; sé con certeza que todavía en ocasiones Matt desearía matar a Damon por ello. Pero si él hubiese visto lo que yo vi: aquel segundo cuerpo fino, húmedo y blando que tuve que extraer con las uñas de la columna vertebral de Damon, y cómo Damon perdía el conocimiento a causa del dolor, entonces Matt lo comprendería mejor. Yo no puedo culpar a Damon por lo que Shinichi le obligó a hacer. Realmente no puedo. Damon estaba, no puedes imaginar hasta qué punto…, distinto. Estaba desolado. Lloró. Estaba…

»En cualquier caso, espero no volver a verle así de nuevo. Si alguna vez recupero los poderes de mis alas, Shinichi va a estar en un buen aprieto.

»Creo que ése fue nuestro error la última vez, ¿sabes? Finalmente pudimos enfrentarnos a Shinichi y a Misao… pero no les matamos después de todo. Fuimos demasiado blandos, demasiado benévolos.

»Y eso fue un grave error.

»Porque Damon no fue el único poseído por los *malachs* de Shinichi. Hubo chicas, chicas jóvenes, de catorce y quince años y aún más jóvenes. Y algunos chicos. Todos ellos actuaron de un modo… idiota. Se lastimaron a sí mismos y a sus familias, y no supimos hasta qué punto hasta después de que ya hubiésemos hecho un trato con Shinichi.

»Quizá fuimos demasiado inmorales al hacer un trato con el diablo. Pero habían secuestrado a Stefan; y Damon, que estaba ya bajo su poder por entonces, les había ayudado. Una vez que Damon quedó libre de ellos, todo lo que quería

era que Shinichi y Misao nos dijesen dónde estaba Stefan, y luego que abandonaran Fell's Church para siempre.

»A cambio de eso, Damon permitió que Shinichi penetrara en su mente.

»Si los vampiros están obsesionados con el Poder, los kitsune lo están con los recuerdos. Y Shinichi quería los recuerdos de Damon de los últimos días; el espacio de tiempo en que Damon estuvo poseído y nos torturaba… y el momento en que mis alas le hicieron comprender que lo había hecho. No creo que Damon quisiera conservar esos recuerdos, ni lo que había hecho ni el modo en que había cambiado cuando tuvo que enfrentarse a lo que había hecho. Así que dejó que Shinichi los cogiera, a cambio de que el kitsune colocara el lugar donde estaba Stefan en su mente.

»El problema es que confiamos en la palabra de Shinichi de que se marcharía entonces, cuando la palabra de Shinichi no tenía ningún valor.

»Es más, desde entonces ha estado usando el canal telepático que abrió entre su mente y la de Damon para coger más y más de los recuerdos de Damon sin que éste lo sepa siquiera.

»Sucedió justo anoche, cuando nos paró un policía que quería saber qué hacían tres adolescentes en un coche caro a altas horas de la noche. Damon le influenció para que se fuese, pero al cabo de unas pocas horas había olvidado por completo al policía.

»Eso asusta a Damon. Y cualquier cosa que asuste a Damon, por más que él no vaya a admitirlo jamás, me produce un miedo atroz.

»Y, podrías preguntar, realmente ¿qué hacían tres adolescentes en mitad de ninguna parte, en Union County Tennessee, como indicaba la última señal de tráfico que vi? Pues nos dirigíamos a un portal de acceso a la Dimensión Oscura…, donde Shinichi y Misao dejaron a Stefan en la prisión llamada el *Shi no Shi*. Shinichi únicamente colocó la información en la mente de Damon, y no consigo que éste cuente gran cosa sobre qué clase de lugar es. Pero Stefan está allí y llegaré hasta él sea como sea, aunque me cueste la vida.

»Incluso aunque tenga que aprender a matar.

»Ya no soy la dulce muchachita de Virginia que era.

Elena paró y soltó aliento. Pero luego, abrazándose, prosiguió.

—¿Y por qué nos acompaña Matt? Bueno, pues debido a Caroline Forbes, mi amiga desde el jardín de infancia. El año pasado… cuando Stefan vino a

Fell's Church, tanto ella como yo intentamos conquistarle. Pero Stefan rechazó a Caroline, y después de eso ella se convirtió en mi peor enemiga.

»Caroline tuvo también la suerte de ser agraciada con la primera visita de los kitsune a las chicas de Fell's Church. Pero lo que es más importante: fue la novia de Tyler Smallwood durante bastante tiempo antes de ser víctima de esas criaturas. Me pregunto cuánto tiempo estuvieron juntos y dónde está Tyler ahora. Todo lo que sé es que, al final, Caroline se aferró a Shinichi porque «necesitaba un esposo». Así es como lo expresó ella. Así que supongo…, bueno, lo que Damon supone: que va a tener… cachorros. Una carnada de seres lobo, ¿sabes? Ya que Tyler es un hombre lobo.

»Damon dice que tener un bebé que sea un ser lobo te convierte en uno de ellos más de prisa que si te muerden, y que en algún momento del embarazo obtienes el poder de ser todo lobo o todo humano, pero que antes de ese momento no eres más que una mescolanza desorientada.

»Lo triste es que Shinichi apenas le dedicó un vistazo a Caroline cuando ésta soltó todo eso.

»Pero antes ella había estado lo bastante desesperada como para acusar a Matt de… agredirla sexualmente… durante una cita que no salió bien. Sin duda tenía que saber algo de lo que Shinichi hacía porque afirmó que su «cita» con Matt fue justo cuando uno de los *malachs* capaces de tragarse un brazo lo atacaban, dejándole marcas en el brazo que parecían arañazos de uñas femeninas.

»Eso hizo que la policía fuera tras de Matt. Así que básicamente me limité a obligarle a venir con nosotros, porque el padre de Caroline es una de las personas más importantes de Fell's Church… y tiene amistad con el fiscal del distrito de Ridgemont y el jefe de uno de esos clubs para hombres donde intercambian misteriosos apretones de mano y otras cosas que te convierten en, ya sabes, «una figura destacada en la comunidad».

»Si no hubiese convencido a Matt para que huyera en lugar de enfrentarse a las acusaciones de Caroline, los Forbes le habrían linchado. Y siento la rabia como un fuego en mi interior; no tan sólo rabia y dolor por Matt, sino cólera y la sensación de que Caroline ha defraudado a todas las chicas del mundo. Porque la mayoría de las chicas no son mentirosas patológicas, y no lanzarían esas acusaciones falsas sobre un muchacho jamás; ha avergonzado a todas las chicas

al hacer lo que hizo. Hizo una pausa, mirándose las manos, y luego añadió:

—A veces, cuando me enojo con Caroline, las tazas se mueven o los lápices ruedan fuera de la mesa. Damon dice que lo provoca mi aura, mi fuerza vital, y que, desde que regresé de la otra vida, ésta es diferente. Para empezar, vuelve increíblemente fuerte a cualquiera que beba mi sangre.

»Stefan era tan fuerte que los demonios zorro jamás hubieran podido obligarle a caer en su trampa si Damon no le hubiese engañado en un principio. Sólo pudieron con él cuando quedó debilitado y rodeado de hierro. El hierro es nocivo para cualquier criatura sobrenatural, y además los vampiros necesitan alimentarse al menos una vez al día o se debilitan, y apostaría… No, estoy segurísima de que usan esa circunstancia en su contra.

»Es por eso que no puedo soportar pensar en qué estado podría hallarse Stefan justo en este instante. Pero no puedo permitirme sentir demasiado miedo o ira o perderé el control de mi aura. Damon me mostró cómo mantener mi aura en el interior en su mayor parte, como una chica humana normal. Sigue siendo bonita y de un dorado pálido, pero no es un faro que atraiga a criaturas como los vampiros.

»Porque aún hay otra cosa que mi sangre… o a lo mejor simplemente mi aura… puede hacer. Puede…, ah, bueno, puedo decir lo que quiera aquí, ¿no es cierto? Actualmente, mi aura puede hacer que los vampiros me deseen… del modo en que lo hacen los chicos humanos. No sólo para morderme, ¿comprendes? Sino para besarme y todo lo demás. Y por lo tanto, naturalmente, van tras de mí en cuanto la perciben. Es como si el mundo estuviese lleno de abejas y yo fuese la única flor.

»Así que tengo que practicar el mantener mi aura oculta. Si apenas la dejo ver, entonces puedo hacerme pasar por una humana normal, y no alguien que ha muerto y regresado. Pero no es fácil estar continuamente pendiente de esconderla… ¡y duele muchísimo arrastrarla de nuevo al interior cada vez que lo olvido!

»Y entonces siento… Esto es totalmente privado, ¿de acuerdo? Te lanzaré una maldición, Damon, si escuchas esta grabación. Pero es entonces cuando siento que quiero que Stefan me muerda. Alivia la presión, y es agradable. Que te muerda un vampiro sólo duele si luchas contra ello, o si el vampiro quiere causarte dolor, porque de lo contrario, únicamente resulta agradable; y entonces

contactas con la mente del vampiro que lo ha hecho, y… ¡oh, echo tanto de menos a Stefan!

Elena temblaba. Por mucho que intentara tranquilizar la imaginación, no dejaba de pensar en las cosas que los carceleros de Stefan podrían estar haciéndole. Volvió a sujetar con denuedo el móvil, dejando que cayeran lágrimas sobre él.

—No puedo permitirme pensar en lo que podrían hacerle porque entonces sí que empiezo a enloquecer y me convierto en esta temblorosa persona desquiciada e inútil que sólo quiere chillar y chillar y no parar nunca. Tengo que luchar a cada segundo para no pensar en ello, porque únicamente una Elena serena y calmada con un plan A y un plan B e incluso un plan C va a poder ayudarle. Cuando le tenga a salvo en mis brazos, podré permitirme temblar y llorar…, y chillar, también.

Dejó de hablar, riendo a medias, con la cabeza inclinada contra el respaldo del asiento del copiloto y la voz ronca de tanto hablar.

—Estoy agotada. Pero ahora al menos tengo un plan A: necesito obtener más información de Damon sobre el lugar al que vamos, la Dimensión Oscura, y cualquier cosa que sepa sobre las dos pistas que Misao me dio sobre la llave que abrirá la celda de Stefan.

«Imagino…, imagino que aún no lo había mencionado: la llave, la llave zorro, que necesitamos para sacar a Stefan de su celda, está rota en dos pedazos que se encuentran escondidos en dos lugares distintos. Y cuando Misao se estaba mofando de mí por lo poco que yo sabía sobre esos lugares, me proporcionó unas pistas descaradas sobre dónde estaban. Ni se le ocurrió por un momento que yo realmente entraría en la Dimensión Oscura; tan sólo estaba fanfarroneando. Pero todavía recuerdo las pistas palabra por palabra: la primera mitad está «dentro del instrumento del ruiseñor de plata», y la segunda está «enterrada en la sala de baile de Blodwedd».

«Necesito averiguar si Damon sabe a qué se refieren, porque tengo la impresión de que una vez que lleguemos a la Dimensión Oscura vamos a tener que infiltrarnos en las casas de algunas personas y en otros lugares. Para registrar una sala de baile, lo mejor es conseguir de algún modo que te inviten al baile, ¿no es cierto? Eso es más fácil de decir que de hacer, pero lo conseguiré, cueste lo que cueste. Es así de simple.

Alzó la cabeza con determinación y se quedó quieta, luego dijo en un susurro:

—¿Puedes creerlo? Acabo de alzar los ojos y puedo ver unos palidísimos haces de luz del amanecer en el cielo: verde claro y naranja cremoso y la más tenue de las aguamarinas… He estado hablando toda la noche. Está todo tan tranquilo ahora… Justo ahora el sol acaba de asomar por…

»¿Qué diablos ha sido eso? Algo acaba de hacer ¡BANG! en el techo del Jag. Muy, muy fuerte.

Elena apagó la grabadora del móvil. Estaba asustada, un ruido como aquél… y ahora sonidos que garrapateaban sobre el techo…

Tenía que salir del coche tan de prisa como pudiera.

2

Elena salió como una exhalación del asiento trasero del Jaguar y se alejó corriendo del coche un corto trecho antes de volverse para ver qué le había caído encima.

Lo que había caído era Matt, que yacía sobre la espalda y pugnaba por incorporarse.

—¡Matt…, cielos! ¿Estás bien? ¿Estás herido? —exclamó Elena al mismo tiempo que su amigo chillaba con voz angustiada:

—¡Elena…, cielos! ¿Está bien el Jag? ¿Ha sufrido daños?

—Matt, ¿estás loco? ¿Es que te has dado en la cabeza?

—¿Hay arañazos? ¿Sigue funcionando el techo corredizo?

—No hay arañazos. El techo corredizo está perfectamente.

Elena no tenía ni idea de si el techo funcionaba, pero comprendió que Matt desvariaba, que había perdido la cabeza. El joven intentaba bajarse del Jag sin dejarlo perdido de barro, pero tenía las piernas y los pies embadurnados, y bajarse del coche sin usar los pies le estaba resultando difícil.

Entretanto, Elena miraba a su alrededor. Ella misma había caído en una ocasión del cielo, sí, pero antes había estado muerta durante seis meses y había aparecido desnuda, y Matt no cumplía ninguno de esos requisitos, así que la muchacha tenía otra explicación mucho más prosaica en mente.

Y allí estaba, apoyado en un árbol y contemplando la escena con una levísima sonrisa traviesa.

Damon.

Tenía un cuerpo de impacto; no era tan alto como Stefan, pero lo rodeaba una

indefinible aura amenazadora que lo compensaba de sobras. Iba tan inmaculadamente vestido como siempre: vaqueros negros Armani, camisa negra, cazadora negra de cuero y botas negras, totalmente a juego con sus cabellos negros negligentemente despeinados y unos penetrantes ojos negros.

En aquellos instantes hacía que Elena fuese sumamente consciente de que llevaba puesto un largo camisón blanco que había traído con la idea de poder cambiarse de ropa con facilidad si era necesario. El problema era que por lo general lo hacía justo al amanecer, pero esta vez se había distraído con la grabación para su diario. Y de improviso el camisón no era la vestimenta adecuada para una pelea con Damon de buena mañana. Aunque no era transparente, ya que estaba más cerca de la franela que del nylon, llevaba encaje, en especial alrededor del cuello, algo que —tal y como el propio Damon le había dicho— resultaba tan atractivo para un vampiro como agitar una capa roja frente a un toro enfurecido.

Elena cruzó los brazos sobre el pecho, a la vez que intentaba también asegurarse de que su aura estaba decorosamente recogida.

—Hoy te pareces mucho a Wendy —dijo Damon, y su sonrisa era picara, centelleante y sin lugar a dudas llena de admiración; ladeó la cabeza seductor amenté.

Elena se negó a dejarse engatusar.

—¿Wendy, qué Wendy? —preguntó, y justo entonces recordó el apellido de la joven protagonista femenina de *Peter Pan*, y no pudo evitar estremecerse.

Elena siempre había sido buena en aquella clase de agudezas, pero no cabía duda de que Damon era aún mejor.

—¿Tú qué crees? Wendy… *Darling*, «cariño» —respondió Damon, y su voz sonó como una caricia.

Elena sintió un escalofrío interior. Damon había prometido no influenciarla, no usar sus poderes telepáticos para nublar o manipular su mente. Pero en ocasiones parecía como si estuviese espantosamente a punto de hacerlo. Sí, sin lugar a dudas era culpa de Damon, se dijo Elena, ya que ella no albergaba sentimientos por él que no fuesen…, bueno, que no fuesen otra cosa que fraternales. Pero Damon jamás se daba por vencido, no le importaba cuántas veces ella le rechazase.

Detrás de Elena sonó un golpe sordo y un chapoteo que sin duda significaban

que Matt había conseguido abandonar por fin el techo del Jag. Se incorporó a la refriega al instante.

—¡Hazme un favor, no la llames «cariño»! —gritó, a la vez que se giraba hacia la muchacha—. Wendy es probablemente el nombre de su última novia. Y…, y… además, ¿sabes lo que ha hecho, cómo me ha despertado esta mañana? —Matt temblaba de indignación.

—¿Te levantó del suelo y te arrojó sobre el techo del coche? —aventuró ella.

Le habló por encima del hombro porque soplaba una leve brisa matutina que tendía a ceñir el camisón a su cuerpo y no quería tener a Damon a su espalda en aquellos momentos.

—¡No! ¡Quiero decir, sí! ¡No y sí! Pero… al hacerlo, ¡ni siquiera se ha molestado en usar las manos! Se ha limitado a hacer esto —Matt agitó un brazo —, y primero fui arrojado al interior de un hoyo lleno de barro y a continuación lanzado sobre el Jag. ¡Podría haber partido el techo corredizo… o haberme partido algún hueso! Y ahora estoy todo cubierto de barro —añadió Matt, inspeccionándose con expresión de asco, como si acabara de darse cuenta.

Damon tomó la palabra entonces.

—Y ¿por qué te levanté y volví a dejarte caer? ¿Qué hacías exactamente en el momento en que puse algo de distancia entre nosotros?

Matt enrojeció hasta la raíz de los cabellos. Sus por lo general tranquilos ojos azules llamearon.

—Sostenía un palo —replicó en tono desafiante.

—Un palo. ¿Un palo como los que se encuentran junto a la carretera? ¿Esa clase de palo?

—Lo he recogido al borde de la carretera, ¡sí! —contestó todavía desafiante.

—Pues entonces parece haberle sucedido algo extraño.

Sin que Elena consiguiese ver de dónde lo sacaba, Damon exhibió de improviso una estaca muy larga y de aspecto muy resistente; uno de sus extremos había sido trabajado hasta obtener una punta sumamente afilada. Sin duda alguna estaba tallada en madera dura: de roble, a juzgar por su aspecto.

Mientras Damon examinaba el palo desde todos los ángulos con una expresión de profundo desconcierto, Elena la emprendió con un Matt farfullante.

—¡Matt! —exclamó en un tono lleno de reproche, pues aquello suponía indudablemente una recaída en la guerra fría entre los dos jóvenes.

—Sólo pensé —prosiguió Matt con obstinación— que podría ser una buena idea. Puesto que estoy durmiendo al aire libre por la noche y un…, otro vampiro podría aparecer.

Elena había vuelto a mirar al frente e intentaba aplacar a Damon cuando Matt estalló de nuevo.

—¡Dile cómo me has despertado exactamente! —gritó hecho una furia, y luego, sin dar a Damon una oportunidad para decir nada, continuó—: ¡Empezaba a abrir los ojos cuando dejó caer esto sobre mí!

Matt se acercó hasta Elena, sostenía algo en alto. La muchacha, sin saber realmente qué hacer, lo tomó de sus manos y lo observó con detenimiento. Parecía un trozo de lápiz, pero era de un descolorido marrón rojizo oscuro.

—Dejó caer esto sobre mí y dijo «tacha dos» —explicó Matt—. ¡Ha matado a dos personas… y se jactaba de ello!

Al oír aquello, Elena no quiso seguir sujetando el lápiz.

—¡Damon! —gritó con auténtica angustia, a la vez que intentaba descifrar alguna cosa a partir de su inexpresiva cara—. Damon…, por favor…, tú no… no habrás sido…

—No le supliques, Elena. Lo que tenemos que hacer…

—Si alguien me permitiera decir algo —intervino Damon verdaderamente exasperado—, podría mencionar que, antes de que pudiera explicar lo del lápiz, alguien aquí presente intentó clavarme una estaca allí mismo, incluso antes de salir de su saco de dormir. Y lo que yo iba a decir a continuación era que no se trataba de personas. Eran dos vampiros, mercenarios, asesinos a sueldo, y estaban poseídos por los *malachs* de Shinichi. Y nos seguían la pista. Habían llegado ya hasta Warren, Kentucky, probablemente haciendo preguntas sobre el coche. Definitivamente, vamos a tener que deshacernos de él.

—¡No! —gritó Matt poniéndose a la defensiva—. Este coche…, este coche significa algo para Stefan y Elena.

—Este coche significa algo para ti —corrigió Damon—. Y tal vez debiera recordar que tuve que dejar mi Ferrari en un arroyo sólo para poder traerte con nosotros en esta pequeña expedición.

Elena alzó la mano. No quería oír nada más. Era cierto: sentía algo por aquel coche grande de un rojo intenso, llamativo y potente… Aquel coche expresaba lo que habían sentido Stefan y ella el día en que él se lo había comprado, para

festejar el inicio de su nueva vida juntos. El simple hecho de mirarlo le hacía recordar aquel día, el peso del brazo de Stefan sobre sus hombros y el modo en que él había bajado los ojos hacia ella, y cómo ella había alzado los suyos hacia él; los ojos verdes de Stefan centelleaban traviesos y felices de poder ofrecerle algo que ella realmente quería.

Con gran vergüenza y rabia por su parte, Elena descubrió que temblaba levemente y que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Lo ves? —dijo Matt, fulminando con la mirada a Damon—. Has conseguido hacerla llorar.

—¿Yo? No he sido yo quien ha mencionado a mi querido y desaparecido hermano menor —repuso Damon con toda cortesía.

—¡Haced el favor de parar! ¡Ahora mismo! ¡Los dos! —gritó Elena, intentando encontrar la compostura—. Y no quiero este lápiz si no te importa —añadió, sosteniéndolo a una prudente distancia.

Cuando Damon lo tomó, Elena se limpió las manos en el camisón y se sintió vagamente mareada. Tiritó, pensando en los vampiros que les seguían la pista.

Y entonces, de improviso, mientras oscilaba, notó un brazo cálido y fuerte a su alrededor y la voz de Damon junto a ella diciendo:

—Lo que necesita es un poco de aire fresco, y voy a dárselo.

Bruscamente, Elena se sintió ingrávida y en los brazos de Damon y descubrió que ascendían por los aires.

—Damon, ¿podrías hacer el favor de soltarme?

—¿Justo ahora, cariño? El suelo queda bastante lejos…

Elena siguió reconviniendo a Damon, pero se dio cuenta de que él había dejado de escucharla. Y el aire fresco matinal realmente le estaba despejando la cabeza un poco, por más que también la hacía temblar.

Intentó detener los estremecimientos, pero no podía evitarlos. Damon le dirigió una ojeada y, ante la sorpresa de la chica, con semblante totalmente serio, empezó a hacer intención de quitarse la cazadora. Elena se apresuró a decir:

—No, no… Sigue conduciendo…, volando, quiero decir, y yo me mantendré agarrada a ti.

—Y ten cuidado con las gaviotas que vuelan bajo —indicó Damon en tono solemne, pero crispando la comisura de la boca en una mueca burlona que hizo que Elena desviara el rostro porque corría el peligro de echarse a reír.

—Así pues, ¿exactamente cuándo averiguaste que podías alzar a la gente y arrojarla sobre los coches? —inquirió la muchacha.

—Ah, hace muy poco. Fue como lo de volar: un desafío. Y ya sabes que me gustan los retos.

La contemplaba con mirada picara, con aquellos ojos tan intensamente negros con aquellas pestañas tan largas que eran un desperdicio en un chico. Elena se sentía como si fuese un plumón de diente de león, pero también un poco mareada, casi achispada.

Sentía mucho más calor ya, porque —advirtió— Damon la había envuelto en su aura, que era cálida. No sólo en temperatura, sino cálida con una apreciación vehemente, casi embriagada, mientras él la evaluaba, evaluaba sus ojos, su rostro y los cabellos que flotaban ingrávidos en una nube dorada alrededor de los hombros de la muchacha. Elena no pudo evitar ruborizarse, y casi oyó lo que él pensaba en ese instante: que ruborizarse le sentaba muy bien, que le aportaba un toque rosa pálido que contrastaba con su tez clara.

Y del mismo modo que no había podido evitar ruborizarse ante la calidez de Damon, sintió una respuesta emocional involuntaria… de agradecimiento por el gesto del vampiro, por su apreciación, y de afecto involuntario hacia él, que le había salvado la vida esa noche. Si ella sabía algo sobre vampiros poseídos por los *malachs* de Shinichi era, para empezar, que se trataba de asesinos desalmados. Ni siquiera era capaz de imaginar lo que tales criaturas le harían, y no quería hacerlo; sólo podía alegrarse de que Damon hubiese sido lo bastante listo y, sí, lo bastante despiadado para ocuparse de ellos antes de que consiguieran encontrarla.

Y tendría que estar ciega y ser totalmente estúpida para no darse cuenta de que Damon era guapísimo. Tras haber muerto dos veces, tal hecho no la afectaba como lo haría con la mayoría de las otras chicas, pero seguía siendo un hecho, tanto si Damon se mostraba meditabundo como si ofrecía una de aquellas raras sonrisas genuinas que parecía tener sólo para Elena.

El problema de todo esto era que Damon era un vampiro y, como tal, podía leerle la mente, en especial estando Elena tan cerca, con las respectivas auras entremezclándose. Y Damon se daba a su vez cuenta de que Elena se daba cuenta, y todo ello se convertía en un pequeño ciclo de retroalimentación. Antes de que Elena pudiese concentrarse, ya se estaba derritiendo, su cuerpo ingrávido

daba la impresión de ser más pesado a medida que se amoldaba a los brazos de Damon.

El otro problema era que Damon no la estaba influenciando; estaba atrapado en aquel huracán como lo estaba Elena; más aún, porque no poseía barreras contra ello. Elena sí las tenía, pero se difuminaban, se disolvían. No conseguía pensar correctamente, y Damon la contemplaba con admiración y una expresión que ella estaba muy acostumbrada a ver, pero no podía recordar dónde.

Elena había perdido el poder de analizar y se limitaba a gozar en el cálido resplandor de ser apreciada, abrazada, querida y cuidada con una intensidad que la estremecía hasta lo más íntimo.

Y cuando Elena se entregó, lo hizo completamente. Casi sin un esfuerzo consciente, arqueó la cabeza atrás para dejar la garganta al descubierto y cerró los ojos.

Damon le ladeó con dulzura la cabeza a una posición distinta, la sostuvo con una mano y la besó.

3

El tiempo se detuvo. Elena descubrió que buscaba a tientas, por instinto, la mente de aquel que la besaba con tanta dulzura. Jamás había apreciado un beso hasta que hubo muerto, hasta que se convirtió en un espíritu, y luego fue devuelta a la tierra con una aura que revelaba el significado oculto de los pensamientos y palabras de otras personas e incluso sus mentes y ¿limas. Era como si hubiese obtenido un nuevo sentido. Cuando dos auras se entremezclaban de un modo tan intenso, dos almas quedaban al descubierto la una para la otra.

De un modo semiconsciente, Elena dejó que su aura se expandiese, y encontró una mente casi al momento. Ante su sorpresa, ésta retrocedió ante ella. Aquello no estaba bien, y se las arregló para agarrarla antes de que pudiese replegarse tras una enorme y dura piedra, que era como un peñasco. Lo único que quedaba fuera del peñasco —que le recordó la fotografía de un meteorito que había visto, con una superficie llena de cráteres y calcinada— eran funciones cerebrales rudimentarias y un niño pequeño, encadenado a la roca por las muñecas y los tobillos.

Elena se sintió anonadada. Fuera lo que fuese aquello que veía, supo que sólo era una metáfora, y que no debía juzgar con demasiada rapidez su significado. Las imágenes que tenía ante ella eran los símbolos del alma desnuda de Damon, pero en una forma que la propia mente de Elena podía comprender e interpretar, si lo miraba desde la perspectiva correcta.

En seguida supo que estaba contemplando algo importante. Había sentido el impresionante goce y la mareante dulzura de unir su alma a la de otro; y ahora, su amor y preocupación intrínsecos la empujaban a intentar comunicarse.

—¿Tienes frío? —le preguntó al niño, cuyas cadenas eran lo bastante largas para permitirle rodear bien fuerte con sus brazos las piernas contraídas; iba vestido con harapos negros.

Él asintió en silencio. Los enormes ojos oscuros parecían engullirle el rostro.

—¿De dónde vienes? —preguntó Elena, vacilante, pensando en modos de hacer que el niño estuviese caliente—. ¿De ahí dentro? —Indicó con un ademán el gigantesco peñasco.

El niño volvió a asentir.

—Se está más caliente ahí dentro, pero él ya no quiere dejarme entrar.

—¿Él? —Elena estaba siempre ojo avizor en busca de señales de Shinichi, aquel malicioso espíritu zorro—. ¿Quién es «él», cariño?

Ya se había arrodillado y había tomado al niño entre sus brazos; estaba frío, frío como el hielo, y el hierro estaba helado.

—Damon —musitó el pequeño, y por vez primera sus ojos dejaron de mirar a Elena, para mirar temerosos a su alrededor.

—¿Ha sido Damon quien te ha hecho esto?

La voz de la muchacha empezó en tono alto y acabó tan queda como el susurro del niño mientras éste volvía unos ojos suplicantes hacia ella y le palmeaba con desesperación los labios, como un gatito de garras aterciopeladas.

«Esto no son más que símbolos —se recordó Elena—. Es la mente de Damon, su alma, lo que contemplas.»

«Pero ¿lo estás haciendo? —preguntó de improviso una parte analítica de sí misma—. ¿No hubo… una vez antes en que hiciste esto con alguien… y viste un mundo en su interior, paisajes llenos de amor y belleza iluminada por la luna, todo ello símbolo del funcionamiento normal y saludable de una mente corriente extraordinaria?» Elena no podía recordar el nombre de la persona, pero recordaba la belleza. Sabía que su propia mente usaría tales símbolos para presentarse a otra persona.

No, comprendió bruscamente y de un modo tajante: en realidad no veía el alma de Damon. El alma de Damon estaba en algún lugar dentro de esa enorme y pesada masa de piedra. Vivía apretujado dentro de aquella cosa horrenda, y quería que fuese así. Todo lo que quedaba fuera era un viejo recuerdo de su infancia, un niño que había sido desterrado del resto de su alma.

—Si Damon te dejó aquí, entonces ¿quién eres? —preguntó lentamente

Elena, poniendo a prueba su teoría, a la vez que asimilaba los ojos negrísimos del niño y el pelo oscuro y las facciones que conocía incluso a pesar de ser tan jóvenes.

—Soy… Damon —murmuró el pequeño, con un cerco blanco alrededor de los labios.

Tal vez incluso revelar tanto le resultaba doloroso, se dijo Elena. No quería hacer daño a este símbolo de la infancia de Damon; lo que quería era que sintiese la dulzura y el bienestar que ella sentía. Si la mente de Damon hubiese sido como una casa, habría querido ordenarla y llenar cada habitación de flores y de luz de las estrellas; y si hubiese sido un paisaje, habría dibujado un halo alrededor de la blanca luna llena, o un arco iris entre las nubes; pero en su lugar se mostraba como un niño famélico encadenado a un peñasco en el que nadie podía abrir una brecha, y ella quería consolar y tranquilizar al niño.

Sostuvo contra el pecho a la criatura, frotándole brazos y piernas con fuerza y recostándolo contra su cuerpo espíritu.

Al principio, él pareció tenso y cauteloso en sus brazos. Pero al cabo de un poco, al ver que no sucedía nada terrible como resultado del contacto entre ambos, se relajó y ella sintió cómo el cuerpecito se volvía cálido, adormilado y pesado en sus brazos; ella misma tuvo una sensación protectora de una dulzura aplastante hacia el pequeño.

En apenas unos pocos minutos, el niño que tenía en los brazos estaba dormido, y Elena se dijo que había un levísimo amago de sonrisa en sus labios. Abrazó con fuerza el cuerpecito, acunándolo con suavidad mientras ella misma sonreía. Pensaba en alguien que la había abrazado cuando ella había llorado. Alguien a quien no…, no olvidaba, jamás olvidaba…, pero que le provocaba un doloroso nudo de tristeza en la garganta. Alguien tan importante —era de suma importancia que le recordara ahora, en aquel momento— y al que ella…, ella tenía que… encontrar…

Y entonces, de improviso, la tranquila noche en la mente de Damon se inundó de… sonido, luz y energías. Incluso Elena, novata como era en los métodos del Poder, supo que había avivado el recuerdo de un único nombre.

Stefan.

¡Cielos!, se había olvidado de él; realmente, durante unos pocos minutos, se había permitido verse atraída al interior de algo que significaba olvidarle. La

angustia de todas aquellas solitarias horas de noche cerrada que había pasado sentada y vertiendo su dolor y miedo en el diario se había desvanecido; la paz y el consuelo que Damon le había ofrecido la habían hecho olvidar verdaderamente a Stefan, olvidar lo que podría estar padeciendo en aquellos mismos instantes.

—¡No…, no! —Elena forcejeaba sola en la oscuridad—. Suéltame… Tengo que encontrar… No puedo creer que olvidase…

—Elena —la voz de Damon era serena y bondadosa… o al menos desapasionada—, si sigues revolviéndote de ese modo, vas a soltarte…, y hay un largo trecho hasta el suelo.

La muchacha abrió los ojos, todos los recuerdos de rocas y niños salieron volando, desperdigándose en todas direcciones igual que blancas hebras sedosas de diente de león. Lanzó a Damon una mirada acusadora.

—Tú…, tú…

—Sí —repuso Damon tranquilamente—, cúlpame a mí. ¿Por qué no? Pero yo no te he influenciado, y tampoco te he mordido. Me he limitado a besarte. Tus poderes han hecho el resto; puede que sean incontrolables, pero son sumamente persuasivos de todos modos. Francamente, jamás tuve intención de ser succionado tan profundamente…, si me perdonas el retruécano.

Hablaba en un tono ligero, pero Elena percibió la repentina visión interior de un niño que lloraba, y se preguntó si Damon realmente se inmutaba tan poco como parecía.

«Pero ésa es su especialidad, ¿no es cierto? —pensó, sintiendo una repentina amargura—. Reparte sueños, fantasías, un placer que permanece en las mentes de sus… donantes.» Elena sabía que las muchachas y mujeres jóvenes de las que Damon… se alimentaba… le adoraban, y que su única queja era que no las visitaba lo bastante a menudo.

—Lo comprendo —le dijo Elena mientras descendían hacia el suelo—. Pero esto no puede volver a suceder. Sólo hay una persona a la que puedo besar, y es Stefan.

Damon abrió la boca, pero justo entonces se oyó el sonido de una voz tan enfurecida y acusadora como la de la propia Elena, y a la que no importaban las consecuencias. La chica recordó entonces a la otra persona que había olvidado.

—¡DAMON, HIJO DE MALA MADRE, BÁJALA!

Matt.

Elena y Damon se detuvieron con un elegante giro, justo al lado del Jaguar. Inmediatamente, Matt corrió hacia Elena y se la arrebató violentamente, examinándola como si hubiese sufrido un accidente, dedicando una atención especial a su cuello. Una vez más, Elena se sintió incómodamente consciente de ir vestida con un camisón blanco de encaje en presencia de dos chicos.

—Estoy perfectamente, de verdad —le dijo a Matt—. Sólo estoy un poco mareada. Me encontraré mejor en unos minutos.

Matt soltó un suspiro de alivio. Tal vez no siguiese estando enamorado de ella como lo había estado una vez, pero Elena sabía que ella le importaba muchísimo y que siempre le importaría. Se preocupaba por ella porque era la novia de su amigo Stefan, pero también por ella misma, y Elena sabía que él nunca olvidaría el tiempo que habían pasado juntos.

Es más, creía en ella. Así que entonces, al prometerle que estaba bien, la creyó. Incluso estuvo dispuesto a dedicarle a Damon una mirada que no era totalmente hostil.

Y entonces ambos jóvenes se dirigieron al lado del conductor del Jag.

—¡Ah, no! —dijo Matt—. Tú condujiste ayer… ¡y mira lo que ha sucedido! Tú mismo lo has dicho: ¡hay vampiros siguiéndonos el rastro!

—¿Estás diciendo que es culpa mía? ¿Los vampiros le siguen el rastro a esta cosa gigantesca pintada de rojo como un coche de bomberos y resulta que es cosa mía?

Matt se limitó a adoptar una expresión terca: la mandíbula apretada, la tez bronceada sonrojada.

—Lo que digo es que deberíamos turnarnos. A ti ya te ha tocado.

—No recuerdo que en ningún momento se dijese nada sobre «turnarse». —Damon consiguió darle a la palabra una inflexión que la hizo parecer una actividad más bien perversa—. Y si yo voy en un coche, soy yo quien conduce.

Elena carraspeó. Ninguno de ellos reparó en ella.

—¡No subiré a un coche si lo conduces tú! —replicó Matt, enfurecido.

—¡Pues yo no subiré a un coche si eres tú quien lo conduce! —repuso Damon lacónicamente.

Elena carraspeó más fuerte, y Matt finalmente recordó que existía.

—Bueno, no podemos esperar que Elena nos lleve todo el camino hasta

donde sea que vamos —dijo, antes de que ella pudiese sugerir tal posibilidad—. A menos que vayamos a llegar allí hoy —añadió, dirigiendo una aguda mirada a Damon.

Damon meneó negativamente la oscura cabeza.

—No; estoy tomando la ruta turística. Y cuanta menos gente sepa adonde vamos, más seguros estaremos. No podrás contárselo a nadie si lo desconoces.

Elena sintió como si alguien le acabase de tocar levemente la nuca con un cubito de hielo. El modo en que Damon había dicho aquellas palabras…

—Pero ellos ya sabrán adonde vamos, ¿no es cierto? —preguntó, regresando con energía a las cuestiones prácticas—. Saben que queremos rescatar a Stefan, y saben dónde está Stefan.

—Claro que sí. Sabrán que intentamos entrar en la Dimensión Oscura. Pero ¿por qué puerta? ¿Y cuándo? Si conseguimos despistarlos, la única cosa de la que tendremos que preocuparnos es de Stefan y los guardas de la prisión.

Matt miró a su alrededor.

—¿Cuántas puertas hay?

—Miles. Dondequiera que se crucen tres líneas de energía, existe potencial para un portal. Pero puesto que los europeos expulsaron a los indios americanos fuera de sus hogares, la mayoría de los portales no se usan ni se mantienen como sucedía en los viejos tiempos. —Damon se encogió de hombros.

Elena sentía un cosquilleo de emoción y ansiedad por todo el cuerpo.

—¿Por qué no nos limitamos a localizar el portal más cercano y lo cruzamos, entonces?

—¿Viajar todo el camino hasta la prisión bajo tierra? Mirad, no lo comprendéis en absoluto. En primer lugar, me necesitáis a vuestro lado para que os ayude a entrar en un portal…, y aun así no va a resultar agradable.

—¿No será agradable para quién? ¿Para nosotros o para ti? —preguntó Matt, sombrío.

Damon le dedicó una larga mirada inexpresiva.

—Si lo intentaseis por vuestra cuenta, resultaría degradable de un modo breve y definitivo para vosotros. Conmigo, debería ser incómodo, pero una cuestión rutinaria. Y en cuanto a cómo es viajar aunque sólo sean unos pocos días por ahí abajo…, bueno, lo acabaréis comprobando vosotros mismos —respondió Damon, con una sonrisa curiosa—. Y se tardaría mucho, mucho más

que yendo por un portal principal.

—¿Por qué? —quiso saber Matt, siempre dispuesto a hacer preguntas cuyas respuestas Elena en realidad no deseaba en absoluto.

—Porque se trata o bien de jungla, donde sanguijuelas de metro y medio que caen de los árboles van a ser el menor de vuestros problemas, o de páramos, donde cualquier enemigo puede divisaros… y realmente todo el mundo es vuestro enemigo.

Hubo una pausa mientras Elena pensaba intensamente. Damon tenía un semblante serio. Era evidente que en realidad no quería hacerlo…, y no había muchas cosas que preocuparan a Damon, a quien le gustaba de veras pelear. Sobre todo, si se trataba de un simple pasatiempo…

—De acuerdo —repuso la joven lentamente—, seguiremos con tu plan.

Al instante, los dos chicos volvieron a alargar la mano hacia la manija de la puerta del conductor.

—Haced el favor de escuchar —dijo Elena sin mirar a ninguno de ellos—. Voy a conducir mi Jaguar hasta la siguiente ciudad. Pero primero voy a entrar en él y me pondré ropas de verdad y a lo mejor incluso duermo unos minutos. Matt querrá localizar un arroyo en el que pueda lavarse. Y luego voy a ir a cualquiera que sea la ciudad que esté más cerca para tomar un buen desayuno. Después de eso…

—…la discusión puede iniciarse de nuevo —terminó Damon por ella—. Haz todo eso, preciosa. Me reuniré con vosotros en cualquier restaurante de mala muerte que hayáis elegido.

Elena asintió.

—¿Estás seguro de que podrás encontrarnos? Lo cierto es que intento contener mi aura.

—Oye, un jaguar rojo como un coche de bomberos en cualquier ciudad diminuta que encuentres en esta carretera va a resultar tan llamativo como un platillo volante —respondió Damon.

—¿Por qué no se limita a venir con…?

La voz de Matt se apagó. De algún modo, a pesar de que se trataba de su motivo de queja más profundo contra Damon, a menudo olvidaba que éste era un vampiro.

—Así que tú vas a ir allí primero y encontrarás alguna jovencita que vaya de

camino a la escuela de verano —dijo Matt, y sus azules ojos parecieron oscurecerse—. Y descenderás sobre ella y te la llevarás a donde nadie la oiga chillar y luego le echarás la cabeza hacia atrás y le hundirás los dientes en la garganta.

Se produjo una pausa bastante prolongada. Luego Damon dijo, en un tono levemente herido:

—No voy a hacer eso.

—Es lo que… vosotros… hacéis. Me lo hiciste a mí.

Elena vio la necesidad de una intervención realmente drástica: la verdad.

—Matt, Matt, no fue Damon quien te hizo eso. Fue Shinichi. Lo sabes bien. —Tomó al muchacho por los antebrazos con dulzura y le hizo girar hasta tenerlo de cara a ella.

Durante un largo momento Matt se negó a mirarla. El tiempo transcurría y Elena empezó a temer que él estuviese fuera de su alcance, pero entonces Matt alzó por fin la cabeza y pudo mirarle a los ojos.

—De acuerdo —dijo él en voz baja—; lo secundaré. Pero sabes que va a beber sangre humana.

—¡De un donante voluntario! —gritó Damon, que tenía un oído muy fino.

Matt volvió a estallar.

—¡Porque tú les obligas a hacerlo voluntariamente! Les hipnotizas y…

—No, no lo hago.

—… o «influyes» en ellos, o lo que sea. ¿Qué te parecería a ti que…?

Desde detrás de la espalda de Matt, Elena efectuaba ya furiosos ademanes a Damon para que se fuera, como si estuviese ahuyentando a una bandada de gallinas. Al principio, Damon se limitó mirarla y enarcar una ceja, pero luego se encogió elegantemente de hombros y obedeció, la figura desdibujándose mientras adoptaba la forma de un cuervo y se convertía rápidamente en un simple punto en el sol que se alzaba.

—¿Crees que —dijo Elena con voz sosegada— podrías deshacerte de tu estaca? Sólo servirá para que Damon se vuelva totalmente paranoico.

Matt miró a todas partes menos a ella y luego, asintió.

—La tiraré cuando baje la colina para lavarme —contestó, contemplando sombrío sus pantalones llenos de barro—. De todos modos —añadió—, tú entra en el coche e intenta dormir un poco. Parece que lo necesitas.

—Despiértame en un par de horas —respondió ella; no tenía la menor idea de que en un par de horas iba a lamentar aquello más de lo que podía imaginar.

4

—Estás temblando. Deja que lo haga sola —dijo Meredith, posando una mano sobre el hombro de Bonnie mientras permanecían paradas ante la casa de Caroline Forbes.

Bonnie empezó a inclinarse siguiendo la presión, pero se obligó a detenerse. Resultaba humillante temblar de un modo tan evidente una mañana de finales de julio en el estado de Virginia, y también resultaba humillante ser tratada como una criatura, pero Meredith, que sólo era seis meses mayor, parecía más adulta que de costumbre. Llevaba los oscuros cabellos echados hacia atrás, de modo que sus ojos resultaban enormes y el rostro de tez aceitunada con sus pómulos prominentes aparecía en todo su esplendor.

«Prácticamente podría ser mi canguro», pensó Bonnie con desaliento. Además, Meredith llevaba zapatos de tacón, en lugar de los acostumbrados zapatos pianos, y Bonnie se sentía más pequeña y joven que nunca en comparación. Se pasó una mano por los rizos de un rubio rojizo, intentando ahuecarlos un preciado centímetro y medio.

—No estoy asustada. Tengo fr… frío —respondió Bonnie con toda la dignidad que pudo reunir.

—Lo sé. Percibes algo que emana de ahí, ¿verdad? —Meredith indicó con la cabeza la casa que tenían delante.

Bonnie la miró de reojo y luego volvió a mirar a Meredith. De improviso el aspecto adulto de Meredith fue más reconfortante que molesto. Pero, antes de volver a mirar la casa de Caroline, soltó:

—¿Para qué quieres los tacones de aguja?

—¡Oh! —dijo Meredith, echando una mirada a sus pies—. Una simple cuestión práctica. Si algo intenta agarrarme el tobillo esta vez, recibirá esto. —Dio un pisotón y sonó un satisfactorio golpe de tacón en la acera.

Bonnie casi sonrió.

—¿Traes también tu puño americano?

—No lo necesito; volveré a derribar a Caroline a puño limpio si intenta algo. Pero deja de cambiar de tema. Puedo hacerlo sola.

Bonnie se permitió finalmente poner su propia mano menuda en la mano delgada y de dedos largos de Meredith; la oprimió.

—Sé que puedes. Pero soy yo quien debería hacerlo. Es a mí a quien ha invitado a venir a verla.

—Sí —repuso Meredith, con un leve y elegante mohín—; siempre ha sabido dónde clavar el cuchillo. Bueno, suceda lo que suceda, Caroline se lo ha buscado. Primero intentamos ayudarla, por su bien y por el nuestro. Luego intentaremos hacer que pida ayuda. Y después…

—Después de eso —dijo Bonnie con tristeza—, quién sabe.

Volvió a mirar la casa de Caroline, que parecía… sesgada… en cierto modo, como si la viese a través de un espejo deformante. Además de eso, tenía un aura negativa: negra con cuchilladas de un feo tono verde grisáceo. Nunca antes había visto Bonnie una casa con tanta energía.

Era una energía fría, como las emanaciones de una cámara frigorífica. Bonnie sentía como si fuese a absorberle su propia energía vital y convertirla en hielo si tenía la oportunidad.

Dejó que Meredith tocara el timbre. Este resonó con eco, y cuando la señora Forbes acudió a abrir, también su voz pareció poseer un cierto eco. El interior de la casa seguía teniendo aquel aspecto distorsionado que muestran los espejos de una barraca de feria, se dijo Bonnie, pero más extraña era la sensación que producía; si cerraba los ojos, podría creerse en un lugar mucho más grande, en el que el suelo tenía una pronunciada pendiente.

—Venís a ver a Caroline —dijo la señora Forbes.

El aspecto de la mujer impresionó a Bonnie, pues la madre de Caroline parecía una anciana, con el pelo canoso y un rostro pálido y demacrado.

—Está arriba en su cuarto. Os acompañaré —continuó la madre de Caroline.

—Pero, señora Forbes, nosotras sabemos dónde…

Meredith se interrumpió cuando Bonnie le posó una mano sobre el brazo. La ajada y consumida mujer encabezaba ya la marcha. Casi no tenía aura, advirtió Bonnie, y se sintió acongojada. Conocía a Caroline y a sus padres desde hacía mucho tiempo; ¿cómo podía haber llegado a esto su relación?

«No llamaré de todo a Caroline, no importa lo que haga —juró Bonnie en silencio—. No importa lo que pase. Incluso… Sí, incluso después de lo que le ha hecho a Matt. Intentaré pensar algo bueno sobre ella.»

Pero era difícil pensar nada en absoluto en aquella casa, y mucho menos pensar en algo bueno. Bonnie sabía que la escalera ascendía; podía ver cada peldaño por encima del anterior; pero todos los sentidos le indicaban que descendía. Era una sensación horripilante que le producía mareo: aquella brusca inclinación hacia abajo mientras observaba cómo sus pies subían.

También existía un olor, extraño y acre, a huevos podridos. Era un aroma maloliente que podía paladearse en el aire.

La puerta de Caroline estaba cerrada, y frente a ella, sobre el suelo, había un plato de comida con un tenedor y un cuchillo de trinchar en él. La señora Forbes apresuró el paso por delante de Bonnie y Meredith y levantó a toda prisa el plato, abrió la puerta situada frente a la de Caroline, y lo depositó allí, cerrando la puerta tras ella.

Pero justo antes de que el plato desapareciese, a Bonnie le pareció ver movimiento entre la comida que había en la delicada porcelana.

—Apenas quiere hablarme —dijo la señora Forbes con la misma voz hueca que había usado antes—. Pero ha dicho que os esperaba.

Pasó a toda prisa junto a ellas, dejándolas solas en el pasillo. El hedor a huevos podridos —no, a azufre en realidad, comprendió Bonnie— era muy fuerte.

Azufre; reconocía el olor por las clases de química del curso pasado. Pero ¿cómo había penetrado un olor tan horrible en la elegante casa de la señora Forbes? Bonnie volvió la cabeza hacia Meredith para preguntar, pero su amiga negaba ya con la cabeza, y Bonnie conocía aquella expresión.

«No digas nada.»

Bonnie tragó saliva, se secó los ojos llorosos y contempló cómo Meredith hacía girar la manija de la puerta de Caroline.

La habitación estaba a oscuras, pero entró luz suficiente desde el pasillo para

descubrir que se habían reforzado las cortinas de Caroline con colchas opacas clavadas sobre ellas. No había nadie en la cama.

—¡Entrad! ¡Y cerrad rápido la puerta!

Era la voz de Caroline, con su típica mordacidad. Una oleada de alivio recorrió a Bonnie. La voz no era un tono grave masculino que sacudía la habitación, ni un aullido, era Caroline de mal humor.

Penetró en la penumbra que tenía ante ella.

5

Elena volvió al asiento posterior del Jaguar y se puso una camiseta de felpa color aguamarina y unos vaqueros por debajo del camisón, por si acaso un agente de policía —o incluso alguien que intentase ayudar a los propietarios de un coche aparentemente averiado en una carretera desierta— pasaba por allí. Y a continuación se tumbó en el asiento trasero del Jag.

Pero, aunque ahora estaba caliente y cómoda, el sueño no acudía.

«¿Qué es lo que quiero? ¿Qué quiero en realidad en este instante?», se preguntó. Y la respuesta acudió a ella de inmediato.

«Quiero ver a Stefan. Quiero sentir sus brazos a mi alrededor. Quiero simplemente mirar su cara, sus ojos verdes con esa mirada especial que únicamente me muestra a mí. Quiero que me perdone y que me diga que sabe que siempre le amaré.

»Y quiero… —Se sintió ruborizar cuando un calórenlo le recorrió el cuerpo —. Quiero que Stefan me bese. Quiero los besos de Stefan… cálidos y dulces y reconfortantes…»

Elena pensaba esto mientras por segunda o tercera vez cerraba los párpados y cambiaba de posición, con lágrimas aflorando otra vez a sus ojos. Si al menos pudiese llorar, llorar realmente, por Stefan. Pero algo la detenía; le resultaba difícil hacer salir una sola lágrima. Cielos, estaba agotada…

Elena lo intentó. Mantuvo los ojos cerrados y dio vueltas a un lado y a otro, tratando de no pensar en Stefan durante apenas unos pocos minutos. Era necesario que durmiese. Desesperada, se removió violentamente para intentar hallar una posición mejor…, y entonces todo cambió de improviso.

Estaba cómoda. Demasiado cómoda. No sentía en absoluto el asiento. Se irguió de golpe y se quedó petrificada, sentada en el aire; su cabeza chocaba casi con la parte superior del Jaguar.

«¡He vuelto a perder la gravedad!», pensó, horrorizada. Pero no…, esto era diferente de lo que había sucedido al principio de regresar de la otra vida, cuando se había dedicado a flotar por ahí como un globo. No podía explicarlo, pero estaba segura.

Temía moverse en cualquier dirección. No estaba segura del motivo de su zozobra… pero no osaba moverse. Y entonces lo vio.

Se vio a sí misma, con la cabeza echada atrás y los ojos cerrados en el asiento trasero del coche. Pudo distinguir cada diminuto detalle, desde las arrugas en la camiseta de felpa aguamarina hasta la trenza que había hecho a sus cabellos de un dorado blanquecino, que, por falta de una goma para el pelo, se estaba destrenzando ya. Daba la impresión de dormir serenamente.

Así que era de este modo como todo finalizaba. Esto es lo que dirían, que Elena Gilbert, un día de verano, había muerto plácidamente mientras dormía. Jamás se hallaría una causa de la muerte…

Porque jamás podrían reconocer que un corazón destrozado fuese un motivo para morir, se dijo, y en un gesto aún más melodramático que sus acostumbrados gestos melodramáticos, intentó arrojarse sobre su propio cuerpo con un brazo cubriéndole el rostro.

No funcionó. En cuanto empezó a extender la mano para lanzarse, se encontró fuera del Jaguar.

Había atravesado el techo sin sentir nada. «Supongo que es lo que sucede cuando eres un fantasma —pensó—. Pero esto no se parece en nada a la última vez. Entonces vi el túnel. Fui a la Luz… A lo mejor no soy un fantasma.»

De improviso, Elena sintió un arrebato de euforia. «Ya sé lo que sucede —pensó, triunfante—. ¡Es una proyección astral!»

Bajó otra vez los ojos hacia su yo dormido, buscando con atención. ¡Sí! ¡Sí! Había un cordón que sujetaba su cuerpo dormido —su cuerpo real— a su yo espiritual. ¡Estaba amarrada! Adonde fuera que fuese, podría hallar el camino de vuelta a casa.

Sólo existían dos destinos posibles. Uno era de vuelta a Fell's Church. Sabía más o menos en qué dirección ir tomando como referencia el sol, y estaba segura

de que cualquiera que estuviese teniendo una P. A. (como las llamaba familiarmente Bonnie, que en una ocasión había pasado por una moda espiritista pasajera y había leído cantidad de libros sobre el tema), sería capaz de reconocer el cruce de todas aquellas líneas de energía.

El otro punto de destino, desde luego, era Stefan.

Damon podría pensar que ella no sabía adonde ir, y era cierto que sólo podía percibir de un modo vago a partir del sol naciente que Stefan se hallaba en la otra dirección; al oeste de ella. Pero siempre había oído que las almas de los que se aman de verdad están conectadas de algún modo…, por un cordel de plata que va de corazón a corazón o un cordel rojo de dedo meñique a dedo meñique.

Con gran alegría por su parte, lo encontró casi al instante.

Un fino cordón del color de la luz de la luna, que parecía estar tendido muy tirante entre el corazón de la dormida Elena y… sí. Cuando tocó el cordón, éste le resonó con tal claridad a Stefan que supo que la llevaría a él.

En su mente no hubo la menor duda sobre qué dirección tomar. Había estado en Fell's Church. Bonnie era médium y poseía impresionantes poderes, y lo mismo sucedía con la anciana casera de Stefan, la señora Theophilia Flowers. Ellas estaban allí, junto con Meredith y su brillante intelecto, para proteger la ciudad.

Y ellas comprenderían, se dijo con una cierta desesperación, pues podría no volver a tener jamás esta oportunidad.

Sin un momento más de vacilación, Elena giró en dirección a Stefan y se dejó ir.

Inmediatamente se encontró yendo a toda velocidad por el aire, excesivamente de prisa para percibir lo que la rodeaba. Todo aquello ante lo que pasaba constituía una masa borrosa, que difería sólo en color y textura mientras Elena advertía con un nudo en la garganta que estaba atravesando objetos.

Y así, en sólo unos instantes, se encontró contemplando una escena desgarradora: Stefan sobre un camastro raído y roto, delgado y con semblante ceniciento. Stefan en una celda horrenda, con juncos esparcidos por el suelo e infestada de piojos, con sus malditos barrotes de hierro de los que ningún vampiro podría escapar.

Elena volvió la cabeza por un momento para que, cuando le despertase, él no viese su angustia y sus lágrimas. Empezaba a serenarse, cuando la voz de Stefan

la atravesó con una sacudida; ya estaba despierto.

—¿No os cansáis de intentarlo, verdad? —dijo la voz cargada de sarcasmo —. Supongo que deberíais obtener puntos por eso. Pero siempre os sale algo mal. La última vez fueron las orejitas puntiagudas. Esta vez es la ropa. Elena no se pondría una camiseta arrugada como ésa ni tendría los pies sucios y descalzos ni aunque su vida dependiera de ello. Vete. —Encogiendo los hombros bajo la raída manta, le dio la espalda.

Elena se lo quedó mirando fijamente, y puesto que estaba demasiado sumida en un torbellino de aflicciones como para elegir sus palabras, éstas brotaron de ellas como un geiser.

—¡Stefan! Tan sólo intentaba dormir vestida por si un policía paraba mientras estaba en el asiento trasero del Jag. El Jag que tú me compraste. ¡No pensaba que fuese a importarte! Mis ropas están arrugadas porque estoy viviendo de lo que llevo en la bolsa de lona y mis pies se ensuciaron cuando Damon… Bueno…, eso no importa. Tengo un camisón de verdad, pero no lo llevaba puesto cuando abandoné mi cuerpo e imagino que cuando sales todavía sigues pareciendo tú misma en tu cuerpo…

Entonces alzó las manos alarmada cuando Stefan se volvió en redondo. Pero —maravilla de maravillas— había ahora un poco de color en sus mejillas y, por otra parte, ya no se mostraba desdeñoso.

Tenía un aspecto enfurecido, con los ojos verdes centelleando amenazadores.

—Tus pies se ensuciaron… cuando Damon hizo ¿qué? —exigió, articulando cuidadosamente.

—No importa…

—Ya lo creo que importa… —Stefan calló de golpe—. ¿Elena? —musitó, mirándola fijamente como si acabara de aparecer justo entonces.

—¡Stefan!

No pudo evitar tenderle los brazos; no podía controlar nada.

—Stefan, no sé cómo, pero sí sé que estoy aquí. ¡Soy yo! No soy un sueño o un fantasma. Estaba pensando en ti mientras trataba de dormir… ¡y aquí estoy! —Intentó tocarle con manos fantasmales—. ¿Me crees?

—Te creo… porque yo estaba pensando en ti. De algún modo…, de algún modo eso te trajo aquí. Debido al amor. ¡Porque nos amamos! —Y pronunció las palabras como si fuesen una revelación.

Elena cerró los ojos. Si al menos pudiese estar allí en su cuerpo, demostraría a Stefan lo mucho que le amaba. Pero tal y como estaban las cosas, se veían obligados a usar palabras torpes, clichés que simplemente daba la casualidad de que eran excepcionalmente ciertos.

—Siempre te amaré, Elena —dijo Stefan, susurrando otra vez—. Pero no te quiero cerca de Damon. Encontrará un modo de lastimarte…

—No puedo evitarlo —le interrumpió Elena.

—¡Tienes que evitarlo!

—… ¡porque él es mi única esperanza, Stefan! No va a lastimarme. Ya ha matado para protegerme. ¡Oh, cielos, han sucedido tantas cosas! Vamos de camino a… —Elena vaciló, paseando rápidamente los ojos a su alrededor con recelo.

Los ojos de Stefan se abrieron de par en par por un instante. Pero, cuando habló, su rostro era totalmente inexpresivo.

—Algún lugar donde estarás a salvo.

—Sí —dijo ella con la misma seriedad, sabiendo que unas lágrimas fantasmales corrían ahora por sus mejillas incorpóreas—. Y… Stefan, hay tantas cosas que no sabes. Caroline acusó a Matt de atacarla mientras tenían una cita porque está embarazada. Pero ¡no fue Matt!

—¡Desde luego que no! —replicó él con indignación, y habría dicho más, pero Elena hablaba ya a toda velocidad.

—Y creo que… las crías son en realidad de Tyler Smallwood. Por las fechas, y porque Caroline está cambiando. Damon dijo que…

—Una criatura lobo bebé siempre convertirá a su madre en un ser lobo…

—¡Sí! Pero la parte de lobo va a tener que combatir al *malach* que ya está dentro de ella. Bonnie y Meredith me contaron cosas sobre Caroline que me aterraron, como el modo en que correteaba por el suelo igual que un lagarto. Pero tuve que dejar que se ocuparan ellas de eso, de modo que yo pudiera…, pudiera llegar a ese lugar seguro.

—Seres lobo y seres zorro —dijo Stefan, meneando la cabeza—. Por supuesto, los kitsune, los zorros, son mucho más poderosos mágicamente, pero los seres lobo tienden a matar sin pensar. —Se golpeó la rodilla con el puño—. ¡Ojalá pudiese estar allí!

Elena exclamó con una mezcla, de asombro y desesperación:

—¡Y en vez de eso aquí estoy yo… contigo! Jamás supe que podía hacerlo. Pero no he podido traerte nada…, ni siquiera a mí misma. Mi sangre. —Efectuó un gesto de impotencia y vio la expresión satisfecha de los ojos de Stefan.

¡Todavía conservaba el vino hecho con uvas Magia Negra Clarion Loess que ella le había traído clandestinamente! ¡Lo sabía! Era el único líquido que ayudaría —en caso de apuro— a mantener a un vampiro con vida cuando no había sangre disponible.

El «vino» Magia Negra no tenía alcohol y jamás había sido pensado para los humanos; era la única bebida que a los vampiros realmente les gustaba aparte de la sangre. Damon le había contado a Elena que estaba elaborado mágicamente a partir de uvas especiales que se cultivaban en la tierra situada en los márgenes de glaciares, el loess, y que se mantenían siempre en una oscuridad total; eso era, según le había explicado Damon, lo que le proporcionaba su misterioso sabor aterciopelado.

—No importa —repuso Stefan, sin duda dirigiéndose a cualquiera que pudiese estar espiando—. Cuéntame, ¿cómo ha sido —preguntó entonces— esto de salir del cuerpo? ¿Por qué no bajas aquí y me lo cuentas? —Volvió a tumbarse en su camastro, fijando unos ojos doloridos en ella—. Siento no tener un mejor lecho que ofrecerte.

Por un momento la humillación se reflejó claramente en su rostro, algo que hasta entonces había conseguido ocultarle: la vergüenza que sentía al aparecer ante ella de aquel modo; en una celda mugrienta, vestido con harapos, e infestado de Dios sabía qué. El…, Stefan Salvatore, que en una ocasión había sido…, en una ocasión había sido…

El corazón de Elena se partió realmente entonces. Podía sentirlo en su interior haciéndose añicos como si fuese de cristal, podía sentir cómo cada fragmento afilado como una aguja se ensartaba en sus entrañas. Sabía que se le partía, también, porque lloraba, con enormes lágrimas de espíritu que caían sobre el rostro de Stefan igual que gotas de sangre, transparentes en el aire al caer, pero de un rojo intenso al tocar el rostro del joven.

¿Sangre? No podía ser sangre, se dijo. Ni siquiera podía traerle nada tan útil para él bajo aquella forma. Empezó a sollozar; sus hombros se estremecían mientras las lágrimas seguían cayendo sobre Stefan, que en aquellos momentos tenía una mano alzada como para atrapar una…

—Elena… —Había asombro en su voz.

—¿Qu…qué? —inquirió ella lastimeramente.

—Tus lágrimas. Tus lágrimas me hacen sentir… —Tenía los ojos alzados hacia ella y la miraba con algo parecido al sobrecogimiento.

Elena seguía sin poder parar de llorar, aunque sabía que había tranquilizado el orgulloso corazón de Stefan… y había conseguido algo más.

—N…no comprendo.

Él atrapó una lágrima y la besó. Luego la miró con un brillo en los propios ojos.

—Es difícil hablar sobre ello, mi dulce amor…

«Entonces, ¿por qué usar palabras?», pensó ella, llorando aún, pero descendiendo a su altura de modo que pudiera colocar la nariz justo por encima de su garganta.

«Es sólo que… no son demasiado generosos con los refrigerios por aquí —le dijo él—. Como adivinaste. Si no me hubieses… ayudado…, estaría muerto ya. No entienden cómo es posible que no lo esté. Así que ellos…, bueno, se quedan sin nada antes de llegar a mí, a veces, ya sabes…»

Elena alzó la cabeza, y en esta ocasión lágrimas de pura rabia cayeron justo sobre el rostro del joven. «¿Dónde están? Les mataré. No me digas que no puedo porque encontraré un modo. Encontraré la manera de matarles incluso a pesar de estar en este estado…»

El la miró y negó con la cabeza. «Ángel, ángel, ¿no te das cuenta? No tienes que matarles. Porque tus lágrimas, las lágrimas espectrales de una doncella pura…»

Ella negó con la cabeza a su vez. «Stefan, si alguien sabe que no soy una doncella pura, eres tú…»

«…de una doncella pura —prosiguió él, sin siquiera alterarse por su interrupción— pueden curar todos los males. Y yo estaba enfermo esta noche, Elena, incluso a pesar de que intentaba ocultarlo. Pero ¡ahora estoy curado! ¡Como si hubiera vuelto a nacer! Jamás podrán comprender cómo pudo suceder.»

«¿Estás seguro?»

«¡Mírame!»

Elena le miró. El rostro de Stefan, que había estado ceniciento y demacrado

antes, parecía diferente. Por lo general tenía la tez pálida, pero ahora sus delicadas facciones aparecían ruborizadas; como si hubiese estado ante una hoguera y la luz se reflejara aún en las líneas puras y los ángulos elegantes de su amado rostro.

«¿Yo… he conseguido eso?» Recordó las primeras lagrimitas que cayeron, y cómo habían parecido sangre sobre el rostro de Stefan. No era sangre, comprendió, sino un color natural, y se había hundido en él y le habían reavivado.

No pudo contenerse y volvió a ocultar el rostro en su garganta mientras pensaba: «Me alegro. Oh, me alegro tanto. Pero desearía que realmente pudiésemos tocarnos. Quiero sentir tus brazos a mi alrededor.»

—AI menos puedo mirarte —susurró Stefan, y Elena supo que incluso esto era como agua en el páramo para él—. ¿Sabes? si realmente pudiésemos tocarnos, colocaría el brazo alrededor de tu cintura aquí, y te besaría aquí y allí…

Conversaron de este modo durante un rato; simplemente intercambiando tonterías de enamorados, cada uno sustentado por la visión del otro. Y luego, con suavidad pero con firmeza, Stefan le pidió que se lo contara todo respecto a Damon; todo desde que se habían puesto en marcha. Pero ahora Elena estaba lo bastante serena como para contarle el incidente con Matt sin hacer que Damon sonase como un villano.

—Stefan, tu hermano nos está protegiendo lo mejor que puede.

Le habló sobre los dos vampiros poseídos que les habían estado siguiendo y lo que Damon había hecho.

Stefan se limitó a encogerse de hombros y dijo con sequedad:

—La mayoría de las personas escriben con los lápices; Damon tacha a las personas con ellos. —Añadió—: ¿Y tus ropas se ensuciaron…?

—Porque oí un gran estampido… que resultó ser Matt al caer sobre el techo del coche —respondió ella—. Pero, para ser justa, él intentaba clavarle una estaca a Damon en aquel momento. Le he pedido que se deshaga de ella. —Añadió en el más tenue de los susurros—: Stefan, por favor, no te preocupes porque Damon y yo tengamos que… que estar juntos mucho tiempo. Eso no cambia absolutamente nada entre nosotros.

—Lo sé.

Y lo sorprendente era que en efecto lo sabía. Elena se vio bañada en el intenso resplandor de su confianza en ella.

Después de eso se «abrazaron», con Elena acurrucándose ingrávida sobre la curva del brazo de Stefan…, y fue una felicidad absoluta.

Y entonces, súbitamente, el mundo —el universo entero— se estremeció con el sonido de un gigantesco golpear que hizo que Elena diera una sacudida. No era algo que perteneciera a aquel lugar donde había amor y confianza y la dulzura de compartir cada parte de su ser con Stefan.

Volvió a empezar; un retumbar monstruoso que aterró a Elena, quien se aferró inútilmente a Stefan, que la miraba con inquietud. Comprendió que él no oía el repiqueteo que la ensordecía.

Y entonces sucedió algo aún peor. Se vio arrancada a la fuerza de los brazos de Stefan, y se encontró corriendo hacia atrás, retrocediendo a través de objetos, retrocediendo cada vez más de prisa hasta aterrizar con una sacudida en su cuerpo.

No obstante toda su renuencia, aterrizó a la perfección en el sólido cuerpo que hasta el momento había sido el único que había conocido. Aterrizó sobre él hasta fusionarse de nuevo con éste y luego se encontró incorporándose en el asiento. Los sonidos eran el ruido que Matt hacía al golpear la ventanilla con los nudillos.

—Han pasado más de dos horas desde que te dormiste —dijo cuando ella abrió la puerta—. Pero imaginé que lo necesitabas. ¿Te encuentras bien?

—¡Oh, Matt! —respondió Elena.

Por un momento pareció imposible que fuese a poder evitar llorar, pero entonces recordó la sonrisa de Stefan.

Pestañeó, obligándose a lidiar con su nueva situación. No había visto a Stefan el tiempo suficiente, pero los recuerdos del corto período de tiempo juntos estaban envueltos en junquillos y espliego y nada podría arrebatárselos jamás.

Damon estaba irritado. Mientras volaba transportado por sus amplias alas negras de cuervo, el paisaje a sus pies se desplegaba como una espléndida alfombra, con el amanecer haciendo que los pastos y las ondulantes colinas

refulgieran como esmeraldas.

Damon hizo caso omiso. Lo había visto demasiadas veces. Lo que buscaba era *una donna splendida*.

Pero su mente no hacía más que divagar. Memo y su estaca… Damon seguía sin entender por qué Elena quería llevar a un fugitivo de la justicia con ellos. Elena… Damon intentó conjurar por ella los mismos sentimientos de irritación que había sentido por Memo, pero no lo consiguió.

Descendió en círculos en dirección a la ciudad situada debajo, manteniéndose en la zona residencial, en busca de auras. Quería una aura fuerte a la vez que hermosa, y había permanecido en Estados Unidos el tiempo suficiente para saber que a horas tan tempranas de la mañana uno podía hallar tres tipos de personas despiertas y fuera de casa. Los estudiantes eran el primero, pero era verano, así que había menos donde escoger. A pesar de las suposiciones de Memo, Damon raras veces caía sobre muchachas de instituto. Las que hacían *footing* constituían el segundo grupo. Y el tercero, pensando cosas hermosas, justo como… aquella chica de allí abajo…, eran las que cuidaban los jardines de sus casas.

La joven mujer con las tijeras de podar alzó la mirada en el momento en que Damon doblaba la esquina y se aproximaba a su casa, apresurando deliberadamente y luego aminorando la zancada. Su manera de andar dejaba bien claro que estaba encantado con la contemplación de la espectacular exhibición floral de la parte delantera de la encantadora casa victoriana. Por un momento, la joven pareció sobresaltada, casi asustada. Eso era normal, pues Damon llevaba botas negras, vaqueros negros, una camiseta negra y cazadora de cuero negro, además de las Ray-Ban; pero entonces él sonrió y al mismo tiempo inició la primera delicada infiltración en la mente de *la bella donna*.

Una cosa estaba clara ya desde buen comienzo. A ella le gustaban las rosas.

—Un magnífico conjunto de Dreamweavers —dijo él, meneando la cabeza con admiración mientras contemplaba los arbustos cubiertos de brillantes flores rosas—. Y esas Iceberg blancas trepando por el enrejado… ¡Oh, pero que Moonstones! —Tocó con delicadeza una rosa abierta, de pétalos del color de la luz de la luna pero levemente rosas en los bordes.

La joven —Krysta— no pudo evitar sonreír. Damon notaba cómo la información fluía sin esfuerzo de la mente de la muchacha a la suya. Acababa de

cumplir los veintidós, no estaba casada y todavía vivía en el hogar paterno, y poseía precisamente la clase de aura que él buscaba. Además, no había nadie más que un padre dormido en la casa.

—No pareces la clase de persona capaz de saber tanto sobre rosas —dijo Krysta con franqueza, y luego emitió una risa cohibida—. Lo siento. He conocido a toda clase de gente en las exposiciones de rosas de Creekville.

—Mi madre es una ávida jardinera —mintió Damon con soltura y sin la menor traza de duda—. Supongo que me contagió su pasión. Lo que sucede es que no permanezco en un lugar el tiempo suficiente para cultivarlas, pero todavía puedo soñar. ¿Te gustaría saber cuál es mi sueño supremo?

En estos momentos, Krysta se sentía ya como si flotase en una deliciosa nube con aroma de rosas. Damon percibía cada delicado matiz con ella, disfrutaba viéndola sonrojarse, disfrutaba con el leve temblor que le sacudía todo el cuerpo.

—Sí —respondió ella con sencillez—, me encantaría conocer tu sueño.

Damon se inclinó al frente y bajó la voz.

—Me encantaría cultivar una auténtica rosa negra.

Krysta pareció sobresaltada y algo pasó fugazmente por su cabeza demasiado de prisa para que Damon lo captara. Pero entonces dijo en una voz igualmente queda:

—Entonces hay algo que me gustaría mostrarte. Si…, si tienes tiempo para acompañarme.

El patio trasero era aún más espléndido que la parte delantera de la casa y había una hamaca que se balanceaba suavemente en la brisa, advirtió Damon con aprobación. Al fin y al cabo, pronto necesitaría un lugar donde colocar a Krysta… mientras ésta se reponía durmiendo.

Pero en el fondo del emparrado había algo que provocó que apresurase el paso sin querer.

—¡Rosas Magia Negra! —exclamó, contemplando las flores color vino tinto, casi burdeos.

—Sí —dijo ella en voz baja—. Son Magia Negra. Lo más cerca que ha llegado nadie de conseguir una rosa negra. Obtengo tres floraciones al año —murmuró trémulamente, sin cuestionarse ya quién podría ser aquel joven, abrumada por sus sentimientos que casi arrebataron a Damon con ella.

—Son magníficas —repuso él—. El rojo más oscuro que he visto nunca. Lo

más parecido al negro que se ha cultivado jamás.

Krysta seguía temblando de dicha.

—Puedes coger una si quieres. Las llevaré a la exposición de Creekville la semana próxima, pero puedo darte una en plena floración ahora. Quizá podrás olería.

—Me… me gustaría —respondió Damon.

—Puedes dársela a tu novia.

—No tengo novia —dijo Damon, contento de poder regresar a las mentiras.

Las manos de Krysta temblaron ligeramente mientras cortaba uno de los tallos más largos y rectos para él.

Damon alargó la mano para tomarla y los dedos de ambos se tocaron.

Damon le sonrió.

Cuando las rodillas de Krysta se quedaron sin fuerzas de puro placer, Damon la atrapó con facilidad y siguió con lo que hacía.

Meredith se colocó justo detrás de Bonnie cuando ésta penetró en la habitación de Caroline.

—¡Os he dicho que cerréis la maldita puerta! —dijo Caroline… No, lo gruñó.

Era totalmente natural buscar con la mirada de dónde procedía la voz, y, justo antes de que Meredith cortara el paso a la única esquirla de luz cerrando la puerta, Bonnie vio el escritorio esquinero de Caroline. La silla que acostumbraba a estar colocada delante había desaparecido.

Caroline estaba debajo del mueble.

Podría haber sido un buen escondite para una niña de diez años, pero con sus dieciocho años, Caroline se había enroscado en una posición imposible para encajar allí. Estaba instalada sobre un montón de lo que parecían tiras de ropa; sus mejores ropas, se dijo Bonnie de improviso, cuando un destello de lame dorado centelleó y se apagó al cerrarse la puerta.

A continuación sólo estuvieron ellas tres allí juntas en la oscuridad. No entraba ninguna claridad por encima o por debajo de la puerta que daba al pasillo.

«Es porque el pasillo está en otro mundo», pensó Bonnie alocadamente.

—¿Qué tiene de malo un poco de luz, Caroline? —preguntó Meredith en voz baja; su voz era firme y reconfortante—. Nos pediste que viniéramos a verte…, pero no podemos verte.

—Os pedí que vinieseis a hablar conmigo —corrigió Caroline al instante, tal y como siempre había hecho en los viejos tiempos.

Eso debería haber sido reconfortante también. Salvo…, salvo que ahora Bonnie podía oír cómo la voz en cierto modo resonaba bajo el escritorio, se dio cuenta de que poseía un timbre nuevo. No tanto ronco como…

«En realidad no quieres pensarlo. No en la oscuridad total de este cuarto», le dijo a Bonnie su mente.

No tanto ronco como parecido a un gruñido, se dijo Bonnie sin poder contenerse. Uno casi podía decir que Caroline gruñía sus respuestas.

Pequeños ruiditos indicaron a Bonnie que la muchacha de debajo del escritorio se movía. La respiración de la propia Bonnie se aceleró.

—Pero nosotras sí que queremos verte —indicó Meredith en voz baja—. Y ya sabes que a Bonnie le asusta la oscuridad. ¿Puedo encender la lámpara de tu mesilla de noche?

Bonnie temblaba. Eso no era nada bueno. No era inteligente mostrarle a Caroline que una le tenía miedo, pero aquella oscuridad como boca de lobo le provocaba temblores. Percibía que los ángulos de la habitación no estaban bien… o a lo mejor no eran más que imaginaciones suyas. También podía oír cosas que la sobresaltaban, como aquel doble chasquido justo a su espalda. ¿Qué habría producido aquello?

—¡De acuerrrdo entonces! Enciende la que hay junto a la cama.

Sin lugar a dudas Caroline hablaba con gruñidos, e iba hacia ellas; Bonnie oía un roce de ropas y una respiración que estaban cada vez más cerca.

«¡No dejes que se te acerque en la oscuridad!»

Fue un pensamiento irracional y producto del pánico, pero Bonnie no pudo evitar pensarlo del mismo modo que no pudo evitar tropezar a ciegas, de costado, con…

Algo alto… y cálido.

No era Meredith. Jamás desde que Bonnie la conocía había olido Meredith a sudor rancio y a huevos podridos. Pero aquella cosa cálida se hizo con las dos manos alzadas de Bonnie, y sonaron extraños chasquidos cuando se cerraron con

fuerza.

Las manos no eran sólo cálidas; estaban calientes y secas. Y los extremos se clavaban extrañamente en la piel de Bonnie.

Entonces, cuando se encendió una luz junto a la cama, desaparecieron. La lámpara que Meredith había encontrado emitía una tenue luz rubí… y era fácil ver el motivo. Había un negligé y un salto de cama color rubí atados alrededor de la pantalla.

—Esto podría provocar un incendio —dijo Meredith, pero incluso su voz calmada sonó estremecida.

Caroline estaba de pie ante ellas bajo la luz roja. A Bonnie le pareció más alta que nunca, alta y fibrosa, a excepción del ligero bulto del vientre. Iba vestida de un modo normal, con vaqueros y una camiseta ajustada. Mantenía las manos juguetonamente ocultas a la espalda, y sonreía con su antigua sonrisa insolente y maliciosa.

«Quiero irme a casa», pensó Bonnie.

—¿Y bien? —dijo Meredith.

Caroline siguió sonriendo.

—Bien, ¿qué? —dijo.

Meredith perdió los estribos.

—¿Qué quieres?

Caroline se limitó a mostrar una expresión socarrona.

—¿Habéis visitado a vuestra amiga Isobel hoy? ¿Habéis tenido una pequeña charla con ella?

Bonnie sintió un poderoso impulso de borrarle a Caroline aquella sonrisa de suficiencia del rostro de una bofetada. No lo hizo. Era sólo producto de la luz de la lámpara —sabía que tenía que serlo—, pero casi parecía como si hubiese un punto rojo brillando en el centro de cada ojo de Caroline.

—Hemos ido a visitar a Isobel al hospital, sí —respondió Meredith, inexpresiva, y luego, con una ira inconfundible en la voz, añadió—: Pero sabes muy bien que no puede hablar aún. Aunque —siguió, triunfante— los médicos dicen que podrá volver a hacerlo. Su lengua se curará, Caroline. Puede que le queden cicatrices en todos los lugares que se agujereó, pero va a poder hablar otra vez perfectamente.

La sonrisa de Caroline había desaparecido, dejando el rostro con un aspecto

demacrado y lleno de furia sorda. «¿Ante qué?», se preguntó Bonnie.

—No te iría mal salir de esta casa —dijo Meredith a la joven de cabellos cobrizos—. No puedes vivir en la oscuridad…

—No viviré aquí eternamente —replicó Caroline con acritud—. Sólo hasta que nazcan los gemelos.

Se irguió, con las manos todavía ocultas tras ella, y arqueó la espalda de modo que su vientre sobresalió más que antes.

—¿Los… gemelos? —preguntó Bonnie, recobrando la voz debido al sobresalto.

—Matt júnior y Mattie. Así es como les voy a llamar.

La sonrisa maliciosa de Caroline y su mirada insolente fueron casi demasiado para que Bonnie lo soportara.

—¡No puedes hacer eso! —se oyó gritar.

—O a lo mejor llamaré a la niña Honey. Matthew y Honey, por su papá, Matthew Honeycutt.

—¡No puedes hacerlo! —gritó Bonnie con voz más estridente aún—. Sobre todo porque Matt no esta aquí para defenderse…

—Sí, lo cierto es que huyó de un modo muy repentino, ¿verdad? La policía se pregunta por qué lo hizo. Desde luego —Caroline bajó la voz hasta convertirla en un susurro amenazador—, no estaba solo. Elena estaba con él. Me pregunto qué harán esos dos en su tiempo libre. —Lanzó una risita, una risita aguda y necia.

—Elena no es la única persona que está con Matt —replicó Meredith, y ahora su voz era grave y peligrosa—. Hay alguien más con ellos. ¿Recuerdas el acuerdo que firmaste? ¿Sobre no hablar a nadie sobre Elena o darle publicidad a su persona?

Caroline parpadeó despacio, como un lagarto.

—De eso hace mucho tiempo. En una vida diferente, para mí.

—¡Caroline, no vas a tener una vida si rompes ese juramento! Damon te mataría. O… ¿ya has…? —Meredith se interrumpió.

Caroline seguía riendo de aquel modo infantil, como si fuese una niña pequeña y alguien le acabase de contar un chiste verde.

Bonnie sintió que un sudor frío le recorría todo el cuerpo a la vez. El vello de los brazos se le erizó.

—¿Qué es lo que oyes, Caroline? —Meredith se humedeció los labios, y Bonnie pudo ver que intentaba retener la mirada de Caroline, pero la muchacha de cabellos cobrizos volvió la cabeza—. ¿Es… Shinichi? —Meredith se adelantó de repente y sujetó los brazos de Caroline—. Le veías y oías cuando mirabas el espejo. ¿Le oyes todo el tiempo ahora, Caroline?

Bonnie hubiera querido ayudar a Meredith. Quería hacerlo. Pero no hubiera podido moverse ni hablar por nada del mundo.

Había cabellos grises en el pelo de Caroline. Cabellos grises, se dijo Bonnie, que brillaban pálidamente, mucho más claros que el llameante castaño rojizo del que Caroline estaba tan orgullosa. Y había… otros cabellos que no brillaban en absoluto.

Bonnie había visto aquella coloración leonada en perros, y sabía de oídas que algunos lobos tenían el mismo aspecto. Pero era algo totalmente distinto descubrirlo en el cabello de tu amiga, especialmente cuando parecían erizarse y estremecerse, alzándose como el pelo del lomo de un perro…

«Está loca. Pero no de rabia; es una demente», comprendió Bonnie.

Caroline alzó la mirada, no en dirección a Meredith, sino para mirar a Bonnie directamente a los ojos. La muchacha dio un respingo. Caroline la contemplaba como si estuviese considerando si Bonnie se convertiría en su cena o era tan sólo basura.

Meredith se colocó junto a Bonnie, con los puños apretados.

—No me mirrres así —dijo Caroline bruscamente, y volvió la cabeza.

Sí, aquello fue sin lugar a dudas un gruñido.

—Realmente querías vernos, ¿verdad? —dijo Meredith en voz baja—. Estás… alardeando ante nosotras. Pero yo creo que quizá esto es tu modo de pedir ayuda…

—¡Ni lo sueñes!

—Caroline —dijo Bonnie de repente, atónita ante la oleada de compasión que la inundaba—, por favor, intenta pensar. ¿Recuerdas cuando dijiste que necesitabas un esposo? Yo…

Se interrumpió y tragó saliva. ¿Quién iba a casarse con este monstruo que unas pocas semanas atrás había tenido el aspecto de una adolescente normal?

—Yo te comprendí entonces —finalizó Bonnie sin demasiada convicción—. Pero, francamente, ¡no te servirá de nada seguir diciendo que Matt te atacó!

Nadie… —No pudo obligarse a decir lo evidente.

«Nadie creerá a algo como tú.»

—Ah, yo me pongo prrresentable en seguida —gruñó y luego rió tontamente —. Te sorprrrenderrías.

Mentalmente, Bonnie vio el antiguo destello insolente de la mirada esmeralda de Caroline, la expresión astuta y reservada de su rostro y el resplandor de la cabellera color castaño rojizo.

—¿Por qué elegiste a Matt? —quiso saber Meredith—. ¿Cómo sabías que lo atacó un *malach* aquella noche? ¿Lo envió Shinichi tras él sólo por ti?

—¿O lo hizo Misao? —intervino Bonnie, recordando que era la hembra de los gemelos kitsune, los espíritus zorro, quien había hablado la mayor parte del tiempo con Caroline.

—Salí con Matt esa noche. —De improviso la voz de Caroline era un sonsonete, como si recitara poesía… de un modo atroz—. No me importó besarle; es tan mono. Creo que fue cuando le hice el chupón en el cuello. Y tal vez le mordí un poco el labio.

Bonnie abrió la boca, sintió la mano de Meredith sobre el hombro, refrenándola, y volvió a cerrarla.

—Pero entonces él se volvió loco —siguió diciendo Caroline con su cancioncilla—. ¡Me atacó! Le arañé con las uñas por todo el brazo. Pero Matt era demasiado fuerte. Excesivamente fuerte. Y ahora…

«Y ahora vas a tener cachorritos», quiso decirle Bonnie, pero Meredith le oprimió el hombro y ella volvió a contenerse. Además, se dijo Bonnie con una repentina punzada de inquietud, los bebés podrían parecer humanos, y tal vez sólo fueran gemelos, como Caroline había dicho. ¿Entonces qué harían?

Bonnie conocía el modo en que funcionaba la mente de los adultos. Incluso aunque Caroline no pudiese teñirse el pelo para devolverle el tono castaño rojizo, dirían: «Fijaos el estrés al que se ha visto sometida: ¡su pelo ha encanecido prematuramente!

E incluso aunque los adultos vieran el aspecto estrafalario y el comportamiento extraño de la muchacha, como lo acababan de ver ellas, se limitarían a achacarlo a la conmoción sufrida: «¡Oh, pobre Caroline, toda su personalidad ha cambiado desde ese día! Siente tanto miedo de Matt que se oculta bajo su escritorio. No quiere bañarse; a lo mejor eso es un síntoma

corriente tras la situación por la que ha pasado».

Además, ¿quién sabía el tiempo que tardarían en nacer aquellas crías de ser lobo? A lo mejor el *malach* que había en el interior de Caroline podía controlar eso y hacer que pareciese un embarazo normal.

Y entonces, de improviso, Bonnie se vio arrancada de sus propios pensamientos para sintonizar con las palabras de Caroline, que había dejado de gruñir por un momento y se asemejaba a la antigua Caroline, ofendida y desagradable, mientras decía:

—Simplemente, no comprendo por qué deberíais aceptar su palabra por encima de la mía.

—Porque —respondió Meredith, tajante— os conocemos a los dos. Lo habríamos sabido si Matt hubiese estado saliendo contigo…, y no era así. Y además, no es precisamente la clase de chico que aparecería ante tu puerta, en especial cuando se tiene en cuenta lo que sentía por ti.

—Pero ya habéis dicho que ese monstruo que le atacó…

—*Malach*, Caroline. Aprende la palabra. ¡Tienes uno en tu interior!

Caroline mostró una sonrisita de suficiencia y agitó una mano, desestimándolo.

—Según vosotras, estas cosas te pueden poseer y obligarte a actuar contra tu voluntad, ¿no es cierto?

Hubo un silencio. Bonnie pensó: «Si hemos dicho eso, jamás ha sido delante de ti».

—Bien, ¿y si admitiera que Matt y yo no estábamos saliendo? ¿Y si dijese que le encontré conduciendo por nuestro vecindario a unos ocho kilómetros por hora, con aspecto desorientado? Tenía la manga hecha trizas y el brazo mordisqueado, así que le hice entrar en casa e intenté vendarle el brazo…, pero de improviso se volvió loco. Y sí que intenté arañarle, pero los vendajes se interpusieron. Se los arranqué con las uñas. Todavía los tengo, todos cubiertos de sangre. ¿Si os contara eso, qué diríais?

«Yo diría que nos usas para un ensayo general antes de contárselo al *sheriff* Mossberg —pensó Bonnie, sintiendo escalofríos—. Y diría que tenías razón, probablemente puedes adoptar un aspecto de lo más normal cuando te lo propones. Si abandonases esa risita tonta y te deshicieras de la mirada astuta, resultarías aún más convincente.»

Pero Meredith hablaba ya.

—Caroline… existen pruebas de ADN para la sangre.

—¿Crees que no lo sé? —Caroline se mostró tan indignada que por un momento olvidó su mirada maliciosa. Meredith la miraba fijamente.

—Eso significa que pueden saber si la sangre que hay en esos vendajes pertenece a Matt o no —dijo—. Y si casa con tu versión de la historia.

—No hay ninguna versión. Los vendajes están manchados de sangre.

Caroline se encaminó bruscamente hacia su tocador y lo abrió, extrayendo un trozo de lo que originalmente podría haber sido vendaje elástico; ahora brilló rojizo bajo la tenue luz.

Al contemplar el acartonado trozo de tela a la luz de la lámpara, Bonnie supo dos cosas. Aquello no formaba parte del emplasto que la señora Flowers había colocado en el brazo de Matt la mañana siguiente al ataque; y estaba empapado de sangre auténtica, hasta los mismos bordes rígidos de la tela.

El mundo pareció dar vueltas como una peonza. Porque incluso aunque Bonnie creía en Matt, esta nueva historia la asustaba. Esta nueva historia podría funcionar…, siempre y cuando nadie pudiese localizar a Matt y hacerle una prueba de sangre.

Incluso Matt admitía que no se acordaba de todo lo ocurrido aquella noche…, un espacio de tiempo que no conseguía recordar.

Pero ¡eso no significaba que Caroline estuviese diciendo la verdad! ¿Por qué si no había empezado con una mentira, y únicamente había cambiado su versión cuando los hechos se interponían?

Los ojos de Caroline eran del color de los de un gato, y los gatos juegan con ratones sólo por diversión. Sólo para verlos huir. Matt había huido…

Bonnie sacudió la cabeza. De improviso no podía soportar más aquella casa. De algún modo, ésta se había asentado en su mente, haciéndola aceptar todos los ángulos imposibles de sus paredes distorsionadas, y ella incluso se había acostumbrado al terrible olor y a la luz roja. Pero ahora, con Caroline alargando un vendaje empapado de sangre y diciéndole que era sangre de Matt…

—Me voy a casa —anunció Bonnie de repente—. Y Matt no lo hizo, y…, ¡y no voy a volver nunca más!

Acompañada por el sonido de la risita tonta de Caroline, giró en redondo, intentando no mirar la madriguera que Caroline había creado bajo el escritorio

esquinero. Había botellas vacías y platos de comida con restos allí amontonados con las ropas. Podía haber cualquier cosa allí abajo…, incluso un *malach*.

Pero a la vez que Bonnie se movía, el cuarto pareció moverse con ella, acelerando la rotación de la muchacha, hasta hacerle dar dos vueltas en redondo antes de haber podido poner un pie al frente para detenerse.

—Aguarda, Bonnie…, aguarda. Tú también, Caroline —dijo Meredith, casi frenética, pues Caroline enroscaba el cuerpo como una contorsionista y se disponía a regresar bajo el escritorio—. Caroline, ¿qué hay de Tyler Smallwood? ¿No te importa que él sea el auténtico padre de tus…, tus niños? ¿Cuánto tiempo llevabas saliendo con él antes de que se uniera a Klaus? ¿Dónde está ahora?

—Porrr todo lo que yo sé, Tyler está muerrrto. Tú y tus amigos lo matasteis. —El gruñido había regresado, pero no era fiero; era más un ronroneo triunfal—. Pero no le echo de menos, así que esperrro que siga muerrrto —añadió Caroline con una risita sofocada—. El no quería casarrrse conmigo.

Bonnie tenía que salir de allí. Buscó a tientas el pomo de la puerta, lo encontró y quedó cegada. Había pasado tanto tiempo en la penumbra rojiza que la luz del pasillo fue como la luz del sol del mediodía en pleno desierto.

—¡Apaga la lámpara! —soltó Caroline desde debajo del escritorio.

Pero cuando Meredith avanzó para hacerlo, Bonnie oyó una explosión sorprendentemente fuerte y vio cómo la pantalla envuelta en tela roja se apagaba sola.

Y una cosa más.

La luz del pasillo barrió la habitación de Caroline como un faro mientras la puerta se cerraba, y Caroline desgarraba ya algo con los dientes en aquellos momentos; algo con la textura de la carne, pero no de la carne cocinada.

Bonnie retrocedió con un brusco movimiento para salir huyendo y estuvo a punto de derribar a la señora Forbes.

La mujer seguía de pie en el punto del pasillo donde se había quedado cuando entraron en la habitación de Caroline. Ni siquiera daba la impresión de haber estado escuchando junto a la puerta; simplemente estaba allí de pie, mirando al vacío.

—Tengo que acompañaros fuera —dijo con su suave voz gris, y no alzó la cabeza para mirar a Bonnie o a Meredith a los ojos—. De lo contrario podríais perderos. A mí me sucede algunas veces.

Fueron directas a la escalera y en cuatro pasos se plantaron en la puerta. Mientras andaban, Meredith permaneció callada, y Bonnie no pudo pronunciar una sola palabra.

Una vez fuera, Meredith se volvió para mirar a su amiga.

—¿Tú qué crees? ¿Está más poseída por la parte *malach o* por la parte de criatura lobo? ¿Has podido averiguar algo por su aura?

Bonnie se oyó reír, un sonido parecido al llanto.

—Meredith, su aura no es humana… y no sé cómo interpretarla. Y su madre no parece tener una aura en absoluto. Son simplemente… Esa casa es simplemente…

—No importa, Bonnie. No tienes que volver a ir allí nunca más.

—Es como…

Pero Bonnie no sabía cómo explicar el aspecto de barraca de feria de las paredes o la acusada dirección hacia abajo que tomaba la escalera.

—Creo —dijo por fin— que sería mejor que hicieses un poco de investigación. Sobre cosas como…, como casos de posesión en América.

—¿Te refieres a posesión por demonios? —Meredith le lanzó una mirada penetrante.

—Sí. Hay tantas cosas extrañas en Caroline…

—Yo tengo una lista de ellas —repuso Meredith en voz baja—. Como… ¿Te has dado cuenta de que no nos ha mostrado las manos en ningún momento? Eso ha sido muy raro.

—Yo sé por qué —susurró Bonnie, intentando no dejar salir la sollozante risa —. Es porque… ya no tiene uñas.

—¿Qué has dicho?

—Me rodeó las muñecas con las manos. Lo noté.

—Bonnie, lo que dices no tiene sentido.

La muchacha se obligó a hablar.

—Caroline tiene zarpas, Meredith. Zarpas auténticas. Como las de un lobo.

—O tal vez —respondió Meredith en un susurro— como las de un zorro.

6

Elena estaba utilizando todo su considerable abanico de talentos conciliadores para tranquilizar a Matt, animándole a pedir un segundo y un tercer gofre; sonriéndole desde el otro lado de la mesa. Pero no estaba sirviendo de gran cosa. Matt se movía como si se viese impulsado a apresurarse, mientras que al mismo tiempo no podía apartar los ojos de ella.

«Sigue imaginando a Damon abatiéndose y aterrorizando a alguna joven», pensó Elena con impotencia.

Damon aún no había llegado cuando salieron de la cafetería. Elena vio cómo empezaba a fruncirse el ceño de Matt y tuvo una idea genial.

—¿Por qué no llevamos el Jag a un concesionario de coches usados? Si tenemos que renunciar al Jaguar, me gustaría contar con tu consejo sobre qué obtenemos a cambio.

—Ah, claro, mi consejo sobre cacharros desvencijados que se caen a trozos tiene que ser el mejor —respondió Matt, con una sonrisa irónica que indicaba que sabía que Elena le estaba manipulando pero no le importaba.

El único concesionario de coches de la población no parecía muy prometedor. Pero incluso éste no tenía un aspecto tan deprimente como el propietario del lugar. Elena y Matt lo encontraron dormido dentro de una pequeña caseta de ventanas sucias que era su oficina. Matt golpeó suavemente en la manchada ventana y al final el hombre dio un respingo, se irguió en la silla con una sacudida y les hizo un enojado ademán con la mano para que se fuesen.

Pero Matt volvió a golpear la ventana cuando el hombre empezó a bajar de nuevo la cabeza, y en esta ocasión éste se irguió en el asiento lentamente, les

dirigió una mirada de amarga desesperación y fue a la puerta.

—¿Qué queréis? —exigió.

—Un trueque —dijo Matt con voz firme antes de que Elena pudiese decirlo en voz baja.

—Vosotros, unos adolescentes, tenéis un coche para intercambiar —dijo el hombrecillo en tono siniestro—. En los veinte años que hace que poseo este lugar…

—Mire. —Matt retrocedió para dejar a la vista el brillante Jag rojo que resplandecía a la luz del sol como una rosa gigante sobre ruedas—. Un Jaguar XZR nuevecito. ¡De cero a cien en 3,7 segundos! ¡Un motor de 550 caballos superalimentado AJ-V8GEN IIIR con seis velocidades y transmisión automática ZF! ¡Dinámica adaptada y diferencial activo para una tracción y manejo excepcionales! ¡No hay un coche como el XZR! —finalizó Matt con la nariz casi pegada a la del hombrecillo, cuya boca se había abierto lentamente a medida que sus ojos se movían raudos entre el coche y el muchacho.

—¿Me estás diciendo que queréis intercambiar eso por algo de lo que hay aquí? —dijo, mostrando una expresión escandalizada de franca incredulidad—. Como si yo tuviese el efectivo para… ¡aguardad un minuto! —se interrumpió.

Sus ojos dejaron de moverse a toda velocidad y se convirtieron en los de un jugador de póquer. Sus hombros se alzaron, pero no su cabeza, lo que le proporcionó el aspecto de un buitre.

—No lo quiero —dijo, categórico, e hizo como si fuese a volver a entrar en la oficina.

—¿Qué quiere decir con que no lo quiere? ¡Babeaba mirándolo hace un minuto! —gritó Matt, pero el hombre había dejado de estremecerse y la expresión no cambió.

«Tendría que haber hablado yo —pensó Elena—. No habría iniciado una guerra desde la primera palabra, pero ya es demasiado tarde.» Intentó dejar fuera las voces masculinas y contempló los coches desvencijados del solar, cada uno con su propio letrero polvoriento en el parabrisas: ¡10 POR CIENTO DE DESCUENTO POR NAVIDAD!, ¡CRÉDITO FÁCIL!, ¡LIMPIO!, ¡GANGA, ERA PROPIEDAD DE UNA ABUELITA!, ¡SIN ENTRADA!, ¡COMPRUÉBELO! Temió prorrumpir en llanto en cualquier momento.

—No hay demanda para un coche como ése por aquí —decía el comerciante

con rostro inexpresivo—. ¿Quién lo compraría?

—¡Está loco! Este coche atraería bandadas de compradores. ¡Es…, es publicidad! Mejor que ese hipopótamo morado de ahí.

—No es un hipopótamo. Es un elefante.

—¿Quién lo diría, medio deshinchado como está?

Con gesto digno, el propietario se acercó a grandes zancadas al Jag para mirarlo.

—No es nuevo. Tiene demasiados kilómetros.

—Se compró hace sólo dos semanas.

—¿Y qué? En unas pocas semanas más, Jaguar anunciará los coches del año próximo. —El comerciante agitó una mano en dirección a la gigantesca rosa que era el vehículo de Elena—. Obsoleto.

—¡Obsoleto!

—Sí. Un coche grande como éste traga mucha gasolina…

—¡Es más eficiente energéticamente que un híbrido…!

—¿Crees que la gente sabe eso? Lo ven…

—Oiga, podría llevar este coche a cualquier otro sitio…

—Entonces hazlo. ¡En mi establecimiento, aquí y ahora, ese coche apenas vale otro coche a cambio!

—Dos coches.

La nueva voz provenía directamente de detrás de Matt y Elena, pero los ojos del vendedor de coches se abrieron de par en par como si acabara de ver un fantasma.

Elena volvió la cabeza y se encontró con la negra mirada insondable de Damon, que llevaba las Ray-Ban enganchadas a la camiseta y estaba de pie con las manos a la espalda; miraba duramente al vendedor de coches.

Transcurrieron unos pocos instantes, y entonces…

—El… Prius plateado del fondo en la esquina derecha. Bajo… bajo el toldo —dijo el vendedor despacio y con una expresión aturdida…, en respuesta a ninguna pregunta que se le hubiese hecho en voz alta—. Os… acompañaré hasta allí —añadió en una voz que hacía juego con su semblante.

—Lleva las llaves contigo. Que el chico lo pruebe —ordenó Damon, y el propietario buscó a tientas para mostrar un llavero que colgaba de su cinturón, y luego se alejó lentamente, mirando al vacío.

Elena se volvió hacia Damon.

—¿A que lo adivino? Le has preguntado cuál era el mejor coche de los que tiene.

—Sustitúyelo por «el menos repugnante» y te acercarías más —respondió él, y a continuación le dedicó una brillante sonrisa durante una décima de segundo y luego la apagó.

—Pero, Damon, ¿por qué dos coches? Sé que es más justo y todo eso, pero ¿qué vamos a hacer con el segundo?

—Una caravana —dijo él.

—Ah, no.

Pero incluso Elena podía ver las ventajas; al menos después de que celebraran una cumbre para decidir un calendario de rotaciones entre los coches para Elena. Suspiró.

—Bueno… Si Matt está de acuerdo…

—Memo estará de acuerdo —replicó Damon, pareciendo por un breve instante, un instante brevísimo, tan inocente como un ángel.

—¿Qué es lo que escondes ahí detrás? —preguntó Elena, decidiendo no proseguir con la cuestión de lo que Damon tenía intención de hacer a Matt.

Damon volvió a sonreír, pero esta vez fue una sonrisa curiosa, sólo una leve crispación de una comisura de la boca. Sus ojos hacían ver que no era gran cosa, pero al mostrar su mano derecha, Damon sostenía la rosa más hermosa que Elena había visto en su vida.

Era la rosa del rojo más intenso que había visto nunca, pero con todo no había ni un atisbo de morado en ella; era sencillamente de un color burdeos aterciopelado, y abierta exactamente en el momento de plena floración. Daba la impresión de que sería afelpada al tacto, y el tallo, de un verde vivo, con apenas unas pocas hojas delicadas aquí y allí, medía al menos medio metro y era recto como una regla.

Elena colocó resueltamente sus propias manos a la espalda. Damon no era un sentimental, ni siquiera cuando se ponía en plan «Príncipe de la Noche». La rosa probablemente tenía algo que ver con el viaje que llevaban a cabo.

—¿No te gusta? —preguntó Damon.

Puede que Elena lo imaginara, pero casi sonó como si se sintiera desilusionado.

—Pues claro que me gusta. ¿Para qué es?

Damon adoptó una postura relajada.

—Es para ti, princesa —contestó, con expresión herida—. No te preocupes; no la he robado.

No…, no la habría robado. Elena sabía exactamente cómo habría obtenido la rosa…, pero era tan bonita…

Puesto que ella seguía sin hacer un movimiento para tomar la flor, Damon la alzó y permitió que los frescos pétalos de tacto sedoso acariciasen la mejilla de la muchacha. El contacto la hizo estremecer.

—Para, Damon —murmuró, pero no pareció capaz de retroceder.

Él no paró. Usó los frescos pétalos susurrantes para bosquejar el otro lado de su rostro. Elena inspiró profundamente de un modo automático, pero lo que olió no parecía en absoluto una flor; era el aroma de algún vino muy oscuro, algo antiguo y aromático que en una ocasión la había emborrachado al instante. Emborrachado con Magia Negra y con su propia embriagadora excitación… sólo por estar con Damon.

«Pero ésa no era la auténtica yo —protestó una vocecita en su cabeza—. Yo amo a Stefan. Damon…, quiero…, quiero…»

—¿Quieres saber por qué he cogido esta rosa en concreto? —decía Damon en voz baja, la voz fundiéndose con los recuerdos de Elena—. Por su nombre. Es una rosa Magia Negra.

—Sí —se limitó a contestar Elena, que lo había intuido antes de que él lo dijera, pues era el único nombre que le iba bien.

Ahora Damon le daba un beso con la rosa haciendo girar en círculo la flor sobre su mejilla y presionando luego. Los pétalos más firmes del centro presionaron contra la piel, mientras que los pétalos exteriores se limitaron a acariciarla.

Elena estaba mareada. A esas alturas el día era caluroso y húmedo; ¿cómo podía tener un tacto tan frío aquella rosa? Ahora los pétalos más exteriores se habían movido para trazarle los labios, y ella quiso decir no, pero de algún modo las palabras se negaron a salir.

Era como si hubiese sido transportada atrás en el tiempo, atrás a los días en que Damon se le había aparecido por primera vez y la había reclamado para sí. Cuando ella casi le había permitido besarla antes de saber su nombre…

Él no había cambiado de modo de pensar desde entonces.

Damon cambiaba a otras personas mientras que él permanecía inmutable.

«Pero yo sí he cambiado —pensó Elena, y de improviso había arenas movedizas bajo sus pies—. He cambiado mucho desde entonces. Lo suficiente como para ver cosas en Damon que jamás había imaginado que podrían estar allí. No tan sólo las partes oscuras salvajes y furiosas, sino las partes delicadas. El honor y la decencia que estaban atrapados igual que vetas de oro dentro de ese peñasco de piedra que hay en su mente.

»Tengo que ayudarle —siguió pensando—. De algún modo, tengo que ayudarle a él… y al niño encadenado a la rosa.»

Tales pensamientos se habían escurrido lentamente en su mente mientras ésta parecía estar separada del cuerpo. Estaba tan inmersa en ellos, de hecho, que de algún modo había perdido el rastro de su propio cuerpo, y advirtió lo mucho que se había aproximado Damon. Ella tenía la espalda contra uno de los lastimosos coches desvencijados, y Damon hablaba en tono frívolo, pero con un trasfondo serio.

—¿Una rosa por un beso, entonces? —preguntó—. Es cierto, se llama Magia Negra, y la he obtenido honradamente. Ella se llamaba…, se llamaba…

Damon se interrumpió, y una expresión de intenso desconcierto le recorrió fugazmente el rostro. Luego sonrió, pero era la sonrisa de un guerrero, la sonrisa radiante que mostraba y hacía desaparecer casi antes de que estuvieses seguro de haberla visto. Elena intuyó problemas. Era cierto que Damon seguía sin recordar correctamente el nombre de Matt, pero jamás le había visto olvidar el nombre de una chica cuando realmente intentaba recordarlo. En especial, pocos minutos después, probablemente, de haberse alimentado de esa chica.

¿Otra vez Shinichi?, se preguntó Elena. ¿Seguía tomando los recuerdos de Damon; únicamente los momentos destacados, por supuesto? ¿Las emociones, buenas o malas? Sabía que el propio Damon lo pensaba. Sus negros ojos llameaban. Damon estaba furioso… pero había una cierta vulnerabilidad en su furia.

Sin pensar, posó las manos sobre los antebrazos de Damon. Hizo caso omiso de la rosa, incluso mientras él trazaba la curva de su pómulo con ella, e intentó hablar con voz firme.

—Damon, ¿qué vamos a hacer?

Esa fue la escena que se encontró Matt al regresar. Con la que chocó, más bien, pues llegó zigzagueando por entre un laberinto de coches, y dio la vuelta a toda velocidad a un todo-terreno blanco con un neumático pinchado, gritando:

—Eh, chicos, ese Prius es…

Y entonces se detuvo en seco.

Elena sabía lo que él veía: a Damon acariciándola con una rosa, mientras ella prácticamente le abrazaba. Soltó a Damon, pero no pudo apartarse de él debido al coche que tenía detrás.

—Matt… —empezó Elena, y entonces su voz se apagó.

Estuvo a punto de decir: «Esto no es lo que parece. No estábamos abrazándonos. En realidad ni siquiera le estoy tocando». Pero es que era precisamente eso lo que parecía. Damon le importaba; había estado intentando llegar hasta él…

Con una leve conmoción, aquel pensamiento se repitió con la fuerza de un rayo de luz solar atravesando el cuerpo desprotegido de un vampiro.

Damon le importaba.

Eso era una realidad. Por lo general le resultaba difícil estar con él porque ambos eran parecidos en muchos aspectos. Testarudos, cada uno queriendo que las cosas fuesen a su modo, apasionados, impacientes…

Ella y Damon eran parecidos.

Pequeñas sacudidas la recorrían, y todo su cuerpo parecía carecer de fuerzas. Descubrió que agradecía poder recostarse en el coche que tenía detrás, incluso a pesar de que debía de estar llenándose la ropa de polvo.

«Amo a Stefan —pensó casi histéricamente—. Es el único a quien amo. Pero necesito a Damon para llegar hasta él. Y creo que Damon se está haciendo añicos delante de mí.»

Miraba a Matt mientras tanto, con los ojos llenos de lágrimas que se negaban a caer. Parpadeó, pero permanecieron obstinadamente en sus pestañas.

—Matt… —susurró.

El no dijo nada. No necesitaba hacerlo. Estaba todo en su semblante: estupefacción convirtiéndose en algo que Elena no había visto nunca antes, no cuando la miraba a ella.

Era una especie de distanciamiento que la dejaba completamente fuera, que cortaba cualquier vínculo entre ellos.

—Matt, no… —Pero surgió en forma de susurro.

Y entonces, ante su asombro, Damon habló.

—Sabes que es todo cosa mía, ¿verdad? No puedes culpar a una chica por intentar defenderse. —Elena miró sus manos, que temblaban ahora, mientras Damon proseguía—: Sabes perfectamente que es culpa mía. Elena jamás…

Fue entonces cuando Elena lo comprendió. Damon estaba influenciando a Matt.

—¡No! —Cogió a Damon desprevenido, agarrándole otra vez y zarandeándole—. ¡No lo hagas! ¡Matt no!

Los ojos negros que se volvieron hacia ella no eran en modo alguno los de un pretendiente. A Damon le habían interrumpido en el uso de su Poder y, de haber sido cualquier otro quien lo hubiese hecho, habría acabado convertido en un pequeño punto de grasa en el suelo.

—Lo hago por ti —repuso Damon con frialdad—. ¿No quieres aceptar mi ayuda?

Elena descubrió que vacilaba. Quizá, si era sólo una vez, y únicamente por el bien de Matt.

Algo se apoderó de ella y tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no permitir que su aura escapase por completo.

—Nunca vuelvas a intentarlo conmigo —dijo Elena; su voz era serena pero gélida—. ¡No te atrevas jamás a influenciarme! ¡Y deja en paz a Matt!

Algo parecido a una aprobación centelleó en la infinita oscuridad de la mirada de Damon, aunque desapareció antes de que ella pudiese estar segura de haberlo visto. Pero cuando él habló, pareció menos distante.

—De acuerdo —le dijo a Matt—. ¿Cuál será nuestra estrategia ahora? Decídelo tú.

Matt respondió despacio, sin mirarlos. Estaba colorado pero mostraba una calma absoluta.

—Iba a decir que ese Prius no está nada mal. Y el vendedor tiene otro. Está en buenas condiciones. Podríamos tener dos coches idénticos.

»¡Y entonces podríamos ir en caravana y dividirnos si alguien nos siguiera! No sabrían a quién seguir.

Normalmente, Elena habría rodeado a Matt con sus brazos en aquel punto. Pero él se miraba los zapatos, lo que probablemente era lo mejor en realidad, ya

que Damon tenía los ojos cerrados y negaba levemente con la cabeza como si no pudiese creer la estupidez que escuchaba.

«Es cierto —pensó Elena—. Es mi aura…, o la de Damon…, lo que localizan. No podremos confundirlos con coches idénticos a menos que también tengamos auras idénticas.

Lo que significaba que en ese caso debería viajar con Matt todo el camino. Pero Damon jamás lo aceptaría. Y ella necesitaba a Damon para llegar hasta su amado, su único amor, su auténtico compañero: Stefan.

—Yo llevaré el que está más destrozado —decía Matt, organizándolo con Damon y haciendo caso omiso de ella—. Estoy acostumbrado a coches destartalados. Ya he concertado un trato con el tipo. Deberíamos ponernos en marcha. —Todavía hablando sólo a Damon, siguió—: Tendrás que contarme adonde vamos realmente. Podríamos tener que separarnos.

Damon permaneció en silencio durante un buen rato. Luego, con brusquedad, contestó:

—Sedona, Arizona, para empezar.

Matt mostró una expresión de disgusto.

—¿Ese lugar lleno de lunáticos de la Nueva Era? Estás de broma.

—He dicho que partiríamos desde Sedona. Es un territorio totalmente salvaje…, nada aparte de rocas… por todas partes. Uno podría perderse… con mucha facilidad.

Damon lanzó una sonrisa radiante y la apagó al instante.

—Estaremos en el juniper Resort, justo saliendo de la North Highway 89A —añadió con soltura.

—La tengo —respondió Matt.

Elena no pudo ver ninguna emoción ni en su rostro ni en su expresión, pero el aura del joven era de un rojo virulento.

—De todos modos, Matt —empezó a decir Elena—, deberíamos encontrarnos cada noche, así que si nos sigues… —Se interrumpió con una violenta inhalación.

Matt ya había dado media vuelta y no se molestó en volver la cabeza cuando ella habló. Se limitó a seguir andando, sin decir nada más.

Sin una mirada atrás.

7

A Elena la despertó el sonido de Damon golpeando impacientemente con los nudillos en la ventanilla del Prius. Estaba totalmente vestida y aferraba el diario contra ella. Era el día después de que Matt les hubiese dejado.

—¿Has dormido toda la noche así? —preguntó Damon, mirándola de arriba abajo mientras Elena se frotaba los ojos.

Como de costumbre, él iba inmaculadamente vestido: totalmente de negro, por supuesto. El calor y la humedad no le afectaban.

—Ya he tomado mi desayuno —continuó en tono cortante, acomodándose en el asiento del conductor—. Y traigo esto para ti.

«Esto» era una taza de espuma de poliestireno llena de café humeante, que Elena aferró con el mismo agradecimiento que si fuese vino Magia Negra, y una bolsa de papel marrón que resultó contener donuts. No era exactamente el más nutritivo de los desayunos, pero Elena ansiaba cafeína y azúcar.

—Necesito una área de descanso —advirtió Elena mientras Damon se sentaba tranquilamente tras el volante y ponía en marcha el coche—. Para cambiarme de ropa, lavarme la cara y esas cosas.

Se dirigieron directamente al oeste, lo que concordaba con lo que Elena había descubierto mirando un mapa en Internet la noche anterior. La pequeña imagen de su móvil se correspondía con la lectura del sistema de navegación del Prius. Ambas habían mostrado que Sedona, Arizona, se hallaba en una línea horizontal casi perfectamente recta desde la pequeña carretera rural donde Damon había aparcado para pasar la noche en Arkansas. Sin embargo, Damon no tardó en girar al sur, tomando una ruta alternativa que podría o no confundir a

posibles perseguidores. Cuando por fin encontraron una área de descanso, la vejiga de Elena estaba a punto de estallar, y no tuvo el menor reparo en pasar media hora en el aseo de señoras, haciendo todo lo posible por lavarse con toallas de papel y agua fría, cepillándose el pelo y poniéndose vaqueros nuevos y un lop blanco limpio que se ataba con cintas al frente como un corsé. Al fin y al cabo, cualquier día podría tener otra proyección astral mientras hacía la siesta y volver a ver a Stefan.

En lo que no quería pensar era en que, con la marcha de Matt, se había quedado a solas con Damon, un vampiro indomable, viajando por el centro de Estados Unidos en dirección a un de destino que estaba literalmente fuera de este mundo.

Cuando Elena emergió por fin del servicio, Damon se mostró frío e inexpresivo; aunque advirtió que se tomaba el tiempo necesario para inspeccionarla de todos modos.

«Maldita sea —pensó Elena. Dejé mi diario en el coche.»

Estaba tan segura de que Damon lo había leído como si le hubiese visto haciéndolo, y se alegró de que no hubiera nada en él sobre abandonar su cuerpo y su encuentro con Stefan. Aunque creía que también Damon quería liberar a Stefan —no estaría en aquel coche con él de no ser así—, también sentía que era preferible que no supiera que ella había llegado allí primero. A Damon le gustaba controlar las cosas tanto como a ella. También disfrutaba influenciando a todo agente de policía que le obligaba a parar por saltarse el límite de velocidad.

Pero hoy estaba demasiado irascible incluso tratándose de él. Elena sabía por experiencia propia que Damon podía convertirse en una compañía extraordinariamente agradable cuando quería, contando relatos graciosísimos y chistes hasta que los pasajeros más taciturnos y llenos de prejuicios prorrumpían en carcajadas muy a su pesar.

Pero hoy ni siquiera se dignaba a responder a las preguntas de Elena, y mucho menos a reír ante sus chistes. La única vez que ella intentó establecer contacto físico, tocándole levemente el brazo, él se apartó violentamente como si aquello pudiese estropearle la cazadora de cuero negro.

Estupendo, fabuloso, se dijo Elena, decaída. Recostó la cabeza en la

ventanilla y clavó la mirada en el paisaje, que parecía idéntico en todo momento. Su mente divagó.

¿Dónde estaría Matt ahora? ¿Los habría adelantado o iría por detrás? ¿Habría descansado algo la noche anterior? ¿Conduciría a través de Texas ahora? ¿Estaría comiendo bien? Elena pestañeó para eliminar las lágrimas, que brotaban cada vez que recordaba el modo en que él se había alejado sin siquiera mirar atrás.

Elena era una organizadora nata, capaz de hacer que casi cualquier situación saliera bien, siempre y cuando las personas de su alrededor fuesen seres normales y cuerdos. Y manejar chicos era su especialidad. Los había estado manejando —gobernándolos— desde secundaria. Pero ahora, aproximadamente dos semanas y media después de que hubiese regresado de la muerte, ya no quería gobernar a nadie.

Eso era lo que adoraba de Stefan. Una vez que ella hubo superado el instinto reflejo del joven de mantenerse alejado de cualquier cosa que apreciase, ya no necesitó manejarle en absoluto. No necesitaba mantenimiento, salvo por las más delicadas de las insinuaciones en las que se había convertido en una experta en el caso de los vampiros. No en cazarlos o matarlos, sino en amarlos de un modo seguro. Elena sabía cuándo estaba bien morder o ser mordida, y cuándo parar, y cómo mantenerse humana.

Pero aparte de eso, ni siquiera quería manejar a Stefan; simplemente quería estar con él. Cuando estaban juntos, las cosas marchaban solas.

Elena podría vivir sin Stefan… Eso pensaba. Pero del mismo modo que estar lejos de Meredith y Bonnie era como vivir sin sus dos manos, vivir sin Stefan sería como intentar sobrevivir sin el corazón. Era su compañero en el Gran Baile; su igual y su opuesto; su amado y su amante en el sentido más puro imaginable. Era la otra mitad de los Sagrados Misterios de la Vida para ella.

Y tras verle la noche anterior, incluso aunque hubiera sido un sueño, cosa que no estaba dispuesta a aceptar, Elena le echaba tanto de menos que la añoranza era un dolor punzante en su interior. Un dolor tan grande que no podía soportar quedarse allí sentada y darle vueltas en la cabeza, porque si lo hacía, podría volverse loca y empezar a enfurecerse con Damon para que condujese más de prisa; y Elena podía sentir un gran dolor en su interior, pero no tenía tendencias suicidas.

Pararon en una ciudad anónima para almorzar. Elena no tenía apetito, y Damon pasó toda la pausa bajo la forma de pájaro, lo que por algún motivo la enfureció.

Para cuando volvieron a estar en marcha, la tensión en el coche había crecido hasta el punto de que el viejo tópico era imposible de evitar: se podía cortar con una servilleta doblada, por no hablar de un cuchillo, se dijo Elena.

Fue entonces cuando comprendió con exactitud qué clase de tensión era.

Lo que salvaba a Damon era su orgullo.

Sabía que Elena había entendido cómo estaban las cosas. Había dejado de intentar tocarle y ya no le hablaba, y eso era bueno.

No debería sentirse de aquel modo. Los vampiros querían a las muchachas por sus hermosas gargantas blancas, y el sentido de la estética de Damon exigía que el resto del donante cumpliera al menos sus requisitos. Pero ahora incluso el aura humanizada de Elena anunciaba la fuerza vital única de su sangre, y Damon respondía de un modo involuntario. No había pensado en una chica de aquel modo concreto durante aproximadamente quinientos años. Los vampiros no eran capaces de hacerlo.

Pero Damon no podía evitarlo. Y cuanto más cerca estaba de Elena, con más fuerza le rodeaba el aura de la joven, y más débil era su control.

Gracias a todos los diablos del infierno, su orgullo era más fuerte que el deseo que sentía. Damon jamás había pedido nada a nadie en toda su vida, y pagaba por la sangre que tomaba a los humanos con su propia moneda particular: placer, fantasía y sueños. Pero Elena no necesitaba fantasía y no deseaba sueños.

No le quería a él.

Quería a Stefan. Y a Damon su orgullo jamás le permitiría pedirle a Elena lo que sólo él deseaba, e igualmente jamás le permitiría tomarlo sin que ella consintiera… O eso esperaba.

Apenas unos días atrás había sido un cascarón vacío, su cuerpo se había convertido en una marioneta de los gemelos kitsune, que le habían hecho lastimar a Elena en modos que ahora le hacían abochornarse interiormente. Damon no había existido entonces como persona, su cuerpo había pertenecido a Shinichi, que había jugado con él a su antojo. Y aunque apenas podía creerlo, la absorción había sido tan completa que su cascarón había obedecido cada una de

las órdenes de Shinichi: había atormentado a Elena y podría muy bien haberla matado.

De nada servía negarse a creerlo, o argumentar que no podía ser cierto. Lo era. Había sucedido. Shinichi tenía un aterrador poder de control mental, y los kitsune no compartían la indiferencia de los vampiros respecto a las chicas bonitas… por debajo del cuello. Y además, era un completo sádico, y le gustaba el dolor… El de los demás, claro.

Damon no podía negar el pasado, no podía preguntarse por qué no había «despertado» para impedir que Shinichi hiciera daño a Elena porque en aquel momento no había nada de él que despertar. Y si una solitaria parte de su mente todavía lloraba debido al mal que había hecho…, bueno, Damon era experto en cerrarle el paso. No iba a perder tiempo en lamentaciones, pero estaba decidido a controlar el futuro. No volvería a suceder…, al menos no mientras él siguiera todavía con vida.

Lo que Damon en realidad no podía comprender era por qué Elena le presionaba, actuando como si realmente confiase en él. De todas las personas del mundo, ella era la que más derecho tenía a odiarle, a apuntarle con un dedo acusador. Pero no lo había hecho ni una vez; ni siquiera le había mirado jamás con ira en sus ojos azul oscuro, salpicados de oro. Solamente ella había parecido comprender que alguien poseído tan completamente por el señor de los *malachs*, Shinichi, como lo había estado Damon, sencillamente no tenía elección —no estaba allí para elegir— sobre lo que él o ella hacía.

Quizá fuera porque había sido ella quien había extraído la cosa que el *malach* había creado. El vibrante segundo cuerpo albino que había tenido en su interior. Damon se obligó a reprimir un escalofrío. Lo sabía sólo porque Shinichi lo había mencionado jovialmente, mientras se llevaba todos los recuerdos de Damon del tiempo transcurrido desde que los dos, el kitsune y el vampiro, se habían conocido en el Bosque Viejo.

Damon se alegraba de que le hubiesen quitado esos recuerdos. Desde el momento en que había trabado la mirada con los risueños ojos dorados del espíritu zorro, su vida había quedado emponzoñada.

Y ahora… justo ahora estaba a solas con Elena, en medio de un territorio salvaje donde las zonas habitadas eran escasas y estaban muy distanciadas. Se encontraban total y excepcionalmente solos, y Damon deseaba con impotencia lo

que todo chico humano que Elena hubiese conocido había querido.

Lo peor de todo era el hecho de que chicas encantadoras, chicas embaucadoras, eran prácticamente la razón de ser de Damon, y desde luego eran la única razón por la que había podido mantenerse con vida durante el último medio milenio. Y sin embargo sabía que no debía, no debía siquiera iniciar el proceso con esta muchacha excepcional que, para él, era la joya que descansaba sobre el montón de estiércol de la humanidad.

En apariencia, lo tenía todo bajo control, glacial y preciso, distante y desinteresado.

La verdad era que se estaba volviendo loco.

Esa noche, tras asegurarse de que Elena disponía de comida y de agua y de que estaba encerrada sana y salva dentro del Prius, Damon invocó una neblina húmeda y empezó a tejer sus salvaguardas más siniestras. Eran avisos para cualquier hermana o hermano de la noche que pudiese tropezar con el coche: la muchacha que dormía en su interior estaba bajo la protección de Damon, y éste daría caza y desollaría vivo a cualquiera que molestara siquiera el descanso de la joven… y a continuación pasaría a castigar al culpable. Entonces, Damon voló unos cuantos kilómetros en dirección sur bajo la forma de un cuervo, localizó un antro donde bebía una manada de hombres lobo y unas cuantas camareras encantadoras les servían, y armó camorra y pasó la noche haciendo correr la sangre.

Pero no fue suficiente para distraerle, ni mucho menos. Por la mañana, al regresar bien entrado el día, vio las protecciones que rodeaban el coche hechas jirones, pero, antes de que el pánico le dominara, comprendió que Elena las había roto desde el interior y que él no había recibido ninguna advertencia debido a que la muchacha había tenido intenciones pacíficas y un corazón inocente.

Y entonces la misma Elena apareció, ascendiendo de la orilla de un arroyo, con aspecto limpio y refrescado. Damon se quedó sin habla ante su mera visión; ante su gracia y elegancia, ante su insoportable cercanía. Olió su piel recién lavada, y no pudo evitar inhalar su aroma único.

No veía cómo podría aguantar aquello otro día más.

Y entonces Damon tuvo de repente una idea.

—¿Te gustaría aprender algo que te ayudaría a controlar esa aura tuya? —preguntó cuando ella pasó por su lado, en dirección al coche.

Elena le lanzó una mirada de soslayo.

—Así que has decidido volver a hablarme. ¿Se supone que debo desmayarme de dicha?

—Bueno…, eso siempre sería de agradecer…

—¿Lo sería? —replicó ella con acritud, y Damon comprendió que había subestimado la tormenta que había hecho crecer dentro de aquella muchacha formidable.

—No. Vamos, hablo en serio —dijo, clavando la oscura mirada en ella.

—Lo sé. Vas a decirme que me convierta en vampira para que eso me ayude a controlar mi Poder.

—No, no, no. Esto no tiene nada que ver con ser un vampiro.

Damon rehusó verse arrastrado a una discusión y eso debió de impresionarla, porque finalmente Elena dijo:

—¿De que se trata, entonces?

—Se trata de aprender el modo de hacer circular tu Poder. La sangre circula, ¿verdad? Pues al Poder también se lo puede hacer circular. Incluso los humanos lo han sabido durante siglos, tanto si lo llaman fuerza vital como *chi* o *ki*. Tal y como está ahora, simplemente disipas tu Poder en el aire. Eso es una aura. Pero si aprendes a hacerlo circular, puedes acumularlo para soltarlo a lo grande en algún momento, y también puedes pasar más inadvertida.

Elena estaba claramente fascinada.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

«Porque soy estúpido —pensó Damon—. Porque para los vampiros es tan instintivo como respirar lo es para ti.» Pero en voz alta le mintió descaradamente:

—Se necesita un cierto nivel de competencia para conseguirlo.

—¿Y ahora te parece que podría hacerlo?

—Eso creo. —Damon puso una leve incertidumbre en su voz.

Naturalmente, eso hizo que Elena se mostrase aún más decidida.

—¡Enséñame! —dijo.

—¿Quieres decir ahora mismo? —Echó un vistazo a su alrededor—. Alguien

podría pasar por aquí…

—Hemos salido de la carretera. Oh, por favor, Damon. Por favor. —Miró a Damon con aquellos enormes ojos azules que tantos varones habían hallado irresistibles y le tocó el brazo, intentando una vez más establecer alguna clase de contacto, pero cuando él se apartó automáticamente, prosiguió—: Quiero aprender de verdad, ¿podrías enseñármelo? Sólo muéstramelo una vez, y practicaré.

Damon echó una ojeada a su brazo, sintió cómo su buen juicio y su resolución flaqueaban. «¿Cómo consigue esto?»

—De acuerdo.

Suspiró. Existían al menos tres o cuatro billones de personas en aquella mota de polvo del planeta que darían cualquier cosa por estar con aquella cálida y entusiasta Elena Gilbert. El problema era que él resultaba ser una de ellas… y que estaba claro que a ella él le importaba un comino.

Cómo no. Ella tenía a su querido Stefan. Bueno, ya vería si su princesa seguía siendo la misma cuando ésta consiguiera —si lo lograba— liberar a Stefan y salir con vida del lugar al que se dirigía.

Entretanto, Damon se concentró en mantener voz, rostro y aura ecuánimes. Tenía algo de práctica en ello. Únicamente quinientos años, pero todo sumaba.

—Primero tengo que encontrar el lugar —le indicó, consciente de la falta de calidez en su voz, de aquel tono que no era tan sólo desapasionado sino realmente frío.

La expresión de Elena no vaciló; también ella podía mostrarse carente de emoción, e incluso sus profundos ojos azules parecían haber adquirido un destello glacial.

—De acuerdo. ¿Dónde está?

—Cerca del corazón, pero más a la izquierda.

Tocó el esternón de Elena, y luego movió los dedos a la izquierda.

Elena contuvo tanto la tensión como un estremecimiento; él pudo darse cuenta de ello. Damon trataba de localizar el lugar donde la carne resultaba blanda sobre el hueso, el lugar donde la mayoría de humanos suponían que tenían el corazón porque era donde percibían cómo éste latía. Debería de estar justo por… ahí…

—Ahora, haré circular tu Poder una o dos veces, y cuando puedas hacerlo

por ti misma… será cuando estarás preparada para ocultar de verdad tu aura.

—Pero ¿cómo lo sabré?

—Lo sabrás, créeme.

No quería que ella siguiese haciendo preguntas, así que se limitó a alzar una mano frente a ella —sin tocar la carne o la ropa siquiera— y sincronizó la fuerza vital de Elena con la suya. Ya estaba. Ahora, había que poner en marcha el proceso. Sabía qué sensación le produciría a Elena: una descarga eléctrica, que empezaría en el punto donde la había tocado primero y que extendería rápidamente calor por todo el cuerpo.

A continuación, Elena percibió una veloz sucesión de sensaciones mientras Damon efectuaba una rotación o dos de práctica con ella. La primera, que la atrajo hacia Damon, la recorrió de abajo a arriba, extendiéndose hacia sus ojos y orejas. Elena se dio cuenta de que podía ver y oír mucho mejor. Luego, volvió a bajarle por la columna vertebral hacia las yemas de los dedos. Elena notó como se le aceleraban los latidos del corazón, y algo parecido a electricidad en las palmas de las manos. Esa misma electricidad volvió a subir por sus brazos y se extendió por los costados. Elena tembló. Finalmente, la energía descendió rápida por las piernas hasta las plantas de los pies, serpenteando por los dedos, antes de dar la vuelta y regresar a donde había empezado, cerca del corazón.

Damon oyó cómo Elena soltaba un leve grito ahogado al recibir el primer impacto de la descarga, y luego sintió cómo el corazón de la muchacha latía veloz y sus pestañas aleteaban a medida que el mundo le resultaba mucho más luminoso; sus pupilas se dilataron como si estuviese enamorada, su cuerpo se quedó rígido al oír el diminuto sonido de un roedor en la hierba, un sonido que jamás habría oído sin el Poder dirigido a los oídos. Y así, dando toda la vuelta al cuerpo, una vez y luego otra, de modo que pudiese familiarizarse con el proceso. Luego la dejó ir.

Elena estaba agotada; y eso que había sido él quien había gastado energía.

—Jamás… podré… hacerlo sola —jadeó.

—Sí, lo conseguirás, con el tiempo y con práctica. Y cuando puedas hacerlo, serás capaz de controlar todo tu Poder.

—Si tú… lo dices.

Los ojos de Elena estaban cerrados, sus pestañas oscuras en forma de media luna sobre las mejillas. Estaba claro que la había llevado al límite. Damon sintió

la tentación de atraerla hacia él, pero se reprimió. Elena había dejado claro que no quería que la abrazase.

«Me pregunto a cuántos chicos habrá rechazado», pensó Damon de improviso, con amargura. Esa amargura le sorprendió un poco. ¿Por qué tendría que importarle a cuántos chicos había manipulado Elena? Cuando la convirtiera en su Princesa de la Oscuridad, irían los dos a la caza de presas humanas —en ocasiones juntos, en ocasiones solos—, y él no sentiría celos de ella. ¿Por qué tendría que importarle ahora cuántos encuentros románticos había tenido?

Pero descubrió que sí sentía amargura, amargura e ira suficientes como para responderle sin entusiasmo.

—Estoy convencido de que lo lograrás. Tan sólo necesitas practicar por tu cuenta.

En el coche, Damon se las apañó para seguir estando enojado con Elena, lo que resultaba difícil pues era una perfecta compañera de viaje. No parloteaba, no intentaba tararear ni —había que dar gracias por ello— cantaba con la radio; además, no masticaba chicle ni fumaba, no era de las que daban instrucciones al conductor, no necesitaba demasiadas paradas en áreas de descanso y jamás preguntaba: «¿Cuánto falta?».

En realidad, a cualquiera, varón o hembra, le resultaba difícil permanecer enojado con Elena Gilbert durante mucho tiempo. No se podía decir que fuese demasiado exuberante, como Bonnie, o demasiado serena, como Meredith. Elena era justo lo bastante encantadora para contrarrestar su mente brillante, activa y siempre intrigante; era justo lo bastante compasiva para compensar su confeso egoísmo, y justo lo bastante sesgada para asegurarse de que nadie la considerase nunca normal. Era profundamente leal a sus amigos y justo lo bastante indulgente para que ella misma no considerase a casi nadie su enemigo; a excepción de los kitsune y los Antiguos de la especie vampira. Era honesta, franca y afectuosa, y desde luego tenía una vena oscura en ella que sus amigos simplemente denominaban salvaje, pero que Damon reconocía como lo que realmente era, y que compensaba el lado candido, indulgente e ingenuo de su naturaleza. Y esas cualidades en ella, en especial en aquellos momentos, era justo lo que Damon no quería recordar.

Ah, sí…, y Elena Gilbert era lo bastante hermosa como para hacer que cualquiera de sus características negativas fuese del todo irrelevante.

Pero Damon estaba decidido a sentirse enojado y tenía por lo general la suficiente fuerza de voluntad para poder escoger su estado de ánimo y mantenerlo, tanto si era apropiado como si no. Hizo caso omiso de todos los intentos de Elena por trabar conversación, y finalmente ella lo dejó correr, en tanto que él mantenía la mente puesta en las docenas de muchachos y hombres con los que debía de haberse acostado la deliciosa muchacha que viajaba a su lado. Sabía que Elena, Caroline y Meredith habían sido las «mayores» del cuarteto de amigas, mientras que la pequeña Bonnie había sido la más joven y se la había considerado un poco demasiado ingenua para ser iniciada por completo.

Así pues, ¿por qué estaba él con Elena ahora?, se encontró preguntándose agriamente, a la vez que pensaba por un brevísimo segundo si Shinichi le estaba manipulando además de quitarle los recuerdos.

¿Se preocupaba Stefan alguna vez del pasado de Elena…, en especial con un antiguo novio —Memo— rondando aún por allí, dispuesto a dar su vida por ella? A Stefan no debía de preocuparle, o le habría puesto fin; no, ¿cómo podía Stefan poner fin a nada que Elena quisiera hacer? Damon había visto el choque de sus voluntades, incluso cuando Elena había sido una niña mentalmente justo después de regresar de la otra vida. En lo referente a la relación de Stefan con Elena, era ella quien tenía sin lugar a dudas el control. Como decían los humanos, «ella llevaba los pantalones».

Bueno, muy pronto sabría lo que era llevar pantalones de harén, se dijo Damon, riendo en silencio, aunque su estado de ánimo era más sombrío que nunca. El cielo sobre el coche se oscureció aún más en respuesta, y el viento arrancó hojas de verano a las ramas antes de tiempo. Gotas de lluvia salpicaron el parabrisas, y a continuación centelleó un relámpago y resonó el trueno.

Elena daba un leve respingo, involuntariamente, cada vez que sonaba un trueno, y Damon lo observaba con lúgubre satisfacción, sabiendo que ella sabía que podía controlar el clima. Ninguno de ellos dijo nada en absoluto al respecto.

«No suplicará», pensó, volviendo a sentir aquel agudo orgullo salvaje por ella y a continuación sintiéndose molesto consigo mismo por ser tan blando.

Pasaron ante un motel, y Elena siguió los borrosos letreros iluminados con los ojos, mirando por encima del hombro hasta que se perdió en la oscuridad.

Damon no quería dejar de conducir. No se atrevía a detenerse, en realidad. Se dirigían hacia una tormenta realmente fea, y de vez en cuando el Prius patinaba, pero Damon se las arreglaba para mantenerlo bajo control… a duras penas. Disfrutaba conduciendo en aquellas condiciones.

No fue hasta que un letrero proclamó que el siguiente lugar donde pasar la noche estaba a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia que Damon, sin consultar con Elena, se metió por un inundado camino particular y detuvo el coche. Las nubes habían empezado a descargar ya; la lluvia caía a cántaros; y la habitación que Damon consiguió se encontraba en un pequeño edificio anexo, separado del motel principal.

La soledad le iba de maravilla a Damon.

8

Mientras apresuraban el paso desde el coche a la apartada habitación de motel, Elena tuvo que ejercer presión sobre las piernas para mantenerlas firmes y pegadas al suelo. En cuanto la puerta del cuarto se cerró de un portazo, más o menos a cubierto de la tormenta y con el cuerpo entumecido y dolorido, se encaminó al cuarto de baño sin siquiera encender la luz. Tenía las ropas, cabellos y pies totalmente mojados.

Las luces fluorescentes del cuarto de baño le parecieron excesivamente brillantes tras la oscuridad de la noche y la tormenta; o tal vez era el inicio de su aprendizaje sobre cómo hacer circular su Poder.

Aquello desde luego había sido una sorpresa. Damon ni siquiera la había estado tocando, pero la impresión recibida todavía resonaba en su interior. Y en cuanto a la sensación de que le manipulasen el Poder desde fuera del cuerpo, bueno, sencillamente no existían palabras. Había sido una experiencia impresionante, sin duda. Incluso ahora sólo pensar en ello hacía que le temblasen las rodillas.

Pero estaba más claro que nunca que Damon no quería tener nada que ver con ella. Elena se enfrentó a su propia imagen en el espejo e hizo una mueca. Sí, parecía una rata ahogada a la que hubiesen arrastrado de espaldas todo un kilómetro a través de la alcantarilla. Sus cabellos estaban húmedos, lo que convertía sus sedosas ondulaciones en diminutos mechones rizados alrededor de la cabeza y el rostro; estaba blanca como si estuviera enferma, y sus ojos azules miraban fijamente desde el rostro demacrado y agotado de una niña pequeña.

Durante apenas un momento, recordó haberse encontrado incluso en peor

estado unos pocos días atrás —sí, sólo habían transcurrido unos días—, y a Damon tratándola con la mayor dulzura, como si su aspecto desaliñado hubiese carecido de importancia para él. Pero Shinichi le había arrebatado aquellos recuerdos a Damon, y era demasiado esperar que aquél pudiese haber sido su auténtico estado de ánimo. Había sido… un capricho… como todos sus otros caprichos.

Furiosa con Damon —y consigo misma por el escozor que sentía tras los ojos—, Elena le dio la espalda al espejo.

El pasado era el pasado. No tenía ni idea de por qué Damon había decidido de improviso empezar a rechazar violentamente su contacto, o por qué la miraba con los duros ojos fríos de un depredador. Algo había provocado que la odiase, que fuese apenas capaz de estar sentado con ella en el coche. Y fuese lo que fuese, Elena tenía que aprender a aceptarlo, porque si Damon se iba, no tendría ninguna posibilidad de encontrar a Stefan.

Stefan. Al menos su tembloroso corazón podía hallar reposo pensando en Stefan. A él no le importaría qué aspecto tenía ella: su única preocupación estaría puesta en su bienestar. Elena cerró los ojos mientras abría el grifo del agua caliente de la bañera y se despojaba de las húmedas y pegajosas ropas, disfrutando del amor y aprobación que Stefan le ofrecía en su imaginación.

Junto a la bañera había una pequeña botella de plástico con espuma de baño, pero Elena no la tocó. Había traído su propio saquito de transparentes sales de baño doradas con aroma de vainilla dentro de la bolsa de lona, y ésta era la primera oportunidad que tenía de usarlas.

Con sumo cuidado, hizo caer una tercera parte de las sales del saquito engalanado con cintas en la bañera que se llenaba rápidamente y se vio recompensada con una humeante bocanada de olor a vainilla, que introdujo en los pulmones con gratitud.

A los pocos minutos, Elena estaba metida hasta los hombros en agua caliente cubierta de espuma con aroma a vainilla; tenía los ojos cerrados y el calor iba penetrando en su cuerpo. Las sales, deshaciéndose con suavidad, iban aliviando todo el dolor.

No eran sales de baño corrientes. No olían a medicina, pero se las había proporcionado la casera de Stefan, la señora Flowers, que era una respetable anciana bruja blanca. Las recetas a base de hierbas eran la especialidad de la

señora Flowers, y justo en estos momentos Elena juraría que podía sentir cómo toda la tensión de los últimos días le era succionada activamente del cuerpo y eliminada con suavidad.

Vaya, esto era justo lo que necesitaba. Nunca antes había apreciado Elena un baño como entonces.

«Bueno, sólo hay una cosa —se dijo con firmeza, mientras inhalaba una bocanada tras otra de delicioso vapor de vainilla—. Le pediste a la señora Flowers sales de baño que te relajasen, pero no puedes quedarte dormida aquí. Te ahogarás, y ya sabes qué se siente. Eso ya lo has vivido, ni siquiera hizo falta comprar la mortaja.»

Pero incluso ahora los pensamientos de Elena eran más vagos y fragmentados, a medida que el agua caliente seguía relajándole los músculos, y el aroma a vainilla se arremolinaba alrededor de su cabeza. Perdía continuidad, su mente vagaba sumida en ensoñaciones… Se entregaba al calor y al lujo de no tener que hacer nada en absoluto… Se durmió.

En su sueño, avanzaba con paso rápido. Tan sólo había penumbra, pero de algún modo era consciente de que se deslizaba hacia abajo por entre una neblina de un gris intenso. Lo que le preocupaba era que parecía estar rodeada de voces que discutían, y discutían sobre ella.

—¿Una segunda oportunidad? He hablado con ella sobre ello.

—No recordará nada.

—No importa si recuerda. Todo permanecerá en su interior, aunque dormido.

—Germinará en su interior… hasta que llegue el momento oportuno.

Elena no tenía ni idea de lo que significaba nada de ello.

Y entonces la neblina empezó a desvanecerse, y las nubes le dejaban paso, y flotaba hacia abajo, más y más despacio, hasta que se vio depositada con suavidad en un suelo cubierto de pinaza.

Las voces habían desaparecido. Yacía sobre el suelo de un bosque, pero no estaba desnuda; llevaba puesto el más bonito de sus camisones, el que llevaba auténtico encaje de Valenciennes. Escuchaba con atención los leves sonidos nocturnos que la rodeaban cuando de improviso su aura reaccionó de un modo como no lo había hecho nunca antes.

La avisó de que alguien se acercaba. Alguien que traía una sensación de seguridad en cálidos tonos terrosos, en suaves colores rosados y en intensos

violetas azulados que la envolvieron incluso antes de que la persona llegase. Eran… los sentimientos… de alguien hacia ella. Y detrás del amor y el tranquilizador interés que experimentó, había intensos verdes oscuros, haces de cálido dorado y un matiz de translucidez, como una cascada que centelleara al caer y lanzara una espuma con apariencia de diamantes a su alrededor.

«Elena —susurró una voz—. Elena.»

Resultaba tan familiar…

«Elena. Elena.»

Conocía esta…

«Elena, mi ángel.»

Significaba amor.

Al mismo tiempo que se sentaba en el suelo y se volvía en su sueño, Elena extendía ya los brazos. El lugar de esta persona estaba junto a ella. Era su magia, su solaz, su bien amado. No importaba cómo había llegado hasta allí, o qué había sucedido antes. Era el compañero eterno de su alma.

Y entonces…

Unos brazos fuertes que la abrazaban con ternura… Un cuerpo cálido muy cerca del suyo… Besos llenos de dulzura… Muchos, muchos besos…

Aquella familiar sensación mientras se fundía en su abrazo…

Se mostraba muy tierno, pero casi feroz en su amor por ella. Había jurado no matar, pero mataría por salvarla. Ella era su posesión más preciosa en el mundo entero… Cualquier sacrificio valdría la pena si ella estaba a salvo y libre. Su vida no significaba nada sin ella, así que la entregaría de buena gana, riendo y lanzándole besos con la mano con su último aliento.

Elena respiró el maravilloso aroma de las hojas otoñales de su suéter y se sintió reconfortada. Igual que un bebé, permitió que la tranquilizaran simples olores familiares, el contacto de su mejilla contra el hombro de él y la maravilla de los dos respirando juntos en sincronía.

Cuando intentó poner nombre al milagro, lo tuvo en primera línea de la mente.

«Stefan…»

Ni siquiera necesitaba alzar los ojos hacia su rostro para saber que los ojos verde hoja de Stefan estarían danzando como las aguas de un pequeño estanque al ser agitadas por el viento y centelleando con un millar de distintos puntitos

luminosos. Enterró la cabeza en su cuello, temerosa en cierto modo de soltarle, aunque no podía recordar el motivo.

«No sé cómo he llegado aquí», le dijo sin palabras. De hecho, no recordaba nada antes de esto, antes de despertar a su llamada, únicamente un revoltijo de imágenes.

«No importa. Estoy contigo.»

El miedo la atenazó.

«Esto no es… sólo un sueño, ¿verdad?»

«Ningún sueño es sólo un sueño. Y estoy contigo siempre.»

«Pero ¿cómo hemos llegado aquí?»

«Chist. Estás cansada. Yo te sostendré. Lo juro por mi vida. Limítate a descansar. Deja que te abrace una sola vez.»

«¿Una sola vez? Pero…»

Llena se sintió preocupada y aturdida, tenía que dejar caer la cabeza hacia atrás y ver el rostro de Stefan.

Inclinó la barbilla atrás y se encontró unos ojos risueños de una negrura infinita en un rostro cincelado, pálido y arrogantemente apuesto.

Casi gritó horrorizada.

«¡Shh! ¡Shh, ángel mío!»

«¡Damon!»

Los ojos oscuros que se encontraron con los suyos estaban llenos de amor y dicha. «¿Quién si no?»

«¿Cómo te atreves…, cómo has llegado aquí?» Elena estaba cada vez más confusa.

«No pertenezco a ninguna parte —indicó Damon, y su voz sonó repentinamente triste—. Sabes que siempre estaré contigo.»

«No es verdad; no lo sé… ¡Devuélveme a Stefan!»

Pero era demasiado tarde. Elena fue consciente del sonido del agua que goteaba y del tibio líquido que ondeaba a su alrededor. Despertó justo a tiempo de impedir que su cabeza se hundiera bajo el agua en la bañera. Un sueño…

Se sentía mucho más flexible y a gusto en su cuerpo, pero no podía evitar entristecerse por aquel sueño. Ni siquiera había sido una proyección astral; había sido un simple, loco y confuso sueño propio.

«No pertenezco a ninguna parte. Siempre estaré contigo.»

Pero ¿qué se suponía que significaba una memez como ésa?

Algo en el interior de Elena tembló, al mismo tiempo que lo recordaba.

Se vistió rápidamente, no con un camisón de encaje de Valenciennes, sino con un chándal gris y negro. Cuando salió del baño se sentía rendida y quisquillosa y lista para iniciar una pelea si Damon daba la menor señal de haber captado sus pensamientos mientras dormía.

Pero Damon no lo hizo. Elena vio la cama, se concentró en ella, y se dirigió hacia allí a trompicones, desplomándose encima, dejándose caer sobre almohadas que se hundieron inaceptablemente bajo su cabeza. A Elena le gustaban las almohadas duras.

Durante unos breves instantes permaneció echada, saboreando las sensaciones posbaño, mientras su piel y su cabeza se enfriaban gradualmente… Por lo que ella podía ver, Damon seguía exactamente en la misma posición que había adoptado cuando habían entrado en la habitación.

Y seguía tan silencioso como lo había estado desde la mañana.

Por fin, para acabar con esa situación incómoda, le habló. Y por su modo de ser, Elena fue directa al meollo del problema.

—¿Qué sucede, Damon?

—Nada.

El vampiro miró fijamente por la ventana, fingiendo estar enfrascado en algo situado al otro lado del cristal.

—¿Cómo que nada?

Damon sacudió la cabeza, pero, de algún modo, su espalda vuelta transmitía elocuentemente su opinión de aquella habitación de motel.

Elena examinó la habitación con la visión demasiado brillante de alguien que ha forzado el cuerpo más allá de sus límites. Contempló paredes beige, moqueta beige, un sillón beige, un escritorio beige, y por supuesto, una colcha beige. Ni siquiera Damon podía rechazar una habitación alegando que no hacía juego con su negro básico, se dijo, y luego: «Ah, estoy cansada. Y desconcertada. Y asustada.

»Y… soy increíblemente estúpida. No hay más que una cama aquí. Estoy tumbada en ella.»

—Damon… —Se sentó en la cama con un esfuerzo—. ¿Qué quieres que hagamos? Hay un sillón. Puedo dormir en él.

El se volvió a medias, y ella vio en su movimiento que no estaba enfadado ni jugando. Estaba furioso. Estaba todo allí, en el giro asesino más rápido de lo que el ojo humano podía seguir y el total control muscular que lo detuvo casi antes de iniciarse.

Damon y sus movimientos repentinos e inmovilidad aterradora. Volvía a mirar por la ventana, el cuerpo preparado como siempre para… algo. Justo en aquel momento parecía a punto de saltar a través del cristal para salir al exterior.

—Los vampiros no necesitamos dormir —dijo en la voz más gélida y controlada que Elena le había oído desde que Matt les dejara.

Eso le proporcionó las energías suficientes para abandonar la cama.

—Sabes que sé que eso es una mentira.

—Vuelve a la cama, Elena. Duérmete.

Pero su voz era la misma. Ella habría esperado una orden tajante y cansada, pero Damon sonó más tenso, más bajo control que nunca.

Más conmocionado que nunca.

Elena entornó los párpados.

—¿Se trata de Matt?

—No.

—¿Se trata de Shinichi?

—¡No!

Aja.

—Es eso, ¿verdad? Temes que Shinichi consiga traspasar todas tus defensas y vuelva a poseerte, ¿no es cierto?

—Acuéstate, Elena —respondió Damon, inexpresivo.

Él seguía excluyéndola tan completamente como si no estuviese allí. Elena se enfureció.

—¿Qué hace falta para demostrarte que confío en ti? Viajo totalmente sola contigo, sin la menor idea de adonde vamos en realidad. Te estoy confiando la vida de Stefan.

Elena estaba detrás de Damon ahora, sobre la moqueta beige que olía a… nada, a agua hervida. Ni siquiera a polvo.

Sus propias palabras eran el polvo. No había nada en ellas que sonara hueco, equivocado. Eran sinceras… pero no conseguían comunicar con Damon.

Elena suspiró. Tocar a Damon inesperadamente era siempre una cuestión

peliaguda, con todos los riesgos de desencadenar su instinto asesino sin querer, incluso cuando no estaba poseído. Alargó la mano, ahora, con sumo cuidado, para posar las yemas de los dedos en el codo de la chaqueta de cuero, y le habló con tanta meticulosidad y frialdad como pudo.

—Además sabes que ahora poseo otros sentidos aparte de los cinco corrientes. ¿Cuántas veces tengo que decirlo, Damon? Realmente sé que no eras tú quien nos torturaba a Matt y a mí la semana pasada. —A pesar de sí misma, Elena oyó una cierta súplica en su propia voz—. Sé que me has protegido en este viaje siempre que he estado en peligro, sé que incluso has matado por mí. Eso significa… muchísimo para mí. Puedes decir que no crees en el sentimiento humano del perdón, pero no creo que lo hayas olvidado. Y cuando sabes que no hay nada que perdonar para empezar…

—¡Esto no tiene absolutamente nada que ver con lo que sucedió la semana pasada!

El cambio en su voz —la fuerza en ella— golpeó a Elena como un latigazo. Le dolió… y la asustó. Damon hablaba en serio, y también estaba bajo alguna tensión atroz, no del todo distinta a la de combatir la posesión de Shinichi, pero diferente.

—Damon…

—¡Déjame en paz!

«Vaya, ¿dónde he oído yo eso antes?» Confusa, con el corazón martilleando, Elena buscó a tientas en sus recuerdos.

Sí, claro. Stefan. Stefan la primera vez que habían estado juntos en la habitación de él, cuando él había tenido miedo de amarla. Cuando estaba seguro de que provocaría que ella se condenase si demostraba que le importaba.

¿Podría ser Damon hasta tal punto parecido al hermano del que siempre se burlaba?

—Al menos date la vuelta y háblame cara a cara.

—Elena. —Fue un susurro, pero sonó como si Damon no pudiese hacer acopio de su acostumbrado sedoso tono amenazador—. Vuelve a la cama. Vete al infierno. Ve a cualquier sitio, pero mantente alejada de mí.

—Eres muy bueno en eso, ¿verdad? —La propia voz de Elena era fría ahora, mientras de un modo temerario, enfurecido, se acercaba aún más—. En apartar a la gente. Pero sé que no te has alimentado esta noche. No hay nada más que

quieras de mí, y no puedes hacer el papel de mártir hambriento ni la mitad de bien que Stefan…

Elena había hablado sabiendo que estaba garantizado que sus palabras incitarían una respuesta de alguna clase, aunque la respuesta acostumbrada de Damon a esta clase de ataques era repantigarse contra algo y fingir no haber oído nada.

Lo que sucedió en lugar de eso fue totalmente inesperado.

Damon se volvió en redondo, la agarró con precisión, y la mantuvo sujeta en una tenaza inamovible. Entonces, abatiendo la cabeza como un halcón que cayera sobre un ratón, la besó. Poseía la fuerza más que suficiente para mantenerla inmóvil sin lastimarla.

El beso fue intenso y largo y durante un buen rato Elena se resistió por puro instinto. El cuerpo de Damon era frío contra el suyo, que seguía manteniendo la calidez y humedad del baño. Tal y como la sujetaba…, si ella se resistía, resultaría gravemente lastimada. Y entonces —lo sabía— él la soltaría. Pero ¿lo sabía realmente? ¿Estaba dispuesta a romperse un hueso para ponerlo a prueba?

Él le acariciaba el pelo enroscando los extremos y aplastándolos con los dedos… justo horas después de haberla enseñado a sentir hasta en las puntas de los cabellos. Era injusto. Conocía sus puntos débiles, no sólo los puntos débiles de toda mujer; conocía los de ella, sabía cómo hacerla querer gritar de placer y cómo tranquilizarla.

No podía hacer otra cosa que poner a prueba su teoría y tal vez romperse un hueso. No estaba dispuesta a someterse cuando no le había invitado. ¡No lo haría!

Pero entonces recordó su curiosidad por el niño y el enorme peñasco, y deliberadamente abrió su mente a la de Damon, quien cayó en la trampa que él mismo había creado.

En cuanto sus mentes entraron en contacto se produjo algo parecido a fuegos artificiales. Explosiones. Cohetes. Estrellas convirtiéndose en novas. Elena ajustó la mente para que hiciese caso omiso de su cuerpo y empezó a buscar la roca.

Estaba en lo más profundo de la zona más recóndita de su cerebro; en las profundidades de la oscuridad eterna que dormía allí. Pero Elena parecía haber llevado un reflector con ella, y adonde fuese que se girara, oscuras guirnaldas de

telarañas caían y arcos de piedra de aspecto pesado se desmoronaban y rodaban al suelo.

—No te preocupes —se encontró diciendo Elena—. ¡La luz no te hará eso a ti! No tienes que vivir ahí abajo. Te mostraré la belleza de la luz.

«¿Qué estoy diciendo? —se preguntó Elena al mismo tiempo que las palabras abandonaban sus labios—. ¿Cómo puedo prometerle…? Además, ¡a lo mejor le gusta vivir aquí en la oscuridad!»

Pero al segundo siguiente había llegado ya mucho más cerca del niño, lo bastante cerca para ver su rostro pálido y pensativo.

—Has vuelto —dijo él, como si fuese un milagro—. ¡Dijiste que vendrías, y lo has hecho!

Eso derribó de golpe todas las barreras de Elena. Se arrodilló, y tensando las cadenas al máximo, lo puso en su regazo.

—¿Te alegras de que haya vuelto? —preguntó con dulzura mientras le acariciaba ya los cabellos para alisarlos.

—¡Sí! —Fue un grito, y asustó a Elena casi tanto como la complació—. Eres la persona más amable que jamás he… la más hermosa que jamás he…

—Silencio —le dijo ella—, silencio. Tiene que existir algún modo de darte calor.

—Es el hierro —respondió el niño con humildad—. El hierro me mantiene débil y frío. Pero tiene que ser hierro; de lo contrario, él no conseguiría controlarme.

—Entiendo —dijo Elena, sombría.

Empezaba a captar la clase de relación que Damon tenía con aquel niño. Durante un momento, debido a una corazonada, tomó dos trozos de cadena en las manos e intentó romperlos. Elena poseía una superluz allí; ¿por qué no superpoderes? Pero todo lo que sucedió fue que retorció y giró el trozo de cadena para nada, y finalmente se cortó la membrana interdigital de un dedo con una rebaba de hierro.

—¡Oh!

Los enormes ojos oscuros del niño se clavaron en la roja gota de sangre, contemplándola fijamente como si se sintiera fascinado… y asustado.

—¿La quieres?

Elena le tendió la mano con aire vacilante. Pobre renacuajo que se veía

obligado a codiciar la sangre de otros, se dijo. El asintió tímidamente como si estuviese seguro de que ella se enojaría; pero Elena se limitó a sonreír y él sostuvo reverentemente su dedo y tomó toda la gota de sangre de golpe, cerrando los labios como si le diera un beso.

Al alzar la cabeza, parecía tener un poquitín más de color en su pálido rostro.

—Me contaste que Damon te mantiene aquí —dijo ella, abrazándole otra vez y notando cómo el frío cuerpo del niño le absorbía calor—. ¿Puedes decirme por qué?

El niño seguía lamiéndose los labios, pero volvió el rostro al instante hacia ella y respondió:

—Soy el Custodio de los Secretos. Pero… —añadió tristemente— los Secretos se han vuelto tan grandes que ni siquiera yo conozco su naturaleza.

Elena siguió el movimiento de cabeza del niño desde las pequeñas extremidades de éste a la cadena de hierro y a la enorme bola metálica. Tuvo una sensación de aprensión dentro de sí misma y una profunda piedad por un custodio tan pequeño. Y se preguntó qué demonios podía haber dentro de la enorme esfera de piedra que Damon custodiaba con tanta atención.

Pero no tuvo oportunidad de preguntar.

9

Justo cuando abría la boca para hablar, Elena se sintió alzada como por un huracán. Por un momento se aferró al muchacho que le era arrancado de las manos, luego apenas tuvo tiempo para gritar: «Regresaré», y de oír su respuesta, antes de verse arrastrada al mundo cotidiano de baños, manipulaciones y habitaciones de motel.

—¡Guardaré nuestro secreto!

Eso fue lo que el niño le había gritado en el último momento.

¿Y qué podía eso significar sino que le ocultaría su encuentro al Damon real (o «normal»)?

Al cabo de un momento, Elena estaba de pie en una deprimente habitación de motel, y Damon la aferraba por la parte superior de los brazos. Cuando la soltó, la joven notó un sabor salado, has lágrimas corrían a raudales por sus mejillas.

Eso no parecía importarle a su atacante, pues Damon daba la impresión de hallarse a merced de una desesperación salvaje. Se estremecía como un muchachito la primera vez que besaba a su primer amor. «Eso es lo que le hace perder el control», pensó Elena confusa.

Creyó que iba a desmayarse.

¡No! Tenía que permanecer consciente.

Elena empujó y se retorció, lastimándose deliberadamente para tratar de liberarse de la sujeción en apariencia inquebrantable que la mantenía inmovilizada.

Esta se mantuvo.

¿Volvía a estar poseído? ¿Shinichi otra vez, entrando a hurtadillas en la mente de Damon y obligándole a hacer cosas…?

Elena se debatió con más energía, empujó hasta que realmente podría haber chillado de dolor. Gimoteó una vez…

Quedó libre.

De algún modo, Elena supo que Shinichi no estaba involucrado en aquello. La auténtica alma de Damon era un niño encadenado desde hacía Dios sabía cuántos siglos, que jamás había conocido la calidez y la cercanía, pero que todavía tenía un emotivo aprecio por ellas. Aquel niño que estaba encadenado a la roca era uno de los mayores secretos de Damon.

Y ahora Elena temblaba con tal intensidad que no estaba segura de poder permanecer erguida, y se hacía preguntas respecto al niño. ¿Sentía frío? ¿Lloraba como Elena? ¿Cómo podía ella saberlo?

Damon y ella permanecieron mirándose fijamente el uno al otro, respirando los dos afanosamente. Los cabellos lacios de Damon estaban despeinados, y le daban un aspecto libertino de bucanero. Su rostro, siempre tan pálido y sereno, estaba colorado; sus ojos descendieron para contemplar cómo Elena se masajeaba de forma instintiva las muñecas. La muchacha podía sentir calambres ya: empezaba a recuperar un tanto la circulación. Una vez que él hubo desviado la mirada, no pareció poder volver a mirarla a los ojos.

Contacto visual. Muy bien. Elena reconoció que era una arma. Buscó a tientas una silla, pero halló inesperadamente la cama a su espalda. No disponía de muchas armas justo en aquel momento, y necesitaba usarlas todas.

Se sentó, cediendo a la debilidad de su cuerpo, pero mantuvo los ojos puestos en el rostro de Damon. Este tenía la boca hinchada. Y eso era… injusto. El mohín de Damon era parte de su artillería más básica, y siempre había tenido la boca más hermosa que había visto en nadie, hombre o mujer. La boca, el pelo, los párpados entornados, las gruesas pestañas, la delicadeza de la línea de la mandíbula… Injusto, incluso para alguien como Elena, que hacía mucho que había dejado de sentir interés por alguien por una pura cuestión de belleza.

Pero jamás había visto aquella boca hinchada, aquel pelo perfecto desordenado, las pestañas temblorosas porque miraba a todas partes excepto a ella e intentaba no demostrarlo.

—¿Era eso… en lo que has estado pensando mientras te negabas a hablar

conmigo? —preguntó ella, y su voz era casi firme.

La repentina inmovilidad de Damon era la perfección absoluta como todas sus otras perfecciones. Contuvo la respiración, claro. Miraba fijamente un punto en la moqueta beige que en justicia debería haber empezado a arder.

Entonces, finalmente, alzó aquellos enormes ojos oscuros hacia ella. Era muy difícil ver nada en los ojos de Damon debido a que el iris era casi del mismo color que la pupila, pero Elena tuvo la sensación de que en aquel momento estaban tan dilatados que eran todo pupila. ¿Cómo podían ojos tan oscuros como la medianoche atrapar y retener la luz? Le parecía ver en ellos un universo de estrellas.

—Huye —dijo Damon en voz queda.

Elena sintió que las piernas se le tensaban.

—¿Shinichi?

—No. Deberías huir ahora.

Elena sintió que los músculos del muslo se relajaban ligeramente y dio gracias por no tener que intentar probar que podía correr —o incluso arrastrarse — en aquel preciso instante. Pero apretó los puños.

—¿Te refieres a que eres simplemente tú actuando como un bastardo? —inquirió—. ¿Has decidido odiarme otra vez? ¿Disfrutaste…?

Damon volvió a girarse en redondo, pasando de la inmovilidad al movimiento más de prisa de lo que los ojos de Elena podían seguirlo. Golpeó el marco de la ventana, una vez, refrenando el puñetazo casi por completo en el último momento. Hubo un estrépito y luego un millar de pequeños ecos mientras el cristal caía como una lluvia de diamantes en contraste con la oscuridad del exterior.

—Eso podría… conseguir que acudiera alguien en tu ayuda.

Damon no pretendía que las palabras no pareciesen más que una idea de última hora. Ahora que le daba la espalda, no parecía importarle mantener las apariencias. Unos finos temblores le recorrían el cuerpo.

—A estas horas, con esta tormenta, tan lejos de la oficina… lo dudo.

El cuerpo de Elena recuperaba ya el chorro de adrenalina que la había permitido liberarse de la sujeción de Damon. Toda ella hormigueaba y tuvo que esforzarse para impedir que aquello se convirtiese en un temblor total.

Y volvían a estar donde habían empezado, con Damon mirando a la noche y

ella a su espalda. O, al menos, así era como él quería que estuviesen.

—Podrías haberte limitado a pedirlo —dijo ella.

No sabía si era posible que un vampiro lo comprendiese; todavía no había sido capaz de enseñarle a Stefan, que prescindía de cosas que necesitaba porque no comprendía lo de pedirlo. Con total inocencia y con las mejores intenciones, Stefan lo dejaba estar hasta que Elena se veía obligada a preguntarle.

Damon, se dijo, no acostumbraba a tener ese problema. Tomaba lo que quería con la misma indiferencia que si cogiera cosas del estante de un colmado.

Y justo en aquellos momentos reía en silencio, lo que significaba que estaba realmente afectado.

—Me lo tomaré como una disculpa —dijo Elena en un susurro.

Damon reía ahora en voz alta, y Elena sintió un escalofrío. Aquí estaba ella, intentando ayudarle, y…

—¿Crees —irrumpió él en sus pensamientos— que realmente era eso todo lo que quería?

Elena volvió a sentirse helada tras reflexionar sobre ello. Damon podría haber tomado su sangre sin problemas mientras la mantenía inmovilizada. Pero —por supuesto— eso no era todo lo que quería de ella. Su aura… Ella sabía el efecto que les causaba a los vampiros, y Damon la había estado protegiendo todo el tiempo de otros vampiros que pudiesen verla.

La diferencia, se dijo Elena con su natural honestidad, era que a ella le importaba un comino cualquiera de los otros. Pero Damon era distinto. Cuando la besó pudo sentir la diferencia en su interior; era algo que nunca antes había sentido… hasta que apareció Stefan.

Oh, cielos… ¿Era posible que fuese realmente ella, Elena Gilbert, quien estuviera traicionando a Stefan al no huir de aquella situación? Damon estaba siendo mejor persona que ella; le estaba pidiendo que alejara la tentación de su aura de él.

Para poder iniciar la tortura de nuevo al día siguiente.

Elena se había encontrado en muchas circunstancias en las que había juzgado que era mejor para ella marcharse antes de que las cosas se complicasen demasiado. El problema con el que se encontraba aquí era que no tenía ningún sitio al que ir donde las cosas no fuesen a complicarse más… donde no fuese a ponerse en un peligro aún mayor. Y, de pasada, perder su oportunidad de

encontrar a Stefan.

¿Debería de haber ido con Matt? No, Damon les había dicho que dos humanos, por sí solos, no podrían entrar en la Dimensión Oscura; les había dicho que le necesitaban con ellos, y Elena todavía tenía dudas sobre si Damon se molestaría en conducir siquiera hasta Arizona, y mucho menos en buscar a Stefan, si ella no estaba con él en cada paso del camino.

Además, ¿cómo podría haberla protegido Matt en la peligrosa senda que Damon y ella seguían? Elena sabía que Matt moriría por ella… y eso sería justamente lo que hubiera sucedido si hubiesen tropezado con vampiros u hombres lobo. La muerte. Y Elena hubiera tenido que enfrentarse a sus enemigos sola.

Oh, sí, Elena sabía lo que Damon hacía cada noche cuando ella dormía en el coche. Colocaba alguna especie de hechizos siniestros alrededor de ella, firmándolos con su nombre, sellándolos con su sello, y de ese modo mantenía a cualquier criatura de la noche lejos del coche hasta el amanecer.

Pero a sus mayores enemigos, los gemelos kitsune, Shinichi y Misao, sí los había traído.

Elena pensó en todo ello antes de alzar la cabeza para mirar a Damon a los ojos, unos ojos que, en aquel momento, le recordaron los de una criatura harapienta encadenada a una roca.

—No te irás, ¿verdad? —musitó él.

Ella negó con la cabeza.

—¿Realmente no me tienes miedo?

—Ya lo creo que tengo miedo.

Una vez más, Elena sintió aquel escalofrío interior. Pero ahora volaba a alguna parte, había fijado el rumbo, y no había modo de que pudiese detenerse. En especial, cuando él la miraba de aquel modo, que le recordaba el júbilo feroz, el orgullo casi renuente que siempre había mostrado cuando abatían a un enemigo juntos.

—No me convertiré en tu Princesa de la Oscuridad —le dijo—. Y sabes que jamás podría renunciar a Stefan.

Un amago de su vieja sonrisa burlona apareció en los labios de Damon.

—Dispongo de mucho tiempo para convencerte de lo que pienso sobre eso.

«No es necesario», se dijo Elena, que sabía que Stefan comprendería.

Pero incluso ahora, cuando parecía que todo el mundo giraba alrededor de ella, algo se alzó en Elena para desafiar a Damon.

—Según tú, no se trata de Shinichi. Te creo. Pero ¿es todo esto debido… a lo que Caroline dijo? —Pudo oír la repentina dureza en su propia voz.

—¿Caroline? —Damon pestañeó como si le hubiesen hecho perder el hilo.

—Dijo que, antes de que conociese a Stefan, yo era simplemente una… —A Elena le resultó imposible pronunciar la última palabra—. Que yo era… promiscua.

La mandíbula de Damon se endureció y sus mejillas enrojecieron rápidamente… como si le hubiesen golpeado desde una dirección inesperada.

—Esa chica —masculló—. Ella ya ha fijado su sino y si fuese otra persona podría sentirme inclinado a sentir algo de compasión. Pero va… más allá…, está más allá… de cualquier decoro…

Mientras hablaba, sus palabras fueron surgiendo más despacio, y una expresión perpleja ensombreció su rostro. Miraba fijamente a Elena y ésta supo que podía ver las lágrimas que tenía en los ojos, porque alzó las manos para retirarlas con los dedos. Al hacerlo, sin embargo, se detuvo en seco en mitad del gesto, y, con el semblante repentinamente desconcertado, se llevó una mano a los labios, probando las lágrimas.

Cualquiera que fuese el sabor que les encontró, no pareció creerlo. Se llevó también la otra mano a los labios. Elena le miraba descaradamente en aquellos momentos; eso debería de haberle hecho perder la compostura a Damon… pero no fue así. En su lugar, un caleidoscopio de expresiones le recorrió el rostro, demasiado de prisa para que ojos humanos pudiesen captarlos todos, aunque Elena distinguió estupefacción, incredulidad, amargura, más estupefacción, y luego por fin una especie de conmoción dichosa y una expresión casi como si hubiese lágrimas en sus propios ojos.

Y entonces Damon lanzó una carcajada. Fue una carcajada breve, de burla de sí mismo, pero fue genuina, eufórica, incluso.

—Damon —dijo Elena, pestañeando aún para eliminar las lágrimas; todo había sucedido tan rápido—, ¿qué es lo que te sucede?

—No me sucede nada, todo está bien —respondió él, a la vez que alzaba un dedo en ademán académico—. Jamás deberías intentar engañar a un vampiro, Elena. Los vampiros poseen muchos sentidos que los humanos no tienen… y

algunos de nosotros ni siquiera sabemos que los tenemos hasta que los necesitamos. Me ha costado bastante tiempo darme cuenta de lo que sé sobre ti. Porque, desde luego, todo el mundo me decía una cosa, y mi propia mente me decía algo distinto. Pero lo he descubierto, por fin. Sé lo que eres realmente, Elena.

Durante medio minuto, ella se quedó allí quieta en conmocionado silencio.

—Si es así, entonces lo mejor será que te diga ahora mismo que nadie te creerá.

—Tal vez no —repuso él—, en especial si son humanos. Pero los vampiros estamos programados para reconocer el aura de una doncella. Y tú eres cebo para unicornios, Elena. No sé ni me importa cómo conseguiste tu reputación. Me engañó a mí mismo durante mucho tiempo, pero finalmente he descubierto la verdad.

De repente se estaba encorvando sobre ella misma de un modo que no le permitía ver ninguna otra cosa excepto a él, el fino cabello acariciando su frente, los labios cerca de los suyos, los ojos oscuros e insondables, capturando su mirada.

—Elena —susurró—. Éste es tu secreto. No sé cómo te las has arreglado, pero… eres virgen.

Se inclinó hacia ella, rozándole apenas los labios con los suyos, compartiendo su deliberada respiración con la de Elena. Permanecieron así durante un larguísimo momento. Damon parecía embelesado por poder darle a Elena algo procedente de su propio cuerpo: el oxígeno que tanto ella como él necesitaban, pero adquirido de modos distintos. Para muchos humanos, la inmovilidad de sus cuerpos, el silencio y el sostenido contacto visual, pues ninguno de ellos había cerrado los ojos, podría haber sido excesivo; podría haber dado la impresión de que se habían sumergido en exceso en la personalidad del otro, que perdían definición y se convertían cada uno en una parte etérea del otro antes de que se hubiese completado un solo beso.

Pero Elena flotaba en el aire: en el aliento que Damon le daba… y en sentido literal. Si las manos fuertes, largas y delgadas de Damon no le hubiesen sujetado los hombros, habría escapado a su sujeción por completo.

Elena sabía que existía otro modo de que la pudiese mantener en el suelo: podía influenciarla para que permitiese que la gravedad actuase sobre ella. Pero,

hasta el momento, no había sentido el menor contacto de un intento de influenciarla. Era como si él todavía quisiese darle el honor de elegir. No la seduciría mediante ninguno de sus métodos acostumbrados, los trucos de dominación aprendidos durante medio milenio de noches.

Únicamente la respiración, que surgía cada vez más rápida, mientras Elena notaba que sus sentidos empezaban a dar vueltas y el corazón le martilleaba. ¿Estaba realmente segura de que a Stefan no le importaría esto? Pero Stefan le había otorgado el mayor honor posible al confiar en su amor y criterio. Y ella empezaba a percibir el auténtico yo de Damon, su abrumadora necesidad de ella; su vulnerabilidad porque aquella necesidad se estaba convirtiendo en algo parecido a una obsesión para él.

Sin tratar de influenciarla, seguía extendiendo enormes y suaves alas oscuras alrededor de ella para que no tuviese ningún lugar adonde correr, ningún lugar al que huir. Elena sintió que empezaba a desmayarse con la intensidad de la pasión que habían forjado entre ellos y, como un gesto definitivo, no de repudio, sino de invitación, arqueó la cabeza atrás, mostrándole la garganta desnuda, y dejó que percibiera su ansia.

Y como si repicaran grandes campanas de cristal a lo lejos, sintió el júbilo de Damon ante su rendición voluntaria a la aterciopelada oscuridad que caía sobre ella.

No llegó a sentir los dientes que perforaban la piel y reclamaban su sangre. Antes de que eso sucediese veía estrellas. Y luego los oscuros ojos de Damon engulleron el universo.

10

A la mañana siguiente, Elena se levantó y se vistió rápidamente en la habitación del motel, agradecida por el espacio extra. Damon no estaba, pero eso ya lo había imaginado. Por lo general obtenía su desayuno temprano mientras viajaban, alimentándose de camareras en bares de carretera abiertos toda la noche o en cafetuchos que abrían temprano.

Discutiría eso con él algún día, se dijo mientras colocaba el paquete de café molido en la pequeña cafetera eléctrica de dos tazas que proporcionaba el motel. Olía bien.

Pero lo más apremiante era hablar con alguien sobre lo que había sucedido la noche anterior. Stefan era su primera elección, claro, pero había descubierto que las proyecciones astrales no se conseguían sólo con pedirlo. Lo que necesitaba era llamar a Bonnie y a Meredith; realmente tenía que hablar con ellas —era su derecho—, pero ahora, precisamente, no podía. Su intuición le decía que cualquier contacto entre ella y Fell's Church podría ser nocivo.

Y Matt no había contactado con ellos. Ni una vez. No tenía ni idea de en qué parte del trayecto estaría, pero sería mejor que estuviese en Sedona a tiempo, eso era todo. El había roto deliberadamente toda comunicación con ellos. Estupendo. Siempre y cuando apareciese cuando había prometido hacerlo.

Pero… Elena seguía necesitando hablar. Expresarse.

¡Pues claro! ¡Era una idiota! Todavía contaba con su fiel compañero, que jamás decía una palabra y nunca la hacía esperar. Mientras se servía una taza de café negro hirviendo, Elena extrajo su diario del fondo de la bolsa de lona y lo abrió por una página nueva y en blanco. No había nada como una página en

blanco y una pluma que se deslizara suavemente para empezar a escribir.

Quince minutos más tarde sonó un tamborileo en una ventana y al cabo de un minuto Damon entraba en la habitación. Llevaba varias bolsas de papel con él y Elena se sintió incomprensiblemente complacida y hogareña. Ella ponía el café, que era bastante bueno incluso aunque viniese con un sucedáneo de leche en polvo, y Damon ponía…

—Gasolina —anunció él en tono triunfal, enarcando las cejas elocuentemente en dirección a ella mientras depositaba las bolsas sobre la mesa —. Por si acaso intentan usar plantas contra nosotros. No, gracias —añadió, al ver que ella estaba parada con una taza llena de café dirigida hacia él—. Ya he tomado uno de la máquina mientras compraba esto, iré a lavarme las manos.

Y desapareció, pasando junto a Elena.

Pasando junto a ella sin dedicarle una mirada, incluso a pesar de que ella llevaba puestos el único par de prendas limpias que le quedaban: vaqueros y un top sutilmente coloreado que parecía blanco a primera vista y sólo bajo la luz más brillante revelaba que tenía una etérea tonalidad de arco iris.

«Ni una simple mirada», pensó Elena, sintiendo una extraña sensación de que de algún modo su vida había girado sobre sí misma.

Hizo intención de tirar el café, pero luego decidió que lo necesitaba y se lo bebió en unos pocos sorbos hirvientes.

Después volvió junto a su diario y repasó las últimas dos o tres páginas.

—¿Estás lista para partir? —gritó Damon por encima del sonido del agua que corría en el cuarto de baño.

—Sí… Dame un minuto.

Elena leyó las páginas del diario correspondientes a la anotación anterior y empezó a leer por encima la anterior a ésa.

—Lo mejor será que vayamos directamente al oeste desde aquí —gritó Damon—. Podemos llegar en un día. Pensarán que es una maniobra de engaños en dirección a un portal en particular y registrarán todas las entradas pequeñas. Entretanto, nosotros seguiremos en dirección al Portal Kimon y le llevaremos días de ventaja a cualquiera que nos siga la pista. Es perfecto.

—¡Aja! —respondió Elena, leyendo.

—Deberíamos poder encontrarnos con Memo mañana…, quizá esta misma noche, dependiendo de la clase de problemas que provoquen.

—¡Ajá!

—Pero primero quería preguntarte algo: ¿crees que es una coincidencia que nuestra ventana esté rota? Porque siempre les coloco salvaguardas por la noche y estoy seguro de que… —Se pasó una mano por la frente y se sentó—. Estoy seguro de que anoche también lo hice. Pero algo ha conseguido pasar, ha roto la ventana y se ha marchado sin dejar rastro. Es por eso que he comprado toda esa gasolina. Si intentan algo con árboles, les haré volar por los aires hasta Stonehenge.

Y a la mitad de los inocentes residentes del estado, se dijo Elena, sombría. Pero se hallaba en tal estado de shock que pocas cosas podían causar una impresión que lo superase.

—¿Qué estás haciendo ahora? —Damon estaba a todas luces listo para levantarse y ponerse en marcha.

—Deshacerme de algo que no necesito —dijo Elena, y tiró de la cadena del váter, contemplando cómo los pedazos rasgados de su diario daban vueltas y vueltas antes de desaparecer.

»Yo no me preocuparía mucho por lo de la ventana —siguió, volviendo a entrar en el dormitorio y poniéndose los zapatos—. Y no te levantes aún, Damon. Tengo que hablar contigo sobre algo.

—Oh, vamos. Puedes esperar hasta que estemos en marcha, ¿verdad?

—No, no puedo porque tenemos que pagar por esa ventana. La rompiste anoche, Damon. Pero no recuerdas haberlo hecho, ¿no es cierto?

Damon se la quedó mirando con asombro, y ella se dio cuenta de que su primera tentación fue reír; la segunda, a la que cedió, fue pensar que ella se había vuelto majareta.

—Hablo en serio —repuso ella, una vez que él se hubo levantado y empezaba a andar hacia la ventana con toda la apariencia de querer ser un cuervo y salir volando por ella—. No te atrevas a irte a ninguna parte, Damon, porque hay más.

—¿Más cosas que hice y que no recuerdo? —Damon se repantigó contra la pared en una de sus viejas posturas arrogantes—. ¿Tal vez destrocé unas cuantas guitarras, tuve la radio encendida hasta las cuatro de la mañana?

—No. No necesariamente cosas de… anoche —dijo Elena, volviendo la cabeza porque era incapaz de mirarle—. Otras cosas, de otros días…

—¿Como que tal vez he estado intentando sabotear este viaje desde el principio? —replicó él, en tono lacónico, y miró al techo y suspiró profundamente—. A lo mejor lo he hecho sólo para estar a solas contigo…

—¡Cállate, Damon!

¿De dónde había salido eso? Bueno, lo sabía, desde luego. De sus sentimientos respecto a la noche pasada. El problema era que también tenía que dejar otras cosas resueltas… En serio, si él quería aceptarlas. Bien pensado, ése podría ser un modo mejor de acometerlo.

—¿Crees que tus sentimientos respecto a Stefan…, bueno, han cambiado en algo recientemente? —preguntó Elena.

—¿Qué?

—¿Crees…? —vaya, resultaba tan difícil mirando aquellos negros ojos del color del espacio infinito; en especial cuando la noche anterior habían estado llenos de millares de estrellas—, ¿crees que has llegado a pensar en él de un modo distinto? ¿A hacer honor a sus deseos más de lo que acostumbrabas a hacer?

Ahora era Damon quien la examinaba descaradamente, tal y como ella lo hacía con él.

—¿Hablas en serio? —preguntó él.

—Totalmente —respondió ella, y, con un esfuerzo supremo, envió las lágrimas de vuelta a donde se suponía que debían ir.

—Así que pasó algo anoche —dijo él, y la miraba atentamente a la cara—. ¿No es cierto?

—Algo sucedió, sí —contestó ella—. Fue más… fue más bien un… —Tenía que soltar aliento, y, al hacerlo, casi todo lo demás salió también.

—¡Shinichi! Shinichi, *che bastardo! Imbroglione!* ¡Ese ladrón! ¡Voy a matarle poco a poco!

De improviso, Damon estaba en todas partes. Estaba junto a ella, con las manos sobre sus hombros; al minuto siguiente estaba chillando imprecaciones por la ventana, luego regresaba y le tomaba ambas manos.

Pero sólo una palabra importaba a Elena. Shinichi. El kitsune de cabellos negros con las puntas escarlata, que les había hecho renunciar a tanto sólo por obtener la ubicación de la celda de Stefan.

—*Mascalzone! Maleducato…!*

Elena volvió a perder el hilo de las maldiciones de Damon. Así que era cierto. A Damon le habían robado por completo la noche anterior, se la habían quitado de la mente con la misma sencillez y tan completamente como el intervalo entre el momento en que ella había usado las Alas de Redención y las Alas de Purificación en él. Damon había podido acceder hasta ese momento. Pero anoche… Y ¿qué otras cosas habría estado cogiendo el zorro?

Suprimir toda una tarde y noche enteras…, y esta tarde y noche en particular, implicaba que…

—Él jamás cerró la conexión entre mi mente y la suya. Todavía puede meterse dentro de mí siempre que quiera.

Damon había dejado finalmente de lanzar improperios, había dejado de moverse y estaba sentado en el sofá que había frente a la cama con las manos caídas sobre las rodillas; parecía extrañamente desamparado.

—Elena, tienes que contármelo. ¿Qué me quitó anoche? ¡Por favor! —Damon daba la impresión de que podría caer de rodillas ante ella, sin melodrama —. Si…, si… es lo que pienso…

Elena sonrió, a pesar de que las lágrimas le seguían corriendo por el rostro.

—No fue… lo que cualquiera pensaría, exactamente, supongo —dijo.

—¡Pero…!

—Digamos simplemente que este tiempo… fue mío —repuso Elena—. Si te ha robado alguna otra cosa a ti, o si lo intenta hacer en el futuro, entonces se levanta la veda. Pero esto… será mi secreto.

«Hasta que algún día te abras paso al interior de tu enorme peñasco de secretos», pensó.

—¡Hasta que se lo arranque, junto con su lengua y su cola! —gruñó Damon, y realmente fue el gruñido de un animal, por lo que Elena se alegró de que no fuese dirigido a ella—. No te preocupes —añadió Damon en una voz tan glacial que fue casi más aterradora que la furia animal—. Acabaré encontrándole, no importa dónde intente ocultarse. Y se lo sacaré. Tal vez le arranque el peludo pellejo junto con ello. Te haré un par de mitones con él, ¿qué te parece?

Elena intentó sonreír y le salió muy bien. Estaba empezando a aceptar lo sucedido, aunque no creía ni por un instante que Damon fuese a dejarla en paz sobre el tema hasta que le sacase el recuerdo por la fuerza a Shinichi. Comprendió que en cierto modo estaba castigando a Damon por lo que Shinichi

había hecho, y que eso estaba mal. «Prometo que nadie sabrá lo de anoche —se dijo—. No hasta que Damon lo sepa. Ni siquiera se lo contaré a Bonnie y a Meredith»

Esto hacía las cosas mucho más difíciles para ella, y por lo tanto probablemente más equitativas.

Mientras limpiaban los restos del ataque de furia más reciente de Damon, éste de repente alzó una mano para quitarle una lágrima errabunda a Elena de la mejilla.

—Gracias… —empezó a decir ella, y entonces se interrumpió.

Damon se estaba llevando los dedos a los labios.

La miró, sobresaltado y un poco decepcionado. Luego se encogió de hombros.

—«Sigues siendo cebo para unicornios» —dijo—. ¿Dije eso anoche?

Elena vaciló, luego decidió que sus palabras no se hallaban dentro de los límites temporales cruciales del secreto.

—Sí, lo hiciste. Pero… no me delatarás, ¿verdad? —añadió, repentinamente ansiosa—. Les prometí a mis amigas no decir nada.

Damon la miraba con fijeza.

—¿Por qué tendría que decir nada sobre nadie? A menos que estés hablando de la de los cabellos rojos…

—Ya te lo he dicho; no te voy a explicar nada de nada. Excepto que evidentemente Caroline ya no es virgen. Cómo va a serlo, después de todo ese jaleo sobre que está embarazada…

—Pero recordarás —interpuso él— que llegué a Fell's Church antes de que lo hiciese Stefan; lo cierto es que estuve acechando desde las sombras durante más tiempo. El modo en que hablabais…

—Bueno, ya lo sé. Nos gustaban los chicos y a los chicos les gustábamos nosotras, y ya teníamos cierta reputación. Así que nos limitábamos a hablar tal y como nos apetecía. Tal vez algo fuera cierto, pero la mayor parte de cosas tenían doble sentido… Y luego, claro, ya sabes cómo hablan los chicos…

Damon lo sabía. Asintió.

—Así que muy pronto todo el mundo hablaba de nosotras como si hubiésemos hecho de todo con todo el mundo. Incluso escribieron cosas al respecto en el periódico y en el anuario y en las paredes del cuarto de baño. Pero

nosotras teníamos una pequeña poesía, también, y a veces incluso la escribíamos con nuestras firmas en ella. ¿Cómo decía?

Elena hizo retroceder la mente un año atrás, dos años, incluso más. Luego recitó:

Que lo hayas oído no hace que sea verdad.
Que lo hayas leído no hace que sea así.
La próxima vez que lo oigas, puede que hable de ti.
¡No creas que puedes hacerles cambiar de opinión,
sólo porque tú tienes razón…, tienes razón!

Cuando terminó, Elena miró a Damon, sintiendo de improviso la apremiante necesidad de llegar hasta Stefan.

—Casi hemos llegado —dijo—. Démonos prisa.

11

Arizona era un estado tan caluroso y árido como Elena había imaginado. Damon y ella condujeron directamente al Juniper Resort, y Elena se sintió deprimida, aunque no sorprendida, al comprobar que Matt no estaba alojado allí.

—No puede haberle llevado más tiempo que a nosotros llegar hasta aquí —dijo en cuanto les hubieron conducido a sus habitaciones—. A menos que… ¡Oh, cielos, Damon! A menos que Shinichi le haya atrapado.

Damon se sentó en la cama y contempló a Elena con expresión lúgubre.

—Supongo que esperaba no tener que contarte esto, que el muy imbécil tendría al menos la cortesía de decírtelo él mismo. He estado siguiendo el rastro de su aura desde que nos dejó. Se ha ido alejando cada vez más de nosotros… en dirección a Fell's Church.

En ocasiones, las noticias realmente malas tardan un poco en asimilarse.

—¿Quieres decir —dijo Elena— que no va a aparecer por aquí?

—Quiero decir que, en línea recta, no había tanta distancia desde donde conseguimos los coches hasta Fell's Church. Fue en esa dirección. Y no ha regresado.

—Pero ¿por qué? —exigió Elena, como si la lógica pudiese de algún modo vencer a los hechos—. ¿Por qué irse y dejarme? Y sobre todo, ¿por qué ir a Fell's Church, donde le están buscando?

—En cuanto a sus motivos para marcharse: creo que se hizo una idea equivocada sobre tú y yo…, o a lo mejor la idea correcta un poco pronto. —Damon enarcó las cejas en dirección a Elena y ella le arrojó una almohada— … Y decidió dejarnos un poco de intimidad. En cuanto a por qué Fell's Church…

—Se encogió de hombros—. Oye, tú lo conoces desde hace más tiempo que yo. Pero incluso yo puedo darme cuenta de que es del tipo Galahad. El *parfait* caballero *gentil, sans peur et sans reproche*. Si quieres mi opinión, diría que ha ido a enfrentarse a las acusaciones de Caroline.

—¡Oh, no! —dijo Elena, yendo a la puerta cuando oyó que llamaban—. No después de lo que le dije y…

—¡Oh, sí! —replicó Damon, agazapándose ligeramente—. Incluso con tu sabio consejo resonando en sus oídos…

La puerta se abrió. Era Bonnie. Bonnie, con su cuerpo menudo, sus rizados cabellos rojizos y sus enormes y enternecedores ojos castaños. Elena, en un estado que le permitía no creer en el testimonio de sus propios ojos, y sin haber finalizado aún la discusión con Damon, le cerró la puerta.

—¡Van a linchar a Matt! —casi chilló Elena, vagamente molesta porque seguían sonando golpes en alguna parte.

Damon se incorporó. Pasó junto a Elena de camino a la puerta y dijo:

—Será mejor que te sientes. —Y luego la sentó él colocándola en una silla y manteniéndola allí hasta que ella dejó de intentar volver a levantarse.

Entonces abrió la puerta.

Esta vez era Meredith quien llamaba. Alta y esbelta, con el pelo cayendo en oscuros halos alrededor de los hombros, Meredith tenía intención de seguir llamando hasta que la puerta se abriera. Elena notó algo en su interior, y descubrió que podía centrar su atención en varias cosas a la vez.

Meredith. Y Bonnie. ¡En Sedona, Arizona!

Elena saltó de la silla donde Damon la había colocado y rodeó con sus brazos a Meredith, diciendo incoherencias.

—¡Habéis venido! ¡Habéis venido! ¡Sabíais que no podía llamaros, así que habéis venido!

Bonnie se abrió paso alrededor del abrazo y dijo a Damon en voz baja:

—¿Ha vuelto a lo de besar a todos los que se encuentra?

—Desgraciadamente —respondió Damon—, no. Pero prepárate para ser estrujada hasta la muerte.

Elena la emprendió con él.

—¡Te he oído! ¡Oh, Bonnie! Es que no me puedo creer que las dos estéis realmente aquí. ¡Necesitaba tanto hablar con vosotras!

Entretanto, abrazaba a Bonnie, y ésta la abrazaba a ella, y Meredith las abrazaba a las dos, sin que por ello dejasen de transmitirse unas a otras sutiles señales de la hermandad del velocirraptor al mismo tiempo: una ceja enarcada aquí, un leve cabeceo allí, un ceño fruncido y un encogimiento de hombros que finalizaban con un suspiro. Damon no lo sabía, pero acababa de ser acusado, juzgado, absuelto y restituido al servicio… con la conclusión de que era necesaria una vigilancia extra en el futuro.

Elena fue la primera en reaccionar.

—Debéis de haberos encontrado con Matt; sólo él os ha podido hablar de este lugar.

—Lo hizo, y luego vendió el Prius y digamos que hicimos las maletas a toda prisa y conseguimos billetes de avión para venir aquí y os hemos estado esperando… ¡No queríamos que al final no coincidiéramos! —dijo Bonnie con voz jadeante.

—Supongo que no compraríais los billetes para venir aquí hará justo unos dos días —preguntó Damon al techo en tono cansino a la vez que se apoyaba sobre un codo en la silla de Elena.

—Veamos… —empezó Bonnie, pero Meredith respondió categórica:

—Pues sí. ¿Qué? ¿Eso hizo que os sucediera algo?

—Hemos estado intentando mantener las cosas un poco ambiguas para el enemigo —repuso Damon—. Pero por lo que se ve, probablemente tanto daba.

«No —pensó Elena—, porque Shinichi puede meterse en tu cerebro siempre que quiera y llevarse tus recuerdos y todo lo que tú puedes hacer es intentar combatirle.»

—Pero sí significa que Elena y yo deberíamos ponernos en marcha inmediatamente —prosiguió Damon—. Tengo que hacer un recado primero. Elena debería hacer la bolsa. Coge lo mínimo que puedas, sólo lo absolutamente esencial…, pero incluye comida para dos o tres días.

—¿Has dicho… poneros en marcha? —musitó Bonnie, y luego se sentó bruscamente en el suelo.

—Tiene sentido, si ya hemos perdido el elemento sorpresa —respondió Damon.

—No puedo creer que las dos hayáis venido a decirme adiós mientras Matt cuida de la ciudad —dijo Elena—. ¡Es tan encantador!

Sonrió radiante antes de añadir, mentalmente: «¡Y tan estúpido!».

—Bueno…

—Bueno, yo sigo teniendo algo que hacer —dijo Damon, agitando la mano sin volver la cabeza—. Digamos que nos iremos en media hora.

—Rácano —se quejó Bonnie cuando la puerta quedó bien cerrada a la espalda de Damon—. Para eso, que nos dé sólo unos pocos minutos antes de que nos pongamos en marcha.

—Puedo hacer la bolsa en menos de cinco minutos —indicó Elena con tristeza, y entonces cayó en la cuenta de lo que acababa de decir Bonnie—. ¿Antes de que nos pongamos en marcha?

—Pues yo no puedo empaquetar ni lo esencial en tan poco tiempo —decía ya Meredith en voz queda, muy inquieta—. No podría almacenarlo todo en mi móvil, y no tengo ni idea de cuándo podré recargar las baterías. ¡Tengo una maleta llena de cosas en papel!

Elena paseaba la mirada nerviosamente de una a otra.

—Esto…, estoy muy segura de que soy yo la que se supone que debe hacer la maleta —dijo—. Porque soy la única que va a ir…, ¿de acuerdo? —Volvió a pasear la mirada de una a otra.

—¡Como si fuésemos a permitirte que te marchases al interior de otro universo sin nosotras! —exclamó Bonnie—. ¡Nos necesitas!

—No es otro universo; únicamente otra dimensión —dijo Meredith—. Pero es aplicable el mismo principio.

—Pero… ¡no puedo permitir que vengáis conmigo!

—Desde luego que no puedes. Soy mayor que tú —replicó Meredith—. Así que tú no me «permites» hacer nada. Pero lo cierto es que tenemos una misión. Queremos encontrar la bola estrella de Shinichi o de Misao si podemos. Si lo consiguiéramos, creemos que podríamos detener inmediatamente la mayoría de las cosas que están pasando en Fell’s Church.

—¿Bola estrella? —inquirió Elena sin comprender, mientras en algún lugar, en las profundidades de su mente, se agitaba una imagen desagradable.

—Te lo explicaré más tarde.

Elena empezó a negar con la cabeza.

—Pero… ¿habéis dejado a Matt para que se ocupe de cualquier cosa sobrenatural que esté sucediendo? ¿Cuando él es un fugitivo y tiene que

ocultarse de la policía?

—Elena, incluso la policía tiene miedo en Fell's Church… Y, francamente, si le encierran en Ridgemont, ése podría ser el lugar más seguro para él. Pero no lo harán. Está trabajando con la señora Flowers y forman un buen equipo, sólido.

Meredith se detuvo para tomar aliento, y pareció reflexionar sobre cómo decir algo.

Bonnie lo dijo por ella con un hilo de voz.

—Y yo no servía, Elena. Había empezado… bueno, empecé a ponerme histérica y a ver y oír cosas; o al menos a imaginarlas y a lo mejor incluso a volverlas realidad. El miedo me estaba enloqueciendo, y creo que realmente estaba poniendo en peligro a la gente. Matt es demasiado realista para hacer eso. —Se secó los ojos—. Sé que la Dimensión Oscura es algo horrible, pero al menos no pondré en peligro a personas inocentes.

Meredith asintió.

—Todo estaba… yendo mal con Bonnie allí. Incluso aunque no hubiésemos querido venir contigo, habría tenido que sacarla de Fell's Church. No quiero ponerme excesivamente dramática, pero creo que los demonios iban tras ella. Además, como Stefan no está, sólo Damon podría mantenerlos alejados. ¿O a lo mejor tú puedes ayudarla, Elena?

¿Meredith… excesivamente dramática? Pero Elena podía ver los leves temblores que discurrían bajo la piel de su amiga, y el leve brillo de sudor en la frente de Bonnie que le humedecía los rizos.

Meredith tocó la muñeca de Elena.

—No nos hemos limitado a ausentarnos sin permiso, ni nada por el estilo. Fell's Church es ahora una zona de guerra, es cierto, pero no hemos dejado a Matt sin aliados. Está la doctora Alpert… Ella es una persona lógica…, es la mejor médico rural que existe… y podría incluso convencer a alguien de que Shinichi y los *malachs* son reales. Pero aparte de todo eso, los padres han tomado el control. Padres y psiquiatras y cazanoticias. Y hacen que sea casi imposible actuar abiertamente de todos modos. Matt no está en desventaja.

—Pero… en sólo una semana…

—Echa un vistazo al periódico de este domingo.

Elena cogió el *Ridgemont Times* que le tendía Meredith. Era el periódico más importante en la zona de Fell's Church. Un gran titular decía:

«¿POSESIÓN EN EL SIGLO XXI?»

Bajo el titular había muchas líneas en tinta gris, pero lo que realmente atraía la atención era una foto de una pelea a tres entre chicas, todas las cuales parecían estar padeciendo ataques de apoplejía o llevar a cabo contorsiones imposibles para el cuerpo humano. Las expresiones de dos de las muchachas eran simplemente de dolor y terror, pero era la tercera chica la que le heló la sangre en las venas a Elena. El cuerpo estaba encorvado hasta tal punto que el rostro estaba boca abajo, y miraba directamente a la cámara con los labios totalmente apartados de los dientes. Los ojos —sencillamente no existía otro modo de expresarlo— eran demoníacos. No estaban en blanco ni eran deformes ni nada, y tampoco brillaban con un rojo inquietante. Todo residía en su expresión. Elena no había visto nunca una mirada que le provocase arcadas.

Bonnie dijo en voz baja:

—¿Alguna vez digamos que resbaláis y tenéis la impresión de que «Huy, ahí va todo el universo»?

—Constantemente, desde que conocí a Stefan —respondió Meredith—. Sin ánimo de ofender, Elena. Pero la cuestión es que todo esto ha sucedido en sólo un par de días; desde el instante en que los adultos que sabían que realmente estaba pasando algo se unieron.

Meredith suspiró y se pasó los dedos, cuyas uñas lucían una manicura perfecta, por los cabellos antes de continuar:

—Esas chicas están lo que Bonnie llama poseídas en el sentido moderno de la palabra. O a lo mejor están poseídas por Misao; se supone que los kitsune hembra hacen eso. Pero si pudiésemos encontrar las bolas estrella, o aunque sólo fuese una, podríamos obligarles a arreglar todo esto.

Elena dejó el periódico boca abajo para no tener que ver aquellos ojos mirándola fijamente.

—Y mientras pasa todo esto, ¿qué hace tu novio durante la crisis?

Por primera vez, Meredith pareció genuinamente aliviada.

—Puede que esté en camino mientras hablamos. Le he escrito y le he explicado lo que está sucediendo, y en realidad ha sido él quien dijo que me llevase a Bonnie de allí. —Lanzó una rápida mirada de disculpa a Bonnie, quien se limitó a alzar las manos y mirar al cielo—. En cuando finalice con su trabajo en una isla llamada Shinmei no Uma, vendrá a Fell's Church. Esta clase de cosas

son la especialidad de Alaric, y no se asusta fácilmente. Así que incluso aunque estemos fuera durante semanas, Matt tendrá un refuerzo.

Elena alzó las manos en un gesto similar al de Bonnie.

—Sólo hay una cosa que será mejor que sepáis antes de que nos pongamos en marcha. No puedo ayudar a Bonnie. Si contáis conmigo para hacer cualquiera de las cosas que hice cuando peleamos contra Shinichi y Misao la última vez…, pues no puedo. He intentado una y otra vez, con todas mis fuerzas, llevar a cabo todos mis ataques con las alas; pero no he conseguido nada.

—Bueno —dijo Meredith despacio—, entonces, a lo mejor Damon sabe algo…

—A lo mejor sí, pero, Meredith, no le presiones justo ahora. Lo único que sabe es que Shinichi puede alargar la mano y llevarse sus recuerdos… y quizá incluso volver a poseerle…

—¡Ese kitsune mentiroso! —escupió Bonnie, y su voz sonó casi como si fuese su dueña y señora; como si, se dijo Elena, Damon fuese su novio—. Shinichi juró que no…

—Y también juró dejar en paz Fell's Church. El único motivo de que confíe en las pistas que me dio Misao sobre la llave zorro es que se estaba mofando de mí. Jamás pensó que hiciésemos un trato, y por lo tanto no intentaba mentir o ser demasiado lista… Creo.

—Bueno, por eso estamos aquí contigo, para liberar a Stefan —dijo Bonnie —. Y si tenemos suerte, encontrar las bolas estrella que nos permitirán controlar a Shinichi. ¿Correcto?

—¡Correcto! —repuso Elena con fervor.

—Correcto —dijo Meredith en tono solemne.

Bonnie asintió.

—¡Viva la hermandad del velocirraptor!

Colocaron la mano derecha una sobre otra rápidamente, formando una rueda de tres radios que recordó a Elena los días en que tenía cuatro.

—¿Y qué hay de Caroline? —preguntó.

Bonnie y Meredith se consultaron mutuamente con los ojos. Luego Meredith meneó la cabeza negativamente.

—No quieras saberlo. De verdad —dijo.

—Puedo soportarlo. De verdad —repuso Elena casi en un susurro—.

Meredith, he estado muerta, ¿recuerdas? Dos veces.

Meredith seguía sacudiendo la cabeza.

—Si no puedes contemplar esa imagen, no deberías oír lo de Caroline. Hemos ido a verla dos veces…

—Tú fuiste a verla dos veces —interrumpió Bonnie—. La segunda vez me desmayé y me dejaste en la puerta.

—Y comprendí que podría haberte perdido para siempre, y me he disculpado…

Meredith se interrumpió cuando Bonnie posó una mano sobre su brazo y le dio un empujoncito.

—En cualquier caso, no fue una visita exactamente —dijo Meredith—. Entré corriendo en la habitación de Caroline por delante de su madre y la encontré dentro de su madriguera (¡ni quieras saber cómo es!) comiendo algo. Cuando me vio, se limitó a reír tontamente y siguió comiendo.

—¿Y? —preguntó Elena, cuando la tensión fue demasiado para ella—. ¿Qué era?

—Creo —respondió Meredith, sombría— que eran gusanos y babosas. Los estiraba hacia arriba más y más y ellos se retorcían antes de que los mordiera. Pero eso no fue lo peor. Oye, tenías que haber estado allí para poder hacerte cargo, pero se limitó a sonreírme con aire de suficiencia, y dijo con esta voz pastosa suya: «¿Quieres un bocado?», y de improviso mi boca estaba repleta de una masa culebreante… que descendía por mi garganta. Así que vomité allí mismo sobre su moqueta. Caroline se limitó a echarse a reír, y yo volví a bajar corriendo, recogí a Bonnie, huí y no hemos vuelto más. Pero… a mitad de camino por el sendero de la casa, me di cuenta de que Bonnie se estaba asfixiando. Tenía los… gusanos y cosas… en la boca y también en la nariz. Sé hacer masaje cardiorrespiratorio, así que conseguí sacarle la mayor parte antes de que despertara vomitando. Pero…

—Fue una experiencia por la que preferiría no volver a pasar. —La misma carencia de expresión en la voz de Bonnie decía más de lo que podría mostrar cualquier tono horrorizado.

—He oído —dijo Meredith— que los padres de Caroline se han ido de esa casa, y no puedo decir que les culpe. Caroline ya ha cumplido los dieciocho. Lo único que puedo añadir es que todo el mundo digamos que reza para que la

sangre de hombre lobo gane la partida en ella, porque como mínimo eso parece ser menos horrible que los *malachs* o lo…, lo demoníaco. Pero si no es así…

Elena apoyó la barbilla sobre las rodillas.

—¿Y la señora Flowers podrá ocuparse de eso?

—Mejor que Bonnie. La señora Flowers está contenta de tener a Matt ahí; como te decía, forman un buen equipo. Y ahora que ella ha hablado por fin con los humanos del siglo XXI, creo que le gusta. Y ha estado practicando el oficio constantemente.

—¿El oficio? ¡Ah…!

—Sí, así es como llama a la hechicería. No tengo ni idea de si es buena hechicera o no, porque no tengo con qué compararla…

—¡Sus emplastos funcionan como por arte de magia! —declaró Bonnie con firmeza al mismo tiempo que Elena decía:

—Sus sales de baño, desde luego, funcionan.

Meredith sonrió débilmente.

—Es una lástima que no esté aquí en lugar de nosotras.

Elena negó con la cabeza. Ahora que había vuelto a conectar con Bonnie y Meredith sabía que jamás podría entrar en la Oscuridad sin ellas, porque eran más que sus manos, eran mucho más para ella… y aquí estaban, dispuestas a arriesgar la vida por Stefan y por Fell's Church.

En ese momento, la puerta de la habitación se abrió y Damon entró cargando un par de bolsas de papel marrón en una mano.

—¿Todo el mundo se ha despedido ya? —preguntó. Parecía tener dificultades para mirar a cualquiera de las dos visitantes, así que miró con una fijeza especial a Elena.

—Bueno… en realidad no —dijo ésta.

Se preguntó si Damon sería capaz de arrojar a Meredith por la ventana de un quinto piso. Sería mejor decírselo con tacto, gradualmente…

—Porque vamos con vosotros —dijo Meredith, y Bonnie añadió:

—Aunque aún no hemos hecho la maleta…

Elena se deslizó rápidamente para colocarse entre Damon y ellas. Pero Damon se limitó a clavar la vista en el suelo.

—Es una mala idea —dijo en voz muy queda—. Una idea muy, muy pero que muy mala.

—¡Damon, no las influencies! ¡Por favor!

Elena agitó ambas manos ante él con un gesto apremiante, y Damon alzó una de las suyas en un gesto de negación, y de algún modo las manos de ambos tropezaron una con la otra, y se enredaron.

Hubo una descarga eléctrica. Agradable, se dijo Elena; aunque en realidad no tuvo tiempo para pensarlo. Damon y ella estaban intentando desesperadamente recuperar sus respectivas manos, pero no parecían ser capaces de conseguirlo. Pequeños calambres discurrían desde la palma de Elena al resto de su cuerpo.

Por fin, consiguieron desenredarse y a continuación ambos se volvieron, a la vez y con expresión culpable para mirar a Bonnie y a Meredith, que les miraban fijamente con ojos como platos. Ojos suspicaces. Ojos que pertenecían a unos rostros que decían: «¡Aja! ¿Qué tenemos aquí?».

Hubo un largo instante en el que nadie se movió ni habló.

Entonces Damon dijo en tono serio:

—Esto no va a ser un viaje de placer. Vamos, no tenemos otra elección.

—Solos no, no lo haréis solos —declaró Meredith en un tono neutral—. Si Elena va, vamos todas.

—Sabemos que es un sitio horrible —dijo Bonnie—, pero desde luego que vamos a ir con vosotros.

—Además, tenemos nuestros propios planes —añadió Meredith—. Un modo de limpiar Fell's Church del daño que Shinichi ha hecho… y sigue haciendo.

Damon negó con la cabeza.

—No lo comprendéis. No os gustará —dijo en tono tenso, e indicó el móvil de la joven con la cabeza—. Allí no hay electricidad. Incluso poseer uno de ésos es un delito. Y el castigo para prácticamente cualquier delito es la tortura y la muerte. —Dio un paso hacia ella.

Meredith se negó a retroceder y mantuvo su oscura mirada fija en la de él.

—Oíd, ni siquiera sois conscientes de lo que uno tiene que hacer para entrar —dijo Damon en tono sombrío—. En primer lugar, hace falta un vampiro… y tenéis suerte de tener uno. Luego tendréis que hacer toda clase de cosas que no os gustarán…

—Si Elena puede hacerlo, nosotras también —le interrumpió Meredith en voz baja.

—No quiero que ninguna de vosotras resulte lastimada. Yo voy a entrar

porque se trata de Stefan. —Se apresuró a decir Elena, hablando en parte a sus amigas y en parte a lo más íntimo de su ser, adonde habían llegado los calambres y pulsaciones eléctricas. Sentía una dulzura muy extraña, enternecedora y vibrante para ser algo que había empezado como una descarga; una descarga tan violenta por el simple hecho de tocar la mano de otra persona…

Elena consiguió desviar los ojos del rostro de Damon y volver a sintonizar con la discusión que estaba teniendo lugar.

—Tú vas a entrar por Stefan, sí —decía Meredith—, y nosotras vamos a entrar contigo.

—Os digo que no os va a gustar. Viviréis para lamentarlo… Si es que sobrevivís, claro —respondió Damon en tono categórico, el semblante sombrío.

Bonnie se limitó a contemplarle con sus ojos castaños muy abiertos y una súplica en la menuda cara en forma de corazón. Tenía las manos entrelazadas en la base de la garganta, y parecía una ilustración de una tarjeta de felicitación, pensó Elena. Aquellos ojos valían por un millar de argumentos lógicos.

Finalmente, Damon volvió a mirar a Elena.

—Probablemente las estás conduciendo a la muerte, ¿sabes? A ti, es posible que pueda protegerte. Pero a ti, a Stefan y a tus dos amiguitas adolescentes… no lo creo.

Escucharlo expresado de esa manera tan directa la sobresaltó, pues Elena no había pensado en ello desde aquel punto de vista. Pero podía ver la expresión decidida del semblante de Meredith y el modo en que Bonnie se había erguido un poco sobre los dedos de los pies para intentar parecer mayor.

—Creo que ya ha quedado decidido —dijo en voz baja, consciente de que la voz le temblaba.

Hubo un largo momento mientras ella clavaba la mirada en los ojos oscuros de Damon, y entonces, de improviso, éste dedicó a todas ellas su sonrisa de 250 kilovatios, la apagó casi antes de que se iniciara y dijo:

—Entiendo. Bueno, en ese caso, tengo otro recado que hacer. Tal vez tarde un poco en regresar, así que podéis disponer tranquilamente de la habitación…

—Elena debería venir a la nuestra —indicó Meredith—. Tengo gran cantidad de material que mostrarle. Y si no podemos llevar gran cosa con nosotras, tendremos que pasar toda la noche revisándolo…

—Entonces digamos que nos reuniremos aquí al amanecer —repuso Damon

—. Partiremos en dirección al Portal del Demonio desde aquí. Y recordad: no traigáis dinero; allí no sirve de nada. Y esto no son unas vacaciones, pero pronto os haréis a esa idea.

Con un elegante ademán irónico, le entregó a Elena la bolsa de ésta.

—¿El Portal del Demonio? —inquirió Bonnie mientras se dirigían al ascensor, y su voz temblaba.

—Silencio —dijo Meredith—. No es más que un nombre.

Elena deseó no distinguir tan bien cuándo Meredith mentía.

12

Elena comprobó los bordes de los cortinajes de la habitación en busca de indicios del amanecer. Bonnie estaba enroscada, dormitando en un sillón junto a la ventana. Elena y Meredith habían estado despiertas toda la noche, y en aquellos momentos estaban rodeadas de hojas impresas desperdigadas, periódicos e imágenes procedentes de Internet.

—Ya se ha extendido más allá de Fell's Church —explicó Meredith, señalando un artículo de uno de los periódicos—. No sé si está siguiendo líneas de energía, o lo controla Shinichi…, o si simplemente se mueve por sí mismo, como cualquier parásito.

—¿Has logrado hablar con Alaric antes?

Meredith echó una ojeada a la figura dormida de Bonnie, y habló en voz muy baja.

—Esa es la buena noticia. Por fin lo he conseguido. Llegará a Fell's Church pronto… Tan sólo tiene que hacer primero una parada más.

Elena inhaló con fuerza.

—¿Una parada más que es más importante que lo que está sucediendo en casa?

—Es por eso que no le hablé a Bonnie sobre su llegada. Ni tampoco a Matt. Sabía que no lo comprenderían. Pero… te dejaré adivinar la clase de leyendas que está investigando en el Lejano Oriente.

Meredith clavó los oscuros ojos en los de Elena.

—No… Es eso, ¿verdad? ¿Los kitsune?

—Sí, y se dirige a un lugar muy antiguo donde se supone que destruyeron la

ciudad; del mismo modo que Fell's Church está siendo destruida. No vive nadie allí ahora. Ese nombre… Unmei no Shima… significa la Isla de la Fatalidad. A lo mejor encontrará algo importante sobre espíritus zorro. Lleva a cabo una especie de estudio multicultural independiente con Sabrina Dell. Tiene la edad de Alaric, pero ya es una antropóloga forense famosa.

—¿Y no estás celosa? —preguntó Elena con cierto embarazo.

Era difícil hablar sobre cuestiones personales con Meredith. Hacerle preguntas siempre hacía sentir a Elena como si husmeara.

—Bueno —Meredith echó la cabeza atrás—, no es como si tuviésemos un compromiso formal.

—Pero tú nunca hablas de todo esto con nadie.

Meredith bajó la cabeza y dirigió una veloz mirada a Elena.

—Lo estoy haciendo ahora —dijo.

Por un momento, permanecieron sentadas en silencio. Luego Elena comentó en voz baja:

—El *Shi no Shi*, los kitsune, Isobel Saitou, Alaric y su Isla de la Fatalidad… puede que no tengan nada que ver lo uno con lo otro. Pero si lo tienen, descubriré qué es.

—Y yo te ayudaré —replicó Meredith con sencillez—. Pero había pensado que después de graduarme…

Elena no pudo soportarlo más.

—Meredith, te lo prometo, en cuanto traigamos a Stefan de vuelta y la ciudad se haya calmado, conseguiremos que Alaric se defina con planes de la A hasta la Z —dijo, y se inclinó al frente y besó la mejilla de Meredith—. Esto es un juramento de la hermandad del velocirraptor, ¿de acuerdo?

Meredith pestañeó dos veces, tragó saliva una y susurró:

—De acuerdo. —Luego, súbitamente, volvió a ser la eficiente muchacha de siempre—. Gracias —dijo—. Pero limpiar la ciudad podría no ser una tarea tan fácil. Allí reina ya el caos generalizado.

—¿Y Matt quería estar en el centro de todo ello? ¿Solo? —preguntó Elena.

—Como os dijimos, él y la señora Flowers forman un buen equipo —repuso Meredith en voz baja—. Es su elección.

—Bueno —dijo Elena con sequedad—, puede que resulte ser quien salga mejor parado al final, después de todo.

Regresaron a los papeles desperdigados. Meredith tomó varias imágenes de kitsune custodiando santuarios en Japón.

—Aquí pone que por lo general se les representa con una «joya» o «llave». —Alzó una fotografía de un kitsune que sujetaba una llave en la boca en la entrada principal del Santuario Fushimi.

—¡Aja! —dijo Elena—. Parece como si la llave tuviese dos alas, ¿verdad?

—Exactamente lo que Bonnie y yo pensamos. Y las «joyas»… bueno, mira con atención.

Al hacerlo, a Elena se le revolvió el estómago. Sí, eran como las esferas «bola de nieve» que Shinichi había usado para crear trampas irrompibles en el Bosque Viejo.

—Averiguamos que se llaman *hoshi no tama* -dijo Meredith—. Y eso se traduce como «bolas estrella». Cada kitsune introduce una muestra de su poder en una, junto con otras cosas, y destruir la bola es uno de los pocos modos de matarlos. Si encuentras la bola estrella de un kitsune, puedes controlarlo. Eso es lo que Bonnie y yo queremos hacer.

—Pero ¿cómo encontrarla? —preguntó Elena, entusiasmada ante la idea de controlar a Shinichi y a Misao.

—*Sa…* -respondió Meredith, pronunciando la palabra «sah» como un suspiro; luego ofreció una de sus raras sonrisas radiantes—. En japonés, eso significa: «Me gustaría saberlo; ¡hum!; no quisiera hacer comentarios; ¡caramba!, ¡recórcholis!, realmente no podría decirlo». Nos iría bien una palabra como ésa en nuestro idioma.

Muy a su pesar, Elena lanzó una risita divertida.

—Pero, a la vez, otras historias dicen que a los kitsune se les puede matar mediante el Pecado del Arrepentimiento o con armas benditas. No sé lo que es el Pecado del Arrepentimiento, pero… —Revolvió en su equipaje, y sacó un revólver anticuado pero que parecía estar en perfectas condiciones.

—¡Meredith!

—Era de mi abuelo… Forma parte de una pareja. Matt tiene el otro. Están cargados con balas bendecidas por un sacerdote.

—¿Qué sacerdote bendeciría balas, por el amor de Dios? —exigió Elena.

La sonrisa de Meredith se tornó sombría.

—Uno que ha visto lo que está sucediendo en Fell's Church. ¿Recuerdas

cómo Caroline consiguió que Isobel quedase poseída, y lo que Isobel se hizo?

Elena asintió.

—Lo recuerdo —respondió con tirantez.

—Bien, ¿recuerdas que te contamos que Obaasan, la abuela Saitou, había sido una doncella de un santuario? Eso significa que fue una sacerdotisa japonesa. Ella fue quien bendijo las balas para nosotros, ya lo creo, y específicamente para matar kitsune. Deberías haber visto lo espeluznante que fue el ritual. Bonnie casi se vuelve a desmayar.

—¿Sabes qué tal está Isobel ahora?

Meredith sacudió la cabeza lentamente.

—Mejor, pero… no creo que sepa siquiera lo de Jim aún. Eso va a ser muy duro para ella.

Elena intentó reprimir un escalofrío. A Isobel no le aguardaba más que la tragedia cuando se recuperara. Jim Bryce, su novio, había pasado únicamente una noche con Caroline, pero ahora padecía la enfermedad de Lesch-Nyse…, o eso decían los médicos. Aquella misma noche terrible en que Isobel se había hecho perforaciones por todas partes y se había cortado la lengua para que fuese bífida, Jim, un apuesto jugador estrella de baloncesto, se había comido los dedos y los labios. En opinión de Elena, ambos estaban poseídos y sus lesiones se añadían a la lista de razones por las que había que detener a los gemelos kitsune.

—Lo conseguiremos —dijo en voz alta, reparando por primera vez en que Meredith le tenía cogida la mano como si Elena fuese Bonnie, y apañándoselas para dedicar a su amiga una sonrisa tenue pero decidida—. Liberaremos a Stefan y detendremos a Shinichi y a Misao. Tenemos que hacerlo.

Esta vez fue Meredith quien asintió.

—Hay más —dijo ésta por fin—. ¿Quieres oírlo?

—Necesito saberlo todo.

—Bien, cada una de las fuentes que he comprobado coincide en que los kitsune poseen a chicas y luego conducen a los chicos a la destrucción. La clase de destrucción depende de dónde mires. Puede ser tan simple como aparecer en forma de fuego fatuo y conducirte al interior de una ciénaga o hacerte caer por un precipicio, o algo tan complicado como cambiar de aspecto.

—Ah, sí —repuso Elena con voz tirante—. Lo sabía eso por lo que os sucedió a ti y a Bonnie. Pueden ser idénticos a cualquiera.

—Sí, pero siempre con un pequeño fallo que, siendo lo bastante listo, se puede detectar. Jamás realizan una réplica perfecta. Pero pueden tener hasta nueve colas, y cuantas más colas tienen, mejores son en todo.

—¿Nueve? Genial. Ni siquiera hemos visto nunca a uno de nueve colas.

—Bueno, puede que aún lo veamos. Se supone que son capaces de cruzar sin trabas de un mundo a otro. Ah, sí. Y están a cargo específicamente del Portal «Kimon» entre dimensiones. ¿Quieres saber qué significa?

Elena la miró fijamente.

—¡Oh, no!

—¡Oh, sí!

—¿Por qué tendría Damon que conducirnos a través de todo el país, simplemente para hacernos entrar por un Portal del Demonio que tienen a su cargo espíritus zorro?

—*Sa*… Pero cuando Matt nos contó que os dirigíais a algún lugar cerca de Sedona, eso nos decidió a Bonnie y a mí.

—Fabuloso. —Elena se pasó las manos por los cabellos y suspiró—. ¿Alguna cosa más? —preguntó, sintiéndose como una goma elástica que han tensado al máximo.

—Tan sólo esto, que realmente es el no va más después de todo por lo que hemos pasado. Algunos de ellos son buenos. Me refiero a los kitsune.

—«Algunos de ellos son buenos»… ¿Buenos en qué? ¿Buenos luchadores? ¿Buenos asesinos? ¿Buenos embusteros?

—No, de verdad, Elena. Se dice que algunos de ellos son como dioses o diosas que en cierto modo te ponen a prueba, y si la superas, te recompensan.

—¿Crees que encontraremos a uno así?

—En realidad no.

Elena dejó caer la cabeza en la mesita de centro donde estaban desperdigados los papeles impresos de Meredith.

—Meredith, en serio, ¿cómo vamos a ocuparnos de ellos cuando crucemos ese Portal del Demonio? Mi Poder tiene la misma fiabilidad que una batería descargada. Y no están sólo los kitsune; están todos los distintos demonios y vampiros… ¡Antiguos, también! ¿Qué vamos a hacer?

Alzó la cabeza y miró intensamente a su amiga a los ojos; aquellos ojos oscuros que nunca había podido clasificar como de este color o de aquél.

Ante su sorpresa, Meredith en lugar de mostrarse solemne, se bebió los restos de una cola baja en calorías y sonrió.

—¿No tenemos un plan A todavía?

—Bueno…, quizá sólo una idea. Nada definitivo aún. ¿Qué tienes tú?

—Unas pocas ideas que podrían ser aptas para planes B y C. Por lo tanto, lo que vamos a hacer es lo que siempre hacemos: hacerlo lo mejor posible y volcarnos en ello y cometer errores hasta que tú hagas algo brillante y nos salves a todos.

—Merry…

Meredith pestañeó, y Elena supo por qué: no había usado aquel diminutivo desde hacía más años de los que era capaz de recordar. A ninguna de las tres muchachas les gustaban los apodos ni los utilizaban. Elena siguió hablando muy seria, reteniendo la mirada de su amiga.

—No hay nada que desee más que salvar al mundo, a todo el mundo, de esos bastardos kitsune. Daría mi vida por Stefan y por todas vosotras. Pero… esta vez puede ser otra persona quien reciba el disparo.

—O la estaca. Lo sé. Bonnie lo sabe. Hablamos sobre ello mientras volábamos hacia aquí. Pero seguimos estando a tu lado, Elena. Tienes que saberlo. Estamos todos contigo.

Sólo existía un modo de responder a eso. Elena apretó la mano de Meredith entre las suyas. Luego soltó aire, y, como cuando se sondea un diente que duele, intentó obtener noticias sobre un tema doloroso.

—Está Matt… Dijo… Bueno, ¿cómo estaba Matt cuando os fuisteis?

Meredith le dirigió una rápida mirada de soslayo. No había mucho que se le escapase a la joven.

—Parecía estar bien, pero… trastornado. De repente se sumía en estos arrebatos en los que se limitaba a mirar a la nada, y ni te oía aunque le hablaras.

—¿Os contó por qué se fue?

—Bueno… más o menos. Dijo que Damon te estaba hipnotizando y que tú no estabas haciendo…, no estabas haciendo todo lo que podías para detenerle. Pero es un chico y los chicos sienten celos…

—No, tenía razón respecto a lo que vio. Es sólo que he… llegado a conocer a Damon un poco mejor. Y a Matt no le gusta.

—¡Hum!

Meredith la observaba por debajo de sus párpados entornados, sin apenas respirar, como si Elena fuese una ave a la que no había que molestar o saldría volando.

Elena rió.

—No es nada malo —dijo—. Al menos no lo creo. Es sólo que…, en ciertos aspectos, Damon necesita ayuda aún más de lo que la necesitó Stefan cuando llegó por primera vez a Fell's Church.

Los párpados de Meredith se alzaron de golpe, pero todo lo que dijo fue:

—¡Hum!

—Y… creo que realmente Damon se parece más a Stefan de lo que deja ver.

Los párpados de Meredith permanecieron alzados, y Elena la miró finalmente. Abrió la boca una o dos veces y a continuación se limitó a clavar la mirada en Meredith.

—Me he metido en problemas, ¿verdad? —dijo con impotencia.

—Si todo esto ha sucedido en menos de una semana de ir en coche con *él*…, entonces sí. Pero tenemos que recordar que las mujeres son la especialidad de Damon. Y él cree que está enamorado de ti.

—No, realmente está… —empezó a decir Elena, y entonces se mordió el labio inferior—. Oh, cielos, es de Damon de quien estamos hablando. Sí que tengo problemas.

—Limitémonos a observar y ver qué sucede —indicó Meredith con sensatez —. Definitivamente está cambiado, también. Antes, simplemente te habría dicho que tus amigas no podían venir… y sanseacabó. Hoy se quedó ahí y escuchó.

—Sí. Sólo tengo que…, que estar alerta a partir de ahora —dijo Elena, con voz un tanto vacilante.

¿Cómo iba a ayudar al niño que había dentro de Damon sin acercarse más a él? ¿Y cómo le explicaría todo lo que podría necesitar hacer a Stefan?

Suspiró.

—Probablemente saldrá bien —murmuró Bonnie somnolienta.

Meredith y Elena se volvieron para mirarla y Elena sintió que le subía un escalofrío por la espalda. Bonnie estaba sentada, recostada en el asiento, pero tenía los ojos cerrados y su voz era apenas audible.

—La auténtica cuestión es: ¿qué dirá Stefan sobre esa noche en el motel con Damon?

—¿Qué?

La voz de Elena sonó aguda y lo bastante fuerte para despertar a cualquier durmiente. Pero Bonnie no despertó.

—¿Qué sucedió qué noche en qué motel? —exigió Meredith.

Al ver que Elena no respondía inmediatamente, le agarró el brazo y la hizo girar de modo que quedasen cara a cara.

Por fin, Elena miró a su amiga. Pero sus ojos, lo sabía, no revelaron nada.

—Elena, ¿de qué habla? ¿Qué pasó con Damon?

Elena siguió manteniendo el rostro totalmente inexpresivo, y usó una palabra que acababa de aprender esa noche.

—*Sa*…

—¡Elena, eres imposible! ¿No irás a plantar a Stefan una vez que le hayas rescatado, verdad?

—¡No, por supuesto que no! —Elena se sintió dolida—. Stefan y yo nos pertenecemos… para siempre.

—Pero así y todo pasaste una noche con Damon en la que algo pasó entre vosotros.

—Algo… imagino.

—¿Y ese algo fue…?

Elena sonrió con aire de disculpa.

—*Sa*…

—¡Se lo sacaré a él! Le pondré a la defensiva…

—Puedes hacer un plan A y un plan B y todo lo que quieras —contestó Elena—. Pero no servirá de nada. Shinichi se llevó sus recuerdos. Meredith, lo siento; no sabes cómo lo siento. Pero juré que nadie lo sabría jamás. —Alzó los ojos hacia la alta muchacha, sintiendo que las lágrimas se le acumulaban en los ojos—. ¿No podrías tan sólo por esta vez… permitirme que lo deje así?

Meredith se arrellanó en el asiento.

—Elena Gilbert, el mundo tiene suerte de que sólo exista una como tú. Eres la… —Hizo una pausa, como decidiendo si pronunciar las palabras o no; luego dijo—: Es hora de acostarse. El amanecer llegará pronto y también el Portal del Demonio.

—¿Merry?

—¿Qué quieres ahora?

—Gracias.

13

El Portal del Demonio.

Elena echó una ojeada por encima del hombro al asiento trasero del Prius. Bonnie pestañeaba soñolienta. Meredith, que había dormido mucho menos pero había oído información mucho más alarmante, parecía una cuchilla de afeitar: punzante, cortante como el hielo y lista.

No había nada más que ver excepto a Damon con sus bolsas de papel sobre el asiento junto a él, conduciendo el Prius. Por las ventanillas, donde un amanecer de la árida Arizona debería estarse abriendo paso cegador por el horizonte, no se veía nada salvo niebla.

Resultaba aterrador y desorientador. Habían tomado una carretera secundaria que salía de la autovía 179 y, gradualmente, la niebla había ido acercándose furtivamente, enviando zarcillos de neblina a rodear el coche, y finalmente engulléndolo por completo. A Elena le daba la impresión de que estaban siendo aislados deliberadamente del viejo mundo corriente de los McDonald's y cosas así, y cruzaban una frontera al interior de un lugar cuya existencia no deberían conocer, y al que aún menos deberían dirigirse.

No había tráfico en la dirección contraria. Ninguno. Y por mucho que Elena se esforzase en atisbar por su ventanilla, era como intentar mirar a través de nubes que pasaban a gran velocidad.

—¿No vamos demasiado de prisa? —preguntó Bonnie, frotándose los ojos.

—No —respondió Damon—; sería… una coincidencia extraordinaria… que alguna otra persona estuviese en esta misma ruta al mismo tiempo que nosotros.

—Se parece mucho a Arizona —dijo ella, decepcionada.

—Puede que sea Arizona, por lo que yo sé —replicó él—. Pero no hemos cruzado el Portal aún. Y esto no es ningún lugar de Arizona al que pudieses ir a parar de manera fortuita. El sendero siempre tiene sus truquitos y trampas. El problema es que nunca sabes a lo que te enfrentarás.

»Ahora escucha —añadió, mirando a Elena con una expresión que ella había llegado a conocer, y que significaba: «No bromeo; te hablo como a una igual; lo digo de veras».

»Has llegado a ser muy buena en lo de mostrar únicamente una aura humanizada —siguió Damon—. Pero eso significa que si puedes aprender una cosa más antes de que entremos, podrás realmente usar tu aura, hacer que te sirva de algo cuando lo precises, en lugar de limitarte a ocultarla hasta que aparezca inopinadamente fuera de control y levante coches de mil trescientos kilos.

—¿Servirme para qué clase de cosas?

—Como lo que te voy a enseñar. En primer lugar sólo relájate y deja que yo la controle. Luego, poco a poco, aflojaré el control y lo tomarás tú. Para cuando acabe, deberías poder enviar tus poderes a tus ojos… y ver mucho mejor; a tus oídos… y oír mucho mejor; a tus extremidades… y moverte mucho más de prisa y con mayor precisión. ¿De acuerdo?

—¿No podrías haberme enseñado esto antes de que iniciásemos esta excursioncita?

Él le sonrió, con una sonrisa salvaje e insensata que la hizo sonreír también aunque no sabía a qué venía.

—Hasta que he comprobado lo bien que has podido controlar tu aura a lo largo del sendero…, el camino hasta aquí…, no pensé que estuvieses preparada —dijo sin rodeos—. Ahora lo sé. Hay cosas en tu mente que sólo aguardan a que las dejen salir. Lo comprenderás cuando las liberemos.

«Y las dejamos salir… ¿con qué? ¿Un beso?», pensó Elena con suspicacia.

—No, no. Y ésa es otra razón por la que tienes que aprender esto. Tu telepatía se está descontrolando. Si no aprendes cómo evitar proyectar tus pensamientos, jamás conseguirás cruzar el puesto de control del Portal como una humana.

Puesto de control. No sonaba nada bien. Elena asintió y dijo:

—De acuerdo. ¿Qué hacemos?

—Lo mismo de antes. Relájate. Intenta confiar en mí.

Damon detuvo el coche a un lado de la carretera y ambos bajaron y se alejaron lo suficiente del Prius.

Entonces Damon posó la mano derecha justo a la izquierda del esternón de Elena, sin tocar la tela del top de intenso color dorado. Elena enrojeció violentamente y se preguntó qué debían de estar pensando Bonnie y Meredith de aquello si lo estaban observando.

Y entonces Elena sintió algo.

No era frío, ni era calor, pero era algo como los extremos más alejados de ambos. Era Poder puro. La habría derribado si Damon no la hubiese estado sujetando del brazo con la otra mano. Pensó: «Está usando su propio Poder para aleccionar al mío, para hacer algo…».

…algo que hacía daño…

«¡No!» Elena intentó, verbal y telepáticamente, decirle a Damon que el Poder era excesivo, que dolía. Pero Damon hizo caso omiso de sus súplicas del mismo modo que hizo caso omiso de las lágrimas que se derramaron por las mejillas de la joven. Su Poder conducía el de ella ahora, dolorosamente, por todo el cuerpo de Elena; estaba en su torrente sanguíneo, arrastrando el propio Poder de la muchacha tras él como si fuese la cola de un cometa; la obligaba a llevar el Poder a distintas partes de su cuerpo y dejarle aumentar y aumentar allí, sin permitirle exhalarlo ni trasladarlo. «Voy a estallar…»

Durante todo ese tiempo, los ojos de Elena habían estado fijos en los de Damon, transmitiéndole sus sentimientos: desde indignada cólera a conmoción, pasando por un dolor atroz…, y ahora… por…

Le estalló la mente.

El resto de su Poder siguió describiendo círculos, sin causar ningún dolor. Cada nueva inhalación de aire añadía más Poder, pero éste simplemente circulaba por su torrente sanguíneo, sin aumentar su aura, aunque incrementaba el Poder que había dentro de ella. Tras dos o tres inspiraciones rápidas más advirtió que lo hacía sin esfuerzo.

Ahora el Poder de Elena no se limitaba a deslizarse con suavidad por su interior, dando la impresión desde el exterior de que era como el de cualquier otro humano; también llenaba varios nódulos inflamados reventados de su interior y allí donde hacía eso, cambiaba las cosas.

Advirtió que miraba a Damon con los ojos bien redondos. Él podría haberle dicho qué sensación produciría aquello, en lugar de dejarla seguir adelante a ciegas.

«Realmente eres todo un bastardo, ¿verdad?», pensó Elena, y, sorprendentemente, pudo sentir cómo Damon recibía el pensamiento, y también la automática respuesta, que fue una complacida conformidad a sus palabras, en lugar de lo contrario.

Entonces Elena se olvidó de él en el alborear de una comprensión nueva; se daba cuenta de que podía mantener el Poder circulando por su interior, e incluso aumentarlo más y más, preparándose para una auténtica explosión fulminante, y exteriormente no mostrar nada de lo que éste hacía. Y en cuanto a los nódulos…

Elena paseó la mirada por lo que unos pocos minutos antes había sido un páramo estéril. Fue como recibir proyectiles luminosos a través de ambos ojos. Se sintió deslumbrada, se sintió embelesada. Los colores parecían cobrar vida con un esplendor doloroso. Sintió que podía ver mucho más allá de lo que había visto nunca, más y más al interior del desierto, y al mismo tiempo, podía distinguir las pupilas de Damon de los iris.

«Vaya, ambas Son negras, pero de diferentes tonalidades de negro —pensó —. Desde luego, hacen juego… Damon jamás tendría un iris que no complementara las pupilas. Pero sus iris son más aterciopelados, mientras que sus pupilas son más sedosas y brillantes. Y con todo, es un terciopelo que puede retener luz en su interior…, casi como el cielo nocturno con estrellas…, como esas bolas estrella de los kitsune de las que me habló Meredith.»

justo ahora aquellas pupilas eran muy grandes y estaban fijas persistentemente en su rostro, como si Damon no quisiera perderse un instante de su reacción. De improviso, la comisura del labio se curvó en una tenue sonrisa.

—Lo has logrado. Has aprendido a canalizar tu Poder hacia tus ojos. —Habló en un susurro apenas audible que antes ella jamás habría podido detectar.

—Y a los oídos —susurró ella en respuesta, escuchando la sorprendente sinfonía de diminutos sonidos que la rodeaba.

Muy arriba en el aire, un murciélago chilló en una frecuencia demasiado alta para que el oído humano la advirtiese. En cuanto a la caída de granos de arena en torno a ella, éstos formaban algo parecido a un concierto minúsculo a medida

que golpeaban la roca y rebotaban con un leve sonido agudo antes de caer al suelo.

«Esto es increíble —le dijo a Damon, oyendo la satisfacción vanidosa de su propia voz telepática—. ¿Y desde ahora puedo comunicarme contigo así en cualquier momento?» Tendría que tener cuidado con eso; la telepatía amenazaba con revelar más de lo que podría querer enviar al receptor.

«Es mejor tener cuidado», convino Damon, confirmando sus sospechas de que había enviado más de lo que había sido su intención.

«Pero, Damon…, ¿puede Bonnie hacer esto también? ¿Debería intentar enseñarle?»

—¿Quién sabe? —respondió Damon en voz alta, haciendo que Elena se sobresaltara—. Enseñar a humanos cómo usar el Poder no es exactamente mi fuerte.

«¿Y qué hay de mis diferentes poderes con las alas? ¿Podré ser capaz de controlarlos ahora?»

—No tengo la menor idea. Nunca he visto nada parecido a ellas. —Damon mostró un semblante pensativo por un momento y luego sacudió la cabeza—. Creo que necesitarías a alguien con más experiencia de la que yo tengo para aprender a controlar esos poderes. —Antes de que Elena pudiese decir nada más, añadió—: Sería mejor que devolviésemos nuestra atención a nuestras acompañantes. Estamos casi en el Portal.

—Y supongo que no debería estar usando la telepatía entonces.

—Bueno, es un modo muy evidente de delatarse…

—Pero me enseñarás más adelante, ¿verdad? ¿Todo lo que sepas sobre controlar el Poder?

—A lo mejor debería ser tu novio quien lo hiciera —respondió él casi con aspereza.

«Está asustado —pensó Elena, intentando mantener los pensamientos ocultos bajo una cortina de ruido blanco de modo que Damon no los captara—. Tiene tanto miedo de revelarme demasiado como yo le temo a él.»

14

—Muy bien —dijo Damon cuando él y Elena regresaron junto a Bonnie y Meredith—. Ahora viene la parte difícil.

Meredith alzó los ojos hacia él.

—¿Ahora viene…?

—Sí; la parte realmente difícil. —Damon había abierto por fin la cremallera de su misteriosa bolsa de cuero negro—. Mirad —dijo en lo que apenas era un murmullo—, éste es el Portal que hemos de cruzar. Y mientras lo hacemos, podéis poneros todo lo histéricas que queráis porque se supone que sois mis prisioneras. —Extrajo varios trozos de cuerda.

Elena, Meredith y Bonnie se habían juntado en una demostración automática de hermandad del velocirraptor.

—¿Para qué —inquirió Meredith despacio, como para otorgar a Damon el beneficio último de alguna duda que todavía persistiese— son esas cuerdas?

Damon ladeó la cabeza en un gesto de «¡Oh, vamos ya!».

—Son para ataros las manos.

—¿Para qué?

Elena estaba atónita. Jamás había visto a Meredith tan evidentemente furiosa. Ella misma no pudo interponer ni una palabra siquiera. Meredith se había acercado y miraba a Damon desde una distancia de unos diez centímetros.

«¡Y sus ojos son grises en realidad!», exclamó asombrada una parte distante de la mente de Elena. Un intenso, intenso, intenso gris transparente. «Todo este tiempo he pensado que eran castaños, pero no lo son.» Entretanto, Damon se mostraba levemente alarmado ante la expresión de Meredith. Un T-Rex se habría

mostrado alarmado ante la expresión de Meredith, se dijo Elena.

—¿Y esperas que andemos por ahí con las manos atadas? ¿Mientras tú haces qué?

—Mientras yo actúo como vuestro amo —dijo Damon, recuperando repentinamente el ánimo con una sonrisa espléndida que desapareció casi antes de aparecer—. Las tres sois mis esclavas.

Hubo un silencio largo, muy largo.

Elena rechazó todo aquel montón de objetos con un ademán.

—Ni hablar —se limitó a decir—. No lo haremos. Tiene que existir otro modo…

—¿Quieres rescatar a Stefan o no? —inquirió él de improviso, y había un fuego abrasador en los ojos oscuros que había fijado en Elena.

—¡Claro que quiero! —le respondió ella en seguida, sintiendo que se le encendían las mejillas—. Pero ¡no como una esclava a la que arrastras tras de ti!

—Es el único modo en que los humanos entran en la Dimensión Oscura —repuso Damon, tajante—. Atados o encadenados, como propiedad de un vampiro, un kitsune o un demonio.

Meredith negaba ya violentamente con la cabeza.

—Jamás nos dijiste…

—¡Os dije que no os gustaría el modo de entrar!

Incluso mientras respondía a Meredith, los ojos de Damon no se apartaron ni un momento de Elena. Bajo la frialdad exterior, parecía estarle suplicando que comprendiera, pensó ella. En los viejos tiempos, se dijo, él se habría limitado a recostarse contra una pared, enarcar las cejas y decir: «Estupendo; yo no quería ir de todos modos. ¿Quién quiere, ir de picnic?».

Pero Damon sí quería que fuesen, comprendió Elena. Estaba desesperado por que fuesen, y sencillamente no sabía cómo expresarlo de manera sincera. El único modo que conocía era…

—Tienes que hacernos una promesa, Damon —dijo ella, mirándole directamente a los ojos—. Y tiene que ser antes de que tomemos la decisión de ir o no.

Pudo ver el alivio en sus ojos, incluso aunque a las otras dos muchachas les pudiese parecer que su semblante permanecía totalmente impasible, y supo que le complacía que no estuviese diciendo que su anterior decisión era definitiva y

que ahí acababa todo.

—¿Qué promesa? —preguntó Damon.

—Tienes que jurar…, darnos tu palabra… de que, decidamos lo que decidamos ahora o en la Dimensión Oscura, no intentarás influenciarnos. Que no nos dormirás mediante el control mental, ni nos empujarás a hacer lo que tú quieras. No usarás ningún truco de vampiro para manipular nuestras mentes.

Damon no sería Damon si no protestase.

—Pero, oíd, suponed que llegue el momento en que queráis que yo haga eso. Hay algunas cosas ahí para las que podría ser mejor que estuvieseis dormidas…

—Entonces te diremos que hemos cambiado de opinión, y que te liberamos de tu promesa. ¿Entiendes? No existe ningún inconveniente. Pero tienes que jurarlo.

—De acuerdo —respondió él, sosteniéndole aún la mirada—. Juro que no usaré ninguna clase de poder sobre vuestras mentes; no os influenciaré de ningún modo, hasta que me pidáis que lo haga. Os doy mi palabra.

—De acuerdo.

Finalmente, Elena rompió el duelo de miradas con el más minúsculo de los asentimientos y sonrisas. Y Damon le dedicó un asentimiento casi imperceptible en respuesta.

La muchacha volvió la cabeza y se encontró con los escudriñadores ojos castaños de Bonnie.

—Elena —musitó Bonnie, tirándole del brazo—, ven aquí un segundo, ¿quieres?

Elena difícilmente podía evitarlo, ya que Bonnie era fuerte como un pequeño poni galés; así que se dejó llevar, dirigiendo una mirada de impotencia a Damon por encima del hombro mientras lo hacía.

—¿Qué? —susurró cuando Bonnie dejó por fin de arrastrarla.

Meredith también las había acompañado, figurándose que podría ser un asunto de la hermandad.

—¿Y bien?

—Elena —soltó Bonnie, como si ya no pudiese contener las palabras por más tiempo—, el modo en que Damon y tú actuáis… es distinto de como era antes. No acostumbrabas a…, quiero decir, ¿qué sucedió realmente entre vosotros dos cuando estuvisteis juntos a solas?

—Este no es precisamente el momento más oportuno para eso —siseó Elena —. Tenemos un buen problema aquí, por si no te has dado cuenta.

—Pero… ¿y si…?

Meredith hizo suya la frase inacabada, apartándose un oscuro mechón de pelo de los ojos.

—¿Y si es algo que a Stefan no le guste? Como «¿Qué sucedió con Damon cuando estuvisteis a solas en el motel esa noche?» —finalizó, citando las palabras de Bonnie.

Bonnie se quedó boquiabierta.

—¿Qué motel? ¿Qué noche? ¿Qué sucedió? —chilló casi, provocando que Meredith intentase acallarla y acabara recibiendo un mordisco.

Elena miró primero a una y luego a la otra de sus amigas; las dos que habían venido a morir junto a ella si era necesario. Sentía que le costaba respirar. Era tan injusto, pero…

—¿Podemos discutirlo más tarde? —sugirió, intentando transmitir con ojos y cejas: «¡Damon puede oírnos!».

Bonnie se limitó a susurrar:

—¿Qué motel? ¿Qué noche? ¿Qué…?

Elena se dio por vencida.

—No sucedió nada —declaró categórica—. Meredith no hace más que citarte a ti, Bonnie. Tú dijiste esas palabras anoche mientras estabas dormida. Y a lo mejor en algún momento en el futuro nos dirás de qué hablabas, porque yo no lo sé.

Acabó de hablar con la vista puesta en Meredith, quien se limitó a enarcar una ceja perfecta.

—Tienes razón —repuso Meredith, a la que no había engañado ni por un momento—. Nuestro idioma necesita una palabra como *sa*. Haría que estas conversaciones fuesen mucho más cortas, para empezar.

Bonnie suspiró.

—Bien, pues, lo descubriré por mí misma —declaró—. Tal vez no penséis que pueda, pero lo haré.

—De acuerdo, de acuerdo, pero, entretanto, ¿tiene alguien algo útil que añadir sobre esa cuestión de las cuerdas que plantea Damon?

—Como por ejemplo, ¿le decimos dónde tiene que metérselas? —sugirió

Meredith por lo bajo.

Bonnie, que sostenía un trozo de cuerda, pasó una mano de piel blanca sobre ella.

—No creo que esto se comprara sintiendo enojo —declaró, mientras sus ojos castaños adoptaban una expresión perdida y su voz, el tono ligeramente sobrecogedor que siempre tenía cuando se hallaba en trance—. Veo a una chica y a un chico, uno a cada lado de un mostrador en una tienda de una ferretería…, y ella ríe, y el muchacho dice: «Te apuesto cualquier cosa a que vas a ir a la universidad el próximo año para convertirte en arquitecta», y a la muchacha se le empañan los ojos y dice: «Sí», y…

—Y ése es todo el espionaje psíquico que tengo ganas de oír hoy.

Damon se les había acercado sin hacer ni un ruido. Bonnie dio un brusco brinco, y casi dejó caer la cuerda.

—Escuchad —prosiguió Damon en tono áspero—, justo a cien metros está el paso fronterizo. O lleváis puestas estas cuerdas y actuáis como esclavas o no podréis entrar para ayudar a Stefan. Jamás. Eso es lo que hay.

En silencio, las muchachas se comunicaron intercambiando miradas. Elena sabía que su propia expresión decía claramente que no les pedía ni a Bonnie ni a Meredith que fuesen con ella, pero que ella iría aunque tuviera que hacerlo arrastrándose a cuatro gatas tras Damon.

Meredith, mirando a Elena directamente a los ojos, cerró despacio los suyos y asintió, soltando aire. Bonnie asentía ya con la cabeza, resignada.

En silencio, Bonnie y Meredith dejaron que Elena les atara las muñecas al frente; luego, Elena dejó que Damon le atase a ella las suyas y pasase una cuerda larga por entre ellas tres, como si fuesen una cuerda de presos.

La joven sintió como un rubor le ascendía de debajo del pecho para arderle en las mejillas. No podía trabar la mirada con Damon, no de aquel modo, pero sabía sin preguntar que Damon estaba pensando en la vez que Stefan le había echado de su apartamento como un perro, delante de aquel mismo auditorio, más Matt.

«Canalla vengativo», pensó Elena con toda la intensidad posible en dirección a Damon. Sabía que la primera palabra sería la que más le dolería, pues Damon se enorgullecía de ser un caballero.

«Pero los "caballeros" no entran en la Dimensión Oscura», dijo, burlona, la

voz de Damon en su cabeza.

—Bien —añadió Damon en voz alta, y tomó la cuerda con una mano, empezando a andar al interior de la oscuridad de la cueva, con las tres chicas apelotonándose y dando traspiés tras él.

Elena jamás olvidaría aquel breve trayecto y sabía que tampoco lo harían ni Bonnie ni Meredith. Cruzaron la poco profunda abertura de la cueva y penetraron en la pequeña abertura del fondo, que se abría como una boca. Hizo falta maniobrar un poco para conseguir que las tres pasasen. En el otro lado la caverna volvía a ensancharse, y se encontraron en una cueva enorme. Al menos eso fue lo que sus sentidos ampliados le indicaron a Elena. La eterna niebla había regresado y Elena no tenía ni idea de en qué dirección iban.

Apenas unos minutos más tarde un edificio se alzó ante ellos surgiendo de la niebla.

Elena no sabía cómo había esperado que fuera el Portal del Demonio. Posiblemente, enormes puertas de ébano, talladas con serpientes y con piedras preciosas incrustadas; tal vez un coloso de piedra toscamente labrado, como las pirámides de Egipto; quizá incluso alguna especie de campo de energía futurista con un centelleo de láseres azul violeta.

Lo que vio en vez de eso parecía un depósito destartalado de alguna especie, un lugar para almacenar y despachar mercancías. Había un corral vacío, con una buena valla rematada con alambre de púas. Apestaba, y Elena se alegró de que Damon y ella no hubiesen canalizado poder a su nariz.

En seguida apareció gente, hombres y mujeres vestidos con elegancia, cada uno con una llave en una mano, que murmuraban algo antes de abrir una puerta en un lado del edificio. La misma puerta, pero Elena apostaría cualquier cosa a que no iban todos al mismo lugar, si las llaves eran como la que había «tomado prestada» brevemente de la casa de Shinichi hacía una semana aproximadamente. Una de las damas daba la impresión de ir vestida para asistir a un baile de máscaras, con orejas de zorro que se mezclaban con sus largos cabellos de un castaño rojizo. No fue hasta que Elena vio bajo el vestido, largo hasta los tobillos, una cola de zorro que se balanceaba que comprendió que la mujer era una kitsune que hacía uso del Portal del Demonio.

Damon las condujo apresuradamente —y sin demasiados miramientos— hasta el otro lado del edificio, donde una puerta de goznes rotos daba a un cuarto

desvencijado que, extrañamente, parecía más grande por dentro que por fuera. Allí se cambalacheaban o vendían toda clase de cosas: muchas parecían estar relacionadas con la gestión de esclavos.

Elena, Meredith y Bonnie se miraron con ojos como platos. Era evidente que la gente que conducía allí esclavos salvajes procedentes del exterior consideraba la tortura y el terror como parte de la jornada laboral.

—Pasaje para cuatro —dijo Damon lacónicamente al hombre de hombros hundidos pero corpulento que había tras el mostrador.

—¿Tres salvajes de golpe?

El hombre, devorando con los ojos lo que podía ver de las tres muchachas, se volvió para mirar a Damon con suspicacia.

—¿Qué puedo decir? Mi trabajo es también mi pasatiempo. —Damon le miró directamente a los ojos.

—Ya, pero… —El hombre rió—. Últimamente hemos estado recibiendo tal vez uno o dos al mes.

—Son legalmente mías. No están secuestradas. Arrodillaos —añadió Damon con indiferencia a las tres chicas.

Fue Meredith la primera que lo captó y se dejó caer al suelo como una bailarina de ballet. Tenía los sombríos ojos gris oscuro fijos en algo que nadie excepto ella podía ver. Luego Elena desenmarañó de algún modo la solitaria palabra del resto, y concentró la mente en Stefan y fingió que se arrodillaba para besarle en su camastro de la prisión. Pareció funcionar; se arrodilló.

Pero Bonnie permaneció en pie. El miembro más dependiente, más transigente, más inocente del triunvirato descubrió que las rodillas se le habían quedado rígidas.

—Pelirrojas, ¿eh? —dijo el hombre, dirigiendo una mirada aguda a Damon al mismo tiempo que mostraba una sonrisa burlona—. A lo mejor te convendría comprar un pequeño lanzador de descargas eléctricas para ésa.

—A lo mejor —repuso Damon en tono tirante.

Bonnie se limitó a mirarle con mirada ausente, miró a las muchachas del suelo y luego se arrojó a una posición postrada. Elena pudo oír cómo sollozaba en voz queda.

—Pero he descubierto que una voz firme y una mirada de desaprobación en realidad dan mejores resultados.

El hombre se dio por vencido y volvió a encorvarse.

—Pasaje para cuatro —gruñó y alargó una mano arriba y tiró de la sucia cuerda de una campana.

Para entonces Bonnie lloraba de miedo y humillación, pero nadie parecía advertirlo a excepción de las otras muchachas.

Plena no se atrevía a intentar consolarla telepáticamente; eso no encajaría con el aura de una «chica humana normal» en absoluto, y ¿quién sabía qué trampas o artilugios podían estar ocultos allí además del hombre que no hacía más que desnudarlas con los ojos? Se limitó a desear poder invocar uno de sus ataques con las alas, allí mismo en aquella habitación. Eso borraría la sonrisa de suficiencia del rostro del hombre.

Al cabo de un momento, alguna otra cosa la borró tan completamente como ella podría haber deseado. Damon se inclinó sobre el mostrador y susurró algo al hombre que hizo que el rostro lascivo del encorvado encargado adquiriera un enfermizo color verdoso.

«¿Has oído lo que ha dicho?», transmitió Elena a Meredith usando los ojos y las cejas.

Meredith, arrugando los ojos, colocó la mano frente al abdomen de Elena, luego efectuó un movimiento como si retorciera y arrancara algo.

Incluso Bonnie sonrió.

A continuación Damon las condujo a esperar en el exterior del depósito. Llevaban allí de pie sólo unos minutos cuando la nueva visión de Elena distinguió una embarcación que se deslizaba silenciosamente por entre la neblina. Comprendió que el edificio debía de estar a la orilla misma de un río, pero incluso con Poder dirigido únicamente a los ojos apenas pudo distinguir dónde el terreno opaco daba paso a agua reluciente, e incluso con el Poder dirigido únicamente a los oídos apenas pudo captar el sonido del veloz discurrir de aguas profundas.

La embarcación se detuvo… de algún modo, pues Elena no pudo ver que se echase ninguna ancla ni nada a lo que amarrarla. Pero el hecho fue que sí se detuvo, y el hombre de hombros hundidos colocó una tabla, que permaneció en su sitio mientras ellos embarcaban: primero Damon, y luego su grupo de «esclavas».

A bordo, Elena contempló cómo Damon ofrecía sin decir palabra seis piezas

de oro al barquero; dos por cada humano que presumiblemente no iba a regresar, pensó.

Por un momento se sumió en el recuerdo de ser muy pequeña —debía de tener sólo tres años más o menos— y estar sentada en el regazo de su padre mientras él le leía un maravilloso libro ilustrado sobre los mitos griegos. En él se mencionaba al barquero Caronte, que cruzaba los espíritus de los difuntos al otro lado de la laguna Estigia hasta el país de los muertos. Y su padre le estaba contando cómo los griegos ponían monedas en los ojos de los que morían para que pudiesen pagar al barquero…

«¡No hay posibilidad de regresar de este viaje!», pensó de improviso y con violencia. ¡No había escapatoria! Para el caso era como si estuviesen realmente muertas…

Curiosamente, fue el horror lo que la salvó de aquella ciénaga de terror. Justo cuando alzaba la cabeza, quizá para chillar, la figura borrosa del barquero se dio la vuelta brevemente de sus deberes como para echar un vistazo a los pasajeros. Elena oyó chillar a Bonnie. Meredith, temblando, alargaba las manos frenética e ilógicamente hacia la bolsa en la que estaba guardada su arma. Incluso Damon parecía incapaz de moverse.

El alto espectro de la barca carecía de rostro.

Tenía profundas depresiones donde deberían estar los ojos, un hueco superficial como boca y un agujero triangular donde debería haber sobresalido la nariz. El sobrenatural horror de aquello, además del hedor de los corrales del depósito, fue simplemente excesivo para Bonnie, y ésta cayó de lado, flácida contra Meredith, sin sentido.

Plena, en medio de su propio terror, tuvo un momento de revelación. En la oscura penumbra de rezumante humedad, había olvidado usar todos sus sentidos al máximo, y por lo tanto era sin duda más capaz de ver el rostro inhumano del barquero que, digamos, Meredith. También podía oír cosas, como los sonidos de mineros muertos hacía mucho que golpeaban la roca sobre sus cabezas, y el corretear de murciélagos o cucarachas enormes, o lo que fuera, dentro de las paredes que les rodeaban.

Pero en aquel momento, Elena sintió de improviso lágrimas cálidas sobre las heladas mejillas al comprender que había subestimado por completo a Bonnie durante todo el tiempo en que había sabido de los poderes psíquicos de su amiga.

Si los sentidos de Bonnie estaban permanentemente abiertos al horror que ella experimentaba en aquellos instantes, no era de extrañar que Bonnie viviese aterrorizada. Elena prometió mostrarse muchísimo más tolerante la próxima vez que Bonnie titubease o empezase a gritar. De hecho, su amiga merecía alguna clase de premio por seguir manteniendo aún la cordura, decidió Elena; pero no se atrevió a hacer nada más que contemplarla y jurarse que a partir de entonces Bonnie encontraría un paladín en Elena Gilbert.

Aquella promesa y su calidez ardieron como una vela en la mente de Elena, una vela que imaginó sostenida por Stefan, con la luz danzando en sus ojos verdes y recorriendo los planos de su rostro. Fue justo lo que necesitaba para no perder la propia cordura durante el resto del trayecto.

Para cuando la embarcación atracó —en un lugar sólo ligeramente más transitado que aquel en el que habían embarcado—, las tres muchachas se encontraban en un estado de agotamiento provocado por el terror prolongado y aquel suspense desquiciante.

Pero en realidad no habían usado el tiempo para reflexionar sobre las palabras «Dimensión Oscura» o para imaginar la cantidad de modos en que su oscuridad podría manifestarse.

—Nuestro nuevo hogar —dijo Damon en tono sombrío.

Al contemplarle a él en lugar del paisaje, Elena advirtió por la tensión del cuello y los hombros que Damon no estaba disfrutando. Ella había pensado que él se estaría dirigiendo a su propio paraíso particular, este mundo de esclavos humanos y de tortura por diversión, cuya única regla era la propia conservación del ego individual, pero ahora se dio cuenta de que había estado equivocada. Para Damon, éste era un mundo de seres con poderes tan grandes o mayores que el suyo, e iba a tener que hacerse un puesto allí con uñas y dientes, igual que cualquier golfillo de la calle, salvo que no podía permitirse cometer ningún error. Tenían que encontrar un modo no simplemente de vivir, sino de vivir con lujo y mezclarse con la alta sociedad, si querían tener alguna posibilidad de rescatar a Stefan.

Stefan…, no, no podía permitirse el lujo de pensar en él en aquel momento. Una vez que empezase estaría perdida, empezaría a exigir cosas ridículas, como que se pasasen por la prisión, sólo para mirarla, igual que una cría de primer año de instituto que estuviera chiflada por un chico mayor, que sólo querría que la

llevasen en coche a «pasar por delante de la casa de su amor» para adorarla. ¿Y entonces qué efectos causaría eso a sus planes para una posterior fuga de la cárcel? El plan A decía: «No cometas errores», y Elena se aferraría a eso hasta que encontrara uno mejor.

Así fue como Damon y sus «esclavas» llegaron a la Dimensión Oscura, a través del Portal del Demonio. A la más menuda de ellas hubo que reanimarla con agua en el rostro antes de que pudiese levantarse y andar.

15

Apresurando el paso detrás de Damon, Elena intentó no mirar ni a derecha ni a izquierda. Podía ver demasiado de lo que a Meredith y Bonnie debía de haberles parecido que era oscuridad sin rasgos característicos.

Había depósitos a cada lado, lugares a los que evidentemente se llevaba a los esclavos para ser vendidos o transportados más tarde. Elena pudo oír los gimoteos de niños en la oscuridad, y, de no haber estado tan asustada, habría salido corriendo en busca de los pequeños que lloraban.

«Pero no puedo hacer eso, porque ahora soy una esclava —pensó, con una sensación de descarga eléctrica que le ascendía desde las yemas de los dedos—. Ya no soy un auténtico ser humano. Soy una propiedad.»

Volvió a encontrarse mirando fijamente la nuca de Damon y preguntándose cómo diablos se había dejado convencer para hacer aquello. Comprendía lo que significaba ser una esclava —de hecho parecía poseer una comprensión intuitiva de ello que la sorprendía—, y no era algo bueno.

Significaba que podría ser… bueno, que se le podría hacer cualquier cosa y que eso sólo le incumbiría a su propietario. Y su propietario (pero, una vez más, ¿cómo la había convencido de hacer eso?) era Damon, precisamente.

Podía vender a las tres muchachas —Elena, Meredith y Bonnie— y salir de allí en una hora con las ganancias.

Cruzaron con paso rápido la zona de muelles, mientras las muchachas mantenían la vista fija en los pies para evitar tropezar.

Y luego coronaron una colina. A sus pies, en una especie de formación que recordaba un cráter, había una ciudad.

Los barrios pobres estaban en los extremos y ascendían apiñados casi hasta el lugar donde se encontraban. Pero Damon y las muchachas tenían una alambrada delante, lo que los mantenía aislados a la vez que les permitía ojear a vista de pájaro la ciudad. De haber estado aún en la cueva en la que habían entrado, ésta habría sido la caverna subterránea más grande imaginable… Pero ya no estaban bajo tierra.

—Ha sido en algún momento durante el trayecto en barca —dijo Damon—. Hicimos…, bueno…, un giro en el espacio. —Así intentó explicarlo y Elena intentó comprenderlo—. Entramos por el Portal del Demonio, y cuando salimos ya no estamos en la dimensión de la Tierra, sino en otra totalmente distinta.

Elena sólo tuvo que alzar la vista al cielo para creerle. Las constelaciones eran diferentes; no estaban allí ni la Osa Menor ni la Mayor, ni la Estrella Polar.

Luego estaba el sol, que era mucho más grande, pero estaba mucho más apagado que en la Tierra, y que jamás abandonaba el horizonte. En cualquier momento aproximadamente una mitad de él se dejaba ver, de día y de noche; términos que, como señaló Meredith, habían perdido su significado racional allí.

Al acercarse a una puerta hecha de alambrada que finalmente les dejaría abandonar la zona de almacenamiento de esclavos, les cortó el paso lo que Elena averiguaría más tarde que era una Guardiana.

Averiguaría que, en cierto modo, las Guardianas era las gobernantes de la Dimensión Oscura, si bien ellas mismas venían de otro lugar muy lejano y era casi como si hubiesen ocupado permanentemente aquel pequeño pedazo de infierno, intentando imponer orden sobre el rey del arrabal y los señores feudales que se dividían la ciudad entre ellos.

Esta Guardiana era una mujer alta con el pelo del mismo color que Elena —dorado genuino— cortado en línea recta a la altura de los hombros, y no prestó la menor atención a Damon pero preguntó inmediatamente a Elena, que era la primera en la fila que iba detrás de él:

—¿Por qué estás aquí?

Elena se alegró, se alegró enormemente de que Damon le hubiese enseñado a controlar su aura. Se concentró en eso mientras su cerebro funcionaba a velocidad supersónica, preguntándose cuál era la respuesta correcta a la pregunta. La respuesta que las dejaría libres y no las enviaría de vuelta a casa.

«Damon no nos ha preparado para esto», fue lo primero que pensó; y lo

segundo fue: «Claro, porque nunca había estado aquí antes. No sabe cómo funciona todo aquí, únicamente algunas cosas».

Y si daba la impresión de que aquella mujer iba a intentar interferir con él, simplemente podía enloquecer y atacarla, añadió una vocecita servicial desde alguna parte de su subconsciente. La muchacha dobló la velocidad de su capacidad maquinadora. La mentira creativa había sido en el pasado su especialidad, y ahora soltó la primera cosa que le acudió a la cabeza, y obtuvo el visto bueno:

—Aposté con él y perdí.

Bueno, sonaba bien. La gente perdía toda clase de cosas cuando apostaba: plantaciones, talismanes, caballos, castillos, botellas con genios. Y si resultaba no ser razón suficiente, siempre podía decir que eso era tan sólo el inicio de su triste historia. Lo mejor de todo era que, en cierto modo, era verdad. Hacía mucho tiempo había dado la vida por Damon y por Stefan, y Damon no había pasado página exactamente como ella había pedido. Media página, tal vez, pero puede que ni eso.

La Guardiana la contemplaba fijamente con una expresión de perplejidad en los ojos de un azul genuino. La gente había mirado fijamente a Elena toda su vida; ser joven y muy hermosa significaba que una sólo se intranquilizaba cuando la gente no te miraba. Pero la perplejidad resultaba un poco preocupante. ¿Le estaba leyendo la mente aquella mujer alta? Elena intentó añadir otra capa de ruido blanco encima. Lo que surgió fueron unas pocas frases de una canción de Britney Spears, así que subió el volumen psíquico.

La mujer alta se llevó dos dedos a la cabeza como alguien con un repentino dolor de cabeza. Luego miró a Meredith.

—¿Por qué… estás tú aquí?

Por lo general, Meredith no solía mentir, pero cuando lo hacía lo convertía en un arte intelectual. Por suerte, ella tampoco intentaba nunca arreglar algo que no estaba roto.

—A mí me sucedió lo mismo —dijo tristemente.

—¿Y tú?

La mujer miraba a Bonnie, que parecía como si fuese a vomitar de nuevo.

Meredith dio un pequeño golpe con el codo a Bonnie. A continuación, la miró con suma atención, y Elena la miró aún con más atención, sabiendo que

todo lo que Bonnie tenía que hacer era farfullar: «Yo también». Y Bonnie era muy buena en eso de los «Yo también», una vez que Meredith había delimitado una posición.

El problema era que Bonnie estaba o en trance o tan cerca de estarlo que no importaba.

—Almas oscuras —respondió Bonnie.

La mujer pestañeó, pero no del modo en que uno pestañea cuando alguien dice algo que no tiene nada que ver con lo que se le pregunta. Pestañeó atónita.

«Cielos —pensó Elena—; Bonnie ha conseguido la contraseña que usan o algo así. Está haciendo predicciones o profecías o lo que sea.»

—¿Almas… oscuras? —dijo la Guardiana, observando a Bonnie con atención.

—La ciudad está llena de ellas —repuso Bonnie con abatimiento.

Los dedos de la Guardiana danzaron sobre lo que parecía un *palmtop*.

—Lo sabemos. Éste es el lugar al que vienen.

—Entonces deberíais impedirlo.

—Sólo poseemos una jurisdicción limitada. La Dimensión Oscura está gobernada por una docena de facciones de caciques, que tienen a señores de los arrabales para que lleven a cabo sus órdenes.

«Bonnie —pensó Elena, intentando abrirse paso a través de la neblina mental de su amiga incluso a costa de que la Guardiana la oyera—. Es la policía.»

En ese mismo instante, Damon tomó las riendas.

—Con ella pasa lo mismo que con las otras dos —dijo—. Sólo que ella es médium.

—Nadie te ha pedido tu opinión —le soltó la Guardiana, sin siquiera mirar en dirección a Damon—. No me importa qué clase de pez gordo seas ahí abajo. —Sacudió la cabeza con ademán desdeñoso en dirección a la ciudad llena de luces—. Estás en mi territorio detrás de esta valla. Y le estoy preguntando a la pequeña pelirroja: ¿es cierto lo que él afirma?

Elena tuvo un momento de pánico. Después de todo por lo que habían pasado, si Bonnie lo estropeaba ahora…

Esta vez Bonnie pestañeó. Cualquier otra cosa que fuese lo que intentaba comunicar, era cierto que su caso era el mismo que el de Meredith y Elena. Y era cierto que era médium. Bonnie era una mentirosa horrible cuando tenía

demasiado tiempo para pensar las cosas, pero a esto pudo responder sin vacilar: «Sí, es cierto».

La Guardiana miró fijamente a Damon.

Este le devolvió la mirada como si pudiese hacerlo toda la noche; era un maestro en lo de sostener miradas.

Y la Guardiana les hizo un ademán para que avanzasen.

—Supongo que incluso una médium puede tener un mal día —dijo, y luego añadió, dirigiéndose a Damon—: Cuida de ellas. ¿Eres consciente de que todos los médiums deben tener autorización?

Damon, con su mejor estilo de *grand seigneur*, respondió:

—Señora, no son médiums profesionales. Son mis ayudantes particulares.

—Yo no soy una «señora»; recibo el tratamiento de «Su Veredicto». A propósito, las personas adictas al juego por lo general acaban de modo horrible aquí.

«Ja, ja —pensó Elena—. Si supiese la clase de juego en el que estamos metidos aquí… Bueno, probablemente estaríamos peor de lo que está Stefan en estos momentos.»

Fuera de la valla había un patio. En él había literas, así como *rickshaws*, unas calesas orientales tiradas por una persona, y pequeñas carretas tiradas por cabras; no había carruajes, ni caballos. Damon consiguió dos literas, una para él y Elena y otra para Meredith y Bonnie.

Bonnie, que seguía con una expresión aturdida, miraba fijamente al sol.

—¿Estás diciendo que nunca acaba de salir?

—No —respondió Damon con paciencia—. Y no está saliendo, aquí se pone. Hay un crepúsculo perpetuo en la Ciudad de la Oscuridad. Verás más a medida que avancemos. No toques eso —añadió, cuando Meredith hizo un movimiento para desatar la cuerda que rodeaba las muñecas de Bonnie antes de que cualquiera de ellas montara en la litera—. Las dos os podéis quitar las cuerdas en la litera si corréis los cortinajes, pero no las perdáis. Seguís siendo esclavas, y tenéis que llevar algo simbólico alrededor de los brazos para demostrarlo… incluso aunque sólo sean brazaletes idénticos. De lo contrario tendré problemas. Ah, y tenéis que llevar un velo en la ciudad.

—¿Tenemos qué?

Elena le lanzó una fugaz mirada de incredulidad.

Damon se limitó a responder con su sonrisa de 250 kilovatios y antes de que Elena pudiese añadir otra palabra, extraía ya unas telas de gasa transparente de su bolsa negra y las repartía. Los velos eran suficientemente grandes como para cubrir un cuerpo entero.

—Pero únicamente tenéis que colocároslo sobre la cabeza o atarlo al pelo o algo así —indicó Damon quitándole importancia.

—¿De qué está hecho? —preguntó Meredith, palpando el ligero material sedoso, que era transparente y tan fino que el viento amenazaba con arrancárselo de los dedos.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—¡Es de colores distintos por el otro lado! —descubrió Bonnie, dejando que el viento transformara su velo verde pálido en un reluciente tono plateado.

Meredith, por su parte, sacudía una seda de un espectacular violeta intenso convirtiéndola en un misterioso azul oscuro salpicado con un millar de estrellas. Elena, que había estado esperando que su velo fuese azul, se quedó mirando a Damon, que sostenía un diminuto cuadrado de tela en un puño apretado.

—Veamos lo buena que has llegado a ser —murmuró, haciéndole una seña con la cabeza para que se acercase más a él—. Adivina de qué color es.

Otra muchacha podría haber reparado sólo en los ojos color azabache y en la pureza de las líneas que esculpían el rostro de Damon, o quizá en su salvaje sonrisa perversa… más salvaje y dulce que nunca en aquel lugar, como un arco iris en mitad de un huracán. Pero Elena también tomó nota de la rigidez del cuello y los hombros, lugares donde la tensión se acumulaba. La Dimensión Oscura le pasaba ya factura, psíquicamente, incluso mientras se estaba burlando de ella.

Se preguntó cuántos sondeos de Poder procedentes de los simplemente curiosos tenía él que interceptar a cada segundo. Estaba a punto de ofrecerse para ayudar abriéndose ella misma al mundo sobrenatural, cuando él le espetó «¡Adivina!» en un tono que no lo convertía en una sugerencia.

—Dorado —dijo Elena al instante, sorprendiéndose a sí misma.

Cuando alargó la mano para cogerle el trozo cuadrado de tela dorada de la mano, una poderosa y agradable sensación de electricidad salió disparada de la

palma de la mano de Elena, ascendió por el brazo y pareció ensartarle directamente el corazón. Damon se aferró a sus dedos brevemente mientras ella tomaba el trozo de tela y descubría que aún podía percibir electricidad vibrando desde las puntas de los dedos del joven.

La parte inferior del velo estalló blanca y centelleante como si llevase diamantes incrustados. Cielos, a lo mejor sí eran diamantes, se dijo ella. ¿Cómo podía saberlo una con Damon?

—¿Tu velo de novia, tal vez? —murmuró Damon, acercando los labios al oído de la muchacha.

La cuerda que rodeaba las muñecas de Elena se había aflojado mucho y ella acarició la diáfana tela sin poder contenerse, sintiendo las diminutas joyas del lado blanco frescas al tacto de sus dedos.

—¿Cómo sabías que necesitarías todas estas cosas? —preguntó, con doloroso sentido práctico—. No lo sabías todo, pero parecías saber suficiente.

—Oh, investigué en bares y otros lugares. Encontré a unas cuantas personas que habían estado aquí y habían conseguido salir con vida… o a las que habían echado de aquí. —La salvaje mueca burlona de Damon se tornó más salvaje aún —. Por la noche mientras dormíais. Y en una tiendecita escondida, conseguí eso. —Indicó el velo con la cabeza, y añadió—: No tienes que llevarlo sobre el rostro ni nada parecido. Presiónalo contra el pelo y se pegará a él.

Elena lo hizo, luciendo el lado dorado por fuera. Le cayó hasta los talones. Toqueteó el velo, capaz ya de ver las posibilidades insinuantes que tenía, así como las desdeñosas. Si al menos pudiese quitarse aquella maldita cuerda de las muñecas…

Tras un momento, Damon volvió a replegarse al interior de la personalidad del amo imperturbable y dijo:

—Por el bien de todos nosotros, deberíamos ser estrictos respecto a estas cosas. Los señores de los arrabales y la nobleza que gobiernan este desastre abominable que llaman la Dimensión Oscura saben que sólo están a dos días de la revolución en cualquier momento, y si nosotros añadimos algo a la balanza van a infligirnos un «castigo ejemplar a la vista de todos».

—De acuerdo —dijo Elena—. Toma, sujeta mi cuerda y entraré en la litera.

Pero no servía de gran cosa la cuerda, no una vez que estuvieron los dos sentados en la misma litera. Esta la transportaban cuatro hombres; no eran

hombres fornidos, sino hombres enjutos y nervudos, y todos de la misma altura, lo que proporcionaba un viaje cómodo.

De haber sido Elena una ciudadana libre, jamás habría permitido que la transportaran cuatro personas que (suponía) eran esclavos. De hecho, habría montado un buen alboroto al respecto, pero aquella charla que había tenido consigo misma en los muelles había calado hondo. Ella era una esclava, incluso aunque Damon no hubiese pagado a nadie para comprarla, y no tenía derecho a armar un escándalo por nada. En aquel lugar carmesí y maloliente podía imaginar que su alboroto podría incluso crear problemas a los portadores de la litera; hacer que su dueño o quienquiera que dirigiese el negocio del transporte en litera les castigase, como si fuese culpa suya.

El mejor plan A por el momento era mantener la boca cerrada.

Había mucho que ver de todos modos, ahora que habían pasado a través de un puente por encima de barriadas malolientes y callejones llenos de casas destartaladas. Empezaron a aparecer tiendas, al principio protegidas con fuertes barrotes y construidas en piedra sin pintar, luego edificios más respetables, y después, de improviso, estaban serpenteando a través de un bazar. Pero incluso aquí la impronta de la pobreza y la fatiga aparecía en demasiados rostros. Elena había esperado, en todo caso, una ciudad fría, negra y antiséptica con vampiros impasibles y demonios de ojos llameantes recorriendo las calles. En su lugar, todo lo que veía parecían humanos, y vendían cosas —desde medicinas a comida y bebida— que los vampiros no necesitaban.

Bueno, a lo mejor los kitsune y los demonios necesitaban esas cosas, razonó Elena, estremeciéndose ante la idea de lo que querría comer un demonio. En las esquinas había muchachas y muchachos de rostro duro, ligeros de ropa, y personas andrajosas de aspecto demacrado que sostenían patéticos letreros: UN RECUERDO A CAMBIO DE COMIDA.

—¿Qué significa eso? —preguntó Elena a Damon, pero él no le respondió inmediatamente.

—Así es como los humanos libres de la ciudad pasan la mayor parte de su tiempo —dijo él—. Así que recuerda eso, antes de que empieces a dedicarte a una de tus cruzadas…

Elena no escuchaba; tenía la vista puesta en uno de los que sostenían tales letreros. El hombre estaba horriblemente delgado, con una barba descuidada y

dientes cariados, pero lo peor era su expresión de ausente desesperación. De vez en cuando extendía una mano temblorosa en la que había una pequeña bola transparente, que balanceaba en la palma, farfullando:

—Un día de verano de cuando era joven. Un día de verano por una moneda de diez gelds.

La mitad de las veces no había nadie cerca cuando lo decía.

Elena se quitó un anillo de lapislázuli que Stefan le había dado y se lo tendió. No quería irritar a Damon saliendo de la litera, así que tuvo que decir: «Venga aquí, por favor», a la vez que le alargaba el anillo al hombre de la barba.

Él lo oyó, y se acercó a la litera con rapidez. Elena vio que se movía algo en la barba —piojos, tal vez— y se obligó a clavar la mirada en el anillo mientras decía.

—Tómelo. De prisa, por favor.

El anciano contempló el anillo con asombro como si fuese un banquete.

—No tengo cambio —gimió, alzando la mano y limpiándose la boca con la manga; parecía a punto de desplomarse al suelo inconsciente—. ¡No tengo cambio!

—¡No quiero cambio! —respondió Elena por entre el enorme nudo que se le había formado en la garganta—. Tome el anillo. De prisa o lo dejaré caer.

Él se lo arrebató de los dedos mientras los portadores de la litera volvían a ponerse en marcha.

—Que las Guardianas la bendigan, señora —dijo él, intentando mantener el trote de los porteadores de la litera—. ¡Que me oigan los que puedan! ¡Que Ellas la bendigan!

—En realidad no deberías —dijo Damon a Elena cuando la voz se hubo apagado tras ellos—. No conseguirá comida con eso, ¿sabes?

—Estaba hambriento —respondió Elena en voz queda, pues no podía explicar entonces que el hombre le había recordado a Stefan—. Era mi anillo —añadió, poniéndose a la defensiva—. Supongo que me dirás que se lo gastará en alcohol o en drogas…

—No, pero tampoco conseguirá comida con él. Conseguirá todo un banquete.

—Bueno, pues mucho me…

—En su imaginación. Obtendrá una esfera polvorienta con el recuerdo de

algún viejo vampiro de un banquete romano, o el recuerdo de alguien de la ciudad de uno de más reciente. Luego lo contemplará y contemplará una y otra vez mientras muere de inanición lentamente.

Elena estaba consternada.

—¡Damon! ¡De prisa! Tengo que regresar y encontrarle…

—No puedes, me temo. —Perezosamente, Damon alzó una mano, que sujetaba con firmeza su cuerda—. Además, hace rato que se fue.

—¿Cómo puede hacer eso? ¿Cómo podría nadie hacer eso?

—¿Cómo puede un enfermo de cáncer de pulmón negarse a dejar de fumar? Pero estoy de acuerdo en que esas esferas pueden ser las sustancias más adictivas de todas. Culpa a los kitsune por traer sus bolas estrella aquí y convertirlas en la forma de obsesión más popular.

—¿Bolas estrella? *¿Hoshi no tama?* -jadeó Elena.

Damon se la quedó mirando, mostrándose igualmente sorprendido.

—¿Conoces su existencia?

—Todo lo que sé es lo que Meredith investigó. Me dijo que a los kitsune se les representa a menudo con llaves… —le miró enarcando las cejas— o con bolas estrella. Y que los mitos cuentan que pueden poner parte o todo su poder en la bola, de modo que si tú la encuentras, puedes controlar al kitsune. Ella y Bonnie quieren encontrar las bolas estrella de Misao o Shinichi y obtener el control sobre ellos.

—Párate, corazón que no late —dijo Damon en tono teatral, pero al segundo siguiente era todo eficiencia—. ¿Recuerdas lo que el anciano ha dicho? ¿Un día de verano por una comida? Hablaba de esto.

Damon recogió la pequeña canica que el anciano había dejado caer en la litera y la sostuvo contra la sien de Elena.

El mundo desapareció.

Damon no estaba. Las vistas y los sonidos —sí, y los olores— del bazar ya no estaban. Ella estaba sentada sobre un verde césped que se ondulaba bajo una leve brisa y contemplaba un sauce llorón que se inclinaba hacia un arroyo que era color cobre y de un verde intenso a la vez. Flotaba un suave perfume en el aire… ¿madreselva y fresa? Algo delicioso que emocionó a Elena mientras se recostaba para fijar la mirada en la perfecta imagen de nubes blancas discurriendo por un cielo cerúleo.

Sentía… no sabía cómo expresarlo. Se sentía joven, pero en algún lugar de su mente sabía que en realidad era más joven que la personalidad ajena que se había adueñado de ella. Con todo, la emocionaba que fuese primavera y cada hoja verde y dorada, cada junquillo flexible, cada nube blanca ingrávida parecían regocijarse con ella.

Luego, de improviso, el corazón le empezó a martillear. Acababa de captar el sonido de una pisada detrás de ella. En un instante de briosa dicha estaba ya de pie, con los brazos extendidos presa del vehemente amor, de la salvaje devoción que sentía por…

¿… esta muchacha? Algo en el interior del cerebro del usuario de la esfera pareció replegarse presa de la perplejidad. La mayor parte de ello, no obstante, lo ocupaba la catalogación de las perfecciones de la muchacha que se había deslizado con paso tan ligero por la ondulante hierba: ¡los oscuros rizos que se apiñaban en el cuello, los centelleantes ojos verdes bajo cejas en arco, la suave tez encendida de las mejillas mientras reía con su amante, fingiendo huir con pies tan ligeros como los de cualquier elfo…!

Perseguida y perseguidor cayeron juntos sobre la mullida alfombra de larga hierba… y a continuación las cosas se tornaron rápidamente tan tórridas que Elena, la mente distante en el trasfondo, empezó a preguntarse cómo diablos podía pararlo. Cada vez que se llevaba la mano a la sien, buscando a tientas, era atrapada y besada hasta perder el aliento por… Allegra…, ése era el nombre de la chica, Allegra. Y Allegra era ciertamente hermosa, en especial a través de los ojos de este espectador en concreto. La suave piel de porcelana de la joven…

Y entonces, con un sobresalto igual de grande que el que había sentido cuando el bazar desapareció, éste volvió a aparecer. Ella era Elena; estaba de nuevo en la litera con Damon; había una algarabía de sonidos a su alrededor… y un millar de olores distintos, también. Pero respiraba con dificultad y parte de ella resonaba aún con el amor de John —ése había sido su nombre—, con el amor de John por Allegra.

—Pero sigo sin comprender —casi se lamentó.

—Es simple —respondió Damon—. Colocas un bola estrella en blanco del tamaño que quieras contra la sien y rememoras el momento que quieres grabar. La bola estrella hace el resto.

Desechó con un ademán el intento de Elena de interrumpirlo y se inclinó al

frente con una mirada traviesa en aquellos impenetrables ojos negros suyos.

—¿Tal vez obtuviste un día de verano especialmente cálido? —dijo, añadiendo en tono insinuante—: Estas literas tienen cortinas que puedes correr.

—No seas bobo, Damon —repuso ella, pero los sentimientos de John habían encendido los suyos, como pedernal aplicado a yesca.

No quería besar a Damon, se dijo con severidad. Quería besar a Stefan. Pero puesto que hacía un instante había estado besando a Allegra, aquél no parecía un argumento tan poderoso como podría parecer.

—No creo —empezó a decir, todavía sin aliento, mientras Damon alargaba las manos hacia ella— que esto sea muy buena…

Con un suave tironcito de la cuerda, Damon le desató las manos por completo. La habría retirado de ambas muñecas, pero Elena se volvió a medias al instante, sosteniéndose con aquella mano. Necesitaba el punto de apoyo.

Dadas las circunstancias, no obstante, no existía nada más elocuente, o más… excitante… que lo que Damon había hecho.

Él no había corrido las cortinas, pero Bonnie y Meredith estaban detrás de ellos en su propia litera, fuera de la vista, y, desde luego, fuera de la mente de Elena. Ésta sintió que la rodeaban unos brazos cálidos, e instintivamente se acurrucó en ellos, sintiendo una oleada de puro amor y reconocimiento por Damon, por haber comprendido que ella jamás podría hacer eso como una esclava con un amo.

«Los dos carecemos de amo», oyó ella en su cabeza, y recordó que cuando había atemperado la mayor parte de sus habilidades psíquicas había olvidado bajar el volumen de ésta. Oh, bueno, podría venirle bien…

«Pero a ambos nos gusta la adoración», respondió telepáticamente, y notó la risa de Damon en sus labios mientras él reconocía que aquello era cierto. No había nada más dulce en la vida de Elena estos días que los besos de Damon, y ella podría dejarse llevar de este modo eternamente, olvidando el mundo exterior. Y era algo bueno, porque tenía la sensación de que había mucha depresión en el exterior y no demasiada felicidad. Pero si podía siempre regresar a eso, a esa bienvenida, esa dulzura, ese éxtasis…

Elena dio una sacudida en la litera, echando el peso del cuerpo atrás a tal velocidad que los hombres que la transportaban casi se desplomaron.

—Eres un bastardo —susurró con voz cargada de veneno.

Seguían estando psíquicamente enredados, y le satisfizo ver que a través de los ojos de Damon ella era como una Afrodita vengativa: sus dorados cabellos se alzaron y se agitaron tras ella como una tormenta eléctrica, sus ojos brillaron de color violeta en medio de su furia elemental.

Y ahora, lo que era aún peor, la diosa volvió la cabeza para no mirarle.

—Ni un solo día —dijo—. ¡No podías mantener tu promesa un solo día siquiera!

—¡La he mantenido! ¡No te he influenciado, Elena!

—No me llames así. Tenemos una relación profesional ahora. Yo te llamaré «amo». Tú puedes llamarme «esclava» o «sierva» o lo que quieras.

—Si tenemos una relación profesional de amo y esclava —dijo Damon, con una expresión peligrosa en los ojos—, entonces simplemente puedo ordenarte que…

—¡Inténtalo! —Elena alzó los labios en lo que en realidad no era una sonrisa —. ¿Por qué no lo haces, y compruebas lo que sucede?

16

Damon decidió a todas luces abandonarse a la clemencia del tribunal, y adoptó una expresión lastimera y un poco trastornada, lo que podía fingir con facilidad siempre que quería.

—De verdad que no he intentado influenciarte —repitió, pero luego añadió a toda prisa—: Quizá podríamos cambiar de tema por un momento… Contarte más cosas sobre las bolas estrella.

—Eso —dijo Elena con su voz más gélida— podría ser una buena idea.

—Bien, las bolas efectúan grabaciones directamente de las neuronas, ¿comprendes? Las neuronas de tu cerebro. Todo lo que has experimentado alguna vez está ahí en alguna parte de tu mente, y la esfera simplemente lo extrae.

—¿De modo que siempre puedas recordarlo y contemplarlo también una y otra vez como una película? —preguntó Elena, jugueteando con el velo para ocultar su rostro a los ojos de Damon, y planteándose regalar una bola estrella a Alaric y a Meredith antes de que se casasen.

—No —respondió Damon en un tono más bien lúgubre—. No funciona así. Para empezar, el recuerdo desaparece de tu cabeza; son juguetes kitsune de lo que estamos hablando, ¿recuerdas? Una vez que la bola estrella lo ha sacado de tus neuronas, tú ya no recuerdas absolutamente nada sobre ese acontecimiento. En segundo lugar, la «grabación» que tiene la bola estrella se desvanece gradualmente… con el uso, con el tiempo, y por algunos otros factores que nadie comprende. Pero la bola se torna más nebulosa y las sensaciones pierden intensidad, hasta que finalmente no es más que una esfera de cristal vacía.

—Pero… ese pobre hombre estaba vendiendo un día de su vida. ¡Un día maravilloso! Yo pensaría que querría conservarlo.

—Ya le has visto.

—Sí. —Elena volvió a recordar al anciano piojoso, demacrado y de rostro ceniciento, y sintió algo parecido a hielo descendiéndole por la espalda al pensar que en una ocasión había sido el risueño y jubiloso joven John que ella había experimentado—. ¡Oh, qué triste! —dijo, y no hablaba sobre recuerdos.

Pero, por una vez, Damon no había estado siguiendo sus pensamientos.

—Sí —repuso—. Hay muchísimos pobres y ancianos aquí. Trabajaron hasta librarse de la esclavitud, o hasta la muerte de un propietario generoso… Y entonces es aquí donde acaban.

—Pero ¿y las bolas estrella? ¿Existen tan sólo para los pobres? Los ricos pueden viajar a la Tierra y ver un auténtico día de verano por sí mismos, ¿no?

Damon rió sin demasiada alegría.

—¡Oh, no, no pueden! La mayoría están confinados aquí.

Curiosamente usó la palabra «confinados». Elena aventuró:

—¿Demasiado ocupados para ir de vacaciones?

—Demasiado ocupados, demasiado poderosos para atravesar las salvaguardas que protegen a la Tierra de ellos, demasiado preocupados por lo que sus enemigos harán mientras ellos están fuera, demasiado decrépitos físicamente, con una reputación demasiado mala, demasiado muertos.

—¿Muertos?

El horror del túnel y la niebla que apestaba a cadáver parecieron estar a punto de envolver a Elena.

Damon le lanzó una de sus sonrisas perversas.

—¿Has olvidado que tu novio es *de mortius?* Por no mencionar a tu honorable amo. La mayoría de las personas, al morir, van a otro nivel distinto de éste; mucho más alto o más bajo. Este es el lugar para los malos, pero es el nivel superior. Más abajo…, bueno, nadie quiere ir allí.

—¿Como el Infierno? —musitó Elena—. ¿Estamos en el Infierno?

—Más bien el Limbo, al menos este lugar donde estamos. Luego está el Otro Lado. —Indicó con la cabeza hacia el horizonte donde el sol que se ponía seguía inmóvil—. La otra ciudad, que tal vez fuese el lugar al que fuiste durante tus «vacaciones» en la otra vida. Aquí simplemente lo llaman el «Otro Lado». Pero

puedo contarte dos rumores que oí de mis informadores. Aquello lo llaman la «Corte Celestial». Y allí, el cielo es de un azul cristalino y el sol siempre se está alzando.

—La Corte Celestial…

Elena olvidó que hablaba en voz alta. Instintivamente, supo que se trataba de la clase de corte que tiene reinas y caballeros y hechiceras, no un tribunal de justicia. Sería como Camelot. El simple hecho de pronunciar las palabras hizo aparecer una doliente nostalgia, y… no recuerdos, pero sí esa sensación parecida a tener algo en la punta de la lengua de que los recuerdos estaban encerrados tras una puerta. Una puerta, no obstante, que estaba cerrada a cal y canto, y todo lo que Elena pudo ver a través del ojo de la cerradura fueron hileras de más mujeres como las Guardianas, altas, de cabellos dorados y ojos azules, y una —con el tamaño de una criatura entre las mujeres adultas— que alzó los ojos y, de modo penetrante, desde muy lejos, trabó directamente la mirada con Elena.

La litera abandonaba ya el bazar para pasar al interior de más barriadas pobres, que Elena asimilaba con veloces ojeadas a cada lado de ella, ocultándose en su velo. Se parecían a cualquier arrabal, barrio pobre o f a vela de la Tierra…, sólo que eran peores. Niños con los cabellos teñidos de rojo por el sol se apelotonaban alrededor de la litera de Elena con las manos extendidas en un gesto que tenía un significado universal.

Elena sintió una sensación desgarradora en su interior al no tener nada de auténtico valor que darles. Sintió la necesidad de construir casas allí, de asegurarse de que aquellos niños tenían comida, agua potable, educación y un futuro por delante. Puesto que no tenía ni idea de cómo darles todo eso, les contempló alejarse corriendo con tesoros como su chicle con sabor a fruta, su peine, su minicepillo, su brillo labial, su botella de agua y sus pendientes.

Damon sacudió la cabeza negativamente, pero no la detuvo hasta que empezó a manipular torpemente el colgante de lapislázuli que Stefan le había entregado. Lloraba mientras intentaba soltar el cierre cuando de improviso el último pedazo de cuerda que le rodeaba la muñeca la refrenó.

—Se acabó —dijo Damon—. No entiendes nada. Ni siquiera hemos entrado en la ciudad propiamente dicha aún. ¿Por qué no echas una mirada a la arquitectura en lugar de preocuparte por mocosos inútiles que probablemente morirán de todos modos?

—Eres un insensible —replicó Elena, pero no se le ocurrió ningún modo de hacerle entrar en razón, y estaba demasiado furiosa con él para intentarlo.

Con todo, dejó de toquetear la cadena y miró más allá de los arrabales como Damon había sugerido. Allí pudo ver un impresionante paisaje recortado contra el cielo, con edificios que parecían pensados para durar toda la eternidad, construidos con piedras que tenían el aspecto que debían de haber tenido las pirámides egipcias y mayas en su época. Todo, sin embargo, mostraba un tinte rojo y negro a causa de un sol oculto ahora por sombríos bancos de nubes carmesíes. Aquel enorme sol rojo… daba al aire un aspecto distinto según los diferentes estados de ánimo. En ocasiones parecía casi romántico, centelleando en un gran río junto al que Elena y Damon pasaron, y resaltando una infinidad de diminutas olas en las calmadas aguas. En otras ocasiones, sencillamente parecía hostil y ominoso, y aparecía con claridad en el horizonte como un mal presagio monstruoso, tiñendo los edificios, sin importar lo espléndidos que éstos fuesen, con el color de la sangre. Cuando le dieron la espalda, al descender los portadores de la litera al interior de la ciudad donde estaban los enormes edificios, Elena pudo ver cómo les precedía la propia sombra negra, larga y amenazadora, que proyectaban.

—¿Bien? ¿Qué piensas? —Damon parecía estar intentando apaciguarla.

—Sigo pensando que esto parece el Infierno —dijo Elena lentamente—. Odiaría vivir aquí.

—Oh, pero ¿quién ha dicho que viviríamos aquí, mi Princesa de la Oscuridad? Regresaremos a casa, donde la noche es de un negro aterciopelado y la luna brilla, dándole a todo un matiz plateado.

Lentamente, Damon trazó una caricia en un dedo de la chica y ascendió por el brazo hasta el hombro, haciendo que la recorriera un escalofrío interior.

Ella intentó que el velo actuase de barrera contra él, pero era demasiado transparente, y él siguió lanzándole aquella sonrisa radiante, deslumbrante a través del blanco salpicado de diamantes —bueno, rosa nacarado, desde luego, debido a la luz— que estaba en su lado del velo.

—¿Tiene luna este lugar? —preguntó, intentando distraerle, pues sentía miedo, miedo de él, miedo de sí misma.

—Oh, sí; tres o cuatro, creo. Pero son muy pequeñas y por supuesto el sol jamás se pone, así que tampoco puedes verlas. No es… romántico. —Le sonrió

de nuevo, despacio esta vez, y Elena desvió la mirada.

Y al mirar, vio algo frente a ella que captó toda su atención. En una calle lateral una carreta había volcado, derramando enormes rollos hechos de piel y cuero, y había una mujer mayor, delgada y de aspecto hambriento, sujeta a la carreta como un animal, que yacía en el suelo, y un enfurecido hombre alto de pie junto a ella, descargando una lluvia de golpes con un látigo sobre el cuerpo indefenso de la mujer.

El rostro de la mujer estaba vuelto hacia Elena, contraído en una mueca angustiada, mientras ella intentaba fútilmente hacerse un ovillo con las manos sobre el estómago. Iba desnuda de cintura para arriba, pero a medida que el látigo le azotaba la carne, el cuerpo desde la garganta hasta la cintura se iba cubriendo de sangre.

Elena sintió que se henchía con los poderes de sus alas, pero por alguna razón ninguno acudió. Deseó con toda su circulante fuerza vital que algo —cualquier cosa— surgiera de sus hombros, pero no sirvió de nada. A lo mejor tenía algo que ver con su condición de esclava; a lo mejor era Damon, junto a ella, diciéndole con voz enérgica que no se involucrara.

Para Elena, las palabras de Damon no eran más que algo que puntuaba los latidos que le martilleaban en los oídos. Le arrancó la cuerda de las manos con un violento tirón, y luego salió precipitadamente de la litera. En seis o siete zancadas se plantó junto al hombre del látigo. Era un vampiro, y tenía los colmillos alargados ante la visión de sangre delante de él, pero no interrumpió en ningún momento los frenéticos latigazos. Era demasiado fuerte para que Elena pudiese con él, pero…

Con un paso más, Elena se colocó a horcajadas sobre la mujer, con ambos brazos extendidos en el ademán universal de protección y desafío. De una de sus muñecas colgaba un trozo de cuerda.

El propietario de la esclava no se sintió impresionado. Lanzó el siguiente latigazo, que alcanzó a Elena en la mejilla y al mismo tiempo abrió una gran brecha en el fino top veraniego, rasgando la camisola y marcando la carne que había debajo. A la vez que ella lanzaba una exclamación ahogada, la cola del látigo se abrió paso a través de los vaqueros como si la tela fuese mantequilla.

Se formaron lágrimas involuntariamente en los ojos de Elena, pero ella no les prestó atención y consiguió no emitir otro sonido que un grito ahogado. Y

todavía seguía exactamente en el mismo lugar con su gesto protector. Sentía cómo el viento le azotaba la blusa hecha jirones, mientras el intacto velo ondeaba a su espalda, como para proteger a la pobre esclava que se había desplomado contra la carreta destrozada.

Elena seguía intentando con desesperación sacar alguna clase de alas. Deseaba pelear con armas auténticas, y las tenía, pero no podía obligarlas a salir ni para salvarse ella ni para salvar a la desdichada esclava que tenía detrás; pero incluso sin ellas Elena sabía una cosa: aquel bastardo que tenía delante no volvería a tocar a su esclava, no a menos que antes cortara a pedacitos a Elena.

Alguien se detuvo a mirar con asombro, y alguien más salió corriendo de una tienda. Cuando los niños que habían estado yendo detrás de la litera la rodearon, gimiendo, se reunió una especie de multitud.

Al parecer, una cosa era ver a un comerciante apaleando a su agotada esclava; la gente de por allí debía de haber visto eso casi a diario. Pero ver cómo a aquella hermosa joven nueva le rasgaban la ropa a latigazos, a aquella chica de cabellos que eran como seda dorada bajo un velo dorado y blanco, y con ojos que tal vez rememoraban en algunos de ellos un cielo azul apenas recordado… era otra cosa. Por otra parte, la nueva muchacha era evidentemente una esclava bárbara recién llegada que a todas luces había humillado a su amo arrancando las correas de sus manos y estaba ahora allí de pie con su velo de inviolabilidad convertido en una burla. Un fenomenal teatro callejero.

Incluso teniendo en cuenta todo eso, el propietario de la esclava se preparaba para asestar otro golpe, alzando bien alto el brazo y disponiéndose a darle impulso con la espalda. Unas cuantas personas de la muchedumbre profirieron una exclamación ahogada; otros refunfuñaron indignados. El nuevo sentido del oído de Elena, puesto a todo volumen, pudo captar lo que susurraban. Una chica como ésta no estaba, destinada en absoluto a los barrios bajos; su destino debería haber sido el centro de la ciudad. Sólo el aura ya era suficiente para mostrarlo. De hecho, con aquellos cabellos dorados e intensos ojos azules, podría incluso ser una Guardiana procedente del Otro Lado. A saber…

El látigo que se había alzado jamás descendió. Antes de que pudiera hacerlo, centelleó un rayo negro —Poder puro— que desperdigó a la mitad de la multitud. Un vampiro, joven de aspecto y vestido con las ropas del mundo superior, la Tierra, se había abierto paso hasta colocarse entre la muchacha

dorada y el propietario de la esclava…, o más bien para alzarse amenazador sobre el ahora encogido propietario de la esclava. Los pocos integrantes de aquella multitud que no se habían sentido conmovidos por la muchacha inmediatamente sintieron que el corazón les latía con fuerza al verle. Era el propietario de la muchacha, sin duda, y ahora se ocuparía de la situación.

En ese momento, Bonnie y Meredith entraron en escena. Estaban reclinadas en la litera, decorosamente envueltas en sus velos, de un estrellado negro azulado el de Meredith y de un tenue verde claro el de Bonnie, y podrían haber sido una ilustración de *Las mil y una noches*.

Pero en cuanto vieron a Damon y a Elena, saltaron de la litera del modo más indecoroso. A aquellas alturas, la muchedumbre era tan compacta que abrirse paso hasta el frente requirió usar codos y rodillas, pero en tan sólo unos segundos se encontraron junto a Elena, con las manos desafiantemente desatadas o arrastrando cuerda que colgaba desafiadoramente suelta, y los velos flotando al viento.

Cuando por fin llegaron junto a Elena, Meredith lanzó una exclamación ahogada, y los ojos de Bonnie se abrieron de par en par y se quedaron así. Elena comprendió lo que veían. La sangre manaba profusamente del corte en el pómulo y la blusa no dejaba de abrirse por efecto del viento y mostraba la camisola desgarrada y ensangrentada. Una de las perneras de los vaqueros se tornaba roja a toda velocidad.

Pero, arrimada bajo la protección de la sombra de Elena, había una figura mucho más lastimosa aún. Y mientras Meredith alzaba el diáfano velo de Elena para ayudar a mantener su blusa cerrada y envolverla de nuevo en un manto de decoro, la otra mujer alzó la cabeza para mirar a las tres muchachas con los ojos de un animal aturdido y acorralado.

Detrás de ellas, Damon dijo en voz baja: «Voy a disfrutar con esto», a la vez que alzaba al fornido hombre en el aire con una mano y luego le mordía la garganta como una cobra. Sonó un alarido espantoso, que se prolongó un buen rato.

Nadie intentó inmiscuirse, y nadie intentó vitorear al propietario de la esclava o pelear.

Elena, escudriñando los rostros de la multitud, comprendió el motivo. Ella y sus amigas se habían acostumbrado a Damon; o se habían acostumbrado todo lo

que uno podía a su medio domesticado aire de ferocidad. Pero aquellas personas veían por primera vez a aquel joven vestido por completo de negro, de mediana estatura y complexión delgada, que compensaba la carencia de musculatura prominente con una ágil gracilidad letal. Esto quedaba aumentado por el don de dominar de alguna forma todo el espacio que le rodeaba, de modo que se convertía sin esfuerzo en el foco de cualquier situación; de la manera en que lo haría una pantera negra si paseara perezosamente por la calle atestada de una ciudad.

Incluso aquí, donde la amenaza y una apariencia de maldad total eran algo común, aquel joven irradiaba un grado de peligro que hacía que la gente quisiera mantenerse fuera de su línea de visión, y aún más de su camino.

Entretanto, Elena, Meredith y Bonnie miraban a su alrededor en busca de alguna clase de ayuda médica, o de algo limpio siquiera para taponar las heridas. Tras aproximadamente un minuto, comprendieron que la ayuda no iba a aparecer, así que Elena apeló a la muchedumbre.

—¿Alguien conoce a un médico? ¿Un sanador? —gritó.

Los espectadores se limitaron a contemplarla. Parecían poco dispuestos a involucrarse con una muchacha que estaba claro que había desafiado al demonio vestido de negro que en aquellos momentos le retorcía el pescuezo al propietario de la esclava.

—¿Así que a todos os parece bien —gritó Elena, oyendo la pérdida de control, la repugnancia y la furia de su propia voz— que un bastardo como ése azote a una mujer famélica y embarazada?

Unos cuantos ojos bajaron al suelo, hubo unas cuantas respuestas dispersas justificándose: «Era su amo, ¿no es cierto?». Pero un hombre más bien joven, que había estado recostado contra un carro detenido, se irguió.

—¿Embarazada? —repitió—. ¡No parece embarazada!

—¡Lo está!

—Bueno —dijo el hombre joven despacio—, si eso es cierto, él sólo estaba dañando su propia mercancía.

Echó una nerviosa ojeada al lugar donde Damon estaba ahora parado con la vista puesta en el difunto propietario de la esclava, cuyo rostro sin vida mostraba una horrenda mueca de intenso sufrimiento.

Aquello siguió dejando a Elena sin ayuda para una mujer que temía estuviese

a punto de morir.

—¿No sabe nadie dónde puedo encontrar un médico?

Sonaron ahora murmullos en varios tonos entre la multitud.

—Conseguiríamos algo más si pudiésemos ofrecerles dinero —empezó a decir Meredith.

Elena alargó la mano inmediatamente a su colgante, pero Meredith fue más rápida, desabrochó un lujoso collar de amatistas que llevaba al cuello y lo alzó.

—Esto es para el primero que nos indique dónde podemos encontrar a un buen médico.

Hubo una pausa mientras todo el mundo parecía valorar la recompensa y el riesgo.

—¿No tienes ninguna bola estrella? —preguntó una voz resollante, pero una vocecita aguda exclamó:

—¡Eso es bastante bueno para mí!

Una criatura —sí, un auténtico golfillo— se adelantó como una flecha, agarró la mano de Elena y señaló con el dedo, diciendo:

—El doctor Meggar, justo calle arriba. Está sólo a un par de manzanas; podemos ir andando.

La criatura iba envuelta en un viejo vestido hecho jirones, pero eso podría ser sólo para mantenerse caliente, porque él o ella llevaba puestos también un par de pantalones. Elena ni siquiera pudo deducir si era un niño o una niña hasta que la criatura le dedicó una inesperada sonrisa dulce y susurró:

—Soy Lakshmi.

—Yo soy Elena.

—Será mejor darnos prisa, Elena —indicó Lakshmi—. Las Guardianas llegarán en seguida.

Meredith y Bonnie habían conseguido que la aturdida esclava se pusiese en pie, pero ésta parecía sentir demasiado dolor para comprender si tenían intención de ayudarla o de matarla.

Elena recordó el modo en que la mujer se había acurrucado a la sombra de su cuerpo, así que posó una mano en el brazo ensangrentado de la mujer y dijo en voz queda:

—Ahora estás a salvo. Vas a ponerte bien. Ese hombre…, tu…, tu amo… está muerto y te prometo que nadie volverá a hacerte daño. Lo juro.

La mujer la contempló con incredulidad, como si lo que Elena decía fuese imposible. Como si vivir sin ser golpeada constantemente —incluso con toda la sangre Elena podía ver antiguas cicatrices, algunas de ellas gruesas como cordones, en la piel de la mujer— fuese algo demasiado alejado de la realidad para imaginarlo.

—Lo juro —repitió Elena, seria, con un semblante grave, pues comprendía que se trataba de una carga que asumía de por vida.

«Todo va bien —pensó, y comprendió que llevaba ya algún tiempo enviando sus pensamientos a Damon—. Sé lo que hago. Estoy dispuesta a hacerme responsable de esto.»

«¿Estás segura —le llegó la voz de Damon, más dubitativa de lo que la había oído nunca—. Porque te aseguro que no voy a ocuparme de ninguna vieja bruja cuando tú te canses de ella. Ni siquiera estoy seguro de estar dispuesto a ocuparme de lo que me vaya a costar haber matado a ese bastardo del látigo.»

Elena se volvió para mirarle. Lo decía en serio.

«Bien, ¿y entonces por qué le has matado?», exigió.

«¿Estás de broma? —Damon le provocó una sacudida con la vehemencia y el veneno que había en su pensamiento—. Te ha lastimado. Debería haberle matado más despacio», añadió, haciendo caso omiso de uno de los portadores de las literas que estaba arrodillado a su lado, sin duda preguntando qué hacer a continuación. Los ojos de Damon, no obstante, estaban puestos en el rostro de Elena, en la sangre que seguía manando de su corte. *«Il figlio de cafone»*, pensó Damon, tensando los labios hacia atrás para mostrar los dientes mientras bajaba la mirada hacia el cadáver, de modo que incluso el portador de la litera se escabulló a toda prisa a cuatro gatas.

—¡Damon, no dejes que se vaya! Tráelos a todos aquí ahora mismo… —empezó a decir Elena, y entonces, al oírse una especie de ahogada exclamación general a su alrededor, prosiguió telepáticamente: «No dejes que los portadores de las literas se marchen. Necesitamos una litera para transportar a esta desdichada hasta el médico. Y ¿por qué me mira todo el mundo de ese modo?».

«Porque eres una esclava, y acabas de hacer cosas que ningún esclavo haría y ahora me estás dando a mí, tu amo, órdenes.» La voz telepática de Damon era sombría.

«No es una orden. Es una…, oye, cualquier caballero ayudaría a una dama en

apuros, ¿no es cierto? Bien, pues aquí tienes cuatro y una está en un apuro realmente grande. No, tres lo están. Yo creo que voy a necesitar algunos puntos, y Bonnie está a punto de caer redonda al suelo.» Elena golpeaba metódicamente puntos débiles, y sabía que Damon sabía que lo hacía; pero éste ordenó a uno de los equipos de portadores que acudiera y recogieran a la esclava y al otro que llevara a sus chicas.

Elena permaneció con la mujer y acabó en una litera con todas las cortinas corridas. El olor a sangre le hacía notar un sabor a cobre en la boca que le producía ganas de llorar. Ni siquiera ella quería mirar con demasiada atención las heridas de la mujer, pero la sangre corría sobre la litera, y se encontró quitándose la blusa y la camisola y volviéndose a poner sólo la blusa para poder usar la otra prenda para cubrir un gran corte en diagonal sobre el pecho de la mujer. Cada vez que la mujer alzaba sus asustados ojos castaño oscuro hacia ella, Elena intentaba sonreírle de un modo alentador. Se hallaban profundamente sumergidas en algún punto de las trincheras de la comunicación, donde una mirada y un contacto significaban más que las palabras.

«No te mueras —pensaba Elena—. No te mueras, justo cuando tienes algo por lo que vivir. Vive por tu libertad, y por tu bebé.»

Y a lo mejor algo de lo que pensaba consiguió transmitirse a la mujer, porque se relajó sobre los cojines de la litera, aferrando la mano de Elena.

17

—Se llama Ulma —dijo una voz, y Elena bajó los ojos y se encontró con Lakshmi, que sujetaba hacia atrás las cortinas de la litera con una mano alzada por encima de la cabeza—. Todo el mundo conoce cómo se las gastaba el Viejo Drohzne con sus esclavos. Los azotaba hasta que perdía el sentido y luego esperaba que levantaran su *rickshaw* y siguieran transportando la carga. Mataba a cinco o seis al año.

—A ésta no la mató —murmuró Elena—. Ha tenido lo que merecía. —Oprimió la mano de Ulma.

Sintió un gran alivio cuando la litera se detuvo y Damon en persona apareció, justo cuando ella estaba a punto de negociar con uno de los portadores para que llevara en brazos a Ulma hasta el médico. Sin mostrar miramientos con sus ropas, Damon de todos modos se las arregló para transmitir desinterés incluso mientras levantaba a Ulma y hacía una seña con la cabeza a Elena para que le siguiera. Lakshmi se colocó ante él de un salto y encabezó la marcha al interior de un patio de piedra decorado con intrincados motivos y luego por un pasillo sinuoso con algunas puertas macizas de aspecto respetable. Finalmente, llamó con los nudillos a una de ellas y un hombre arrugado con una cabeza enorme y los más tenues restos de una barba rala abrió la puerta con cautela.

—¡No tengo *keterris* aquí! ¡Ni *hexen*, ni *zemeral*! ¡Y no hago conjuros de amor!

Entonces, atisbando con ojos miopes, su mirada pareció concentrarse en el pequeño grupo.

—¿Lakshmi? —dijo.

—Traemos a una mujer que necesita ayuda —dijo Elena con brusquedad—. Está embarazada, además. Usted es un médico, ¿verdad? ¿Un sanador?

—Un sanador con una habilidad relativa. Entrad. Adelante.

El médico apresuró el paso al interior de una habitación trasera y todos ellos le siguieron; Damon llevaba aún en brazos a Ulma. En cuanto llegó, Elena vio que el sanador se hallaba en la esquina de lo que parecía el atestado santuario de un mago, incluidas cosas propias del vudú y de las actividades de un curandero.

Elena, Meredith y Bonnie intercambiaron miradas nerviosas, pero entonces Elena oyó el chapoteo de agua y comprendió que el médico estaba en la esquina porque había una jofaina con agua allí, y se estaba lavando las manos a conciencia, arremangándose hasta los codos y creando gran cantidad de burbujas de espuma. Podría llamarse a sí mismo «sanador», pero de todos modos sabía lo que era la higiene básica, pensó.

Damon había depositado a Ulma sobre lo que parecía una camilla de reconocimiento limpia, cubierta con una sábana blanca. El médico le dedicó un asentimiento de cabeza. Luego, chasqueando la lengua, sacó una bandeja de instrumentos e hizo que Lakshmi fuera en busca de paños para limpiar los cortes y detener la intensa hemorragia. También abrió varios cajones para sacar bolsas muy olorosas y se subió a una escalera para bajar ramilletes de hierbas que estaban colgados del techo. Finalmente, abrió una cajita y tomó una pizca de rapé para sí mismo.

—Por favor, dése prisa —dijo Elena—. Ha perdido mucha sangre.

—Y tú no has perdido poca —repuso el hombre—. Me llamo Kephar Meggar…, y ésta debe de ser la esclava del amo Drohzne, ¿verdad? —Les miró detenidamente, dando de algún modo la impresión de que llevaba gafas, lo cual no era cierto—. Y vosotras debéis de ser esclavas también.

Contemple) fijamente la solitaria cuerda que Elena todavía llevaba, y luego a Bonnie y Meredith, que también las llevaban.

—Sí, pero…

Elena se interrumpió. Vaya infiltrada que estaba hecha. Había estado a punto de decir: «Pero no en realidad; es simplemente para cumplir con los convencionalismos». Así que se conformó con decir:

—Pero nuestro amo es muy diferente del suyo.

Sí que eran muy diferentes, se dijo. Para empezar, Damon no tenía el cuello

roto. Y por otra parte, por muy despiadado y letal que pudiese ser, él jamás golpearía a una mujer, y mucho menos le haría algo así. Parecía tener alguna clase de bloqueo interno contra ello… excepto cuando estaba poseído por Shinichi y no podía entonces controlar los propios músculos.

—¿Y aun así Drohzne os ha permitido traer a esta mujer a un sanador? —El hombrecillo se mostró dubitativo.

—No, él no nos lo habría permitido, estoy segura —respondió Elena, categórica—. Pero, por favor…, está sangrando y va a tener un bebé…

Las cejas del doctor Meggar ascendieron y descendieron. Pero, sin pedir a nadie que se fuese mientras la atendía, sacó un anticuado estetoscopio y escuchó con atención el corazón y los pulmones de Ulma. Le olió el aliento, y luego, con delicadeza, le palpó el abdomen por debajo de la ensangrentada camisola de Elena, todo con un aire profesional. Después inclinó sobre los labios de Ulma una botella marrón, de la que ella tomó unos cuantos sorbos, y la recostó de nuevo, a la vez que los ojos de ella se cerraban con un parpadeo.

—Ahora —dijo el hombrecillo—, descansa cómodamente. Necesitará bastantes puntos desde luego, y a ti tampoco te irían mal, pero eso tiene que decirlo tu amo, supongo. —El doctor Meggar pronunció la palabra «amo» con una clara insinuación de disgusto—. Pero casi puedo prometerte que no morirá. En cuanto a su bebé, no lo sé. Puede salir marcado como resultado de este asunto…, con marcas de nacimiento a rayas, tal vez…, o podría estar perfectamente bien. Pero con comida y descanso… —las cejas del doctor Meggar ascendieron y descendieron otra vez, como si le hubiese gustado decir eso a la cara del amo Drohzne—, debería recuperarse.

—Ocúpate de Elena primero, entonces —dijo Damon.

—¡No, no! —dijo Elena, apartando al médico de un empujón.

Parecía un hombre agradable, pero evidentemente por allí los amos eran los amos… y Damon era más imperioso y amedrentador que la mayoría.

Pero no, en este momento, para Elena, a quien no le importaba ella misma en ese preciso instante. Había hecho una promesa… y las palabras del doctor significaban que podría ser capaz de cumplirla. Eso era lo que le importaba.

Arriba y abajo, arriba y abajo, las cejas del doctor Meggar parecían dos orugas en una cinta elástica, aunque una se rezagaba un poco respecto a la otra. A todas luces, el comportamiento que éste observaba era anormal, incluso sujeto

a ser castigado por medios muy serios. Pero Elena sólo reparaba en él periféricamente, del modo en que reparaba en Damon.

—Ayúdela —dijo con vehemencia…, y contempló cómo las cejas del doctor salían disparadas hacia arriba como si tuviesen como objetivo el techo.

Elena había dejado escapar su aura; no por completo, gracias a Dios, pero había liberado sin la menor duda una ráfaga, como un fogonazo de relámpagos difusos en la habitación.

Y el médico, que no era un vampiro, sino simplemente un ciudadano corriente, lo había advertido. Lakshmi también lo había advertido e incluso Ulma se removió inquieta en la camilla de exploración.

«Voy a tener que ser muchísimo más cuidadosa», pensó Elena, y dirigió una veloz mirada a Damon, que estaba a punto de estallar, él mismo; pudo darse perfecta cuenta de ello. Demasiadas emociones, demasiada sangre en la habitación, y con la adrenalina de haber matado todavía vibrando en su riego sanguíneo.

¿Y cómo lo sabía ella?

Porque Damon tampoco lograba mantener un perfecto control de sí mismo, comprendió, ya que percibía cosas directamente de su mente. «Lo mejor es sacarlo de aquí rápidamente», pensó.

—Esperaremos fuera —dijo, agarrando a Damon del brazo, ante el evidente sobresalto del doctor Meggar, pues las esclavas, incluso las que eran hermosas, no actuaban de aquel modo.

—Id al patio —repuso el doctor, controlando con cuidado el semblante y hablando al aire entre Damon y Elena—. Lakshmi, proporciónales algunas vendas para que puedan parar la hemorragia de la joven. Luego regresa; puedes ayudarme.

»Sólo una pregunta —añadió mientras Elena y los demás empezaban a salir del cuarto—. ¿Cómo has sabido que esta mujer está embarazada? ¿Qué clase de hechizo puede revelártelo?

—Ninguno —respondió Elena con sencillez—. Cualquier mujer que la hubiera observado lo habría sabido.

Vio que Bonnie le lanzaba una mirada ofendida, pero Meredith siguió resultando inescrutable.

—Aquel esclavista horrible… Drogsie… o como se llamase… la azotaba por

delante —dijo Elena—. Y mire esos cortes profundos. —Se estremeció, contemplando dos azotes que cruzaban el esternón de Ulma—. En esas circunstancias, cualquier mujer habría intentado protegerse los pechos, pero ella intentaba cubrirse el vientre. Eso significaba que estaba embarazada, y en un estado bastante avanzado como para estar segura de ello, además.

Las cejas del doctor Meggar descendieron y se juntaron…, y a continuación alzó la vista hacia Elena como si mirara por encima de unas gafas. Luego asintió despacio.

—Coge unas cuantas vendas y detén tu hemorragia —le dijo… a Elena, no a Damon.

Al parecer, esclava o no, se había ganado alguna clase de respeto por parte de él.

Por otra parte, Elena parecía haber perdido privilegios con Damon; o al menos, él había aislado su mente de la suya de un modo del todo deliberado, dejándola con un muro en blanco que contemplar. Mientras esperaban, el vampiro hizo una imperiosa seña con la mano a Bonnie y Meredith.

—Aguardad aquí en el patio —dijo… No, ordenó—. No os mováis hasta eme el doctor salga. No dejéis que entre nadie por la puerta principal; cerradla ahora, y mantenedla así. Bien. Elena viene conmigo a la cocina… que es la puerta trasera. No quiero que me moleste nadie en absoluto a menos que una turba enfurecida amenace con incendiar la casa, ¿comprendéis? ¿Las dos?

Elena pudo ver como Bonnie estaba a punto de soltar abruptamente: «Pero ¡Elena sigue sangrando!», y Meredith convocaba reunión con ojos y cejas para decidir si llevaban a cabo una inmediata rebelión de la hermandad del velocirraptor. Todas conocían el plan A para ello: Bonnie se arrojaría a los brazos de Damon llorando o besándole apasionadamente, cualquiera que fuese la opción más apropiada a la situación, mientras Elena y Meredith caían sobre él desde los lados y hacían… Bueno, lo que fuese que tuviese que hacerse.

Elena, con un veloz relampagueo de sus propios ojos, lo había rechazado. Damon estaba enojado, sí, pero percibía que lo estaba más con Drohzne que con ella. La sangre le había perturbado, sí, pero estaba acostumbrado a controlarse en esas situaciones. Y ella necesitaba ayuda con las heridas, que habían empezado a

dolerle de verdad, desde el momento en que había oído que la mujer que había rescatado viviría, y podría incluso tener a su bebé. Pero si Damon tenía algo en mente, ella quería saber qué era… ya.

Con una última mirada rápida de aliento a Bonnie, Elena siguió a Damon a través de la puerta de la cocina. Ésta tenía un cerrojo. Damon lo miró y abrió la boca; Elena corrió el cerrojo y luego alzó los ojos hacia su «amo».

Damon estaba de pie junto al fregadero de la cocina, bombeando agua metódicamente, con una mano apretada contra la frente. El pelo le caía sobre los ojos y el agua lo salpicaba y mojaba, pero a él no parecía importarle.

—¿Damon? —dijo Elena con cierta vacilación—. ¿Te encuentras… bien?

Él no respondió.

«¿Damon?», probó ella telepáticamente.

«Dejé que resultases herida. Soy lo bastante rápido. Podría haber matado a ese bastardo de Drohzne con una descarga de Poder. Pero jamás imaginé que resultarías herida.» Su voz telepática estaba a la vez cargada de la amenaza más sombría imaginable y de una calma extraña y casi tierna; como si intentase mantener toda la ferocidad e ira encerradas lejos de ella.

«Ni siquiera pude decírselo… Ni siquiera pude enviarle un mensaje para decirle lo que era. No podía pensar. Él era un telépata; me habría oído. Pero yo no tenía palabras. Sólo podía chillar… mentalmente.»

Elena se sintió un poco mareada; un poco más de lo que ya se había estado sintiendo. ¿Damon sentía aquella angustia… por ella? ¿No estaba enojado por como ella había quebrantado normas de manera flagrante delante de multitudes, destrozando tal vez la tapadera del grupo? ¿No le importaba aparecer desaliñado?

—Damon —dijo; la había sorprendido de tal modo que lo dijo en voz alta—. No…, no importa. No es culpa tuya. Tú jamás me habrías permitido siquiera hacerlo…

—Pero ¡debería haber pensado que no preguntarías! Pensé que ibas a atacarle a él, a saltar sobre sus hombros y estrangularle, y estaba listo para ayudarte, a derribarle como dos lobos contra un gran ciervo. Pero tú no eres una espada, Elena. Pienses lo que pienses, eres un escudo. Debería haber sabido que recibirías el siguiente golpe. Y por mi culpa, conseguiste… —Desvió la mirada hacia el pómulo de Elena y se estremeció.

Luego pareció recuperar el control.

—El agua está fría, pero es pura. Tenemos que limpiar esos cortes y detener la hemorragia ya.

—Supongo que no habrá nada de Magia Negra por aquí —dijo Elena, en tono medio burlón; aquello iba a doler.

Sin embargo, Damon empezó a abrir alacenas inmediatamente.

—Aquí —dijo tras comprobar sólo tres de ellas, yendo hacia ella con gesto triunfal con una botella medio llena de Magia Negra—. Muchos médicos la tienen como medicina y anestésico. No te preocupes; le pagaré bien.

—Entonces creo que tú también deberías tomar un poco —se atrevió a indicar ella—. Vamos, nos hará bien a los dos. Y no será la primera vez.

Sabía que esa última frase le haría decidirse, pues sería un modo de recuperar algo que Shinichi le había quitado.

«De algún modo haré que Shinichi me devuelva todos los recuerdos que le quitó —decidió Elena, haciendo todo lo posible por ocultar sus pensamientos a Damon mediante ruido blanco—. No sé cómo hacerlo, y no sé cuándo tendré la oportunidad, pero juro que lo haré. Lo juro.»

Damon había llenado dos copas con el generoso vino de olor embriagador y le tendía ya una a Elena.

—Limítate a tomar unos sorbos primero —dijo, sin poder evitar caer en el papel de instructor—. Este es de una buena cosecha.

Elena sorbió un poco, luego se limitó a engullir. Estaba sedienta y el vino Magia Negra Clarion Loess no contenía nada de alcohol en él. Ciertamente no sabía como el vino normal; sabía a agua de manantial efervescente extraordinariamente refrescante a la que se había añadido el sabor de aterciopeladas uvas oscuras y dulces.

Damon, advirtió, había olvidado beber a su vez, y cuando le ofreció una segunda copa para que acompañase a la suya, ella aceptó de buen grado.

Lo que estaba claro era que el aura de Damon se había tranquilizado una barbaridad, se dijo Elena, mientras él tomaba un paño húmedo y empezaba, con delicadeza, a limpiarle el corte que seguía casi exactamente la línea del pómulo. Había sido el primero que había dejado de sangrar, pero ahora él necesitaba conseguir que la sangre volviera a manar, para limpiarlo. Con dos copas de Magia Negra además de no haber comido nada desde el desayuno, Elena se

encontró relajándose contra el respaldo de la silla, a la vez que permitía que la cabeza cayese hacia atrás un poco y cerraba los ojos. Perdió la noción del tiempo, mientras él pasaba el paño con suavidad por el corte. Y perdió el estricto control de su aura.

Cuando abrió los ojos no fue en respuesta a un sonido, ni a un estímulo visual; fue debido a una llamarada en el aura de Damon, una de repentina determinación.

—¿Damon?

Estaba de pie observándola con atención, y su oscuridad se había ensanchado tras él como una sombra, alta y amplia y casi hipnótica. Definitivamente, casi aterradora.

—¿Damon? —repitió ella, vacilante.

—No estamos haciendo esto bien —dijo él, y los pensamientos de Elena se trasladaron rápidamente a su desobediencia como esclava, y a las infracciones menos graves de Bonnie y Meredith.

Pero la voz de Damon era como terciopelo negro, y el cuerpo de Elena respondió a ella con mayor precisión que su mente. Se estremeció.

—¿Cómo… hemos de hacerlo? —preguntó ella, y entonces cometió el error de abrir los ojos.

Descubrió que estaba inclinado sobre ella, que seguía sentada en la silla, acariciando —no, simplemente tocando— sus cabellos con tanta suavidad que ella ni siquiera se había dado cuenta.

—Los vampiros sabemos cómo ocuparnos de las heridas —dijo él en tono confidencial, y sus ojos enormes que parecían contener su propio universo de estrellas capturaron y retuvieron los de ella—. Podemos limpiarlas. Podemos hacer que vuelvan a sangrar… o que paren.

«Yo me he sentido así antes —pensó Elena—. Me ha hablado de este modo antes, también, incluso si no lo recuerda. Y yo…, yo estaba demasiado asustada. Pero eso fue antes de…»

Antes del motel. La noche en que le había dicho que huyese, y ella no lo había hecho. La noche que Shinichi le había robado, del mismo modo que había cogido la primera vez que habían compartido Magia Negra.

—Muéstramelo —susurró Elena.

Y sabía que algo más susurraba en su mente. Susurraba palabras diferentes,

palabras que jamás habría dicho de haberse considerado a sí misma una esclava.

Susurraba: «Soy tuya…».

Fue entonces cuando sintió cómo la boca de Damon rozaba levemente la suya.

Y a continuación se limitó a pensar: «¡Oh!» y «¡Oh, Damon…!», hasta que él pasó a rozarle con delicadeza la mejilla con la sedosa lengua, manipulando sustancias químicas primero para hacer que la sangre purificadora manase, y finalmente, cuando todas las impurezas habían sido eliminadas con suavidad, para detener la sangre y cicatrizar la herida. Pudo sentir entonces cómo el Poder de Damon, el oscuro Poder que había usado en un millar de combates para infligir cientos de heridas mortales, era contenido rigurosamente para concentrarse en aquella tarea sencilla y doméstica, para curar la marca de un latigazo en la mejilla de una joven. Elena se dijo que era como estar siendo acariciada con los pétalos de aquella rosa Magia Negra, como si los fríos y suaves pétalos erradicaran con delicadeza el dolor, hasta hacerla estremecer de placer.

Y entonces cesó. Elena supo que una vez más había tomado demasiado vino. Pero en esta ocasión no sintió ganas de vomitar. La engañosamente floja bebida se le había subido a la cabeza, achispándola, y todo había adoptado un carácter irreal y nebuloso.

—Ahora acabará de curar bien —anunció Damon, volviendo a tocarle los cabellos con tal suavidad que el roce era casi imperceptible.

Pero esta vez Elena sí lo sintió, porque envió dedos de Poder al encuentro de la sensación para disfrutar de ella. Y, una vez más, Damon la besó, muy levemente, con los labios rozándola apenas. Cuando ella echó la cabeza atrás, sin embargo, él no la acompañó, ni siquiera cuando, decepcionada, intentó ejercer presión sobre la parte posterior de su cuello. Damon se limitó a aguardar para que Elena reflexionara con calma.

«No deberíamos besarnos. Meredith y Bonnie están justo al lado. ¿Cómo me meto en situaciones como ésta? Pero Damon ni siquiera me está intentando besar… y se supone que tenemos que… ¡Oh!»

Las otras heridas.

Realmente dolían. ¿A qué persona cruel se le había ocurrido un látigo como aquél, se dijo Elena, con una tralla afilada como una cuchilla que hería tan

profundamente que ni siquiera dolía al principio…, o no tanto…, pero que empeoraba más y más con el paso del tiempo? Y seguía sangrando… «Se supone que debemos detener la sangre hasta que el doctor pueda verme…»

Pero la siguiente herida, la que ardía como fuego en aquellos momentos, le cruzaba en diagonal la clavícula. Y la tercera estaba cerca de la rodilla…

Damon empezó a ponerse en pie, para coger otra tela del fregadero y limpiar el corte con agua.

Elena le retuvo.

—No.

—¿No? ¿Estás segura? —Sí.

—Todo lo que quiero es limpiarla…

—Lo sé.

Sí lo sabía, porque él tenía la mente abierta a ella, con todo su poder turbulento discurriendo transparente y sosegado. No sabía por qué se había abierto a ella de aquel modo, pero lo había hecho.

—Pero deja que te lo advierta, no empieces a donar tu sangre a algún vampiro moribundo; no dejes que nadie la deguste. Es peor que el vino Magia Negra…

—¿Peor? —Sabía que él le estaba haciendo un cumplido, pero no comprendía.

—Cuanto más bebes, más quieres beber —respondió Damon, y, por un momento, Elena vio la turbulencia que había provocado en aquellas aguas tranquilas—. Y cuanto más bebes, más Poder puedes absorber —añadió con seriedad.

Elena reparó en que jamás había pensado en ello como un problema, pero lo era. Recordó el dolor atroz que había experimentado al intentar absorber su propia aura antes de haber aprendido cómo mantenerla en movimiento junto al riego sanguíneo.

—No te inquietes —añadió él, todavía en tono serio—; sé en quién estás pensando.

Volvió a hacer intención de coger un trapo. Pero, sin saberlo, había dicho demasiado, se había permitido ir demasiado lejos.

—¿Tú sabes en quién estoy pensando? —inquirió Elena en voz baja, y le sorprendió hasta qué punto podía sonar peligrosa su propia voz, como el andar

quedo de las pesadas patas de una tigresa—. ¿Sin preguntármelo?

Damon intentó escabullirse con diplomacia.

—Bueno, he supuesto…

—Nadie puede saber lo que pienso —dijo Elena—; hasta que yo se lo digo.

Avanzó y le hizo arrodillarse para mirarla, inquisidoramente. Con avidez.

A continuación, del mismo modo que había sido ella quien le había hecho arrodillar, fue ella quien lo atrajo hacia su herida.

18

Elena regresó al mundo real lentamente, luchando contra ello todo el tiempo. Hundió sus uñas en el cuero de la chaqueta de Damon, se encontró preguntándose por un momento si quitársela ayudaría, y luego su estado anímico quedó hecho añicos otra vez por aquel sonido: un golpear seco e imperioso.

Damon alzó la cabeza y gruñó.

«Somos un par de lobos, ¿verdad? —pensó Elena—. Que pelean con uñas y dientes.»

Pero otra parte de su mente aportó: «Eso no detiene los golpes en la puerta. Advirtió a aquellas chicas de que…»

¡Aquellas chicas! ¡Bonnie y Meredith! ¡Y él les había dicho que no les interrumpieran a menos que la casa estuviese en llamas!

«Pero el médico… ¡Oh, cielos, algo le ha sucedido a aquella desdichada mujer! ¡Se está muriendo!»

Damon seguía gruñendo, con un vestigio de sangre en los labios. No era más que un vestigio, porque su segunda herida realmente había cicatrizado tan completamente como la primera, la que le cruzaba el pómulo. Elena no tenía ni idea de cuánto tiempo había transcurrido desde que había tirado de Damon hacia ella para que besase el corte. Pero ahora, con la sangre de Elena en las venas e interrumpido su disfrute, él era como una pantera negra sin domar en sus brazos.

No sabía si podría detenerle o siquiera hacer que se lo tomara con más calma sin usar puro Poder sobre él.

—¡Damon! —dijo en voz alta—. Ahí fuera…, ésas son nuestras amigas. ¿Recuerdas? Bonnie y Meredith. Y el sanador.

—Meredith —dijo Damon, y una vez más sus labios se tensaron hacia atrás, dejando al descubierto unos colmillos espantosamente largos.

Seguía fuera de la realidad, y si veía a Meredith ahora…, pensó Elena; ¡oh sí!, claro que sabía cómo desasosegaba a Damon su lógica y reflexiva amiga. Veían el mundo a través de ojos distintos, y ella le irritaba igual que un guijarro en el zapato. Pero justo ahora él podría abordar aquel desasosiego de un modo que dejaría a Meredith convertida en un cadáver hecho trizas.

—Deja que vaya a ver —dijo ella, cuando sonó de nuevo la llamada… ¿Es que no podían parar? ¿Acaso no tenía suficiente de lo que ocuparse?

Los brazos de Damon se limitaron a cerrarse con más fuerza a su alrededor. Sintió un fogonazo de exasperación, porque sabía que, al mismo tiempo que la refrenaba, él contenía a su vez mucha de su propia fuerza; no quería aplastarla, como podría suceder si usaba una décima parte del poder que poseían sus fuertes músculos por sí solos.

La oleada de sentimiento que la envolvió la obligó a cerrar los ojos por un instante, impotente, pero sabía que ella tenía que ser la voz de la cordura allí.

—¡Damon! Podrían estarnos advirtiendo… o Ulma podría haber muerto.

La palabra «muerte» consiguió llegar hasta él. Sus ojos eran rendijas, la luz rojo sangre que penetraba por los postigos de la cocina proyectaba barras rojas y negras sobre su rostro, haciendo que resultara más apuesto —y más diabólico— que nunca.

—Tú te quedas aquí —dijo Damon, tajante, sin querer ser ni un «amo» ni un «caballero»; era simplemente una bestia salvaje que protegía a su compañera, la única criatura del mundo que no significaba competencia para conseguir alimento.

No se podía discutir con él, no en aquel estado. Elena permanecería allí. Damon haría lo que fuese necesario hacer, y Elena se quedaría allí durante tanto tiempo como él quisiera.

La verdad era que Elena no sabía a quién pertenecían estos últimos pensamientos, pues Damon y ella seguían intentando desenredar sus emociones. Decidió vigilarle y sólo si realmente se descontrolaba…

«No quieras verme fuera de control.»

Percibir cómo pasaba bruscamente de puro instinto animal a gélido y perfecto dominio mental resultaba más aterrador aún que el animal por sí solo.

No sabía si Damon era la persona más cuerda que había conocido nunca o simplemente la que mejor sabía disimular su salvajismo. Mantuvo la desgarrada blusa cerrada y le observó dirigirse con una gracia natural hacia la puerta y luego, bruscamente, con violencia, arrancarla casi de sus goznes.

Nadie cayó; nadie había estado escuchando su conversación privada. Pero Meredith estaba allí de pie, conteniendo a Bonnie con una mano, y con la otra alzada, lista para volver a llamar.

—¿Sí? —inquirió Damon en tono glacial—. Creía haberos dicho…

—Ya sé lo que dijiste, por eso estoy aquí —dijo Meredith, en un insólito intento de suicidarse al interrumpir a aquel Damon desenfrenado.

—¿Por qué? —rugió Damon.

—Hay una turba fuera que amenaza con incendiar todo el edificio hasta los cimientos. No sé si están alterados por lo de Drohzne, o porque nos llevamos a Ulma, pero están enfurecidos por algo, y traen antorchas. No quería interrumpir el… tratamiento… de Elena, pero el doctor Meggar dice que no quieren escucharle. El es un humano.

—Había sido un esclavo —añadió Bonnie, liberándose de la llave en el cuello con la que Meredith la inmovilizaba; miró a Damon con castaños ojos llorosos y las manos extendidas—. Únicamente tú puedes salvarnos —dijo, traduciendo el mensaje de su mirada en palabras… Lo que significaba que la cosa era realmente seria.

—De acuerdo, de acuerdo. Iré a ocuparme de ellos. Vosotras ocupaos de Elena.

—Desde luego, pero…

—No.

O bien Damon se había vuelto temerario debido a la sangre —y los recuerdos que todavía impedían a Elena formar una frase coherente— o de algún modo había superado su desagrado por Meredith. Posó las manos sobre los hombros de la joven y, puesto que era sólo unos cuatro o cinco centímetros más alto que ella, no tuvo problemas para retenerle la mirada y ordenar:

—Tú ocúpate personalmente de Elena. Aquí ocurren tragedias cada minuto del día: tragedias imprevisibles, horribles, letales. No quiero que una de ellas le suceda a Elena.

Meredith le miró durante un largo rato, y por una vez no consultó a Elena

con los ojos antes de responder a una pregunta que tenía que ver con ella. Se limitó a contestar: «La protegeré», en una voz baja que sin embargo llegó hasta Elena. Por su postura, por su tono, casi pudo oírse la adición no pronunciada de «con mi vida»…, y ni siquiera pareció melodramático.

Damon la soltó, cruzó la puerta a grandes zancadas, y sin una mirada atrás desapareció de la vista de Elena. Pero su voz mental sonó cristalina en la mente de la muchacha: «Estarás a salvo si existe algún modo de salvarte. Lo juro».

Si existía algún modo de salvarla. Maravilloso. Elena intentó volver a darle al pedal de arranque de su cerebro.

Tanto Meredith como Bonnie la miraban fijamente. Elena inhaló profundamente, y de modo automático se dejó arrastrar de vuelta a los viejos tiempos, cuando una chica recién llegada de una tórrida cita podía esperar verse obligada a rendir un informe largo y concienzudo.

Pero todo lo que Bonnie dijo fue:

—¡Tu cara… tiene mucho mejor aspecto ahora!

—Sí —respondió Elena, usando los dos extremos de la blusa para atar un improvisado top a su alrededor—. La pierna es el problema. No… no hemos acabado con ella aún.

Bonnie abrió la boca, pero la cerró con decisión, lo que en ella era una muestra de heroicidad similar a la promesa de Meredith a Damon. Cuando volvió a abrirla fue para decir:

—Coge mi pañuelo y átalo alrededor de la pierna. Podemos doblarlo lateralmente y hacer un lazo sobre el lado herido. Eso mantendrá la presión sobre él.

—Creo que el doctor Meggar ha terminado con Ulma —indicó Meredith—. Quizá pueda verte.

En la otra habitación, el médico volvía a lavarse las manos, usando una gran bomba para echar más agua en el lavamanos. Había un montón de paños intensamente teñidos de rojo y un olor que Elena agradeció que el médico hubiese camuflado con hierbas. Asimismo, en un sillón grande y de aspecto cómodo había sentada una mujer a la que Elena no reconoció.

El sufrimiento y el terror podían cambiar a una persona, Elena lo sabía, pero jamás habría sido capaz de comprender hasta qué punto… ni hasta qué punto el alivio y el verse libre del dolor podían cambiar un rostro. Había traído con ella a

una mujer que se acurrucaba hasta tener casi el tamaño de un niño en la mente de Elena, y cuyo rostro delgado y devastado, contraído por el sufrimiento y un temor constante, había parecido casi una especie de pintura abstracta de una vieja bruja goblin. La tez había mostrado un color gris enfermizo, los ralos cabellos apenas habían parecido suficientes para cubrirle la cabeza, y sin embargo habían colgado en mechones igual que algas. Todo en ella decía a gritos que era una esclava, desde las argollas de hierro que le rodeaban las muñecas, a su desnudez y su cuerpo lleno de cicatrices y ensangrentado, sin olvidar los pies descalzos y roñosos. Elena ni habría podido decir de qué color tenía los ojos la mujer, pues habían parecido tan grises como el resto de ella.

En aquellos momentos, Elena tenía ante ella a una mujer que tendría quizá entre treinta y treinta y cinco años, de rostro enjuto, atractivo y en cierto modo aristocrático, con una pronunciada nariz patricia, ojos oscuros de mirada aguda y hermosas cejas que parecían las alas de una ave en vuelo. Reposaba en el sillón, con los pies colocados sobre una otomana, cepillándose lentamente el pelo, que era oscuro con algún que otro mechón canoso que proporcionaba un aire de dignidad a la sencilla bata azul oscura que llevaba puesta. El rostro tenía arrugas que le daban carácter, pero en general se percibía una especie de ternura anhelante en ella, tal vez debido al apenas perceptible bulto del abdomen, sobre el que ahora posó una mano con delicadeza. Al hacerlo, el color inundó su rostro y toda ella resplandeció.

Por un instante, Elena pensó que debía de ser la esposa o ama de llaves del médico y sintió la tentación de preguntar si Ulma, la desdichada esclava, había muerto.

Entonces vio lo que un puño de la bata azul oscuro no podía ocultar del todo: una breve visión de un brazalete de hierro.

Aquella delgada y morena mujer aristocrática era Ulma. El doctor había hecho un milagro.

Un sanador, se había denominado. Era evidente que, al igual que Damon, podía cicatrizar heridas, porque nadie que hubiese sido azotado como Ulma habría podido restablecerse hasta ese punto sin alguna magia potente. Intentar coser simplemente la masa ensangrentada que Elena había traído era evidente que había sido imposible, y por lo tanto el doctor Meggar las había cicatrizado.

Elena no había pasado nunca por una situación como aquélla, así que echó

mano de los buenos modales que le habían enseñado en Virginia.

—Es un placer conocerla, señora. Soy Elena —dijo, y le tendió la mano.

El cepillo cayó sobre el sillón y la mujer alargó ambas manos para tomar la de Elena entre las suyas. Aquellos penetrantes ojos oscuros parecieron devorar el rostro de la joven.

—Eres ella —dijo la mujer, y entonces, balanceando los pies calzados con zapatillas fuera de la otomana, se dejó caer de rodillas.

—¡Oh, no, señora! ¡Por favor! Estoy segura de que el doctor le ha dicho que descanse. Ahora es mejor que esté sentada tranquilamente.

—Pero tú… eres ella.

Por algún motivo, la mujer parecía necesitar confirmación. Y Elena estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para apaciguarla.

—Soy ella —respondió—. Y ahora creo que debería volver a sentarse.

La obediencia fue inmediata, y con todo había una especie de jubilosa luz en torno a todo lo que Ulma hacía. Elena lo comprendía tras sólo unas pocas horas de esclavitud. Obedecer cuando uno tenía elección era totalmente distinto a hacerlo porque la desobediencia podía significar la muerte.

Pero a la vez que se sentaba, Ulma extendió las manos.

—¡Mírame! ¡Querido serafín, diosa, Guardiana…, lo que sea que seas: mírame! Tras tres años de vivir como una bestia vuelvo a ser humana… ¡gracias a ti! Viniste como un ángel relampagueante y te colocaste entre el látigo y yo.

Ulma empezó a llorar, pero parecían lágrimas de alegría. Escudriñó con los ojos el rostro de Elena, deteniéndose un buen rato en la cicatriz del pómulo.

—Pero no eres una Guardiana; ellas tienen magias que las protegen y jamás interfieren. En tres años, jamás han interferido. He visto a todos mis amigos, a mis compañeros esclavos, caer bajo su látigo y su cólera. —Sacudió la cabeza, como si fuese incapaz, físicamente, de pronunciar el nombre de Drohzne.

—Lo siento tanto…, tanto…

Elena no encontraba las palabras. Echó una veloz mirada atrás y vio que Bonnie y Meredith también estaban acongojadas.

—No importa. He oído que tu pareja le mató en la calle. —Se lo he contado yo —anunció Lakshmi con orgullo. La pequeña había entrado en el cuarto sin que nadie lo advirtiera.

—¿Mi pareja? —balbució Elena—. Bueno, él no es mi… Quiero decir, él y

yo…, nosotros…

—Es nuestro amo —dijo Meredith sin andarse por las ramas, desde detrás de Elena.

Ulma seguía mirando a Elena con el corazón en los ojos.

—Cada día rezaré para que tu alma ascienda de este lugar.

Elena se sobresaltó.

—¿Las almas pueden ascender desde aquí?

—Desde luego. Arrepentimiento y buenas acciones pueden conseguirlo, y las oraciones de otros son siempre tenidas en consideración, creo.

«Desde luego no hablas como una esclava», reflexionó Elena. Intentó pensar un modo de expresarlo con delicadeza, pero estaba confusa y la pierna le dolía y tenía las emociones alborotadas.

—Usted no habla como…, bueno, como yo esperaría que hablara una esclava —dijo—. ¿O simplemente estoy siendo una estúpida?

Vio cómo aparecían lágrimas en los ojos de Ulma.

—¡Dios mío! Por favor, olvide mi pregunta. Por favor…

—¡No! No hay nadie a quien desee más contárselo. Si quieres oír cómo llegué a este estado de degradación… —Ulma aguardó, observando a Elena; estaba claro que el mínimo deseo de Elena era una orden para la mujer.

Elena miró a Meredith y a Bonnie. Ya no oía más ruidos de gritos fuera en la calle y el edificio ciertamente no parecía en llamas.

Por suerte, en aquel momento, el doctor Meggar volvió a acercarse.

—¿Todo el mundo se conoce ya? —preguntó mientras las cejas se movían en sentidos opuestos ahora; una arriba, una abajo; también llevaba en la mano los restos de una botella de Magia Negra.

—Sí —respondió Elena—, pero justo me preguntaba si deberíamos intentar desalojar el lugar o hacer algo. Al parecer había una muchedumbre que…

—La pareja de Elena va a darles algo en lo que pensar —declaró Lakshmi con entusiasmo—. Han ido todos al Lugar de Encuentro para solucionar lo de las propiedades de Drohzne. Apuesto a que romperá unas cuantas crismas y regresará en seguida —añadió alegremente, sin dejar la menor duda sobre a quién se refería—. Ojalá fuese un chico para poder verlo.

—Has sido más valiente que cualquier chico; tú nos has traído hasta aquí —le dijo Elena.

En seguida consultó a Meredith y a Bonnie con los ojos. Daba la impresión de que el jaleo se había trasladado a otra parte, y Damon era un maestro en el arte de salir airoso de cualquier jaleo. También podría… necesitar pelear, para deshacerse del exceso de energía proporcionado por la sangre de Elena. Lo cierto era que un jaleo podría serle beneficioso, se dijo ella.

Miró al doctor Meggar.

—¿Estará bien mi… estará bien nuestro amo, cree usted?

Las cejas del médico ascendieron y descendieron.

—Probablemente tendrá que pagar a los parientes del viejo Drohzne un precio de sangre, pero no debería ser demasiado elevado. Luego puede hacer lo que quiera con las propiedades del viejo bastardo —dijo—. Yo diría que el lugar más seguro para vosotras ahora mismo es aquí, lejos del Lugar de Encuentro. —Pasó a reforzar tal opinión sirviendo copas para todos (copas de licor) de vino Magia Negra—. Es bueno para los nervios —indicó, y tomó un sorbo.

Ulma le dedicó su hermosa sonrisa reconfortante, mientras él pasaba la bandeja.

—Gracias… y gracias… y gracias —dijo la mujer—. No os aburriré con mi historia…

—¡No, cuéntenosla; cuéntenosla, por favor!

Ahora que no existía un peligro inmediato para sus amigas o para Damon, Elena estaba ansiosa por escuchar el relato. Todos los demás asentían también.

Ulma se sonrojó un poco, pero empezó a explicar en tono sosegado:

—Nací durante el reinado de Kelemen II —dijo—. Estoy segura de que eso no significa nada para nuestras visitantes pero sí mucho para aquellos que le conocieron a él y a sus… veleidades. Estudié con mi madre, que se convirtió en una diseñadora de moda muy popular. Mi padre era un diseñador de joyas casi tan famoso como ella. Tenían una finca en las afueras de la ciudad y podían permitirse una casa tan magnífica como la de muchos de sus acaudalados clientes, aunque tenían cuidado de no mostrar hasta dónde llegaba su riqueza. Yo era la joven lady Ulma entonces, no Ulma *la mujerzuela*. Mis padres hacían todo lo posible por mantenerme oculta, por mi propia seguridad. Pero…

«Ulma…, lady Ulma», pensó Elena, calló y tomó un gran sorbo de vino. La mirada le había cambiado; veía cosas del pasado e intentaba no trastornar a sus oyentes. Pero justo cuando Elena estaba a punto de pedirle que parara al menos

hasta que se sintiera mejor, ella prosiguió.

—Pero a pesar de todo su cuidado…, alguien… me vio de todos modos y exigió mi mano en matrimonio. No fue Drohzne, él era sólo un peletero de las Regiones Remotas, y jamás le había visto hasta hace tres años. De quien hablo era un lord, un general, un demonio con una reputación terrible… y mi padre rechazó su petición. Cayeron sobre nosotros por la noche. Yo tenía catorce años cuando sucedió. Y así es como me convertí en una esclava.

Elena descubrió que sentía un dolor emocional que procedía directamente de la mente de Ulma. «¡Oh, cielos! He vuelto a hacerlo», pensó, mientras se apresuraba a bajar la intensidad de sus sentidos psíquicos.

—Por favor, no es necesario que nos cuente esto. Quizá en otra ocasión…

—Me gustaría contártelo… a ti…, de modo que sepas lo que has hecho. Y preferiría contarlo sólo una vez. Pero si no deseas oírlo…

La educación y los sentimientos entraron en conflicto.

—No, no, si lo quiere… Adelante. Sólo…, sólo quería que supiese lo mucho que lo siento. —Elena dirigió una veloz mirada al doctor, que la esperaba pacientemente junto a la camilla con la botella marrón en las manos—. Y si no le importa, me gustaría ver mi pierna… ¿curada?

Fue consciente de que había dicho la última palabra con reservas, preguntándose cómo alguien podía poseer el poder de curar a Ulma de aquella manera. No le sorprendió cuando él meneó la cabeza.

—O cosida, más bien, mientras usted habla, si no le importa —siguió Elena.

Hicieron falta varios minutos para superar la conmoción y angustia de lady Ulma por haber mantenido a su salvadora esperando, pero por fin Elena estuvo sobre la camilla, con el doctor animándola a beber de la botella, que olía igual que el jarabe de cerezas para la tos.

Oh, bueno, más valía que probase la versión de la Dimensión Oscura de la anestesia…, porque estaba claro que los puntos iban a doler, se dijo Elena. Tomó un sorbo de la botella y sintió que la habitación daba vueltas a su alrededor. Desechó con un ademán la oferta de un segundo sorbo.

El doctor Meggar desató el estropeado pañuelo de Bonnie y a continuación empezó a cortar la pernera empapada en sangre del vaquero por encima de la rodilla.

—Bueno… eres tan amable al escuchar —dijo lady Ulma—. Pero ya sabía

que eras buena. Nos ahorraré a ambas los dolorosos detalles de mi esclavitud. Tal vez baste con decir que he pasado de un amo a otro a lo largo de los años, siempre una esclava, siempre a peor. Por fin, como una broma, alguien dijo: «Dásela al viejo Drohzne. El le sacará el uso que le quede si es que alguien puede».

—¡Dios! —exclamó Elena, y esperó que todo el mundo lo atribuyese al relato y no al escozor provocado por la solución desinfectante que el doctor aplicaba a su carne inflamada.

«Damon lo ha hecho mucho mejor —pensó—. No me había dado cuenta de lo afortunada que era.» Elena intentó ahogar una mueca de dolor cuando el doctor empezó a usar la aguja, pero la mano que sujetaba la de Meredith se cerró con fuerza hasta el punto de que Elena temió estar rompiendo huesos. Intentó aflojar la presión, pero su amiga le devolvió el apretón con fuerza. La larga mano suave de la muchacha era como la de un chico, pero más blanda, y Elena se alegró de poder apretar tanto como quisiera.

—Las fuerzas me estaban abandonando últimamente —decía lady Ulma en voz queda—. Pensé que era ese… —aquí la mujer usó una expresión particularmente grosera para su dueño—, que me estaba llevando a la muerte. Entonces comprendí la verdad. —De repente un resplandor le cambió el semblante, hasta tal punto que Elena pudo ver qué aspecto debía de haber tenido cuando era una adolescente y tan hermosa que un demonio la había exigido como esposa—. Supe que una vida nueva se agitaba dentro de mí… y supe que Drohzne la mataría si tenía la oportunidad…

No pareció reconocer las expresiones de asombro y horror de los rostros de las tres muchachas. Elena, sin embargo, tuvo la sensación de andar a tientas en medio de una pesadilla, por el borde de una negra hendidura profunda, y que tendría que seguir yendo a tientas en la oscuridad, rodeando hendiduras traicioneras e invisibles en el hielo en la Dimensión Oscura hasta que llegara junto a Stefan y le liberara de aquel lugar. Aquél no era el primero de sus paseos por el borde de una hendidura, pero era el primero que había reconocido y tomado en cuenta.

—Vosotras, jóvenes, sois muy nuevas aquí —dijo lady Ulma, cuando el silencio se prolongó demasiado—. No era mi intención decir nada fuera de lugar…

—Somos esclavas —respondió Meredith, alzando un trozo de cuerda—. Creo que cuanto más aprendamos, mejor.

—Vuestro amo…, nunca he visto a nadie tan dispuesto a pelear con el viejo Drohzne. Muchas personas chasqueaban la lengua, pero eso era todo lo que la mayoría se atrevía a hacer. Pero vuestro amo…

—Nosotras le llamamos Damon —interpuso Bonnie con toda intención.

Aquello superó claramente a lady Ulma.

—Amo Damon… ¿Creéis que podría conservarme? Después de que pague el precio de sangre a… a los parientes de Drohzne, será el primero en poder escoger entre todas las propiedades de Drohzne. Yo soy uno de los pocos esclavos que no ha matado.

La esperanza dibujada en el rostro de la mujer era casi demasiado dolorosa para que Elena la contemplara.

Hasta entonces no reparó conscientemente en el mucho tiempo transcurrido desde que Damon se había marchado. ¿Cuánto tiempo debían de precisar los asuntos del vampiro? Miró a Meredith con ansiedad.

Su amiga comprendió exactamente lo que significaba aquella mirada y sacudió la cabeza con impotencia. Incluso aunque hiciesen que Lakshmi las condujese al Lugar de Encuentro, ¿qué podrían hacer ellas?

Elena reprimió una mueca de dolor y sonrió a lady Ulma.

—¿Por qué no nos habla de cuando era una jovencita? —le pidió.

19

Damon no habría creído que un sádico viejo loco que azotaba a una mujer hasta hacerla pedazos por no ser capaz de tirar de una carreta pensada para un caballo fuese a tener ningún amigo. Y el viejo Drohzne, ciertamente, puede que no tuviese ninguno. Pero ésa no era la cuestión.

Tampoco, curiosamente, era el asesinato la cuestión. Los asesinatos eran algo cotidiano en los barrios bajos y que Damon hubiese iniciado y ganado una pelea no era ninguna sorpresa para los habitantes de aquellos peligrosos callejones.

La cuestión radicaba en haberse largado con una esclava. O quizá iba más allá. La cuestión radicaba en el modo en que Damon trataba a sus propias esclavas.

Una multitud de hombres —todos hombres, ninguna mujer, advirtió Damon — se había congregado en efecto delante del edificio donde vivía el médico, y llevaban antorchas.

—¡Un vampiro loco! ¡Un vampiro loco suelto!

—¡Sacadlo de ahí para que se haga justicia!

—¡Quemad la casa si no quieren entregarlo!

—¡Los ancianos dicen que se lo llevemos!

Aquello pareció tener el efecto deseado por la muchedumbre: limpió las calles de las personas más decentes y sólo permanecieron los sanguinarios que habían estado haraganeando por allí sin nada que hacer, que se alegraban de que tuviese lugar una pelea. La mayoría, por supuesto, eran vampiros, y la mayoría estaban en forma. Pero ninguno de ellos, se dijo Damon, mientras exhibía una veloz sonrisa con el brillo de un diamante a lo largo del círculo que le iba

cercando, poseía la motivación de saber que las vidas de tres jóvenes humanas dependían de él…, y que una de ellas era la joya de la corona de la humanidad, Elena Gilbert.

Si a él, Damon, le hacían pedazos en aquella batalla, aquellas tres muchachas tendrían unas vidas de auténtico infierno y degradación.

Sin embargo, ni siquiera tal lógica pareció ayudarle a imponerse cuando Damon se vio pateado, mordido, golpeado en la cabeza, pegado y apuñalado con dagas de madera… de la clase que corta la carne de los vampiros. Al principio pensó que tenía una posibilidad. Varios de los vampiros más jóvenes y en mejor forma cayeron víctimas de sus ataques veloces como los de una cobra y sus explosivos bombardeos de Poder; pero lo cierto era que había demasiados, pensó Damon, mientras mordía el cuello de un demonio cuyos dos largos y gruesos colmillos ya le habían perforado el brazo hasta casi atravesar el músculo. Y aquí venía un vampiro enorme, a todas luces bien entrenado, con una aura que hizo que Damon sintiera bilis agolpándose en su garganta. Aquél cayó con una patada en la cara, pero no permaneció en el suelo; se levantó y se aferró a la pierna de Damon permitiendo así que varios vampiros más pequeños con dagas de madera acudieran corriendo y le paralizaran. Damon sintió un lúgubre desaliento cuando sus piernas cedieron y cayó.

—La luz del sol os maldiga —chirrió por entre una bocanada de sangre cuando otro demonio con colmillos y piel roja le asestó un puñetazo en la boca —. Así seáis condenados a los infiernos más inferiores…

No servía de nada. Apáticamente, mientras peleaba todavía y usaba grandes barridos de Poder para mutilar y matar a tantos como podía, Damon lo comprendió. Y a continuación todo se tornó irreal y confuso; no como su sueño sobre Elena, a la que parecía ver constantemente por el rabillo del ojo, llorando. Sino irreal en un sentido de pesadilla febril. Ya no podía usar los músculos de un modo eficiente. Tenía el cuerpo apaleado y al mismo tiempo que se curaba las piernas, otro vampiro le hizo un gran corte en la espalda. Sentía cada vez más como si estuviese en una pesadilla en la que sólo podía moverse a cámara lenta y, al mismo tiempo, algo en su cerebro le susurraba que descansase, que se limitase a descansar… y todo terminaría.

Al final, la superioridad numérica de los atacantes consiguió derribarle, y alguien apareció con una estaca.

—Adiós y hasta nunca a la nueva basura —dijo el que traía la estaca, cuyo aliento apestaba a sangre rancia y que mostraba un lascivo rostro grotesco, mientras usaba dedos de aspecto leproso para abrir la camisa de Damon y así no agujerear la magnífica seda negra.

Damon le escupió y recibió una violenta patada en la cara como respuesta.

Perdió el conocimiento un instante y luego, lentamente, regresó al dolor.

Y al ruido. La multitud jubilosa de vampiros y demonios, borracha de crueldad, realizaba una danza rítmica e improvisada, pateando el suelo alrededor de Damon entre carcajadas estruendosas a la vez que todos asestaban estocadas con estacas imaginarias y se iban dejando llevar por un frenesí asesino.

Fue entonces cuando Damon comprendió que realmente iba a morir.

Se sintió horrorizado, incluso a pesar de saber lo infinitamente más peligroso que era este mundo comparado con el que había dejado atrás; incluso en el mundo de los humanos había escapado a la muerte sólo por los pelos en más de una ocasión. Pero ahora no tenía amigos poderosos, ni había puntos débiles en la muchedumbre que pudiera aprovechar. Sintió como si los segundos se alargaran en minutos, cada uno de un valor incalculable. ¿Qué era importante? Decirle a Elena…

—¡Cegadle primero! ¡Encended ese palo!

—¡Le arrancaré las orejas! ¡Que alguien me ayude a sujetarle la cabeza!

«Decirle a Elena… algo. Algo…, lamento…»

Se dio por vencido. Otro pensamiento intentaba abrirse paso a su conciencia.

—¡No olvidéis arrancarle también los dientes! ¡Le prometí a mi novia un collar nuevo!

«Pensaba que estaba preparado para esto —pensó Damon con dificultad, esforzándose en cada palabra—. Pero… no tan pronto.

»Pensaba que había hecho las paces… Pero no con la única persona que importaba…, sí, que más importaba.»

No se concedió tiempo para pensar más en aquel tema.

«Stefan —proyectó mediante la más poderosa descarga de Poder que pudo efectuar en su estado de confusión—. Stefan, ¡escúchame! Elena ha venido a buscarte… ¡Te salvará! Posee Poderes que mi muerte liberará. Y yo…, yo… s…»

En aquel momento hubo un traspié en la danza que tenía lugar a su alrededor

y el silencio descendió sobre los borrachos festejantes. Unos cuantos se apresuraron a inclinar la cabeza o a desviar la mirada.

Damon se quedó muy quieto, preguntándose qué podría haber detenido a la frenética muchedumbre justo en mitad del jolgorio.

Alguien avanzaba hacia él. El recién llegado tenía una larga melena de color bronce que colgaba en marañas separadas que le llegaban hasta la cintura. Llevaba el torso desnudo, dejando al descubierto un cuerpo que el demonio más fuerte envidiaría. Un pecho que parecía labrado en refulgente piedra cobriza; bíceps exquisitamente esculpidos; abdominales…, un grupo perfecto de seis. No había ni una onza de grasa sobrante en todo su alto cuerpo felino. Vestía pantalones negros sin adornos bajo los cuales se marcaban unos poderosos músculos a cada paso.

A lo largo de un brazo desnudo llevaba un vivido tatuaje de un dragón negro devorando un corazón.

Tampoco estaba solo. No sujetaba ninguna traílla, pero a su lado iba un perro negro espléndido y con un asombroso aire de inteligencia que adoptaba una vigilante posición de firmes cada vez que se detenía; debía de pesar cerca de noventa kilos, pero tampoco había en él ni un gramo sobrante.

Sobre un hombro, el recién llegado llevaba un halcón enorme.

El ave no llevaba un capuchón como la mayoría de las aves de caza en incursiones fuera de sus jaulas, y tampoco estaba posada sobre nada acolchado, sino que se aferraba al hombro desnudo del joven broncíneo, clavándole las tres garras delanteras en la carne y haciendo correr arroyuelos de sangre por su pecho. El no parecía advertirlo. Había arroyos secos similares junto a los frescos, sin duda producto de viajes anteriores. En la espalda, una única garra dejaba un solitario rastro rojo.

Una quietud absoluta había descendido sobre la multitud y los últimos y escasos demonios que había entre aquel hombre alto y la figura ensangrentada que estaba tendida en el suelo huyeron en desbandada apartándose de su camino.

Por un momento, aquel hombre permaneció inmóvil. No dijo nada, no hizo nada, no emitió ningún indicio de Poder. Luego hizo una seña al perro, que avanzó pesadamente, sin hacer ruido, y olisqueó los brazos y el rostro ensangrentados de Damon. Tras eso le olisqueó la boca y Damon pudo ver cómo los pelos del cuerpo se le erizaban.

—Buen perro —dijo Damon vagamente cuando el hocico húmedo y frío le hizo cosquillas en la mejilla.

Damon conocía a aquel animal en particular y sabía también que no encajaba en el estereotipo popular de un «buen perro». Más bien, era un cancerbero acostumbrado a agarrar vampiros por la garganta y a sacudirlos hasta que sus arterias arrojaban al aire chorros de sangre de casi dos metros de altura.

Esa clase de cosa podía mantenerte tan entretenido que el que te hundieran una estaca en el corazón podría parecer una ocurrencia de último momento, reflexionó Damon, manteniéndose totalmente inmóvil.

—*Arrêtez-le!* -dijo el joven de cabellos de color castaño dorado.

El perro retrocedió obedientemente, sin apartar sus brillantes ojos negros de los de Damon, que no apartó los suyos hasta que el animal estuvo a algunos metros de distancia.

El joven de pelo castaño dorado echó una breve ojeada general a la multitud. A continuación dijo sin una vehemencia especial:

—*Laissez-le seul*.

Evidentemente, a los vampiros no les era necesaria ninguna traducción, y empezaron a alejarse poco a poco al instante. Los desafortunados fueron aquellos que no se alejaron con la rapidez suficiente y seguían por allí cuando el joven broncíneo echó otra mirada pausada a su alrededor. A todas partes a donde miró, encontró ojos mirando al suelo y cuerpos encogidos de miedo, paralizados en la acción de retroceder pero al parecer convertidos en piedra ahora en un intento de no atraer la atención.

Damon descubrió que se relajaba un poco. Su Poder regresaba, permitiéndole efectuar reparaciones. Advirtió que el perro iba de individuo en individuo y olisqueaba a cada uno con interés.

Cuando consiguió volver a alzar la cabeza, Damon sonrió débilmente al recién llegado.

—Sage. Hablando del demonio.

La breve sonrisa del otro fue sombría.

—Me halagas, *mon cher*. ¿Lo ves? Me ruborizo.

—Debería haber sabido que podrías estar aquí.

—Existe un espacio infinito por el que vagar, *mon petit tyran*. Incluso aunque deba hacerlo solo.

—Ah, la compasión. Suenan violines diminutos…

De improviso Damon no pudo seguir. Sencillamente no pudo. Quizá se debía a que había estado con Elena antes. Quizá se debía a que aquel mundo espantoso le deprimía indescriptiblemente. Pero cuando volvió a hablar, su voz fue totalmente diferente.

—Nunca se me ocurrió que podría sentirme tan agradecido. Has salvado cinco vidas, aunque no lo sepas. ¿Cómo has conseguido dar con nosotros…?

Sage se acuclilló y le miró con preocupación.

—¿Qué es lo que ha sucedido? —dijo en tono serio—. ¿Es que te has golpeado la cabeza? Ya sabes: las noticias viajan de prisa aquí. He oído que habías llegado con un harén…

—¡Es cierto! ¡Tres chicas!

Los oídos de Damon captaron un cuchicheo apenas audible en el extremo de la calle donde le habían emboscado.

—Si cogemos a las chicas como rehenes… las torturaremos…

Los ojos de Sage se encontraron con los de Damon por un breve instante. Estaba claro que también él había oído el cuchicheo.

—*Sable* -se dirigió al perro—; sólo el que habló. —Sacudió la cabeza una vez en dirección al susurro.

Al instante, el perro negro saltó al frente, y más rápido de lo que necesitó Damon para procesarlo en su mente, ya había hundido los dientes en la garganta del cuchicheador, le había volteado en el aire, provocando que se oyera un chasquido característico, y regresaba dando saltos, arrastrando el cuerpo entre las patas.

Las palabras *«Je vous ai informé au sujet de ceci»* pasaron retumbantes en una oleada de Poder que provocó un respingo a Damon. Y éste pensó: «Sí, se lo había advertido antes… pero no les había dicho cuáles serían las consecuencias».

«Laissez lui et ses amis dans la paix!» Entretanto, Damon se incorporaba lentamente, encantado de veras de aceptar la protección de Sage para sí y para sus amigas.

—Bueno, eso debería ser suficiente —dijo—. ¿Por qué no me acompañas y tomas una amistosa copa conmigo?

Sage le escudriñó con los ojos como si se hubiese vuelto loco.

—Sabes que la respuesta a eso es no.

—¿Por qué no?

—Ya te lo he dicho: no.

—Esa no es una razón.

—La razón por la que no te acompañaré a tomar una amistosa copa…, *mon ange…*, es que no somos amigos.

—Montamos algunos buenos pufos juntos.

—*Il y a longtemps*.

Súbitamente, Sage tomó una mano de Damon. Había un profundo y ensangrentado rasguño en ella, que Damon no había llegado a curar. Bajo la mirada de Sage éste se cerró, la carne se tornó rosa, y cicatrizó.

Damon permitió que Sage siguiese sujetándole la mano durante un momento, y luego la retiró, no sin delicadeza.

—No hace tanto tiempo —dijo.

—¿Lejos de ti? —Una sonrisa sarcástica se formó en los labios de Sage—. Contamos el tiempo de un modo muy distinto, tú y yo, *mon petit tyran*.

Damon estaba rebosante de aturdida animación.

—¿Qué te supone una copa?

—¿Junto a tu harén?

Damon intentó imaginarse a Meredith y a Sage juntos. Su mente se negó a aceptarlo.

—Pero te has hecho responsable de ellas de todos modos —declaró tajante —. Y la verdad es que ninguna de ellas es mía. Te doy mi palabra sobre ello.

Sintió una punzada al pensar en Elena, pero lo que decía era cierto.

—¿Responsable de ellas? —Sage parecía estar analizándolo—. Te comprometiste a salvarlas, entonces. Pero yo sólo heredo tu compromiso si tú mueres. Pero si tú mueres… —Efectuó un gesto de impotencia.

—Tú tendrías que vivir para salvar a Stefan y a Elena y a las otras.

—Yo diría no, pero eso te haría desdichado. Así que diré sí…

—Y si no cumples tu palabra, juro que regresaré a acabar contigo.

Sage le contempló por un momento.

—No creo que se me haya acusado nunca de ser incapaz de cumplir —dijo —. Pero desde luego eso fue antes de que me convirtiera en un vampiro.

Sí, se dijo Damon, el encuentro entre el «harén» y Sage seguro que iba a resultar interesante. Al menos lo sería si las chicas descubrían quién era Sage en

realidad.

Pero a lo mejor nadie se lo contaría.

20

Elena pocas veces había sentido un alivio como el que sintió cuando oyó a Damon llamar a la puerta del doctor Meggar.

—¿Qué ha sucedido en el Lugar de Encuentro? —preguntó.

—Jamás conseguí llegar.

Damon explicó la emboscada, mientras los demás estudiaban encubiertamente a Sage con varios grados de aprobación, gratitud o auténtico deseo. Elena comprendió que había tomado demasiado Magia Negra cuando se sintió a punto de desvanecerse en varios momentos; aunque estaba segura de que el vino había ayudado a Damon a sobrevivir al ataque de la chusma que de otro modo podría haberle matado.

Ellas, por su parte, explicaron la historia de lady Ulma tan brevemente como les fue posible. La mujer estaba pálida y con aspecto afectado cuando terminaron.

—Realmente espero —le dijo con timidez a Damon— que cuando herede las propiedades del viejo Drohzne —hizo una pausa para tragar saliva—, decida quedarse conmigo. Sé que las esclavas que trajo con usted son hermosas y jóvenes…, pero yo puedo resultar muy útil como costurera y cosas así. Es sólo mi espalda la que ha perdido su fuerza, no mi mente…

Damon permaneció totalmente inmóvil durante un instante. Luego fue hasta Elena, quien por casualidad era la que estaba más cerca de él. Alzó la mano, soltó la última lazada de cuerda que colgaba de la muñeca de la joven y la arrojó con fuerza al otro lado de la habitación. La cuerda chasqueó y se retorció como una serpiente.

—Cualquiera que lleve una puede hacer lo mismo por lo que a mí concierne —declaró.

—Excepto por lo de arrojarlas —se apresuró a decir Meredith, viendo cómo las cejas del doctor entrechocaban mientras miraba la gran cantidad de frágiles vasos de laboratorio de cristal amontonados a lo largo de las paredes.

Pero Bonnie y ella no perdieron tiempo en deshacerse de los restos de cuerda que aún llevaban.

—Me temo que los míos son… permanentes —dijo lady Ulma, apartando la tela de las muñecas para mostrar los brazaletes soldados de hierro; parecía avergonzada por no poder obedecer la primera orden de su nuevo amo.

—¿Te importa pasar un ratito de frío? Poseo Poder suficiente para congelarlos de modo que se hagan pedazos con facilidad —repuso Damon.

Lady Ulma emitió un sonido quedo, y Elena se dijo que jamás había oído tal desesperación en ningún sonido humano.

—Podría permanecer con nieve hasta el cuello durante un año con tal de deshacerme de estas cosas horribles —respondió la mujer.

Damon colocó las manos a ambos lados de uno de los brazaletes y Elena pudo percibir el torrente de Poder que emanó de él. Sonó un chasquido agudo. Damon apartó las manos; sostenía un pedazo de metal en cada una.

Luego repitió la misma acción en el otro.

La expresión de los ojos de lady Ulma hizo que Elena se sintiese más modesta que orgullosa. Ella había salvado a una mujer de una degradación terrible; pero ¿cuántas más quedaban? Jamás lo sabría, ni sería capaz de salvarlas a todas aunque lo averiguara. No con su poder en el estado en que estaba ahora.

—Creo que lady Ulma debería descansar un poco —dijo Bonnie, restregándose la frente por debajo de unos alborotados rizos rojizos—. Y Elena también. Deberías haber visto cuántos puntos lleva en la pierna, Damon. Pero ¿qué hacemos, buscamos un hotel?

—Quedaos en mi casa —ofreció el doctor Meggar, con una ceja arriba y la otra abajo.

Era evidente que el médico había quedado enredado en aquella historia, arrastrado por su poder y belleza… y por su brutalidad.

—Lo único que os pido es que no destrocéis nada, y que si veis una rana, no

la beséis, ni la matéis. Hay gran cantidad de mantas, sillones y sofás.

No quiso aceptar a cambio ni un eslabón de la gruesa cadena de oro que Damon había traído para usarla como moneda.

—En…, en justicia debería ayudaros a todos a prepararos para dormir —murmuró débilmente lady Ulma a Meredith.

—Usted es la que está más malherida de todos; y debería quedarse la mejor cama —respondió Meredith con tranquilidad—. Nosotras la ayudaremos a acostarse.

—La cama más cómoda… Esa sería la del antiguo dormitorio de mi hija. —El doctor Meggar rebuscó en un aro repleto de llaves—. Se casó con un mozo; cómo odié verla marchar… Y esta joven dama, la señorita Elena, puede disponer de la antigua cámara nupcial.

Por un instante el corazón de Elena se vio dividido por emociones contrapuestas. Temía —sí, estaba muy segura de que era miedo lo que sentía— que Damon pudiese tomarla en brazos y encaminarse a la cámara nupcial con ella. Y por otra parte…

Justo entonces Lakshmi alzó los ojos hacia ella con expresión indecisa.

—¿Quieres que me vaya? —le dijo.

—¿Tienes algún lugar adonde ir? —le preguntó Elena.

—La calle, supongo. Por lo general duermo en un barril.

—Quédate aquí. Ven conmigo; una cama nupcial suena lo bastante grande para dos personas. Eres de las nuestras, ahora.

La mirada que Lakshmi le dedicó fue de auténtica gratitud y sorpresa. No por habérsele dado un lugar en el que quedarse, comprendió Elena, sino por la declaración: «Eres una de las nuestras, ahora». Elena se dio cuenta de que Lakshmi no había sido nunca «una de» ningún grupo antes.

Las cosas permanecieron tranquilas hasta casi el «amanecer» del siguiente «día», como los habitantes de la ciudad lo llamaban, aunque la luz no había variado en toda la noche.

En esta ocasión, fue un tipo distinto de gente la que se reunió en el exterior del complejo del doctor. La mayoría eran hombres de edad que vestían túnicas raídas pero limpias, aunque también había algunas mujeres ancianas.

Encabezaba el grupo un hombre de cabellos plateados que tenía un extraño aire de dignidad.

Damon, con Sage como respaldo, salió del complejo del doctor y habló con ellos.

Elena estaba vestida pero todavía permanecía arriba en la silenciosa cámara nupcial.

Querido diario:

¡Oh, Dios mío, necesito ayuda! ¡Oh, Stefan… te necesito! Necesito que me perdones. Te necesito para que me mantengas cuerda. Llevo demasiado tiempo junto a Damon y me siento totalmente superada por las emociones, lista para matarle o para… o para; no lo sé. ¡¡¡No lo sé!!! Somos como yesca y pedernal estando juntos… ¡Cielos! ¡Somos como gasolina y un lanzallamas! Por favor, escúchame y ayúdame y sálvame… de mí misma. Cada vez que pronuncia siquiera mi nombre…

—Elena.

La voz que sonó detrás de ella hizo que Elena diera un brinco. Cerró de golpe el diario y se dio la vuelta.

—¿Sí, Damon?

—¿Cómo te encuentras?

—Oh, estupendamente. La mar de bien. Incluso mi pierna está… Quiero decir, estoy perfectamente toda yo. ¿Cómo te encuentras tú?

—Estoy… bastante bien —dijo él, y sonrió… y fue una sonrisa auténtica, no un gruñido transformado en otra cosa en el último momento, o un intento de manipular; fue simplemente una sonrisa, aunque mostraba preocupación y tristeza.

De todos modos, Elena no reparó en la tristeza hasta que la recordó más tarde. Simplemente sintió de improviso que no pesaba nada, que si perdía el control sobre sí misma podría hallarse a kilómetros de altura antes de que nadie consiguiese detenerla… A kilómetros de altura, quizá tan lejos como las lunas de aquel lugar de locos.

Consiguió devolverle una sonrisa temblorosa.

—Eso es bueno.

—He venido a hablar contigo —dijo él—, pero… primero… Al cabo de otro instante, sin saber cómo, Elena estaba en sus brazos.

—Damon…, no podemos seguir… —Intentó apartarle con suavidad—. No podemos seguir haciendo esto, lo sabes.

Pero Damon no la soltó. Había algo en el modo en que la sujetaba que medio la aterrorizó, y medio hizo que quisiese llorar de alegría. Contuvo las lágrimas.

—No pasa nada —dijo Damon en voz baja—. Adelante, llora. Tenemos un problema entre manos.

Algo en su voz asustó a Elena. No del modo medio jubiloso en que se había sentido temerosa un minuto antes, sino totalmente asustada.

«Es porque él siente miedo», pensó de improviso llena de extrañeza. Había visto a Damon enojado, nostálgico, frío, burlón, seductor —incluso contenido, avergonzado—, pero jamás le había visto asustado. Apenas era capaz de conseguir que su mente considerara esa posibilidad. Damon… asustado… por ella.

—Es debido a lo que hice ayer, ¿verdad? —preguntó—. ¿Van a matarme?

Le sorprendió la calma con que lo dijo; no sentía nada aparte de una leve aflicción y el deseo de hacer que Damon dejase de sentir miedo.

—¡No! —La sostuvo a cierta distancia de él, mirándola atónito—. Al menos no sin matarme a mí y a Sage… y a todas las personas de la casa, también, si es que las conozco bien.

Se interrumpió, dando la impresión de haberse quedado sin aliento, pero eso era imposible, se recordó Elena. «Intenta ganar tiempo», pensó.

—¿Eso es verdad? —dijo ella.

No sabía por qué estaba tan segura. A lo mejor captaba algo telepáticamente.

—Han… pronunciado amenazas —repuso Damon lentamente—. No es por lo del viejo Drohzne en realidad; imagino que hay asesinatos por aquí todo el tiempo y el vencedor se lo lleva todo. Pero al parecer durante la noche se ha estado extendiendo la noticia de lo que hiciste. Esclavos de propiedades cercanas están rehusando obedecer a sus amos. Todo este barrio de chabolas está alborotado… y temen lo que sucederá si otros sectores se enteran de ello. Hay que hacer algo lo antes posible o toda la Dimensión Oscura puede simplemente

estallar como una bomba.

Al mismo tiempo que Damon hablaba, Elena podía oír los ecos de lo que le había contado la gente que había acudido a la puerta del doctor Meggar. También ellos estaban asustados.

Tal vez aquello podría ser el inicio de algo importante, se dijo Elena, mientras su mente alzaba el vuelo lejos de sus propios problemas insignificantes. Ni siquiera la muerte sería un precio demasiado alto que pagar para liberar a todos aquellos desdichados de sus demoníacos amos.

—Pero ¡no es eso lo que sucederá! —dijo Damon, y Elena comprendió que debía de estar proyectando sus pensamientos; había auténtica angustia en la voz de Damon—. Si hubiésemos planeado las cosas, si hubiese líderes que pudiesen quedarse aquí y supervisar una revolución… Si pudiésemos hallar siquiera líderes lo bastante fuertes como para hacerlo…, podría existir una posibilidad. En vez de eso, todos los esclavos están siendo castigados, en todos los lugares a los que se ha extendido la noticia. Los torturan y matan bajo la simple sospecha de que puedan simpatizar contigo. Sus amos están administrando castigos ejemplares por toda la ciudad. Y esto no ha hecho más que empezar.

El corazón de Elena, que había ido elevándose por los aires en un sueño de cambiar realmente las cosas, se estrelló violentamente contra el suelo y ella se quedó mirando, horrorizada, los ojos negros de Damon.

—Pero tenemos que detener esto. Incluso aunque yo tenga que morir…

Damon volvió a apretarla con fuerza contra su cuerpo.

—Tú… y Bonnie y Meredith… —Su voz sonó ronca—. Mucha gente os vio a las tres juntas. Mucha gente os considera a las tres como las alborotadoras.

El corazón de Elena se heló. Quizá lo peor de todo era que podía verlo desde un punto de vista de economía esclavista: si un incidente de tal insolencia quedaba sin castigo y la noticia se propagaba… la historia crecería a medida que se fuese contando…

—Nos hemos hecho famosas de un día para otro. Mañana seremos leyenda —murmuró, contemplando, mentalmente, una ficha de dominó desplomándose sobre otra que golpeaba otra hasta dejar una larga hilera de fichas volcadas que formaban la palabra «heroína».

Pero ella no quería ser una heroína. Tan sólo había venido aquí a recuperar a Stefan. Y si bien podría dar la vida para impedir que se torturara y matara a

esclavos, mataría a cualquiera que intentase ponerles una mano encima a Bonnie o a Meredith.

—Ellas sienten lo mismo que tú —dijo Damon—. Han oído lo que esa gente tenía que decir. —La sujetó con fuerza por los brazos como si intentase apuntalarla—. Han apaleado y asesinado a una joven llamada Helena esta mañana porque tenía un nombre similar al tuyo. Tenía quince años.

Las piernas de Elena cedieron, como les sucedía tan a menudo en los brazos de Damon…, pero nunca por este motivo. Bajaron juntos.

—¡No ha sido culpa tuya, Elena! ¡Tú eres quien eres! ¡La gente te ama por lo que eres!

El pulso de Elena martilleaba frenéticamente. Todo estaba tan mal… pero ella lo había empeorado. Por no pensar. Por imaginar que su vida era la única en juego. Por actuar sin evaluar las consecuencias.

Pero en la misma situación volvería a hacerlo. O…, con pena, pensó: «Haría algo parecido. De saber que pondría en peligro a todas las personas que amo, habría suplicado a Damon que negociara con aquel gusano propietario de la esclava. Que la comprase por desorbitado que fuera el precio… si teníamos el dinero. Si él me hubiese escuchado… Si otro latigazo no hubiese matado a lady Ulma…»

De improviso su cerebro se tornó insensible y frío.

«Eso es el pasado.

»Esto es el presente.

»Haz el favor de ocuparte de él.»

—¿Qué podemos hacer? —Intentó soltarse y zarandear a Damon; hasta tal punto estaba frenética—. ¡Tiene que haber algo que podamos hacer! ¡No pueden matar a Bonnie y a Meredith… y Stefan morirá si no le encontramos!

Damon se limitó a sujetarla con más fuerza. Mantenía la mente blindada a ella, comprendió Elena, y eso podía ser bueno o malo. Podría significar que existía una solución que se sentía reacio a exponerle, o que la muerte de las tres «esclavas rebeldes» era la única cosa que aceptarían los jefes de la ciudad.

—Damon.

La sujetaba con demasiada fuerza para que pudiese soltarse, de modo que Elena no podía mirarle a la cara; pero podía visualizarla, y también podía intentar dirigirse a él directamente, de mente a mente.

«Damon, si hay cualquier cosa…, incluso algún modo de que podamos salvar a Bonnie y a Meredith…, tienes que decírmelo. Tienes que hacerlo. ¡Te ordeno que lo hagas!»

Ninguno de ellos estaba de humor para encontrar aquello divertido o advertir siquiera que la «esclava» estaba dando órdenes al «amo». Pero por fin Elena oyó la voz telepática de Damon.

«Ellos dicen que si te llevo ante el joven Drohzne ahora y te disculpas, puedes escapar con sólo seis golpes de esto.» De alguna parte, Damon sacó un bastón flexible hecho de una madera clara. «Fresno, probablemente —pensó Elena, sorprendida ante lo calmada que estaba—. Es la única materia efectiva por igual en todo el mundo: incluso en vampiros…, incluso en Antiguos, de los que sin duda hay unos cuantos por aquí.»

«Pero tiene que ser en público, de modo que puedan hacer que corran los rumores en el sentido contrario —siguió explicando Damon—. Creen que entonces el alboroto cesará, si tú…, la que empezó la desobediencia…, estás dispuesta a admitir tu posición de esclava.»

Los pensamientos de Damon estaban llenos de pesadumbre, y lo mismo le sucedía al corazón de Elena. ¿Cuántos de sus principios estaría traicionando si permitía tal cosa? ¿A cuántos esclavos estaría condenando a vidas de servidumbre?

De improviso, la voz mental de Damon sonó airada. «No hemos venido aquí a reformar la Dimensión Oscura», le recordó, en un tono que hizo que Elena se encogiera hacia atrás. Damon la zarandeó levemente. «Hemos venido en busca de Stefan, ¿recuerdas? Es innecesario decir que jamás tendremos la posibilidad de hacerlo si intentamos hacer de Espartara. Si empezamos una guerra que en realidad sabemos que no podemos ganar. Ni siquiera las Guardianas podrían ganarla.»

Una luz se encendió en la mente de Elena.

—Desde luego —dijo—. ¿Por qué no se me ha ocurrido antes?

—¿A qué te refieres? —quiso saber Damon con desesperación.

—No vamos a librar la guerra… ahora. Yo ni siquiera he llegado a dominar mis poderes básicos, y mucho menos los poderes de mis alas. Y de este modo ni siquiera se harán preguntas sobre ellos.

—¿Elena?

—Regresaremos —le explicó Elena con entusiasmo—. Cuando pueda controlar todos mis poderes. Y traeremos aliados con nosotros…, aliados poderosos que encontraremos en el mundo de los humanos. Tal vez hagan falta años y años, pero algún día regresaremos y terminaremos lo que hemos empezado.

Damon la miraba con fijeza como si se hubiese vuelto loca, pero eso no importaba. Elena sentía Poder circulando a través de ella. Se trataba de una promesa, pensó, que mantendría aunque significase su muerte.

Damon tragó saliva.

—¿Podemos hablar sobre… sobre el presente ahora? —preguntó.

Fue como si hubiese dado en el blanco. El presente. Ahora.

—Sí, sí, claro. —Elena miró la vara de fresno con desdén—. Desde luego que lo haré, Damon. No quiero que nadie más salga lastimado por mi culpa antes de que esté lista para pelear. El doctor Meggar es un buen sanador. Si me permiten regresar junto a él…

—Francamente, no lo sé —respondió Damon, sosteniéndole la mirada—. Pero sí sé una cosa. No sentirás ni un golpe, te lo prometo —dijo rápidamente y con gran seriedad, con sus oscuros ojos muy abiertos—. Me ocuparé de eso; todo se canalizará fuera. Y tú ni siquiera verás el rastro de una señal por la mañana. Pero —finalizó mucho más despacio— tendrás que arrodillarte para disculparte ante mí, tu propietario, y ante ese repugnante, inmoral y abominable viejo… —Damon se entusiasmó con la retahíla de imprecaciones y por un momento estuvo a punto de pasar al italiano.

—¿Ante quién?

—Ante el jefe de los barrios de chabolas, y posiblemente ante el hermano del viejo Drohzne, el joven Drohzne, también.

—De acuerdo. Diles que me disculparé ante tantos Drohzne como quieran. Díselo de prisa, no sea que perdamos nuestra oportunidad.

Elena pudo ver la mirada de Damon, pero sus pensamientos se habían vuelto introspectivos. ¿Permitiría que Meredith o Bonnie hiciesen esto? No. ¿Permitiría que le sucediese a Caroline si por algún medio ella pudiese impedirlo? Una vez más, no. No, no, no. Los sentimientos de Elena sobre la brutalidad hacia muchachas y mujeres siempre habían sido sumamente fuertes. Sus sentimientos respecto a la ciudadanía de segunda de las mujeres a nivel mundial se habían

vuelto extraordinariamente claros desde que regresara de la otra vida. Si la habían devuelto al mundo para cumplir algún propósito, había decidido que ayudar a liberar a muchachas y mujeres de la esclavitud que muchas de ellas ni siquiera eran capaces de ver formaba parte de ello.

Pero esto no tenía que ver simplemente con un propietario de esclavos despiadado y con mujeres y hombres anónimos oprimidos. Tenía que ver con lady Ulma, y con mantenerlos a ella y a su bebé a salvo… y tenía que ver con Stefan. Si cedía, sería simplemente una esclava insolente que provocó un pequeño jaleo en el camino, pero a la que las autoridades devolvieron con firmeza a su sitio otra vez.

Por otra parte, si alguien examinaba a fondo a su grupo…, si alguien advertía que estaban allí para liberar a Stefan…, si era Elena quien provocaba que llegase la orden: «Trasladadla a un lugar con una seguridad más rigurosa; deshaceos de esa estúpida llave kitsune…».

La mente le ardía repleta de imágenes de modos en los que podrían castigar a Stefan, podrían llevárselo, podría «perderlo» si el incidente en los barrios bajos alcanzaba proporciones excesivas.

No, no abandonaría a Stefan ahora para librar una guerra que no podían ganar. Pero no lo olvidaría, tampoco.

«Regresaré a por todos vosotros —prometió—. Y entonces la historia tendrá un final distinto.»

Advirtió que Damon aún no se había marchado, que la observaba con ojos tan agudos como los de un halcón.

—Me han enviado a buscarte —dijo en voz queda—. Jamás contemplaron la posibilidad de un no por respuesta.

Elena percibió por un instante la feroz cólera de su furia contra ellos y le tomó la mano y la oprimió.

—Regresaré contigo en el futuro, por los esclavos —dijo él—. Lo sabes, ¿verdad?

—Desde luego —respondió ella, y su fugaz beso se convirtió en un beso más prolongado.

En realidad no había asimilado lo que Damon había dicho sobre canalizar fuera el dolor, pero sentía que a ella se le debía un beso por lo que estaba a punto de soportar, y entonces Damon le acarició los cabellos y el tiempo dejó de tener

significado hasta que Meredith llamó a la puerta.

El amanecer color rojo sangre había adquirido un carácter singular, casi irreal, para cuando condujeron a Elena a una estructura al aire libre donde los señores de los suburbios al mando de aquella zona estaban sentados sobre montones de lo que en otra época habían sido almohadones magníficos pero que ahora estaban raídos. Los reunidos hacían circular entre ellos botellas y frascos de cuero engalanados con alhajas llenos de Magia Negra, el único vino que los vampiros podían saborear realmente, fumaban en narguiles y escupían de vez en cuando al interior de las sombras más oscuras. Esto sin tener en cuenta el gran número de espectadores formado por gente de la calle atraída atolondradamente por la noticia de que se iba a castigar públicamente a una hermosa joven humana.

A Elena le habían hecho ensayar sus frases, y a continuación la condujeron, amordazada y esposada, ante las autoridades dedicadas a gargajear y escupir. El joven Drohzne estaba sentado con un cierto esplendor incómodo en un diván dorado, y Damon estaba de pie entre él y las autoridades, con aspecto tenso. Elena no se había sentido nunca tan tentada de improvisar un papel desde la obra que había representado en tercero, cuando había arrojado un tiesto a Petruchio y obtenido una ovación enfervorizada del público en la última escena de *La fierecilla domada*.

Pero éste era un asunto muy serio. La libertad de Stefan, las vidas de Bonnie y Meredith podían depender de ese momento. Elena pasó la lengua por el interior de la boca, que estaba totalmente seca.

Y, curiosamente, encontró que los ojos de Damon, el hombre que empuñaba la vara, le levantaban el ánimo, ya que éste parecía estar recomendándole «ánimo e indiferencia» sin usar en absoluto la telepatía. Elena se preguntó si él habría estado alguna vez en una situación parecida.

Uno de sus escoltas le dio un puntapié y recordó dónde estaba. Había tomado prestado un vestido «apropiado» del guardarropa desechado de la hija del doctor Meggar. Era de color perla dentro de la casa, lo que significaba que sería malva bajo la eterna luz carmesí del sol y, lo que era más importante, sin su camiseta de seda la tela del vestido dejaba al descubierto la espalda de la muchacha,

totalmente desnuda. Ahora, siguiendo la costumbre, se arrodilló ante los ancianos e inició una reverencia hasta que su frente descansó sobre una ornamentada y muy sucia alfombra que éstos tenían a sus pies, pero varios peldaños más abajo. Uno de ellos escupió a Elena.

Hubo un entusiasmado parloteo, y también se oyeron procacidades y lanzaron objetos, la mayoría de los cuales eran basura. La fruta era demasiado valiosa allí para pensar en desperdiciarla. Los excrementos secos, sin embargo, no lo eran, y Elena sintió que las primeras lágrimas acudían a sus ojos cuando advirtió con qué la estaban acribillando.

«Ánimo e indiferencia», se dijo, sin atreverse siquiera a dedicar una mirada disimulada a Damon.

En seguida, cuando se consideró que la multitud ya había disfrutado el tiempo debido, uno de los ancianos fumadores de narguile de la municipalidad se puso en pie y leyó palabras que Elena no pudo comprender de un rollo de pergamino arrugado. La lectura pareció interminable. Elena, de rodillas, con la frente contra la alfombra polvorienta, sintió como si se estuviese asfixiando.

Por fin se guardó el rollo de pergamino y el joven Drohzne se alzó de un salto y describió en una voz aguda, casi histérica, y con un lenguaje florido, la historia de una esclava que atacó a su propio amo (Damon, anotó mentalmente Elena) para liberarse violentamente de su supervisión, y luego atacó al cabeza de su familia (el viejo Drohzne, pensó Elena) y su pobre medio de subsistencia, su carreta, y su inútil, insolente y perezosa esclava, y cómo todo ello había tenido como resultado la muerte de su hermano. Al principio, a los oídos de Elena, el hombre parecía estar culpando a lady Ulma de todo el incidente por haber caído al suelo bajo la carga que transportaba.

—Todos sabéis la clase de esclava a la que me refiero; ella no sería capaz de mover una mano para apartar una mosca que pasase frente a sus ojos —chilló con voz aguda, apelando a la multitud, que respondió con nuevos insultos y una renovada lluvia de proyectiles sobre Elena, ya que lady Ulma no estaba allí para ser castigada.

Por fin, el joven Drohzne finalizó con la narración de cómo aquella desvergonzada de rostro descarado (Elena), vestida con pantalones como un hombre, había llegado hasta la propia esclava haragana de su hermano (Ulma) y había llevado a esta propiedad valiosa («¿yo sólita?», se preguntó Elena con

ironía) y la había conducido a la casa de un sanador sumamente sospechoso (el doctor Meggar), que ahora rehusaba devolver a tal esclava.

—Supe, al oír esto, que jamás volvería a ver a mi hermano o a su esclava —exclamó, con el mismo gemido agudo que había conseguido de algún modo mantener a lo largo de toda la narración.

—Si la esclava era tan holgazana, deberías haberte alegrado —gritó un bromista entre la multitud.

—Sin embargo… —dijo un hombre muy gordo cuya voz recordó irresistiblemente a Elena la de Alfred Hitchcock: la lúgubre expresión oral y las mismas pausas antes de palabras importantes, que servían para hacer que la atmósfera fuese más sombría y todo el asunto aún más serio de lo que nadie había pensado hasta el momento.

Era un hombre con poder, comprendió Elena, has procacidades, la lluvia de proyectiles, incluso los carraspeos y escupitajos habían cesado. El hombretón era sin duda el equivalente local a un «padrino» para aquellos residentes penosamente pobres del arrabal. Su palabra sería la que decidiese el destino de Elena.

—… y desde entonces —decía lentamente, triturando a cada pocas palabras un dulce de forma irregular y color dorado que tomaba de un cuenco reservado para sí mismo—, el joven vampiro Damien ha llevado a cabo indemnizaciones…, y de lo más generosas, además…, por todos los daños ocasionados a las propiedades. —Aquí tuvo lugar una larga pausa mientras miraba con fijeza al joven Drohzne—. Por lo tanto, su esclava, Aliana, que inició todos estos daños, no será confiscada y sacada a pública subasta, pero ofrecerá su humilde muestra de respeto y sumisión, aquí, y por su propia voluntad, y recibirá el castigo que sabe que merece.

Elena descubrió que estaba aturdida. No sabía si era debido a todo el efluvio humano que había descendido flotando hasta su nivel antes de alejarse formando volutas, pero las palabras «sacada a pública subasta» le habían producido tal impacto que casi le habían provocado un desvanecimiento. No había tenido ni idea de que eso podía suceder… y las imágenes que ello hizo aparecer en su mente fueron de lo más desagradables. También reparó en su nuevo alias, y en el de Damon. La verdad era que resultaba una gran suerte, pensó, puesto que sería estupendo si Shinichi y Misao jamás se enteraban de esta pequeña aventura.

—Traednos a la esclava —concluyó el hombre gordo, y volvió a reclinarse en el enorme montón de cojines.

Alzaron a Elena del suelo, le quitaron la mordaza y la hicieron erguirse con malos modos hasta que pudo ver las sandalias doradas, y los pies extraordinariamente limpios, del hombre, mientras mantenía los ojos bajos a la manera de una esclava obediente.

—¿Has oído estas medidas?

El tipo que parecía el Padrino seguía masticando sus golosinas y una ráfaga de brisa llevó un aroma celestial hasta la nariz de Elena, y de improviso toda la saliva que podía pedir fluyó a sus resecos labios.

—Sí, señor —dijo, sin saber qué título darle.

—Te dirigirás a mí como Su Excelencia. ¿Tienes algo que añadir en tu defensa? —preguntó el hombre, ante el asombro de la joven.

La respuesta automática de «¿Por qué me lo pregunta, si esto está todo fijado de antemano?» quedó detenida en los labios. Aquel hombre era de alguna manera… más… que cualquiera de los otros que había conocido en la Dimensión Oscura…; de hecho, en toda su vida. Escuchaba a la gente. «Me escucharía si le contase todo lo referente a Stefan», pensó Elena. Pero entonces se planteó, recuperando su habitual sensatez: ¿qué podría hacer él al respecto? Nada, a menos que pudiese obtener un provecho de ello… o algo de poder, o si acabara con un enemigo.

Con todo, podría resultar un aliado cuando ella regresase a arrasar aquel lugar y liberar a los esclavos.

—No, Su Excelencia. Nada que añadir —respondió.

—¿Y estás dispuesta a postrarte y suplicar mi perdón y el de maese Drohzne?

Ésta era la primera frase que Elena llevaba preparada.

—Sí —dijo, y consiguió pronunciar toda su disculpa prefabricada con claridad y con apenas una insinuación de tragar saliva al final.

De cerca podía ver motas doradas en el enorme rostro del hombre, en su regazo, en la barba.

—Muy bien. Se impone una sanción de diez golpes de vara de fresno a esta esclava como ejemplo para otros alborotadores. El castigo lo ejecutará mi sobrino Clewd.

21

El caos. Elena alzó violentamente la cabeza, desorientada, sin saber si debía seguir siendo la esclava arrepentida. Los líderes de la comunidad parloteaban unos con otros, señalando con los dedos, alzando las manos al cielo. Damon había refrenado físicamente al Padrino, que parecía considerar concluida su parte en la ceremonia.

La multitud pitaba y vitoreaba. Parecía que estuviera a punto de empezar otra pelea; esta vez entre Damon y los hombres del Padrino, en especial el llamado Clewd.

A Elena la cabeza le daba vueltas, y sólo conseguía captar frases inconexas.

—… únicamente seis azotes y me prometiste que sería yo quien los administrara… —gritaba Damon.

—… ¿realmente crees que estos insignificantes lacayos dicen la verdad? —gritaba a modo de respuesta alguna otra persona, probablemente Clewd.

Pero ¿no era eso exactamente lo que era el Padrino, también? ¿Un simple lacayo más grande, más aterrador, e, indudablemente, más eficiente, que daba parte a alguien situado mucho más arriba, y que no se ofuscaba la mente fumando droga?, se dijo Elena; y entonces agachó la cabeza a toda prisa cuando el hombre gordo echó un vistazo en su dirección.

Pudo volver a oír a Damon, esta vez con mayor claridad, por encima del barullo.

—Por un momento había creído incluso que aquí existía algo de honor una vez que se cerraba un trato.

Lo dijo de un modo que dejó bien claro que ya no pensaba que fuese posible

negociar y que estaba a punto de lanzarse al ataque. Elena se puso en tensión, horrorizada. Jamás había oído una amenaza tan manifiesta en su voz.

—Esperad.

Fue dicho en el lánguido modo de hablar del Padrino, pero provocó un silencio instantáneo entre la muchedumbre. El hombre gordo, tras haber retirado la mano de Damon de su brazo, volvió la cabeza en dirección a Elena.

—Renunciaré, por mi parte, a la participación de mi sobrino Clewd. Diarmund, o quienquiera que fuiste, eres libre de castigar a tu esclava con tus propios instrumentos.

De pronto, de un modo sorprendente, el anciano empezó a quitarse pedazos de oro de la barba y a hablar directamente con Elena. Sus ojos eran ancianos, cansados y sorprendentemente perspicaces.

—Clewd es un maestro en dar azotes, ¿sabes? Tiene su propio invento. Lo llama bigotes de gato y de un solo golpe puede despellejar la piel del cuello a la cadera. La mayoría de los hombres mueren con diez azotes, pero me temo que hoy se verá decepcionado. —A continuación, dejando al descubierto unos dientes sorprendentemente blancos y uniformes, el Padrino sonrió, tendiéndole al mismo tiempo el cuenco de las doradas golosinas que había estado comiendo —. No estaría mal que probases una antes de tu sanción. Vamos.

Temerosa de probar una, pero también de no hacerlo, Elena tomó uno de los irregulares trozos y se lo metió en la boca. Sus dientes mascaron placenteramente. ¡Media nuez! Eso es lo que eran los misteriosos dulces. Una deliciosa media nuez sumergida en alguna especie de jarabe dulce de limón, con pedazos de guindilla o algo parecido adheridos a su superficie, y todo ello dorado con aquel oro comestible. ¡Pura ambrosía!

El Padrino le decía a Damon en aquellos momentos:

—Aplica tu propia «sanción», muchacho. Pero no descuides enseñar a la muchacha cómo ocultar sus pensamientos. Tiene demasiado ingenio para ser malgastado aquí en un burdel del arrabal. Pero entonces ¿por qué no creo que tenga el menor deseo de convertirse en una cortesana famosa?

Antes de que Damon pudiese responder o Elena alzar la mirada de su genuflexión, él ya había desaparecido, transportado por portadores de palanquín al único carruaje tirado por caballos que Elena había visto en los suburbios.

A todo esto, los dirigentes municipales que discutían y gesticulaban,

incitados por el joven Drohzne, habían alcanzado un hosco acuerdo.

—Diez azotes, no es necesario que se quite la ropa, y puedes dárselos tú mismo —dijeron—. Pero nuestra última palabra es diez. El hombre que negoció contigo ya no tiene poder para expresar su punto de vista.

Casi con indiferencia, uno de ellos alzó por un mechón de pelo una cabeza a la que faltaba el cuerpo. De un modo absurdo, estaba coronada de hojas polvorientas en previsión del banquete que seguiría a la ceremonia.

Los ojos de Damon llamearon con auténtica cólera que hizo vibrar los objetos que lo rodeaban. Elena pudo percibir el Poder que emanaba de él como de una pantera que se rebelara contra su correa, y se sintió como si hablase enfrentada a un huracán que arrojaba cada palabra de vuelta al interior de su garganta.

—Lo acepto.

—¿Qué?

—Se acabó, Da…, amo Damon. No más gritos. Estoy de acuerdo.

Entonces, mientras se postraba sobre las alfombras ante Drohzne, sonó un repentino lamento agudo procedente de mujeres y niños y una descarga cerrada de objetos lanzados —algunos de ellos, con mala puntería— contra el propietario de esclavos que sonreía presuntuoso.

La cola del vestido estaba extendida tras ella como la de una novia, con la sobrefalda color perla dando a la enagua un reluciente tono burdeos bajo la eterna luz roja. Sus cabellos se habían soltado del nudo alto que había hecho con ellos, formando una nube alrededor de sus hombros que Damon tuvo que apartar con las manos. El joven vampiro temblaba. De cólera. Elena no se atrevió a mirarle, sabiendo que las mentes de ambos correrían a unirse. Fue ella quien se acordó de pronunciar su discurso protocolario ante él y el joven Drohzne de modo que toda aquella farsa no tuviera que volverse a repetir.

«Decidlo con sentimiento —había reprendido siempre su profesora de arte dramático, la señora Courtland, a la clase—. Si no hay sentimiento en vosotros, no podrá existir sentimiento alguno en el público.»

—¡Amo! —gritó Elena en una voz que era lo bastante fuerte como para ser oída por encima de los lamentos de las mujeres—. Amo, no soy más que una esclava que no es digna de dirigirse a vos. Pero he pecado y acepto mi castigo con avidez… Sí, con avidez, si ello os restituye aunque sea una parte de la

respetabilidad de que gozabais antes de mi inusitada maldad. Os suplico que castiguéis a esta esclava deshonrada que yace igual que basura desechada en vuestro magnánimo camino.

El discurso, que había gritado en el tono invariablemente inanimado de quien se ha aprendido cada palabra de memoria, en realidad sólo debía contener cuatro palabras: «Amo, os suplico perdón». Pero nadie parecía haber reconocido la ironía que Meredith le había insuflado, ni haberlo hallado divertido. El Padrino lo había aceptado; el joven Drohzne ya lo había oído una vez, y ahora le tocaba el turno a Damon.

Pero el joven Drohzne no había acabado aún. Dirigiendo una sonrisa burlona a Elena, dijo:

—Ahora es cuando verás lo que es bueno, nena. Pero ¡quiero ver esa vara de fresno antes de que la uses!… —Y fue hacia Damon dando traspiés.

Unos cuantos mandobles al aire y golpes a los almohadones que les rodeaban (que llenaron el aire de polvo color rojo rubí) le convencieron de que la vara era todo lo que incluso él podía desear.

Con la boca haciéndosele agua visiblemente, se acomodó en el sofá dorado, estudiando a Elena de pies a cabeza.

Finalmente había llegado el momento. Damon no podía posponerlo por más tiempo. Despacio, como si cada paso fuese parte de una obra que no había ensayado como era debido, se colocó tímidamente junto a Elena para obtener un buen ángulo, y, por fin, mientras la multitud allí reunida empezaba a mostrarse impaciente, y las mujeres daban señales de ensimismarse en la bebida, más que en las lamentaciones, eligió el lugar.

—Pido perdón, mi amo —dijo Elena en su voz inexpresiva.

De haber sido al revés, pensó ella, Damon no habría recordado ni siquiera lo imprescindible.

Realmente había llegado el momento. Elena recordaba lo que Damon le había prometido, pero también sabía que se habían roto gran cantidad de promesas ese día. Para empezar, diez eran casi el doble de seis.

Aquello no le hacía ninguna gracia.

Pero cuando recibió el primer golpe supo que Damon no era de los que faltaban a la palabra dada. Sintió un golpe sordo, y un entumecimiento, y luego, curiosamente, una humedad que le hizo echar una ojeada a lo alto a través de la

celosía de tablas que tenían sobre sus cabezas para ver si había nubes. Fue desconcertante advertir que la sensación húmeda era su propia sangre, derramada sin producirle dolor, que le corría por el costado.

—Haz que los cuente —gruñó el joven Drohzne, arrastrando las palabras.

Y Elena dijo «Uno» automáticamente, antes de que Damon pudiese resistirse.

La muchacha siguió contando con la misma voz clara e inalterada. Mentalmente no estaba allí en absoluto, en aquella especie de alcantarilla horrible y maloliente. Estaba tumbada con los codos apuntalados para sostenerle el rostro, y contemplaba los ojos de Stefan; aquellos ojos verde intenso que jamás envejecerían, sin que importara cuántos siglos acumulasen. Contaba en tono soñador para él, y diez sería la señal para incorporarse de un salto e iniciar la carrera. Llovía débilmente, pero Stefan le iba a dar ventaja, y pronto, pronto ella se alzaría rápidamente de encima de él y saldría corriendo por la exuberante hierba verde. Haría que fuese una carrera justa y realmente pondría toda su energía en ella, pero Stefan, desde luego, la alcanzaría. Entonces caerían juntos sobre la hierba, riendo sin parar como si les hubiese dado un ataque de risa.

En cuanto a los vagos y lejanos sonidos de lobunas risas socarronas y gruñidos de borrachos, incluso éstos cambiaban gradualmente, y todo tenía que ver con el mismo sueño estúpido sobre Damon y una vara de fresno. En el sueño, Damon la blandía con fuerza suficiente como para satisfacer a los espectadores más exigentes, y sus golpes, que Elena podía oír en el creciente silencio, sonaban de lo más fuerte, y le hacían sentir una cierta sensación de náusea, sabedora de que aquél era el sonido de su propia piel al rajarse, pero no sentía más que sordos cachetes arriba y abajo de la espalda. ¡Y Stefan tiraba ya de su mano para besarla!

—Siempre seré tuyo —le decía Stefan—. Estaremos juntos cada vez que sueñes.

«Siempre seré tuya —le dijo Elena en silencio, sabiendo que él recibiría el mensaje—. Tal vez no pueda soñar contigo todo el tiempo, pero estoy siempre contigo.»

«Siempre, mi ángel. Te estoy esperando», le dijo Stefan.

Elena oyó a su propia voz decir: «Diez», y Stefan volvió a besarle la mano y desapareció. Pestañeando, desconcertada y confusa por la repentina avalancha de

ruidos, se incorporó con cautela a una posición sentada, mirando a su alrededor.

El joven Drohzne estaba encorvado sobre sí mismo, ciego de ira, decepción, y más licor del que ni siquiera él podía aguantar. Las mujeres que gemían hacía mucho que habían callado, sobrecogidas. Lo niños eran los únicos que todavía efectuaban algún ruido, subiendo y bajando por las gradas de tablas mientras cuchicheaban unos con otros y echando a correr si Elena miraba por casualidad hacia ellos.

Y entonces, con una falta total de ceremonia, todo acabó.

Cuando Elena se puso en pie, el mundo efectuó una vuelta doble completa a su alrededor y las piernas se le doblaron. Damon la sostuvo, y llamó a los pocos jóvenes que aún estaban conscientes y predispuestos a ayudarle.

—Dadme una capa.

No fue una petición, y el mejor vestido de aquellos hombres, que parecía haber venido de visita por los barrios bajos, le arrojó una gruesa capa, negra, forrada de un azul verdoso, y dijo:

—Quédatela. Una actuación… maravillosa. ¿Es un número de hipnotismo?

—No es ninguna actuación —gruñó Damon, en una voz que detuvo a los otros visitantes de los suburbios en el acto de tender tarjetas de visita.

—Tómalas —musitó Elena.

Damon agarró las tarjetas con una mano, de mala gana. Pero Elena se obligó a apartarse los cabellos de la cara con un movimiento de cabeza y a sonreír lentamente, con los párpados entornados, a los jóvenes. Ellos le devolvieron la sonrisa con cierta timidez.

—¿Cuándo…, esto…, volvéis a actuar…?

—Os enteraréis de ello —les respondió Elena.

Damon la llevaba ya de vuelta junto al doctor Meggar, rodeado por el inevitable séquito de niños que les tiraban de las capas. No fue hasta entonces cuando a Elena se le ocurrió preguntarse por qué Damon había pedido una capa a unos desconocidos, cuando él, de hecho, ya llevaba puesta una.

—Llevarán a cabo ceremonias en alguna parte, ahora que hay tantos de ellos —dijo la señora Flowers con discreta aflicción mientras Matt y ella tomaban té de hierbas sentados en el salón de la casa de huéspedes.

Era la hora de la cena, pero aún había bastante luz en el exterior.

—¿Ceremonias para hacer qué? —preguntó Matt.

No había conseguido llegar a la casa de sus padres desde que había abandonado a Damon y a Elena hacía más de una semana para regresar a Fell's Church. Había hecho una parada en casa de Meredith, que estaba en los confines de la ciudad, y ella le había convencido para que pasase primero por casa de la señora Flowers. Tras la conversación que los tres habían tenido con Bonnie, Matt había decidido que lo mejor era ser «invisible». Su familia estaría más segura si nadie sabía todavía que él había regresado a Fell's Church. Viviría en la casa de huéspedes, pero ninguno de los críos que estaban causando todos los problemas lo advertirían. Luego, una vez que Bonnie y Meredith se hubiesen marchado sin problemas a reunirse con Damon y Elena, Matt podría ser una especie de agente secreto.

En este momento casi deseaba haberse ido con las chicas. Intentar ser un agente secreto en un lugar donde todos los adversarios parecían ser capaces de oír y ver mejor que uno, además de moverse mucho más rápido, no había resultado ser tan útil como hubiera podido parecer; así que pasaba la mayor parte del tiempo leyendo los blogs de Internet que Meredith había marcado, en busca de pistas que pudiesen servirles de algo.

Pero no había leído sobre la necesidad de ninguna clase de ceremonias. Se volvió hacia la señora Flowers mientras ésta sorbía pensativamente su té.

—¿Ceremonias para qué? —repitió.

Con su suave cabello blanco y su rostro tierno y despistado, y afables ojos azules, la señora Flowers parecía la ancianita más inofensiva del mundo. Sin embargo, no lo era. Bruja de nacimiento, y jardinera por vocación, sabía tanto sobre hierbas tóxicas de magia negra como sobre emplastos curativos de magia blanca.

—Bueno, para hacer cosas por lo general desagradables —respondió con tristeza, clavando la mirada en las hojas de té de su taza—. Son en parte como asambleas de preparación, ya sabes, para que todo el mundo se vaya entusiasmando. Probablemente también llevan a cabo algo de magia negra en ellas. Parte de ello funciona mediante chantaje y lavado de cerebro; pueden convencer a los nuevos conversos de que ahora son culpables por el simple hecho de asistir a las reuniones. Que lo mejor sería que cedieran y se

convirtieran en iniciados por completo… Esa clase de cosas. Muy desagradable.

—Pero ¿desagradable en qué sentido? —persistió Matt.

—En realidad no lo sé, querido. Jamás he asistido a una.

Matt reflexionó. Eran casi las siete de la tarde, la hora en la que se iniciaba el toque de queda para los jóvenes menores de dieciocho años. Los dieciocho parecían ser la edad máxima que podía tener alguien para convertirse en poseído.

Desde luego, no era un toque de queda oficial. El departamento del *sheriff* no parecía tener ni idea de cómo manejar la curiosa enfermedad que se iba abriendo paso entre las jóvenes de Fell's Church. ¿Asustarlas directamente? Era la policía la que sentía miedo. Un joven *sheriff* había salido como una exhalación de casa de los Ryan para vomitar en la calle tras ver como Karen Ryan había arrancado de un mordisco las cabezas de sus ratoncitos y presenciar lo que había hecho con el resto de ellos.

¿Encerrarles? Los padres no querían ni oír hablar de ello; sin importarles lo malo que fuese el comportamiento de sus hijos, lo evidente era que las criaturas necesitaban ayuda. Los niños que eran conducidos a la ciudad vecina para que les visitase un psiquiatra permanecían sentados recatadamente y hablaban con calma y lógica… durante los quince minutos de la visita. Luego, durante el camino de vuelta, se vengaban, repitiendo todo lo que sus padres decían imitándolos a la perfección, efectuando sonidos animales que parecían reales, manteniendo conversaciones consigo mismos en idiomas que parecían asiáticos, o incluso recurriendo al tópico pero todavía espeluznante número de hablar hacia atrás.

Ni castigos normales ni la ciencia médica habitual parecían proporcionar una respuesta al problema de los niños.

Pero lo que más asustaba a los padres era cuando sus hijos e hijas desaparecían. En un principio, se dio por sentado que los niños iban al cementerio, pero cuando los adultos intentaron seguirlos a una de sus reuniones secretas, hallaron el cementerio vacío, incluida la cripta secreta de Honoria Fell. Los niños simplemente parecían haberse… desvanecido.

Matt creyó conocer la respuesta al enigma. Aquella espesura perteneciente al Bosque Viejo que todavía existía cerca del cementerio. O bien los poderes de purificación de Elena no habían llegado tan lejos, o el lugar era tan maligno que había sido capaz de resistirse a la limpieza.

Y, como Matt sabía muy bien, el Bosque Viejo estaba totalmente bajo el dominio de los kitsune. Dabas dos pasos al interior de la espesura y te podías pasar el resto de la vida intentando salir de allí.

—Pero a lo mejor soy lo bastante joven para seguirlos al interior —le decía ahora a la señora Flowers—. Sé que Tom Pierler va con ellos y tiene mi edad. Y por otra parte también la tenían los que lo iniciaron: Caroline se lo pasó a Jim Bryce, quien se lo pasó a Isobel Saitou.

La señora Flowers parecía abstraída.

—Deberíamos pedirle a la abuela de Isobel más de esas salvaguardas shinto contra el mal que bendijo —propuso—. ¿Crees que podrías encargarte de hacerlo en algún momento, Matt? Pronto tendremos que prepararnos para montar una barricada, me temo.

—¿Es eso lo que dicen las hojas del té?

—Sí, querido, y coinciden con lo que dice mi pobre cabeza, también. Tal vez querrías pasar esa información a la doctora Alpert para que pueda sacar a su hija y a sus nietos de la ciudad antes de que sea demasiado tarde.

—Le daré el mensaje, pero creo que va a ser muy difícil arrancar a Tyrone de Deborah Koll. Está realmente colado por ella… ¡Oiga!, a lo mejor la doctora Alpert puede conseguir que también se marchen los Koll.

—A lo mejor. Eso significaría unos cuantos pequeños menos de los que preocuparse —repuso la señora Flowers, tomando la taza de Matt para atisbar en su interior.

—Lo haré.

Resultaba raro, se dijo Matt. Tenía tres aliados ahora en Fell's Church y eran tres mujeres de más de sesenta años. Una era la señora Flowers, todavía lo bastante llena de energía como para levantarse cada mañana y dar un paseo y llevar a cabo el cuidado del jardín; otra era Obasaan —confinada en una cama, diminuta y parecida a una muñeca, con los negros cabellos recogidos en un moño— que estaba siempre lista para ofrecer consejos basados en los años que había pasado como doncella en un santuario; y la tercera era la doctora Alpert, la médico local de Fell's Church, de cabellos entrecanos, bruñida tez de un moreno oscuro, y una actitud totalmente pragmática respecto a todo, incluida la magia. A diferencia de la policía, se negaba a ignorar lo que sucedía ante sus narices, y hacía todo lo posible por ayudar a aliviar los miedos de los niños así como

aconsejar a los aterrados padres.

Una bruja, una sacerdotisa y una doctora. Matt supuso que tenía todas sus bases cubiertas, en especial porque además conocía a Caroline, el paciente original en aquel caso; tanto si era posesión por parte de zorros, lobos o ambos, además de alguna otra cosa.

—Iré a la reunión esta noche —declaró con firmeza—. Los chicos han estado cuchicheando y contactando unos con otros durante todo el día. Me ocultaré en algún lugar donde pueda verles entrar en la espesura. Luego les seguiré…, siempre y cuando Caroline o…, ¡que Dios nos ampare!, Shinichi o Misao… no estén con ellos.

La señora Flowers le sirvió otra taza de té.

—Me preocupas mucho, Matt, querido. Creo que éste es un día de malos presagios. No es la clase de día para correr riesgos.

—¿Qué dice su madre al respecto? —preguntó él, genuinamente interesado.

La madre de la señora Flowers había muerto en algún momento de principios de 1900, pero eso no le impedía comunicarse con su hija.

—Bueno, es precisamente eso. No he sabido nada de ella en todo el día. Volveré a intentarlo una vez más.

La señora Flowers cerró los ojos, y Matt pudo ver cómo sus párpados arrugados como el crepé se movían de un lado a otro mientras buscaba a su madre, intentaba entrar en trance o alguna cosa parecida. El muchacho bebió el té y después inició una partida de un juego en su móvil.

Por fin, la señora Flowers volvió a abrir los ojos y suspiró.

—Mi querida mamá —siempre lo decía poniendo mucho énfasis en el acento de la segunda sílaba— se muestra díscola hoy. No hay modo de que consiga que me dé una respuesta clara. Según ella, la reunión será muy ruidosa, y luego muy silenciosa. Y está claro que siente que será muy peligrosa, además. Creo que será mejor que vaya contigo, querido.

—¡No, no! Si su madre piensa que es peligroso, ni siquiera lo intentaré —dijo Matt.

Las chicas le despellejarían vivo si le sucedía algo a la señora Flowers, se dijo. Era mejor no arriesgarse.

La anciana se recostó en el asiento con semblante aliviado.

—Bueno —dijo por fin—, supongo que más vale que me ponga a desherbar.

Tengo artemisa que cortar y secar, también. Y los arándanos ya deben de estar maduros. Cómo vuela el tiempo.

—Bueno, está cocinando para mí y todo eso —dijo Matt—. Ojalá me dejara pagarle pensión completa.

—¡Jamás me lo perdonaría! Eres mi invitado, Matt. Y también mi amigo, espero.

—Por supuesto. Sin usted, estaría perdido. Saldré tan sólo a dar un paseo hasta el límite de la ciudad. Tengo que quemar un poco de energía. Me gustaría…

Se interrumpió de repente. Iba a decir que desearía poder efectuar unos cuantos tiros de baloncesto con Jim Bryce. Pero Jim no volvería a encestar… jamás. No con sus manos mutiladas.

—Tan sólo saldré a dar una vuelta —dijo.

—De acuerdo —repuso la señora Flowers—. Por favor, Matt querido, ten cuidado. Acuérdate de coger una chaqueta o una cazadora.

—Sí, señora.

Estaban a principios de agosto, y hacía un calor y una humedad suficientes como para andar por ahí en bañador; pero a Matt le habían educado para tratar a ancianitas de cierta edad de un modo concreto; incluso aunque fuesen brujas y tan agudas en la mayoría de cosas como la navaja que deslizó en su bolsillo antes de que abandonara la casa de huéspedes.

Salió al exterior y, por un camino lateral, bajó hasta el cementerio.

Si se limitaba a ir hasta aquel lugar donde el terreno descendía profundamente bajo la espesura, dispondría de una buena vista de cualquiera que entrase en lo que quedaba del Bosque Viejo, sin que nadie pudiera verle desde ningún ángulo del sendero situado abajo.

Apresuró el paso hacia el escondite elegido sin hacer el menor ruido, pasando agachado por detrás de las lápidas a la vez que se mantenía alerta por si notaba cualquier cambio en el canto de los pájaros, que indicaría que se aproximaban los niños. Pero el único canto de aves era el estridente chillido de cuervos en los matorrales y no vio a nadie en absoluto…

… hasta que se deslizó al interior de su escondite.

Entonces se encontró cara a cara con una pistola desenfundada, y, tras ella, el rostro del *sheriff* Rich Mossberg.

Las primeras palabras que salieron de la boca del policía parecieron recitadas totalmente de memoria, como si alguien hubiese tirado del cordón de una muñeca parlante del siglo XX.

—Matthew Jeffrey Honeycutt, le arresto por violación y lesiones en la persona de Caroline Beula Forbes. Tiene el derecho de permanecer en silencio…

—Y también usted —siseó Matt—. Pero ¡no por mucho tiempo! ¿Oye esos cuervos que graznan todos a la vez? ¡Los chicos vienen hacia el Bosque Viejo! ¡Y están cerca!

El *sheriff* Mossberg era una de esas personas que nunca dejan de hablar hasta que han terminado, así que en aquellos momentos decía:

—¿Ha comprendido estos derechos?

—¡No, señor! *¡Mi ne comprenas* estupideces!

Una arruga apareció entre las cejas del *sheriff*.

—¿Es jerga italiana eso con lo que me hablas?

—Es esperanto… ¡no tenemos tiempo! Ahí están… y, ¡cielos, Shinichi está con ellos!

La última frase fue pronunciada en el más tenue de los susurros a la vez que Matt bajaba la cabeza para mirar a hurtadillas por entre la alta maleza del extremo del cementerio sin agitarla.

Sí, era Shinichi, y llevaba de la mano a una niña de unos doce años. Matt la reconoció vagamente: vivía muy cerca de Ridgemont. ¿Cómo se llamaba? ¿Betsy… Becca…?

El *sheriff* Mossberg emitió un tenue sonido angustiado.

—Mi sobrina —musitó. Matt se sorprendió de que pudiese hablar tan quedo —. ¡Ésa, de hecho, es mi propia sobrina, Rebecca!

—De acuerdo, tan sólo quédese quieto y aguarde —susurró Matt.

Una hilera de niños seguían a Shinichi igual que si éste fuera alguna especie de flautista de Hamelín satánico, con sus cabellos negros de puntas rojas brillando y sus ojos dorados risueños a la luz de la tarde. Los niños reían tontamente y cantaban, algunos con dulces voces de parvulario, una versión extraordinariamente tergiversada de *Los siete conejitos*. Matt sintió que la boca se le secaba. Era un tormento contemplarles penetrar con paso resuelto en la espesura del bosque, igual que contemplar corderitos ascendiendo por una rampa al interior de un matadero.

Tuvo que elogiar al *sheriff* por no intentar pegarle un tiro a Shinichi, pues eso realmente habría armado la de San Quintín. Pero entonces, justo cuando la cabeza de Matt se inclinaba al frente, aliviada, al entrar en la espesura el último de los niños, el muchacho volvió a alzarla violentamente.

El *sheriff* Mossberg se preparaba para incorporarse.

—¡No! —Matt le agarró de la muñeca.

El policía se desasió.

—¡Tengo que entrar ahí! ¡Tiene a mi sobrina! —No la matará. No matan a los niños. No sé por qué, pero no lo hacen.

—Ya has oído qué clase de porquería les estaba enseñando. Cantará una canción muy distinta cuando vea una Glock semiautomática apuntando a su cabeza.

—Oiga —dijo Matt—, tiene que arrestarme, ¿de acuerdo? Le exijo que me arreste. Pero ¡no entre en ese bosque!

—No veo ningún bosque, que digamos —replicó el *sheriff* con desdén—. Apenas hay espacio en ese bosquecillo de robles para que se sienten todos esos niños. Si quieres ser de alguna utilidad en tu vida, puedes agarrar a uno o dos de los pequeños cuando salgan corriendo.

—¿Salgan corriendo?

—Cuando me vean, se dispersarán. Probablemente saldrán disparados en todas direcciones, pero algunos usarán el mismo sendero que utilizaron para entrar. Veamos, ¿vas a colaborar o no?

—No, señor —respondió Matt despacio y con firmeza—. Y…, y, oiga…, oiga, ¡de verdad, le suplico que no entre ahí! ¡Créame, sé de lo que hablo!

—No sé qué clase de droga tomas, chico, pero lo cierto es que no tengo tiempo para seguir hablando en este momento. Y si intentas otra vez impedirme que entre ahí… —giró la Glock para apuntar a Matt— añadiré un cargo más de obstrucción a la justicia. ¿Entendido?

—Sí, entendido —dijo Matt, con una profunda sensación de cansancio.

Volvió a dejarse caer en el escondite mientras el policía, sorprendentemente sin apenas hacer ruido, se escabullía fuera y descendía hasta la espesura. A continuación, el *sheriff* Rich Mossberg se introdujo con paso resuelto entre los árboles y desapareció del campo de visión de Matt.

Este permaneció en el escondite y sudó la gota gorda durante una hora. Le

costaba mantenerse despierto cuando oyó un alboroto entre los matorrales y Shinichi salió de ellos, conduciendo a los niños que reían y cantaban.

El *sheriff* Mossberg no salió con ellos.

22

Aquella tarde, tras la «sanción» a Elena, Damon alquiló una habitación en el mismo complejo donde vivía el doctor Meggar. Lady Ulma permaneció en la consulta del doctor hasta que entre ellos, Sage, Damon y el doctor Meggar, la hubieron curado por completo.

La mujer ya no hablaba nunca de cosas tristes. Les contó tantas historias de la finca de su infancia que todos tuvieron la impresión de que podrían pasear por ella y reconocer cada estancia, a pesar de lo enorme que era.

—Supongo que ahora debe de dar cobijo a ratas y ratones —comentó con nostalgia al concluir uno de sus relatos—. Y a arañas y polillas.

—Pero ¿por qué? —preguntó Bonnie, sin ver las señales que tanto Meredith como Elena le hacían para que no preguntase.

Lady Ulma echó la cabeza atrás para mirar al techo.

—Debido… al general Verantz. El demonio de mediana edad que me vio cuando yo sólo tenía catorce años. Cuando hizo que el ejército atacara mi hogar, mataron a todo ser vivo que encontraron dentro; excepto a mí y a mi canario. Mis padres, mis abuelos, mis tías y tíos…, mis hermanos y hermanas menores. Incluso a mi gato que dormía en el alféizar de la ventana. El general Verantz hizo que me condujesen ante él, tal y como estaba, en camisón y descalza, con los cabellos sin cepillar y soltándose de su trenza, y junto a él estaba mi canario con la tela que colocábamos por la noche retirada de la jaula. Seguía vivo y brincando de un lado a otro tan alegre como siempre. Y eso hizo que todo lo demás que sucedió pareciese peor de algún modo…, y con todo más parecido a un sueño, también. Resulta difícil de explicar.

»Dos de los hombres del general me sujetaban cuando me llevaron ante él; aunque en realidad lo que hacían era sostenerme en pie más que impedirme salir huyendo. Yo era muy joven, ¿sabéis?, y las cosas no hacían más que desdibujarse y volver a aparecer ante mis ojos. Pero recuerdo exactamente lo que el general me dijo: «Le dije a este pájaro que cantara y cantó. Le dije a tus padres que quería concederte el honor de ser mi esposa y se negaron. Ahora mira allí. ¿Serás como el canario o como tus padres, me pregunto?». E indicó una esquina en penumbra de la habitación. Desde luego, todo se iluminaba con antorchas entonces, y las antorchas se habían apagado al irnos a acostar, pero había luz suficiente para que viese que había un montón de objetos redondos, con paja o hierba a un lado de ellos. Al menos eso fue lo que pensé en un principio…, de verdad. Así de inocente era yo, y creo que la impresión recibida había afectado a mi mente.

—Por favor —dijo Elena, acariciando con delicadeza la mano de la mujer—; no tiene que seguir con esto. Comprendemos…

Pero lady Ulma no pareció oír las palabras, y dijo:

—Y entonces uno de los hombres del general alzó una especie de coco con una gran mata de pelo en lo alto, en una trenza. Lo balanceó con indiferencia… y de improviso vi lo que era en realidad. Era la cabeza de mi madre.

Elena se atragantó sin querer. Lady Ulma paseó la mirada por las tres muchachas con ojos firmes y secos.

—Supongo que pensáis que soy muy insensible al poder hablar sobre tales cosas sin venirme abajo.

—No, no… —empezó a decir Elena a toda prisa.

Ella misma temblaba, incluso después de reducir al mínimo la capacidad de sus sentidos psíquicos para captar cosas. Esperó que Bonnie no se desmayase.

Lady Ulma volvía a hablar ya.

—Guerra, violencia sin venir a cuento y tiranía son todo lo que he conocido desde que hicieron pedazos mi inocencia infantil en aquel momento. Es la gentileza lo que me deja atónita ahora, lo que hace que las lágrimas me escuezan en los ojos…

—Oh, no llore —rogó Bonnie, rodeando impulsivamente a la mujer con los brazos—. Por favor, no lo haga. Estamos aquí por usted.

Entretanto, Elena y Meredith se dedicaron a mirarse entre sí con el ceño

fruncido y efectuando veloces encogimientos de hombros.

—Sí, por favor, no llore —interpuso Elena, sintiéndose levemente culpable, pero decidida a poner a prueba el plan A—. Pero díganos, ¿cómo acabó la finca de su familia en un estado tan ruinoso?

—Fue por culpa del general, al que siempre enviaban a tierras remotas a librar guerras estúpidas y sin sentido. Cuando se marchaba se llevaba con él a la mayor parte de su séquito, incluidos los esclavos que gozaban de su favor en aquel momento. Una de aquellas veces, tres años después de haber atacado nuestro hogar, yo no gozaba de su favor, y no fui elegida para acompañarle. Tuve suerte. Todo su batallón fue exterminado; los miembros del personal de la mansión que iban con él fueron hechos prisioneros o asesinados. No tenía heredero y las propiedades que tenía aquí revirtieron a la Corona, que no las quería para nada. Ha permanecido desocupada durante todos estos innumerables años; saqueada muchas veces, sin duda, pero con su auténtico secreto, el secreto de las joyas, sin descubrir…, por lo que yo sé.

—El secreto de las joyas —susurró Bonnie, poniendo énfasis en cada palabra, como si fuese el título de una novela de misterio, y manteniendo un brazo alrededor de lady Ulma.

—¿Qué secreto de las joyas? —dijo Meredith con más calma.

Elena era incapaz de hablar debido a los deliciosos estremecimientos que la recorrían; aquello era como formar parte de una obra de teatro mágica.

—En tiempos de mis padres, era corriente esconder tus riquezas en alguna parte de tu finca… y mantener la información de su escondite estrictamente restringida a los propietarios. Desde luego, mi padre, como diseñador y comerciante de joyas, tenía un tesoro mayor del que conocía la mayoría de la gente. Tenía una habitación maravillosa que a mí me parecía como la cueva de Aladino, y que era su taller, donde guardaba las gemas en bruto así como las piezas terminadas que le habían encargado o que había diseñado para mi madre o sacado de su imaginación.

—¿Y nadie lo ha descubierto nunca? —quiso saber Meredith, con un levísimo deje de escepticismo en su voz.

—Si alguien lo hizo, yo jamás me enteré. Por supuesto, podrían haber obtenido la información de boca de mi padre o de mi madre, pero el general no era un vampiro o un kitsune meticuloso y paciente, sino un demonio rudo e

impaciente. Mató a mis padres cuando asaltó la casa. Y jamás se le ocurrió que yo, una criatura de catorce años, podría poseer aquella información.

—Pero usted lo sabía… —musitó Bonnie, fascinada, conduciendo el relato a donde tenía que ir.

—Pero yo lo sabía. Y lo sigo sabiendo todavía.

Elena tragó saliva. Seguía intentando permanecer tranquila, parecerse más a Meredith, mantener la serenidad. Pero en el mismo instante que abría la boca para mostrarse sensata, Meredith dijo:

—¿A qué estamos esperando? —Y se puso en pie de un salto.

Lady Ulma pareció ser la más serena de todos los presentes, y también pareció levemente desconcertada y casi tímida.

—¿Os referís a que deberíamos pedirle audiencia a vuestro amo?

—¡Lo que yo quiero decir es que deberíamos ir allí y conseguir esas joyas! —exclamó Elena—. Aunque, sí, Damon sería de una gran utilidad si hubiera algo que precisara de fuerza para levantarlo. Y Sage también.

No comprendía cómo era que lady Ulma no estaba más entusiasmada.

—¿No se da cuenta? —siguió Elena, y su mente trabajaba ya a toda velocidad—. ¡Puede recuperar su casa! Podemos hacer todo lo posible por arreglarla de modo que sea como era cuando usted era pequeña. Quiero decir, si eso es lo que quiere hacer con el dinero. Pero ¡me encantaría, al menos, poder ver la cueva de Aladino!

—Pero… bueno. —Lady Ulma pareció repentinamente afligida—. Mi intención había sido pedir al amo Damon otro favor, aunque el dinero de las joyas podría ayudar en eso.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Elena con toda la delicadeza que pudo —. Y no necesita llamarle amo Damon. La ha liberado, ¿lo recuerda?

—Pero sin duda eso fue simplemente una…, una celebración del momento. —Lady Ulma seguía mostrando un semblante perplejo—. No lo hizo oficial en las Oficinas de los Siervos ni nada parecido, ¿verdad?

—¡Si no lo ha hecho es porque no lo sabía! —exclamó Bonnie al mismo tiempo que Meredith decía:

—En realidad no comprendemos el protocolo. ¿Es eso lo que es necesario hacer?

Lady Ulma sólo parecía capaz de asentir con la cabeza. Elena se sintió

humilde, adivinando que aquella mujer, una esclava durante más de veintidós años, debía de hallar difícil creer en la auténtica libertad.

—Damon hablaba en serio cuando aseguró que todas éramos libres —dijo, arrodillándose junto a la silla de lady Ulma—. Simplemente no sabía todas las cosas que tenía que hacer. Si nos las dice, podremos contárselas, y entonces todos podremos ir a su antigua propiedad.

Estaba a punto de volver a levantarse, cuando Bonnie dijo:

—Algo no va bien. No se siente tan feliz como lo estaba antes. Tenemos que averiguar qué es.

Abriendo un poco sus percepciones psíquicas, Elena pudo darse cuenta de que Bonnie tenía razón; así que permaneció donde estaba, arrodillada junto a la silla de lady Ulma.

—¿Qué sucede? —preguntó, ya que la mujer parecía abrir más su corazón cuando ella, Elena, hacía las preguntas.

—Esperaba —respondió ella lentamente— que el amo Damon pudiera comprar… —Se ruborizó, pero siguió adelante—. Pudiera tener la bondad de comprar a un esclavo más. Al… padre de mi hijo.

Hubo un momento de absoluto silencio, y a continuación las tres muchachas se pusieron a hablar; las tres, supuso Elena, intentando frenéticamente hacer aquello en lo que ella misma estaba poniendo empeño, que era no mencionar que habían supuesto que el viejo Drohzne era el padre.

Pero por supuesto no podía serlo, se reprendió Elena. «Ella está realmente feliz con este embarazo… Y ¿a quién podría hacerle feliz tener un hijo de un monstruo repugnante como el viejo Drohzne? Además, él no tenía ni idea de que pudiese estar embarazada… y tampoco le importaba.»

—Tal vez sea más fácil de decir que de hacer —continuó lady Ulma, cuando el murmullo de palabras tranquilizadoras hubo cesado un poco—. Lucen es un joyero, una persona de renombre que crea piezas que…, que me recuerdan a las de mi padre. Será caro.

—Pero ¡aún debemos explorar la cueva de Aladino! —dijo Bonnie, jubilosa —. Quiero decir que tendrá suficiente si vende las joyas, ¿verdad? ¿O necesitará más?

—Pero son las joyas del amo Damon —repuso la mujer, mostrándose horrorizada—. Incluso aunque no se diese cuenta al heredar todas las

propiedades del viejo Drohzne, se convirtió en mi dueño, y en el dueño de todas mis propiedades…

—Ocupémonos de que quede libre y luego haremos las cosas de una en una —indicó Meredith en voz más firme y racional.

Querido diario:

Bueno, te escribo siendo todavía una esclava. Hoy liberamos a lady Ulma, pero decidimos que Meredith, Bonnie y yo deberíamos seguir siendo «asistentes personales». Lo hacemos porque lady Ulma dijo que Damon resultaría raro y poco elegante si no tuviese a varias chicas hermosas como cortesanas.

*En realidad esto tiene un lado positivo, ya que como cortesanas es necesario que vistamos ropas hermosas y luzcamos joyas todo el tiempo. Llevaba los mismos vaqueros desde el momento en que aquel b*st*rd* del viejo Drohzne me hizo trizas el par que llevaba cuando entré en este lugar, así que puedes imaginar que me sienta entusiasmada.*

Pero, en realidad, no sólo estoy emocionada debido a las ropas bonitas. Todo lo que sucedió desde que liberamos a lady Ulma y luego fuimos a su antigua finca ha sido un sueño maravilloso. La casa estaba en un estado ruinoso, y estaba ocupada por animales salvajes que la usaban de baño y de dormitorio. Incluso encontramos huellas de lobos arriba, lo que nos llevó a la pregunta de si viven hombres lobo en este mundo. Aparentemente así es, y algunos ocupan posiciones muy elevadas bajo el mando de distintos señores feudales. Aunque a lo mejor a Caroline le gustaría tomarse unas vacaciones aquí para aprender sobre seres lobo auténticos; se dice que odian tanto a los humanos que ni siquiera quieren tener a un humano o a un vampiro (que en una ocasión fue un humano) como esclavos.

Pero volvamos a la casa de lady Ulma. Los cimientos son de piedra y está revestida por dentro de madera noble, así que la estructura básica está en perfectas condiciones. Las cortinas y tapices cuelgan todos hechos jirones, claro, así que resulta más bien espeluznante entrar con antorchas y verlos colgando sobre tu cabeza y a tu alrededor. Por no mencionar las telarañas gigantes. Odio las arañas más que ninguna otra

cosa.

Pero entramos, y nuestras antorchas parecían versiones reducidas de ese sol carmesí gigante que está permanentemente en el horizonte, tiñéndolo todo en el exterior del color de la sangre, y cerramos las puertas y encendimos un fuego en una chimenea gigante en lo que lady Ulma llama el Gran Salón. (Creo que es donde comían o celebraban fiestas; hay una mesa enorme sobre una tarima, y un espacio para trovadores encima de lo que debe de ser la pista de baile.) Lady Ulma nos ha dicho que es el sitio donde todos los criados dormían por la noche, además (el Gran Salón, no la galería de los trovadores).

A continuación fuimos arriba, donde vimos —lo juro— varias docenas de dormitorios con camas con dosel enormes que van a necesitar colchones, sábanas, colchas y colgaduras nuevas, pero no nos quedamos para echar un vistazo más afondo. Había murciélagos colgando del techo.

Nos encaminamos al taller de la madre de lady Ulma. Era una habitación muy grande donde se podían sentar al menos cuarenta personas y coser las prendas que la madre de lady Ulma diseñaba. Pero ¡aquí viene la parte emocionante!

Lady Ulma fue a uno de los armarios de la habitación y retiró todas las ropas hechas jirones y comidas por las polillas que había en su interior. ¡Y luego presionó unos cuantos lugares distintos en la parte posterior del armario y se deslizó hacia fuera! ¡En su interior había una escalera muy estrecha que iba directa hacia abajo!

No hacía más que pensar en la cripta de Honoria Fell y me preguntaba si algún vampiro sin hogar se habría instalado en la habitación situada abajo, pero sabía que eso era estúpido porque había telarañas justo al otro lado de la puerta. Damon insistió de todos modos en bajar él primero porque él es quien mejor ve en la oscuridad, aunque creo que la verdad es que simplemente sentía curiosidad por ver lo que había allí abajo.

Nosotras le seguimos en fila, intentando tener cuidado con las antorchas, y…, bueno, no encuentro las palabras adecuadas para lo que descubrimos. Durante unos minutos me sentí desilusionada porque todo

lo que había sobre la gran mesa que había allí abajo estaba polvoriento en lugar de centellear, pero entonces lady Mima empezó a frotar con suavidad joyas con una tela especial y Bonnie encontró sacos y fardos y vertió su contenido… ¡y fue como verter un arco iris! Damon halló un armarito en el que había cajones y cajones de collares, brazaletes, anillos, colgantes, ajorcas, pendientes, aros para la nariz y horquillas de moño y también adornos.

No podía creer lo que estaba viendo. Vacié una bolsita y me encontré con que contenía un enorme puñado de soberbios diamantes blancos que caían por entre mis dedos, algunos de ellos tan grandes como la uña de mi pulgar. Vi perlas blancas y perlas negras, tanto más pequeñas y perfectamente idénticas, enormes y conformas maravillosas: casi tan grandes como albaricoques con un lustre rosa, dorado o gris. Vi zafiros del tamaño de monedas de veinticinco centavos, tan brillantes que casi los podías distinguir desde el otro extremo de la habitación. Sostuve puñados de esmeraldas y peridotos y ópalos y rubíes y turmalinas y amatistas…, y una barbaridad de lapislázuli, suficiente para cualquier vampiro exigente, desde luego.

Y las alhajas que ya estaban hechas eran tan hermosas que sentí un nudo en la garganta. Sé que lady Ulma lloró en silencio un ratito, pero creo que fue en parte de felicidad mientras todas no hacíamos más que felicitarla por sus joyas. En cuestión de días ha pasado de ser una esclava que no poseía nada a ser una mujer increíblemente rica que posee una casa y todos los recursos que necesitará jamás para mantenerla como es debido. Hemos decidido que incluso a pesar de que lady Ulma va a casarse con su amante, lo mejor era que primero Damon lo comprara sin alborotos y lo liberara sin armar ruido, pero que él siguiera haciendo de «cabeza de familia» mientras estemos aquí. Durante ese tiempo trataremos a lady Ulma como parte de la familia, y pondremos al joyero Lucen a trabajar otra vez hasta que nos marchemos, momento en el que él y lady Ulma podrán ocupar el lugar de Damon sin llamar la atención. Los señores feudales de por aquí y a no son demonios, sino vampiros, y éstos tienen menos objeciones a que los humanos posean propiedades.

¿Te he hablado de Lucen? ¡Es un artista maravilloso con las joyas! Tiene una ardiente necesidad de crear. En sus primeros tiempos como esclavo creaba con barro y hierbas, imaginando que realizaba alhajas. Luego tuvo suerte y trabajó de aprendiz con un joyero. Sintió pena por lady Ulma durante tanto tiempo, y la amó durante tanto tiempo, que es como un pequeño milagro que de verdad vayan a poder estar juntos… Y lo que es más importante, como ciudadanos libres.

Temíamos que a Lucen no le gustase la idea de que lo comprásemos como esclavo y no lo liberemos hasta que nos vayamos, pero él nunca creyó que pudiese ser libre… debido a su talento. Es un hombre amable, delicado, de movimientos lentos, con una barbita muy pulcra y ojos grises que me recuerdan los de Meredith. Y le deja tan atónito verse tratado decentemente y que no le obliguen a trabajar las veinticuatro horas del día que habría aceptado cualquier cosa, con tal de que le permitiesen estar cerca de lady Ulma. Imagino que era un aprendiz cuando su padre era joyero, y que se enamoró de ella hace todos esos años, pero que pensaba que nunca, nunca en la vida podría estar con ella, porque ella era una joven dama con clase y él era un esclavo. ¡Son tan felices jun tos!

A lady Ulma se la ve cada día más hermosa y más joven. Pidió permiso a Damon para teñirse el pelo de negro, y él le dijo que se lo podía teñir de rosa si quería, y ahora está increíblemente bella. No puedo creer que la considerara en una ocasión una vieja decrépita, pero eso es lo que el sufrimiento, el miedo y la desesperanza le hacen a uno. Cada una de aquellas canas era producto de ser una esclava, sin propiedades, sin poder decidir su propio futuro, sin seguridad, sin capacidad siquiera para conservar a sus hijos si los tenía.

Olvidé contarte la otra parte positiva de que Meredith, Bonnie y yo seamos «asistentes personales» durante un tiempo. Se trata de que podemos emplear a gran cantidad de mujeres pobres que se ganan la vida cosiendo, pues resulta que lady Ulma quiere diseñar y enseñarles cómo confeccionar nuestras ropas más elegantes. Le dijimos que podía limitarse a descansar tranquilamente, pero ella dice que toda su vida soñó con ser diseñadora de moda como su madre y ahora se muere por

hacerlo… con tres tipos distintos de chica a las que vestir. Me muero por ver qué se le ocurre: ya ha empezado con los bocetos y mañana vendrá el hombre que vende las telas y ella escogerá los materiales.

Entretanto, Damon ha contratado a unas doscientas personas (¡en serio!) para limpiar a fondo la finca de lady Ulma, colocar cortinas y tapices nuevos, renovar la instalación sanitaria, sacar brillo al mobiliario que se ha conservado bien, y reemplazar con muebles nuevos los que se han hecho pedazos. Ah, y plantar macizos de flores ya crecidos y árboles en los jardines y poner fuentes y toda clase de cosas. Con tanta gente trabajando, deberíamos poder mudarnos en cuestión de días..

Todo esto tiene un único propósito, aparte de hacer feliz a lady Ulma: Se trata de que Damon y sus «asistentes personales» sean aceptados por la alta sociedad cuando se inicie la temporada de fiestas este año. Porque he dejado lo mejor para el final: ¡tanto lady Mima como Sage han podido identificar a las personas de los acertijos que Misao nos dio!.

Eso no hace más que demostrar lo que yo pensaba, que Misao jamás imaginó que conseguiríamos llegar hasta aquí, o que obtendríamos acceso a los lugares donde han ocultado las dos mitades de la llave zorro.

Pero existe un modo muy fácil de ser invitado a las casas en las que hemos de entrar. Si somos los nouveau riches (¿está bien escrito?) más nuevos y ostentosos de la zona, y si hacemos circular la historia de que se le ha devuelto a lady Mima el lugar que era legítimamente suyo, y si todo el mundo quiere saber cosas sobre ella…, ¡nos invitarán a fiestas! ¡Y así es como entraremos en las dos propiedades en las que tenemos que entrar para buscar las mitades de la llave que necesitamos para liberar a Stefan! Y tenemos una suerte increíble, porque ésta es la época del año en que todo el mundo empieza a dar fiestas, y las dos casas que queremos visitar serán las que antes darán sus fiestas: una es una gala, y la otra es una soirée de primavera para festejar las primeras flores.

Tiemblo al escribir esto. Tiemblo ante la idea de que por fin vamos a buscar las dos mitades de la llave zorro que nos permitirán sacar a Stefan de su cárcel.

Oh, diario, es tarde y no puedo —no puedo— escribir sobre Stefan. Estar aquí en la misma ciudad que él, saber la dirección de su prisión… y sin embargo no poder conseguir verle. Tengo los ojos tan nublados que no logro ver lo que escribo. Quería dormir un poco para estar lista para otro día de correr de un lado a otro, supervisando y observando cómo la finca de lady Mima florece igual que una rosa… pero ahora temo que no haré más que tener pesadillas sobre la mano de Stefan escapando lentamente de la mía.

23

Aquella «noche» se mudaron, eligiendo la hora en que las demás propiedades ante las que pasaban estaban oscuras y silenciosas. Elena, Meredith y Bonnie escogieron como dormitorio una habitación para cada una en el piso superior, todas muy cerca la una de la otra. A poca distancia había un lujoso cuarto de baño, con un suelo de mármol azul claro y blanco y una piscina excepcional en forma de rosa gigante, lo bastante grande como para nadar en ella, climatizada mediante una caldera de carbón, con una criada de semblante jovial que se ocupaba de ella.

Elena se sintió muy complacida con lo que sucedió a continuación. Damon adquirió con discreción varios esclavos en una subasta privada llevada a cabo por un tratante respetable, y luego los liberó sin demora y les ofreció un sueldo y tiempo libre. Casi todos los antiguos esclavos accedieron encantados a quedarse, y únicamente unos pocos eligieron marcharse o huyeron, la mayoría mujeres que buscaban a sus familias. El resto se quedaría y se convertiría en el personal de servicio de lady Ulma una vez que Damon, Elena, Bonnie y Meredith se marchasen de allí tras liberar a Stefan.

A lady Ulma se le dio una habitación grande en la planta baja, aunque Damon casi tuvo que usar la fuerza bruta para instalarla en ella. Para sí mismo, eligió una habitación que usaba de despacho durante el día, ya que de todos modos no era probable que pasase gran parte de la noche en la casa.

Hubo una cierta situación violenta sobre eso. La mayor parte del servicio conocía las costumbres de los amos vampiros, y las muchachas y mujeres que venían a coser o que vivían en la finca y cocinaban o limpiaban parecían esperar

que se estipulase alguna especie de lista rotatoria en la que cada una de ellas se turnaría para ser donante.

Damon se lo explicó a Elena, quien echó por tierra la idea antes de que pudiera ponerse en práctica. La joven era consciente de que Damon esperaba conseguir un desfile constante de muchachas, en el que estuviesen incluidas desde las delicadas como flores a las de mejillas rubicundas y pechos bien dotados, que no tuviesen inconveniente en ser «perforadas» igual que barriles de cerveza a cambio de los bonitos brazaletes y chucherías que se acostumbraban a ofrecer.

Elena desechó de un modo similar la idea de cacerías contratadas. Sage había mencionado que existían rumores incluso de una posible conexión con el Exterior: un curso de adiestramiento muy avanzado para SEAL (miembros de las fuerzas de combate de operaciones especiales) de la marina estadounidense.

—Y seguro que acabarán siendo los únicos miembros de fuerzas de combate de operaciones especiales vampiros —repuso Elena sardónicamente, delante de un grupo de esclavos varones en esa ocasión—. Ciertamente, vosotros, chicos, podéis salir y cazar algunos humanos igual que un par de búhos cazando ratones; sólo que no os molestéis en regresar a casa después, porque las puertas estarán cerradas… permanentemente. —Sostuvo la mirada de Sage hasta que su expresión se convirtió en una iracunda mirada dura y él se apresuró a desaparecer para llevar a cabo alguna otra cosa en la finca.

A Elena no le importó que Sage se mudara con ellos sin ceremonias. Y tras oír el modo en que éste había salvado a Damon de la turba que le tendió una emboscada cuando se dirigía al Lugar de Encuentro, había decidido que si Sage quería su sangre alguna vez, se la daría sin vacilar. Tras unos cuantos días, después de que se quedara en la casa que tomaron cerca de la del doctor Meggar y luego se mudara con ellos al recinto propiedad de lady Ulma, la joven se había preguntado si su aura reducida y la reticencia de Damon no le estarían privando de algo que él debería saber. Así que le había lanzado insinuaciones cada vez más claras, hasta que en una ocasión él se había desternillado, y luego, llorando de risa (pero ¿había llorado sólo de risa?), se le había acercado y le había dicho que los estadounidenses tenían un dicho: «Puedes conducir a un caballo hasta el agua, pero no puedes hacerle beber». En su caso, dijo, podías conducir a una pantera negra gruñona —la imagen irónica normal que ella tenía en su mente de

Damon— hasta el agua, si tenías picanas eléctricas para ganado y *ankusha* para elefantes, pero que tras eso serías un idiota si le dieses la espalda. Elena había reído hasta llorar, también ella, pero con todo había prometido que si él quería su sangre, una parte razonable de ella le pertenecía.

En realidad le complacía su presencia. Tenía el corazón demasiado ocupado ya, con Stefan, Damon —e incluso Matt, a pesar de la aparente deserción de éste —, para correr el peligro de prendarse de otro vampiro, por muy estupendo que estuviera. Apreciaba a Sage como amigo y protector.

A Elena le sorprendía hasta qué punto había acabado por depender de Lakshmi con el paso de los días. Lakshmi había empezado siendo una especie de recadero, llevando a cabo los encargos que nadie más quería hacer, pero cada vez más, se había convertido en la doncella de compañía de lady Ulma y en la fuente de información de Elena sobre aquel mundo. Lady Ulma seguía estando oficialmente postrada en cama, y tener a Lakshmi lista en cualquier momento del día o de la noche para enviar mensajes resultaba de lo más conveniente. Además, era alguien a quien Elena podía hacer preguntas que de otro modo harían que la gente la mirase como si estuviese loca. ¿Era necesario que comprasen platos o se servía la comida en un gran pedazo de pan seco, que actuaba también como servilleta para los dedos grasientos? (Los platos habían sido introducidos recientemente junto con los tenedores, lo que causaba furor en aquellos momentos.) ¿Qué salario les correspondía a los hombres y mujeres del servicio (lo que se tenía que calcular partiendo de cero, ya que ninguna otra casa pagaba ni un geld a sus esclavos, limitándose a vestirlos a partir de una reserva comunitaria de uniformes, y a concederles uno o dos «días de fiesta» al año)? Joven como era, Lakshmi era a la vez honrada y atrevida y Elena la estaba preparando para que se convirtiera en la mano derecha de lady Ulma, una vez que ésta se hubiese recuperado lo suficiente como para ser la señora de la casa.

24

Querido diario:

Mañana por la noche será nuestra primera fiesta…, o más bien gala. Pero no me siento con muchos ánimos. Echo demasiado de menos a Stefan.

He estado dándole vueltas a la cabeza respecto a Matt, también. El modo en que se fue, tan enfadado conmigo, sin siquiera mirar atrás. No comprendía cómo podía… importarme… Damon, y con todo seguir amando a Stefan tanto que parecía como si se me partiera el corazón.

Elena dejó la pluma y se quedó mirando el diario con expresión apática. La congoja se manifestaba en forma de auténticos dolores físicos en el pecho que la habrían asustado de no haber estado segura de lo que era en realidad. Echaba de menos a Stefan con tal desesperación que apenas era capaz de comer o de dormir. El era como una parte de su mente que ardía de continuo, como un limbo espectral que no desaparecía jamás.

Ni siquiera escribir en su diario la ayudaba esta noche, pues todo sobre lo que podía escribir eran dolorosos recuerdos atormentadores de los buenos tiempos que Stefan y ella habían compartido. Qué estupendo había sido cuando ella podía simplemente volver la cabeza y saber que le vería; ¡qué privilegio había sido ése! Y ahora ya no existía, y en su lugar había una confusión atroz, remordimientos y ansiedad. ¿Qué sería de él, justo en aquellos momentos, cuando ella ya no gozaba del privilegio de volver la cabeza y verle? ¿Le estarían… lastimando? «¡Oh, cielos, si al menos…!

»Si al menos le hubiese hecho cerrar con pestillo todas las ventanas de su habitación en la casa de huéspedes…

»Si al menos yo hubiese desconfiado más de Damon…

»Si al menos hubiese adivinado que él tenía algo en mente aquella última noche…

»Si al menos…, si al menos…»

Aquello se convirtió en un estribillo martilleante que latía al compás de su corazón, y descubrió que su respiración era sollozante, que tenía los ojos cerrados con fuerza, mientras se aferraba al ritmo y apretaba con fuerza los puños.

«Si sigo sintiendo de este modo…, si permito que me aplaste lo suficiente…, me convertiré en un punto infinitesimal en el espacio. Seré triturada hasta no ser nada; e incluso eso será mejor que necesitarle tanto.»

Alzó la cabeza… y bajó los ojos hacia su cabeza, que descansaba sobre el diario.

Lanzó una exclamación de sorpresa.

Una vez más, su primera reacción fue imaginar la muerte. Y luego, despacio, debido a que tantas lágrimas la habían aturdido, comprendió que había vuelto a hacerlo.

Había abandonado su cuerpo.

Esta vez ni siquiera fue consciente de una decisión deliberada sobre adonde ir. Volaba, tan de prisa que le era imposible saber en qué dirección iba; era como si tirasen de ella, como si fuese la cola de un cometa que iba disparado hacia abajo.

En un cierto momento advirtió con un horror que le era familiar que atravesaba cosas, y luego se encontró virando como si estuviese en un extremo del látigo en el juego del látigo y a continuación se vio catapultada junto a Stefan.

Aún sollozaba cuando aterrizó en la celda, sin estar segura de si tenía forma sólida o gravedad, y sin que aquello le importase por el momento. Lo único que tuvo tiempo de ver fue a Stefan, muy delgado pero sonriendo mientras dormía, y luego fue arrojada sobre él, a su interior, y seguía llorando cuando rebotó, ligera como una pluma, y Stefan despertó.

—Oh, ¿es que no podéis dejarme dormir en paz unos pocos minutos? —soltó

Stefan, y añadió un par de palabras italianas que Elena nunca antes había tenido motivos para escuchar.

La joven experimentó un inmediato ataque de nervios a lo Bonnie, y sollozó con tal energía que era incapaz de escuchar —incapaz de oír siquiera— ninguna palabra de consuelo que se le pudiese ofrecer. Le estaban haciendo cosas horribles a Stefan, y usaban su imagen, la de Elena, para hacerlas. Era todo tan espantoso. Estaban condicionando a Stefan para que la odiase. Se odió a sí misma. Todos en el mundo entero la odiaban…

—¡Elena! ¡Elena, no llores, mi amor!

Apáticamente, Elena se levantó, obteniendo una breve vista anatómica del pecho de Stefan antes de volver a sollozar de nuevo, intentando secarse la nariz en el uniforme de prisionero de Stefan, que daba la impresión de que cualquier cosa que ella pudiese hacerle sería una mejora.

No pudo, desde luego; del mismo modo que no podía sentir el brazo que intentaba rodearla con ternura. No había traído su cuerpo con ella.

Pero, de algún modo, sí había traído sus lágrimas, y una voz fría y tirante como un alambre en su interior dijo: «¡No las malgastes, idiota! Usa esas lágrimas. Si vas a sollozar, solloza sobre su rostro o sus manos. Y, a propósito, todo el mundo te odia».

«Incluso Matt te odia, y a Matt le gusta todo el mundo», siguió diciendo aquella voz cruel y práctica, y Elena dio rienda suelta a un nuevo estallido de sollozos, reparando distraídamente en el efecto de cada lágrima. Cada gota tornaba en rosada la piel blanca de Stefan y el color se extendía en oleadas hacia fuera, como si su amado fuese un estanque, y ella descansase sobre él, agua sobre agua.

Salvo que las lágrimas caían tan de prisa que parecían un aguacero cayendo sobre el estanque Wickery. Y eso no hizo más que recordarle la vez que Matt había caído en el estanque, la vez en que intentó rescatar a una niña que había caído a través del hielo, y en cómo Matt la odiaba ahora.

—No, ¡oh!, no, no llores, mi dulce amor —suplicó Stefan, con tal sinceridad que cualquiera habría creído que lo decía en serio.

Pero ¿cómo podía decirlo en serio? Elena sabía qué aspecto debía de tener ella, con el rostro hinchado y manchado por las lágrimas: ¡no era aplicable lo de «dulce amor» en aquel momento! Y él tendría que estar loco para querer que ella

parase de llorar: sus lágrimas le proporcionaban vida nueva allí donde tocaban la piel de Stefan; y quizá la tormenta dentro de él había tenido un gran efecto, porque la voz telepática era fuerte y segura.

«Elena, perdóname… ¡Oh, Dios mío, sólo concédeme un momento con ella! ¡Sólo un único momento! Podré soportar cualquier cosa entonces, incluso la auténtica muerte. ¡Sólo un momento para tocarla!»

Y a lo mejor Dios sí bajó los ojos hacia ellos por un momento, y se apiadó. Los labios de Elena flotaban por encima, temblaban por encima de los de Stefan, como si de algún modo pudiese robarle un beso como lo hacía antes cuando él aún estaba dormido. Pero justo por un instante a Elena le dio la impresión de que sentía carne cálida bajo la suya y el revoloteo de las pestañas de Stefan sobre los párpados cuando los ojos de éste se abrieron de golpe, sorprendidos.

Al instante ambos se quedaron totalmente inmóviles, con los ojos abiertos de par en par, sin que ninguno de ellos fuese tan estúpido como para moverse lo más mínimo. Pero Elena no pudo contenerse cuando la calidez procedente de los labios de Stefan envió un flujo cálido a través de todo su cuerpo y se fundió en el beso, y, a la vez que mantenía el cuerpo en la misma posición con sumo cuidado, sintió que la mirada se le empañaba y sus párpados se cerraban.

Al mismo tiempo que sus pestañas acariciaban algo que tenía sustancia, el momento llegó rápida y silenciosamente a su fin. Elena tenía dos opciones: podía chillar histéricamente y clamar telepáticamente contra *Il Signore* por darles sólo lo que Stefan había pedido, o podía reunir todo el coraje de que disponía y sonreír y tal vez reconfortar a Stefan.

Ganaron sus buenos sentimientos y cuando Stefan abrió los ojos, ella estaba inclinada sobre él, fingiendo descansar sobre los codos y el pecho del joven, y le sonreía mientras intentaba alisarse los cabellos.

Aliviado, Stefan le devolvió la sonrisa. Era como si él pudiese soportar cualquier cosa, siempre y cuando ella no resultase lastimada.

—Damon sería más práctico —dijo ella bromeando—. Preferiría verme llorar antes que su salud se viera perjudicada. Y habría rezado para que… —Hizo una pausa y finalmente empezó a reír, lo que hizo sonreír a Stefan—. No tengo ni idea —dijo Elena por fin—. No creo que Damon rece.

—Probablemente no —repuso él—. Cuando éramos jóvenes… y humanos…, el sacerdote de la ciudad paseaba con un bastón que parecía gustarle

más utilizar en jóvenes delincuentes que como apoyo.

Elena pensó en la delicada criatura encadenada al enorme y pesado peñasco de los secretos. ¿Sería la religión una de las cosas prisioneras allí, guardada tras puertas cerradas una tras otra en secreto allí dentro, como un nautilo lleno de cámaras hasta que casi todo aquello que le importaba quedara en el interior?

No le preguntó a Stefan. En su lugar dijo, bajando la voz al más quedo de los susurros telepáticos, la más tenue alteración de neuronas en el cerebro receptivo de Stefan: «¿Qué otras cosas prácticas se te ocurren en las que Damon podría haber pensado? ¿Cosas relacionadas con una fuga de la cárcel?»

—Bueno…, ¿para una fuga? Lo primero que se me ocurre es que uno habría de saber cómo moverse por la ciudad. Me trajeron aquí con los ojos vendados, pero puesto que carecen del poder para quitarles la maldición a los vampiros y convertirlos en humanos, todavía tenía todos mis sentidos. Yo diría que es una ciudad aproximadamente del tamaño de Nueva York y Los Ángeles juntas.

—Una ciudad grande —anotó Elena, tomando notas mentalmente.

—Pero por suerte la única zona que nos interesa es la sección sudoeste. Se supone que la ciudad está gobernada por las Guardianas, pero ellas proceden del Otro Lado, y los demonios y vampiros que hay aquí hace tiempo que advirtieron que la gente les temía más a ellos que a las Guardianas. Ahora esa zona está organizada en unos doce o quince castillos feudales o estados, y cada uno de ellos posee el control de una considerable cantidad de terreno fuera de la ciudad. Cultivan sus propios productos exclusivos y los venden mediante tratos que se llevan a cabo aquí. Por ejemplo, son los vampiros quienes cultivan Magia Negra Clarion Loess.

—Entiendo —dijo Elena, que no tenía ni idea sobre qué le hablaba, excepto en lo referente al vino Magia Negra—. Pero todo lo que en realidad nos hace falta saber es cómo llegar al *Shi no Shi*: tu prisión.

—Es cierto. Bueno, el modo más fácil sería localizar el sector kitsune. El *Shi no Shi* es un grupo de edificios, el más grande de los cuales…, el que no tiene techo, es curvo, y tal vez no puedas darte cuenta desde el suelo…

—¿El que tiene aspecto de coliseo? —interrumpió Elena con ansiedad—. Obtengo una especie de vista aérea de la ciudad cada vez que vengo aquí.

—Bueno, eso que tiene aspecto de coliseo es un auténtico coliseo —repuso Stefan, sonriendo.

Sonreía de verdad. «Se siente lo bastante bien como para sonreír, ahora», se regocijó Elena, aunque en silencio.

—Así que para llegar hasta ti y sacarte de aquí, tan sólo hemos de llevarte debajo del coliseo, al portal que lleva de vuelta a nuestro mundo —dijo Elena—. Pero para liberarte hay… algunas cosas que hemos de reunir… y ésas probablemente estarán en zonas distintas de la ciudad.

Intentó recordar si le había descrito alguna vez la doble llave zorro a Stefan o no. Probablemente era mejor no hacerlo si no lo había hecho antes.

—Entonces yo contrataría a un guía nativo —respondió Stefan al instante—. En realidad no sé nada sobre la ciudad, salvo lo que los guardas me cuentan…, y no estoy seguro de confiar en ellos. Pero la gente sin importancia…, la gente corriente…, probablemente sabrá las cosas que necesitas conocer.

—Es una buena idea —respondió Elena, y efectuó dibujos invisibles con un dedo transparente sobre el pecho de Stefan—. Creo que Damon hará todo lo que pueda para ayudarnos.

—Se ha ganado mi respeto sólo por venir —dijo Stefan, como si considerara cuidadosamente las cosas—. Está manteniendo su promesa, ¿no es cierto?

Elena asintió. En lo más profundo de su conciencia flotaron los pensamientos: «Me dio su palabra de que cuidaría de ti. Y a ti, de que cuidaría de mí. Damon siempre cumple su palabra».

—Stefan —volvió a decir a las zonas más recónditas de la mente del joven, donde podía compartir información, o eso esperaba, en secreto—, deberías haberle visto, de verdad. Cuando llevé a cabo las Alas de Redención y todo lo malo que le había endurecido o hecho que fuese cruel se destruyó. Y cuando llevé a cabo las Alas de Purificación y toda la piedra que le cubría el alma cayó a pedazos… No creo que pudieses imaginar cómo era. Era tan perfecto, y tan nuevo. Y más tarde, cuando lloró…

Pudo sentir dentro de Stefan tres capas de emociones que se sucedían la una a la otra casi instantáneamente. Incredulidad ante el hecho de que Damon pudiese llorar, a pesar de todo lo que Elena le había estado contando; luego, convencimiento y asombro a medida que absorbía las imágenes que le enviaba y los recuerdos; y finalmente, la necesidad de consolarla mientras ella mantenía la mirada fija en un Damon envuelto eternamente en penitencia. Un Damon que jamás volvería a existir.

—Te salvó —susurró Elena—, pero no quiso salvarse él. No quiso negociar siquiera con Shinichi y Misao. Se limitó a permitir que le quitaran todos sus recuerdos de ese mismo instante.

—Quizá dolía demasiado.

—Sí —repuso Elena, bajando sus barreras deliberadamente de modo que Stefan pudiese sentir el dolor que había sentido la criatura nueva y perfecta que ella había creado al enterarse de que había cometido actos de crueldad y traición que…, bueno, que habrían hecho estremecer al espíritu más fuerte—. ¿Stefan? Creo que debe de sentirse muy solo.

—Sí, mi ángel. Seguro que tienes razón.

En esta ocasión, Elena pensó durante un tiempo mucho más prolongado antes de aventurar:

—¿Stefan? No estoy segura de que Damon comprenda lo que significa ser amado.

Y mientras él pensaba cuidadosamente su respuesta, ella estuvo sobre ascuas.

Entonces él dijo otra vez en voz muy queda y hablando muy despacio:

—Sí, mi ángel. Llevas razón otra vez.

¡Oh, cómo le amaba! Siempre lo comprendía todo. Y siempre era de lo más valiente y galante y confiado justo cuando ella necesitaba que lo fuese.

—¿Stefan? ¿Puedo volver a quedarme esta noche?

—¿Ya es de noche, mi dulce amor? Puedes quedarte… a menos que Ellos vengan a llevarme a alguna parte. —De improviso Stefan se mostraba muy solemne, sosteniéndole la mirada—. Pero si Ellos vienen… prométeme que te irás, ¿lo prometes?

Elena le miró directamente a los verdes ojos y contestó:

—Si es lo que quieres, lo prometo.

—¿Elena? ¿Mantienes…, mantienes tus promesas o no?

De repente sonaba muy somnoliento, pero somnoliento de un modo bueno, no rendido, sino como alguien que se ha refrescado y está siendo arrullado hasta sumirse en un sueño perfecto.

—Las mantengo pegadas a mí —musitó Elena.

«Pero a ti te mantengo más cerca —pensó—. Y si alguien viniese a hacerte daño, descubrirían lo que un adversario incorpóreo puede hacer.» Por ejemplo, ¿y si se limitase a introducirse en sus cuerpos y consiguiese establecer contacto

por un instante? ¿El tiempo suficiente para oprimir un corazón entre sus preciosos dedos blancos? Ese sería un buen comienzo.

—Te amo, Elena. Me alegro tanto de que… nos hayamos besado…

—¡No es la última vez, ya lo verás! ¡Lo juro! —Dejó caer nuevas lágrimas sanadoras sobre él.

Stefan se limitó a sonreír con dulzura. Y a continuación se durmió.

Por la mañana, Elena despertó en su espléndido dormitorio de la casa de lady Ulma, sola. Pero tenía otro recuerdo, como una rosa prensada, que guardar en su propio lugar especial dentro de ella.

Y en alguna parte, muy dentro de su corazón, sabía que estos recuerdos podrían ser todo lo que tuviese de Stefan algún día. Podía imaginar que aquellos recordatorios dulcemente perfumados y frágiles serían algo a lo que aferrarse y acariciar… si Stefan no regresaba nunca a casa.

25

—¡Oh! Sólo quiero echar una miradita —gimió Bonnie, contemplando el cuaderno de bocetos prohibido, aquel en el que lady Ulma había dibujado sus trajes de alta costura para la primera fiesta, la que se celebraría esa misma noche.

Junto a él, justo al alcance de la mano, había algunos retales de muestra procedentes de rollos de tela de reluciente raso, ondulante seda, muselina transparente y terciopelo suave y suntuoso.

—Te lo podrás poner para la última prueba en una hora… ¡esta vez con los ojos abiertos! —Elena lanzó una carcajada—. Pero no podemos olvidar que esta noche no es un juego. Tendremos que aceptar algunos bailes, desde luego…

—¡Desde luego! —repitió Bonnie con entusiasmo.

—Pero nuestro propósito allí es encontrar la llave. La primera mitad de la doble llave zorro. Cuánto desearía tener una bola estrella que mostrase el interior de la casa de esta noche.

—Bueno, todas sabemos bastante sobre ella; podemos comentarlo e intentar imaginar cómo es —dijo Meredith.

Elena, que había estado jugueteando con la bola estrella de la otra casa, dejó entonces la esfera levemente nebulosa y repuso:

—De acuerdo. Devanémonos los sesos.

—¿Puedo devanarme también los míos? —preguntó una voz queda y modulada desde la puerta.

Las muchachas se volvieron, levantándose al mismo tiempo para dar la bienvenida a una sonriente lady Ulma.

Antes de tomar asiento, la mujer dio a Elena un abrazo y un beso en la

mejilla especialmente sentidos, y la joven no pudo evitar comparar a la mujer tal y como la habían visto en casa del doctor Meggar con la dama elegante que era ahora. Entonces, apenas había sido más que huesos recubiertos de pellejo, con los ojos de una criatura tímida y salvaje bajo una gran tensión, vestida con una bata corriente y calzada con zapatillas de hombre. Ahora, a Elena le recordaba una matrona romana, con un rostro tranquilo que empezaba a estar más lleno bajo una corona de brillantes trenzas oscuras recogidas atrás con peinetas adornadas con alhajas. También su cuerpo iba engordando, en especial el vientre, aunque conservaba su gracia natural mientras se acomodaba en un sofá de terciopelo; llevaba puesto un vestido de seda cruda de color azafrán, con unas enaguas de brillante color albaricoque adornadas con una orla.

—Estamos tan emocionadas con la prueba de los vestidos para esta noche —dijo Elena, indicando con un movimiento de cabeza el libro de bocetos.

—Yo misma estoy tan emocionada como una criatura —admitió lady Ulma —. Sólo desearía poder hacer por vosotras una décima parte de lo que habéis hecho por mí.

—Ya lo ha hecho —respondió Elena—. Y si podemos encontrar las llaves zorro…, será sin duda gracias a su ayuda. Y… no puedo expresarle lo mucho que eso significa para mí —finalizó casi en un susurro.

—Pero jamás pensaste que podría ayudarte cuando desafiaste la ley por una esclava maltratada. Tan sólo quisiste salvarme… y has padecido mucho por ello —respondió Ulma en voz sosegada.

Elena se removió incómoda. El corte que había sufrido en su rostro había dejado únicamente una fina cicatriz blanca a lo largo del pómulo. En el pasado —a su regreso de la otra vida— habría sido capaz de deshacerse de la cicatriz con una simple oleada de Poder. Pero ahora, a pesar de que podía canalizar su Poder a través del cuerpo, y de que era capaz de usarlo para ampliar sus sentidos, no podía hacer que obedeciera su voluntad de ningún otro modo.

Y en otro tiempo, se dijo, imaginando a la Elena que había estado de pie en el aparcamiento del instituto Robert E. Lee y babeando ante la visión de un Porsche, habría considerado la marca que le desfiguraba el rostro como la mayor calamidad de su vida. Pero con todos los elogios que había recibido, con Damon llamándola la «blanca marca del honor», y la certeza que Elena tenía de que a Stefan le importaría tan poco como le importaría a ella que él tuviese una cicatriz

en el pómulo, a la muchacha le daba igual esa marca perenne en su cara.

«No soy la misma persona que fui —pensó—. Y me alegro.»

—No es nada —respondió, haciendo caso omiso de los pinchazos en la pierna que todavía sentía a veces—. Hablemos sobre el Ruiseñor de Plata y su gala.

—Exacto —dijo Meredith—. ¿Qué sabemos sobre esa mujer? ¿Nos recuerdas qué es lo que decía la clave, Elena?

—Misao dijo: «Si dijese que una de las mitades estaba dentro del instrumento del Ruiseñor de Plata, ¿te daría eso alguna clase de pista?»… o algo parecido —repitió Elena obedientemente.

Todas conocían las palabras de memoria, pero aquello era parte del ritual cada vez que trataban el tema.

—¡Y «Ruiseñor de Plata» es el apodo de lady Fazina Darley y todo el mundo en la Dimensión Oscura lo sabe! —exclamó Bonnie, aplaudiendo gozosa con sus menudas manos.

—Ya lo creo, ha sido su sobrenombre durante mucho tiempo, se lo otorgaron cuando llegó aquí y empezó a cantar y a tocar sus arpas de cuerdas de plata —terció lady Ulma en tono solemne.

—Y las cuerdas de las arpas necesitan afinarse, y las afinan con llaves —prosiguió Bonnie con excitación.

—Sí. —Meredith, en contraste, habló despacio y pensativamente—. Pero no es una llave para afinar arpas lo que buscamos. Esas tienen este aspecto. —Depositó sobre una mesa que tenía al lado un objeto hecho de suave y pálida madera de arce que parecía una T muy corta o, si se sostenía de lado, un árbol elegantemente ondulado con un corta rama horizontal—. Obtuve ésa de uno de los juglares que Damon contrató.

Bonnie observó la llave de afinar con altivez.

—Pero sí que podría ser una llave para afinar arpas lo que buscamos —insistió—. Podría ser utilizada para ambas cosas, supongo.

—No veo cómo —replicó Meredith obstinadamente—. A menos que de algún modo cambien de forma cuando se unan las dos mitades.

—Oh, caramba, claro —dijo lady Ulma, como si Meredith acabara de efectuar una sugerencia lógica—. Si son mitades mágicas de una única llave, sin duda alguna que cambiarán de forma cuando se unan las dos partes.

—¿Lo ves? —dijo Bonnie.

—Pero si pueden tener cualquier clase de forma, entonces ¿cómo demonios sabremos siquiera que las hemos encontrado? —preguntó Elena con impaciencia, pues todo lo que le importaba era encontrar lo que hacía falta para salvar a Stefan.

Lady Ulma calló, y Elena se sintió mal. Odiaba hablar con dureza o mostrarse afligida siquiera delante de aquella mujer que había llevado una vida de sometimiento y horror desde casi el principio de la adolescencia. Elena deseaba que lady Ulma se sintiera a salvo, que fuese feliz.

—En todo caso —siguió a toda prisa—, sabemos una cosa, y es que está en el instrumento del Ruiseñor de Plata. Así que lo que sea que esté dentro del arpa de lady Fazina, tiene que ser eso.

—¡Oh!, pero… —empezó a decir lady Ulma, y luego se detuvo casi antes de que surgieran las palabras.

—¿Qué sucede? —preguntó Elena con dulzura.

—Nada en absoluto —dijo apresuradamente lady Ulma—. Quiero decir, ¿os gustaría ver vuestros vestidos ahora? Esta última prueba en realidad sólo es para asegurarnos de que cada puntada es perfecta.

—¡Oh, nos encantaría! —exclamó Bonnie, a la vez que se abalanzaba sobre el libro de bocetos, mientras Meredith agitaba el tirador de una campanilla, lo que hizo que una sirvienta apareciese a toda prisa y volviese a desaparecer a la misma velocidad en dirección al cuarto de costura.

—Sólo desearía que el amo Damon y lord Sage hubiesen accedido a dejarme crear algo para ellos —dijo lady Ulma a Elena en tono pesaroso.

—¡Oh, Sage no asistirá! Y estoy segura de que a Damon no le hubiese importado… siempre y cuando le diseñase una cazadora de cuero negra, una camisa negra, vaqueros negros y botas negras exactamente iguales a los que lleva cada día. Entonces le habría encantado ponérselo.

Lady Ulma rió.

—Entiendo. Bueno, se lucirán suficientes modelos fantásticos esta noche como para que pueda cambiar de idea de cara al futuro. Ahora corramos las cortinas sobre todas las ventanas. Esta gala se celebrará bajo techo, sólo con iluminación de lámparas de gas, así podréis ver los colores tal y como son.

—Me preguntaba por qué ponía «bajo techo» en las invitaciones —comentó

Bonnie—. Pensé que a lo mejor era por la lluvia.

—Es debido al sol —repuso lady Ulma en tono solemne—. Esa odiosa luz carmesí, que convierte todo azul en morado, todo amarillo en marrón. Veréis, nadie iría vestido en tonos aguamarina o verde para una velada al aire libre; no, ni siquiera tú, con ese pelo de color rojizo que lo pide a gritos.

—Comprendo. Tener ese sol constante cada día debe de acabar deprimiéndole a uno al cabo de un tiempo.

—Me pregunto si de verdad lo comprendes —murmuró lady Ulma, y luego añadió a toda prisa—: Mientras esperamos, ¿queréis que os muestre lo que he creado para vuestra amiga la alta que duda de mí?

—¡Oh, por favor, sí! —Bonnie le tendió el libro de bocetos.

Lady Ulma lo hojeó hasta que llegó a una página que pareció complacerla. Tomó carboncillo y lápices de colores como una niña ansiosa por volver a jugar con sus adorados juguetes.

—Aquí está —anunció, usando los lápices de colores para añadir una línea aquí y una curva allí, pero sosteniendo el cuaderno de modo que las tres jóvenes pudiesen ver el boceto.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Bonnie con un asombro sincero, e incluso Elena sintió que se le ponían unos ojos como platos.

La muchacha del boceto era Meredith, sin la menor duda, con los cabellos la mitad recogida arriba y la otra mitad caída, pero luciendo un vestido… ¡increíble! Negro como el ébano y sin tirantes, se adhería a la larga figura esbelta esbozada a la perfección en el dibujo, resaltando las curvas, realzándolas en la parte superior mediante lo que Elena averiguó que recibía el nombre de escote «corazón»: uno que hacía que la parte delantera de Meredith pareciese un corazón del Día de San Valentín. El vestido se mantenía pegado al cuerpo hasta llegar a las rodillas, donde se acampanaba repentinamente, ensanchándose de un modo espectacular.

—Un vestido «sirena» —explicó lady Ulma, satisfecha por fin con el boceto —. Y aquí está —añadió al mismo tiempo que entraban varias costureras, sosteniendo reverentemente el milagroso vestido entre ellas.

Entonces las muchachas pudieron ver que el tejido era de elegante terciopelo negro salpicado de diminutas motas metálicas rectangulares en dorado. Elena se dijo que era como la medianoche allá en casa, con un millar de estrellas fugaces

en el firmamento.

—Y con él, llevarás estos enormes pendientes de ónice negro y oro, estas peinetas de esos mismos materiales para recoger el pelo en alto, y unos cuantos brazaletes y anillos a juego que Lucen ha creado para este conjunto —prosiguió lady Ulma.

Elena advirtió que en algún momento durante los últimos minutos Lucen debía de haber entrado en la estancia. Le sonrió, y luego sus ojos descendieron a la bandeja de tres pisos que sostenía. En la bandeja superior, sobre un fondo marfil, había dos brazaletes de ónice negro y diamantes, así como un anillo con un diamante en él que casi la hizo desmayarse.

Meredith paseaba la mirada por la habitación como si hubiese tropezado con una discusión privada y no supiese cómo escabullirse. Luego volvió a dirigir la mirada del vestido a las joyas y luego a lady Ulma. Meredith no era una persona que perdiera la compostura con facilidad, pero tras un instante, simplemente fue hacia lady Ulma y la abrazó con ferocidad, luego fue hacia Lucen y le posó una mano sobre el antebrazo con suma delicadeza. Estaba claro que era incapaz de hablar.

Bonnie estudiaba el boceto con ojos de entendida en aquellos momentos.

—Esos brazaletes a juego se crearon justo para este vestido, ¿verdad? —dijo en tono conspirador.

Ante la sorpresa de Elena, lady Ulma pareció incómoda, y al poco dijo, hablando muy despacio:

—Lo cierto es… bueno, la señorita Meredith es… una esclava. A todos los esclavos se les exige que luzcan alguna especie de brazaletes simbólicos cuando salen de sus casas. —Bajó los ojos hacia las pulidas tablas del suelo; tenía las mejillas coloradas.

—Lady Ulma…, por favor, ¿cómo puede pensar que eso nos importa?

Los ojos de lady Ulma centellearon cuando los alzó.

—¿No os parece mal?

—Bueno —repuso Elena con desdén—, en realidad no importa… porque no se puede hacer nada al respecto; no ahora.

Por supuesto, los sirvientes no estaban al tanto de los secretos de la relación Damon-Elena-Meredith-Bonnie. Ni siquiera lady Ulma comprendía cómo era que Damon no liberaba a las tres jóvenes por si acaso «las Guardianas

Celestiales no lo permitían y sucediera algo». Pero las jóvenes habían adoptado una sólida postura contra ello; sería como gafar toda la empresa.

—Bueno, en cualquier caso —parloteaba Bonnie—, creo que los brazaletes son hermosos. Me refiero a que difícilmente podría encontrar algo más perfecto para el vestido, ¿no es cierto?… —alabó la sensibilidad profesional del diseñador.

Lucen sonrió con modestia y lady Ulma le dirigió una mirada afectuosa.

Meredith seguía mostrando una expresión radiante.

—Lady Ulma, no sé cómo agradecérselo. Me pondré este vestido… y durante esta noche seré alguien que no he sido nunca antes. Desde luego, ha dibujado mis cabellos recogidos arriba, o recogidos en parte. Yo no acostumbro a llevarlos así —finalizó con timidez.

—Lo harás esta noche… los llevarás bien recogidos por encima de esa deliciosa frente amplia que tienes. Este vestido realzará las deliciosas curvas de tus hombros y tus brazos desnudos. Es un crimen cubrirlos, de día o de noche. ¡Y el peinado está pensado para dejar al descubierto tu rostro exótico en lugar de ocultarlo! —dijo lady Ulma con firmeza.

«Estupendo —pensó Elena—. La han desviado del tema de la esclavitud simbólica.»

—También llevarás un poco de maquillaje: un dorado pálido en los párpados, y lápiz de ojos y rímel para resaltar y alargar las pestañas. Un toque de pintalabios dorado, pero no colorete; no me gusta para las chicas jóvenes. Tu tez aceitunada completará la imagen de una doncella seductora a la perfección.

Meredith miró a Elena con expresión impotente.

—Tampoco acostumbro a llevar maquillaje —dijo, pero las dos sabían que la habían vencido y que la visión de lady Ulma cobraría vida.

—No lo llame vestido sirena; ella será una sirena —dijo Bonnie con entusiasmo—. Pero será mejor que coloquemos un hechizo en él para mantener alejados a todos los marineros vampiros.

Ante la sorpresa de Elena, lady Ulma asintió solemnemente.

—Mi amiga costurera ha enviado a una sacerdotisa hoy para bendecir todas las prendas e impedir que seáis víctimas de vampiros, por supuesto. Si eso cuenta con vuestra aprobación, claro. —Miró a Elena, quien asintió.

—Siempre y cuando no mantengan apartado a Damon —añadió ésta en

broma, y sintió cómo el tiempo se paralizaba cuando Meredith y Bonnie volvían inmediatamente los ojos hacia ella, esperando captar algo en la expresión de Elena que la delatara.

Pero Elena mantuvo la expresión neutral, mientras lady Ulma proseguía:

—Naturalmente, las restricciones no serían aplicables a tu… al amo Damon.

—Naturalmente —repuso Elena con serenidad.

—Y ahora, para que la belleza más menuda asista a la gala —empezó a decir lady Ulma en referencia a Bonnie, que se mordió el labio, ruborizándose—, tengo algo muy especial para ti. No sé cuánto tiempo he ansiado trabajar con este tejido. He pasado penosamente ante él, contemplándolo en un escaparate año tras año, suspirando por comprarlo y crear con él. ¿Veis?

Y el siguiente grupo de costureras se adelantó, sosteniendo un vestido más pequeño y ligero entre ellas, mientras lady Ulma sostenía en alto un boceto. Elena lo contemplaba ya, atónita. El tejido era soberbio —increíble—, pero especialmente ingenioso era el modo en que se había estructurado. La tela era de un intenso azul-verde pavo real, con un sorprendente bordado a mano que mostraba el dibujo de unos ojos de pavo real que se desplegaban hacia arriba desde la cintura.

Los ojos castaños de Bonnie se habían vuelto a abrir de par en par.

—¿Esto es para mí? —musitó, temerosa casi de tocar el tejido.

—Sí, y vamos a alisar ese pelo tuyo hacia atrás hasta que tengas un aspecto tan sofisticado como tu amiga. Anda, pruébatelo. Creo que te gustará el modo en que ha quedado este vestido.

Lucen se había retirado y a Meredith la embutían ya con cuidado en el vestido sirena.

Bonnie empezó a quitarse la ropa, encantada.

Lady Ulma resultó tener razón, y a Bonnie le gustó muchísimo su aspecto. Justo en aquellos momentos recibía los toques finales, como verse delicadamente rociada con agua de rosas mezclada con cítricos; una fragancia creada sólo para ella. Estaba de pie ante un espejo gigantesco de plateado cristal, justo minutos antes de que debieran ponerse en marcha para asistir a la gala ofrecida por Fazina, el Ruiseñor de Plata en persona.

Bonnie se volvió un poco y contempló aquel vestido sin tirantes, de falda larga y con mucho vuelo, con sobrecogimiento. El corpiño estaba confeccionado —o parecía estar confeccionado— totalmente con ojos de las plumas de pavo real, dispuestos en un ramillete que se juntaba en la cintura, resaltando lo diminuta que era. Llevaba otro ramillete de plumas más grandes señalando al suelo desde la cintura, por delante y por detrás, e incluso la parte posterior tenía una pequeña cola de plumas de pavo real sobre seda esmeralda. Delante, bajo el ramillete más grande dirigido hacia el suelo, un dibujo realizado en plata y oro, de ondulantes plumas estilizadas, todas boca abajo, descendía hasta el borde del vestido, que estaba ribeteado con fino brocado dorado.

Por si esto no fuese suficiente, lady Ulma había hecho confeccionar un abanico con auténticas plumas de pavo real ensartadas en un mango de jade color esmeralda, con una borla en el extremo de dijes de jade, citrino y esmeraldas que tintineaban suavemente.

Alrededor del cuello, Bonnie lucía un collar a juego de jade, con incrustaciones de esmeraldas, zafiros y lapislázuli. Y en cada muñeca llevaba varios brazaletes de jade que tintineaban entre sí cada vez que se movía, el símbolo de su esclavitud.

Pero los ojos de Bonnie a duras penas podían permanecer fijos en ellos, y no era capaz de sentir ningún odio por los brazaletes. Se había centrado en una peluquera que había acudido para alisar sus rizos rojizos que, oscurecidos para resultar auténticamente rojos, peinó aplastados hacia atrás sobre el cráneo e inmovilizó con horquillas de jade y esmeraldas. Su rostro en forma de corazón jamás había tenido un aspecto tan maduro, tan sofisticado. A unos párpados esmeralda y mirada oscurecida con lápiz de ojos, lady Ulma había añadido un pintalabios de un rojo intenso y había roto por una vez su norma y, manejando con habilidad el pincel ella misma, había añadido toques de colorete aquí y allá, de modo que la tez traslúcida de Bonnie daba la impresión de ruborizarse constantemente ante algún halago. Pendientes de jade delicadamente tallados con campanillas doradas en su interior completaban el conjunto, y Bonnie se sentía como si fuese una princesa del Antiguo Oriente.

—Realmente es alguna especie de milagro. Por lo general parezco un duendecillo intentando disfrazarse de animadora o una damita de honor en una boda —le confió, besando a lady Ulma una y otra vez, contentísima de ver que

el carmín permanecía en sus labios en lugar de transferirse a las mejillas de su benefactora—. Pero esta noche tengo el aspecto de una mujer joven.

Habría seguido parloteando, incapaz de detenerse a pesar de que lady Ulma intentaba ya secarse discretamente las lágrimas de los ojos, de no ser porque en aquel momento Elena entró y Bonnie lanzó una exclamación de asombro.

El vestido de Elena ya había quedado terminado pasado el mediodía y por lo tanto todo lo que Bonnie había visto de él era el boceto. Pero de algún modo eso no había conseguido transmitir lo que el vestido haría por Elena.

Bonnie se había preguntado secretamente si lady Ulma estaría dejando demasiado a cargo de la propia belleza natural de Elena, y esperaba que ésta estaría tan emocionada sobre su propio vestido como todo el mundo parecía estarlo respecto a los de Bonnie y Meredith.

Ahora Bonnie lo comprendió.

—Lo he llamado vestido de diosa —explicó lady Ulma ante el atónito silencio que inundó la habitación cuando entró Elena, y Bonnie pensó atolondradamente que si habían vivido alguna vez diosas en el monte Olimpo, sin duda habrían querido vestirse así.

La belleza del vestido radicaba en su misma sencillez. Estaba confeccionado en seda blanca como la leche, con una cintura delicadamente plisada (lady Ulma llamó al irregular plisado apretado «fruncido») que sostenía dos sencillas piezas de corpiño que formaban un escote en forma de V, realzando la tez color melocotón entre ellas y a la espalda. Las piezas estaban sujetas a su vez en los hombros mediante dos broches labrados: oro con incrustaciones de madreperla y diamantes. Desde la cintura, la falda descendía en elegantes pliegues de seda hasta alcanzar las delicadas sandalias de Elena… a su vez diseñadas en oro, madreperla y diamantes. En la espalda, las dos piezas que se sujetaban al hombro se convertían en tirantes que se cruzaban para volver a unirse a la falda plisada.

Un vestido tan sencillo, pero tan espléndido, lucido por la muchacha adecuada.

En la garganta de Elena, un collar de oro y madreperla exquisitamente diseñado con la forma estilizada de una mariposa llevaba incrustados tantos diamantes que parecía llamear con fuego múltiple cada vez que ella se movía y atrapaban la luz. Lo lucía sobre el colgante de lapislázuli y diamante que Stefan

le había regalado, ya que se había negado rotundamente a quitárselo. No importaba, ya que la mariposa lo cubría por completo.

En cada muñeca, Elena llevaba un ancho brazalete de oro y madreperla con incrustaciones de diamantes, creaciones que habían hallado en la habitación secreta de las joyas, evidentemente creados para acompañar al collar.

Y eso era todo. A Elena le habían cepillado el pelo una y otra vez hasta que éste formó una sedosa masa dorada de ondas que descendía por debajo de los hombros en la espalda, y llevaba un toque de pintalabios rosa. Pero al rostro, con las espesas pestañas negras y cejas arqueadas algo más claras —y justo ahora con su expresión emocionada que entreabría los labios pintados de rosa y hacía asomar un color intenso a las mejillas—, no le habían aplicado nada. Pendientes que eran simples cascadas de diamantes asomaban por entre los dorados mechones.

«Va a volverlos locos esta noche —pensó Bonnie, pasando revista al osado vestido con envidia, aunque no con celos, sino más bien regocijándose en la idea de la sensación que Elena causaría—. Lleva el vestido más sencillo de las tres, pero de todos modos nos eclipsa a Meredith y a mí.»

Con todo, Bonnie jamás había visto a Meredith más guapa… ni más exótica. Tampoco había sabido nunca la figura tan despampanante que tenía Meredith, a pesar del amplio surtido de ropa de diseñadores que poseía su amiga.

Meredith se encogió de hombros cuando Bonnie se lo dijo. También ella tenía un abanico, de laca negra, que se plegaba. Lo abrió ahora y volvió a cerrarlo de golpe, dándose golpecitos en la barbilla pensativamente.

—Estamos en manos de un genio —se limitó a decir—. Pero no podemos olvidar por qué nos encontramos realmente aquí.

26

—Tenemos que mantener nuestras mentes puestas en salvar a Stefan —decía en aquellos momentos Elena en la habitación que Damon había tomado para sí, la antigua biblioteca de la mansión de lady Ulma.

—¿En qué otro lugar podría estar mi mente? —respondió Damon, sin apartar sus ojos del cuello adornado con madreperla y diamantes.

De algún modo el vestido blanco como la leche servía para realzar la fina y suave columna que era la garganta de Elena, y ella lo sabía.

La joven suspiró.

—Si creyéramos que de verdad lo dices en serio, entonces todas nos podríamos relajar.

—¿Te refieres a estar tan relajadas como lo estás tú?

Elena se zarandeó interiormente. Damon podría parecer estar totalmente ensimismado en una cosa y sólo en una, pero su sentido de supervivencia se aseguraba de que estuviese en guardia en todo momento, y que viera no sólo lo que quería ver sino todo lo que le rodeaba.

Y era cierto que Elena estaba casi insoportablemente agitada. Era mejor dejar que los demás pensaran que su estado se debía a su vestido maravilloso… Y sí que era un vestido maravilloso, y Elena estaba profundamente agradecida a lady Ulma y a sus ayudantes por tenerlo listo a tiempo. Lo que tenía tan excitada a Elena, no obstante, era la oportunidad —no, la certeza, se dijo con firmeza— de que esa noche iba a encontrar la mitad de la llave que les permitiría liberar a Stefan. El pensar en su rostro, en verle en carne y hueso era…

Era espantoso. Recordaba lo que Bonnie había dicho estando dormida, y

alargó la mano en busca de consuelo y comprensión, y sin saber cómo se encontró con que en lugar de sujetar la mano de Damon, estaba en sus brazos.

«La auténtica cuestión es: ¿qué dirá Stefan sobre esa noche en el motel con Damon?»

¿Qué diría Stefan? ¿Qué había que decir?

—Estoy asustada —oyó, y un minuto demasiado tarde, reconoció su propia voz.

—Bueno, no pienses en ello —dijo Damon—. Eso sólo empeorará las cosas.

«Pero he mentido —pensó Elena—. Tú ni siquiera lo recuerdas, o también estarías mintiendo.»

—Sucediese lo que sucediese, prometo que seguiré estando allí para darte apoyo —indicó Damon en voz baja—. Tienes mi palabra.

Elena sintió su aliento sobre el pelo.

—¿Y sobre mantener la mente puesta en la llave?

«Sí, sí, pero no me he alimentado adecuadamente hoy.» Elena dio un respingo, luego aferró a Damon más cerca de ella. Durante un instante había percibido no tan sólo una hambre devastadora, sino un dolor agudo que la desconcertó. Pero entonces, antes de que pudiese localizarlo plenamente en el espacio, desapareció, y la conexión con Damon quedó bruscamente interrumpida.

«Damon.»

—¿Qué?

«No me dejes fuera.»

—No lo hago. Pero ya he dicho todo lo que había que decir, eso es todo. Sabes que buscaré la llave.

«Gracias. —Elena volvió a probar—: Pero no puedes morirte de hambre…»

«¿Quién ha dicho que me estoy muriendo de hambre?» La conexión telepática con Damon había regresado, pero le faltaba algo. El se guardaba algo deliberadamente y se concentraba en atacarle los sentidos con otra cosa: hambre. Elena podía percibirlo desmandado dentro de él, como si fuese un tigre o un lobo que había pasado días —semanas— sin obtener una presa.

La habitación efectuó un lento giro en redondo alrededor de la muchacha.

—Está… bien —susurró, sorprendida de que Damon pudiese mantenerse en pie y sujetarla, con las tripas retorciéndosele de aquel modo—. Lo que sea que…

necesites…, tómalo…

Y entonces sintió el más delicado de los sondeos de unos dientes afilados como cuchillas en la garganta.

Se rindió a ello, entregándose a las sensaciones.

Mientras se preparaba para la gala del Ruiseñor de Plata, donde buscarían la primera mitad de la doble llave zorro para liberar a Stefan, Meredith había estado leyendo algunas de las hojas impresas que había metido en su bolsa, procedentes de la enorme cantidad de información que se había descargado de Internet. Había hecho todo lo posible por describir todo lo que había averiguado a Elena y los demás. Pero ¿cómo podía estar segura de que no se había dejado alguna pista vital, alguna información de suma importancia que marcaría la diferencia entre el éxito y el fracaso esa noche? Entre encontrar un modo de salvar a Stefan y regresar a casa derrotados, mientras él languidecía en prisión.

«No —pensó, de pie junto a un espejo plateado, temerosa casi de contemplar la exótica belleza en la que se había convertido—. No, no podemos pensar siquiera en la palabra "fracaso". Por la vida de Stefan, hemos de tener éxito. Y tenemos que hacerlo sin que nos pesquen.»

27

Elena se sentía segura de sí misma y justo un poquitín aturdida cuando se pusieron en marcha para asistir a la gala del Ruiseñor de Plata. No obstante, cuando los cuatro llegaron en literas —Damon con Elena, Meredith con Bonnie (a lady Ulma su médico le había aconsejado no asistir a ninguna celebración mientras estuviese embarazada)— al hogar palaciego de la honorable lady Fazina, se vio acometida por algo parecido al terror.

La casa era verdaderamente un palacio, en la línea de los cuentos de hadas por excelencia, se dijo. Minaretes y torreones se alzaban imponentes sobre sus cabezas, probablemente pintados de azul y un dorado fastuoso, pero convertidos en color lavanda por la luz del sol, y con un aspecto casi más liviano que el aire. Para complementar la luz del sol, habían encendido antorchas a ambos lados del sendero de las literas que discurría colina arriba y se les había añadido alguna sustancia química —o usado algo de magia— para hacer que sus luces brillasen en distintos colores, de modo que cambiasen de dorado a rojo, a morado, a azul, a verde, a plata, y tales colores brillaban inalterados. Dejaron a Elena sin habla, por ser las únicas cosas que veía en todo aquel mundo que no estaban teñidas de rojo. Damon había traído una botella de Magia Negra con él y estaba casi demasiado lleno de vida; y no era su intención efectuar un juego de palabras, se dijo Elena.

Al detenerse la litera en lo alto de la colina, a Damon y a Elena les ayudaron a salir de ella y les condujeron por un corredor que impedía el paso a gran parte de la luz solar. Sobre sus cabezas pendían delicados faroles de papel encendidos —algunos más grandes que la litera en la que habían llegado un momento antes

—, brillantemente iluminados y con formas extravagantes, lo que proporcionaba un aire festivo y desenfadado a un palacio por lo demás tan magnífico que resultaba un poco amedrentador.

Pasaron junto a fuentes iluminadas, algunas de las cuales tenían sorpresas: como la fila de ranas mágicas que saltaban constantemente de lirio de agua en lirio de agua: *plaf, plaf, plaf;* como el sonido de la lluvia sobre un tejado, o una enorme serpiente dorada que se enroscaba entre los árboles y sobre las cabezas de los visitantes, desenrollándose desde allí al suelo y ascendiendo luego otra vez a los árboles.

Del mismo modo, el suelo se tornaba de improviso transparente con toda clase de mágicos bancos de peces, tiburones, anguilas y delfines retozando, mientras en las sombrías profundidades azules, muy por debajo, se vislumbraba la figura de una ballena gigantesca. Elena y Bonnie apresuraron el paso por aquella zona del sendero.

Estaba claro que la propietaria de la finca podía permitirse cualquier clase de fastuosidad que deseara su corazón, y que por encima de todas las cosas lo que le gustaba era la música, ya que en cada zona tocaba una orquesta magníficamente —a veces extravagantemente— ataviada, o tal vez un único solista famoso, cantando desde una jaula dorada colgada en lo alto quizá a unos siete metros del suelo.

Música… música y luces por todas partes…

Elena, si bien emocionada con las imágenes, sonidos y aromas espléndidos que surgían de enormes tapices de flores así como de los invitados, tanto hombres como mujeres, sentía un leve temor como una pequeña roca en el estómago. Había considerado su vestido y los diamantes algo muy sofisticado al abandonar la finca de lady Ulma, y sin embargo ahora que estaba aquí en la de lady Fazina…, bueno, había demasiadas estancias, demasiadas personas, tan caprichosa y elegantemente ataviadas como ella misma y sus camaradas «asistentes personales», y temió que… bueno, que aquella mujer de allí, chorreando alhajas desde la delicada tiara de diamantes y esmeraldas de tres pisos a los delicados dedos de los pies rodeados de diamantes, hiciera que su propia melena sin aderezos pareciese sin gracia o ridícula, en una ocasión tan espléndida.

«¿Sabes cuántos años tiene?» Elena casi dio un salto al oír la voz de Damon

en su cabeza.

«¿Quién? —respondió, intentando mantener la envidia, la preocupación, fuera de su voz telepática—. ¿Y estoy proyectando esto en voz alta?», añadió alarmada.

«No tan alta, pero no te iría mal bajarla un poco. Y sabes perfectamente bien "quién": esa jirafa a la que mirabas de arriba abajo —respondió Damon—. Para tu información, es unos doscientos años mayor que yo, e intenta dar la impresión de tener unos treinta, que son diez años menos de los que tenía cuando se convirtió en vampiro.»

Elena pestañeó. «¿Qué intentas decir?»

«Envía un poco de Poder a tus oídos —sugirió Damon—. ¡Y deja de preocuparte!»

Obedientemente, Elena aumentó un tanto el Poder en lo que todavía consideraba como sus nódulos auditivos reventados, y de improviso las conversaciones que tenían lugar a su alrededor se tornaron audibles.

—… ¡Oh, la diosa de blanco! No es más que una criatura, pero qué figura…

—… Sí, la de los cabellos dorados. Espléndida, ¿no es cierto?

—… ¡Oh, por el Hades, mira esa chica…!

—… ¿Viste al príncipe y a la princesa allí? ¿Me pregunto si intercambiarían… o…, o… harían un cuarteto, querida?

Aquello era más parecido a lo que Elena estaba acostumbrada a escuchar en fiestas, y le dio más confianza. También, mientras permitía que sus ojos se movieran con mayor descaro por la multitud ataviada con opulencia, le hizo sentir un repentino torrente de amor y respeto por lady Ulma, que había diseñado y supervisado la elaboración de tres vestidos soberbios en sólo una semana.

«Esa mujer es un genio —informó Elena a Damon en tono solemne, sabiendo que a través del vínculo mental que compartían sabría a quién se refería —. Mira, Meredith tiene ya una multitud de gente a su alrededor. Y… y…»

«Y no está actuando en absoluto como lo haría Meredith», finalizó Damon, que pareció ligeramente incómodo.

Meredith no parecía incómoda ni lo más mínimo. Tenía el rostro vuelto deliberadamente para mostrar un perfil clásico a sus admiradores, pero no era el perfil de una Meredith Sulez sensata y serena en absoluto; era una muchacha sensual y exótica, que daba la impresión de que podría muy bien cantar la

habanera de Carmen. Llevaba el abanico abierto y se abanicaba con elegancia y languidez. La iluminación del interior de la casa, suave pero cálida, hacía que sus hombros y brazos desnudos reluciesen como perlas sobre el vestido de terciopelo negro, que parecía aún más misterioso y llamativo de lo que había sido allá en casa. De hecho, parecía haber llegado ya al corazón de un admirador, que estaba arrodillado ante ella con una rosa roja en la mano, arrancada con tal precipitación de uno de los arreglos florales que se había pinchado con una espina y la sangre afloraba del pulgar. Meredith no parecía haberlo advertido. Tanto Elena como Damon se compadecieron del joven, que era rubio y sumamente apuesto. Elena sintió lástima… y Damon, hambre.

«Cualquiera diría que le ha abandonado en verdad su cascarón», aventuró Damon.

«¡Oh, en realidad Meredith jamás lo abandona! —respondió Elena—. Es puro teatro. Pero esta noche creo que son los vestidos los que lo hacen. Meredith va vestida como una sirena, así que actúa en plan sensual. Bonnie va vestida de pavo real y… mira.»

Indicó con la cabeza el largo pasillo que conducía a una estancia enorme situada frente a ellos. Bonnie, vestida en lo que parecían auténticas plumas de pavo real, tenía su propia multitud de seguidores; y eso era justo lo que hacían: seguirla. Cada movimiento de la muchacha era ligero y grácil como el de una ave y los brazaletes de jade tintineaban entre sí en sus pequeños brazos redondos, los pendientes campanilleaban con cada movimiento de cabeza, y sus pies parecían centellear en doradas sandalias por delante de la cola de pavo real.

—¿Sabes?, es curioso —murmuró Elena, mientras alcanzaban la enorme sala y por fin el sonido quedaba apagado de modo que pudiese oír la voz física de Damon—. No había reparado en ello, pero lady Ulma diseñó nuestros vestidos a niveles diferentes del mundo animal.

—¿Hum?

Damon volvía a mirarle la garganta. Pero por suerte en aquel momento un hombre apuesto vestido en un traje de etiqueta de la Tierra —esmoquin, faja, y todo lo demás— pasó por su lado con Magia Negra en grandes copas de plata. Damon vació la suya de un trago y tomó otra que le ofrecía el camarero con una elegante reverencia. A continuación Elena y él tomaron asiento… en la parte exterior de la fila del fondo, incluso aunque eso fuese una grosería de cara a la

anfitriona. Necesitaban tener libertad de movimientos.

—Bueno, Meredith es una sirena, lo cual está en la categoría más elevada, y actúa como una sirena. Bonnie es una ave, así que ésa es la categoría siguiente más elevada, y realmente actúa como una ave: observando cómo todos los muchachos se exhiben mientras no deja de reír. Y yo soy una mariposa… así que supongo que seré una mariposa sociable esta noche. Contigo a mi lado, espero.

—Qué… mono —repuso Damon con un resoplido—. Pero ¿qué te hace pensar exactamente que debes ser un mariposa?

—Bueno, los dibujos, tonto —respondió ella, y alzó el abanico de madreperla, oro y diamantes y le asestó un levísimo golpecito en la frente.

Luego lo abrió para mostrarle un bosquejo magistral del mismo dibujo que tenía su collar en la parte delantera, decorado con diminutos puntos en diamantes, oro y madreperla en los lugares donde no los dañarían los pliegues.

—¿Ves? Una mariposa —dijo, nada contrariada con la imagen.

Damon resiguió el contorno con un dedo largo y afilado que le recordó tanto a los de Stefan que sintió un nudo en la garganta, y se detuvo al llegar a seis líneas estilizadas sobre la cabeza.

—¿Desde cuándo tienen pelo las mariposas? —El dedo pasó a dos líneas horizontales entre las alas—. ¿O brazos?

—Ésas son patas —le indicó Elena, divertida—. ¿Qué clase de cosa con brazos y piernas y una cabeza tiene seis pelos y alas?

—Un vampiro achispado —sugirió una voz por encima de ellos y Elena alzó los ojos, sorprendida de ver a Sage—. ¿Puedo sentarme con vosotros? —preguntó éste—. No pude conseguir una camisa, pero mi hada madrina sí que hizo aparecer un chaleco.

Elena, riendo, se cambió de asiento de modo que él pudiese ocupar el asiento del pasillo junto a Damon. Iba mucho más limpio que la última vez que le había visto trabajando por la casa, aunque sus cabellos seguían siendo largos rizos revueltos. Advirtió, de todos modos, que su hada madrina lo había perfumado con cedro y sándalo, y le había proporcionado unos vaqueros y un chaleco de Dolce & Gabbana. Tenía un aspecto… *magnifique*. No había ni rastro de sus animales.

—Pensaba que no ibas a venir —le dijo Elena.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Ataviada como vas de blanco celestial y oro?

Mencionaste la gala; tomé tus deseos como una orden.

Elena lanzó una risita. Desde luego, todo el mundo la trataba de un modo distinto esta noche. Era el vestido. Sage, murmurando algo sobre su latente heterosexualidad, juró que la imagen del collar y el abanico era una ave fénix. El muy educado demonio que la joven tenía a la derecha, que poseía una piel de un intenso tono malva y pequeños cuernos blancos rizados, expuso con toda deferencia que a él le parecía la diosa Ishtar, quien aparentemente lo había enviado a la Dimensión Oscura hacía unos cuantos milenios por tentar a la gente con la pereza.

Entonces Elena pensó que lady Ulma había llamado al vestido un «vestido de diosa», ¿no era así? Sin duda, era una vestido que sólo podías llevar si tu cuerpo era muy joven y muy próximo a la perfección, porque no había modo de encajar corsetería en él o efectuar siquiera un drapeado que pudiese minimizar un rasgo poco favorecedor. Las únicas cosas que había bajo el vestido eran el propio físico joven y firme de Elena y un par de reducidas piezas de suave ropa interior de encaje color carne. Ah, y perfume de jazmín pulverizado sobre el cuerpo.

«Así que es eso: me siento como una diosa», pensó, dando las gracias al demonio (que se puso en pie y le dedicó una reverencia). La gente empezaba a tomar asiento para asistir a la primera actuación del Ruiseñor de Plata. Elena tuvo que admitir que anhelaba ver a lady Fazina, y además, era demasiado temprano para intentar efectuar una excursión al cuarto de baño; la joven ya había reparado en que había guardas apostados en todas las puertas.

Había dos arpas sobre una tarima en mitad de un gran círculo de sillas. Y entonces de improviso todo el mundo estaba de pie y aplaudiendo, y Elena no habría visto nada si lady Fazina no hubiese elegido descender por el mismo pasillo en el que se hallaban Elena y Damon. De hecho, la mujer se detuvo justo al lado de Sage para agradecer las estruendosas aclamaciones, y Elena pudo verla a la perfección.

Era una encantadora mujer joven, que para sorpresa de Elena apenas aparentaba más de veinte años, y era casi tan menuda como Bonnie. Aquella minúscula criatura evidentemente se tomaba su sobrenombre muy en serio: iba ataviada con un vestido de malla de plata. El pelo era de un color plata metalizado, también, recogido bien alto al frente y muy corto por detrás. Llevaba la cola apenas sujeta a ella, mediante dos sencillos broches en los hombros, y

ésta flotaba horizontalmente a su espalda, en un movimiento constante, más parecida a un rayo de luna o a una nube que a tejido real hasta que llegó a la tarima central y subió a ella, entonces dio una vuelta alrededor del arpa alta sin cubrir, momento en el que la parte suspendida de la capa cayó con suavidad y elegancia al suelo en un semicírculo a su alrededor.

Y entonces llegó la magia de la voz del Ruiseñor de Plata. Empezó tocando el arpa alta, que parecía aún más alta en comparación con su cuerpo menudo. Podía hacer cantar el arpa bajo los dedos, persuadirla para que chillara como el viento o emitiera música que parecía descender del cielo en glissandos. Elena lloró durante toda la primera canción, incluso a pesar de que se interpretó en un idioma extranjero. Era tan agudamente dulce que a Elena le recordó a Stefan, las veces que habían estado juntos, comunicándose únicamente mediante las palabras y contactos más tiernos…

Pero el instrumento más impresionante de lady Fazina era su voz. Su diminuto cuerpo era capaz de generar un volumen extraordinario cuando ella así lo quería, y a medida que entonaba una conmovedora canción tras otra en tono menor, Elena pudo sentir cómo su piel se recubría de carne de gallina, y un temblor en las piernas. Sintió que podía caer de rodillas en cualquier momento mientras aquellas melodías le inundaban el corazón.

Cuando alguien la tocó por detrás, Elena se sobresaltó violentamente, traída de vuelta demasiado de prisa del mundo de fantasía que la música había tejido a su alrededor. Pero no era más que Meredith, quien a pesar de su propio amor por la música tenía una sugerencia muy práctica para su grupo.

—Iba a sugerir que empezáramos ahora, mientras todos los demás están escuchando —susurró—. Incluso los guardas están desconcentrados. Acordamos que sería de dos en dos, ¿no?

Elena asintió.

—Se trata tan sólo de echar un vistazo por la casa. Puede que incluso encontremos algo mientras todo el mundo sigue aquí, escuchando, durante casi otra hora. Sage, tal vez tú podrías digamos que servir de enlace entre los dos grupos, telepáticamente.

—Sería un honor, *madame*.

Los cinco se pusieron en marcha para recorrer la mansión del Ruiseñor de Plata.

28

Pasaron justo por delante de los llorosos guardas de la puerta. Lo hicieron muy de prisa, y descubrieron que si bien casi todo el mundo estaba escuchando a lady Fazina, en cada habitación del palacio que estaba abierta al público, aguardaba un mayordomo vestido de negro y con guantes blancos, dispuesto a proporcionar información, y a mantener un ojo vigilante sobre las posesiones de su señora.

La primera habitación que les dio alguna clase de esperanza fue la Sala de las Arpas, una estancia consagrada por completo a la exhibición de arpas, desde instrumentos antiguos, en forma de arco y con una sola cuerda, sin duda tocados por individuos parecidos a los habitantes de las cavernas, a altas arpas doradas de orquesta como la que Fazina tocaba en aquellos momentos, y cuya música era audible a lo largo de todo el palacio. «Magia —volvió a pensar Elena—. Parece que aquí la usan en lugar de tecnología.»

—Cada clase de arpa tiene una llave exclusiva para afinar las cuerdas —susurró Meredith, mirando a lo largo de la sala; a cada lado la hilera de arpas se perdía en la distancia—. Una de esas llaves podría ser la que buscamos.

—Pero ¿cómo lo sabremos? —Bonnie se abanicaba levemente con su abanico de pavo real—. ¿Qué diferencia hay entre una llave de arpa y una llave zorro?

—No lo sé. Y tampoco he oído nunca que una llave se guarde en una arpa. Traquetearía en la caja de resonancia cada vez que el arpa se moviese ligeramente —admitió Meredith.

Elena se mordió el labio. Era una pregunta tan simple y razonable. Debería

sentirse desalentada, debería estar preguntándose cómo podrían jamás hallar una pequeña mitad de una llave en aquel lugar. En especial teniendo en cuenta la pista que tenían: que estaba dentro del instrumento del Ruiseñor de Plata; de repente parecía absurda.

—Supongo —dijo Bonnie con cierta frivolidad— que el instrumento no será su voz, y que si le metemos la mano garganta abajo…

Elena se volvió para observar a Meredith, que miraba hacia el cielo… o hacia lo que fuese que hubiese por encima de aquella dimensión horrenda.

—Ya lo sé —indicó Meredith—. Nuestra cabeza de chorlito ya no va a beber más. Aunque supongo que es posible que regalen pequeños silbatos de plata o instrumentos como sorpresas; en todas las grandes fiestas se acostumbraba a hacer, ya sabéis… te daban un regalo.

—¿Cómo —inquirió Damon en un tono de voz cuidadosamente inexpresivo— podrían colocar la llave dentro de una sorpresa para una fiesta que se ofrecería como mínimo semanas más tarde, y cómo podrían esperar recuperarla? Para el caso, Misao podría haberle dicho a Elena: «Tiramos la llave».

—Bueno —empezó Meredith—, no estoy en absoluto segura de que tuviesen intención de que la llave la pudiese recuperar nadie, ni siquiera ellos mismos. Y Misao podría haber querido decir: «Tendrías que registrar toda la basura de la noche de esta gala»… o de alguna otra fiesta en la que Fazina actuase.

Imagino que también le piden que toque en gran cantidad de fiestas organizadas por otras personas.

Elena odiaba las riñas, incluso a pesar de tener talento para discutir. Pero era una diosa esta noche. Nada era imposible. Si al menos pudiese recordar…

Algo parecido a un relámpago blanco centelleó en su cerebro.

Justo por un instante —un solo instante— estaba otra vez allí, forcejeando con Misao, que estaba bajo su forma de zorro, mordiendo y arañando… y gruñendo una respuesta a la pregunta de Elena sobre dónde estaban las dos mitades de la llave zorro. «Como si fueses a comprender las respuestas que yo podría darte. Si te dijera que una estaba dentro del instrumento del Ruiseñor de Plata, ¿te daría eso alguna clase de pista?»

Sí. Aquéllas habían sido las palabras exactas, las auténticas palabras que Misao había pronunciado. Elena oyó su propia voz, repitiendo ahora las palabras con claridad.

Y entonces sintió algo parecido a un relámpago abandonar su mente… para reunirse con otro no muy lejos. Lo siguiente que supo fue que los ojos se le abrían de par en par, sorprendidos, porque Bonnie hablaba en aquel tono inexpresivo y monótono que usaba siempre cuando efectuaba una profecía.

—Cada mitad de la llave zorro tiene la forma de un zorro individual, con dos orejas, dos ojos y un hocico. Las dos mitades de la llave zorro son de oro y están cubiertas de gemas… y sus ojos son verdes. La llave que buscas está aún en el instrumento del Ruiseñor de Plata.

—¡Bonnie! —exclamó Elena.

Podía ver que a Bonnie le temblaban las rodillas, y que tenía la mirada extraviada. Entonces sus ojos se abrieron y Elena vio cómo la confusión brotaba a raudales para ocupar el lugar de la vacuidad.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó Bonnie, mirando a su alrededor y encontrándose con que todo el mundo la miraba—. ¿Qué… qué ha pasado?

—¡Nos ha revelado el aspecto que tienen las llaves zorro! —Elena no pudo evitar la exclamación; fue casi un grito de júbilo.

Ahora que sabían lo que buscaban podrían liberar a Stefan; liberarían a Stefan, nada la detendría ahora. Bonnie acababa de ayudar a trasladar la búsqueda a un nivel totalmente distinto.

Pero mientras se estremecía interiormente de dicha ante la profecía, Meredith, con su sensato modo de actuar, se ocupaba del profeta. La muchacha indicó en voz baja.

—Creo que va a desmayarse. ¿Podríais…?

Meredith no tuvo que finalizar la pregunta, ya que los vampiros, Damon y Sage, fueron lo bastante rápidos como para atrapar y sostener a Bonnie desde lados opuestos. Damon contemplaba fijamente a la menuda joven con sorpresa.

—Gracias, Meredith —dijo Bonnie, y respiró profundamente, pestañeando —. No creo que vaya a desmayarme —añadió, y luego echó una ojeada a Damon a través de las pestañas—. Pero probablemente sea mejor asegurarse.

Damon asintió y la sujetó mejor, con semblante serio. Sage medio se apartó, dando la impresión de tener alguna molestia en la garganta.

—¿Qué es lo que he dicho? ¡No lo recuerdo!

Y después de que Elena hubiese repetido solemnemente las palabras de Bonnie, fue muy propio de Meredith decir:

—¿Estás segura, Bonnie? ¿Te parece correcto?

—Yo estoy segura. Estoy segurísima —intervino Elena.

Y lo estaba. La diosa Ishtar y Bonnie habían desentrañado el pasado para ella y le habían mostrado la llave.

—De acuerdo. ¿Y si Bonnie, Sage y yo nos ocupamos de esta habitación? Mientras dos de nosotros distraen al mayordomo, el tercero puede buscar en las arpas? —sugirió Meredith.

—Estupendo. ¡Hagámoslo! —dijo Elena. El plan de Meredith resultó más difícil en la práctica de lo que parecía, porque incluso con dos jovencitas espectaculares y un chico con un aspecto de muerte en la habitación, el mayordomo siguió describiendo pequeños círculos y pescando a uno u otro de ellos manipulando y atisbando dentro de una arpa.

Naturalmente, tocarlas estaba rigurosamente prohibido. Desafinaba las arpas y podía dañarlas fácilmente, en especial puesto que el único modo de asegurarse sin lugar a dudas de que no había una pequeña llave dorada en la caja de resonancia del arpa era precisamente zarandear el instrumento y escuchar si se oía algún tintineo.

Peor aún, cada una de las arpas se exhibía en su propio rinconcito, acompañada de una iluminación espectacular, una vistosa mampara pintada tras ella (en su mayor parte retratos de Fazina tocando el arpa en cuestión), y un afelpado cordón rojo atravesado en la parte frontal del hueco que anunciaba «Prohibido el paso» con la misma claridad que un letrero.

Al final Bonnie, Meredith y Sage recurrieron a hacer que Sage influenciara al mayordomo para que estuviese totalmente pasivo; algo que sólo se podía hacer durante unos pocos minutos cada vez, o el mayordomo advertiría los huecos en el programa de lady Fazina. Entonces cada uno de ellos se ponía a registrar arpas frenéticamente mientras el hombre permanecía inmóvil como una figura de cera.

Entretanto, Damon y Elena deambulaban por el palacio, revisando el resto de la mansión que tenía el acceso prohibido a los visitantes. Si no encontraban nada, tenían intención de registrar las estancias más accesibles a medida que proseguía la gala.

Era una tarea peligrosa, eso de escabullirse dentro y fuera de habitaciones vacías —a menudo cerradas con llave—, oscuras y acordonadas: peligroso y extrañamente emocionante para Elena. En cierto modo, parecía que el miedo y la pasión estaban más estrechamente relacionados de lo que había llegado a comprender. O al menos, eso parecía en su caso y en el de Damon.

La muchacha no podía evitar advertir y admirar pequeños detalles de Damon. Este parecía capaz de abrir cualquier cerradura con un único y pequeño utensilio que sacaba del interior de la cazadora negra, del modo en que otras personas sacaban estilográficas, y tenía un modo veloz y elegante de abrir la cerradura y volver a cerrarla. Economía de movimientos, sabía ella, obtenida después de haber vivido durante casi cinco siglos.

Además, nadie podía discutirlo: Damon parecía mantener la serenidad en cualquier situación, lo que les convertía en una buena pareja en aquellos momentos en que ella deambulaba con paso firme por allí como una diosa a la que no podían constreñir las normas de los mortales. Los sustos que recibía aumentaban incluso tal sensación: formas que parecían guardas o centinelas alzándose ante ella resultaron ser un oso disecado, una vitrina alta y algo a lo que Damon sólo le permitió dar un breve vistazo, pero que parecía un humano momificado. Damon no se inmutó ante nada de todo ello.

«Si al menos pudiese canalizar más Poder a mis ojos», pensó Elena, y las cosas adquirieron más brillantez al instante. ¡Su Poder la obedecía!

«¡Cielos! Tendré que llevar puesto este vestido durante el resto de mi vida: me hace sentir tan… poderosa. Tan… descarada. Tendré que ponérmelo en la universidad, si alguna vez consigo ir a la universidad, para impresionar a mis profesores; y en mi boda con Stefan, sólo para que la gente comprenda que no soy una cualquiera; y… en la playa, sólo para que los chicos miren atónitos…

Sofocó una risita y le sorprendió ver a Damon echarle una veloz mirada con fingido reproche. Desde luego, él estaba tan estrechamente concentrado en ella como ella lo estaba en él. Pero era un caso un poco diferente, claro, porque, a sus ojos, ella lucía una etiqueta enorme que llevaba escrito Mermelada de Fresa, atada alrededor del cuello. Y él empezaba a sentirse hambriento otra vez. Muy hambriento.

«La próxima vez me ocuparé de que comas como es debido antes de salir», le transmitió ella, mentalmente.

«Preocupémonos de tener éxito esta vez antes de empezar a planear la próxima», replicó él, con apenas un levísimo indicio de su sonrisa de 250 kilovatios.

Pero estaba todo mezclado, por supuesto, con un poco del triunfo sardónico que Damon siempre llevaba consigo. Elena se juró que por mucho que se riera de ella, por mucho que le suplicase, amenazase o quisiera engatusarla, no proporcionaría a Damon la satisfacción de un mordisquito siquiera esa noche. Que le quitara la tapa a otro tarro de mermelada, se dijo.

Finalmente, la dulce música del concierto se acalló y Elena y Damon regresaron a toda prisa a reunirse con Bonnie, Meredith y Sage en la Sala de las Arpas. Elena habría adivinado la noticia por la actitud de Bonnie, incluso si no la hubiese conocido ya por el silencio de Sage. Pero la noticia era peor de lo que la muchacha podría haber imaginado: no era tan sólo que no hubieran hallado nada en la Sala de las Arpas, sino que al final habían recurrido a sonsacar al mayordomo, que podía hablar, si bien no moverse, bajo la influencia de Sage.

—Y adivinad qué nos contó —dijo Bonnie, que añadió antes de que nadie pudiese aventurar una palabra—: Cada una de esas arpas se limpia y afina todos los días sin excepción. Fazina tiene todo un ejército de criados para ocuparse de ellas. Y cualquier cosa, cualquier cosa que no perteneciese a una de las arpas sería comunicada al instante. ¡Y no se ha informado de nada! ¡Sencillamente no está ahí!

Elena sintió que encogía de diosa omnisciente a humana frustrada.

—Me preocupaba que pudiese ser así —admitió, suspirando—. Habría sido demasiado fácil de otro modo. De acuerdo, plan B. Mezclaos con los invitados a la gala, intentad echar un vistazo a cada una de las habitaciones abiertas al público. Intentad encandilar al consorte de Fazina y sacadle información. Averiguad si Misao y Shinichi han estado aquí recientemente. Damon y yo seguiremos mirando en las habitaciones que se supone que están cerradas.

—Eso es tan peligroso… —repuso Meredith, frunciendo el ceño—. Me asusta cuál podría ser la pena si os pescan.

—A mí me asusta cuál podría ser la pena para Stefan si no encontramos la llave esta noche —replicó Elena en tono seco, y se volvió sobre los talones, saliendo de allí.

Damon la siguió. Registraron infinitas habitaciones a oscuras, sin saber ya si

buscaban una arpa u otra cosa. En primer lugar Damon comprobaba si había un cuerpo que respirara en la habitación (podría haber un guarda vampiro, desde luego, pero no se podía hacer gran cosa al respecto), luego forzaba la cerradura. Las cosas iban saliendo a la perfección hasta que llegaron a una habitación al final de un largo pasillo que daba al oeste; Elena hacía rato que se había perdido en el palacio, pero podía decir con certeza dónde estaba el oeste, porque era donde flotaba el abotargado sol.

Damon había forzado la cerradura de la habitación y Elena había, en un principio, entrado por delante de él con gesto ansioso. Registró la habitación, que contenía, frustrantemente, una fotografía enmarcada en plata de una arpa, pero sin que hubiese nada tan voluminoso como la mitad de la llave zorro en su interior, ni siquiera después de que hubiese usado con sumo cuidado la ganzúa de Damon para desatornillar la parte posterior.

Fue mientras ella volvía a colocar la fotografía en la pared cuando oyeron el golpe sordo. Elena dio un respingo, rezando para que ninguno de los «sirvientes guardas de seguridad» vestidos de negro que deambulaban por el palacio hubiese oído el ruido.

Damon le puso rápidamente una mano sobre la boca e hizo girar el botón de la luz de gas para sumirles en la oscuridad.

Pero ambos podían oírlo ya… pasos que se acercaban fuera en el pasillo. Alguien había oído el golpe sordo. Las pisadas se detuvieron al otro lado de la puerta y sonó el claro sonido de la discreta posecilla de un sirviente de posición superior.

Elena giró en redondo, percibiendo en aquel momento como si las Alas de Redención se hallasen a su alcance. Sería necesario sólo un levísimo incremento en la adrenalina y tendría al empleado o empleada de seguridad de rodillas, sollozando arrepentido por toda una vida de trabajo a favor del mal. Elena y Damon se habrían marchado antes de…

Pero Damon tenía otra idea, y Elena la secundó con un sobresalto.

Cuando la puerta se abrió en silencio al cabo de un momento, el mayordomo encontró a una pareja fundida en un abrazo tan intenso que ni siquiera parecieron advertir la intrusión. Elena prácticamente pudo percibir su indignación. El deseo de una pareja de invitados de abrazarse discretamente en la privacidad de las innumerables estancias públicas de lady Fazina era comprensible, pero aquello

formaba parte de la zona privada de la casa. Mientras encendía las luces, Elena le miró a hurtadillas por el rabillo del ojo, con los sentidos psíquicos lo bastante abiertos para captar lo que pensaba. El hombre revisaba los objetos de valor de la habitación con mirada experimentada pero aburrida. El exquisito jarrón en miniatura con las rosas trepadoras resaltadas con rubíes y enredaderas incrustadas de esmeraldas; la lira sumeria de madera de 5.000 años conservada mágicamente; la pareja idéntica de candeleras de oro macizo en forma de dragones alzados sobre las patas traseras; la máscara funeraria egipcia con sus oscuros y alargados agujeros para los ojos que parecían observar desde sus facciones pintadas en tonos vivos… Todo seguía en su sitio. Ni siquiera era como si su señoría guardase nada de gran valor en la estancia, pero aun así…

—Esta habitación no forma parte de las que están abiertas al público —dijo el hombre a Damon, quien se limitó a aferrar con más fuerza a Elena.

Sí, Damon parecía muy decidido a hacer un buen papel ante el mayordomo… o algo parecido. Pero ¿no lo habían hecho… ya? Los pensamientos de Elena perdían coherencia. Lo último… justo lo último que podían permitirse… era… perder la oportunidad de… encontrar la llave zorro. Elena empezó a empujar para apartarse, y entonces se dio cuenta de que no debía hacerlo.

No debía. No era que no pudiese, pero ella era una propiedad, una propiedad cara sin lugar a dudas, engalanada como iba esta noche, que pertenecía a Damon para que dispusiera de ella a su antojo. Mientras otra persona mirase, no debía dar la impresión de que desobedecía los deseos de su amo.

Sin embargo, Damon estaba llevando aquello demasiado lejos… más allá de las libertades que se había tomado jamás con ella, aunque, pensó irónicamente, él no lo sabía. Le acariciaba la piel que quedaba desprotegida por el vestido de diosa color marfil, los brazos, la espalda, incluso el pelo, y sabía cómo le gustaba a ella eso, como podía sentirlo en cierto modo cuando le sujetaban el pelo y le acariciaban los extremos o los aplastaban con suavidad en un puño.

«¡Damon! —recurría ya al último recurso: la súplica—. Damon… si nos detienen, o nos hacen algo que nos impida encontrar la llave esta noche…, ¿cuándo tendremos otra oportunidad?…» Dejó que percibiera su desesperación, su sentimiento de culpa, incluso el traicionero deseo que tenía de olvidarlo todo y permitir que cada minuto la llevara más allá en aquella oleada de ardor que él

había creado. «Damon, lo… diré si lo deseas. Te estoy… suplicando.» Sintió que le escocían los ojos a medida que las lágrimas afloraban a ellos.

«Nada de lágrimas.» Oyó la voz telepática de Damon agradecida. Aunque había algo raro en ella. No podía ser inanición; él había tomado su sangre no hacía mucho más de dos horas. Y no era pasión, pues podía percibir —y distinguir— eso con suma claridad. Aun así, la voz telepática de Damon mostraba un control tan tenso que casi la asustaba. Tampoco podía efectuar ninguna exploración, como pudo comprobar, ya que la mente de Damon estaba totalmente cerrada a ella.

La única cosa a la que podía comparar la sensación que obtenía de aquel férreo control era dolor. Un dolor que estaba justo en el límite de lo soportable.

«Pero ¿debido a qué?», se preguntó Elena con impotencia.

¿Qué podía causarle un dolor como ése?

Elena no podía malgastar el tiempo de ambos haciéndose preguntas sobre qué le sucedía a Damon. Subió el volumen del Poder de su propio oído y empezó a escuchar ante las puertas antes de entrar.

Fue mientras escuchaba que una nueva idea tomó cuerpo de improviso en su mente; detuvo a Damon en un pasillo oscuro como boca de lobo e intentó explicarle qué clase de habitación buscaba. Lo que hoy en día se denominaría una «oficina central».

Damon, familiarizado con la arquitectura de las grandes mansiones, la llevó, tras únicamente unas pocas salidas falsas, al interior de lo que era a todas luces la sala de escribir de una dama. Los ojos de Elena eran en aquellos momentos tan agudos como los de él en la penumbra mientras escudriñaban a la luz de una iónica vela.

En tanto que Elena iba viendo frustradas sus esperanzas tras registrar un escritorio excepcional con casilleros en busca de cajones secretos, sin hallar ninguno, Damon vigilaba el pasillo.

—Oigo a alguien fuera —dijo—. Creo que es hora de marcharnos ya.

Pero Elena seguía mirando. Y —al pasear los ojos a toda velocidad por la habitación— vio un escritorio pequeño con una silla anticuada y una colección de distintas plumas, desde antiguas a modernas, que se exhibían colocadas en

soportes de elaborado diseño.

—Vámonos mientras el camino siga estando despejado —murmuró Damon en tono impaciente.

—Sí —respondió ella distraídamente—. De acuerdo…

Y entonces lo vio.

Sin un momento de vacilación cruzó la sala con paso decidido y levantó una pluma con una brillante pluma de ave de plata. No era un cálamo auténtico, desde luego; era una estilográfica hecha para parecer elegante y anticuada… con una pluma. La estilográfica en sí era curva para encajar en su mano, y la madera tenía un tacto cálido.

—Elena, no me siento muy…

—Damon, chist —dijo Elena, sin prestarle atención, demasiado absorta en lo que estaba haciendo para escuchar en realidad.

«Primero: intenta escribir.» Nada. Algo bloqueaba el cartucho. «Segundo: desenrosca la estilográfica con cuidado, como para poner un cartucho nuevo.» Mientras, durante todo ese tiempo, el corazón le vociferaba en los oídos y las manos le temblaban. «Sigue moviéndote despacio…, no pases nada por alto… y, por el amor de Dios, no dejes que se te caiga nada y salga rebotando por el suelo en esta penumbra.» Las dos partes de la pluma se separaron en su mano…

… y sobre el protector verde oscuro de la mesa cayó una pequeña y pesada pieza curva de metal que había encajado justo en la parte más ancha de la pluma. La tenía en la mano y volvía a montar la estilográfica antes de poder dedicarle una buena mirada. Pero entonces… realmente tuvo que abrir la mano y verla.

Aquel pequeño objeto en forma de media luna le deslumbre a la luz de la vela, pero era justo igual que la descripción que Bonnie había realizado. Una representación diminuta de un zorro con un cuerpo simbólico y una cabeza con joyas incrustadas que lucía dos orejas planas. Los ojos eran dos centelleantes piedras verdes. ¿Esmeraldas?

—Alexandrita —dijo Damon en un susurro de alcoba—. El folklore dice que cambian de color a la luz de las velas o del fuego. Reflejan la llama.

Elena, que había estado recostada contra él, rememoró con un escalofrío el modo en que los ojos de Damon habían reflejado llamas cuando estuvo poseído: la llama rojo sangre de los *malachs*… de la crueldad de Shinichi.

—Así pues —quiso saber Damon—, ¿cómo lo has descubierto?

—¿Ésta es de verdad una de las dos piezas de la llave zorro?

—Bueno, no parece que pertenezca a una estilográfica. A lo mejor es la sorpresa de una caja de galletas. Pero fuiste directa a ello en cuanto entramos en la habitación. Incluso los vampiros necesitan tiempo para pensar, mi preciosa princesa.

Elena se encogió de hombros.

—Es demasiado fácil, en realidad. Cuando quedó claro que todas aquellas llaves para arpas no eran lo que buscábamos, me pregunté qué otro instrumento podía uno encontrar en casa de alguien. Una pluma es un instrumento para escribir. Así que sólo tenía que descubrir si lady Fazina tenía un gabinete o una sala de escribir.

Damon exhaló con fuerza.

—Por todos los demonios del Infierno, pequeña criatura inocente. ¿Sabes lo que buscaba yo? Trampillas. Entradas secretas a las mazmorras. El único otro instrumento que se me ocurría era un «instrumento de tortura» y te sorprendería la gran cantidad de ellos que puedes encontrar en esta deliciosa ciudad.

—Pero ¡no en su casa…!

La voz de Elena se elevó peligrosamente, y ambos permanecieron callados un instante para compensarlo, escuchando, en ascuas, por si llegaba cualquier sonido procedente del corredor.

No llegó ninguno.

Elena soltó el aliento que había contenido.

—¡De prisa! ¿Dónde, dónde estará a salvo?

Reparaba en aquellos momentos en que el único defecto del vestido de diosa era que no existía el menor lugar donde ocultar nada. Tendría que hablar con lady Ulma sobre eso para la próxima vez.

—En el fondo, en el fondo del bolsillo de mis vaqueros —dijo Damon, temblando y tan apremiante como ella.

Una vez que la hubo guardado en lo más profundo de sus negros vaqueros Armani, sujetó a Elena por ambas manos.

—¡Elena! ¿Te das cuenta? ¡Lo hemos conseguido!

—¡Lo sé! —Manaban lágrimas de los ojos de Elena y toda la música de lady Fazina parecía expandirse en un acorde enorme y perfecto—. ¡Lo hemos logrado juntos!

Y entonces, sin saber cómo, igual que en todos los otros «sin saber cómo» que empezaban a convertirse en una costumbre en ellos, Elena estaba en los brazos de Damon, deslizando los propios brazos bajo su chaqueta para percibir su calidez, su solidez. No le sorprendió, tampoco, sentir una doble perforación en la garganta al echar la cabeza atrás: su preciosa pantera sólo estaba un poco domesticada en realidad, y necesitaba aprender algunas cosas básicas sobre la etiqueta de las citas; por ejemplo, que uno besa antes de morder.

Recordó que él le había dicho antes que tenía hambre y que ella no le había prestado atención, demasiado subyugada como estaba por la pluma de plata para reparar en sus palabras. Pero sí lo hizo ahora, y comprendió…, excepto el motivo de que él pareciera estar tan excepcionalmente hambriento esa noche.

Quizá incluso… excesivamente hambriento.

«Damon —pensó con dulzura—, estás tomando mucha.»

No pudo percibir ninguna respuesta aparte del hambre salvaje de la pantera.

«Damon, esto podría ser peligroso… para mí.» Esta vez Elena puso todo el Poder que pudo en las palabras que proyectó.

Siguió sin obtener respuesta de Damon, pero ella flotaba ahora, descendiendo a la oscuridad. Y eso le dio el vago hilo de una idea.

«¿Dónde estás? ¿Estás aquí?», llamó, formándose la imagen mental del niño.

Y entonces le vio, encadenado a su peñasco, hecho un ovillo, cubriéndose los ojos con los puños.

«¿Qué sucede?», preguntó Elena al instante, flotando hasta él, preocupada.

«¡Está haciendo daño! ¡Está haciendo daño!»

«¿Estás herido? Muéstramelo», dijo Elena al momento.

«¡No! ¡Te hace daño a ti! ¡Podría matarte!»

«Silencio. Silencio.» Intentó acunarle.

«¡Tenemos que conseguir que nos escuche!»

«De acuerdo», dijo Elena. Realmente se sentía rara y débil. Pero se volvió, junto con el niño, y gritó sin voz: «¡Damon! ¡Por favor! ¡Elena dice que pares!»

Y sucedió un milagro.

Tanto ella como el niño lo percibieron. El leve escozor de colmillos al retirarse. El cese del flujo de energía que iba de Elena a Damon.

Y entonces, irónicamente, el milagro empezó a alejarla del niño, con quien realmente quería hablar.

«¡No! ¡Aguarda!», intentó decirle a Damon, aferrando las manos del niño tan fuerte como podía. Sin embargo, estaba siendo catapultada de vuelta a la conciencia como arrastrada por un huracán. La oscuridad se desvaneció. En su lugar había una habitación, demasiado iluminada, la única vela llameaba como un foco de la policía dirigido directamente a ella. Cerró los ojos y sintió la calidez y pesadez del Damon corpóreo en sus brazos.

—¡Lo siento! Elena, ¿puedes hablar? No me di cuenta de cuánto…

Había algo raro en la voz de Damon. Entonces lo comprendió. Los colmillos de Damon no se habían retraído.

¿Qu…? Todo estaba mal. Habían sido tan felices, pero…, pero en aquellos momentos sentía el brazo derecho húmedo.

Elena se apartó por completo de Damon y se contempló los brazos, que estaban rojos de algo que no era pintura.

Estaba todavía demasiado exaltada para hacer preguntas como era debido, así que se deslizó detrás de Damon y le quitó la negra chaqueta de cuero. Bajo la brillante luz pudo ver la camisa de seda negra manchada por una línea tras otra de sangre seca, parcialmente seca o sencillamente húmeda.

—¿Damon? —Su primera reacción fue de horror sin una traza de culpabilidad o comprensión—. ¿Qué ha pasado? ¿Te has peleado? ¡Damon, dímelo!

Y entonces en su mente surgió un número. Desde que era una niña, había sabido contar. De hecho, había aprendido a contar hasta diez antes de cumplir un año, y por lo tanto, había tenido diecisiete años completos de aprendizaje para poder contar el número de cortes irregulares, profundos, que todavía sangraban en la espalda de Damon.

Diez.

Elena bajó los ojos hacia sus propios brazos ensangrentados y al vestido de diosa, que era ahora el vestido de los horrores debido a que su blanco puro como la leche había quedado arruinado por unas manchas de un rojo brillante.

Un rojo que debería haber procedido de la sangre de la propia Elena. Un rojo que debía de haberse sentido igual que tajos de espada en la espalda de Damon a medida que éste canalizaba el dolor y las marcas de la Noche de su Sanción de ella a sí mismo.

«Y me llevó en brazos todo el trayecto hasta la casa.» El pensamiento llegó

dando vueltas de un modo confuso desde la nada. «Sin decir una palabra al respecto. Jamás lo habría sabido…»

Y todavía no habían cicatrizado. ¿Le cicatrizarían alguna vez?

Fue entonces cuando empezó a chillar en todas las frecuencias.

29

Alguien intentaba hacerle beber de un vaso. El sentido del olfato de Elena era tan agudo que podía notar ya el sabor de lo que había en el vaso: vino Magia Negra. ¡No quería! ¡No! Lo escupió. No podían obligarla a beber.

—*Mon enfant*, es por tu propio bien. Ahora, bébelo.

Elena apartó la cabeza. Notaba cómo la oscuridad y el huracán se precipitaban hacia arriba para apoderarse de ella. Sí. Eso estaba mejor. ¿Por qué no la dejaban en paz?

En las trincheras más profundas de la comunicación, un niño pequeño la acompañaba en la oscuridad. Le recordaba, pero no así su nombre. Le tendió los brazos y él fue a ellos y parecía que las cadenas que le sujetaban eran más ligeras de lo que habían sido… ¿cuándo? Antes. Eso era todo lo que podía recordar.

«¿Estás bien?», le susurró al niño. Allí abajo, en las profundidades más íntimas de la comunión entre ellos, un susurro era un grito.

«No llores. Nada de lágrimas», le suplicó él, pero las palabras le recordaron algo en lo que no podía soportar pensar, y le puso los dedos sobre los labios, acallándole con dulzura.

Demasiado alta, una voz del Exterior le llegó atronadora.

—Así pues, *mon enfant*, has decidido convertirte en *un vampire encore une fois*.

«¿Es eso lo que está sucediendo? —le susurró al niño—. ¿Me estoy muriendo otra vez? ¿Para convertirme en vampiro?»

«¡No lo sé! —lloró el niño—. No sé nada. Está enfadado. Tengo miedo.»

«Sage no te hará daño —prometió ella—. El ya es un vampiro, y es tu

amigo.»

«No se trata de Sage…»

«Entonces ¿de quién tienes miedo?»

«Si mueres otra vez, estaré envuelto en cadenas de pies a cabeza.» El niño le mostró una imagen lastimosa de sí mismo cubierto de una vuelta tras otra de gruesas cadenas. En la boca, amordazándole; inmovilizándole los brazos a los costados y las piernas a la bola. Además, las cadenas tenían púas de modo que allí donde se clavaban en la tierna carne del niño, manaba la sangre.

«¿Quién haría algo así? —exclamó Elena—. Le haré desear no haber nacido. ¡Dime quién va a hacer esto!»

El semblante del niño estaba triste y perplejo. «Yo lo haré —respondió tristemente—. El lo hará. El/yo. Damon. Porque te habremos matado.»

«Pero no es culpa suya…»

«Tenemos que hacerlo. Tenemos que hacerlo. Pero a lo mejor moriré, el médico dice…» Había un definitivo deje de esperanza en la última frase.

Eso la convenció. Si Damon no pensaba con claridad, quizá ella tampoco, razonó despacio. A lo mejor… a lo mejor debería hacer lo que Sage quería.

Y el doctor Meggar. Podía discernir su voz como a través de una niebla espesa.

—… tú bien, has estado trabajando toda la noche. Da a otro una oportunidad.

Sí… toda la noche. Elena no había querido volver a despertar, y tenía una gran fuerza de voluntad.

—¿Quizá podríamos intercambiar nuestros puestos? —Alguien, una muchacha, una muchacha joven, sugería en aquel momento; no tenía una voz potente, pero era tozuda, sin embargo; era Bonnie.

—Elena… Soy Meredith. ¿Notas cómo te cojo la mano? —Hubo una pausa, luego en voz muchísimo más alta, llena de excitación—: ¡Eh, me ha oprimido la mano! ¿Lo habéis visto? Sage, dile a Damon que venga aquí de prisa.

La conciencia iba y venía…

—… bebe un poco más, ¿Elena? Lo sé, lo sé, estás harta de esto. Pero bebe *un peu* por mí, ¿quieres? La conciencia iba y venía…

—*Trés bon, mon enfant! Maintenant,* ¿qué tal un poco de leche? Damon cree que puedes seguir siendo humana si bebes un poco de leche.

A Elena se le ocurrieron dos cosas al respecto. Una fue que si bebía algo más

de cualquier cosa, podría estallar. Otra fue que no iba a hacer promesas estúpidas.

Intentó hablar pero sus palabras surgieron en forma de hilillo de voz.

—Dile a Damon… que no volveré a menos que libere al niño.

—¿A quién? ¿Qué niño?

—Elena, cielo, todos los niños de esta finca son libres.

—¿Por qué no dejamos que sea ella quien se lo diga a él? —sugirió Meredith.

El doctor Meggar indicó entonces:

—Elena, Damon está justo aquí en el diván. Los dos habéis estado muy enfermos, pero vais a poneros bien. Oye, Elena, podemos mover la mesa de exploración de modo que puedas hablar con él. Ya está.

Elena intentó abrir los ojos, pero todo brillaba de un modo brutal. Tomó aliento y volvió a probar. Seguía siendo demasiado brillante. Y no sabía cómo atenuar más su visión; así que habló con los ojos cerrados a la presencia que percibía frente a ella: «No puedo volver a dejarle solo. En especial, si vas a cargarle de cadenas y amordazarle».

«Elena —dijo Damon con voz trémula—, no he llevado una buena vida. Pero no he tenido esclavos nunca, lo juro. Pregúntale a cualquiera. Yo no le haría eso a un niño.»

«Lo has hecho, y sé su nombre. Y sé que él está hecho tan sólo de dulzura, y buen corazón… y miedo.»

Le llegó el bajo retumbo de la voz de Sage: «… la está agitando…», y el murmullo algo más alto de la voz de Damon:

—Sé que desvaría, pero aun así querría conocer el nombre del niño al que se supone que he hecho lo que dice. ¿Cómo la perturba eso?

Sonaron más murmullos ruidosos, luego:

—Pero ¿es que no puedo simplemente preguntárselo? Al menos podré limpiar mi nombre de esas acusaciones. —A continuación, en voz alta—: Elena, ¿puedes decirme a qué niño se supone que he torturado así?

Estaba tan cansada…, pero respondió en un susurro:

—Se llama Damon, por supuesto.

Y le llegó la voz agotada de Meredith:

—¡Oh, Dios mío! Está dispuesta a morir por una metáfora.

30

Matt contempló cómo la señora Flowers inspeccionaba la insignia del *sheriff* Mossberg, sosteniéndola levemente en una mano y pasándole por encima los dedos de la otra.

Habían obtenido la insignia de Rebecca, la sobrina del *sheriff* Mossberg. Dio la impresión de ser una simple coincidencia cuando Matt casi tropezó con ella unas horas antes aquel mismo día. Entonces él había advertido que la niña llevaba puesta una camisa masculina como vestido, y la camisa le había resultado familiar: la camisa de un *sheriff* de Ridgemont.

Fue entonces cuando vio la insignia prendida aún en la tela. Se podían decir muchísimas cosas sobre el *sheriff* Mossberg, pero uno no podía imaginárselo perdiendo su placa; así que Matt había perdido todo sentido de la galantería y se había hecho con el pequeño escudo de metal antes de que Rebecca pudiera detenerle. Tuvo una horrible sensación en el estómago entonces, que no había hecho más que empeorar desde ese momento. La expresión de la señora Flowers tampoco le estaba reconfortando precisamente.

—No estaba en contacto directo con su piel —dijo con suavidad—, de modo que las imágenes que obtengo son confusas. Pero ¡oh, mi querido Matt! —Alzó los entornados ojos hacia los del muchacho-… Estoy asustada.

Se estremeció, por lo que se sentó en la silla de la mesa de cocina, donde había dos tazas altas de leche caliente con especias sin tocar.

Matt tuvo que aclararse la garganta y llevarse la leche hirviente a los labios.

—¿Cree que es necesario que salgamos a echar un vistazo?

—Debemos hacerlo —dijo la señora Flowers, y meneó tristemente la cabeza

de suaves y ralos rizos blancos—. La querida mamá se muestra de lo más insistente, y yo también lo puedo percibir; hay una gran conmoción en este objeto.

Matt sintió una levísima pizca de orgullo tiñendo su miedo por haber obtenido el «objeto», y a continuación pensó: «Sí, claro, robar insignias de las camisas de niñas de doce años es realmente algo de lo que enorgullecerse».

La voz de la señora Flowers le llegó desde la cocina.

—Sería mejor que te pusieses varias camisas y suéteres y un par de éstos.

La mujer emergió de costado por la puerta de la cocina, sosteniendo varios abrigos largos, al parecer sacados del armario empotrado que había frente a la puerta de la cocina, y varios pares de guantes de jardinero.

Matt se alzó de un salto para ayudarla con el montón de abrigos y a continuación tuvo un ataque de tos cuando el olor a bolas de naftalina y a algo más, algo picante, le envolvió.

—¿Por qué… me siento… como si fuese Navidad? —dijo, viéndose forzado a toser a cada pocas palabras.

—Oh, vaya, eso sin duda es por la receta de conservación a base de clavo de la tía abuela Morwen —respondió la señora Flowers—. Algunos de estos abrigos son de la época de mi madre.

Matt la creyó.

—Pero todavía hace calor fuera. ¿Por qué tendríamos que llevar abrigos?

—¡Como protección, querido Matt, como protección! Estas ropas llevan hechizos entretejidos en la tela para salvaguardarnos del mal.

—¿Incluso los guantes de jardinero? —preguntó Matt dubitativo.

—Incluso los guantes —dijo la mujer con firmeza, haciendo una pausa para luego continuar con voz sosegada—: Y será mejor que reunamos algunas linternas, querido Matt, porque esto es algo que vamos a tener que hacer en la oscuridad.

—¡Está de broma!

—No, desdichadamente no lo estoy. Y deberíamos coger un poco de cuerda para atarnos juntos. Bajo ninguna circunstancia debemos penetrar en la espesura del Bosque Viejo esta noche.

Una hora más tarde, Matt seguía pensando. No tuvo el menor apetito para comer la suculenta cena a base de berenjena estofada *au fromage* preparada por

la señora Flowers, y las ruedecillas de su cerebro no dejaban de dar vueltas.

«Me pregunto si es así como se siente Elena —pensó—, cuando está preparando los planes A, B y C. Me pregunto si alguna vez se siente así de idiota haciéndolo.»

Notó una opresión en el corazón, y por enésima vez desde que los había dejado a ella y a Damon, se preguntó si había hecho lo correcto.

Tenía que ser lo correcto, se dijo. Era lo que más dolía, y ésa era la prueba. Las cosas que duelen de verdad son las que deben hacerse.

«Pero tan sólo quería despedirme de ella…»

«Pero si te hubieses despedido, jamás te habrías ido. Acéptalo, imbécil, en lo referente a Elena eres el mayor perdedor del mundo. Desde el momento en que encontró un novio que le gustaba más que tú, has estado trabajando como si fueses Meredith y Bonnie para ayudarla a conservarlo y mantener alejado al Chico Malo. Quizá deberías conseguirte toda una colección de camisetas idénticas en las que pusiera: «Soy un lacayo. Sirvo a la princesa Ele…».

¡PAM!

Matt se incorporó de un salto y aterrizó en el suelo en posición agazapada, lo que resultó más doloroso de lo que parecía en las películas.

¡Clank, clink!

Era el postigo suelto del otro extremo de la habitación. El primer estrépito había sido realmente un portazo, no obstante. El exterior de la casa de huéspedes estaba en muy malas condiciones, y los postigos de madera a veces se soltaban repentinamente de las sujeciones.

Pero ¿había sido una mera coincidencia?, se dijo Matt, en cuanto el corazón dejó de irle a mil por hora. ¿En esta casa de huéspedes en la que Stefan había pasado tanto tiempo? A lo mejor, en cierto modo, todavía quedaban restos de su espíritu por allí, sintonizados con lo que la gente pensaba dentro de aquellas estancias. De ser así, a Matt le acababan de asestar un potente porrazo en el plexo solar, por el modo en que se sentía.

«Lo siento, amigo —pensó, casi diciéndolo en voz alta—. No era mi intención poner verde a tu chica. Está bajo muchísima presión.»

¿Poner verde a su chica?

¿Poner verde a Elena?

Demonios, él sería el primero en darle un puñetazo a cualquiera que pusiera

verde a Elena. ¡Siempre y cuando Stefan no usara trucos de vampiro para adelantársele!

¿Y qué era lo que Elena siempre decía? Nunca puedes estar demasiado preparado. Nunca puedes tener demasiados planes secundarios porque, tan seguro como que Dios colocó una molesta cáscara alrededor de un cacahuete, tu plan principal seguro que tendrá algunos fallos.

Era por eso que Elena contaba siempre con tanta gente como le era posible. Así que no importaba si los que trabajaban en el C y el D no llegaban a verse implicados; estaban allí por si se les necesitaba.

Pensando en esto, y sintiendo la cabeza mucho más despejada de lo que había estado desde que vendiera el Prius y entregara el dinero de Stefan a Bonnie y a Meredith para el billete de avión y otros gastos, Matt se puso a trabajar.

—Y luego dimos un paseo por la propiedad, y vimos el manzanar y el naranjal y el cerezal —le contó Bonnie a Elena, que yacía, con aspecto desvalido y de niña pequeña, en la cama con dosel, a la que habían puesto colgaduras de transparente color oro viejo, en aquellos momentos sujetas hacia atrás con gruesas borlas en distintos tonos de dorado.

Bonnie estaba cómodamente sentada en una silla tapizada en dorado que habían acercado al lecho, y tenía los pies descalzos puestos sobre las sábanas.

Elena no estaba siendo una buena paciente. Quería levantarse, insistía; se empeñaba en deambular por ahí. Eso le haría más bien que todos los copos de avena, los filetes, la leche y las cinco visitas diarias del doctor Meggar, que se había mudado a la finca.

Sabía que era lo que todos temían realmente, no obstante. Bonnie lo había soltado todo en un largo y sollozante gemido agudo una noche mientras la pequeña pelirroja había estado de guardia junto a su cama.

—Chi…chillaste y todos los va…vampiros lo oyeron, y Sage nos cogió a Meredith y a mí como si fuésemos dos gatitos, una bajo cada brazo, y corrió al lugar donde sonaban los chillidos. Pero ¡pa…para entonces habían llegado ya tantas personas primero hasta vosotros! Estabas inconsciente pero también lo estaba Damon, y alguien dijo: «Le…les han atacado y ere…creo que están muertos!». Y todo el mu…mundo decía: «¡Llamad a las Gua…Guardianas!». Y

me desmayé, un poco.

—¡Chist! —había dicho Elena amablemente… y con astucia—. Toma un poco de Magia Negra, te sentirás mejor.

Bonnie había tomado un poco. Y un poco más. Y luego había proseguido con el relato.

—Pero Sage debió de sospechar algo porque dijo: «Veamos, yo soy médico, y voy a examinarles». ¡Y uno realmente le habría creído, por el modo en que lo dijo!

»Y entonces os miró a los dos, e imagino que supo al instante qué había sucedido, porque dijo: «¡Traed un carruaje! Tengo que llevarlos a…al doctor Meggar, mi colega». Y lady Fazina en persona acudió y dijo que podían disponer de uno de sus carruajes, y limitarse a enviarlo de vuelta cu…cuando fuese. ¡Es taaan rica! Y luego, os sacamos por la parte posterior porque había…había algunos bastardos que pedían, que os dejasen morir. Eran auténticos demonios, blancos como la nieve, llamados Mujeres de Nieve. Y luego, luego, simplemente estábamos en el carruaje y, ¡oh, Dios mío! ¡Elena! ¡Elena, te moriste! ¡Dejaste de respirar dos veces! Y Sage y Meredith no hacían más que efectuarte masaje cardíaco. Y yo…, yo recé tan…tanto.

Elena, totalmente metida en el relato ya, la había abrazado, pero las lágrimas de Bonnie no dejaban de reaparecer.

—Y llamamos a la puerta del doctor Meggar como si fuésemos a derribar la puerta… y…, y alguien se lo contó… y te examinó y dijo: «Necesita una transfusión». Y yo le dije: «Coja mi sangre». Porque recordé cuando en la escuela las dos dimos sangre para Jody Wright y éramos prácticamente las únicas que podíamos hacerlo porque éramos del mismo tipo. Y entonces el doctor Meggar preparó dos mesas así… —Bonnie chasqueó los dedos—, y yo estaba tan asustada que apenas podía permanecer quieta para la aguja, pero lo hice. ¡Lo hice! Y te dieron algo de mi sangre. Y, entretanto, ¿sabes qué hizo Meredith? Dejó que Damon la mordiera. De veras que lo hizo. Y el doctor Meggar envió el carruaje de vuelta a la casa para pedir sirvientes que «quisieran una bonificación» porque a…así es como lo llaman aquí; y el carruaje regresó lleno. Y no sé a cuántos mordió Damon, pero ¡fueron una barbaridad! El doctor Meggar dijo que era la mejor medicina. Y Meredith y Damon y todos nosotros hablamos y convencimos al doctor Meggar para que viniese aquí, me refiero a

vivir, y lady Ulma va a convertir todo el edificio donde él vivía en un hospital para la gente pobre. Y a partir de entonces hemos estado intentando que te recuperes. Damon estaba perfectamente a la mañana siguiente. Y lady Ulma, Lucen, y él…; quiero decir que fue idea de ellos pero fue él quien lo hizo… Envió la perla a lady Fazina; una perla para la cual el padre de lady Ulma jamás había hallado un cliente lo bastante rico como para comprarla, porque es tan grande como un puño, pero irregular, lo que significa que tiene ondulaciones y curvas, y un brillo como plateado. La pusieron en una cadena gruesa y se la enviaron.

Los ojos de Bonnie habían vuelto a llenarse de lágrimas.

—Porque os salvó tanto a ti como a Damon. Su carruaje salvó vuestras vidas. —Bonnie se había inclinado al frente para susurrar—. Y Meredith me contó…, es un secreto, pero no para ti…, que el que te muerdan no es tan malo. ¡Ya lo ves! —Y Bonnie, como la gatita que era, había bostezado y se había desperezado —. Me habría mordido a mí a continuación —dijo casi con añoranza, y añadió a toda prisa—: pero tú necesitabas mi sangre. Sangre humana, pero la mía especialmente. Imagino que lo saben todo sobre tipos sanguíneos aquí porque pueden degustar y oler las diferencias. —Luego dio un pequeño salto y dijo—. ¿Quieres contemplar la mitad de la llave zorro? Estábamos muy seguros de que todo había acabado y que jamás la encontraríamos, pero cuando Meredith entró en el dormitorio para que la mordiesen…, y prometo que fue todo lo que hicieron…, Damon se la entregó y le pidió que la guardara. Así lo hizo y ha cuidado bien de ella; está en una arqueta que Lucen construyó con algo que parece plástico pero no lo es.

Elena había admirado la pequeña media luna, pero aparte de eso no había nada que hacer en cama que no fuese charlar y leer obras clásicas o enciclopedias procedentes de la Tierra. Ni siquiera quisieron permitir que Damon y ella descansaran en la misma habitación.

Elena sabía el motivo. Temían que ella no se limitase simplemente a hablar con Damon. Temían que se acercase a él y oliese su exótico y familiar perfume, confeccionado con bergamota italiana, mandarina y cardamomo, y que alzase la mirada hacia sus ojos negros que podían contener universos dentro de las pupilas, y que sus rodillas se doblasen y que despertase convertida en un vampiro.

¡No sabían nada! Damon y ella habían estado intercambiando sangre durante semanas antes de la crisis. Si no había nada que volviese a hacerle perder la cordura, del modo en que lo había logrado el dolor esa vez, se comportaría como un perfecto caballero.

—¡Hum! —dijo Bonnie, al oír aquella protesta, empujando de un lado a otro un diminuto cojín con uñas pintadas de color plata—. Quizá no les debería decir que habéis estado intercambiando sangre tantas veces desde el principio. Podría hacer que empezaran a decir «¡Aja!» o algo parecido. Ya sabes, interpretarlo de algún modo.

—No hay nada que interpretar. Estoy aquí para recoger a mi amado Damon y Stefan simplemente me está ayudando.

Bonnie la miró con el ceño y los labios fruncidos, pero no aventuró ni una palabra.

—¿Bonnie?

—¿Ajá?

—¿Acabo de decir lo que pienso que he dicho?

—Ajajá.

Elena, con un único ademán, reunió un montón de almohadones y los colocó sobre su rostro.

—¿Podrías por favor decirle al chef que quiero otro bistec y un gran vaso de leche? —pidió con voz ahogada desde debajo de los almohadones—. No me encuentro bien.

Matt tenía un nuevo coche desvencijado. Siempre era capaz de conseguir uno cuando lo necesitaba. Y ahora conducía, a trancas y barrancas, en dirección a casa de Obaasan.

La casa de la señora Saitou, se corrigió a toda prisa. No quería ofender costumbres culturales con las que no estaba familiarizado, no cuando pedía un favor.

Abrió la puerta de los Saitou una mujer a la que Matt no había visto nunca antes. Era una mujer atractiva, vestida espectacularmente con una amplia falda escarlata —o quizá con unos pantalones escarlata muy amplios, pues mantenía los pies tan separados que era difícil saberlo—. Llevaba una blusa blanca. Su

rostro era llamativo: dos franjas de liso cabello negro y una franja más corta y aún más pulcra en forma de flequillo que le llegaba hasta las cejas.

Pero lo más sorprendente respecto a ella era que sujetaba una larga espada curva, que apuntaba directamente a Matt.

—Ho…hola —dijo él, cuando la puerta se abrió de golpe para mostrar aquella aparición.

—Esta es una buena casa —replicó la mujer—. Esto no es una casa de malos espíritus.

—Jamás he pensado que lo fuese —repuso Matt, retrocediendo al avanzar la mujer—. De veras.

La mujer cerró los ojos y pareció reflexionar. Luego, bruscamente, bajó la espada.

—Dices la verdad. Tu intención no es hacer daño. Por favor, pasa.

—Gracias —dijo Matt, que jamás había estado tan contento de que una mujer mayor que él le acogiera.

—Orime —se dejó oír una voz débil procedente del piso superior—. ¿Es uno de los niños?

—Sí, Hahawe —respondió la mujer en la que Matt no podía evitar pensar como «la mujer de la espada».

—Envíale arriba, ¿por qué no lo haces?

—Desde luego, Hahawe.

—Ha, Ha…, ¿ha dicho «Hahawe»? —dijo Matt, convirtiendo una risa nerviosa en una frase desesperada cuando la espada se balanceó de nuevo a la altura de su estómago—. ¿No Obaasan?

La mujer de la espada sonrió por primera vez.

—*Obaasan* significa abuela. *Hahawe* es uno de los modos de decir madre. Pero a madre no le importara en absoluto si la llamas Obaasan; es un saludo amistoso para una mujer de su edad.

—De acuerdo —repuso Matt, haciendo todo lo posible por parecer un tipo del todo amistoso.

La señora Saitou le indicó con un gesto que subiera las escaleras y él echó un vistazo al interior de varias habitaciones antes de encontrar una con un futón enorme en el centro exacto de un suelo totalmente desnudo, y en él a una mujer que parecía tan diminuta y tan similar a una muñeca como para no ser real.

Tenía el pelo tan suave y negro como la mujer de la espada del piso de abajo, pero peinado hacia arriba o dispuesto de tal modo que descansaba a su alrededor como un halo mientras permanecía echada en la cama. Sus oscuras pestañas descansaban sobre las pálidas mejillas y Matt se preguntó si se habría sumido en uno de los repentinos sopores de las personas de edad.

Pero entonces, de un modo más bien brusco, la dama con aspecto de muñeca abrió los ojos y sonrió.

—¡Vaya, es Masato-chan! —dijo, mirando a Matt.

Mal comienzo. Si ni siquiera reconocía que un tipo rubio no era su amigo japonés de hacía unos sesenta años…

Pero a continuación la mujer reía ya, con las pequeñas manos delante de la boca.

—Lo sé, lo sé —dijo—. No eres Masato. El se convirtió en un banquero, muy rico. Muy obtuso. Muy gordo. Con una gran barriga.

Volvió a sonreírle.

—Siéntate, por favor. Puedes llamarme Obaasan si quieres, u Orime. A mi hija le pusieron mi nombre. Pero la vida ha sido dura para ella, como lo fue para mí. Ser doncella de un santuario, y ser una samurai… requiere disciplina y mucho trabajo. Y a mi Orime le iba tan bien… hasta que vinimos aquí. Buscábamos una ciudad que fuese pacífica y tranquila. En vez de eso, Isobel encontró… a Jim. Y Jim fue… desleal.

La garganta de Matt se inflamó por el deseo de defender a su amigo, pero ¿qué defensa podía existir? Jim había pasado una noche con Caroline en respuesta a la insistente invitación de ésta. Y había quedado poseído y había transmitido aquella posesión a su novia Isobel, que se había agujereado el cuerpo de un modo grotesco…, entre otras cosas.

—Tenemos que atraparles —se encontró diciendo Matt con vehemencia—. A los kitsune que lo empezaron todo; que lo empezaron con Caroline. Shinichi y su hermana Misao.

—Kitsune. —Obaasan asentía con la cabeza—. Sí, ya supe yo que habría uno involucrado, desde un buen principio. Veamos; bendije aquellos amuletos para tus amigas…

—Y algunas balas. Me he llenado más o menos los bolsillos —dijo Matt, azorado, a la vez que desparramaba un revoltijo de calibres distintos sobre el

borde de la colcha del futón—. Incluso encontré algunas oraciones en la Red sobre cómo deshacerse de ellos.

—Has sido muy concienzudo. Bien hecho.

Obaasan miró las hojas con las oraciones que había impreso. Matt se removió avergonzado, sabiendo que no había hecho más que la lista de Cosas Que Hacer de Meredith, y que el mérito en realidad era de ella.

—Bendeciré las balas primero y luego escribiré más amuletos —dijo la anciana—. Pon los amuletos donde más necesites tener protección. Y, bueno, supongo que sabes qué hacer con las balas.

—¡Sí, señora!

Matt hurgó en sus bolsillos para sacar el resto, y las depositó en las manos extendidas de Obaasan. Entonces la mujer salmodió una larga e intrincada oración con las diminutas manos extendidas sobre los proyectiles. A Matt el conjuro no le pareció aterrador, pero sabía que en lo referente a habilidades como médium era una inutilidad, y que Bonnie probablemente había visto y oído cosas que él no podía.

—¿Debería apuntar a alguna parte concreta de ellos? —preguntó Matt, observando a la anciana mientras intentaba seguirla con su propia copia de las oraciones.

—No, cualquier parte del cuerpo o la cabeza servirá. Si eliminas una cola, lo debilitarás, pero lo enfurecerás, también.

Obaasan hizo una pausa para toser, una tos corta y seca de anciana; pero antes de que Matt pudiera ofrecerse a correr abajo y traerle algo de beber, la señora Saitou entró en el cuarto con una bandeja y tres tazas de té en cuencos pequeños.

—Gracias por esperar —dijo ella educadamente mientras se arrodillaba con soltura para servirles.

Matt descubrió con el primer sorbo que el humeante té verde era mucho mejor de lo que había esperado por sus experiencias en restaurantes.

Y luego se hizo un silencio. La señora Saitou permaneció sentada contemplando la taza de té, Obaasan permaneció tendida con aspecto pálido y empequeñecido bajo la colcha del futón y Matt sintió un torrente de palabras acumulándose en su garganta.

Por fin, a pesar de que el buen sentido le aconsejaba no hablar, soltó:

—¡Cielos, siento tanto lo de Isobel, señora Saitou! ¡No merece nada de esto! Sólo quería que supiese que lo…, lo siento mucho, y que voy a coger al kitsune que está en el fondo de esto. Se lo prometo. ¡Le cogeré!

—¿Kitsune? —dijo la señora Saitou con aspereza, mirándole fijamente como si se hubiese vuelto loco, mientras Obaasan observaba la escena con compasión desde su almohada.

Entonces, sin aguardar para recoger las cosas del té, la señora Saitou se incorporó de un salto y salió corriendo de la habitación.

Matt permaneció allí sin saber qué decir.

—Yo…, yo…

—No te sientas demasiado afligido, joven muchacho —dijo Obaasan desde la almohada—. Mi hija, aunque sacerdotisa, es muy moderna en sus puntos de vista. Probablemente te diría que los kitsune ni siquiera existen.

—Incluso después… Quiero decir, ¿cómo cree que Isobel…?

—Cree que existen influencias malignas en esta ciudad, pero de la clase «humana, corriente». Cree que Isobel hizo lo que hizo debido al estrés que sufría, intentando ser una buena estudiante, una buena sacerdotisa, una buena samurai.

—¿Se refiere a… algo como… que la señora Saitou se siente culpable?

—Culpa en gran medida al padre de Isobel. —Obaasan hizo una pausa—. No sé por qué te he contado todo esto.

—Lo siento —dijo Matt en seguida—. No era mi intención fisgar.

—No, pero te preocupan las demás personas. Ojalá Isobel hubiese tenido a un chico como tú en lugar del que tenía.

Matt pensó en la lastimosa figura que había visto en el hospital. La mayor parte de las cicatrices de Isobel acabarían resultando invisibles bajo sus ropas…, suponiendo que aprendiera a hablar otra vez. Valientemente, respondió:

—Bueno, yo todavía estoy disponible.

Obaasan le dedicó una leve sonrisa, luego volvió a bajar la cabeza hasta la almohada; no, era un reposacabezas de madera, advirtió Matt. No parecía muy cómodo.

—Es una gran lástima que tenga que existir conflicto entre una familia humana y los kitsune —dijo la mujer—. Porque corren rumores de que uno de nuestros antepasados tomó una esposa kitsune.

—¿Cómo dice?

Obaasan rió, ocultando la boca de nuevo tras los puños.

—*Mukashi-mukashi* o, como decís vosotros, hace mucho en tiempos que son leyenda, una gran shogun se enfureció con todos los kitsune de su hacienda por los daños que causaban. Durante muchísimos años éstos habían llevado a cabo toda clase de diabluras, pero cuando él sospechó que eran los culpables de haber acabado con las cosechas en los campos, ya no aguantó más. Despertó a todos los hombres y mujeres de la casa, y les dijo que cogiesen palos, flechas, piedras, azadones y escobas e hicieran salir a todos los zorros que tenían madrigueras en su finca, incluso los que estaban entre el desván y el tejado. Iba a matar a todos y cada uno de los zorros sin piedad. Pero la noche antes de que lo hiciera, tuvo un sueño en el que una hermosa mujer llegaba y le decía que era responsable de todos los zorros de su hacienda. «Y —dijo ella— si bien es cierto que causamos daños, te compensamos devorando las ratas, ratones e insectos que en verdad arruinan tus cosechas. ¿No estarías de acuerdo en descargar tu cólera sobre mí y ejecutarme sólo a mí en lugar de a todos los zorros? Vendré al amanecer a escuchar tu respuesta.»

»Y mantuvo su palabra. Ella, la más bella entre las kitsune, llegó al amanecer con doce hermosas doncellas como séquito, pero a las que ella eclipsaba igual que la luna eclipsa a cualquier estrella. El shogun no fue capaz de matarla, y de hecho le pidió la mano en matrimonio, y casó a su vez a las doce ayudantes con sus servidores más leales. Y se cuenta que ella fue siempre una esposa fiel, y que le dio muchos hijos tan fieros como Amaterasu, la diosa del sol, y tan hermosos como la luna, y que esto continuó hasta un día en que el shogun estaba de viaje y accidentalmente mató a un zorro. Corrió a casa a explicar a su esposa que no había sido algo deliberado, pero cuando llegó, encontró a todo el mundo de duelo, pues su esposa ya le había abandonado, y se había llevado a todos sus hijos e hijas.

—¡Oh, qué mala suerte! —murmuró Matt, intentando ser educado, cuando de repente el cerebro le dio un codazo en las costillas—. Aguarde. Pero si todos se fueron…

—Veo que eres un joven que presta atención —rió la delicada anciana—. Todos sus hijos e hijas se habían ido… a excepción de la más joven, una muchacha de belleza sin par, aunque no era más que una niña. Ella le dijo: «Te

quiero demasiado para abandonarte, querido padre, incluso aunque deba tener un forma humana toda mi vida». Y así es como se dice que descendemos de una kitsune.

—Bueno, estos kitsune no se limitan a causar daños o estropear cosechas —dijo Matt—. Están aquí para matar. Y tenemos que defendernos.

—Desde luego, desde luego. No era mi intención alterarte con mi pequeño relato —repuso Obaasan—. Te escribiré esos amuletos ahora.

Matt abandonaba ya la casa cuando la señora Saitou apareció en la puerta y le puso algo en la mano. Él bajó los ojos para mirarlo y vio la misma caligrafía que Obaasan le había dado. Excepto que era mucho más pequeña y escrita en…

—¿Un pósit? —inquirió él, perplejo.

La señora Saitou asintió.

—Muy útil para pegarlas en las caras de demonios o las ramas de árboles o cosas así. —Y, cuando él se la quedó mirando con total asombro añadió—: Mi madre no conoce todo lo que hay que saber.

También le entregó una sólida daga, más pequeña que la espada que seguía llevando con ella, pero muy práctica; Matt se cortó al instante con ella.

—Pon tu fe en los amigos y en tus instintos —le aconsejó la mujer.

Ligeramente aturdido, pero sintiéndose alentado, Matt condujo hasta la casa de la doctora Alpert.

31

—Me siento mucho mejor —le dijo Elena al doctor Meggar—. Me gustaría dar un paseo por la finca. —Intentó no dar brincos sobre la cama—. He estado comiendo bistec y bebiendo leche e incluso tomé ese repugnante aceite de hígado de bacalao que envió. Y estoy totalmente en contacto con la realidad: estoy aquí para rescatar a Stefan, y el niño pequeño que hay dentro de Damon es una metáfora de su inconsciente, que la sangre que compartimos me permitió «ver». —Dio un brinco, pero lo disimuló alargando la mano para coger un vaso de agua—. Me siento como un cachorrillo feliz tirando de la correa. —Exhibió sus brazaletes de esclava recién diseñados: de plata con inserciones en lapislázuli en gráciles diseños—. Si muero de repente, estoy preparada.

Las cejas del doctor Meggar se movieron arriba y abajo.

—Bueno, no encuentro nada malo en tu pulso o en tu respiración. No veo en qué modo un agradable paseo vespertino puede perjudicarte. Damon desde luego está levantado y dando vueltas. Pero no empieces a darle ideas a lady Ulma. Ella todavía necesita meses de descanso en cama.

—Tiene un pequeño escritorio precioso hecho a partir de una bandeja de desayuno —explicó Bonnie, gesticulando para mostrar el tamaño y la anchura—. Diseña prendas en él. —Bonnie se inclinó al frente, con los ojos muy abiertos—. Y ¿sabes qué? Sus vestidos son mágicos.

—Yo no esperaría menos —resopló el doctor Meggar.

Pero al momento siguiente Elena recordó algo desagradable.

—Incluso cuando consigamos las llaves —dijo—, tenemos que planear la fuga en sí.

—¿Qué es una fuga? —preguntó Lakshmi con gran entusiasmo.

—Es más o menos esto: cuando tengamos las llaves de la celda de Stefan, todavía necesitaremos resolver cómo vamos a entrar en la prisión, y cómo vamos a sacarlo sin que nadie se entere.

Lakshmi frunció el entrecejo.

—¿Por qué no limitarse a entrar con la fila de visitantes y sacarlo por la puerta?

—Porque —repuso Elena, intentando tener paciencia— no nos permitirán que entremos tan tranquilamente y le cojamos. —Entrecerró los ojos cuando Lakshmi metió la cabeza entre las manos—. ¿En qué piensas, Lakshmi?

—Bueno, primero dices que tendrás la llave en la mano cuando vayas a la prisión, pero luego actúas como si no fuesen a dejarle salir de allí.

Meredith sacudió la cabeza, desconcertada. Bonnie se llevó una mano a la frente como si le doliera. Pero Elena se inclinó despacio hacia la niña.

—Lakshmi —dijo, con gran calma—, ¿tratas de decir que si tenemos una llave para abrir la celda de Stefan eso significa que tenemos un pase para entrar y salir de la prisión?

Lakshmi se animó.

—¡Por supuesto! —respondió—. De lo contrario, ¿de qué serviría la llave? Podrían encerrarle en otra celda.

Elena apenas podía dar crédito a aquello tan maravilloso que acababa de oír, así que intentó encontrarle defectos.

—Eso significaría que podríamos ir directamente de la fiesta de Blodwedd a la prisión y sencillamente sacar a Stefan —dijo con todo el sarcasmo que pudo inyectar a su voz—. Bastaría con mostrar nuestra llave y dejarían que nos lo llevásemos.

Lakshmi asintió con entusiasmo.

—¡Sí! —respondió con regocijo, pues se le había pasado totalmente por alto el sarcasmo—. Y no te enfurezcas, ¿quieres? Pero me preguntaba por qué no vas nunca a visitarle.

—¿Se le puede visitar?

—Claro, si pides hora.

En aquellos momentos Meredith y Bonnie se habían puesto ya en funcionamiento y sostenían a Elena por ambos lados.

—¿Cuándo podemos enviar a alguien a pedir hora? —preguntó Elena entre dientes, porque le costaba muchísimo hablar; todo el peso de su cuerpo descansaba en sus dos amigas—. ¿A quién podemos enviar para concertar una cita? —susurró.

—Yo iré —dijo Damon desde la oscuridad carmesí que tenían a la espalda—. Esta misma noche… Dame cinco minutos.

Matt era consciente de que estaba mostrando su expresión más furiosa y obstinada.

—Vamos —dijo Tyrone, con semblante divertido.

Ambos se estaban equipando para efectuar una excursión al interior de la espesura, y ello significaba ponerse cada uno dos de los abrigos impregnados con la receta a base de bolas de naftalina y clavo de olor y luego usar cinta adhesiva para sujetar los guantes a los abrigos. Matt estaba empezando a sudar.

Tyrone era un buen chico, se dijo. Matt había surgido de la nada y le había dicho:

—Eh, ¿sabes esa cosa tan estrambótica que viste respecto al pobre Jim Bryce la semana pasada? Bueno, pues está todo conectado con algo aún más estrambótico; todo está relacionado con espíritus zorro y con el Bosque Viejo, y la señora Flowers dice que si no averiguamos qué está pasando, estaremos en un auténtico lío. Y la señora Flowers no es sólo una anciana chiflada que vive en la casa de huéspedes, a pesar de que todo el mundo lo diga.

—Pues claro que no lo es —había comentado la voz brusca de la doctora Alpert desde la entrada; después depositó su maletín negro en el suelo, como una buena médico rural, incluso cuando la ciudad entera estaba en crisis, y se encaró con su nieto—. Theophilia Flowers y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo…, y también la señora Saitou. Ambas estaban siempre ayudando a la gente. Son así.

—Bueno… —Matt había visto una oportunidad y no la dejó pasar—, la señora Flowers es quien necesita ayuda ahora. De verdad, de verdad que necesita ayuda.

—¿Entonces a qué estás esperando, Tyrone? Apresúrate y ve a ayudar a la señora Flowers.

La doctora Alpert se desordene) los canosos cabellos con los dedos, luego alborotó la negra melena de su nieto cariñosamente.

—Es lo que iba a hacer, abuela. Nos íbamos cuando entraste.

Tyrone, al ver el penoso coche de cuento de terror de Matt, había ofrecido cortésmente su Camry para ir a casa de la señora Flowers, y Matt, temiendo un reventón que inmovilizara su coche en algún momento crucial, accedió de buen grado.

Le complacía que Tyrone fuera a ser la pieza clave del equipo de rugby del Robert E. Lee el próximo curso. Ty era la clase de chico con el que se podía contar; como testimonio, bastaba su inmediata oferta de ayuda de hoy. Era buena gente, y absolutamente honesto y sin vicios. Matt no podía evitar ver cómo las drogas y la bebida habían estropeado no tan sólo los propios partidos, sino la deportividad de los otros equipos del campus.

Además, Tyrone sabía mantener la boca cerrada. Ni siquiera había acribillado a Matt con preguntas mientras conducían de vuelta a la casa de huéspedes, aunque sí lanzó un silbido de admiración, no a la señora Flowers, sino al Ford T de brillante color amarillo que ésta conducía al interior de los viejos establos.

—¡Vaya! —dijo, saltando fuera para ayudarla con la bolsa de comestibles, mientras sus ojos se embelesaban en contemplar el Ford T de punta a punta—. ¡Eso es un Modelo T Fordor Sedán! Podría ser un hermoso coche si… —Se interrumpió bruscamente y su piel morena enrojeció violentamente.

—¡Oh, bueno, no te sientas violento respecto al coche amarillo! —dijo la señora Flowers, permitiendo que Matt llevara otra bolsa de comestibles hasta la cocina de la casa—. Esa vieja chica ha servido a la familia durante casi cien años, y ha acumulado un poco de óxido y algunos desperfectos. Pero ¡va a casi cincuenta kilómetros por hora por las carreteras asfaltadas! —añadió la anciana, y hablaba no tan sólo con orgullo, sino con el respeto que se le debía a tal velocidad de crucero.

Los ojos de Matt se encontraron con los de Tyrone y el chico supo que no había más que un único pensamiento compartido flotando en el aire entre ellos.

Restituirle la perfección al destartalado, raído, pero todavía hermoso coche que pasaba la mayor parte de su tiempo en un establo reconvertido.

—Podríamos hacerlo —dijo Matt, sintiendo que, como representante de la

señora Flowers, debería ser el primero en hacer la oferta.

—Claro que podríamos —respondió Tyrone en tono soñador—. Está ya en un garaje doble… no tendremos problema de espacio.

—No tendríamos que desmantelarlo entero hasta dejarle sólo el bastidor…, realmente funciona de maravilla.

—¡Estás de broma! Podríamos limpiar el motor, echar un vistazo a las bujías, las correas, los manguitos y esas cosas. Y… —sus oscuros ojos brillaron de improviso— mi padre tiene una lijadora eléctrica. ¡Podríamos retirar la pintura y volverlo a pintar exactamente del mismo amarillo!

La señora Flowers sonrió radiante de repente.

—Eso es lo que la querida mamá esperaba que dijeses, jovencito —dijo, y Matt recordó sus modales el tiempo suficiente para presentar a Tyrone.

—Aunque ten por seguro que si hubieses dicho: «Lo pintaremos de color burdeos» o «azul» o cualquier otro color, mamá lo hubiese desaprobado —indicó la señora Flowers mientras empezaba a preparar bocadillos de jamón dulce, ensalada de patata y un gran perol de judías.

Matt observó la reacción de Tyrone ante la mención de «mamá» y le complació: hubo un instante de sorpresa, seguido por una expresión parecida a aguas en calma. Su abuela había dicho que la señora Flowers no era una anciana chiflada, y por lo tanto no era una anciana chiflada. Un gran peso pareció desprenderse de los hombros de Matt; no estaba solo con una anciana a la que proteger; tenía un amigo que de hecho era un poco más corpulento que él con el que contar.

—Vamos, vosotros dos, tomad un bocadillo de jamón, y os prepararé la ensalada de patata mientras coméis. Sé que los hombres jóvenes… —la señora Flowers siempre se refería a los hombres como si fuesen una clase especial de flor— necesitan grandes cantidades de buena comida sustanciosa antes de entrar en combate, pero no hay motivo para ser ceremoniosos. Limitaos a atacar la comida mientras se va preparando.

La obedecieron de buena gana, y ahora se preparaban para la batalla; se sentían listos para combatir contra tigres, ya que la idea que tenía la señora Flowers de un postre era una tarta de nueces entera para ellos dos, junto con enormes tazas de café que despejaban el cerebro igual que una lijadora.

Tyrone y Matt condujeron el cachivache de Matt al cementerio, seguidos por

la señora Flowers en el Ford T. Matt había visto lo que los árboles podían hacerles a los coches y no estaba dispuesto a someter al inmaculado Camry de Tyrone a tal posibilidad, así que había ido en busca de su carraca. Mientras descendían la colina a pie hasta el escondite que habían usado Matt y el *sheriff* Mossberg, los dos muchachos le tendían una mano a la frágil señora Flowers para ayudarla a superar las zonas difíciles. En una ocasión, la anciana tropezó y habría caído, pero Tyrone clavó las puntas de los zapatos en la colina y se mantuvo firme como una roca mientras ella chocaba contra él.

—Oh, vaya… gracias, Tyrone querido —murmuró ella y Matt supo que «Tyrone querido» había sido aceptado en el rebaño.

El cielo estaba oscuro salvo por una franja escarlata cuando llegaron al escondite. La señora Flowers sacó la insignia del *sheriff*, con cierta torpeza, debido a los guantes de jardinero que llevaba puestos. Primero se la llevó a la frente, luego la apartó despacio, sujetándola aún frente a ella a la altura de los ojos.

—Estuvo aquí de pie y luego se inclinó y se acuclilló allí —dijo, agachándose en lo que era, de hecho, el lugar exacto donde había estado escondido.

Matt asintió, sin saber apenas lo que hacía, y la señora Flowers prosiguió sin abrir los ojos:

—Nada de ayudarme, Matt querido. Oyó a alguien detrás de él… y se volvió en redondo, desenfundando su arma. Pero no era más que Matt, y hablaron en susurros durante un rato.

«Luego se incorporó de improviso. —La señora Flowers se levantó de repente y Matt oyó toda clase de alarmantes crujidos y chasquidos diminutos en el delicado cuerpo anciano—. Y penetró andando… a zancadas… en esa espesura. Esa espesura maligna.

Se puso en marcha en dirección a los matorrales tal y como había hecho el *sheriff* Mossberg mientras Matt le observaba. Matt y Tyrone fueron tras ella a toda prisa, listos para detenerla si mostraba cualquier señal de disponerse a entrar en los restos del Bosque Viejo que aún seguían con vida.

En lugar de eso, la anciana paseó a su alrededor, manteniendo la insignia a la altura de los ojos. Tyrone y Matt se hicieron mutuamente una seña con la cabeza y, sin hablar, cada uno la tomó de un brazo. De este modo bordearon el linde de

la espesura, dándole toda la vuelta, con Matt a la cabeza, la señora Flowers a continuación y Tyrone cerrando el grupo. En algún punto Matt advirtió que descendían lágrimas por las mejillas marchitas de la anciana.

Por fin, la frágil mujer se detuvo, sacó un pañuelo de encaje —tras varios intentos— y se secó los ojos con un jadeo.

—¿Le encontró? —preguntó Matt, incapaz de contener la curiosidad por más tiempo.

—Bueno… tendremos que verlo. Los kitsune parecen ser muy, pero que muy buenos con las ilusiones. Todo lo que he visto podría haber sido una ilusión. Pero… —suspiró— uno de nosotros va a tener que entrar en el bosque.

Matt tragó saliva.

—Ese seré yo, entonces…

Le interrumpieron.

—Eh, ni hablar, amigo. Tú conoces sus operaciones, sean las que sean. Tienes que sacar a la señora Flowers de este…

—No, no puedo exponerme a pedirte que vengas hasta aquí y que resultes herido…

—Bien, ¿pues que hago aquí, entonces? —quiso saber Tyrone.

—Aguardad, queridos —dijo la señora Flowers, en un tono de voz que parecía como si fuese a echarse a llorar.

Los dos muchachos callaron al instante, y Matt se sintió avergonzado de sí mismo.

—Sé un modo en que ambos me podéis ayudar, pero es muy peligroso. Peligroso para vosotros dos. Pero quizá si únicamente tenemos que hacerlo una vez, podemos reducir el riesgo y aumentar nuestras probabilidades de encontrar algo.

—¿Qué es? —dijeron Tyrone y Matt casi al mismo tiempo.

Minutos más tarde, estaban listos para hacerlo. Estaban tumbados el uno junto al otro, de cara a la pared que formaban los altos árboles y el enmarañado sotobosque de la espesura, y no tan sólo estaban atados juntos, sino que tenían los pósits de la señora Saitou colocados a lo largo de los brazos.

—Ahora, cuando diga «tres» quiero que los dos alarguéis los brazos y agarréis el suelo con las manos. Si notáis algo, no lo soltéis y sacad los brazos. Si no notáis nada, moved la mano un poco y luego sacadla tan rápido como

podáis. Y, a propósito —añadió la anciana con calma—, si notáis cualquier cosa que intente arrastraros dentro o inmovilizaros el brazo, chillad y pelead y patead y gritad, y os ayudaremos a salir.

Hubo un larguísimo minuto de silencio.

—Así que, básicamente, cree que hay cosas a nuestro alrededor en el suelo de la espesura, y que podríamos atraparlas simplemente alargando la mano a ciegas —dijo Matt.

—Eso es —respondió la señora Flowers.

—De acuerdo —dijo Tyrone, y una vez más Matt le dirigió una rápida mirada de aprobación; ni siquiera había preguntado: «¿Qué clase de cosas podrían arrastrarnos al interior del bosque?».

Ahora estaban ya en posición y la señora Flowers contaba: «Uno, dos, tres», y a continuación Matt ya había introducido el brazo derecho tan adentro como pudo y barría el suelo con él a la vez que buscaba a tientas con la mano.

Oyó un grito a su lado.

—¡Lo tengo!

Y a continuación, al instante:

—¡Algo me arrastra al interior!

Matt sacó su brazo de la espesura antes de intentar ayudar a Tyrone. Algo cayó sobre él, pero golpeó un pósit y dio la impresión de que le golpeaba un pedazo de poliestireno.

Tyrone se debatía violentamente y ya lo habían arrastrado dentro hasta los hombros. Matt lo agarró por la cintura y usó todas sus fuerzas para tirar hacia atrás. Hubo un momento de resistencia… y entonces Tyrone salió disparado como un corcho fuera de la botella. Tenía arañazos en rostro y cuello, pero ninguno en los abrigos que lo cubrían o donde estaban los pósits.

Matt sintió el deseo de decir «Gracias», pero las dos mujeres que le habían hecho los amuletos estaban muy lejos, y se sintió idiota diciéndoselo al abrigo de Tyrone. En cualquier caso, la señora Flowers ya balbuceaba y daba gracias de forma suficiente por los tres.

—Oh, vaya, Matt, cuando aquella rama grande cayó pensé que te partiría el brazo… como mínimo. Demos gracias a nuestro querido Señor de que las mujeres Saitou hagan amuletos tan excelentes. Y, Tyrone querido, por favor toma un trago de esta cantimplora…

—Esto, en realidad no bebo mucho…

—Es sólo limonada caliente, mi propia receta, querido. De no ser por vosotros dos, chicos, no habríamos tenido éxito. Tyrone, ¿has encontrado algo, verdad? Y entonces te atraparon y jamás te habrían soltado si Matt no hubiese estado aquí para salvarte.

—Oh, estoy seguro de que habría salido —se apresuró a decir Matt, porque debía de resultar embarazoso para alguien como Tyreminator admitir que había necesitado ayuda.

Sin embargo, Tyrone se limitó a decir con sobriedad:

—Lo sé. Gracias, Matt.

Matt sintió que se ruborizaba.

—Pero no he conseguido nada después de todo —indicó Tyrone, indignado —. Parecía un trozo de tubería vieja o algo…

—Bueno, echemos una mirada —dijo la señora Flowers muy seria.

Dirigió la linterna más potente sobre el objeto que Tyrone se había arriesgado tanto para sacar de los matorrales.

En un principio, Matt pensó que se trataba de un hueso gigante de cuero sin curtir para perros. Pero luego una forma sumamente familiar le hizo mirar con más atención.

Era un fémur, un fémur humano. El hueso más grande del cuerpo, el que pertenece a la pierna. Y todavía estaba blanco. Fresco.

—No parece que sea de plástico —dijo la señora Flowers con una voz que parecía muy lejana.

No era de plástico. Matt pudo ver dónde pedazos diminutos se habían astillado y habían saltado de la superficie. Tampoco era de cuero crudo. Era…, bueno, real. El auténtico hueso de una pierna humana.

Pero eso no era lo más horripilante, lo que hizo que a Matt todo le diera vueltas hasta quedar engullido por la oscuridad.

El hueso estaba totalmente pelado y marcado con las huellas de docenas de pequeños dientes.

32

Elena resplandecía de felicidad. Se había acostado feliz y había despertado aún feliz, serena porque sabía que pronto…, pronto visitaría a Stefan, y que tras eso —sin duda muy pronto— podría sacarlo de allí.

A Bonnie y a Meredith no les sorprendió que Elena se planteara dos cuestiones: quién la acompañaría y qué ropa ponerse. Lo que sí las sorprendió fueron las elecciones que hizo.

—Si os parece bien —dijo lentamente al principio, describiendo círculos con un dedo sobre la enorme mesa de una de las salas de recibir mientras todo el mundo se congregaba allí a la mañana siguiente—, me gustaría que me acompañasen sólo unas pocas personas. A Stefan le han tratado mal —prosiguió —, y odia tener mal aspecto delante de otras personas. No quiero humillarle.

Hubo una especie de sonrojo general ante aquello. O quizá fue un arrebato conjunto de enojo… y luego todos se sintieron culpables. Con las ventanas orientadas al oeste ligeramente abiertas, de modo que una luz roja de primeras horas del día lo inundaba todo, era difícil de saber. Únicamente una cosa era segura: todo el mundo quería ir.

—Así que espero —dijo Elena, volviéndose para mirar a Meredith y a Bonnie a los ojos— que ninguna de vosotras se sienta dolida si no la escojo para venir conmigo.

«Eso les dice a las que están fuera», pensó Elena al ver florecer la comprensión en ambos rostros. Casi todos sus planes dependían de cómo reaccionaran sus dos mejores amigas ante sus palabras.

Meredith fue hacia ella galantemente para ser la primera en respaldarla.

—Elena, has pasado por un infierno…, literalmente…, y casi has muerto al hacerlo… para llegar hasta Stefan. Lleva contigo a las personas que consideres que te vayan a ser más útiles.

—Nos damos cuenta de que no es un concurso de popularidad —añadió Bonnie, tragando saliva, porque intentaba no llorar.

«En realidad quiere ir —se dijo Elena—, pero lo comprende.»

—Stefan podría sentirse más incómodo delante de un chica que delante de un chico —siguió Bonnie.

«Y ni siquiera ha añadido: "A pesar de que jamás haríamos nada para avergonzarle"», pensó Elena, rodeando la mesa para darle un abrazo y sintiendo el pequeño y suave cuerpo de pajarito de Bonnie entre sus brazos. Luego se dio la vuelta y notó los brazos cálidos, esbeltos y duros de Meredith, y como siempre sintió que parte de su tensión se disipaba.

—Gracias —dijo, y a continuación se secó las lágrimas de los ojos—. Y tenéis razón, creo que sería más duro encontrarse frente a chicas que frente a chicos en la situación en que está. Además, sería más duro encontrarse ante amigas a las que ya conoce y quiere. Así que me gustaría pedirles que me acompañen a Sage, Damon y el doctor Meggar.

Lakshmi se levantó de un brinco tan interesada como si hubiese sido elegida.

—¿Dónde está encarcelado? —preguntó, más bien alegremente.

Fue Damon quien respondió.

—El *Shi no Shi*.

Los ojos de Lakshmi se abrieron como platos. Miró fijamente a Damon por un momento, y luego salió brincando por la puerta; su voz estremecida flotaba tras ella.

—¡Tengo tareas que hacer, amo!

Elena se volvió para mirar directamente a Damon.

—¿A qué se ha debido esa reacción suya? —preguntó en una voz que habría congelado lava a treinta metros.

—No lo sé. De verdad. No lo sé. Shinichi me mostró caracteres kanji y dijo que se pronunciaban *«Shi no Shi»* y que significaban «la Muerte de la Muerte»… como al retirarle la maldición de la muerte a un vampiro.

Sage tosió.

—¡Oh, mi confiado pequeño! *Mon cher idiot*. Mira que no buscar una

segunda opinión…

—Lo hice, en realidad. Le pregunté a una señora japonesa de mediana edad en una biblioteca si esas romaji…, esas palabras japonesas escritas en nuestro alfabeto…, significaban la Muerte de la Muerte. Y lo confirmó.

—Y tú diste media vuelta y te fuiste —dijo Sage.

—¿Cómo lo sabes? —Damon empezaba a enojarse.

—Porque, *mon cher*, esas palabras significan muchas cosas. Todo depende de los caracteres japoneses usados en primer lugar…, que tú en realidad no le mostraste.

—¡No los tenía! Shinichi lo escribió en el aire para mí, en humo rojo. —Continuó en una especie de angustia enfurecida—: ¿Qué otras cosas significan?

—Bueno, pueden significar lo que dijiste. Pero también podrían significar «la nueva muerte». O «la auténtica muerte». O incluso… «Los Dioses de la Muerte». Y teniendo en cuenta el modo en que han tratado a Stefan…

Si las miradas hubiesen sido estacas, Damon ya habría sido hombre muerto a aquellas alturas. Todo el mundo le contemplaba con miradas duras y acusadoras. Giró como un lobo acorralado y les mostró los dientes en su sonrisa de 250 kilovatios.

—En cualquier caso, no imaginaba que fuese nada extraordinariamente agradable —repuso—. Simplemente pensé que le ayudaría a librarse de la maldición de ser un vampiro.

—En cualquier caso —repitió Elena, y a continuación dijo—: Sage, si quisieras ir y asegurarte de que nos dejarán entrar cuando lleguemos, me sentiría enormemente agradecida.

—Como si ya estuviese hecho,*madame*.

—Y…, veamos…, quiero que todo el mundo lleve puesto algo un poco diferente para ir a visitarle. Si os parece bien, iré a hablar con lady Ulma.

Pudo percibir las miradas perplejas de Bonnie y Meredith clavadas en su espalda cuando salió.

Lady Ulma estaba pálida, pero con la mirada brillante, cuando hicieron pasar a Elena a su habitación. Tenía el libro de bocetos abierto, lo que era una buena señal.

Hicieron falta sólo unas pocas palabras y una mirada llena de sentimiento antes de que lady Ulma dijese con firmeza:

—Podemos tenerlo todo listo en una hora o dos. Es sólo una cuestión de llamar a las personas adecuadas. Lo prometo.

Elena le oprimió la muñeca con suma suavidad.

—Gracias. Gracias… ¡obradora de milagros!

—Y por lo tanto tengo que ir como un penitente —dijo Damon.

Estaba justo ante la puerta de lady Ulma cuando Elena salió, por lo que la joven sospechó que había estado escuchando disimuladamente.

—No, eso jamás se me ocurrió —respondió ella—. Simplemente creo que prendas de esclavo en ti y los otros chicos harán que Stefan se sienta menos acomplejado. Pero ¿por qué tendrías que pensar que quería castigarte?

—¿No es eso lo que quieres?

—Estás aquí para salvar a Stefan. Has pasado por… —Elena tuvo que callar y mirar en sus mangas en busca de un pañuelo limpio, hasta que Damon le ofreció uno de seda negra.

—De acuerdo —dijo él—, no entraremos en eso. Lo siento. Se me ocurren cosas que decir y las suelto sin más, sin pensarlo, sin tener en cuenta la persona con la que hablo.

—¿Y no oyes nunca otra vocecita? ¿Una voz que dice que las personas pueden ser buenas y tal vez no estén intentando hacerte daño? —preguntó Elena con nostalgia, preguntándose hasta qué punto estaría cargado de cadenas el niño ahora.

—No lo sé. A lo mejor. A veces. Pero como en este mundo malvado esa voz por lo general se equivoca, ¿por qué tendría que prestarle atención?

—Desearía que a veces te limitases a intentarlo —susurró Elena—. Tal vez entonces estuviera en una posición más sencilla para discutir contigo.

«Esta posición ya me parece perfecta», le dijo Damon telepáticamente y Elena advirtió —¿cómo era que sucedía esto una y otra vez?— que se habían fundido en un abrazo. Peor, ella llevaba su atuendo matutino: un largo camisón sedoso y un salto de cama del mismo tejido, ambos en el más pálido de los azules nacarados, que se convertía en violeta bajo los rayos del sol en permanente ocaso.

«También a mí me gusta», admitió Elena, y sintió cómo ondas expansivas pasaban a través de Damon desde la superficie del cuerpo de éste, atravesaban su propio cuerpo, y se adentraban profundamente en aquel agujero insondable que

uno podía ver al mirarle a los ojos.

«Tan sólo intento ser honesta —añadió, asustada casi por su reacción—. No puedo esperar que nadie más lo sea si yo no lo soy.»

«No seas honesta, en serio. Ódiame. Despréciame», le suplicó Damon, a la vez que le acariciaba los brazos y las dos capas de seda que eran todo lo que se interponía entre sus manos y la piel de la joven.

—Pero ¿por qué?

«Porque no se puede confiar en mí. Soy un lobo malvado, y tú eres una alma pura, un corderito blanco como la nieve recién nacido. No debes permitir que te lastime.»

«¿Por qué tendrías que lastimarme?»

«Porque podría… no, no quiero morderte… sólo quiero besarte, sólo un poco, así.» Existía revelación en la voz mental de Damon. Y besaba con mucha dulzura, y siempre sabía cuándo las rodillas de Elena iban a doblarse y la sostenía antes de que ella pudiese caer al suelo.

«Damon, Damon», pensaba, sintiendo una gran dulzura porque sabía que le estaba proporcionando placer, cuando de improviso se dio cuenta.

«¡Oh! Damon, por favor, suéltame… ¡Tengo una prueba ahora mismo!»

Profundamente ruborizado, la dejó en el suelo despacio y de mala gana, la agarró antes de que pudiera caer, y volvió a dejarla en el suelo.

«Creo que yo también estoy pasando por una prueba ahora mismo», le dijo él con toda seriedad mientras salía de la estancia dando traspiés, sin dar con la puerta la primera vez.

«Esa prueba no…, ¡una prueba de ropa!», gritó Elena tras él, aunque jamás supo si él la había oído. Le complacía, no obstante, que la hubiese soltado, sin comprender realmente nada excepto que ella decía no. Eso era toda una mejoría.

Luego corrió a la habitación de lady Ulma, que estaba llena de toda clase de personas, incluidos dos modelos masculinos, a los que acababan de ataviar con pantalones y camisas largas.

—Las ropas de Sage —dijo lady Ulma, señalando con la cabeza al de mayor tamaño—, y las de Damon. —Esta vez su cabeza señaló al más menudo.

—¡Oh, son perfectas!

Lady Ulma la miró con la más leve de las dudas en los ojos.

—Están hechas de arpillera auténtica —explicó—. La tela más humilde e

inferior en la jerarquía de los esclavos. ¿Estás segura de que se las pondrán?

—O se las ponen o no vendrán —declaró Elena tajante y le guiñó un ojo.

Lady Ulma rió.

—Buen plan.

—Sí; pero ¿qué piensa de mi otro plan? —preguntó Elena, genuinamente interesada en la opinión de la mujer, incluso a pesar de sonrojarse.

—Mi querida benefactora —respondió lady Ulma—. Observaba a mi madre crear tales vestimentas… una vez que hube cumplido los trece, desde luego; y ella me decía que siempre la hacían sentirse feliz, porque llevaba alegría a dos a la vez, y que el propósito no era otro que la alegría. Te prometo que Lucen y yo habremos acabado dentro de nada. Ahora, ¿no deberías estar preparándote?

—¡Ah, sí…, oh, la quiero tanto, lady Ulma! ¡Es tan curioso que a cuantas más personas quieres, a más quieres querer! —Y tras decir eso, Elena regresó corriendo a sus propios aposentos.

Sus doncellas personales estaban todas allí y todas preparadas. Elena tomó el baño más rápido y enérgico de su vida —estaba excitadísima— y se encontró sobre un diván en medio de un grupito sonriente, de mirada penetrante, en el que cada una hacía su trabajo sin interferir en el de las demás.

Se usó depilatorio, desde luego; de hecho, le depilaron las piernas, las axilas y las cejas. Mientras estas mujeres y otras mujeres armadas con suaves cremas y ungüentos trabajaban, creando una fragancia única para Elena, otra mujer estudiaba pensativamente el rostro y el cuerpo de la joven en su conjunto.

La mujer retocó las cejas de Elena para oscurecerlas, y le cubrió de dorado los párpados con pintura cosmética metalizada antes de usar algo que alargó al menos medio centímetro las pestañas de Elena. A continuación prolongó los ojos de la joven con exóticas líneas horizontales trazadas con lápiz de ojos y, finalmente, le pintó con sumo cuidado los labios de un lustroso e intenso rojo que en cierto modo daba la impresión de que estaban continuamente fruncidos para besar. Tras esto las mujeres rociaron con una levísima iridiscencia todo el cuerpo de Elena y, finalmente, le pegaron con firmeza en el ombligo un diamante enorme de color amarillo canario que Lucen había enviado arriba desde su mesa de trabajo de joyero.

Fue mientras las peluqueras se ocupaban de los últimos pequeños rizos de su frente cuando llegaron las dos cajas y una capa escarlata procedentes de las

mujeres que trabajaban con lady Ulma. Elena dio las gracias sinceramente a todas sus doncellas y a las esteticistas, les pagó a todas una bonificación que hizo que se pusieran a parlotear muy excitadas, y luego les pidió que la dejasen sola. Cuando vacilaron indecisas, volvió a pedírselo con la misma educación, pero en tono más alto. Finalmente, salieron.

Las manos de Elena temblaban cuando sacó el conjunto que lady Ulma había creado. Era casi tan decente como un bañador, pero daba la impresión de estar formado por alhajas colocadas estratégicamente sobre jirones de tul dorado. Todo ello conjuntaba con el diamante amarillo: desde el collar a los brazales y los brazaletes dorados que indicaban que, por caras que fuesen las ropas de Elena, ésta seguía siendo una esclava.

Y eso era todo. Iba a ir a ver a Stefan ataviada con tul y alhajas, perfume y maquillaje. Se colocó la capa escarlata con sumo cuidado para evitar arrugar o embadurnar nada debajo, e introdujo los pies en delicadas sandalias doradas de tacones muy altos.

Corrió escaleras abajo y llegó justo a tiempo. Sage y Damon llevaban capas bien cerradas, lo que significaba que iban vestidos con las prendas de arpillera debajo. Sage se había ocupado de que el carruaje de lady Ulma estuviese listo. Elena acomodó los brazaletes dorados a juego en las muñecas, odiándolos porque estaba obligada a llevarlos, no obstante lo bonitos que quedaban sobre el reborde de piel blanca de la capa escarlata, y Damon extendió una mano para ayudarla a subir al carruaje.

—¿Voy a viajar dentro? ¿Significa eso que no tengo que llevar…?

Pero al mirar a Sage sus esperanzas se vieron aplastadas.

—A menos que queramos poner cortinas en todas las ventanillas —dijo él—, legalmente viajas fuera sin brazaletes de esclava.

Elena suspiró y le dio la mano a Damon. De pie con el sol a su espalda, éste era una silueta oscura. Pero entonces, cuando Elena parpadeó bajo la luz, él la mire» atónito y Elena supo que había visto el dorado de sus párpados. Los ojos del joven descendieron a los labios fruncidos para ser besados. Elena se ruborizó.

—Te prohíbo que me ordenes que te muestre lo que hay bajo la capa —se apresuró a decir, y Damon pareció frustrado.

—Pelo en rizos diminutos por toda la frente, capa que lo cubre todo del

cuello a los dedos de los pies, un lápiz de labios como…

Volvió a mirarla fijamente y frunció la boca como si le estuviesen obligando a que se adecuara a la de ella.

—¡Y es hora de partir! —cantó alegremente Elena, introduciéndose a toda prisa en el carruaje.

Se sentía muy feliz, aunque comprendía por qué los esclavos liberados jamás volvían a llevar nada parecido a un brazalete.

Seguía sintiéndose feliz cuando llegaron al *Ski no Shi;* aquel edificio enorme que parecía una combinación de una prisión con un centro de adiestramiento para gladiadores.

Y seguía sintiéndose feliz cuando los guardas del gran puesto de control del *Ski no Shi* les dejaron penetrar en el edificio sin mostrar señales de resentimiento. Pero por otra parte, era difícil saber si la capa les causó algún efecto. Eran demonios: hoscos, de piel malva, imperturbables como bueyes.

Reparó en algo que al principio la conmocionó y luego creó un río de esperanza en su interior. El vestíbulo de la parte delantera del edificio tenía una puerta a un lado que era como la puerta lateral del depósito/tienda de esclavos: siempre cerrada; con símbolos extraños encima, y personas yendo hasta ella vestidas de modos distintos y anunciando un destino antes de girar la llave y abrir la puerta.

En otras palabras: una puerta dimensional. Allí mismo, en la prisión de Stefan. Sólo Dios sabía cuántos guardas irían tras ellos si intentaban usarla, pero era algo que tener en cuenta.

Los guardas de los pisos inferiores del edificio del *Shi no Ski*, en lo que era sin la menor duda una mazmorra, mostraron una clara reacción ofensiva a Elena y su grupo. Eran alguna especie más pequeña de demonio —diablillos, quizá, pensó Elena— y pusieron a los visitantes un sinfín de dificultades respecto a todo sin excepción. Damon tuvo que sobornarlos para que les permitieran entrar en la zona donde estaba la celda de Stefan, para entrar solos, sin un guarda por visitante, y para permitir a Elena, una esclava, entrar para ver a un vampiro libre.

E incluso cuando Damon les había dado una pequeña fortuna para franquear tales obstáculos, ellos rieron burlones y sus gargantas emitieron ásperos gorjeos guturales. Elena no confió en ellos.

No se equivocaba.

En un pasillo en el que Elena sabía por sus viajes astrales que deberían haber girado a la izquierda, en su lugar siguieron en línea recta y pasaron ante otro grupo de guardas, que casi se desternillaban de risa.

«¡Oh… Dios mío…! ¿Nos estarán llevando a ver el cuerpo sin vida de Stefan?», se preguntó Elena de improviso. Entonces fue Sage quien realmente la ayudó, extendiendo un brazo enorme y sosteniéndola en volandas, hasta que ella recuperó el uso de las piernas.

Siguieron andando, más al interior de lo que era ya una mazmorra mugrienta y apestosa de suelos de piedra. Luego bruscamente giraron a la derecha.

El corazón de Elena salió corriendo por delante de ellos, diciendo: «Mal, mal, mal», incluso antes de que llegasen a la última celda de la hilera. Aquella celda era totalmente distinta de la antigua celda de Stefan; estaba rodeada, no de barrotes, sino por una especie de alambrada llena de arabescos recubierta de afiladas púas. No había modo de entregar una botella de Magia Negra; no había modo de colocar la parte superior de la botella en posición para verter el contenido en la boca que aguardase al otro lado. No había espacio, siquiera, para introducir un dedo o la boquilla de una cantimplora a través de ella de modo que el ocupante de la celda succionara. Y la celda en sí no estaba mugrienta, pero estaba desprovista absolutamente de todo aparte de un Stefan tumbado apáticamente. Sin comida, sin agua, sin una cama en la que ocultar nada, sin paja. Sólo Stefan.

Elena chilló y no tuvo ni idea de si emitía palabras o un angustiado sonido informe. Se arrojó contra la celda… o lo intentó. Sus manos aferraron tirabuzones de acero afilados como cuchillas que provocaron que la sangre manara al instante allí donde tocaban, y a continuación Damon, que era quien tenía una capacidad de reacción más rápida, ya tiraba de ella hacia atrás.

Después se limitó a pasar por delante de ella y a mirar fijamente. Observó boquiabierto a su hermano menor: un joven de rostro ceniciento, esquelético, que apenas respiraba, que parecía un niño perdido en su uniforme de prisionero arrugado, manchado y raído. Damon alzó una mano, como si ya hubiese olvidado la existencia de la barrera… y Stefan se estremeció. No parecía conocer o reconocer a ninguno de ellos. Escudriñó con mayor atención las gotas de sangre que habían quedado en la afilada alambrada allí donde Elena la había aferrado, olisqueó, y luego, como si algo hubiese atravesado la niebla de su

desconcierto, miró en derredor con apatía. Alzó los ojos hacia Damon, cuya capa había caído, y luego, como la de un bebé, la mirada de Stefan siguió vagando.

Damon emitió un sonido ahogado y se dio la vuelta y, apartando violentamente a un lado a todo el que se interponía en su camino, corrió en dirección contraria y dobló la esquina. Si esperaba que le siguieran suficientes guardas para que sus amigos consiguiesen sacar a Stefan, se equivocaba. Unos pocos le siguieron, igual que monos, profiriendo insultos. El resto permaneció donde estaba, detrás de Sage.

Entretanto, la mente de Elena trabajaba sin cesar trazando planes, y por fin la joven volvió la cabeza hacia Sage.

—Usa todo el dinero que tenemos más esto —dijo, e introdujo la mano bajo la capa en busca del collar de diamantes amarillos: más de dos docenas de gemas del tamaño de un pulgar—, y llámame si necesitamos más. Consígueme media hora con él. ¡Veinte minutos, entonces! —añadió cuando Sage empezó a negar con la cabeza—. Entretenlos, como sea; consígueme al menos veinte minutos. Pensaré en algo aunque suponga mi muerte.

Al cabo de un momento, Sage la miró a los ojos y asintió.

—Lo haré.

A continuación, Elena miró suplicante al doctor Meggar. ¿Tenía él algo —existía algo— que pudiera ayudar?

Las cejas del doctor Meggar descendieron, luego sus bordes interiores se alzaron. Fue una mirada de profunda pena, de desesperación. Pero entonces frunció el ceño y susurró:

—Hay algo nuevo… una inyección que se dice que ayuda en casos extremos. Podría probarlo.

Elena hizo un esfuerzo supremo para no caer a sus pies.

—¡Por favor! ¡Por favor, pruébelo! ¡Por favor!

—No ayudará más allá de un par de días…

—¡No será necesario más! ¡Le habremos sacado para entonces!

—De acuerdo.

A todo esto, Sage se había llevado lejos a todos los guardas, diciendo:

—Soy un comerciante de piedras preciosas y hay algo que todos vosotros deberíais ver.

El doctor Meggar abrió su maletín y sacó una jeringuilla.

—Aguja de madera —dijo con una pálida sonrisa mientras la llenaba con un líquido rojo transparente contenido en una ampolla.

Elena había tomado otra jeringuilla y la examinaba con ansiedad mientras el doctor Meggar convencía con gestos a Stefan para que le imitase y acercase el brazo a la alambrada. Por fin, Stefan hizo lo que el médico le pedía… para apartarse en seguida de un salto con un grito de dolor al notar que le clavaban una aguja y le inyectaban un líquido que escocía terriblemente.

Elena miró al doctor con expresión desesperada.

—¿Cuánto ha recibido?

—La mitad más o menos. No pasa nada… La llené con el doble de la dosis y empujé tan fuerte como pude para introducir el… —usó una palabra médica que Elena no reconoció— en su interior. Sabía que le dolería más, al inyectarlo tan de prisa, pero he conseguido lo que pretendía.

—Bien —repuso Elena con entusiasmo—. Ahora quiero que llene esta jeringuilla con mi sangre.

—¿Sangre? —El doctor Meggar pareció consternado.

—¡Sí! La jeringuilla es lo bastante larga como para pasar a través de la malla metálica. La sangre goteará al otro lado, y él podrá bebería a medida que salga. ¡Podría salvarle!

Elena pronunció cada palabra con cuidado, como si le hablase a un niño. Estaba desesperada por transmitirle lo que quería decir.

—¡Oh, Elena! —El doctor se sentó, con un tintineo, y sacó una botella de Magia Negra que llevaba oculta en la túnica—. Lo siento tanto. Pero ya me resulta bastante difícil sacar sangre de un frasco. Mis ojos, criatura…, ya no sirven.

—Pero ¿con gafas…, anteojos…?

—Ya no me sirven de nada. Es una afección complicada. Pero lo cierto es que hay que ser muy bueno para pinchar una vena en cualquier caso. La mayoría de los médicos son toda una nulidad; yo, totalmente inútil. Lo siento, criatura. Pero han transcurrido veinte años desde la última vez que lo conseguí.

—Entonces localizaré a Damon y haré que me abra la aorta. No me importa si eso me mata.

—Pero a mí sí.

La nueva voz procedía de la celda brillantemente iluminada que tenían

delante e hizo que tanto el doctor como Elena alzaran bruscamente la cabeza.

—¡Stefan! ¡Stefan! ¡Stefan!

Sin preocuparle lo que la afilada alambrada pudiese hacer a su carne, Elena se inclinó al frente para intentar cogerle las manos.

—No —susurró él, como si compartiera un secreto valioso—. Pon los dedos aquí y aquí…, encima de los míos. Esta alambrada no es más que acero tratado de un modo especial; aturde mis Poderes pero no puede desgarrar mi piel.

Elena colocó los dedos donde Stefan le había indicado. Lo estaba tocando. Lo tocaba de verdad. Después de tanto tiempo.

Ninguno de ellos habló. Elena oyó cómo el doctor Meggar se levantaba y se escabullía sin hacer ruido… para reunirse con Sage, supuso. Pero su mente estaba centrada por completo en Stefan, y ambos se limitaron a mirarse el uno al otro, trémulos, con lágrimas temblándoles en las pestañas; se sentían muy jóvenes.

Y muy cerca de la muerte.

—Dices que siempre te obligo a decirlo primero, así que te desconcertaré. Te amo, Elena.

Brotaron lágrimas de los ojos de la joven.

—Esta misma mañana estaba pensando en cuántas personas hay a las que amar. Pero en realidad se debe a que existe una en primer lugar —le susurró ella en respuesta—. Una para siempre. ¡Te amo, Stefan! ¡Te amo!

Elena retiró las manos un momento y se secó los ojos del modo en que todas las chicas listas saben cómo hacerlo para no estropearse el maquillaje: colocando los pulgares bajo las pestañas inferiores e inclinándose luego hacia atrás, arrojando lágrimas y lápiz de ojos al aire en forma de gotitas infinitesimales.

Por primera vez era capaz de pensar.

—Stefan —dijo—, lo siento tanto. Malgasté tiempo esta mañana vistiéndome… bueno, desvistiéndome… para mostrarte lo que te aguarda cuando te saquemos. Pero ahora… me siento… como…

Tampoco había ya lágrimas en los ojos de Stefan.

—Muéstramelo —susurró él, ansioso a su vez. Elena se irguió y, sin golpes de efecto, se despojó de la capa. Cerró los ojos, los cabellos convertidos en cientos de caracolillos, pequeñas espirales finas pegadas alrededor de la cabeza. Los ojos pintados en dorado, a prueba de agua, aún conservaban su brillo. Su

única vestimenta, los jirones de tul dorado con gemas incrustadas para que resultara decente. El cuerpo entero iridiscente, la perfección de la flor de la juventud que jamás se podía igualar ni recrear.

Sonó algo parecido a un largo suspiro… y luego se hizo el silencio, y Elena abrió los ojos, aterrada ante la idea de que Stefan pudiese haber muerto. Pero estaba de pie, aferrado a la verja de metal como si fuese a arrancarla para llegar hasta ella.

—¿Todo esto será mío? —musitó él.

—Todo esto es para ti. Todo es para ti —respondió ella.

Y en aquel momento sonó un ruido quedo tras ella y al girar en redondo se encontró con dos ojos que brillaban en la penumbra de la celda situada frente a la de Stefan.

33

Ante su sorpresa, Elena no sintió enojo, únicamente la determinación de proteger a Stefan si podía.

Y entonces vio que en la celda que había dado por sentado que estaba vacía, había un kitsune.

El kitsune no se parecía en nada a Shinichi o a Misao. Tenía una larguísima cabellera tan blanca como la nieve, pero su rostro era joven. También iba todo vestido de blanco, túnica y bombachos hechos de algún material ondulante y sedoso, y la cola ocupaba prácticamente la pequeña celda, de tan esponjosa como era. También tenía orejas de zorro que se movían nerviosamente a un lado y a otro. Sus ojos brillaban con el dorado de los fuegos artificiales.

Era guapísimo.

El kitsune volvió a toser. Luego sacó… de la larga melena, pensó Elena, una bolsa muy pequeña de delgado cuero.

«Como la bolsa perfecta para una joya perfecta», se dijo Elena.

Acto seguido el kitsune simuló coger una botella de Magia Negra (era pesada y el fingido trago fue delicioso), y llenó la pequeña bolsa con ella. Luego fingió tomar una jeringuilla (la sostuvo igual que lo había hecho el doctor Meggar y le dio golpecitos para eliminar las burbujas) y la llenó con el contenido de la bolsita. Finalmente, introdujo la fingida jeringuilla a través de su propia reja y presionó con el pulgar para vaciarla.

—Puedo darte vino Magia Negra —tradujo Elena—. Puedo meterlo en tu bolsita y llenar la jeringuilla. El doctor Meggar lo haría con mayor precisión, pero no hay tiempo, así que voy a hacerlo yo.

—Yo… —empezó a decir Stefan.

—Tú vas a beber tan rápido como puedas.

Elena amaba a Stefan, quería oír su voz, quería llenarse los ojos con él, pero había una vida que salvar, y era la propia vida de Stefan. Tomó la bolsita dando las gracias con una reverencia al kitsune y dejó la capa sobre el suelo; estaba demasiado concentrada en Stefan para recordar siquiera cómo iba vestida.

Sus manos querían temblar pero no quiso permitirlo. Tenía tres botellas de Magia Negra allí: la suya propia, en la capa, la del doctor Meggar, y en alguna parte, en su capa, la de Damon.

Así que, con la delicada eficiencia de una máquina, repitió lo que el kitsune le había mostrado una y otra vez. Sumerge, tira hacia arriba del émbolo, introdúcela a través de la alambrada y lanza un chorrito. Una vez y otra y otra.

Tras haberlo hecho como una docena de veces, Elena desarrolló una técnica nueva, la catapulta. Llenaba la bolsita de vino y la sujetaba por la parte superior hasta que Stefan colocaba su boca en posición, y entonces, todo en un solo movimiento, golpeaba la bolsa con la palma de la mano y lanzaba un buen chorrito directamente al interior de la boca de Stefan. Dejó la rejilla pegajosa, dejó a Stefan pegajoso; no habría funcionado si el acero hubiese sido afilado para él, pero lo cierto era que consiguió introducir una sorprendente cantidad en su garganta.

La otra botella de vino Magia Negra la colocó en la celda del kitsune, que tenía barrotes normales. No sabía muy bien cómo darle las gracias, pero cuando pudo dedicarle un segundo, se volvió hacia él y le sonrió. Éste sorbía el vino directamente de la botella, y su rostro mostraba una serena expresión de placer.

El final llegó demasiado de prisa. Elena oyó la voz de Sage que tronaba:

—¡No es justo! ¡Elena no estará lista! ¡Elena no ha dispuesto de tiempo suficiente con él!

Elena no necesitaba que le dejasen caer un yunque en la cabeza. Introdujo a toda prisa la última botella de vino Magia Negra en la celda del kitsune, le hizo una última reverencia y le devolvió la bolsita… pero con el diamante amarillo de su ombligo dentro. Era la alhaja más grande que le quedaba y vio cómo él le daba vueltas con meticulosidad entre sus dedos de largas uñas y luego se ponía en pie y le dedicaba una pequeña reverencia. Hubo un momento para una sonrisa mutua y acto seguido Elena recogía ya las cosas del maletín del doctor Meggar y

se ponía la capa roja. Luego se volvió hacia Stefan, hecha un flan otra vez, y dijo de forma entrecortada:

—Lo siento mucho. No era mi intención convertir esto en una visita médica.

—Tenías la oportunidad de salvarme la vida y no has podido dejarla pasar.

En ocasiones los dos hermanos se parecían muchísimo.

—¡Stefan, no! ¡Oh, te amo!

—Elena. —Le besó los dedos, apretado contra las rejas, y luego se dirigió a los guardas—: ¡No, por favor, por favor, no os la llevéis! ¡Por compasión, dadnos un minuto más! ¡Sólo uno!

Pero Elena tuvo que soltarle los dedos para mantener cerrada la capa. Lo último que vio de Stefan fue que aporreaba la alambrada con los puños y gritaba:

—¡Elena, te amo! ¡Elena!

Luego a ella la arrastraron fuera del pasillo y se cerró una puerta entre ellos. Hundió los hombros con desánimo.

Unos brazos la rodearon y la ayudaron a andar. ¡Elena se enfureció! Si a Stefan lo estaban llevando de vuelta a su antigua celda infestada de piojos —como suponía que harían, más o menos en aquellos momentos— le estaban haciendo andar. Y aquellos demonios no hacían nada con delicadeza, lo sabía. Probablemente le conducían igual que a un animal con afilados instrumentos de madera.

Elena también podía andar.

Al alcanzar la parte delantera del vestíbulo del *Shi no Shi*, miró a su alrededor.

—¿Dónde está Damon?

—En el carruaje —respondió Sage con su voz más dulce—. Necesitaba algo de tiempo.

Parte de Elena dijo: «¡Yo le daré tiempo! ¡Tiempo para chillar una vez antes de que le arranque la garganta!». Pero el resto de ella simplemente estaba triste.

—No he conseguido decirle nada de lo que le quería decir. Quería decirle lo mucho que lo siente Damon; y cómo ha cambiado Damon. Ni siquiera recordaba que Damon había estado allí…

—¿Habló contigo? —Sage parecía estupefacto.

Los dos, Sage y Elena, cruzaron las últimas puertas de mármol del edificio de los Dioses de la Muerte. Ése era el nombre que Elena había elegido para el

lugar en su propia mente.

El carruaje estaba junto al bordillo frente a ellos, pero nadie entró. En su lugar, Sage guió con suavidad a Elena a cierta distancia de los demás. Una vez allí posó las enormes manos sobre sus hombros y habló, todavía con aquella voz tan suave.

—*Mon Dieu*, mi pequeña, la verdad es que no quiero decirte esto. Lo que sucede es que debo hacerlo. Temo que incluso aunque consigamos sacar a tu Stefan de la cárcel el día de la fiesta de lady Blodwedd… será demasiado tarde. En tres días estará ya…

—¿Es ésa tu opinión médica? —replicó Elena con sequedad, alzando los ojos hacia él.

Sabía que tenía el rostro demacrado y pálido y que él la compadecía enormemente, pero lo que quería era una respuesta.

—No soy un médico —respondió despacio—. Sólo soy otro vampiro.

—¿Sólo otro Antiguo?

Sage enarcó las cejas.

—Vaya, ¿de dónde has sacado esa idea?

—De ningún sitio. Disculpa si estoy equivocada. Pero ¿podrías hacer venir al doctor Meggar?

Sage la contempló durante un largo minuto más, luego partió en busca del médico. Regresaron juntos.

Elena estaba preparada para ellos.

—Doctor Meggar, Sage únicamente vio a Stefan al principio, antes de que le diese esa inyección. La opinión de Sage es que, en tres días, Stefan estará muerto. Teniendo en cuenta los efectos de la inyección, ¿está usted de acuerdo?

El doctor Meggar la miró detenidamente y ella pudo ver el brillo de las lágrimas en sus ojos miopes.

—Es… posible…, sólo posible, que si tiene suficiente fuerza de voluntad, pudiese seguir vivo para entonces. Pero lo más probable…

—¿Cambiaría de algún modo su opinión si yo dijese que ha bebido quizá una tercera parte de una botella de vino Magia Negra esta noche?

Los dos hombres la miraron sorprendidos.

—¿Estás diciendo…?

—¿O es un plan que tienes ahora?

—¡Por favor! —Olvidándose de la capa, olvidándolo todo, Elena aferró las manos del doctor Meggar—. Encontré un modo de hacerle beber más o menos esa cantidad. ¿Cambia eso las cosas? —Oprimió las ancianas manos hasta notar los huesos.

—Desde luego que debería. —El doctor Meggar se mostró desconcertado y temeroso de tener esperanzas—. Si realmente conseguiste introducir esa cantidad en su sistema, es casi seguro que vivirá hasta la noche de la fiesta de Blodwedd. Eso es lo que querías oír, ¿no es cierto?

Elena se echó hacia atrás, incapaz de resistirse a posar un leve beso en sus manos mientras las soltaba.

—Y ahora vayamos a darle a Damon la buena noticia —dijo.

En el carruaje, Damon estaba sentado muy rígido, con el perfil recortado contra un cielo rojo sangre. Elena entró y cerró la puerta tras ella.

Sin la menor expresión, él dijo:

—¿Se ha acabado?

—¿Acabado?

Elena en realidad no era tan dura de entendederas, pero imaginó que era importante que Damon tuviese bien claro lo que preguntaba.

—¿Está… muerto? —preguntó Damon en tono fatigado, pellizcándose el caballete de la nariz con los dedos.

Elena permitió que el silencio se prolongara unos cuantos segundos más. Damon debía de saber que no era probable que Stefan muriera realmente en la media hora siguiente. Al no recibir ahora una confirmación instantánea de tal cosa su cabeza se alzó con brusquedad.

—¡Elena, cuéntamelo! ¿Qué sucedió? —exigió, con urgencia—. ¿Está muerto mi hermano?

—No —respondió ella con calma—; pero es probable que muera en unos pocos días. Esta vez estaba lúcido, Damon. ¿Por qué no has hablado con él?

Hubo una inhalación de aire casi palpable por parte de Damon.

—¿Qué tengo que decirle que importe? —preguntó con aspereza—. ¿«Vaya, siento haberte casi matado»? ¿«Vaya, espero que sobrevivas unos cuantos días más»?

—Algo así, quizá, si eliminas el sarcasmo.

—Cuando yo muera —replicó Damon en tono cortante—, lo haré de pie y peleando.

Elena le abofeteó en la boca. No había mucho espacio para tomar impulso allí, pero puso tras el gesto tanto Poder como se atrevió sin correr el riesgo de destrozar el carruaje.

Tras ello, hubo un largo silencio. Damon se tocaba el labio sangrante, acelerando la cicatrización, tragando su propia sangre.

Por fin dijo:

—No se te ha ocurrido siquiera que eres mi esclava, ¿verdad? ¿Que soy tu amo?

—Si quieres refugiarte en la fantasía, es asunto tuyo —repuso ella—. Por mi parte, tengo que ocuparme del mundo real. Y, a propósito, poco después de que huyeses, Stefan no tan sólo estaba de pie sino que reía.

—Elena. —Su tono se fue elevando rápidamente—. ¿Encontraste un modo de darle sangre? —Le agarró el brazo con tanta fuerza que le dolió.

—Sangre no. Un poco de Magia Negra. Con dos de nosotros allí, habría sido el doble de rápido.

—Erais tres allí.

—Sage y el doctor Meggar tenían que distraer a los guardas.

Damon retiró la mano.

—Entiendo —dijo, inexpresivo—, así que le he vuelto a fallar una vez más.

Elena le miró con lástima.

—Estás totalmente dentro de la bola de piedra ahora, ¿verdad?

—No sé de qué estás hablando.

—La bola de piedra en la que metes todo lo que podría lastimarte. Incluso te metes a ti dentro de ella, aunque debe de haber muy poco espacio allí dentro. Katherine debe de estar allí también, supongo, emparedada en su propia pequeña cámara. —Recordó la noche en el hotel—. Y tu madre, desde luego. Debería decir la madre de Stefan. Ella fue la madre que conociste.

—No…, mi madre… —Damon no podía siquiera formar una frase coherente.

Elena sabía lo que él quería. Necesitaba que le abrazasen, le consolasen y le dijesen que todo estaba bien; ellos dos, solos, bajo la capa de la joven,

rodeándole con sus cálidos brazos. Pero no iba a obtenerlo. Esta vez ella se negó.

Le había prometido a Stefan que esto era para él, sólo para él. Y, se dijo, se mantendría fiel al espíritu de esa promesa, aunque no se hubiese mantenido fiel a la letra, eternamente.

A medida que transcurría la semana, Elena consiguió recuperarse del dolor de ver a Stefan. Aunque ninguno de ellos podía hablar sobre ello excepto en forma de entrecortadas exclamaciones breves, escucharon a Elena cuando dijo que todavía quedaba un trabajo por hacer, y que si conseguían completarlo bien podrían ir a casa pronto; mientras que si no lo completaban, a Elena tanto le daba si se iba a casa como si se quedaba allí en la Dimensión Oscura.

¡A casa! Sonaba como un lugar de asilo, incluso a pesar de que Bonnie y Meredith sabían de primera mano la clase de infierno que les acechaba en Fell's Church. Pero de algún modo cualquier cosa sería preferible a esta tierra de luz color sangre.

La esperanza despertó el interés por lo que les rodeaba, y volvieron a ser capaces, una vez más, de entusiasmarse con los vestidos que lady Ulma estaba haciendo confeccionar para ellas. Diseñar era la única actividad de la que la mujer podía disfrutar aún durante su descanso oficial en cama, y lady Ulma había trabajado intensamente en su libro de bocetos. Puesto que la fiesta de Blodwedd sería un acontecimiento que se celebraría tanto bajo techo como al aire libre, los tres vestidos tenían que diseñarse cuidadosamente para que resultasen atractivos tanto a la luz de las velas como bajo los rayos carmesíes del enorme sol rojo.

El vestido de Meredith era de un intenso azul metálico, violeta a la luz del sol, y mostraba un lado de la muchacha por completo diferente de la seductora joven del ajustado traje de sirena que había asistido a la gala de lady Fazina. A Elena le recordaba en cierto modo a la manera de vestir de una princesa egipcia. Una vez más, dejaba los brazos y hombros de Meredith al descubierto, pero la púdica falda estrecha que descendía en líneas rectas hasta las sandalias y la delicadeza de los zafiros que adornaban los tirantes servían para dar a Meredith un aspecto recatado. El conjunto quedaba acentuado por el pelo suelto, como lady Ulma había dictaminado, y el rostro desprovisto de maquillaje a excepción

de kohl alrededor de los ojos. Para finalizar, un collar elaborado con los zafiros más grandes tallados en forma de óvalo y gemas de un color azul a juego en las muñecas y los delgados dedos.

El vestido de Bonnie era muy ingenioso: estaba confeccionado en un tejido plateado que adquiría un tinte pastel del color de la luz ambiental. Del color de la luz de la luna bajo techo, brillaba con un suave rosa reluciente, casi el mismo color de los cabellos fresa de Bonnie, cuando estaba en el exterior. Lo acompañaban un cinturón, un collar, unos brazaletes, unos pendientes y unos anillos, todo de ópalos blancos tallados en cabujón. Recogerían los rizos de Bonnie cuidadosamente en alto y lejos de la cara, en una audaz masa desordenada, dejando que su traslúcida tez brillase suavemente rosada bajo la luz del sol, y etéreamente pálida dentro de la casa.

Una vez más, el vestido de Elena era el más sencillo y el más llamativo. El traje era escarlata, el mismo color bajo el sol que a la luz de una lámpara de gas dentro de la casa. Era bastante escotado, dando a su piel cremosa una oportunidad de brillar dorada a la luz del sol. Muy ceñido al cuerpo, tenía un gran corte vertical lateral para concederle espacio para andar o bailar. La tarde de la fiesta, lady Ulma hizo que cepillasen con esmero los cabellos de Elena hasta convertirlos en una nube enmarañada que brillaba en un tono rojo veneciano al aire libre y dorado bajo techo. Las alhajas abarcaban desde un entredós de diamantes al final del escote, a diamantes en los dedos, muñecas y la parte superior de un brazo, más una gargantilla de diamantes que encajaba sobre el collar de Stefan. Todas ellas refulgirían tan rojas como rubíes a la luz del sol, pero de vez en cuanto centellearían con otro color llamativo, como un estallido de fuegos artificiales en miniatura. Los espectadores, prometió lady Ulma, se sentirían deslumbrados.

—Pero no puedo ponerme estas cosas —había protestado Elena a lady Ulma —. Tal vez no tenga la posibilidad de volver a verla antes de que lleguemos hasta Stefan… ¡y a partir de ese momento estaremos huyendo!

—Lo mismo nos sucede a nosotras —había añadido Meredith con voz sosegada, mirando a cada una de las muchachas con sus colores «bajo techo» azul plateado, escarlata y ópalo—. Todas llevamos más alhajas de las que hemos llevado nunca dentro o fuera de una casa…, pero ¡usted podría perderlas todas!

—Y vosotras podríais necesitarlas todas —había dicho Lucen con

tranquilidad—. Más razón aún para que cada una lleve joyas que pueda canjear por carruajes, seguridad, comida, lo que sea. Los diseños son muy simples, además; podéis arrancar una gema y usarla como pago, y las joyas no están montadas de un modo complicado que pudiese no ser del gusto de un coleccionista.

—Además de eso, son todas de la mayor calidad —había añadido lady Ulma —. Son las muestras más perfectas de su clase que hemos podido conseguir con tan poca antelación.

En ese momento, las tres chicas ya no pudieron más y se abalanzaron sobre la pareja —lady Ulma en su enorme cama, con el libro de bocetos siempre junto a ella, y Lucen de pie a poca distancia— y lloraron y besaron y en general arruinaron los maravillosos trabajos que se habían llevado a cabo en sus rostros.

—Ustedes son como ángeles para nosotras, ¿lo saben? —sollozó Elena—. ¡Igual que hadas madrinas o ángeles! ¡No sé cómo decir adiós!

—Como ángeles —había dicho entonces lady Ulma, secando una lágrima de la mejilla de Elena.

Luego la agarró, diciendo: «¡Mira!» y se señaló a sí misma cómodamente en cama, con un par de radiantes muchachas de ojos ingenuos preparadas para atender sus deseos. A continuación, señaló la ventana, por la cual se podía ver una corriente de agua movida por un molino, y algunos ciruelos, con fruta madura resplandeciendo como joyas en las ramas, y acto seguido, con un amplio movimiento de la mano, indicó los jardines, huertos, campos y bosques de la hacienda.

Después tomó la mano de Elena y la pasó sobre la curva de su propio abdomen.

—¿Ves? —había dicho casi en un susurro—. ¿Ves todo esto…? ¿Puedes recordar cómo me encontraste? ¿Quién es un ángel ahora?

Al oír aquellas palabras y recordar «cómo la encontró», las manos de Elena habían volado a cubrirle el rostro… como si hubiese sido incapaz de soportar lo que el recuerdo le mostraba de ella en aquel momento. En seguida volvió a abrazar y besar a lady Ulma, y se inició toda una nueva ronda de abrazos que acabaron de echar por tierra los últimos restos de maquillaje.

—El amo Damon tuvo incluso la amabilidad de comprar a Lucen —dijo lady Ulma—, y quizá no te lo puedas imaginar, pero… —en este punto había mirado

al sosegado joyero barbudo con ojos llenos de lágrimas— siento por él lo que tú sientes por tu Stefan. —Y entonces se ruborizó y ocultó su rostro entre las manos.

—Va a liberar a Lucen hoy mismo —explicó Elena, dejándose caer de rodillas para posar la cabeza sobre la almohada de la mujer—. Y le va a entregar la hacienda de modo irrevocable. Ha tenido a un abogado… un letrado dirían ustedes… trabajando en los papeles toda la semana con una Guardiana. Al fin están listos, e incluso si aquel repugnante general volviese, no podría hacerle nada. Esta casa es suya para siempre.

Más llantos. Más besos. Sage, que recorría inocentemente el pasillo, silbando, tras un divertido paseo con su perro, *Sable*, pasó ante la habitación de lady Ulma y le hicieron entrar.

—¡Todas te echaremos de menos también a ti! —había llorado Elena—. ¡Muchas gracias!

Más tarde, ese mismo día, Damon cumplió todas las promesas de Elena, además de dar una gran bonificación a cada miembro del servicio. El aire se llenó de confeti metálico, pétalos de rosa, música y gritos de despedida mientras conducían a Damon, Elena, Bonnie y Meredith a la fiesta de Blodwedd… y lejos de allí para siempre.

—Ahora que lo pienso, ¿por qué Damon no nos ha liberado a nosotras? —preguntó Bonnie a Meredith mientras se dirigían en literas a la mansión de Blodwedd—. Puedo comprender que necesitásemos ser esclavas para entrar en este mundo, pero ahora estamos dentro de él. ¿Por qué no convertirnos en chicas honradas?

—Bonnie, ya somos chicas honradas —le recordó Meredith—. Y creo que la cuestión es que jamás fuimos auténticas esclavas en absoluto.

—Bueno, me refería a: ¿por qué no nos libera de modo que todo el mundo sepa que somos chicas honradas, Meredith?, y tú lo sabes.

—Porque no puedes liberar a alguien que ya es libre, ése es el motivo.

—Pero podría haber cumplido con el ceremonial —persistió Bonnie—. ¿O es tan difícil liberar a un esclavo libre aquí?

—No lo sé —repuso Meredith, desmoronándose por fin bajo el incansable

interrogatorio—. Pero te diré por qué creo yo que no lo hace. Creo que es porque de este modo es responsable de nosotras. Quiero decir, no es que a las esclavas no se las pueda castigar; ya lo vimos con Elena. —Meredith hizo una pausa mientras ambas se estremecían ante el recuerdo—. Pero, en última instancia, es el propietario del esclavo quien puede perder la vida por la infracción. Recuerda, querían clavarle una estaca a Damon por lo que hizo Elena.

—¿Así que lo hace por nosotras? ¿Para protegernos?

—No lo sé. Eso… supongo —dijo Meredith lentamente.

—Entonces… Imagino que hemos estado equivocadas respecto a él en el pasado…

Bonnie usó generosamente el «hemos» en lugar del «has», pues Meredith había sido siempre el miembro del grupo que más se resistía al encanto de Damon.

—Eso… supongo —volvió a decir Meredith—. ¡Aunque parece que todo el mundo olvida que no hace tanto que Damon ayudó a los gemelos kitsune a meter a Stefan aquí! Y está muy claro que Stefan no había hecho nada para merecerlo.

—Bueno, es evidente que eso es cierto —replicó Bonnie, que pareció aliviada por no haber estado demasiado equivocada, y al mismo tiempo curiosamente nostálgica.

—Todo lo que Stefan ha querido siempre de Damon ha sido paz y tranquilidad —prosiguió Meredith, como si pisara terreno más firme.

—Y Elena —añadió automáticamente Bonnie.

—Sí, sí… y Elena. Pero ¡todo lo que Elena quería era a Stefan! Quiero decir… todo lo que Elena quiere…

La voz de Meredith se apagó. La frase ya no parecía funcionar adecuadamente en el tiempo presente. Volvió a probar.

—Todo lo que Elena quiere ahora es…

Bonnie se limitó a contemplarla sin habla.

—Bueno, sea lo que sea lo que quiera —concluyó Meredith, bastante conmocionada—, quiere que Stefan forme parte de ello. Y no quiere que ninguna de nosotras tenga que permanecer aquí; en este…, este agujero infernal.

En otra litera justo al lado de ellas las cosas estaban muy silenciosas. Bonnie y Meredith estaban tan acostumbradas ya a viajar en literas cerradas que ni siquiera habían advertido que otro palanquín había ido a colocarse a su lado y

que sus voces se podían oír perfectamente en el caluroso y quieto aire de la tarde.

En la segunda litera, Damon y Elena contemplaban con atención las cortinas de seda que ondeaban abiertas.

Entonces, Elena, con un aire casi enloquecido de necesitar algo que hacer, desenrolló a toda prisa un cordón y las cortinas descendieron.

Fue un error. Encerró a Elena y a Damon en un surrealista rectángulo que resplandecía en tonos rojos, en el que únicamente las palabras que acababan de escuchar parecían tener sentido.

Elena notó que su respiración se aceleraba. El aura se escapaba de su control. Todo se iba al traste.

«¡Ellas no creen que únicamente quiero estar con Stefan!»

—Mantente tranquila —dijo Damon—. Ésta es la última noche. Para mañana…

Elena alzó una mano para impedir que lo dijese.

—Para mañana ya habremos encontrado la llave y recuperado a Stefan y estaremos fuera de aquí —dijo Damon de todos modos.

«Eso trae mala suerte», pensó Elena. Y envió una oración tras el pensamiento.

Viajaron en silencio en dirección a la espléndida mansión de Blodwedd y, durante un tiempo sorprendentemente largo, Elena no advirtió que Damon temblaba. Fue un veloz e involuntario suspiro entrecortado lo que la alertó.

—¡Damon! ¡Santo…, santo cielo! —Elena estaba acongojada, sin encontrar, no palabras, sino las palabras correctas—. ¡Damon, mírame! ¿Por qué?

«¿Por qué? —respondió él en la única voz en la que podía confiar que no temblaría, que no se quebraría—. Porque… ¿piensas alguna vez en lo que le está sucediendo a Stefan mientras tú vas de camino a una fiesta vistiendo ropas espléndidas, transportada en volandas, para beber el vino más excelente y bailar… mientras él…, mientras él…» El pensamiento permaneció inconcluso.

«Esto es precisamente lo que necesitaba justo antes de ser vista en público», pensó Elena, mientras alcanzaban el largo camino de entrada de la casa de Blodwedd. Intentó hacer acopio de todos sus recursos antes de que se descorrieran las cortinas y fueran libres de penetrar en la ubicación de la segunda mitad de la llave.

34

«No pienses en esas cosas —respondió Elena del mismo modo que había hablado Damon y por el mismo motivo—. Yo no pienso en ello porque si lo hago me volveré loca. Y si me vuelvo loca, ¿de qué le serviré a Stefan? No podría ayudarle. En su lugar lo bloqueo todo con muros de hierro y lo mantengo lejos a cualquier precio.»

—¿Y puedes conseguir eso? —preguntó Damon, con una voz que temblaba ligeramente.

—Puedo… porque tengo que hacerlo. ¿Recuerdas al principio cuando discutíamos sobre las cuerdas alrededor de nuestras muñecas? Meredith y Bonnie tenían dudas. Pero ellas sabían que yo llevaría esposas y me arrastraría detrás de ti si eso era lo que hacía falta. —Elena volvió la cabeza para mirar a Damon en la oscuridad carmesí y añadió—: Y tú te has delatado, una y otra vez, ¿sabes?

Le rodeó con los brazos para tocar su espalda curada, de modo que no tuviese dudas sobre a qué se refería.

—Eso lo hice por ti —repuso Damon con aspereza.

—En realidad no —replicó Elena—. Piensa en ello. Si no hubieses aceptado la Sanción, podríamos haber huido de la ciudad, pero jamás podríamos haber ayudado a Stefan después. Si te paras a pensarlo, cada cosa, todo lo que has hecho, lo has hecho por él.

—Si te paras a pensarlo, yo soy el culpable de que Stefan esté aquí para empezar —repuso Damon en tono cansado—. Imagino que estamos prácticamente a la par ahora.

—¿Cuántas veces discutiremos sobre lo mismo, Damon? Estabas poseído cuando dejaste que Shinichi te convenciera para hacerlo —dijo Elena, y se sintió exhausta—. Quizá necesites estar poseído otra vez… sólo un poco… para poder recordar lo que se siente.

Cada célula del cuerpo de Damon pareció estremecerse ante la idea. Pero se limitó a decir:

—Hay algo que todo el mundo ha pasado por alto, ya sabes. La arquetípica historia de dos hermanos que se matan el uno al otro simultáneamente, y se convierten en vampiros porque flirtearon con la misma chica.

—¿Qué? —inquirió Elena con dureza, arrancada con un sobresalto de su cansancio—. Damon, ¿a qué te refieres?

—Acabo de decírtelo. Hay algo que a todos vosotros se os ha pasado por alto. Ja. A lo mejor incluso a Stefan se le ha pasado por alto. La historia se cuenta y se vuelve a contar, pero nadie lo pesca.

Damon había vuelto el rostro. Elena se acercó más a él, sólo un poco, para que él pudiese oler su perfume, que era aceite esencial de rosas esa noche.

—Damon, cuéntamelo. ¡Cuéntamelo, por favor!

Damon empezó a volver la cabeza hacia ella…

Y fue en ese momento cuando los portadores se detuvieron. Elena sólo tuvo un segundo para secarse la cara, y las cortinas se descorrieron.

Meredith les había contado el mito que rodeaba a Blodwedd, que había obtenido de una esfera que narraba historias. Les había contado que a Blodwedd la habían hecho de flores y los dioses le habían dado vida, y cómo ella había traicionado a su esposo y lo había conducido a la muerte, y cómo, en castigo, había sido condenada a pasar cada noche desde la medianoche al amanecer bajo la forma de una lechuza.

Y, al parecer, había algo que las fábulas no mencionaban. El hecho de que hubiese sido condenada a vivir aquí, desterrada de la Corte Celestial al crepúsculo rojo intenso de la Dimensión Oscura.

Teniendo todo eso en cuenta, era lógico que sus fiestas empezaran a las seis de la tarde.

Elena descubrió que su mente saltaba de tema en tema. Aceptó una copa de

Magia Negra de un esclavo mientras dejaba vagar la mirada.

Todas las mujeres y la mayoría de los hombres de la fiesta llevaban atuendos ingeniosos que cambiaban de color bajo el sol. Elena se sintió humilde; al fin y al cabo, todo al aire libre parecía ser rosa, escarlata o color vino. Mientras vaciaba su copa de Magia Negra, Elena se sintió ligeramente sorprendida al descubrir que su comportamiento pasaba automáticamente a modo fiesta y saludaba a personas que había conocido aquella misma semana con besos en las mejillas y abrazos como si las conociese de años. Entretanto, Damon y ella se abrían paso hacia la mansión, a veces a favor, a veces en contra de la corriente de personas en constante movimiento.

Consiguieron subir un empinado tramo de escalones de mármol blanco (rosa), que exhibían a ambos lados terraplenes de soberbias espuelas de caballero azules (violetas) y rosas silvestres de color rosa (escarlata). Elena se detuvo allí, por dos motivos. Uno fue conseguir una nueva copa de Magia Negra. La primera le había proporcionado ya un agradable rubor —aunque desde luego todo resplandecía constantemente allí— y esperaba que la segunda copa la ayudaría a olvidar todo lo que Damon había sacado a colación en la litera excepto la llave… y la ayudaría a recordar qué la había estado preocupando originalmente, antes de que la conversación de Bonnie y Meredith le hubiese hurtado los pensamientos.

—Imagino que el mejor modo es preguntarle a alguien —dijo a Damon, quien de improviso y sin hacer ruido estaba pegado a ella.

—¿Preguntar qué?

Elena se inclinó un poco en dirección al esclavo que acababa de proporcionarle una copa nueva.

—¿Podría indicarme… dónde está el salón de baile principal de lady Blodwedd?

El esclavo con librea pareció sorprendido. Luego, con la cabeza, indicó a su alrededor.

—Esta plaza… bajo el dosel… se ha ganado el nombre de Gran Salón de Baile —respondió, haciendo una reverencia por encima de su bandeja.

Elena le miró fijamente. Luego miró fijamente a su alrededor.

Bajo un dosel gigante —que le pareció semipermanente y del que colgaban por todas partes hermosos faroles en tonos que el sol realzaba— la lisa extensión de césped se extendía a lo lejos cientos de metros en todas direcciones.

«Es más grande que un campo de rugby.»

—Lo que me gustaría saber —preguntaba en aquellos momentos Bonnie a una invitada, una mujer que a todas luces había asistido a muchos de los acontecimientos sociales de Blodwedd y conocía bien la mansión— es: ¿qué habitación es la sala de baile principal?

—Oh, queridaaa, depende de a qué te refieras —respondió alegremente la invitada—. Estáaa el Gran Salón de Baile al aire libre… y tienes que haberlo visto mientras ascendías…, ¿el gran pabellón? Y luego estáaa el Salón de Baile Blanco en el interior. Ese está iluminado con candelabros y tiene todas las cortinas corridas. En ocasiones se le llama la Sala del Vals, ya que todo lo que se interpreta allí son valses.

Pero Bonnie seguía atrapada en el horror experimentado unas pocas frases antes.

—¿Hay un salón de baile fuera? —dijo con voz temblorosa, esperando que de algún modo lo hubiese oído mal.

—Así es, queridaaa. Puedes verlo a través de esa pared de allí.

La mujer decía la verdad. Uno podía ver a través de la pared, porque las paredes eran todas de cristal, una tras otra, lo que permitía a Bonnie ver lo que parecía una ilusión óptica creada con espejos: una habitación iluminada tras otra, todas repletas de gente. Únicamente la última estancia del piso inferior parecía hecha de algo sólido. Ése debía de ser el Salón de Baile Blanco.

Pero a través de la pared opuesta, a donde señalaba la invitada…, ¡oh, sí! Había la parte superior de un dosel, y recordó vagamente haber pasado por su lado. La otra cosa que recordaba era…

—¿Bailan sobre la hierba? ¿Ese… enorme campo de hierba?

—Desde luego. Está toda ella cortada y alisada especialmente. No tropezarás con una mala hierba o una pequeña protuberancia del suelo. ¿Estás segura de sentirte bien? ¿Pareces un tanto pálidaaa? Bueno —la invitada rió—, tan pálidaaa como puede parecerlo cualquiera bajo esta luz.

—Estoy perfectamente —respondió Bonnie un tanto aturdida—. Estoy… perfectamente.

Los dos grupos se reunieron más tarde y se contaron mutuamente los

horrores que habían sacado a la luz. Damon y Elena habían descubierto que el suelo de la sala de baile al aire libre era casi tan duro como la roca; cualquier cosa que se hubiese enterrado allí antes de que el suelo se aplanara con pesados rodillos hasta dejarlo bien liso estaría ahora apisonado en algo parecido al cemento. Tan sólo se podía cavar alrededor del perímetro.

—Deberíamos haber traído a un adivino —dijo Damon—. Ya sabéis, alguien que usa un palo ahorquillado o un péndulo o un pedazo de ropa de una persona desaparecida para que lo conduzca a la zona correcta.

—Tienes razón —convino Meredith, cuyo tono de voz añadía claramente «por una vez»—. ¿Por qué no habremos traído a un adivino?

—Porque no conozco a ninguno —respondió él, con su más dulce y más feroz sonrisa de barracuda.

Bonnie y Meredith habían descubierto que el pavimento de la sala de baile interior era de roca; de hermosísimo mármol blanco. Había docenas de arreglos florales en la habitación, pero todo en lo que Bonnie había introducido la pequeña mano (tan discretamente como le fue posible) eran simplemente flores cortadas en un jarrón con agua. Nada de tierra, nada que pudiese justificar el uso del término «enterrado en».

—Y además, ¿por qué tendrían Shinichi y Misao que colocar la llave en agua que sabían que se tiraría a los pocos días? —preguntó Bonnie, frunciendo el ceño, mientras Meredith añadía:

—¿Y cómo encuentra uno una pieza suelta en el mármol? Así que no vemos cómo podría estar enterrada aquí. A propósito, lo he comprobado… y el Salón de Baile Blanco lleva aquí años, así que tampoco existe la posibilidad de que la arrojaran bajo las piedras cuando lo construían.

Elena, que bebía ya su tercera copa de Magia Negra, dijo:

—Muy bien. Tal y como lo vemos es una habitación tachada de la lista. Ahora, hemos conseguido ya la mitad de la llave… Fijaos en lo fácil que eso ha sido…

—A lo mejor eso fue sólo para fastidiarnos —repuso Damon, enarcando una ceja—. Para aumentar nuestras esperanzas, antes de hacerlas añicos por completo… aquí.

—No puede ser —dijo Elena con desesperación, dirigiéndole una mirada iracunda—. Hemos llegado tan lejos; más lejos de lo que Misao jamás imaginó

que haríamos. Podemos encontrarla. Ya lo creo que la encontraremos.

—Está bien —dijo Damon, repentinamente muy serio—. Si hemos de fingir que somos personal de la casa y usar picos en esa tierra de ahí fuera, lo haremos. Pero primero, recorramos toda la casa por dentro. Eso pareció funcionar la mar de bien la última vez.

—De acuerdo —respondió Meredith, por una vez mirándole directamente y sin desaprobación—. Bonnie y yo nos ocuparemos de la planta de arriba y vosotros podéis dedicaros a la de abajo; a lo mejor podéis hallar algo en ese Salón de Baile Blanco.

—Muy bien.

Se pusieron manos a la obra. Elena deseó poder tranquilizarse. A pesar de tener la mayor parte de tres copas de Magia Negra oscilando en su interior —o quizá debido a ellas— veía ciertas cosas bajo otros ojos. Pero tenía que mantener la mente puesta en la misión… y sólo en la misión. Haría cualquier cosa —cualquiera, se dijo— para conseguir la llave. Cualquier cosa por Stefan.

El Salón de Baile Blanco estaba engalanado con olorosas flores enormes y opulentas en medio de un abundante follaje. Había arreglos florales sobre soportes individuales dispuestos para resguardar una zona alrededor de una fuente y convertirla en un rincón íntimo donde pudiesen sentarse las parejas. Y, aunque no había una orquesta visible, la música penetraba a raudales en la sala de baile, exigiendo una respuesta al susceptible cuerpo de Elena.

—Supongo que no sabrás bailar el vals —dijo Damon de improviso, y Elena advirtió que había estado oscilando al compás de la música, con los ojos cerrados.

—Desde luego que sé —respondió, un tanto ofendida—. Todas asistimos a las clases de la señora Hopewell. Era el equivalente a una escuela privada de etiqueta para señoritas en Fell's Church —añadió, viendo el lado divertido de ello y riéndose de sí misma—. Pero a la señora Hopewell en realidad lo que le encantaba era bailar, y nos enseñó todos los bailes y movimientos que consideró elegantes. Eso fue cuando yo tenía unos once años.

—Supongo que sería absurdo por mi parte pedirte que bailases conmigo —dijo Damon.

Elena le miró con lo que sabía eran unos ojos enormes y desconcertados. No obstante el escotado traje escarlata, no se sentía una sirena irresistible esta noche,

pues estaba demasiado alterada para sentir la magia tejida en la tela, magia que ahora reparó en que le decía que era una llama danzarina, un espíritu del fuego. Supuso que Meredith debía de sentirse como un arroyo apacible, fluyendo veloz y constante hacia su punto de destino, pero chispeando y brillando todo el camino. Y Bonnie… Bonnie, por supuesto era un duendecillo del aire, que se suponía tenía que danzar con la ligereza de una pluma en aquel vestido opalino, sujeto apenas a la gravedad.

Pero, de pronto, Elena recordó ciertas ojeadas de admiración que había visto dirigidas a ella. ¿Y ahora de improviso Damon era vulnerable? Sin embargo, ¿no suponía que ella fuese a bailar con él?

—Pues claro que me encantaría bailar —dijo, advirtiendo con un leve sobresalto que en realidad no había reparado antes en que Damon llevaba un elegante traje de etiqueta con pajarita incluida.

Desde luego, era precisamente la noche en que podría resultar un estorbo para ellos, pero le daba el aspecto de un príncipe de la sangre.

El título hizo que sus labios formaran un leve mohín. De la sangre…, ¡oh, sí!

—¿Estás seguro de saber bailar el vals? —le preguntó ella.

—Una buena pregunta. Me interesé por él en 1885 porque tenía reputación de ser desenfrenado e indecente. Pero depende de si se habla del vals de los campesinos, el vals vienes, el vals vacilante, o…

—¡Oh, vamos, o nos perderemos otro baile!

Elena le agarró la mano, sintiendo diminutas chispas como si hubiese acariciado el pelaje de un gato a contrapelo, y le arrastró al interior de la oscilante multitud.

Empezó un nuevo vals. La música penetró a raudales en la habitación y casi alzó a Elena del suelo a la vez que le erizaba el vello de la nuca. Todo su cuerpo hormigueó como si hubiese bebido alguna especie de elixir celestial.

Era su vals favorito desde la infancia: aquel con el que había crecido. El vals de *La Bella Durmiente* de Chaikovski. Pero alguna parte infantil de su mente no pudo evitar emparejar las dulces notas arrolladoras que llegaron tras el atronador y electrizante inicio con las palabras de la versión cinematográfica de Disney:

«Eres tú el príncipe azul que yo soñé…»

Como siempre, hicieron aflorar las lágrimas a sus ojos; hicieron que su corazón cantase y los pies quisieran volar más que bailar.

Su vestido carecía de tela en la espalda, y la mano cálida de Damon descansaba allí sobre su piel desnuda.

«Ahora sé —le musitó— por qué llamaban a este baile desenfrenado e indecente.»

Y ahora, verdaderamente, Elena se sentía como una llama. «Estábamos destinados a estar así.» No podía recordar si era una vieja cita de Damon o algo nuevo que él justo le susurraba apenas a la mente en aquel momento. «Como dos llamas que se unen y funden en una.»

«Eres buena», le dijo Damon, y esta vez supo que era él hablando y que era el presente.

«No es necesario que me trates con condescendencia. ¡Me siento demasiado feliz ya!», respondió Elena, riendo. Damon era un experto, y no tan sólo en la precisión de los pasos. Bailaba el vals como si todavía fuese desenfrenado e indecente, y guiaba con una firmeza que, desde luego, la fuerza humana de Elena no podía vencer. Pero podía interpretar pequeñas señales de la joven, sobre lo que ésta quería y la complacía, como si bailasen sobre hielo, como si en cualquier momento fuesen a efectuar una rotación y saltar.

El estómago de Elena se derretía lentamente y se llevaba con él sus otros órganos internos.

Y en ningún momento se le ocurrió pensar qué habrían pensado sus amigas y rivales y enemigas del instituto viéndola derretirse por la música clásica. Estaba libre de rencores, de señalar mezquinamente diferencias para avergonzar a los demás. Ya no ponía etiquetas, y deseó poder regresar para mostrarle a todo el mundo que para empezar jamás lo había pensado en serio.

El vals finalizó demasiado pronto y Elena quiso presionar el botón de repetición y volver a empezar por el principio. Hubo un momento justo al finalizar la música en el que Damon y ella se miraron el uno al otro, con idéntica exaltación y anhelo y…

Y entonces Damon hizo una reverencia sobre su mano.

—En el vals hay otras cosas aparte de mover los pies —dijo, sin alzar los ojos hacia ella—. Hay una gracia ondulante que se puede aplicar a los movimientos, una llama saltarina de júbilo y unión… con la música, con una pareja. Ésas no son cuestiones que tienen que ver con la pericia. Muchas gracias por proporcionarme el placer.

Elena rió porque quería llorar. No quería dejar de bailar nunca. Quería bailar un tango con Damon; un auténtico tango, de esos que se supone que uno tiene que casarse después de bailarlo. Pero existía otra misión…, una misión necesaria que tenían que completar.

Pero al volverse, se encontró con toda una multitud frente a ella: hombres, demonios, vampiros, criaturas con aspecto de animal. Todos ellos querían un baile. La espalda del esmoquin de Damon se alejaba ya de ella.

«¡Damon!»

Él se detuvo pero no se dio la vuelta. «¿Sí?» «¡Ayúdame! ¡Es necesario que encontremos la otra mitad de la llave!»

Pareció necesitar un instante para aquilatar la situación, pero entonces comprendió. Regresó junto a ella y, tomándola de la mano, dijo en voz clara y resonante:

—Esta muchacha es mi… asistente personal. No deseo que baile con nadie que no sea yo.

Las palabras produjeron un murmullo de desasosiego; la clase de esclavas que se llevaba a aquel tipo de bailes no eran por lo general de la clase a las que se prohibía relacionarse con desconocidos. Pero justo entonces hubo una especie de conmoción en el lateral de la estancia, que acabó por hacer que la gente se apiñase en el extremo opuesto de donde estaban Damon y Elena.

—¿Qué sucede? —preguntó Elena, olvidando el baile y la llave.

—¿Quién es?, preguntaría yo, más bien —respondió Damon—. Y contestaría que nuestra anfitriona, lady Blodwedd en persona.

Elena se encontró apretujándose detrás de otras personas para conseguir una visión fugaz de aquella criatura de lo más extraordinaria. Pero cuando por fin vio a la muchacha de pie sola en la entrada de la sala de baile, lanzó una exclamación ahogada de sorpresa.

«Estaba hecha de flores…», recordó Elena. ¿Qué aspecto tendría una muchacha hecha de flores?

Tendría una tez del más tenue tono rosáceo de una flor de manzano, se dijo Elena, mirando fijamente sin el menor reparo. Las mejillas serían de un rosa levemente más intenso, como una rosa color amanecer, y los ojos, enormes en el delicado rostro perfecto, serían del color de la espuela de caballero, con espesas pestañas negras livianas como plumas que los mantendría entornados, como si

anduviese siempre medio en sueños. Y tendría cabellos de un amarillo tan pálido como las prímulas, que le llegarían casi hasta el suelo, sujeto en trenzas que se iban amalgamando en trenzas más gruesas hasta que toda la masa quedaba unida justo por encima de los delicados tobillos.

Los labios serían tan rojos como amapolas, entreabiertos e incitantes. Y despediría un perfume que era como un ramillete de todas las primeras flores de la primavera. Andaría como si oscilara bajo la brisa.

Elena sólo pudo permanecer allí de pie, siguiendo con la mirada aquella visión como el resto de invitados que la rodeaban. «Sólo un segundo más para empaparme de tal hermosura», suplicó su mente.

—Pero ¿qué llevaba puesto? —se oyó preguntar Elena en voz alta, pues era incapaz de recordar ni un vestido deslumbrante ni un atisbo de reluciente piel color flor de manzano a través de tantas trenzas.

—Alguna especie de vestido. Estaba hecho de ¿qué otra cosa? Flores —intervino Damon irónicamente—. Llevaba un vestido hecho de todas las clases de flores que he visto en mi vida. No comprendo cómo permanecían en su sitio; a lo mejor eran de seda y estaban cosidas entre sí. —Era el único que no parecía deslumbrado por aquella visión.

—Me pregunto si querría hablar con nosotros… sólo unas pocas palabras —dijo Elena, que anhelaba oír la delicada voz mágica de la muchacha.

—Lo dudo —le respondió un hombre en el gentío—. No habla mucho… al menos hasta la medianoche. ¡Oye! ¡Eres tú! ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien, gracias —respondió Elena cortésmente, y luego retrocedió a toda prisa.

Reconocía al que había hablado como uno de los jóvenes que habían obligado a Damon a coger su tarjeta de visita al final de la ceremonia ante el Padrino, la noche de su Sanción.

Ahora todo lo que quería era escapar de allí discretamente, pero había demasiada gente, y estaba claro que aquellos hombres no estaban dispuestos a que Damon y ella se fuesen.

—Esta es la muchacha de la que os hablé. Entra en trance y no le importa cómo la azoten; no siente nada…

—… sangre corriendo por sus costados igual que agua y ella no se estremeció ni una vez…

—Son un número profesional. Efectúan giras…

Elena estaba a punto de decir, con la mayor frescura, que Blodwedd había prohibido estrictamente esta clase de barbarie en su fiesta, cuando oyó que uno de los vampiros jóvenes decía:

—Por si no lo sabéis, fui yo quien persuadió a lady Blodwedd para que os invitara a esta reunión informal. Le hablé sobre vuestro número y se mostró muy interesada en verlo.

«Vaya, ingéniate una excusa —pensó Elena—. Pero al menos sé amable con estos jóvenes. De algún modo podrían resultar útiles más tarde.»

—Me temo que no podré hacerlo esta noche —dijo, en tono calmado, de modo que ellos no se rebelaran—. Me disculparé ante lady Blodwedd directamente, por supuesto. Pero hoy no es posible.

—Sí, sí lo es. —La voz de Damon, justo detrás de ella, la dejó estupefacta—. Es del todo posible… siempre y cuando alguien encuentre mi amuleto.

«¡Damon! ¿Qué estás diciendo?»

«¡Silencio! Hago lo que debo.»

—Por desgracia, hará unas tres semanas y media perdí un amuleto muy importante. Tiene este aspecto. —Sacó la mitad de la llave zorro y les dejó que le echasen un buen vistazo.

—¿Es eso lo que usaste para llevar a cabo el número? —preguntó alguien, pero Damon era demasiado listo para eso.

—No, muchas personas me vieron hacer el número hará sólo una semana más o menos sin él. Esto es un amuleto personal, pero con una parte de él desaparecida, sencillamente no me siento con ganas de hacer magia.

—Parece un zorro pequeño. ¿No serás un kitsune? —preguntó alguien demasiado listo para su propio bien, se dijo Elena, a continuación.

—Puede parecéroslo a vosotros. En realidad es una flecha. Una flecha con dos piedras verdes en la cabeza de la flecha. Es un… amuleto para potenciar el atractivo masculino.

Una voz femenina en alguna parte entre la multitud dijo:

—¡Yo diría que no necesitas más encanto masculino del que ya tienes en estos momentos!

Y sonaron carcajadas.

35

—No obstante —los ojos de Damon adquirieron un destello acerado— sin el amuleto, mi asistente y yo no actuaremos.

—Pero… ¿con él lo haréis? Vaya, ¿estás diciendo que lo perdiste aquí?

—Pues mira por dónde, sí. Justo por la época en que se estaban efectuando los preparativos para la fiesta. —Damon lanzó una hermosa sonrisa perturbadora a los jóvenes vampiros y luego la apagó de improviso—. No tenía ni idea de que contaría con vuestra ayuda, e intentaba encontrar un modo de conseguir una invitación. Así que eché una mirada por ahí para ver cómo iban a diseñar el lugar.

—No me digas que fue antes de que apisonaran la hierba —dijo alguien con aprensión.

—Desgraciadamente, sí. Y recibí un mensaje psíquico, que me indicaba que la ll…, el amuleto está enterrado en alguna parte aquí.

Surgió un coro de gemidos entre la multitud.

A continuación se alzaron voces individuales, que señalaban las dificultades: la dureza parecida a la de la piedra del césped aplanado, las muchas salas de baile con sus innumerables arreglos florales en tierra, el huerto y los jardines («que todavía no hemos visto siquiera», pensó Elena).

—Comprendo la imposibilidad virtual de encontrar esto —dijo Damon, volviendo a introducir la mitad de la llave zorro en su mano y haciéndola desaparecer limpiamente en la mano de Elena, que estaba lista para recibirla. La joven tenía ahora un lugar especial para ella; lady Ulma se había ocupado de ello.

Hubo algunos refunfuños, pero acto seguido la gente empezó a alejarse en grupos de uno, dos y tres, hablando sobre los mejores lugares donde empezar a mirar.

«Damon, van a destruir los jardines de Blodwedd», protestó Elena en silencio.

«Estupendo. Ofreceremos todas las joyas que lleváis puestas las tres, así como todo el oro que llevo encima, como recompensa. Pero lo que cuatro personas no pueden hacer, a lo mejor mil sí pueden conseguirlo.»

Elena suspiró. «Todavía deseo que hubiésemos tenido la oportunidad de hablar con Blodwedd. No tan sólo para oírla hablar, sino para hacerle algunas preguntas. Me refiero a qué motivo tendría una hermosa flor como ella para proteger a Shinichi y Misao.»

La respuesta telepática de Damon fue breve. «Bien, probemos en las habitaciones superiores, entonces. Era a donde ella se dirigía, de todos modos.»

Encontraron una escalera de peldaños de cristal; bastante difícil de localizar al ser transparentes todas las paredes, y cuya ascensión resultaba aterradora. Una vez en el segundo piso buscaron otra, y finalmente Elena la encontró, al tropezar con el primer peldaño.

—¡Oh! —dijo, pasando la mirada del peldaño, que ahora era visible mediante una línea roja a lo largo del borde delantero, a su espinilla, que mostraba los mismos daños—. Bueno, puede que ella sea invisible, pero nosotros no.

—No es del todo invisible.

Elena sabía que Damon estaba canalizando Poder a sus ojos, porque ella había estado haciendo lo mismo, pero estos días se preguntaba quién de ellos tenía más de su sangre: ¿él o ella?

—No te fuerces, yo puedo ver los peldaños —dijo él—. Sólo cierra los ojos.

—Los ojos…

Antes de que pudiera preguntar por qué supo el motivo y, antes de que pudiera dar un grito, él ya la había levantado en volandas, su cuerpo cálido y sólido acogiéndola. Ascendió la escalera sosteniéndola en brazos de modo que el vestido quedara fuera del alcance de las gotitas de sangre que caían libremente al espacio.

Para alguien con miedo a las alturas, era un recorrido delirante y aterrador:

incluso a pesar de que sabía que Damon estaba en unas condiciones magníficas y no la dejaría caer e incluso a pesar de que estaba segura de que veía por donde iba. Con todo, de habérsele dejado decidir a ella, jamás habría ido más allá de la primera escalera. En cualquier caso, ni siquiera se atrevió a moverse mucho por si acaso le hacía perder el equilibrio a Damon. Tuvo que limitarse a gimotear por lo bajo e intentar soportarlo.

Cuando, al cabo de una eternidad, llegaron a lo alto, Elena se preguntó quién la bajaría, o si se quedaría allí el resto de su vida.

Se encontraron cara a cara con Blodwedd, la más encantadora criatura inhumana que Elena había visto hasta el momento. Encantadora… pero singular. ¿Acaso no había una leve forma de prímula en sus cabellos en la parte posterior y en los lados? ¿En realidad no tenía su rostro la forma de un pétalo de flor de manzano así como el tenue rubor de tal pétalo?

—Estáis en mi biblioteca privada —les dijo.

Y, como si un espejo se hubiese quebrado, Elena quedó libre del postrer glamour de Blodwedd.

Los dioses la habían hecho de flores… pero las flores no hablan. La voz de Blodwedd era apagada y monótona, y destrozaba por completo la imagen de la muchacha hecha de flores.

—Lo sentimos —respondió Damon, naturalmente en absoluto sin aliento—. Pero nos gustaría hacerle algunas preguntas.

—Si creéis que os ayudaré, os equivocáis —contestó la joven pétalo de flor en el mismo tono nasal—. Odio a los humanos.

—Pero yo soy un vampiro, como sin duda ya ha discernido —empezó a decir Damon, usando grandes dosis de encanto, cuando Blodwedd le interrumpió.

—Una vez humano, siempre humano.

—¿Cómo dice?

La pérdida de control de Damon podría haber sido lo mejor que podía haber sucedido, se dijo Elena, intentando mantenerse detrás de él. Este se mostró tan claramente sincero respecto a su desprecio por los humanos que Blodwedd se ablandó un poco.

—¿Qué has venido a preguntar?

—Tan sólo si ha visto a unos kitsune últimamente; son hermano y hermana y se llaman a sí mismos Shinichi y Misao.

—Sí.

—O podrían… ¿perdón? ¿Sí?

—Esos ladrones vinieron a mi casa por la noche. Yo estaba en una fiesta. Volé de vuelta de la fiesta y casi les atrapé. Los kitsune son difíciles de alcanzar, no obstante.

—¿Dónde…? —Damon tragó saliva—. ¿Dónde estaban?

—Bajaban corriendo las escaleras de la entrada principal.

—¿Y recuerda la fecha en que estuvieron aquí?

—Fue la noche que se prepararon los jardines para esta fiesta. Pasaron rodillos de piedra por encima de la hierba. Montaron el dosel.

«Cosas muy raras para hacer por la noche», pensó Elena, pero luego recordó —de nuevo— que la luz era siempre la misma.

Pero el corazón le latía a toda prisa. Shinichi y Misao sólo podían haber estado aquí por una razón: dejar la mitad de la llave zorro.

«Y tal vez dejarla caer en el Gran Salón de Baile», pensó la joven, y contempló apáticamente cómo todo el exterior de la biblioteca rotaba, casi como un planetario gigante, de modo que Blodwedd pudiese tomar una esfera y colocarla en alguna especie de aparato que debía de hacer sonar la música en diferentes estancias.

—Disculpe —dijo Damon.

—Esto es mi biblioteca privada —respondió con frialdad Blodwedd con el telón de fondo del crescendo del soberbio final de la *Suite de El pájaro de fuego*.

—¿Lo que significa que debemos irnos?

—Lo que significa que ahora voy a mataros.

36

—¿Qué? —gritó Damon por encima de la música, a la vez que añadía: «¡Huye… vete!», telepáticamente a Elena.

De haberse tratado simplemente de la vida de Elena, ésta no habría tenido inconveniente en morir allí con la atronadora belleza de *El pájaro de fuego* envolviéndola, antes que enfrentarse a aquellos peldaños invisibles y empinados ella sola.

Pero no era sólo su vida. Estaba también la de Stefan. Con todo, la doncella flor no parecía especialmente amenazadora, y Elena fue incapaz de reunir adrenalina suficiente para intentar bajar la espantosa escalera.

«Damon, marchémonos los dos. Tenemos que registrar el Gran Salón de Baile del exterior. Únicamente tú eres lo bastante fuerte…»

Una vacilación. Damon preferiría pelear a enfrentarse a aquel enorme e imposible campo de hierba del exterior, se dijo Elena.

Pero Blodwedd, a pesar de sus palabras, volvía a hacer girar la habitación en torno a ellos ahora, de modo que ella, en el borde de alguna pasarela invisible, pudiese hallar el orbe exacto que quería.

Damon tomó a Elena en brazos y dijo: «Cierra los ojos».

Elena no sólo cerró los ojos, sino que los cubrió con las manos también. Si Damon iba a dejarla caer, no serviría de nada que gritase «¡Cuidado!» mientras lo hacía.

Las sensaciones mismas ya eran suficientemente nauseabundas. Damon saltaba de peldaño en peldaño como un íbice. Parecía no tocar apenas los peldaños al bajar y Elena se preguntó —de repente— si algo iba tras ellos.

Si así era, necesitaba saberlo. Empezó a alzar las manos y oyó que Damon le susurraba con un gruñido: «¡Mantenlos cerrados!» en una voz con la que a pocas personas les gustaba discutir.

Miró a hurtadillas por entre las manos, tropezó con los ojos exasperados de Damon, y no vio nada siguiéndoles; así que volvió a unir las manos con fuerza y rezó.

«Si fueses realmente una esclava, no durarías ni un día aquí, ¿sabes?», le informó Damon, dando un último salto en el aire y depositándola a continuación sobre un invisible —pero al menos plano— suelo.

«No querría hacerlo —proyectó ella con frialdad—. Lo juro, preferiría morir.»

«Ten cuidado con lo que prometes. —Damon le mostró su fugaz y espléndida sonrisa de improviso—. Podrías acabar en otra dimensión intentando cumplir tu palabra.»

Elena ni siquiera trató de superar su agudeza. Estaban fuera, libres, y corrían por la casa de cristal hacia la escalera que llevaba al piso inferior —algo un poco peliagudo en el estado mental de la joven, pero soportable— y finalmente salieron por la puerta. En el césped de la Gran Sala de Baile encontraron a Meredith y a Bonnie… y a Sage.

Lo cierto era que también él iba de etiqueta, aunque la americana le tiraba en los hombros. Además, *Garra* estaba posado en uno; de modo que el problema podría quedar solucionado muy pronto, ya que el ave desgarraba el tejido y le hacía sangrar. Sage no parecía darse cuenta. *Sable* estaba junto a su amo, mirando a Elena con ojos demasiado pensativos para ser simples ojos de animal, pero sin malicia.

—¡Gracias a Dios que habéis regresado! —exclamó Bonnie, corriendo hacia ellos—. Sage vino y tiene una idea maravillosa.

Incluso Meredith estaba emocionada.

—¿Recuerdas que Damon dijo que deberíamos haber traído un adivino? Bueno, pues tenemos a dos ahora. —Volvió la cabeza hacia Sage—. Por favor, díselo.

—Como norma, no llevo a estos dos a fiestas. —Sage alargó la mano hacia abajo para rascar a *Sable* bajo la garganta—. Pero una avecilla me contó que podríais estar en apuros. —La mano se alzó para acariciar a *Garra*, erizando

levemente las plumas del halcón—. Así que, *dites-moi*, por favor: ¿Exactamente en qué medida habéis estado tocando vosotros dos la media llave que poseéis?

—Yo la toqué esta noche y al principio, la noche que la encontramos —dijo Elena—. Pero lady Ulma la tuvo en las manos y Lucen le hizo un cofre y todos hemos tocado eso.

—Pero ¿fuera de la caja?

—Yo la he tenido en la mano y la he mirado una o dos veces —respondió Damon.

—*Eh bien!* Los olores de los kitsune deberían de ser más fuertes en ella. Y los kitsune tienen un olor muy característico.

—Así que lo que quieres decir es que *Sable*… -La voz de Elena se apagó de puro desfallecimiento.

—Puede olfatear cualquier cosa con el olor a kitsune en ella. Entretanto, *Garra* tiene una vista muy aguda. Puede volar por encima de nosotros y buscar el destello del oro por si acaso está a la vista de todos en alguna parte. Ahora mostradles lo que tendrán que buscar.

Elena alargó, servicial, la media llave en forma de media luna para que *Sable* la olfateara.

—*Voilà!* Y *Garra*, ahora echa tú un vistazo.

Sage retrocedió hasta lo que era, supuso Elena, la distancia óptima de visión de *Garra*. Luego cuando regresó, dijo: *«Commençons!»*, y el perro negro salió disparado, con el hocico pegado al suelo, mientras el halcón alzaba el vuelo en espléndidos, elevados y amplios círculos.

—¿Así que crees que los kitsune estuvieron en este césped? —preguntó Elena a Sage, mientras *Sable* corría de un lado a otro, con el hocico todavía justo a centímetros por encima de la hierba…, y luego de improviso se desviaba a la parte central de la escalinata de mármol.

—Pues claro que estuvieron aquí, no tengo la menor duda. ¿Ves cómo corre *Sable*, igual que una pantera negra, con la cabeza baja y la cola tiesa? ¡Lo tiene controlado! Está sobre la pista.

«Yo conozco a alguien que da la misma sensación», pensó Elena a la vez que dirigía una ojeada a Damon, quien permanecía de pie con los brazos cruzados, inmóvil, enroscado como un muelle, a la espera de las noticias que pudiesen traer los animales.

Por casualidad la joven echó una mirada a Sage en el mismo momento, y vio una expresión en su rostro que…, bueno, probablemente era la misma expresión que ella había mostrado hacía un minuto. Él la miró y ella se ruborizó.

—*Pardonnez-moi, monsieur* -dijo, desviando rápidamente la mirada.

—*Parlez-vous français, madame?*

—*Un peu* -respondió ella con humildad; lo que era algo insólito—. En realidad no puedo mantener una conversación seria. Pero me encantó visitar Francia.

Estaba a punto de decir algo más, cuando *Sable* ladró una vez, con sequedad, para atraer la atención y luego se sentó muy erguido en el bordillo.

—Llegaron o se marcharon en un carruaje o litera —tradujo Sage.

—Pero ¿qué hicieron en la casa? Necesito un rastro que vaya en la otra dirección —dijo Damon, alzando los ojos hacia Sage con algo parecido a cruda desesperación.

—De acuerdo, de acuerdo. *¡Sable! Contremarche!*

El negro perro giró en redondo al instante, aplicó el hocico al suelo como si ello le proporcionase el mayor de los deleites, y empezó a correr de un lado a otro por las escaleras y el césped que conformaba la Gran Sala de Baile… que en aquellos momentos estaba quedando llena de agujeros a medida que la gente cavaba en ella con palas, picos e incluso cucharas enormes.

—Los kitsune son difíciles de atrapar —murmuró Elena al oído de Damon.

Este asintió, echando un vistazo a su reloj.

—Espero que también lo seamos nosotros —murmuró en respuesta.

Sonó un agudo ladrido procedente de *Sable*, y a Elena el corazón le dio un brinco.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Qué es?

Damon pasó por su lado, la agarró de la mano y la arrastró tras él.

—¿Qué ha encontrado? —jadeó Elena mientras alcanzaban todos el mismo punto a la vez.

—No lo sé. No es parte de la Gran Sala de Baile —respondió Meredith.

Sable estaba sentado con orgullo delante de un macizo de altas y arracimadas hortensias azul lavanda claro (violeta intenso).

—Estas flores no tienen demasiado buen aspecto —dijo Bonnie.

—Y no están debajo de ninguno de los salones de baile superiores, tampoco

—indicó Meredith, inclinándose para colocarse a la altura de *Sable* y luego mirar arriba—. Sólo está la biblioteca.

—Bueno, una cosa sí la sé sin la menor duda —dijo Damon—. Vamos a tener que excavar esta parcela de flores y no me atrae la idea de pedirle permiso a la señora OjosdeEspueladeCaballeroAhoratengoquemataros.

—¿Ah, te pareció que eran de espuela de caballero sus ojos? Porque yo pensé que eran más bien campánulaaas —dijo una invitada detrás de Bonnie.

—¿Realmente dijo que tenía que mataros? Pero ¿por qué? —preguntó nerviosamente otra invitada, situada más cerca de Elena.

Elena no les hizo caso.

—Bueno, pongámoslo de este modo, desde luego que no le va a gustar. Pero es la única pista de que disponemos.

«Excepto, supongo, si los kitsune pensaban dejarla aquí, pero entonces salieron huyendo en un coche de caballos», añadió mentalmente a Damon.

—Así que eso significa que el espectáculo puede comenzar —exclamó uno de los jóvenes admiradores vampiros, avanzando hacia Elena.

—Pero no he recuperado mi amuleto —declaró Damon, tajante, yendo a colocarse delante de Elena igual que un muro infranqueable.

—Pero lo tendrás en unos minutos, sin duda. Oye, ¿no podrían algunos tipos retroceder junto con el perro hasta de donde sea que vinieron los tipos malos…, desde donde vinieron a la finca, no sé si me entiendes? Y entretanto nosotros podríamos proseguir con el espectáculo.

—¿Puede hacer eso *Sable?* -preguntó Damon—. ¿Seguir un carruaje?

—¿Con un zorro dentro? Pues claro que sí. En realidad podría ir yo con ellos —respondió Sage con voz sosegada—. Podría asegurarme de que estos dos enemigos son atrapados si están en el otro extremo del rastro. Muéstramelos.

—Estas son las únicas formas que conozco. —Damon alargó dos dedos y tocó la sien de Sage—. Pero, por supuesto, tendrán otras, posiblemente un número infinito.

—Bueno, ellos no son nuestra prioridad, supongo. El, esto, el amuleto lo es.

—Sí —dijo Damon—; incluso aunque no puedas asestarles un buen golpe, consigue la mitad de la llave y regresa corriendo.

—¿Es así? Aún más importante que la venganza —repuso Sage en voz queda, meneando la cabeza maravillado, y a continuación añadió a toda prisa—:

Bueno, te desearé buena suerte. ¿Hay alguna persona intrépida que quiera venir conmigo? Ah, estupendo, cuatro… muy bien, cinco, *madame.*… es suficiente.

Y desapareció.

Elena miró a Damon, que miraba atrás con negros ojos inexpresivos.

—¿Realmente esperas que haga… eso… otra vez?

—Todo lo que tienes que hacer es quedarte ahí. Me aseguraré de que pierdas la menor sangre posible. Y si en algún momento quieres parar podemos tener una señal.

—Sí, pero ahora lo comprendo. Y puedo manejarlo.

El rostro de Damon se tornó repentinamente impasible. Dejándola fuera.

—No se requiere de ti que manejes nada. Además, ¿no es suficiente si digo que es un trato justo por Stefan?

¡Stefan! Todo el cuerpo de Elena experimentó una especie de cambio elemental.

—Déjame compartirlo —suplicó, y sabía que suplicaba y sabía lo que Damon iba a decir.

—Stefan va a necesitarte cuando salgamos. Tan sólo asegúrate de que puedes manejarlo.

«Para. Piensa. No le partas la crisma —indicó a Elena su cerebro—. Te está manipulando. Sabe cómo hacerlo. No le permitas que te manipule.»

—Puedo manejar ambas cosas —dijo ella—. Por favor, Damon. No me trates como si fuese… una de tus conquistas de una noche, o incluso tu Princesa de la Oscuridad. Háblame como si fuese Sage.

—¿Sage? Sage es el más frustrante, astuto…

—Lo sé. Pero le hablas. Y acostumbrabas a hablarme, y ahora ya no lo haces. Escúchame. No puedo soportar volver a pasar por esta situación. Chillaré.

—Eso suena a amenaza…

—¡No! Te cuento lo que sucederá. A menos que me amordaces. Chillaré. Y chillaré. Como chillaría por Stefan. No puedo evitarlo. A lo mejor me estoy desmoronando…

—Pero ¿no te das cuenta? —De improviso había girado en redondo y sujetaba sus manos—. Estamos casi al final. Tú, que has sido la más fuerte todo el tiempo…, no puedes desmoronarte ahora.

—La más fuerte… —Elena negaba con la cabeza—. Pensaba que estábamos

justo allí, a punto de comprendernos mutuamente.

—De acuerdo. —Sus palabras surgieron duras como esquirlas de mármol ahora—. ¿Que te parece cinco?

—¿Cinco?

—Cinco azotes en lugar de diez. Prometeremos continuar con los otros cinco cuando se encuentre el «amuleto», pero saldremos huyendo cuando lo encontremos.

—Tendrías que incumplir tu palabra.

—Si es necesario…

—No —replicó ella, tajante—. Tú no digas nada. Seré yo quien lo diga. Soy una mentirosa y una tramposa y siempre he jugado con los hombres. Veamos si por fin puedo dar un buen uso a mi talento. Y no tiene ningún sentido probar con cualquiera de las otras muchachas —añadió, alzando a toda prisa los ojos—. Bonnie y Meredith llevan vestidos que se caerían de buen principio si las azotases. Sólo yo llevo la espalda al descubierto.

Efectuó una pirueta para mostrar cómo el vestido se cerraba muy arriba con un tirante alrededor del cuello y muy abajo en la espalda en un escote en V.

—Entonces estamos de acuerdo. —Damon hizo que un esclavo volviera a llenarle la copa y Elena pensó:

«Vamos a hacer el número más borracho de la historia, por lo menos.»

No pudo evitar estremecerse. La última vez que había sentido un temblor interior, su origen estaba en la mano cálida de Damon sobre su espalda mientras bailaban. En aquellos momentos sentía algo mucho más gélido, quizá tan sólo una ráfaga de aire frío. Pero le hizo recordar la sensación de la sangre corriéndole por los costados.

De pronto, Bonnie y Meredith estaban junto a ella, formando una barrera entre ella y la multitud cada vez más curiosa y excitada.

—Elena, ¿qué ha sucedido? Han dicho que iban a azotar a una salvaje humana… —empezó a decir Meredith.

—Y vosotras en seguida habéis sabido que tenía que ser yo, claro —completó Elena—. Bien, pues es cierto. No veo cómo puedo librarme.

—Pero ¿qué es lo que has hecho? —preguntó Bonnie, fuera de sí.

—Ser una idiota. Permitir que una suerte de fraternidad de chicos vampiros piense que lo del otro día era una especie de número de magia —intervino

Damon, que aún mostraba un semblante lúgubre.

—Eso es un poco injusto, ¿no es cierto? —inquirió Meredith—. Elena nos lo contó la primera vez. Se diría que fueron ellos quienes sacaron precipitadamente esa conclusión por sí solos.

—Tendríamos que haberlo negado entonces. Ahora no podemos desdecirnos —declaró Damon categóricamente y, luego, como si le costara pronunciarlo—: Ah, bueno, a lo mejor conseguiremos lo que vinimos a buscar, de todos modos.

—Así es como nos hemos enterado; un idiota bajó corriendo los escalones chillando sobre un amuleto con dos piedras verdes.

—Fue todo lo que se nos ocurrió —explicó Elena en tono cansino—. Tanto a Damon como a mí nos compensa hacer esto si al menos podemos hallar la otra mitad de la llave.

—No tenéis que hacerlo —repuso Meredith—. Podemos irnos sin más.

Bonnie se la quedó mirando con asombro.

—¿Sin la llave zorro?

Elena negó con la cabeza.

—Ya hemos pasado por todo eso. La decisión unánime ha sido hacerlo de este modo. —Miró a su alrededor—. Bueno, ¿dónde están los tipos que estaban tan interesados en verlo?

—Buscando en el terreno… que antes había sido una sala de baile —respondió Bonnie—. O consiguiendo palas…, gran cantidad de ellas…, en el recinto de las cosas de jardinería de Blodwedd. ¡Uy! ¿Por qué me pellizcas, Meredith?

—Oh, vaya, ¿ha sido un pellizco? Mi intención era hacer esto…

Pero Elena se alejaba ya con paso firme, tan impaciente ahora como lo estaba Damon por acabar con aquello. «Medio acabarlo. Sólo espero que recuerde cambiarse y ponerse la cazadora de cuero y los vaqueros negros. Con traje de etiqueta… la sangre…»

«No permitiré que haya sangre.»

El pensamiento fue repentino y Elena no supo de dónde procedía. Pero en lo más profundo de su ser, pensó: «Ya ha sufrido suficiente castigo. Temblaba en la litera. Pensaba en el bienestar de otra persona a cada minuto. Ya es suficiente. Stefan no querría que se le lastimase más».

Alzó los ojos y se encontró con que una de las pequeñas y deformes lunas de

la Dimensión Oscura se movía visiblemente sobre su cabeza. En esta ocasión la claudicación que Elena le brindó fue de un rojo brillante, una pluma brillando en sombría luz carmesí; pero se entregó a ella sin reservas, en cuerpo y alma, y ésta descansó sobre el santificado manantial de sangre eterna que era su condición de mujer. Y entonces supo lo que tenía que hacer.

—Bonnie, Meredith, oíd: somos un triunvirato. Tenemos que intentar compartir esto con Damon.

Ninguna se mostró entusiasmada.

Elena, cuyo orgullo había quedado hecho añicos por completo desde el primer momento que vio a Stefan en su celda, se arrodilló frente a ellas sobre el duro escalón de mármol.

—Os lo estoy suplicando…

—¡Elena! ¡No hagas eso! —jadeó Meredith.

—¡Por favor, levántate! ¡Oh, Elena…! —Bonnie estaba a punto de llorar.

Y así pues, fue la menuda y compasiva Bonnie quien cambió las cosas.

—Intentaré enseñar a Meredith cómo. Pero en cualquier caso, al menos lo compartiremos entre las tres.

Abrazo. Beso. Un susurro al interior de la melena rojiza.

—Sé lo que ves en la oscuridad. Eres la persona más valerosa que conozco.

Y entonces, dejando a una Bonnie estupefacta tras ella, Elena fue a reunir espectadores para sus azotes.

37

A Elena la habían atado, como a un personaje de una película de serie B al que pronto liberarían, de pie contra un pilar. La excavación del terreno proseguía aún de un modo dilatorio mientras los vampiros que la habían conducido a esto iban en busca de una vara de fresno que habían traído, y permitían que Damon la examinara. Damon se movía a cámara lenta; intentaba hallar puntos sobre los que hacer comentarios innecesarios para demorar lo que tenía que hacer; aguardaba para oír el traqueteo de las ruedas de un coche de caballos que le indicaría que el carruaje había regresado; actuaba enérgicamente, pero por dentro se sentía tan lento como plomo a medio enfriar.

«Jamás he sido un sádico —pensó—. Siempre he intentado proporcionar placer… excepto en las peleas. Pero debería ser yo quien estuviese en esa celda. ¿No se da cuenta Elena de eso? Es mi turno bajo el látigo ahora.»

Se había puesto sus «ropas de mago», tomándose tanto tiempo como osó sin dar la impresión de que quisiera postergar aquello. Y ahora había más o menos entre seiscientos y ochocientos espectadores, aguardando para ver derramar la sangre de Elena, para contemplar cómo herían la espalda de Elena y ésta cicatrizaba milagrosamente.

«De acuerdo. Estoy tan preparado como lo estaré jamás para hacer esto.»

Regresó a la conciencia del propio cuerpo, al ahora de lo que estaba sucediendo.

Elena tragó saliva. «Compartir el dolor», había dicho… sin saber en absoluto

cómo hacerlo. Pero aquí estaba, como un sacrificio atado a una columna, con la vista fija en la casa de Blodwedd y aguardando la llegada de los azotes.

Damon ofrecía en aquellos momentos una charla de presentación a la muchedumbre, diciendo sandeces y haciéndolo muy bien. Elena localizó una ventana concreta de la casa que contemplar. Y a continuación advirtió que Damon ya no hablaba.

Un contacto de la vara contra su espalda. Un susurro telepático.

«¿Estás lista?»

«Sí», respondió al instante, sabiendo que no lo estaba. En seguida oyó, en el silencio sepulcral, un silbido a través del aire.

La mente de Bonnie flotó al interior de la suya; la de Meredith fluía como un río. El golpe fue un simple cachete, aunque Elena sintió correr sangre.

Pudo percibir el desconcierto de Damon. Lo que debería haber sido el tajo de una espada fue un simple bofetón. Doloroso, pero definitivamente soportable.

Y una vez más. El triunvirato se repartió el dolor antes de que la mente de Damon pudiera recibirlo.

Había que mantener el triángulo en movimiento. Y un tercero.

Faltaban dos más. Elena permitió que su mirada vagase por la casa, ascendiendo hasta el tercer piso donde Blodwedd tenía que estar enfurecida al ver en qué se había convertido su fiesta.

Uno más. La voz de un invitado regresó hasta ella.

—Esa biblioteca. Ella tiene más orbes que la mayoría de bibliotecas públicas, y… —con la voz descendiendo un instante— dicen que tiene toda clase de esferas allí arriba. Esferas prohibidas. Ya sabes.

Elena lo desconocía y con todo difícilmente podía imaginar qué podría estar prohibido allí.

En su biblioteca, Blodwedd, una única figura solitaria, se movió en la enorme esfera brillantemente iluminada para localizar un nuevo orbe. Dentro de la casa sonaría música, música distinta en cada estancia. En el exterior, Elena no podía oír nada.

El último golpe. El triunvirato consiguió manejarlo, distribuyendo un dolor atroz entre cuatro personas. «Al menos —pensó Elena—, mi vestido ya era tan rojo como podía serlo.»

Y entonces todo finalizó, y Bonnie y Meredith se peleaban con algunas de

las damas vampiras que querían ayudar a lavar la sangre de la espalda de Elena, para mostrarla una vez más sin mácula y perfecta, brillando dorada a la luz del sol.

«Será mejor mantenerlas alejadas —transmitió mentalmente Elena a Damon con voz un tanto somnolienta—; alguna pueden ser comedoras de uñas o lamedoras de dedos compulsivas. No podemos permitirnos que nadie pruebe mi sangre y perciba la fuerza vital que contiene; no cuando he pasado por tanto para ocultar mi aura.»

Si bien sonaban aplausos y vítores por todas partes, nadie había pensado en desatar las muñecas de Elena; así que la joven permanecía recostada en el pilar, con la mirada puesta en la biblioteca.

Y entonces el mundo se paralizó.

A su alrededor todo era música y movimiento, y ella era el punto inmóvil en un universo rotante. Pero tenía que empezar a moverse, y de prisa. Tiró con fuerza de las ataduras, lacerándose la carne.

—¡Meredith! ¡Desátame! ¡Corta las cuerdas, rápido!

Meredith obedeció a toda prisa.

Cuando se dio la vuelta, Elena sabía lo que vería. El rostro… el rostro de Damon, perplejo, medio resentido, medio humilde, y eso era lo bastante bueno para ella, justo entonces.

«Damon, es necesario que lleguemos a la…»

Pero entonces se vieron engullidos por un tumulto. Gentes que les deseaban lo mejor, admiradores, escépticos, vampiros que suplicaban «probar un poquitín sólo», gentes que miraban con ojos como platos y querían asegurarse de que la espalda de Elena era auténtica, cálida y sin marcas. Elena sintió demasiadas manos sobre su cuerpo.

—¡Apartaos de ella, maldita sea!

Fue el salvaje rugido primitivo de una bestia defendiendo a su compañera. La gente se apartó de Elena, para rodear entonces…, muy despacio y tímidamente…, a Damon.

«De acuerdo —pensó Elena—. Lo haré sola. Puedo hacerlo sola. Por Stefan, puedo.»

Se abrió paso a empujones por entre la muchedumbre, aceptando de los admiradores ramos de flores arrancadas precipitadamente… y sintiendo más

manos sobre su cuerpo.

—¡Eh, es cierto, no tiene ninguna señal!

Y por fin, Meredith y Bonnie la ayudaron a salir de allí; sin ellas jamás lo habría conseguido.

Y a continuación corría ya, corría al interior de la casa, sin preocuparse de usar la puerta situada cerca del lugar donde había ladrado *Sable*. Creía saber lo que había allí de todos modos.

En el segundo piso pasó un minuto de perplejidad antes de ver una fina línea roja en la nada. ¡Su propia sangre! Sin duda, eran incontables sus utilidades. Justo ahora ponía de relieve el primero de los escalones para ella, aquel con el que había tropezado antes.

Antes, sostenida por los fuertes brazos de Damon, no había podido imaginar ser capaz de ascender aunque fuese a rastras aquellos peldaños. Ahora, canalizó todo el Poder que poseía a los nódulos oculares… y la escalera se iluminó. Seguía siendo aterradora. No había dónde asirse en ninguno de los lados, y se sentía aturdida por la excitación, el miedo y la pérdida de sangre. Pero se obligó a subir, y subir, y subir.

—¡Elena! ¡Te amo! ¡Elena!

Oía el grito como si Stefan estuviese a su lado en aquel momento.

Arriba, arriba, arriba… Las piernas le dolían.

«Sigue andando. Nada de excusas. Si no puedes andar, cojea. Si no puedes cojear, gatea.»

Gateaba cuando por fin llegó a lo alto, al borde del nido de la lechuza Blodwedd.

Al menos fue todavía una doncella bonita, aunque de aspecto insípido, la que le dio la bienvenida, y Elena comprendió por fin cuál era el problema con la belleza de Blodwedd: carecía de vitalidad animal. En el fondo, era un vegetal.

—Voy a matarte, ¿sabes?

Pero era un vegetal con muy mal carácter.

Elena miró a su alrededor. Podía ver el exterior desde allí, aunque en medio estaba la cúpula a base de estantes y más estantes de orbes, de modo que todo quedaba extrañamente distorsionado.

Allí no había enredaderas colgantes, ni una flagrante exhibición de exóticas flores tropicales. Pero se encontraba ya en el centro de la habitación, en el nido

de lechuza de Blodwedd, y Blodwedd no estaba en absoluto cerca de él; estaba en el artilugio que le permitía alcanzar las bolas estrella.

La llave sólo podía estar enterrada en aquel nido.

—No quiero robarte —prometió Elena, respirando con dificultad, y al mismo tiempo que hablaba, hundió dos brazos en el nido—. Aquellos kitsune nos gastaron una jugarreta a ambas. Me robaron algo y colocaron la llave que da acceso a ello en tu nido. Tan sólo quiero recuperar lo que dejaron.

—¡Ja! ¡Tú…, esclava humana! ¡Bárbara! ¡Osaste violar mi biblioteca privada! Esa gente está ahí fuera cavando en mi hermosa sala de baile, arrancando mis preciosas flores. ¡Crees que podrás volver a escapar esta vez, pero no lo harás! ¡Esta vez vas a MORIR!

Fue una voz totalmente distinta del monótono timbre nasal, pero aun así de una doncella, que había recibido a Elena antes. Ésta era una voz potente, una voz profunda…

… una voz que hacía juego con el tamaño del nido.

Elena alzó los ojos. No consiguió comprender nada de lo que vio. ¿Un enorme abrigo de piel con un dibujo de lo más exótico? ¿La espalda de algún enorme animal disecado?

La criatura de la biblioteca se volvió hacia ella. O más bien, la cabeza se volvió hacia ella, mientras la espalda permanecía perfectamente inmóvil. Hizo rotar la cabeza lateralmente y Elena supo que lo que veía era un rostro. La cabeza era aún más horrorosa e indescriptible de lo que podría haber imaginado; tenía un especie de ceja única que bajaba en picado desde un lado de la frente en dirección a la nariz (o a donde debería de haber estado la nariz) y luego volvía a ascender. Era como una ceja gigante en forma de V y debajo tenía dos enormes ojos redondos amarillos que pestañeaban a menudo. No había una nariz o boca como las de un humano, sino que en su lugar había un curvo pico negro, enorme y cruel. El resto del cuerpo estaba cubierto de plumas, en su mayoría blancas, que adquirían un moteado gris en el extremo final, donde parecía estar el cuello. También era gris y blanca en dos proyecciones semejantes a cuernos que brotaban de la parte superior de la cabeza… como los cuernos de un demonio, se dijo Elena atolondradamente.

Entonces, mientras la cabeza la miraba todavía fijamente, el cuerpo se volvió hacia Elena.

Era el cuerpo de una mujer robusta, cubierto de plumas blancas y entrecanas, lo que vio Elena. Asomaban garras por debajo de las plumas más cercanas al suelo.

—Hola —dijo la criatura con voz chirriante, abriendo y cerrando el pico para expulsar las palabras a mordiscos—. Soy Blodwedd, y jamás permito que nadie toque mi biblioteca. Soy tu muerte.

Las palabras «¿Podemos al menos discutirlo primero?» aparecieron en los labios de Elena, que no quería ser una heroína; que desde luego no quería enfrentarse a Blodwedd mientras buscaba la llave que, por fuerza, tenía que estar allí… en alguna parte.

Elena seguía intentando dar explicaciones a la vez que palpaba frenéticamente el interior del nido, cuando Blodwedd extendió unas alas que abarcaron de lado a lado de la habitación y se abalanzó sobre ella.

Y entonces, como un rayo, algo pasó volando como una exhalación entre ellas, profiriendo un chillido estridente.

Era *Garra*. Sage debía de haberle dado órdenes al halcón después de separarse de ella.

La lechuza pareció encogerse un poco… «Para atacar mejor», se dijo Elena.

—Por favor, deja que me explique. No lo he encontrado aún, pero hay algo en tu nido que no te pertenece. Es mío… y…, y de Stefan. Los kitsune lo escondieron aquí la noche que tuviste que perseguirles fuera de tu propiedad. ¿Recuerdas eso?

Blodwedd no respondió durante un momento. Luego demostró que poseía una simple filosofía inamovible que servía para todas las situaciones.

—Si pones un pie en mis aposentos privados, mueres —declaró, y esta vez, cuando descendió en picado y pasó junto a Elena, la joven oyó el chasquido del pico al cerrarse.

Una vez más algo pequeño y brillante se abalanzó sobre Blodwedd intentando alcanzarle los ojos, y la enorme lechuza tuvo que apartar la atención de Elena para ocuparse de ello.

Elena se dio por vencida. Hay ocasiones en las que uno necesitaba ayuda.

—*¡Garra!* -gritó, no muy segura de hasta dónde comprendía el habla humana aquella ave—. ¡Intenta mantenerla ocupada… sólo un minuto!

Mientras las dos aves se perseguían como flechas, describían círculos y

chillaban a su alrededor, Elena intentó buscar con los brazos, a la vez que se agachaba cuando era necesario. Pero aquel enorme pico negro estaba siempre demasiado cerca. En una ocasión le hizo un corte en un brazo, pero Elena tenía la adrenalina disparada, y apenas notó el dolor. Siguió buscando sin pausa.

Finalmente, comprendió lo que debería haber hecho desde el principio. Agarró un orbe de su estante transparente.

—«*Garra*» -llamó—. ¡Toma!

El halcón descendió en picado hacia ella y sonó un chasquido. Pero después de eso Elena todavía tenía todos los dedos y el *hoshi no tama* había desaparecido.

En ese momento, en ese momento sí que Elena oyó un alarido de furia procedente de Blodwedd. La lechuza gigante fue tras el halcón, pero era como un humano intentando dar una palmada a una mosca… a una mosca inteligente.

—¡Devuélveme ese orbe! ¡Tiene un valor inestimable! ¡Inestimable!

—Lo recuperarás en cuanto encuentre lo que estoy buscando.

Elena, loca de terror, trepó hasta alcanzar el interior del nido y empezó a registrar el suelo de mármol con los dedos.

En dos ocasiones *Garra* la salvó dejando caer orbes al suelo con gran estrépito cuando la enorme lechuza Blodwedd se dirigía hacia ella. En cada ocasión, el estrépito provocó que la lechuza se olvidara de Elena e intentara atacar al halcón. Entonces *Garra* se hacía con otro orbe y pasaba volando a gran velocidad bajo el rostro de la lechuza.

Elena empezaba a tener la aterradora sensación de que todo lo que había sabido hasta media hora antes estaba equivocado.

Estando apoyada contra el poste del dosel, agotada, con la vista fija arriba en la biblioteca y la doncella que la habitaba, las palabras sencillamente habían fluido en su mente.

La sala de los orbes de Blodwedd…

La sala de las esferas de Blodwedd…

La sala de las bolas estrella… de Blodwedd…

… la sala de las esferas que contenían los bailes.

En cierto modo también se la podía denominar…

… la sala de baile particular de Blodwedd.

Dos modos de usar las mismas palabras. Dos habitaciones de una clase muy

distinta.

Era muy propio de un kitsune proporcionar una pista que omitía algunos datos, para conducir a error.

Justo estaba recordando esto cuando los dedos tocaron metal.

38

—*¡Garra!* ¡Ese… ven aquí! —gritó Elena y empezó a correr tan rápido como podía para salir de la habitación.

Era una estrategia. ¿Se tornaría la lechuza aún más pequeña para así poder pasar por la puerta o destruiría su santuario con tal de mantenerse sobre Elena?

Era una buena estrategia, pero no sirvió de gran cosa al final. La lechuza se encogió para salir como una flecha por la puerta, y luego recuperó su gigantesco tamaño para atacar a Elena mientras ésta corría escaleras abajo.

Sí, corría. Con todo su Poder canalizado a los ojos, Elena saltaba de peldaño en peldaño como Damon había hecho antes. Ahora no había tiempo para miedos, no había tiempo para pensar. Sólo había tiempo para darle vueltas en los dedos a un objeto pequeño, duro y en forma de media luna.

«Shinichi y Misao… realmente consiguieron llegar a su nido.

»Debía de haber una escalerilla o algo hecho de cristal que ni siquiera Damon podía ver, en el macizo de flores donde *Sable* se había detenido y había ladrado. No; Damon la habría visto, así que ellos debían de haber traído su propia escalerilla.

»Es por eso que su rastro finalizaba allí. Treparon directamente al interior de la biblioteca. Y estropearon las flores del arriate, motivo por el que aquellas flores no presentaban muy buen aspecto.»

Elena sabía por tía Judith, desde la infancia, que las flores trasplantadas tardaban un poco en revivir y volver a estar lozanas.

«Brinca… salta… brinca… soy un espíritu de fuego. No puedo perder pie. Soy un espíritu elemental del fuego. Brinca… brinca… brinca.»

Y a continuación Elena contemplaba suelo llano, intentando no brincar contra él, pero prisionera de su cuerpo que saltaba ya. Cayó con fuerza suficiente para dejar un costado entumecido, pero no soltó la preciosa media luna que aferraba en la mano.

Un pico gigante se estrelló contra el cristal en el punto donde ella había estado un momento antes de resbalar. Unas garras le arañaron la espalda.

Blodwedd seguía yendo tras ella.

Sage y su grupo de robustos jóvenes vampiros de ambos sexos viajaban al paso de un perro que corría. *Sable* podía guiarles, pero únicamente tan rápido como él podía ir. Por suerte, pocas personas parecían querer instigar una pelea con un perro que pesaba tanto como ellas; que pesaba más que muchos de los mendigos y niños con los que tropezaron al alcanzar el bazar.

Los niños se amontonaron alrededor del carruaje, haciéndoles ir más despacio, así que Sage dedicó un momento a intercambiar una cara alhaja por una bolsa llena de calderilla y esparció las monedas tras el carruaje mientras seguían camino, permitiendo que *Sable* corriera sin trabas.

Pasaron ante docenas de tenderetes y calles que se cruzaban, pero *Sable* no era un sabueso corriente. Poseía Poder suficiente para confundir a la mayoría de los vampiros. Con quizá tan sólo una o dos de las moléculas de la llave pegadas a la membrana nasal podía dar caza a su objetivo y, donde otro perro podría verse engañado por uno de los cientos de rastros kitsune similares con los que se cruzaban, *Sable* examinaba y rechazaba cada uno por no tener del todo la forma, tamaño o cincelado correctos.

Llegó un momento, no obstante, en que incluso *Sable* pareció vencido. Se detuvo en el centro de un cruce de seis caminos, sin importarle el tráfico, cojeando ligeramente y describiendo círculos. No parecía capaz de elegir un sendero.

«Y tampoco podría yo, amigo mío —pensó Sage—. Hemos conseguido llegar hasta aquí, pero está claro que siguieron más adelante. No hay ningún sitio al que subir o donde cavar…» Sage vaciló, paseando la mirada por el redondel de carreteras.

Y entonces vio algo.

Justo al otro lado de donde él estaba, pero a su izquierda, había una perfumería. Debía de vender cientos de fragancias, y billones de moléculas de perfume estaban siendo liberadas deliberadamente al aire.

Sable estaba ciego. No ciego literalmente en sus agudos y líquidos ojos negros. Pero allí donde importaba, quedaba anestesiado y cegado por los billones de aromas que estaban siendo introducidos en su hocico.

Los vampiros del carruaje gritaban pidiendo seguir adelante o regresar. Aquellas gentes no tenían ningún sentido de la auténtica aventura. Sólo querían un bonito espectáculo. Y sin duda muchos tenían esclavos que les estaban grabando los azotes, de modo que pudiesen disfrutar de ellos con tranquilidad en casa.

En aquel momento un destello de azul y oro decidió a Sage.

«¡Una Guardiana! *Eh, bien…*»

—¡Ven aquí, *Sable*!

La cabeza y la cola del perro descendieron mientras Sage elegía al azar una de las direcciones y le hacía correr junto a él para abandonar la vía y penetrar en otra calle.

Pero entonces, milagrosamente, la cola volvió a alzarse. Sage calculaba que no podía existir ni un molécula de olor kitsune en los orificios nasales de *Sable* ya…

… pero el recuerdo del olor… aún seguía allí.

Sable volvía a estar en modo cacería, con la cabeza gacha, la cola tiesa, todo su Poder e inteligencia concentrados en un único objetivo: encontrar otra molécula que encajase con la memoria tridimensional de una que tenía en la mente. Ahora que no lo cegaba el punzante olor de todos aquellos distintos aromas concentrados, era capaz de pensar con mayor claridad. Y pensar le alentó a deslizarse entre las calles, provocando una conmoción detrás de él.

—¿Qué pasa con el carruaje?

—¡Olvidad el carruaje! ¡No perdáis de vista a ese tipo con el perro!

Sage, intentando él mismo mantenerse a la altura de *Sable*, sabía cuándo una persecución estaba a punto de finalizar. *«Tranquillité!»*, dijo mentalmente al perro. También susurró apenas la palabra. Nunca había estado seguro de si sus amigos animales poseían telepatía o no, pero le gustaba creer que la poseían, a la vez que se comportaba como si no fuese así. *«Tranquillité!»*, se dijo a sí mismo.

Y así pues, cuando el enorme perro negro de brillantes ojos oscuros y el hombre ascendieron a la carrera los peldaños de un edificio especialmente desvencijado, lo hicieron en silencio. Luego, como si hubiese disfrutado de un agradable paseo por el campo, *Sable* se sentó y miró a Sage a la cara, jadeando como si riera o puede que viceversa. Abrió y cerró la boca en una silenciosa parodia de un ladrido.

Sage aguardó a que los jóvenes vampiros le alcanzaran antes de abrir la puerta. Y, puesto que quería tener el elemento sorpresa, no llamó. En su lugar atravesó la puerta con un puñetazo que tenía la potencia de una almádena y buscó a tientas cerraduras, cadenas y cerrojos. No localizó ninguno, pero sí palpó un pomo.

Antes de abrir la puerta, y entrar en quién sabía que peligro, dijo a los que tenía detrás:

—Cualquier botín que cojamos es propiedad del amo Damon. Soy su capataz y ha sido sólo gracias a las habilidades de mi perro como hemos conseguido llegar tan lejos.

Hubo un acuerdo, que abarcó desde refunfuños a indiferencia.

—De igual modo —dijo Sage—, cualquier peligro que haya ahí dentro, yo me enfrento a él primero. *¡Sable!* ¡AHORA!

Irrumpieron en la habitación, sacando casi la puerta de sus goznes.

Elena lanzó un grito involuntario. Blodwedd acababa de hacer lo que Damon no haría, y le había cubierto la espalda de ensangrentados cortes abiertos con sus garras.

Mientras se las apañaba para localizar la puerta de cristal que conducía al exterior, Elena pudo sentir incluso otras mentes que se abalanzaban sobre ella para ayudarla a tenerse en pie, para alzarla y compartir algo de aquel dolor.

Bonnie y Meredith se abrían paso por entre fragmentos enormes de cristal para llegar hasta ella. Le gritaban a la lechuza. Y *Garra*, heroicamente, atacaba al ave desde las alturas.

Elena no podía soportarlo más. Tenía que verlo. Tenía que saber que aquel objeto con tacto metálico que había cogido del nido de Blodwedd no era ningún pedazo de basura inmunda. Tenía que saberlo ya.

Restregando el diminuto pedazo de metal contra el malhadado vestido escarlata, dedicó un momento a echar un vistazo abajo, a ver cómo la luz carmesí del sol centelleaba sobre oro y diamantes y dos pequeñas orejas dobladas hacia atrás y dos brillantes ojos de alexandrita verde.

El duplicado de la primera mitad de la llave zorro, pero mirando en dirección opuesta.

A Elena las piernas casi se le doblaron.

Sostenía la segunda mitad de la llave zorro.

A toda prisa, entonces, Elena alzó la mano libre y metió los dedos dentro del pequeño bolsillo cuidadosamente confeccionado tras el entredós de diamantes. Ocultaba una bolsa diminuta, cosida especialmente allí por la propia lady Ulma, donde llevaba la primera mitad de la llave zorro, que había vuelto a guardar allí en cuanto *Sable* y *Garra* hubieron terminado con ella. Ahora, mientras empujaba la segunda mitad al interior del bolsillo junto a la primera, le desconcertó percibir movimiento en la bolsa. Las dos piezas de la llave estaban… ¿qué?, ¿convirtiéndose en una?

Un pico negro embistió la pared de cristal junto a ella.

Sin pensar siquiera, Elena se agachó y rodó para escapar. Cuando sus dedos regresaron a toda prisa para asegurarse de que la bolsa seguía atada y a salvo, la dejó estupefacta percibir una forma familiar descansando dentro.

¿No era una llave?

¡No era una llave!

El mundo giraba vertiginosamente alrededor de Elena. Nada importaba; ni el objeto, ni su propia vida. Los gemelos kitsune les habían engañado, habían hecho hacer el ridículo a aquellos humanos idiotas y al vampiro que había osado enfrentarse a ellos. No existía una doble llave zorro.

Con todo, la esperanza se negó a morir. ¿Qué era lo que Stefan acostumbraba a decir? *Mai dire mai*: nunca digas nunca jamás. Sabiendo el riesgo que corría, Elena volvió a introducir los dedos en la bolsa.

Algo frío se deslizó sobre un dedo y permaneció allí.

Echó un vistazo abajo y por un momento quedó cautivada por lo que veía. Allí, en su dedo anular, centelleaba un anillo de oro, incrustado de diamantes. Representaba dos zorros abstractos enroscados juntos, cada uno mirando en una dirección. Cada zorro tenía dos orejas, dos ojos de alexandrita verde y un hocico

puntiagudo.

Y eso era todo. ¿De qué le servía una alhaja así a Stefan? No se parecía en nada a las llaves de dos alas que aparecían en las fotografías de los santuarios kitsune.

Como tesoro, sin duda valía un millón de veces menos de lo que ya habían gastado para conseguirla.

Y entonces Elena reparó en algo.

Una luz brilló desde los ojos de uno de los zorros. De no haber estado mirándolo con tanta atención, o de no haber estado en aquellos momentos en la Sala de Baile Blanca de los Valses, donde los colores aparecían tal y como eran, tal vez no lo hubiera advertido; pero la luz brilló directamente ante ella cuando giró la mano lateralmente. Ahora brillaba desde cuatro ojos.

Brillaba exactamente en dirección a donde se encontraba la celda de Stefan.

La esperanza se alzó como una ave fénix en el corazón de Elena, y la elevó en un vuelo mental fuera del laberinto de habitaciones de cristal. La música que sonaba era el vals de *Fausto*. Lejos del sol, en lo más profundo del corazón de la ciudad, ahí era donde estaba Stefan. Y era allí hacia donde brillaba la pálida luz verde de los ojos del zorro.

Llena de esperanza, giró el anillo. La luz se extinguió con un parpadeo de los ojos de ambos zorros, pero cuando giró el anillo de modo que el segundo zorro estuviese alineado con la celda de Stefan, volvió a brillar de golpe.

Señales secretas. ¿Cuánto tiempo podría haber poseído un anillo como ése y no haber hecho nada de no haber sabido ya dónde estaba la prisión de Stefan?

Más tiempo del que a Stefan le quedaba de vida, probablemente.

Ahora sólo tenía que sobrevivir el tiempo suficiente para llegar hasta él.

39

Elena vadeó al interior de la multitud; se sentía como un soldado, aunque no sabía por qué. Tal vez fuera debido a que había afrontado una misión y había conseguido completarla, permanecer con vida y traer un botín de vuelta. Tal vez porque lucía heridas honrosas. O tal vez porque por encima de su cabeza había un enemigo que seguía tras ella para matarla.

«Bien pensado —se dijo—. Sería mejor que sacase a todos estos no combatientes de aquí. Podemos mantenerlos en una casa segura… bueno, unas cuantas docenas de casas seguras y…»

¿En qué estaba pensando? Eso de casa segura era la frase de un libro, y ella no era responsable de aquellas personas… idiotas en su mayoría, que se habían quedado allí de pie, babeando, y contemplando cómo la azotaban. Pero… no obstante eso, quizá debería sacarles de allí.

—¡Blodwedd! —gritó dramáticamente y señaló un silueta que describía círculos en lo alto—. ¡Blodwedd está libre! ¡Ella me ha hecho esto! —Señaló las tres laceraciones de su espalda—. ¡También irá tras vosotros!

En un principio la mayor parte de las exclamaciones de enojo parecían referirse al hecho de que Elena tuviese ahora una espalda marcada; pero Elena no estaba de humor para discutir y sólo había una persona allí con la que quería hablar en aquellos instantes. Manteniendo a Bonnie y a Meredith pegadas a ella, llamó:

«¡Damon! ¡Damon, soy yo! ¿Dónde estás?»

Había tanto tráfico telepático que dudó que la oyera.

Pero, finalmente, captó un tenue «¿Elena?».

«… Sí…»

«Elena, agárrate a mí. Piensa en agarrarte a mí físicamente, y nos trasladaré a los dos a una frecuencia diferente.»

¿Agarrarse a una voz? Pero Elena se imaginó aferrándose a Damon con fuerza, con mucha fuerza, mientras físicamente sujetaba las manos de Bonnie y Meredith.

«¿Ahora puedes oírme?» Esta vez la voz era mucho más clara, mucho más fuerte.

«Sí, pero no puedo verte.»

«Pero yo te veo. Voy hacia… ¡CUIDADO!»

Demasiado tarde, los sentidos de Elena advirtieron a ésta de una enorme sombra que descendía en picado desde las alturas. No podía moverse con la rapidez suficiente para apartarse del camino de un pico chasqueante del tamaño de un caimán.

Pero Damon sí podía. Saltando desde alguna parte, las rodeó a ella, a Bonnie y a Meredith con los brazos y volvió a saltar; cayeron sobre la hierba y rodaron.

«¡Oh, Dios mío! ¡Damon!»

—¿Alguien se ha hecho daño? —preguntó él en voz alta.

—Estoy perfectamente —respondió Meredith en voz baja y sosegada—. Pero sospecho que te debo la vida. Gracias.

—¿Bonnie? —preguntó Elena.

«Estoy bien. Quiero decir…»

—Estoy bien. Pero Elena, tu espalda…

Por primera vez, Damon pudo darle la vuelta a Elena y ver las heridas de su espalda.

—¿Yo… te he hecho esto? Pero… pensé…

—Ha sido Blodwedd —respondió Elena con brusquedad, mirando hacia lo alto en busca de una figura que describiese círculos en el cielo de intenso color rojo—. Y eso que apenas me tocó. Tiene unas garras como cuchillos, como acero. ¡Tenemos que irnos ya!

Damon puso ambas manos sobre los hombros de Elena.

—Y regresar cuando las cosas se hayan calmado, quieres decir.

—¡Y no regresar jamás! ¡Oh, cielos, aquí viene!

Algo en el rabillo de su ojo adquirió el tamaño de una pelota de béisbol en un

instante, el de una pelota de balonvolea en un segundo, el de un ser humano en un momento. Y a continuación todos se desperdigaron, saltando, rodando por el suelo, intentando escapar, excepto Damon, que sujetó a Elena y gritó:

—¡Esta es mi esclava! ¡Si tienes algo que discutir con ella, discútelo primero conmigo!

—Y yo soy Blodwedd, creada por los dioses, condenada a ser una asesina cada noche. ¡Te mataré a ti primero y luego me la comeré a ella, la ladrona! —gritó en respuesta Blodwedd con su nueva voz estridente—. Dos mordiscos son todo lo que hará falta.

«¡Damon, necesito decirte algo!»

—¡Pelearé contigo, pero mi esclava queda fuera de esto!

—¡Primer mordisco; aquí voy!

«¡Damon, tenemos que irnos!»

Un alarido de dolor y furia primitivos.

Damon estaba de pie ligeramente agazapado con un enorme pedazo de cristal sujeto en la mano como si fuese una espada y grandes gotas negras de sangre goteaban de donde había… «¡Oh, Dios mío!», pensó Elena… ¡le había arrancado un ojo a Blodwedd!

—¡MORIRÉIS TODOS! ¡TODOS!

Blodwedd cargó al azar contra un vampiro que estaba directamente debajo de ella y Elena chilló cuando oyó el grito del vampiro. El negro pico lo había atrapado por una pierna y lo levantaba.

Pero Damon corría ya al frente, saltando, asestando cuchilladas. Con un alarido furioso, Blodwedd volvió a alzar el vuelo.

Ahora todo el mundo estaba en peligro. Otros dos vampiros se precipitaron a coger a su camarada de las manos de Damon, y Elena se alegró de que sus amigos no fuesen responsables de otra vida. Ya tenía demasiadas cosas entre manos.

«Damon, me voy ahora. Puedes venir conmigo o no. Tengo la llave.»

Elena envió las palabras en la frecuencia en la que estaban más o menos solos, y las envió sin teatralidad. Ya no le quedaba sitio para el dramatismo. La habían despojado de todo excepto de la necesidad de llegar hasta Stefan.

Esta vez, sabía que Damon la oía.

Al principio pensó que Damon se moría. Que Blodwedd había regresado y le

había atravesado todo el cuerpo, como con una lanza hecha de luz. Entonces comprendió que la sensación era éxtasis, y dos manos diminutas surgieron de la luz y se aferraron a las suyas, permitiéndole extraer a un niño delgado y harapiento, pero que reía.

«No hay cadenas —pensó aturdidamente—. Ni siquiera lleva brazaletes de esclavo.»

—¡Mi hermano! —le dijo él—. ¡Mi hermano pequeño va a vivir!

—Bueno, eso es algo estupendo —respondió Elena con voz temblorosa.

—¡Va a vivir! —Una arruga diminuta apareció en la frente—. ¡Si te das prisa! ¡Y cuidas bien de él! Y…

Elena posó dos dedos sobre sus labios, con gran delicadeza.

—No necesitas preocuparte por nada como eso. Simplemente sé feliz.

El niño rió:

—¡Lo haré! ¡Lo soy!

—¡Elena!

Elena salió de… bueno, supuso que era una alucinación, aunque había sido más real que muchas otras cosas que había experimentado recientemente.

—¡Elena! —Damon intentaba desesperadamente contenerse—. ¡Muéstrame la llave!

Despacio, con gesto majestuoso, Elena alzó la mano.

Los hombros de Damon se tensaron, esperando… algo… y descendieron.

—Es un anillo —dijo con desánimo.

El gesto lento y majestuoso no había tenido el menor efecto en él.

—Es lo que pensé al principio. Es una llave. No te estoy preguntando, ni intentando saber si estás de acuerdo conmigo; lo afirmo. Es una llave. La luz de sus ojos señala hacia Stefan.

—¿Qué luz?

—Te lo mostraré más tarde. ¡Bonnie! ¡Meredith! Nos vamos.

—¡NO OS IRÉIS SIN MI PERMISO!

—¡Cuidado! —chilló Bonnie.

La lechuza volvía a descender en picado. Y una vez más, en el último segundo, Damon cogió en sus brazos a las tres muchachas y saltó. El pico del ave chocó no contra hierba ni contra pedazos de cristal sino contra los peldaños de mármol, que se resquebrajaron. Sonó un alarido de dolor y luego otro, cuando

Damon, ágil como un bailarín, acuchilló el ojo bueno de la gigantesca ave y consiguió hacer un corte justo por encima de él. La sangre empezó a llenar el ojo.

Elena ya no podía soportarlo más. Ya desde el momento en que había iniciado aquel viaje con Damon y Matt, había sido un vial que se iba llenando de ira. Gota a gota, con cada nueva atrocidad, aquella ira había llenado y llenado el frasco, y ahora su cólera estaba a punto de acabar de llenarlo hasta rebosar.

Pero entonces… ¿qué sucedería?

No quería saberlo. Temía que no sobreviviría a ello.

Lo que sí sabía era que no podía contemplar más dolor, sangre y aflicción justo en aquellos momentos. A Damon le gustaba pelear. Bien. Que lo hiciese. Ella acudiría junto a Stefan aunque tuviese que andar todo el camino.

Meredith y Bonnie estaban silenciosas. Conocían a Elena en aquel estado de ánimo; sabían que no bromeaba, y ninguna de ellas quería que la dejasen atrás.

Fue justo en ese momento cuando el carruaje llegó entre retumbos al pie de la escalinata de mármol.

Sage, que evidentemente sabía algo sobre la naturaleza humana, la naturaleza demoníaca, la naturaleza vampírica y varias clases de naturalezas bestiales, saltó del vehículo con dos espadas desenvainadas. También silbó. Al cabo de un instante una sombra —una sombra pequeña— hendió el aire como una flecha hacia él desde el cielo.

Por último, lentamente, estirando cada pata igual que un tigre, llegó *Sable*, que inmediatamente echó los labios hacia atrás para mostrar una sorprendente cantidad de dientes.

Elena se abalanzó hacia el carruaje, trabando la mirada con Sage. «Ayúdame», pensó con desesperación. Y los ojos de él respondieron con la misma sencillez: «No temas».

A ciegas, la joven alargó ambas manos atrás. Una mano pequeña, de huesos pequeños, y levemente temblorosa se introdujo en la suya, y una mano delgada y fría, dura como la de un muchacho pero con largos dedos afilados, le sujetó la otra.

No había nadie allí en quien confiar. Nadie de quien despedirse, o con quien

dejar mensajes de despedida. Elena se introdujo a toda prisa en el vehículo y se colocó en el asiento posterior, el más alejado de la parte delantera, para dejar espacio a humanos y animales que pudiesen entrar.

Y sí que entraron, como una avalancha. Había arrastrado a Bonnie con ella, y Meredith las había seguido, de modo que cuando *Sable* saltó a su lugar de costumbre aterrizó sobre tres blandos regazos.

Sage no había desperdiciado ni un momento. Con *Garra* aferrado a su muñeca izquierda, dejó justo espacio suficiente para el último brinco de Damon… que los alcanzó de un salto. Agrietado y roto, rezumando un fluido negro, el pico de Blodwedd golpeó el extremo de la escalinata de mármol donde Damon había estado parado.

—¡Instrucciones! —gritó Sage, pero solamente cuando los caballos se dirigían ya al galope… a alguna parte, a cualquier sitio, lejos de allí.

—Por favor, no permitas que ella lastime a los caballos —exclamó Bonnie con voz ahogada.

—Por favor, no permitas que raje el techo como si fuese cartulina —dijo Meredith, de algún modo capaz de ser irónica incluso cuando su vida estaba en peligro.

—¡Instrucciones, *s'il vous plaît!* -rugió Sage.

—La prisión, desde luego —jadeó Elena, que sentía que había transcurrido mucho tiempo desde que había podido inhalar suficiente aire.

—¿La prisión? —Damon parecía trastornado—. ¡Sí! ¡La prisión! —Pero a continuación, añadió, tirando hacia arriba de algo parecido a una funda de almohada repleta de bolas de billar—. Sage, ¿qué son estas cosas?

—Botín. Ganancias. ¡Despojos! ¡Rapiña!

Mientras los caballos viraban en una nueva dirección, la voz de Sage pareció tornarse cada vez más jubilosa.

—¡Y mira a tus pies!

—¿Más fundas de almohada…?

—No estaba preparado para obtener grandes ganancias esta noche. Pero ¡las cosas salieron la mar de bien!

En aquellos momentos, Elena palpaba una de las fundas de almohada por sí misma. Efectivamente, la funda estaba repleta de transparentes y centelleantes *hoshi no tama*. Bolas estrella. Que valían…

¿Que carecían de valor?

—Tienen un valor inestimable… aunque por supuesto no sabemos qué hay en ellas. —La voz de Sage cambió sutilmente.

Elena recordó la advertencia sobre «esferas prohibidas». ¿Que, por el sol amarillo, era posible que pudieran prohibir algo allí abajo?

Bonnie fue la primera en tomar una y acercársela a la sien. Lo hizo con tal rapidez, con unos movimientos tan veloces como los de una ave, que Elena no pudo detenerla.

—¿Qué es? —jadeó Elena, intentando apartar la esfera.

—Es… poesía. Poesía que no comprendo —respondió Bonnie con enojo.

Meredith también había tomado un centelleante orbe. Elena alargó la mano hacia ella pero una vez más llegó demasiado tarde.

Meredith permaneció como en trance por un momento, luego hizo una mueca y bajó la esfera.

—¿Qué? —quiso saber Elena.

Meredith negó con la cabeza; mostraba una delicada expresión de desagrado.

—¿Qué? —aulló casi Elena.

Entonces, cuando Meredith depositó la bola estrella junto a sus pies, Elena se abalanzó sobre ella. La sujetó contra la propia sien e inmediatamente se encontró vestida de cuero de pies a cabeza. Había dos hombres corpulentos frente a ella, sin demasiado tono muscular. Y podía verles toda la musculatura porque estaban totalmente desnudos a excepción de andrajos como los que llevaban los mendigos. Pero no eran mendigos; tenían un aspecto bien alimentado y untuoso y quedó muy claro que era una actuación cuando uno de ellos imploró:

—Hemos transgredido las normas. ¡Te suplicamos perdón, oh, ama!

Elena acercaba ya la mano para retirar la esfera de la sien (se pegaban levemente, si se aplicaba un poco de presión allí) y decía:

—¿Por qué no utilizan el espacio para alguna otra cosa?

Pero entonces otra cosa la rodeó por todas partes al instante. Una muchacha, vestida pobremente, pero no con arpillera. Parecía aterrada. Elena se preguntó si la estaban controlando.

Y Elena era la muchacha.

Porfavornopermitasquemecojaporfavornopermitasquemecoja…

«¿Permitir a qué que te coja?», preguntó Elena, pero era como contemplar a

un personaje de una película o de un libro mientras entran en una casa solitaria en medio de una tormenta terrible y la música ha adquirido un carácter fantasmagórico. La Elena que andaba con miedo no podía oír a la Elena que hacía preguntas sensatas.

«Me parece que no quiero ver cómo acaba esto», decidió, y volvió a colocar la bola estrella a los pies de Meredith.

—¿Tenemos tres sacos?

—Sí, señora, tres sacos llenos.

¡Oh! Aquello no era muy satisfactorio. Elena volvía a abrir la boca, cuando Damon añadió con calma:

—Y, un saco vacío.

—¿De veras? Entonces intentemos separarlas entre todos. Cualquier cosa… prohibida… va dentro de un saco. Cosas raras como la lectura poética de Bonnie, a otro. Cualquier información sobre Stefan… o sobre nosotros…, al tercero. Y las cosas agradables, como días de verano, al cuarto —dijo Elena.

—Creo que estás siendo optimista, ya lo creo —indicó Sage—. Esperar encontrar un orbe donde aparezca Stefan tan rápidamente…

—¡Silencio todo el mundo! —interrumpió Bonnie, frenética—. Ésta es de Shinichi convenciendo a Damon.

Sage se quedó rígido, como si hubiese recibido un rayo del tormentoso cielo, luego sonrió.

—Hablando del rey de Roma —murmuró.

Elena le sonrió y le oprimió la mano antes de coger otra esfera.

—Ésta parece ser alguna especie de asunto legal. No lo comprendo. Un esclavo debe de estar memorizándolo porque puedo verles a todos ellos.

Elena sintió cómo se le tensaban los músculos faciales a causa del odio ante aquella visión —incluso en una especie de sueño— de Shinichi, el kitsune que les había hecho tanto daño. Tenía los cabellos negros, a excepción de un fleco irregular en los extremos, que hacía que diese la impresión de que los habían sumergido en lava al rojo vivo.

Y luego, por supuesto, Misao. La hermana de Shinichi… supuestamente. Un esclavo debía de haber grabado aquella bola estrella, porque podía ver a ambos gemelos y a un hombre con aspecto de abogado.

Misao, pensó Elena. Delicada, respetuosa, recatada… diabólica. Sus cabellos

eran idénticos a los de Shinichi, pero los llevaba recogidos arriba en una cola de caballo. Se apreciaba en seguida su parte diabólica cuando alzaba los ojos, que eran ojos risueños, efervescentes y dorados, idénticos a los de su hermano; ojos que jamás se habían arrepentido de nada… salvo tal vez de no haber obtenido venganza suficiente. No se responsabilizaban de nada. Encontraban la aflicción divertida.

Y entonces sucedió algo curioso. Las tres figuras de la habitación se dieron la vuelta de repente y la miraron directamente. Miraron directamente a quienquiera que había originado la esfera, se corrigió Elena, pero aun así seguía siendo desconcertante.

Fue aún mucho más desconcertante cuando siguieron avanzando. «¿Quién soy?», pensó Elena, frenética por la ansiedad. Entonces intentó algo que nunca antes había hecho u oído que se pudiera hacer; extendió su Poder con cuidado al interior de la Personalidad que rodeaba el orbe. Ella era Werty, una especie de secretario/a del abogado, y tomaba notas cuando se celebraban acuerdos importantes.

Y a Werty definitivamente no le gustaba cómo iban las cosas en aquellos momentos. Los dos clientes y su jefe se acercaban a él, de un modo como no lo habían hecho nunca.

Elena salió del oficinista y colocó la bola en el suelo a un lado. Tiritó, como si la hubiesen sumergido en agua helada.

Y entonces el techo se derrumbó. Blodwedd.

Incluso con el pico lisiado, la enorme lechuza desgarró un buen pedazo del techo del carruaje.

Todo el mundo chillaba y nadie ofrecía demasiados buenos consejos. *Sable* y Damon le habían causado daños: *Sable* se alzó instintivamente de los tres blandos regazos sobre los que descansaba y se lanzó directamente a por las patas de Blodwedd. Había desgarrado y zarandeado una antes de soltarla y volver a caer al carruaje, donde casi resbaló fuera por la parte posterior. Elena, Bonnie y Meredith lo aferraron por donde pudieron e izaron al enorme animal de vuelta al asiento trasero.

—¡Echaos a un lado! Dejadle un lugar donde sentarse —gimió Bonnie, contemplando los jirones de su vestido color perla allí donde *Sable* había tomado impulso y desgarrado por completo la gasa; el animal había dejado rojos

verdugones tras él.

—Bueno —dijo Meredith—, la próxima vez pediremos enaguas de acero. ¡Aunque espero que no vaya a ver una próxima vez, en serio!

Elena rezó fervientemente para que no se equivocase. Blodwedd pasaba en vuelo rasante desde un ángulo más bajo ahora, sin duda esperando arrancar de un mordisco algunas cabezas.

—Que todo el mundo sujete madera. ¡Y esferas! Arrojadle las esferas cuando se acerque.

Elena esperaba que la visión de bolas estrella —por las que Blodwedd estaba obsesionada— podría conseguir que aquella bestia aflojara la velocidad.

Al mismo tiempo, Sage gritó:

—¡No malgastéis las bolas estrella! ¡Arrojadle cualquier otra cosa! Además, ya casi hemos llegado. ¡Todo a la izquierda, luego recto!

Las palabras dieron nueva esperanza a Elena. «Tengo la llave —pensó—. El anillo es la llave. Todo lo que tengo que hacer ahora es sacar de ahí a Stefan… y conseguir que todos nosotros lleguemos a la puerta donde está la cerradura. Todo está en un solo edificio. Prácticamente estamos ya de vuelta.»

El siguiente barrido llegó aún más bajo. Blodwedd, ciega de un ojo, con sangre enturbiando la visión del otro, y el sentido del olfato bloqueado por su propia sangre seca, intentaba embestir el coche de caballos para volcarlo.

«Si lo consigue, estaremos muertos —pensó Elena—. Y a cualquiera que quede retorciéndose en el suelo, lo atrapará sin problemas.»

—¡AGACHAOS!

Gritó la palabra a la vez vocal y telepáticamente.

Y entonces algo parecido a un aeroplano voló tan cerca de ella que sintió cómo le arrancaban mechones de pelo, atrapados en las garras del ave.

Elena oyó un grito de dolor procedente del asiento delantero pero no alzó la cabeza para ver qué era. E hizo bien, pues mientras el carruaje se detenía de golpe, al momento siguiente una ave portadora de muerte descendió vertiginosamente, girando como una peonza y chillando, en aquella misma dirección. Elena necesitó entonces de toda su atención, de todas sus facultades para esquivar a aquel monstruo que descendía cada vez más hacia ellos en medio de un zumbido.

—¡El carruaje ya no sirve! ¡Salid! ¡Corred! —La voz de Sage le llegó

atronadora.

—Los caballos —chilló Elena.

—¡Olvídalos! ¡Salid, maldita sea!

Elena no había oído nunca antes a Sage maldecir. Abandonó el tema.

Nunca supo cómo Meredith y ella consiguieron salir, rodando la una sobre la otra, intentando ayudar y sin conseguir más que obstaculizarse el paso mutuamente. Bonnie estaba ya fuera, debido a que el vehículo había chocado contra un poste y la había lanzado por los aires. Por suerte, había caído sobre un parterre de feo pero mullido trébol rojo, y no se había hecho demasiado daño.

—¡Ahhh!, mi brazalete… no, ahí está —exclamó, apoderándose de algo reluciente que había entre los tréboles; dirigió una cautelosa mirada arriba a la noche carmesí—. ¿Ahora qué hacemos?

—¡Correr! —oyeron decir a Damon.

Éste surgió de detrás de los escombros de la esquina donde habían caído. Tenía sangre en la boca y en la antes inmaculada pajarita blanca que lucía en la garganta, y le recordó a Elena a aquellas personas que beben sangre de vaca además de leche como alimento. Pero Damon sólo bebía sangre humana. Jamás se rebajaría a tomar sangre equina…

«Los caballos seguirán aquí y también seguirá Blodwedd —explicó una voz áspera en su cabeza—. Ella jugaría con ellos; habría dolor. Ha sido rápido. Ha sido… un antojo.»

Elena intentó cogerle las manos.

—¡Damon! ¡Lo siento!

—¡SALID DE AQUÍ! —rugía Sage en aquellos instantes.

—Hemos de llegar hasta Stefan —dijo Elena, y agarró a Bonnie con la otra mano—. Ayúdame a guiarme, por favor. No puedo ver el anillo muy bien.

Meredith, confiaba, llegaría al edificio del *Shi no Ski* por sus propios medios.

Y a continuación aquello se convirtió en una pesadilla de carreras y retrocesos y falsas alarmas por parte de una Bonnie conmocionada. En dos ocasiones el horror procedente de las alturas descendió en vuelo rasante directo hacia ellas para acabar estrellándose justo delante, o un poco a un lado, quebrando madera y losas del sendero por igual, a la vez que levantaba nubes de polvo. Elena no sabía si todas las lechuzas actuaban igual, pero Blodwedd se abatía hasta quedar en ángulo con la presa, luego abría las alas y se lanzaba en el

último instante. Parte de lo peor respecto a la gigantesca ave era lo silenciosa que era; no se oía ningún susurro que les advirtiese de dónde podría estar. Algo en sus propias plumas amortiguaba el sonido, de modo que nunca sabían cuándo iba a descender de nuevo.

Al final tuvieron que gatear por entre toda clase de desperdicios, avanzando tan rápido como podían, sosteniendo madera, cristal, cualquier cosa afilada por encima de sus cabezas, cuando Blodwedd efectuaba otra pasada.

Y todo el tiempo Elena trataba de usar su Poder. No era un Poder que hubiese usado antes, pero podía percibir su nombre dándole forma a los labios. Lo que no percibía, no podía forzar, era una conexión entre las palabras y el Poder.

«Soy inútil como heroína —pensó—. Soy patética. Deberían haberle entregado estos Poderes a alguien que ya supiese cómo controlar tales cosas. O no, deberían habérselos dado a alguien y luego haber ofrecido a ese alguien un curso sobre cómo usarlos. O… no…»

—¡Elena!

Volaba basura frente a ella, pero en seguida se encontró yendo a la izquierda y rodeándola de algún modo. Y a continuación estaba en el suelo, sobre la espalda, y mirando a Damon, que la había protegido con su cuerpo.

—Gracias —musitó.

—¡Vamos!

—Lo siento —susurró y extendió la mano derecha, con el anillo en ella, para que lo cogiera.

Y luego se dobló al frente y sollozó jadeante. Podía oír el aleteo de Blodwedd justo encima de ella.

40

Matt y la señora Flowers estaban en el búnker: un añadido a la casa que el tío de la señora Flowers había ubicado en la parte posterior para trabajos de carpintería y otros pasatiempos. Estaba aún más descuidado que el resto de la casa, y era utilizado como lugar de almacenamiento para cosas que la señora Flowers no sabía en qué otro sitio colocar; cosas tales como el catre plegable del primo Joe o aquel viejo sofá de asientos hundidos que ya no hacía juego ni con una sola astilla del mobiliario nuevo.

Ahora, por la noche era su refugio. Ningún niño o adulto de Fell's Church había sido invitado jamás a pasar dentro. De hecho, a excepción de la señora Flowers, Stefan —que había ayudado a trasladar muebles enormes a su interior — y en la actualidad Matt, nadie había entrado allí desde que la señora Flowers tenía memoria.

Matt se aferraba a esto. Había estado leyendo, despacio pero con constancia, el material que Meredith había documentado y un pasaje valiosísimo había significado mucho para él y la señora Flowers. Eso les había permitido ser capaces de dormir por la noche, cuando llegaban las voces.

Al kitsune se le considera a menudo una especie de primo de los vampiros occidentales que seducen a hombres seleccionados (ya que la mayoría de los espíritus zorro adoptan una forma femenina) y se alimentan directamente de su chi, o espíritu vital, sin la intermediación de sangre. Así pues, se podría establecer que están constreñidos por reglas similares a las de los vampiros. Por ejemplo, no pueden entrar en moradas humanas sin una invitación…

Y, ¡ah!, las voces…

Se alegraba profundamente de haber seguido el consejo de Meredith y Bonnie y haber ido primero a ver a la señora Flowers antes de ir a casa. Las muchachas le habían convencido de que no haría más que poner a sus padres en peligro al afrontar a la banda de linchadores que le aguardaba, lista para matarle por, supuestamente, haber agredido sexualmente a Caroline. Aun así, ésta parecía haberle localizado en la casa de huéspedes de inmediato, pero jamás llevó con ella a ninguna clase de turba. Matt pensaba que a lo mejor era porque eso habría resultado inútil.

No tenía ni idea de lo que podría haber sucedido si las voces hubiesen pertenecido a ex amigos invitados hacía mucho tiempo a su casa mientras él vivía con sus padres.

Esta noche…

—Vamos, Matt —ronroneó la voz de Caroline, indolente, lenta y seductora.

Parecía que estuviese tumbada en el suelo, hablando por la rendija que había debajo de la puerta.

—No seas tan aguafiestas. Sabes que tendrás que salir alguna vez.

—Déjame hablar con mi madre.

—No puedo, Matt. Ya te lo dije antes, está sometiéndose a adiestramiento.

—¿Para ser como tú?

—Hace falta mucho trabajo para ser como yo, Matt.

De improviso, el tono de Caroline ya no era insinuante.

—Apuesto a que sí —masculló él, y añadió—: Haz daño a mi familia y lo lamentarás todavía más de lo que puedes imaginar.

—¡Oh, Matt! Vamos, sé realista. Nadie le hará daño a nadie.

Matt abrió lentamente las manos para mirar lo que aferraba en ellas. El viejo revólver de Meredith, cargado con las balas bendecidas por Obaasan.

—¿Cuál es el segundo nombre de Elena? —preguntó; no en voz alta, incluso a pesar de que se oían los sonidos de música y baile en el patio trasero de la señora Flowers.

—Matt, ¿de qué estás hablando? ¿Qué haces ahí dentro, dibujar un árbol genealógico?

—Es una pregunta sencilla, Caroline. Elena y tú jugabais juntas desde que

erais prácticamente bebés, ¿Te acuerdas? Así que dime: ¿cuál es su segundo nombre?

Hubo un gran trajín, y cuando la muchacha respondió por fin pudo oír con claridad cómo le susurraban lo que tenía que decir, tal y como Stefan lo había oído hacía tanto tiempo, justo una milésima de segundo antes que las palabras de la joven.

—Si sólo estás interesado en jueguecitos, Matthew Honeycutt, iré a buscar a otra persona con la que charlar.

Casi pudo oírla marcharse haciendo aspavientos.

Pero se sintió con ganas de celebrarlo, y se permitió tomar toda una galleta integral y medio tazón del zumo de manzana casero de la señora Flowers. Nunca sabían cuándo podrían verse encerrados allí permanentemente, sin más provisiones que las que tuviesen en ese momento, así que siempre que Matt salía del bunker traía de vuelta tantas cosas como podía hallar que pudiesen ser útiles. Un encendedor para barbacoas y laca para el pelo que equivalían a un lanzallamas. Un tarro tras otro de las deliciosas confituras de la señora Flowers. Anillos de lapislázuli por si acaso sucedía lo peor y acababan con dientes puntiagudos.

La señora Flowers se removió en sueños en el sofá.

—¿Quién era ésa, Matt querido? —preguntó.

—Nadie en absoluto, señora Flowers. Vuelva a dormirse.

—Entiendo —respondió ella con su dulce voz de anciana—. Bueno, si nadie en absoluto regresa, podrías preguntarle el nombre de pila de su propia madre.

—Entiendo —dijo Matt en su mejor imitación de la voz de la anciana y ambos rieron.

Pero bajo las risas, Matt tenía un nudo en la garganta. Conocía a la señora Forbes desde hacía mucho tiempo, también. Y sentía miedo, le asustaba que llegara el momento en que fuera la voz de Shinichi la que llamara.

Entonces sí que iban a estar en serios apuros.

—¡Ahí está! —gritó Sage.

—¡Elena! —chilló Meredith.

—¡Oh, Dios mío! —chilló Bonnie.

Al momento siguiente, Elena se vio arrojada al suelo, y algo aterrizó sobre ella. Oyó un grito sordo. Pero era diferente a los otros; era un sonido ahogado de puro dolor al chocar el pico de Blodwedd con un pedazo de carne. «Yo», se dijo Elena. Pero no sentía dolor.

«¿No soy… yo?»

Sonó algo parecido a una tos por encima de ella.

—Elena…, vete… Mis escudos… no resistirán…

—¡Damon! ¡Iremos juntos!

«Duele…»

Era apenas el vestigio de un susurro telepático y Elena supo que Damon no creía que lo hubiese oído. Pero ella estaba haciendo circular su Poder cada vez más de prisa, abandonado ya todo engaño, preocupada sólo por poner a los que amaba fuera de peligro.

«Encontraré un modo —le dijo a Damon—. Te llevaré conmigo. Te llevaré cargado sobre un hombro.»

Damon rió ante aquello, lo que le dio a Elena alguna esperanza de que tal vez Damon no moriría. La muchacha deseó en ese momento haber llevado al doctor Meggar en el carruaje con ellos para que pudiese usar sus poderes curativos en el herido…

«… y luego ¿qué? ¿Dejarle a merced de Blodwedd? Quiere construir un hospital aquí, en este mundo. Quiere ayudar a los niños, quienes sin duda no merecen todos los males que he visto caer sobre ellos…»

Relegó tales pensamientos a un lado. No era momento para un debate filosófico sobre los médicos y sus obligaciones.

Era el momento de huir.

Alargó el brazo tras ella, encontró dos manos. Una de ellas estaba resbaladiza debido a la sangre así que alargó el brazo más atrás, dando gracias a su difunta madre por todas las clases de ballet y el yoga infantil, y agarró la manga del otro brazo. Luego colocó la espalda y tiró con fuerza.

Ante su sorpresa, izó a Damon con ella. Intentó recolocarlo más arriba en su espalda, pero eso no funcionó. Luego incluso consiguió dar un tambaleante paso al frente y otro más…

Y a continuación Sage los levantaba a ambos y entraba con ellos en el vestíbulo del edificio del *Shi no Shi*.

—¡Todo el mundo fuera! ¡Salid! ¡Blodwedd va tras nosotros y matará a cualquier cosa que encuentre en su camino! —gritó Elena.

Fue de lo más raro, pues no había tenido intención de gritar. No había formulado las palabras, salvo tal vez en las zonas más profundas del subconsciente. Pero las gritó al interior del ya enloquecido vestíbulo y oyó cómo otras personas hacían suyo el grito.

Lo que no esperaba era que huirían, aunque no hacia la calle, sino hacia abajo, en dirección a las celdas. Tendría que haberlo previsto, desde luego, pero no era el caso. Y acto seguido ella, Sage y Damon descendieron siguiendo el camino que habían seguido la noche anterior…

Pero ¿era realmente el camino correcto? Elena colocó una mano sobre la otra y vio que, según le indicaba la luz del anillo, era necesario que fuesen hacia la derecha.

—¿QUÉ SON ESAS CELDAS A NUESTRA DERECHA? ¿CÓMO PODEMOS LLEGAR HASTA ALLÍ? —le gritó al joven caballero vampiro que tenía al lado.

—Eso es Aislamiento y Trastornos Mentales —gritó en respuesta el vampiro —. No vayas en esa dirección.

—¡Tengo que hacerlo! ¿Necesito una llave?

—Sí, pero…

—¿Tienes la llave?

—Sí, pero…

—¡Dámela, ahora!

—No puedo —gimió él de un modo que le recordó a Bonnie cuando se ponía de lo más difícil.

—De acuerdo. ¡Sage!

—*¿Madame?*

—Envía a *Garra* de vuelta a arrancarle los ojos a este hombre. ¡No quiere darme la llave del pabellón donde está Stefan!

—¡Puedes darlo por hecho, *madame*!

—¡A…aguarda! He ca…cambiado de idea. ¡Aquí tienes la llave! —El vampiro rebuscó en un aro lleno de llaves y le entregó una a Elena.

Parecía igual al resto de llaves. Era demasiado parecida, dijo la mente suspicaz de Elena.

—¡Sage!

—*¿Madame?*

—¿Puedes aguardar hasta que pase con *Sable?* Quiero que le arranque ya sabes qué a este tipo si me ha mentido.

—¡Desde luego, *madame*!

—A…a…a…aguarda —jadeó el vampiro, y estaba claro que se sentía totalmente aterrado—. Podría… podría haberte dado la llave equivocada… Es esta… esta luz…

—Dame la llave correcta y dime todo lo que necesito saber o haré que el perro vuelva en tu busca y acabe contigo —dijo Elena, y en aquel momento lo decía en serio.

—To…toma.

Esta vez la llave no parecía una llave. Era redonda, ligeramente convexa y tenía un agujero en el centro. Como un donut sobre el que se ha sentado un agente de policía, dijo una parte de la mente de Elena, y empezó a reír histéricamente.

«Cállate», se ordenó en un tono seco.

—¡Sage!

—*¿Madame?*

—¿Puede ver *Garra* al hombre que sujeto por el pelo? —Tuvo que ponerse de puntillas para agarrarle.

—¡Pues claro que sí, *madame*!

—¿Puede recordarle? Si no logro encontrar a Stefan, quiero que se lo muestre a *Sable* de modo que pueda localizarle.

—¡Esto…, ah…, entendido, *madame*!

Una mano, de cuya muñeca goteaba sangre, alzó en alto un halcón, al mismo tiempo que sonaba un estrépito fortuito procedente de lo alto del edificio.

El vampiro casi sollozaba.

—Gira a la de…derecha en el si…siguiente a la derecha. Usa la lla…llave en la ranura a la al…altura de la cabeza para ac… acceder al corredor. Pue…puede haber guardas allí. Pero… si… si no tienes la llave de la celda concreta que buscas… lo siento, pero…

—¡La tengo! ¡Tengo la llave y sé qué hacer después de eso! Gracias, has sido muy amable y servicial.

Elena soltó el pelo del vampiro.

—¡Sage! ¡Damon! ¡Bonnie! Buscad un pasillo, cerrado, que vaya a la derecha. Luego no dejéis que os arrastren. Sage, sujeta a Bonnie y haz que *Sable* ladre como loco. Bonnie, sujétate a Meredith por delante de los chicos. ¡El pasillo conduce a Stefan!

Nunca supo cuánto escucharon sus amigos del mensaje, enviado oral y telepáticamente. Pero por delante de ella oyó un sonido que le pareció un coro de ángeles cantando.

Sable ladraba como loco.

Elena jamás habría podido detenerse por sí misma. Estaba en un río embravecido de personas y el río embravecido la llevaba directamente alrededor de la barrera formada por cuatro personas, un halcón y un perro que parecía enloquecido.

Pero ocho manos se alargaron hacia ella cuando pasó a su lado… y un hocico que chasqueaba y gruñía saltó por delante de ella para dividir a la multitud. De algún modo estaba siendo conducida, magullada, acunada, empujada y, agarrada y agarrando, obligada a dirigirse a la pared correcta.

Pero Sage contemplaba aquella misma pared con desaliento.

—¡*Madame*, te engañó! ¡No veo ningún ojo de cerradura aquí!

Elena se sintió enrabiar, y se preparó para gritar:«¡*Sable*, ven aquí, ve tras el vampiro!».

Pero entonces, justo por debajo de ella, la voz de Bonnie dijo:

—Desde luego que hay uno. Tiene forma de círculo.

Y Elena recordó.

Guardas más pequeños. Como diablillos o monos. Del tamaño de Bonnie.

—¡Bonnie, coge esto! Introdúcelo en el agujero. ¡Ten cuidado! Es la única que tenemos.

Sage ordenó inmediatamente a *Sable* que permaneciera allí quieto y gruñera justo por delante de Bonnie en el túnel, para impedir que el torrente de demonios y vampiros aterrorizados le dieran empujones.

Con cuidado, solemnemente, Bonnie tomó la enorme llave, la examinó, ladeó la cabeza, la hizo girar en las manos… y la introdujo en la pared.

—¡No sucede nada!

—Intenta girarla o empujarla…

«Clic.»

La puerta se deslizó a un lado.

Elena y su grupo cayeron más o menos al interior del pasillo, mientras *Sable* se mantenía entre ellos y el tropel de gente que pasaba en medio de un retumbar de pies, ladrando, chasqueando los dientes y saltando.

Elena, que había caído al suelo, con las piernas enredadas con alguien más, ahuecó una mano alrededor del anillo.

Los ojos de zorro lanzaron su luz directamente al frente y un poco a la derecha.

Brillaban en el interior de una celda situada más allá.

41

—¡Stefan! —chilló Elena, consciente de que su voz sonó igual que la de una demente.

No hubo respuesta.

Corría. Siguiendo la luz.

—¡Stefan! ¡Stefan!

Una celda vacía.

Una momia amarillenta.

Una pirámide de polvo.

Por alguna razón, subconscientemente, sospechaba una de estas cosas. Y cualquiera de ellos habría provocado que corriera fuera a pelear con Blodwedd con las manos vacías.

En su lugar, cuando llegó a la celda correcta, vio a un joven agotado, cuyo rostro mostraba que había abandonado toda esperanza. Alzó un brazo delgado como un palo, rechazándola por completo.

—Me contaron la verdad. Te exportaron por ayudar a un prisionero. Ya no soy susceptible a los sueños.

—Stefan. —Cayó de rodillas—. ¿Es qué tenemos que pasar por esto cada vez?

—¿Sabes lo a menudo que te recrean, zorra?

Elena se sintió conmocionada. Más que conmocionada. Pero al instante siguiente el odio había desaparecido del rostro de Stefan.

—Al menos consigo poder mirarte. Tenía… tenía un retrato. Pero lo cogieron, claro. Lo cortaron a pedacitos, muy despacio, obligándome a observar.

A veces me hacían cortarlo. Si no lo cortaba, me…

—¡Oh, cariño! ¡Stefan, cariño! Mírame. Escucha la prisión. Blodwedd la está destruyendo. Porque robé la otra mitad de tu llave de su nido, Stefan, y yo no soy un sueño. ¿Ves esto? ¿Te han mostrado esto alguna vez? —Extendió la mano con el anillo con los dos zorros en ella—. Ahora… dime… ¿dónde la pongo?

—Estás caliente. Los barrotes están fríos —dijo Stefan, aterrándole la mano y hablando como si recitara algo de un libro infantil.

—¡Aquí! —exclamó Elena con voz triunfal.

No necesitaba sacarse el anillo. Stefan le sujetaba la otra mano, y aquella cerradura funcionaba como una sortija de sello. Lo colocó directamente en una depresión circular de la pared. Entonces, cuando nada sucedió, lo giró a la derecha. Nada. A la izquierda.

Los barrotes de la celda empezaron a alzarse hacia el techo.

Elena no podía creerlo y por un instante pensó que alucinaba. Entonces al volverse bruscamente para mirar al suelo vio que los barrotes se alzaban ya al menos treinta centímetros por encima de él.

A continuación miró a Stefan, que volvía a estar de pie.

Ambos cayeron otra vez de rodillas, y los dos se habrían tumbado en el suelo y culebreado como serpientes de haber sido necesario, tan grande era la necesidad de tocarse. Los puntales horizontales de los barrotes hacían que les fuese imposible tomarse de las manos mientras la reja se alzaba.

Entonces los barrotes quedaron por encima de la cabeza de Elena y ésta se encontró abrazando a Stefan —¡rodeaba al fin a Stefan con sus brazos!—, consternada al percibir huesos bajo las manos, pero abrazándole igualmente, y nadie podía decirle que se trataba de una alucinación o que era un sueño, y si Stefan y ella tenían que morir juntos, entonces morirían juntos. Nada importaba excepto que volvieran a estar separados.

Cubrió aquel desconocido rostro huesudo de besos. Resultaba extraño, pues no había una barba medio crecida y desaliñada, pero a los vampiros no les salía barba a menos que ya la tuviesen al convertirse en vampiros.

En seguida hubo otras personas en la celda. Personas buenas. Personas que reían y lloraban y la ayudaban a fabricar una litera improvisada con las sábanas apestosas del camastro de Stefan. Y nadie chilló cuando les saltaron piojos encima porque todos sabían que Elena se habría vuelto y les habría desgarrado la

garganta como si fuese *Sable*. O más bien, como *Sable*, pero como la señora Courtland siempre había dicho, «con sentimiento». Para *Sable* era un simple trabajo.

Entonces, de algún modo —las cosas habían empezado a ser inconexas—, Elena contemplaba el rostro amado de Stefan y sujetaba la litera, y corría —él no pesaba nada— ascendiendo por un corredor distinto a aquel por el que había tenido que abrirse paso a empujones y avanzar a trompicones al entrar. Al parecer todos los salmones del *Shi no Shi* habían elegido el otro pasillo para nadar hacia arriba. Sin duda había un lugar seguro para ellos al final de aquel trayecto.

E incluso mientras Elena se preguntaba cómo un rostro podía ser tan puro, y apuesto, y perfecto, a pesar de tener casi el aspecto de una calavera, la muchacha pensaba: «Puedo correr y encorvarme». Y se inclinó sobre Stefan y sus cabellos crearon un escudo alrededor de ambos, de modo que sólo estaban ellos dos en su interior. Todo el mundo exterior quedó fuera, y quedaron a solas, y ella le dijo al oído:

—Por favor, necesitamos que estés fuerte. Por favor… hazlo por mí. Por favor…, por Bonnie. Por favor…, por Damon. Por favor…

Habría seguido nombrándolos a todos ellos, y probablemente a otros más una y otra vez, pero ya era demasiado y, tras su larga privación, Stefan no sentía ánimos de llevarle la contraria. Su cabeza se alzó veloz y Elena sintió más dolor del acostumbrado porque él estaba en el ángulo incorrecto, y eso la complació al mismo tiempo porque Stefan había abierto una vena a lo largo y la sangre fluía a su boca en un chorrito constante.

Tuvieron que ir un poco más despacio ahora, o Elena habría tropezado y pintado el rostro de Stefan de color granate como el de un demonio, pero seguían trotando. Otra persona les guiaba.

Entonces, se detuvieron súbitamente. Elena, con los ojos cerrados y la mente fija en la de Stefan, no habría alzado la vista por nada del mundo. Pero en un momento volvían a moverse, y Elena tuvo una sensación de espacio a su alrededor y comprendió que estaban en el vestíbulo y tenía que asegurarse de que todo el mundo lo sabía.

«Está a nuestra izquierda ahora —le envió a Damon—. Está cerca de la parte delantera. Es una puerta con toda clase de símbolos encima.»

«Estoy familiarizado con ellos», envió como respuesta Damon en tono seco, pero ni siquiera él podía ocultarle dos cosas. Una, que se alegraba, que se alegraba de percibir la euforia de Elena, y de saber que era él, principalmente, el causante.

La otra era simple. Que si existía una elección entre su vida y la vida de su hermano, daría su propia vida. Por el bien de Elena, por su propio orgullo.

Por Stefan.

Elena no quiso dar demasiadas vueltas a aquellas cosas secretas que no tenía derecho a conocer, y se limitó a abrazarlas, permitió que Stefan las percibiera en toda su cruda vitalidad, y se aseguró de que no hubiese una retroalimentación que comunicase a Damon que Stefan lo sabía. Los ángeles cantaban en el cielo para ella. Pétalos de la rosa Magia Negra eran esparcidos alrededor de su cuerpo. Se soltaban palomas y ella sentía sus alas. Era feliz.

Pero no estaba a salvo.

Sólo lo averiguó al penetrar en el vestíbulo, pero fue una gran suerte para ellos que la Puerta Dimensional estuviese en aquel lado, pues Blodwedd había destruido metódicamente el otro lado hasta conseguir que se viniese abajo en un montón de simple madera astillada. La disputa entre Elena y Blodwedd podría haberse iniciado como una riña entre una anfitriona que pensaba que su invitada había infringido las normas de la casa y una invitada que simplemente quería huir, pero se había convertido en una guerra a muerte. Y teniendo en cuenta el modo en que vampiros, hombres lobo, demonios y otras gentes reaccionaban allí abajo en la Dimensión Oscura, había causado sensación. Las Guardianas estaban ocupadísimas manteniendo a la gente fuera del edificio, y había cuerpos sin vida esparcidos por la calle.

«¡Oh, Dios mío, la gente! ¡La pobre gente!», pensó Elena, cuando esto último quedó por fin en su campo de visión. En cuanto a las Guardianas, que mantenían el lugar despejado y combatían a Blodwedd por ella… «Dios os bendiga por eso», pensó Elena, que preveía encontrar un vestíbulo repleto de gente en pie mientras ellos intentaban atravesar corriendo aquel espacio con Stefan. Se encontraron con que estaban solos.

—Ahora volvemos a necesitar tu llave, Elena —dijo la voz de Damon, justo por encima de ella.

Elena arrancó con suavidad a Stefan de su garganta.

—Sólo un instante, cariño. Sólo un instante.

Contemplando la puerta, Elena se sintió aturrullada durante unos momentos. Había un agujero, pero nada sucedió cuando puso el anillo en él y empujó, apretó, o lo giró a derecha o a izquierda. Por el rabillo del ojo vio una sombra oscura por encima de ella, la desechó como irrelevante, y entonces ésta cayó con un alarido sobre ella igual que un bombardero en picado, alargando unas garras de acero para atraparla.

No había tejado. Las garras de Blodwedd lo habían arrancado metódicamente.

Elena lo sabía.

Porque de algún modo Elena de improviso vio la situación al completo, no tan sólo su parte en ella, sino como si fuese alguien que estuviese fuera de su cuerpo, que comprendiera muchas más cosas de las que comprendía la enclenque Elena Gilbert.

Las Guardianas estaban allí para prevenir daños colaterales.

No podían o no iban a detener a Blodwedd.

Elena también sabía eso.

Todas las personas que corrían por el otro pasillo habían estado haciendo lo que normalmente hace la presa de una lechuza: se habían lanzado al fondo de su madriguera. Había una enorme sala segura allí.

De algún modo, Elena lo sabía.

Pero ahora, de un modo borroso pero definitivo, Blodwedd veía a aquellos a los que había estado persiguiendo en un principio, a los ladrones del nido, a los que habían arrancado para siempre uno de sus enormes ojos naranjas capaces de ver a grandes distancias, y la habían herido tan profundamente que el otro ojo se estaba llenando de sangre.

Elena podía percibirlo.

Blodwedd supo que eran los que habían provocado que se destrozara el pico. Los criminales, los salvajes,.aquellos a los que haría pedacitos lentamente, muy despacio, de extremidad en extremidad, pasando de uno a otro mientras aferraba a cinco o seis en una de las garras, o mientras los observaba, incapaces de correr por falta de extremidades, retorciéndose por debajo de ella.

Elena podía darse cuenta.

Por debajo de ella.

Justo ahora… estaban directamente debajo de Blodwedd.

Blodwedd descendió en picado.

—*¡Sable! ¡Garra!* -gritó Sage, pero Elena sabía que no existiría ninguna distracción ahora.

No habría nada excepto matar y desgarrar, lentamente, y alaridos resonando en la única pared que quedaba en el vestíbulo.

Elena podía verlo mentalmente.

—No quiere abrirse, maldita sea —gritó Damon.

Manipulaba la muñeca de Elena para mover la llave en el agujero, pero por mucho que tirase o empujase, nada sucedía.

Casi tenían ya a Blodwedd encima.

Esta aceleró, proyectando imágenes telepáticas ante ella.

Tendones tensándose, articulaciones fracturándose, huesos que se astillaban…

Elena sabía…

¡Nooooo!

La copa de ira de Elena rebosó.

Repentinamente vio todo lo que necesitaba saber en una gran y arrolladora epifanía. Pero era demasiado tarde para meter a Stefan dentro de la puerta, así que lo primero que chilló fue:

—¡Alas de Protección!

Blodwedd, apenas a algo más de metro y medio de distancia, chocó contra una barrera que un misil nuclear no habría podido dañar. Se estrelló contra ella a la velocidad de un coche de carreras y con la masa de un aeroplano de tamaño medio.

Aquella cosa monstruosa estalló con el pico por delante al entrar en contacto con las alas de Elena, que eran de un verde transparente en la parte superior, salpicadas de esmeraldas centelleantes, y que cambiaban gradualmente a un rosado como la luz del amanecer cubierto de cristales en la parte inferior. Las alas envolvieron a los seis humanos y a los dos animales… y no se movieron ni un milímetro cuando Blodwedd chocó contra ellas.

Blodwedd se había convertido a sí misma en el equivalente a un animal atropellado.

Elena cerró los ojos, intentó no pensar en la doncella que había sido creada

de flores (¡y que había matado a su esposo!, se dijo Elena con desesperación), y, con los labios resecos y el llanto corriéndole por las mejillas, volvió la cabeza hacia la puerta. Puso el anillo dentro. Se aseguró de que no sobresaliese.

Y dijo:

—Fell's Church, Virginia, Estados Unidos. Cerca de la casa de huéspedes, por favor.

Era bien pasada la medianoche. Matt dormía en el catre del bunker, mientras que la señora Flowers dormía en el sofá; de pronto, les despertó súbitamente un golpe sordo.

—¿Qué diantres ha sido eso?

La señora Flowers se levantó y miró con atención por la ventana, que tendría que haber estado oscura.

—Tenga cuidado, señora —dijo Matt automáticamente, pero no pudo evitar añadir—: ¿Qué es? —Como siempre, esperaba lo peor y se aseguraba de que el revólver con las balas bendecidas estaba preparado.

—Es… luz —respondió la mujer débilmente—. No sé qué otra cosa decir sobre ello. Es luz.

Matt podía ver la luz, que proyectaba sombras sobre el suelo del bunker. No se oían truenos, y no los había habido desde que despertara. Se reunió a toda prisa con la señora Flowers en la ventana.

—¿Alguna vez has…? —exclamó la anciana, alzando las manos y volviendo a dejarlas caer—. ¿Qué podría significar?

—No lo sé, pero recuerdo que todo el mundo hablaba sobre líneas de energía. Líneas de Poder en el suelo.

—Sí, pero ésas discurren a lo largo de la superficie de la tierra. ¡No señalan hacia arriba, como… como un surtidor! —dijo la señora Flowers.

—Pero yo oí que dondequiera que tres líneas de energía se unan (creo que Damon lo dijo) éstas pueden formar un Portal. Un Portal como aquel al que ellos se dirigían.

—¡Válgame Dios! —dijo ella—. ¿Quieres decir que tal vez uno de esos Portales está ahí fuera! A lo mejor son ellos, que regresan.

—No es posible. —El tiempo que Matt había pasado con aquella anciana

peculiar le había hecho no sólo respetarla, sino incluso quererla—. No creo que debamos salir fuera, de todos modos.

—Querido Matt. Me reconfortas tanto —murmuró la señora Flowers.

Matt realmente no comprendió cómo podía ser así; al fin y al cabo era la comida y el agua que tenía almacenados la mujer 4o que utilizaban, e incluso el camastro plegable era suyo.

De haber estado solo podría haber investigado aquella…, aquella cosa extraordinaria. Tres reflectores brillaban fuera sobre el suelo en un ángulo de modo que se unían justo más o menos a la altura de un ser humano. Luces brillantes, y que se volvían más brillantes con cada minuto que pasaba.

Matt inhaló con fuerza. Tres líneas de energía, ¿eh? Cielos, probablemente era una invasión de monstruos.

Ni siquiera se atrevía a albergar esperanzas.

Elena no sabía si hubiera sido necesario decir Estados Unidos o la Tierra, o incluso si la puerta podía llevarla en realidad a Fell's Church, o si Damon tendría que darle el nombre de alguna puerta que estuviese cerca de allí. Pero…, sin duda…, con todas aquellas líneas de energía…

La puerta se abrió, mostrando una habitación pequeña como un ascensor.

Sage indicó en voz baja:

—¿Podéis sostenerle entre los cuatro si tenéis que pelear, también?

Y —tras un segundo para descifrar lo que esto significaba— sonaron tres chillidos de protesta, en tres tonos de voz femenina diferentes.

—¡No! ¡Oh, por favor, no! ¡No nos dejes! —La voz de Bonnie suplicaba.

—¿No vienes a casa con nosotros? —Era la voz sin tapujos de Meredith.

—Te ordeno que entres… ¡y que lo hagas de prisa! —Elena.

—Una mujer tan dominante —murmuró Sage—. ¡Oh, bien, parece que el Gran Péndulo ha vuelto a oscilar! No soy más que un hombre. Obedezco.

—¿Qué? ¿Significa eso que vienes? —exclamó Bonnie.

—Significa que voy con vosotros, sí.

Suavemente, Sage cogió en brazos el cuerpo consumido de Stefan y penetró en el pequeño cubículo que había tras la puerta. A diferencia de las primeras llaves que Elena había usado hoy, esto parecía funcionar más como un ascensor

activado por la voz… o eso esperaba. Al fin y al cabo, Shinichi y Misao únicamente habían necesitado una llave cada uno. Aquí, una variedad de personas podrían querer ir al mismo lugar a la vez.

O eso esperaba.

Sage apartó hacia atrás, de una patada, las viejas sábanas de Stefan y algo tintineó en el suelo.

—¡Oh!… —Stefan alargó la mano con impotencia hacia ello—. Es mi diamante, Elena. Lo encontré en el suelo después de…

—Hay muchos más de donde salió ése —dijo Meredith.

—Es importante para él —dijo Damon, que estaba ya dentro.

En lugar de acabar de entrar en el ascensor, en la pequeña habitación que podría desaparecer en cualquier segundo, que podría haberse ido a Fell's Church antes de que él pudiese regresar, salió al vestíbulo, miró con atención al suelo y se arrodilló. Luego, rápidamente, alargó la mano y en seguida se levantó y regresó a toda prisa al interior de la pequeña habitación.

—¿Quieres sujetarlo tú o lo hago yo? —Tú sujétalo… por mí. Cuida de él.

Cualquiera que conociese los antecedentes de Damon, en especial en referencia a Elena o incluso a un viejo diamante que había pertenecido a ella, habría creído que Stefan tenía que estar loco. Pero Stefan no estaba loco.

Cerró la mano sobre el puño de su hermano que sujetaba el diamante.

—Y yo me sujetaré a ti —dijo con una leve sonrisa irónica.

—No sé si le interesa a alguien —dijo Meredith—, pero hay un único botón en el interior de este artilugio.

—¡Presiónalo! —gritaron Sage y Bonnie, pero Elena gritó en voz más alta:

—¡No… esperad!

Había divisado algo. Al otro lado del vestíbulo, las Guardianas habían sido incapaces de impedir a un único y aparentemente desarmado ciudadano que entrara en la estancia y la recorriera con un grácil zigzagueo a paso rápido. Debía de medir más de metro ochenta y vestía una túnica y unos bombachos totalmente blancos, que hacían juego con su larga melena blanca; sus vigilantes orejas parecían las de un zorro y su larga y ondulante cola sedosa se agitaba tras él.

—¡Cerrad la puerta! —bramó Sage.

—¡Oh, cielos! —musitó Bonnie.

—¿Puede decirme alguien qué pasa? —gruñó Damon.

—No te preocupes. Es sólo un compañero de prisión. Un tipo silencioso. ¡Eh, también tú has conseguido salir!

Stefan sonreía y eso era suficiente para Elena. Y el intruso apretaba algo contra él que, bueno, no podía ser lo que parecía, pero estaba ya muy cerca y sí que parecía un ramo de flores.

—¿Eso es un kitsune, verdad? —preguntó Meredith, como si el mundo se hubiese vuelto loco a su alrededor.

—Un prisionero… —dijo Stefan.

—¡UN LADRÓN! —chilló Sage.

—¡Silencio! —pidió Elena—. Probablemente pueda oír aunque no pueda hablar.

Para entonces el kitsune ya les había alcanzado. Trabó la mirada con Stefan, dirigió una veloz mirada a los demás y alargó el ramo, que estaba fuertemente precintado con plástico transparente de envolver alimentos y alguna especie de pegatinas largas con inscripciones que parecían mágicas.

—Esto es para Stefan —dijo.

Todo el mundo, incluido Stefan, se quedó boquiabierto.

—Ahora tengo que ocuparme de unas cuantas Guardianas pesadas —suspiró —. Y tienes que presionar el botón para que la habitación se ponga en marcha, guapa —le dijo a Elena.

Ésta, que había estado momentáneamente fascinada por el movimiento ondulante de una cola esponjosa alrededor de unos calzones de seda, enrojeció violentamente de improviso. Recordaba ciertas cosas. Ciertas cosas que habían parecido muy diferentes…, en una mazmorra solitaria…, en la oscuridad de una noche artificialmente creada…

Bueno. Lo mejor sería ponerle al mal tiempo buena cara.

—Gracias —dijo, y apretó el botón.

Las puertas empezaron a cerrarse.

—¡Gracias otra vez! —añadió, efectuando una leve reverencia al kitsune—. Soy Elena.

—*Yoroshiku*. Soy…

La puerta se cerró entre ellos.

—¿Es que os habéis vuelto locos? —exclamó Sage—. ¡Aceptar un ramo de

un zorro!

—Tú eres quien parece conocerle, *monsieur* Sage —observó Meredith—. ¿Cómo se llama?

—¡No sé su nombre! ¡Lo que sí sé es que me robó tres quintas partes del Tesoro del Claustro del Sena! ¡Sé que es un magnífico experto en hacer trampas con las cartas! ¡Ahhh!

Lo último no fue un grito de cólera sino una exclamación de alarma, ya que la pequeña habitación se movía lateralmente, precipitándose hacia abajo, casi deteniéndose, antes de reanudar su anterior marcha constante.

—¿Realmente nos llevará a Fell's Church? —preguntó Bonnie con timidez, y Damon la rodeó con un brazo.

—Nos llevará a alguna parte —prometió—. Y entonces ya veremos. Somos un grupo de supervivientes muy capaz.

—Lo que me recuerda —dijo Meredith— que creo que Stefan tiene mejor aspecto.

Elena, que había estado ayudándole a amortiguar el movimiento del ascensor dimensional, alzó la mirada hacia ella.

—¿Tú crees? ¿O es sólo la luz? Creo que debería estar alimentándose —dijo en tono ansioso.

Stefan se sonrojó, y Elena presionó dedos contra sus propios labios para detener su temblor. «No, cariño —dijo sin hablar—. Cada una de estas personas ha estado dispuesta a dar su vida por ti…, por mí…, por nosotros. Tengo buena salud y sigo sangrando. Por favor, no la desperdicies.»

Stefan murmuró:

—Detendré la sangre.

Pero cuando ella se inclinó hacia él, tal y como había sabido que haría, él bebió.

42

En aquellos momentos, Matt y la señora Flowers no podían ya hacer caso omiso de las cegadoras luces. Tenían que salir.

Pero justo cuando Matt abría la puerta hubo…, bueno, Matt no supo qué fue aquello. Algo salió disparado directamente del suelo y hacia el cielo, donde se hizo cada vez más pequeño, se convirtió en una estrella y desapareció.

¿Un meteorito que había atravesado la Tierra? ¿Pero eso no traería consigo tsunamis y terremotos y ondas expansivas e incendios forestales y quizá que la Tierra se quebrara? Si un meteorito que chocó contra la superficie pudo exterminar a todos los dinosaurios…

La luz que había estado brillando hacia arriba había perdido un poco de intensidad.

—Vaya, válgame Dios —dijo la señora Flowers con una vocecita trémula—. Matt, querido, ¿estás bien?

—Sí, señora. Pero… —El vocabulario de Matt no pudo resistir la tensión—. ¿Qué diablos ha sido eso?

Y ante su leve sorpresa, la señora Flowers respondió:

—¡Es exactamente lo que yo pensaba!

—Espere… Algo se mueve. ¡Retroceda!

—Querido Matt, ten cuidado con esa arma…

—¡Son personas! ¡Oh, Dios mío! Es Elena. —Matt se sentó bruscamente en el suelo, y ahora ya sólo era capaz de musitar—: Elena. Está viva. ¡Está viva!

Por lo que Matt podía ver, había un grupo de personas trepando y ayudando a otras a trepar fuera de un agujero perfectamente rectangular, quizá de un metro y

medio de profundidad, en la parcela de angélica de la señora Flowers.

Se oyeron voces.

—De acuerdo —decía Elena, a la vez que se inclinaba abajo—. Ahora sujeta mis manos.

Pero ¡el modo en que iba vestida! Un retal de tela escarlata que dejaba ver toda clase de arañazos y cortes en sus piernas. En la parte superior… bueno, los restos del vestido cubrían más o menos lo que cubriría un bikini. Y lucía las alhajas de fantasía más enormes y centelleantes que Matt había visto nunca.

Sonaron más voces, que fueron abriéndose paso a través de la conmoción del muchacho.

—Ten cuidado, ¿vale? Lo alzaré hacia ti…

—Puedo subir por mí mismo… —¡Sin lugar a dudas, ése era Stefan!

—¿Veis? —se regocijó Elena—. ¡Dice que puede subir él solo!

—*Oui*, pero a lo mejor un pequeño impulso…

—Este no es precisamente el momento para hacerse el machito, hermano.

Y ése, se dijo Matt, que aún jugueteaba con el revólver, era Damon. Benditas balas…

—Dejadme, quiero… hacerlo yo solo…, ¿de acuerdo?…, ¿entendido? Ya está.

—¡Ya está! ¿Lo veis? ¡Mejora por momentos! —alabó Elena.

—¿Dónde está el diamante? ¿Damon? —Stefan sonó ansioso.

—Lo tengo yo. Tranquilízate.

—Quiero sostenerlo. Por favor.

—¿Más de lo que quieres abrazarme a mí? —preguntó Elena.

Todo resultó borroso por un momento y luego Stefan estaba recostado en los brazos de Elena, mientras ésta le decía:

—Con calma, con calma.

Matt miraba atónito. Damon estaba justo detrás de ellos, casi como si formara parte de la escena.

—Yo cuidaré el diamante —dijo éste, tajante—. Tú cuida de tu chica.

—Perdonadme…, lo siento, pero… ¿podría alguien por favor subirme?

¡Y aquélla era Bonnie! ¡Parecía quejumbrosa pero no asustada ni desdichada! ¡Bonnie reía tontamente!

—¿Tenemos todas las bolsas de bolas estrella?

—Todas las que encontramos en esa casa.

Y aquélla era Meredith. Gracias a Dios. Todos habían conseguido volver. Pero a pesar de lo que pensaba, sus ojos se vieron atraídos otra vez hacia una figura, el que parecía estar supervisándolo todo, el que tenía el pelo dorado.

—Cualquiera de las bolas estrella podría ser… —empezaba a decir, cuando Bonnie exclamó:

—¡Mirad! ¡Mirad! ¡Son la señora Flowers y Matt!

—Vamos, Bonnie, ¿cómo iban a estar esperándonos? —terció Meredith.

—¿Dónde, Bonnie, dónde? —quiso saber Elena.

—Si se trata de Shinichi y Misao disfrazados les voy a… ¡eh, Matt!

—¿Quiere decirme alguien dónde?

—¡Justo ahí, Meredith!

—¡Oh! ¡Señora Flowers! Esto…, espero que no la hayamos despertado.

—Jamás he tenido un despertar más feliz —respondió la anciana en tono solemne—. Puedo ver por lo que habéis pasado en el Lugar Oscuro. Por vuestra…, ejem…, falta de ropa…

Un repentino silencio. Meredith dirigió una rápida mirada a Bonnie. Bonnie se la devolvió.

—Sé que estas ropas y joyas pueden parecer un poco excesivas…

Matt recuperó la voz.

—¿Esas joyas? ¿Son auténticas?

—¡Oh, no son nada! Estamos todos sucios.

—Perdonadme. Apestamos… Pero eso es culpa mía… —empezó a decir Stefan, aunque fue interrumpido en seguida por Elena.

—Señora Flowers, Matt: ¡Stefan ha estado prisionero! ¡Todo este tiempo! Privado de alimento y torturado… ¡oh, Dios mío!

—Elena. Chist. Me has traído de vuelta.

—Te hemos traído de vuelta. Ahora, jamás te dejaré marchar. Jamás en la vida. —Tranquila, amor mío. Pero creo que necesito un baño… —Stefan se interrumpió de repente—. ¡No hay barrotes de hierro! ¡Nada que aísle mis Poderes! Puedo…

Se apartó de Elena, quien se aferró a él con una mano, y brilló un suave relámpago de luz plateada, como una luna llena apareciendo y desapareciendo en medio de ellos.

—¡Venid aquí! —dijo—. ¿Quién quiere que le libre de esos diminutos parásitos horribles?

—Soy la chica que buscas —replicó Meredith—. Tengo fobia a las pulgas, y Damon jamás me consiguió siquiera un matapulgas. ¡Menudo amo!

Sonaron risas ante aquello, risas que Matt no comprendió. Meredith llevaba puesto —bueno, tenían que ser joyas de fantasía—, pero todavía parecían como unos cuantos millones de dólares en zafiros.

Stefan tomó la mano de Meredith y brilló el mismo suave destello. Y entonces Meredith retrocedió diciendo:

—Gracias.

La respuesta en voz baja de Stefan fue:

—Gracias a ti, Meredith.

Al menos el vestido azul de la muchacha estaba de una pieza, observó Matt.

Bonnie —cuyo vestido había sido acuchillado hasta convertirse en cintas del color de la luz de las estrellas— alzaba ya una mano.

—¡Yo también, por favor!

Stefan le tomó la mano, y repitió lo mismo otra vez.

—¡Gracias, Stefan! ¡Oooh! ¡Me siento mucho mejor! ¡Odiaba ese picor!

—Gracias a ti, Bonnie. Odiaba pensar que moriría solo.

—¡Los demás vampiros podríais ocuparos de vosotros mismos! —dijo Elena, como si tuviese una tablilla y fuese tachando cosas—. Y Stefan, por favor… —Le tendió las manos.

Él se arrodilló ante ella, le besó ambas manos, y luego las envolvió en la suave luz blanca.

—Pero de todos modos me gustaría tomar un baño… —dijo Bonnie en tono de súplica, a la vez que el vampiro nuevo —el alto y musculoso— y Damon hacían centellear un resplandor de luz de luna alrededor de sí mismos.

La señora Flowers tomó la palabra entonces.

—Hay cuatro cuartos de baño que funcionan en la casa: en la habitación de Stefan, en mi habitación y en las habitaciones contiguas a la de Stefan. Están a vuestra disposición. Pondré unas cuantas sales de baño en cada uno ahora mismo. —Y luego añadió, extendiendo los brazos a todo el harapiento, ensangrentado y sucio grupo—: Mi casa es vuestra, queridos míos.

Le respondió un coro de apasionadas «gracias».

—Organizaré una lista rotatoria. Para alimentar a Stefan, quiero decir. Si vosotras, chicas, estáis dispuestas —añadió apresuradamente Elena, mirando a Bonnie y a Meredith—. No necesita mucha, sólo un poco cada hora hasta que amanezca.

Elena todavía parecía sentirse muy cohibida ante Matt, y éste se mostraba muy cohibido ante ella; pero avanzó, con las manos vacías alzadas para demostrar que era inofensivo.

—¿Es una norma que sean sólo chicas? Porque yo también tengo sangre, y estoy sano como un caballo.

Stefan le miró rápidamente.

—No hay una norma respecto a que sean sólo chicas. Pero no tienes que…

—Quiero ayudarte.

—De acuerdo, entonces. Gracias, Matt.

La respuesta apropiada parecía ser «Gracias a ti, Stefan», pero a Matt no se le ocurrió nada hasta que dijo:

—Gracias por cuidar de Elena.

Stefan sonrió.

—Da las gracias a Damon por eso. Él y los demás me ayudaron… y se han protegido entre sí.

—También paseamos perros…, al menos Sage lo hace —dijo Damon con picardía.

—¡Oh… Eso me recuerda…! Debería usar ese truco desparasitador en mis dos amigos. *¡Sable! ¡Garra!* ¡Aquí! —Añadió un silbido que Matt jamás podría haber imitado.

De todos modos, para el muchacho era como estar dentro de un sueño. Un perro enorme, que parecía casi tan grande como un poni, y un halcón surgieron de la oscuridad.

—Ahora —dijo el vampiro atlético, y una vez más brilló la suave luz.

Y a continuación:

—Ya está. Si no le importa, yo prefiero dormir en el exterior con mis amigos. Le agradezco todas sus amabilidades, *madame*, mi nombre es Sage. El halcón es *Garra;* el perro, *Sable*.

—Me pido el baño de Stefan para Stefan y para mí —dijo Elena—, y el baño de la señora Flowers para las chicas. Vosotros, chicos, podéis organizaros por

vuestra cuenta.

—Yo —dijo la señora Flowers con gravedad— estaré en la cocina, preparando bocadillos. —Se volvió para marcharse.

Fue entonces cuando Shinichi se alzó de la tierra ante ellos.

O más bien cuando su rostro se alzó. Era evidentemente una ilusión, pero aun así resultaba aterradora y portentosa. La verdad era que Shinichi parecía estar allí, un gigante, quizá sosteniendo el mundo sobre los hombros. La parte negra de sus cabellos se fundía con la noche, pero las puntas escarlatas creaban un halo llameante alrededor de su rostro. Puesto que venían de una tierra que estaba dominada por un sol rojo gigante, día y noche, resultaba una visión singular.

Los ojos de Shinichi también eran rojos, como dos lunas pequeñas en el firmamento, y estaban fijos en el grupo que estaba junto a la casa de la señora Flowers.

—Hola —saludó—. Vaya, parecéis tan sorprendidos. No deberías estarlo. En realidad, no podía dejaros regresar sin asomarme a saludaros. Después de todo, ha pasado mucho tiempo… para algunos de vosotros —dijo el rostro gigante, que sonreía burlón—. Además, desde luego, quería participar en las celebraciones; hemos salvado al pequeño Stefan, y, caramba, incluso hemos peleado contra una gallina descomunal para conseguirlo.

—Me habría gustado verte enfrentarte a Blodwedd, uno contra uno, y obtener una llave oculta en su nido, al mismo tiempo —empezó a decir Bonnie, llena de indignación, pero paró cuando Meredith le oprimió el brazo.

Sage, entretanto, murmuraba algo respecto a lo que su propia «gallina descomunal», *Garra*, haría si Shinichi fuera lo bastante valiente como para mostrarse en persona.

Shinichi hizo caso omiso de todo ello.

—¡Oh, sí! No nos olvidemos de la gimnasia sueca mental que habéis tenido que llevar a cabo. Verdaderamente formidable. Bueno, nunca más os confundiremos con idiotas rematados que nunca se preguntaron, para empezar, por qué os daría mi hermana en realidad pistas, y mucho menos, pistas que unos extraños pudiesen comprender. Quiero decir —les dirigió una mirada lasciva—,

¿por qué no tragarse simplemente la llave para empezar, eh?

—Te estás marcando un farol —replicó Meredith en tono rotundo—. Nos subestimasteis, simple y llanamente.

—Es posible —dijo Shinichi—. O a lo mejor fue alguna otra cosa distinta por completo.

—Habéis perdido —intervino Damon—. Me doy cuenta de que ése puede ser un concepto totalmente nuevo para vosotros, pero es cierto. Elena ha obtenido mucho más control sobre sus Poderes.

—Pero ¿funcionarán aquí? —Shinichi sonrió de un modo inquietante—. ¿O desaparecerán súbitamente a la luz de un pálido sol amarillo? ¿O en las profundidades de la auténtica oscuridad?

—No dejes que te haga picar el anzuelo, *madame* -gritó Sage—. ¡Tus Poderes proceden de un lugar al que él no puede acceder!

—¡Ah, sí! Me olvidaba del renegado. El hijo rebelde del Rebelde. Me gustaría saber… ¿cómo te haces llamar esta vez? ¿Cage? ¿Rage? Me pregunto qué pensarán estas criaturitas cuando averigüen quién eres en realidad.

—No nos importa quién sea —chilló Bonnie—. Sabemos lo suficiente. Sabemos que es un vampiro, pero que puede ser tierno y amable y nos ha salvado una y otra vez.

Cerró los ojos, pero se mantuvo firme ante el estallido de risa de Shinichi.

—Así pues, *«madame»* -se mofó Shinichi—, crees que has ganado a «Sage». Pero me pregunto si sabes qué es lo que en ajedrez llamamos un «gambito». ¿No? Bueno, estoy seguro de que tu amiga la intelectual estará encantada de informarte.

Hubo una pausa. Luego Meredith explicó, totalmente inexpresiva:

—Un gambito es cuando un jugador de ajedrez sacrifica algo…, por ejemplo, un peón…, deliberadamente… sólo para obtener otra cosa. Una posición en el tablero que desea, pongamos por caso.

—Sabía que podrías explicárselo. ¿Qué piensas de nuestro primer gambito?

Otro silencio, y entonces Meredith dijo:

—Doy por sentado que insinúas que nos has devuelto a Stefan para conseguir algo mejor.

—¡Oh!, si tuvieses los cabellos dorados… como los que tu amiga Elena ha exhibido tan generosamente.

Hubo varias exclamaciones, que venían a decir «¿Qué?»… La mayoría iban dirigidas a Shinichi, aunque algunas fueron para Elena.

Ésta estalló de inmediato.

—¿Cogiste los recuerdos de Stefan…?

—Vamos, vamos, no seas tan drástica, querida.

Elena dirigió la mirada hacia el rostro gigantesco con una expresión de total desprecio.

—Tú… Sinvergüenza.

—¡Oh! Se me parte el corazón.

Pero lo cierto era que el rostro gigante de Shinichi sí que parecía afectado: enojado y peligroso.

—Entre vosotros, que sois todos amigos tan íntimos, ¿sabéis cuántos secretos se esconden? Desde luego, Meredith es una experta en secretos, ha conseguido ocultárselos a sus amigas todos estos años. Creéis que ya se lo habéis sacado todo, pero lo mejor está aún por llegar. Y luego, por supuesto, está el secreto de Damon.

—Que si se cuenta aquí y ahora significará una guerra en este mismo instante —repuso Damon—. Y ¿sabes?, es extraño, pero tengo la sensación de que esta noche has venido a negociar.

En esta ocasión las risas de Shinichi fueron un auténtico vendaval, y Damon tuvo que colocarse de un salto detrás de Meredith para impedir que ésta fuese derribada al interior del agujero que había hecho el ascensor.

—Muy galante —tronó de nuevo Shinichi, haciendo añicos cristal en alguna parte de la casa de la señora Flowers—. Pero ahora, de verdad, debo irme. ¿Dejo una sinopsis de los trofeos que todavía tenéis que buscar antes de que vuestra pequeña cofradía se pueda mirar a la cara?

—Creo que ya los tenemos. Y ya no eres bienvenido a esta casa —replicó la señora Flowers con frialdad.

Pero la mente de Elena seguía trabajando. Incluso estando allí de pie, sabiendo que Stefan la necesitaba, buscaba las razones que había tras aquello: el segundo gambito de Shinichi. Porque estaba segura de que aquello era uno.

—¿Dónde están las fundas de almohada? —preguntó en una voz tan aguda que asustó y desconcertó a la mitad del grupo, y sencillamente asustó al resto.

—Yo sujetaba una, pero luego decidí sujetar a *Sable* en su lugar.

—Sage.

—Yo tenía una, en el fondo del agujero, pero la solté cuando alguien me izó. —Bonnie.

—Yo todavía tengo una, aunque no entiendo de qué puede… —empezó a decir Damon.

—¡Damon! —Elena se volvió en redondo hacia él—. ¡Confía en mí! Tenemos la tuya y la de Sage a salvo… ¿qué pasa con la de Bonnie dentro del agujero?

En cuanto ella dijo «confía en mí», Damon había arrojado su funda de almohada encima de la de Sage, y para cuando ella terminó de hablar, ya había saltado al interior del agujero, que todavía estaba tan iluminado con la luz de las líneas de energía que lastimaba los ojos de cualquier vampiro. Pero Damon no se quejó. Dijo:

—La tengo a salvo… no, ¡espera! ¡Una raíz! ¡Una maldita raíz está enroscada alrededor de una de las bolas estrella! ¡Que alguien me arroje un cuchillo, rápido!

Mientras todo el mundo se palmeaba los bolsillos en busca de cuchillos, Matt hizo algo que Elena no podía creer. Primero echó una ojeada abajo al interior del agujero de metro y medio mientras apuntaba con… ¿Era un revólver? Sí; lo reconoció como la pareja del de Meredith. Luego sin intentar bajar con cuidado, simplemente saltó como lo había hecho Damon, dentro del agujero.

—NO QUERÉIS SABER… —rugió Shinichi, pero nadie le prestaba atención.

El salto de Matt no terminó suavemente como había sucedido con el de Damon. Acabó con una exclamación ahogada y una imprecación sofocada. Pero Matt no perdió tiempo; todavía de rodillas, alzó el arma para entregársela a Damon.

—Balas bendecidas…, ¡dispara!

Damon se movió muy de prisa. Ni siquiera dio la impresión de apuntar. Pero sin duda había soltado el seguro y apuntó inmediatamente, pues la raíz iba disparada ya hacia la blanda pared del agujero, con el extremo bien enrollado a algo redondo.

Elena oyó dos disparos tremendos; tres. Luego Damon se inclinó y levantó una bola con una enredadera enroscada, de tamaño medio y transparente allí

donde se podía distinguir su auténtica superficie.

—¡DEJA ESO!

La cólera de Shinichi estaba más allá de toda medida. Los dos ardientes puntos rojos que eran sus ojos parecían llamas… igual que lunas ardiendo. Parecía como si intentase conseguir que le obedecieran mediante puro volumen.

—¡HE DICHO QUE NO TOQUÉIS ESO CON VUESTRAS ASQUEROSAS MANOS HUMANAS!

—¡Oh, Dios mío! —jadeó Bonnie.

Meredith se limitó a decir.

—Es la de Misao; tiene que serlo. Él se arriesgaría con la suya; pero no con la de ella. Damon, pásamela, junto con el revólver. Apuesto a que no es a prueba de balas. —Se arrodilló, alargando los brazos al interior del agujero.

Damon, con una ceja enarcada, hizo lo que se le pedía.

—¡Oh, cielos! —exclamó Bonnie, desde el borde del agujero—. Matt se ha torcido un tobillo… como mínimo.

—OS LO DIJE —tronó Shinichi—. LO LAMENTARÉIS…

—Déjame —le dijo Damon a Bonnie, sin prestar la menor atención a Shinichi, y sin más preámbulos, levantó a Matt y flotó hacia arriba fuera del agujero.

Depositó al rubio muchacho junto a Bonnie, que le miró con los enormes ojos desorbitados de un desconcierto total.

Matt, no obstante, era un virginiano de pura cepa. Tras tragar saliva sólo una vez, consiguió pronunciar un «Gracias, Damon».

—No es nada, Matt —respondió él, y luego—: ¿Qué? —cuando alguien lanzó una exclamación de sorpresa.

—Lo recordaste —gritó Bonnie—. Recordaste su… ¡Meredith! —se interrumpió, mirando a la alta muchacha—. ¡La hierba!

Meredith, que había estado examinando la bola estrella con una expresión extraña, arrojó entonces el revólver a Damon e intentó arrancar con la mano libre la hierba que se había enroscado a sus pies y ascendía ya hacia sus tobillos. Pero en cuanto hizo eso, la hierba pareció saltar hacia arriba y agarrarle la mano, sujetándola a los pies. Y en aquellos momentos echaba ya retoños y ascendía veloz por el cuerpo en dirección a la esfera que sostenía bien en alto.

Al mismo tiempo, se apretaba alrededor de su pecho, extrayéndole el aire de

los pulmones.

Todo sucedió tan de prisa que no fue hasta que jadeó: «Que alguien coja la bola», que los demás saltaron en su ayuda. Bonnie fue la primera en llegar y tiró con los dedos de la vegetación que oprimía el pecho de Meredith. Pero cada brizna era como acero, y no consiguió arrancar ni una. Ni tampoco pudieron Matt o Elena. Entretanto, Sage intentaba alzar a Meredith en volandas —arrancarla de la tierra— y tenía tan poco éxito como el resto.

El rostro de Meredith, claramente visible a la luz que todavía brillaba desde el agujero, se iba tornando lívido.

Damon le arrebató la bola estrella de los dedos justo antes de que la enmarañada vegetación que avanzaba por su brazo pudiera alcanzarla. Entonces empezó a moverse literalmente más de prisa de lo que el ojo humano podía seguir, sin detenerse en un solo lugar el tiempo necesario para que una planta lo agarrara.

Pero, de todos modos, la hierba alrededor de Meredith seguía apretando, y el rostro de la muchacha iba tornándose azul. Tenía los ojos desorbitados y la boca abierta para inhalar un aire que no le llegaba.

—¡Para! —chilló Elena a Shinichi—. ¡Te daremos la bola estrella! ¡Pero suéltala!

—¿SOLTARLA? —Shinichi rugió una carcajada—. QUIZA SERÍA MEJOR QUE MIRASES POR TUS PROPIOS INTERESES PRIMERO ANTES DE PEDIRME UN FAVOR.

Alocadamente, Elena miró a su alrededor… y vio que la hierba había envuelto casi por completo a un Stefan arrodillado, que había estado demasiado débil para moverse tan de prisa como los otros.

Y que en ningún momento había emitido el menor sonido para atraer la atención hacia él.

—¡No! —El alarido desesperado de Elena casi ahogó las risas de Shinichi—. ¡Stefan! ¡No!

Incluso sabiendo que era inútil, se arrojó sobre él e intentó arrancar la hierba de su delgado pecho.

Stefan se limitó a dedicarle la más tenue de las sonrisas y negó, entristecido, con la cabeza.

Fue entonces cuando Damon se detuvo. Alzó la bola estrella en dirección al

rostro amenazador de Shinichi.

—¡Tómala! —gritó—. ¡Coge la bola, maldito seas, pero déjalos ir!

Esta vez el estallido de risa de Shinichi siguió y siguió. Una espiral de hierba creció a partir de un punto junto a Damon y al cabo de un instante había formado un horrendo y enmarañado puño, que casi alcanzó la bola estrella.

Pero…

—Todavía no, queridos míos —jadeó la señora Flowers.

Matt y ella habían llegado sin aliento desde el trastero de la casa de huéspedes —Matt cojeando terriblemente— y ambos llevaban en las manos lo que parecían pósits.

Lo siguiente que Elena supo fue que Damon se movía a una velocidad tremenda otra vez, lejos del puño, y que Matt pegaba de un manotazo un trozo de papel sobre la hierba que cubría a Stefan, en tanto que la señora Flowers hacía lo mismo con la vegetación que había sobre Meredith.

Ante los ojos incrédulos de Elena, la hierba pareció derretirse, extinguiéndose poco a poco en forma de briznas pajizas que caían al suelo.

Al momento siguiente abrazaba ya a Stefan.

—Pasemos dentro, queridos —dijo la señora Flowers—. El trastero es un lugar seguro; que los que estén en condiciones ayuden a los heridos, por supuesto.

Meredith y Stefan inhalaban entrecortadamente grandes bocanadas de aire.

Pero Shinichi fue quien tuvo la última palabra.

—No os preocupéis —dijo, extrañamente calmado como si comprendiera que había perdido… por el momento—. Recuperaré esa esfera muy pronto. ¡De todos modos no sabéis cómo usar esa clase de Poder! Y además, voy a contaros lo que habéis estado ocultando a vuestros supuestos amigos. Sólo unos cuantos secretos, ¿sí?

—Al infierno con tus secretos —gritó Bonnie.

—¡Ese vocabulario, queridos! Qué os parece esto: uno de vosotros ha guardado un secreto toda su vida, y lo sigue haciendo en estos momentos. Uno de vosotros es un asesino; y no estoy hablando de un vampiro, ni de eutanasia ni de nada por el estilo. Y luego está la cuestión de la verdadera identidad de Sage… ¡Buena suerte con vuestra investigación ahí! A uno de vosotros ya le han borrado la memoria… y no me refiero a Damon o a Stefan. ¿Y qué hay del

misterioso beso robado? Y luego está la cuestión de lo sucedido la noche del motel, que parece que nadie excepto Elena puede recordar. Podríais preguntarle algo sobre sus teorías respecto a Camelot. Y luego…

Fue entonces cuando el sonido, tan potente como los gigantescos estallidos de risa de Shinichi, le interrumpió. Se abrió paso a través del rostro en el cielo, haciéndolo languidecer ridículamente, y a continuación el rostro desapareció.

—¿Qué ha sido eso…?

—¿Quién tiene el arma…?

—¿Qué clase de arma podría hacerle eso a él?

—Una con balas bendecidas —contestó Damon con frialdad, mostrándoles el revólver, que sujetaba apuntando al suelo.

—¿Quieres decir que tú has hecho eso?

—¡Bien por Damon!

—¡Olvidemos a Shinichi!

—Es un mentiroso cuando le conviene, no cabe duda.

—Creo —dijo la señora Flowers— que podemos retirarnos a la casa de huéspedes ahora.

—Sí, y vayamos a tomar nuestros baños.

—Sólo una última cosa.

La voz de Shinichi, con un profundo eco, pareció surgir de todas partes a su alrededor; del cielo, de la tierra.

—Realmente os va a encantar lo que tengo en mente para vosotros a continuación. Si yo fuera vosotros, empezaría a negociar a cambio de esa bola estrella YA.

Pero las carcajadas habían desaparecido y el sofocado sonido femenino que se oía detrás de él era casi como un llanto, como si Misao no pudiese controlarse.

—¡OS VA A ENCANTAR! —insistió Shinichi con un rugido.

43

Elena experimentaba una sensación que no era capaz de describir del todo. No era decepción. Era… flojera. Tenía la sensación de haber estado buscando a Stefan la mayor parte de su vida.

Pero ahora le tenía de vuelta otra vez, totalmente a salvo y limpio (había tomado un largo baño mientras ella insistía en restregarlo con cuidado con toda clase de cepillos y piedras pómez, y luego una ducha, y a continuación una ducha un tanto apretada con ella). Los cabellos se le secaban convirtiéndose en la sedosa mata oscura —un poco más largos de lo que él acostumbraba a llevarlos— que ella conocía. No había tenido energías para frivolidades como mantener el pelo corto y limpio. Elena lo comprendía.

Y ahora… no había guardas ni kitsune a su alrededor para espiarles. No había nada que les mantuviese separados el uno del otro. Habían estado juguetones en la ducha, echándose agua el uno al otro, mientras Elena se aseguraba en todo momento de mantener los pies en el protector antideslizante y de estar lista para intentar sostener el peso del cuerpo larguirucho de Stefan. Pero ahora no podían mostrarse juguetones.

El atomizador de la ducha había sido muy útil, también… para ocultar las lágrimas que no dejaban de correr por la mejillas de Elena. Podía —¡cielo bendito!— contar y palpar cada una de sus costillas. Stefan no era más que huesos y piel, su hermoso Stefan, pero sus ojos verdes estaban vivos, centelleando y danzando en el pálido rostro.

Después de ponerse el pijama se limitaron a permanecer sentados en la cama durante un rato. Juntos, respirando de forma sincronizada —Stefan se había

acostumbrado a ello al pasar tanto tiempo cerca de humanos y, recientemente, al intentar alargar la pequeña cantidad de alimento que recibía— y sintiendo ambos el cuerpo cálido del otro al lado; era casi demasiado. Luego, casi experimentalmente, Stefan buscó a tientas la mano de Elena, y cogiéndola, la sostuvo entre las suyas, dándole vueltas con admiración.

Elena tragaba saliva una y otra vez, intentando dar inicio a una conversación, y se sentía como si irradiara dicha. «¡Oh!, no necesito nada más», pensó, aunque sabía que muy pronto querría hablar, y abrazar, y besar, y alimentar a Stefan. Pero si alguien le hubiese preguntado si habría aceptado sólo eso, estar sentados juntos, comunicándose por el tacto el amor, lo habría aceptado.

Antes de darse cuenta, ya estaba hablando, palabras que surgían igual que burbujas que brotaran de melaza, sólo que éstas eran burbujas que procedían de su alma.

—Pensaba que de algún modo podría perder esta vez. Que había vencido tantísimas veces, y que esta vez algo me daría una lección y tú… no sobrevivirías.

Stefan seguía estudiando maravillado su mano, inclinado diligentemente para besar cada dedo por separado.

—¿Llamas «ganar» a morir en medio del dolor y la luz del sol para salvar mi despreciable vida… y la aún más despreciable de mi hermano?

—Llamo a esto un mejor modo de ganar —admitió Elena—. Cada vez que conseguimos estar juntos es ganar. Cualquier momento… incluso en aquella mazmorra.

Stefan hizo una mueca de dolor, pero Elena tenía que finalizar de exponerle sus pensamientos.

—Incluso allí, mirar en tus ojos, tocar tu mano, saber que me mirabas y tocabas… y que estabas feliz… bueno, para mí eso es ganar.

Stefan alzó los ojos hacia los de ella, y en la tenue luz, el verde pareció repentinamente oscuro y misterioso.

—Y una cosa más —susurró él—. Porque yo soy lo que soy… y porque tu gloria suprema no es esa gloriosa nube dorada de pelo, sino una aura que es… inenarrable. Indescriptible. Más allá de cualquier palabra…

Elena había pensado que permanecerían sentados y se limitarían a contemplarse, sumergiéndose uno en los ojos del otro, pero no era eso lo que

sucedía. La expresión de Stefan había decaído y Elena comprendió lo cerca del ansia de sangre —y de la muerte— que todavía estaba en realidad.

A toda prisa, Elena se apartó los cabellos húmedos a un lado del cuello, y luego se echó hacia atrás, sabiendo que Stefan la tomaría.

Él lo hizo, pero aunque Elena inclinó la barbilla atrás, él se la inclinó hacia abajo con ambas manos para mirarla.

—¿Sabes cuánto te quiero? —preguntó.

Todo su rostro era una máscara ahora, enigmática y extrañamente estremecedora.

—No creo que lo sepas —susurró—. He contemplado y contemplado cómo estabas dispuesta a hacer cualquier cosa, cualquier cosa para salvarme… pero no creo que sepas lo mucho que ese amor ha ido acrecentándose en mí, Elena…

Unos escalofríos deliciosos descendían por la columna vertebral de Elena.

—Entonces será mejor que me lo muestres —musitó—. O podría creer que no lo dices en serio…

—Te mostraré a qué me refiero —musitó a su vez Stefan.

Pero cuando se inclinó sobre ella fue para besarla con delicadeza. Los sentimientos en el interior de Elena… al ver que aquella criatura hambrienta quería besarla en lugar de ir directamente a su garganta, alcanzaron un apogeo que no podía explicar en pensamientos o palabras, sino únicamente atrayendo la cabeza de Stefan de modo que la boca de éste descansara sobre su garganta.

—Por favor —dijo—. ¡Oh, Stefan, por favor!

Entonces sintió los rápidos dolores del sacrificio, y luego Stefan bebía su sangre, y la mente de la joven, que había estado revoloteando por todas partes como un pájaro en una habitación iluminada, vio ahora su nido y a su compañero y ascendió veloz, más y más, para alcanzar por fin la unión con su bienamado.

Después de eso no hubo necesidad de la torpeza de las palabras, pues se comunicaron mediante pensamientos tan puros y nítidos como gemas relucientes, y Elena sintió regocijo porque toda la mente de Stefan estaba abierta a ella, y ninguna parte quedaba aislada por un muro o a oscuras y no había peñascos de secretos ni niños encadenados y llorosos…

«¿Qué? —oyó exclamar a Stefan mentalmente—. ¿Un niño encadenado? ¿Un peñasco del tamaño de una montaña? ¿Quién tiene eso en su mente…?»

El joven se interrumpió, sabiendo la respuesta, incluso antes de que el

pensamiento veloz como un rayo de Elena pudiese decírsela. La muchacha sintió la nítida oleada verde de su piedad, sazonada con la cólera natural de un joven que ha pasado por los abismos del infierno, pero sin estar contaminada por el terrible veneno negro del odio de un hermano hacia otro hermano.

Cuando Elena hubo acabado de explicar todo lo que sabía de los procesos mentales de Damon, indicó: «¡Y no sé qué hacer! He hecho todo lo que podía, Stefan, he…, incluso le he querido. Le he dado todo lo que no era exclusivamente tuyo. Pero no sé si ha hecho el menor efecto siquiera.»

«Llamó a Matt por su nombre en lugar de Memo», la interrumpió Stefan.

«Sí; reparé… en eso. No había dejado de pedirle que lo hiciera, pero jamás pareció tener efecto.»

«Pues lo ha tenido: has conseguido cambiarle. No muchas personas pueden.»

Elena le envolvió en un estrecho abrazo, se detuvo, preocupada porque pudiese estar apretando demasiado, y le miró. El sonrió y meneó la cabeza. Empezaba ya a tener aspecto de persona en lugar del de un superviviente de un campo de exterminio.

«Deberías seguir usándola —dijo Stefan usando la mente—. Tu influencia es la que ejerce mayor efecto sobre él.»

«Lo haré… sin alas artificiales», prometió Elena, y a continuación le inquietó que Stefan pudiese considerarla demasiado presuntuosa… o demasiado encariñada.

Pero una mirada de Stefan fue suficiente para asegurarle que hacía lo correcto.

Se abrazaron con fuerza.

No resultó tan duro como Elena había imaginado que sería… ceder a Stefan a otros humanos para que tomara su sangre. Stefan llevaba puesto un pijama limpio, y lo primero que dijo a los tres donantes fue:

—Si os asustáis o cambiáis de idea, simplemente decidlo. Puedo oír perfectamente, y no estoy poseído por el ansia de sangre. Y de todos modos, probablemente percibiré si no os está gustando antes de que lo hagáis vosotros, y pararé. Y por último…, gracias… Gracias a todos. He decidido romper mi juramento esta noche porque todavía existe una pequeña posibilidad de que si

me durmiese no pudiese despertar mañana sin vuestra ayuda.

Bonnie se mostró horrorizada, indignada y furiosa, todo a la vez.

—¿Quieres decir que no has podido dormir en todo este tiempo porque temías que…, que…?

—Sí que me quedé dormido de vez en cuando, pero por suerte… siempre volví a despertar. Hubo momentos en los que no me atrevía a moverme para conservar energías, pero de algún modo Elena siguió hallando modos de acudir junto a mí, y cada una de las veces que vino, me trajo alguna clase de sustento.

Dirigió a Elena una mirada que provocó que a ésta el corazón le saliera disparado del pecho y se elevara hasta la estratosfera.

Y a continuación organizaron un horario, según el cual se alimentaría a Stefan cada hora en punto, y luego ella y los demás dejaron a la primera voluntaria, Bonnie, a solas, para que estuviese más cómoda.

Sucedió a la mañana siguiente. Damon había salido ya a visitar a Leigh, la sobrina de la vendedora de antigüedades, quien había parecido muy contenta de verle, y ahora estaba ya de vuelta, para contemplar con desdén a los perezosos dormilones distribuidos por toda la casa de huéspedes.

Fue entonces cuando vio el ramo.

Estaba fuertemente precintado con salvaguardas; amuletos para ayudarle a atravesar el espacio dimensional. Había algo poderoso allí dentro.

Damon ladeó la cabeza.

«¿Humm…, me pregunto qué?»

Querido diario:

No sé qué decir. Estamos en casa.

Anoche cada uno de nosotros tomó un largo baño… y me sentí un tanto decepcionada porque mi cepillo favorito de mango largo para frotar la espalda no estaba allí, y no había ninguna bola estrella que tocase música de ensueño para Stefan… y el agua estaba ¡TIBIA! ¡Y Stefan fue a ver si el calentador estaba encendido al máximo y se encontró con Damon que iba a hacer lo mismo! ¡Sólo que no pudieron porque volvemos a estar en casa!

Pero yo desperté hace un par de horas durante unos pocos minutos y me encontré con el espectáculo más hermoso del mundo… Un amanecer. Rosa pálido y un verde fantasmagórico en el este, con la noche totalmente oscura aún en el oeste. Luego un rosa más intenso en el cielo, y los árboles todos ellos envueltos en nubes de rocío, y a continuación un resplandor brillante desde el borde del horizonte y un rosa oscuro, un crema e incluso un color verde melón en el cielo. Finalmente, una línea de fuego y en un instante todos los colores cambian. La línea se convierte en un arco, el cielo occidental adquiere un tono azul cada vez más intenso, y acto seguido aparece el sol trayendo calor y luz y color a los verdes árboles, y el cielo empieza a adquirir un azul celeste; celeste, que simplemente significa celestial, aunque de algún modo experimento unos escalofríos deliciosos cuando lo digo. El cielo adquiere un celestial azul cerúleo que recuerda a una gema, y el dorado sol empieza a verter en este mundo energía, amor, luz y todo lo que es bueno.

¿Quién no sería feliz contemplando esto mientras Stefan la abraza?

Nosotros que tenemos la enorme suerte de haber nacido en la luz; que la vemos cada día y jamás pensamos en ello, debemos considerarnos dichosos. Podríamos haber nacido para ser almas oscuras que viven y mueren en una sombra carmesí, sin saber siquiera que en alguna parte existe algo mejor.

44

A Elena la despertaron gritos. Ya había despertado una vez a una dicha increíble, y ahora volvía a estar despierta… pero sin duda era la voz de Damon. ¿Gritando? ¡Damon no gritaba!

Se echó una bata por encima, salió como una exhalación por la puerta y bajó la escalera.

Voces alzadas…, confusión. Damon estaba arrodillado en el suelo y tenía el rostro de un tono blanco azulado. No había ni una planta en la habitación que pudiese estar estrangulándole.

Envenenado, fue lo siguiente que pensó Elena, y al instante sus ojos se movieron veloces por la habitación en busca de una bebida derramada, un plato caído, cualquier indicio de que un veneno hubiera sido el causante. No había nada.

Sage daba palmadas a Damon en la espalda. ¡Oh, cielos! ¿Se estaría asfixiando? Pero eso era una idiotez. Los vampiros no respiraban, salvo para hablar y acumular Poder.

Pero entonces, ¿qué sucedía?

—Tienes que respirar —gritaba Sage al oído de Damon—. Inhala, como si fueses a hablar, pero luego retén el aire, como si fueses a invocar tu Poder. Piensa en tus órganos internos. ¡Haz trabajar esos pulmones!

Las palabras no hicieron más que confundir a Elena.

—¡Ya está! —exclamó Sage-¿Lo ves?

—Pero sólo dura un instante. Luego necesito volver a hacerlo.

—¡Pues claro, ésa es la cuestión!

—¿Te digo que me estoy muriendo y te ríes de mí? —gritó un Damon desaliñado—. ¡Estoy ciego, sordo, mis sentidos están hechos un desbarajuste… y te ríes!

«Desaliñado», pensó Elena, preocupada por algo.

—Bueno. —Sage parecía estar intentando no reír al menos—. ¿No habrás abierto, *mon petit chou*, algo que no iba dirigido a ti, verdad?

—Coloqué salvaguardas rodeándome por completo antes de hacerlo. La casa estaba a salvo.

—Pero tú no lo estabas… ¡Respira! ¡Respira, Damon!

—¡Parecía completamente inofensivo… y lo admito…, todos íbamos… a abrirlo anoche…, pero entonces nos sentimos demasiado cansados…!

—Pero hacerlo solo, abrir un regalo de un kitsune… Eso ha sido estúpido, ¿verdad?

Un Damon medio asfixiado le soltó:

—No me des sermones. Ayúdame. ¿Por qué estoy enfundado en algodones? ¿Por qué no puedo ver? ¿U oír? ¿U oler… algo? ¡Te lo aseguro, no puedo oler nada en absoluto!

—Estás tan en forma como podría estarlo cualquier humano. Probablemente podrías vencer a la mayoría de vampiros si peleases con uno justo ahora. Pero los sentidos humanos son muy pocos y están muy embotados.

Las palabras giraban enloquecidas en la cabeza de Elena: abrir cosas no dirigidas a ti…, ramo de un kitsune…, humano.

«¡Oh, Dios mío!»

Al parecer, las mismas palabras pasaban en aquellos momentos por la mente de otra persona, porque, de improviso, una figura salió a toda velocidad de la zona de la cocina. Stefan.

—¿Me has robado el ramo? ¿El del kitsune?

—Tuve mucho cuidado…

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? —Stefan zarandeó a Damon.

—¡Ay! ¡Eso duele! ¿Es que me quieres partir el cuello?

—¿Eso duele? ¡Damon, te espera un mundo de dolor! ¿Comprendes? Hablé con aquel kitsune. Le conté toda la historia de mi vida. Elena vino a visitarme y él la vio prácticamente… bueno, no importa eso; ¡la vio llorando sobre mí! ¿Te… das… cuenta… de… lo… que… has… hecho?

Era como si Stefan hubiese empezado a subir una serie de escalones, y cada uno lo elevara a un nivel más alto de furia que el anterior. Y allí, en lo alto…

—¡TE MATARE! —chilló Stefan—. ¡Has cogido… mi humanidad! ¡El me la dio… y tú la has cogido!

—¿Que tú me matarás? ¡Seré yo quien te mate…, bastardo! Había una flor en el centro. Una rosa negra, la más grande que he visto nunca. Y olía… divinamente…

—¡Ha desaparecido! —informó Matt, mostrando el ramo.

Lo exhibió. Había un gran hueco en el centro del variado arreglo floral.

A pesar del agujero, Stefan corrió hasta él, e introdujo el rostro en el ramo, inhalando profundas bocanadas de aire. Una y otra vez alzaba la cabeza y chasqueaba los dedos y cada vez llameaban relámpagos entre las yemas de los dedos.

—Lo siento, amigo —dijo Matt—. Me parece que ha desaparecido.

Elena lo comprendió todo entonces. Aquel kitsune… era uno de los buenos, como en los relatos de los que Meredith les había hablado. O al menos lo bastante bueno como para compadecerse de la situación de Stefan. Y así pues, cuando se había liberado, había preparado un ramo; los kitsune podían hacer cualquier cosa con plantas, aunque sin duda ésta era una gran hazaña, algo parecido a encontrar el secreto de la eterna juventud… Convertir a vampiros en humanos. Y después de que Stefan hubiese soportado y soportado y soportado y finalmente hubiese obtenido su recompensa…, justo ahora…

—Voy a regresar —gritó Stefan—. ¡Voy a ir en su busca!

—¿Con o sin Elena? —preguntó Meredith en voz baja.

Stefan se detuvo. Alzó la mirada hacia la escalera, y sus ojos se encontraron con los de Elena.

«Elena…»

«Iremos juntos.»

—No —gritó Stefan—, jamás te haría pasar otra vez por eso. No puedo ir después de todo esto. ¡Te estaría llevando a la muerte! —Se volvió de nuevo hacia su hermano—: ¡Te voy a matar!

—Ya he pasado por eso —respondió Damon—. Además, ¡soy yo el que te va a matar, bastardo! ¡Me has arrebatado mi mundo! ¡Soy un vampiro! ¡No soy un… —aquí añadió algunas palabrotas muy creativas— humano!

—Bueno, pues ahora lo eres —dijo Matt, que apenas podía evitar reír en voz alta—. Así que yo diría que será mejor que te acostumbres.

Damon saltó sobre Stefan. Stefan no se apartó, y en un instante había allí tal barahúnda de revolcones, patadas, puñetazos e imprecaciones en italiano que daba la impresión de que había al menos cuatro vampiros peleando contra cinco o seis humanos.

Elena se sentó, impotente.

Damon… ¿un humano?

¿Cómo iban a hacer frente a eso?

Alzó los ojos y vio que Bonnie había preparado con cuidado una bandeja con todas las clases de cosas que les resultaban apetecibles a los humanos; sin duda, la había hecho para Damon antes de que éste se hubiese dejado llevar por la histeria.

—Bonnie —llamó Elena en voz baja—, no se la des todavía. Se limitará a tirártela por la cabeza. Pero tal vez más tarde…

—¿Más tarde no la tirará?

Elena se estremeció.

—¿Cómo va a hacer frente Damon a lo de ser humano? —se preguntó a sí misma en voz alta.

Bonnie contempló el ovillo de furia vampira/humana que maldecía y escupía.

—Yo diría… que pataleando y chillando todo el tiempo.

Justo entonces la señora Flowers salió de la cocina, con un enorme montón de gofres esponjosos amontonados en varios platos colocados en una bandeja, y vio el ovillo que formaban Stefan y Damon rodando por el suelo entre palabrotas y gruñidos.

—¡Oh, válgame Dios! —dijo—. ¿Qué ha pasado aquí?

Elena miró a Bonnie. Bonnie miró a Meredith. Meredith miró a Elena.

Y entonces las tres ya no pudieron más, y dejaron escapar un torrente de carcajadas sin poder remediarlo.

«Habéis perdido un aliado poderoso —dijo una voz en la mente de Elena—, ¿te das cuenta? ¿Puedes prever las consecuencias? ¿Y precisamente hoy, cuando acabas de regresar de un mundo de Shinichis?»

«Venceremos —pensó Elena—. Tenemos que hacerlo.»